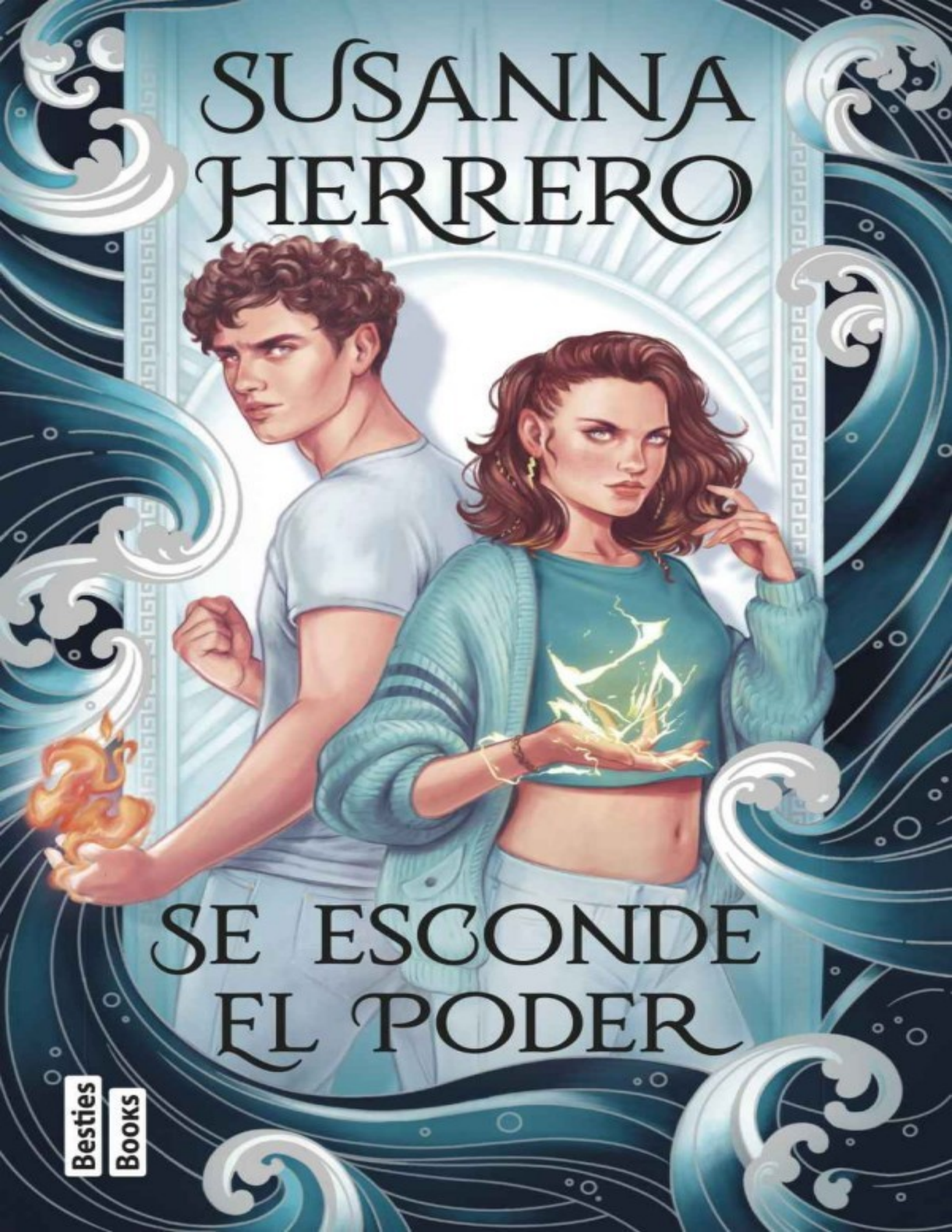
SUSANNA HERRERO



SE ESCONDE EL PODER

Besties Books

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
El inframundo
Los cinco reinos
PRIMERA PARTE. El Mundo Exterior
1
2
3
4
5
SEGUNDA PARTE. El Reino Sombrío
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
TERCERA PARTE. El Reino Hielo
31
32
33
34
35
36
37
38
La historia del viajero
39
40
CUARTA PARTE. El Monte Olimpo

41
42
43
44
45
46
47
Lo que no se vio
48
49
FINAL. El Reino Rojo
50
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

«De cabellos dorados y ojos del color de los cielos, recibirá un nombre de fuego y dominará el tiempo como nadie lo ha hecho antes».

Dos años han transcurrido desde que Lovem Kennedy, la semidiosa hija de Zeus, muriera en la batalla para destruir el centro de la Tierra y, con él, a Escila, un veneno creado para robar a los semidioses su poder y ganar la guerra que enfrenta a los reinos del Olimpo.

Dos años hace que Tristan Drake, príncipe de los dragones, pena la muerte de su amor, como si el mundo no siguiera revuelto y la seguridad de todos amenazada: Escila no fue destruida por completo y ellos saben que se esconde en el Olimpo.

Los gigantes lanzan un ataque tras otro al Mundo Exterior en un intento de provocar a los semidioses y obligarlos a actuar. Pero ¿es su intención acabar con todos los semidioses o solo con uno? Porque Lovem sigue viva, aunque nada recuerda de sus amigos, va a la universidad y lleva la vida de humana que siempre quiso.

¿Recuperará Lovem la memoria? ¿Podrán todos ellos acabar con la amenaza que se cierne sobre el mundo? ¿Qué pasará cuando Lovem vea a Tristan? ¿Recordará el amor y la pasión que los unió en el pasado o Tristan tendrá que hacérselo recordar?

SE ESCONDE EL PODER

Susanna Herrero

Para todos los que soñamos con la magia de las palabras

«En tiempos oscuros la guerra se recrudecerá. La esencia del Parnaso guiará la lucha y debilitará el Olimpo. El gran rayo sufrirá y la ira del fuego devastará el Imperio.
Cerca de las puertas y la muralla, la beligerancia cesará y la unión de los dos mundos a través de la sangre traerá la tregua.
Y dará a luz un hijo que será más poderoso que cualquiera. Más poderoso que el rayo y el tridente juntos.
De cabellos dorados y ojos del color de los cielos, recibirá un nombre de fuego y dominará el tiempo como nadie lo ha hecho antes».

ORÁCULO DE DELFOS, *La profecía prohibida*.

EL INFRAMUNDO
CASTILLO DE HADES
CAMPOS ELÍSEOS
LAGUNA ESTIGIA

LOS CINCO REINOS DEL OLIMPO

Prólogo

Dos años después de la desaparición de la hija de Zeus, Lovem Kennedy, tras la destrucción del centro de la Tierra. En un lugar de Connecticut...

Los dos integrantes de la reunión —Hades, dios del Inframundo, y Otto, rey de los gigantes— llegaron en el mismo instante a la puerta del minúsculo establecimiento enladrillado en las afueras de Bridgeport, Connecticut, Estados Unidos. Poco importaban las veces que retrocedía el tiempo o los años que transcurrían entre cita y cita; Louis y su local desprovisto del característico cartel de SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN siempre estaban allí. El tiempo y el espacio no existían en ese lugar.

—Buenas y cálidas tardes, querido Otto. Qué dichosa casualidad. ¿Qué te trae por aquí? —Hades abrió la puerta tras casi chocar con Otto y le cedió el paso con una reverencia—. Espera, no me lo digas. ¿La hamburguesa de este sitio otra vez? Lo tuyo roza la obsesión, pero no seré yo el que te lo eche en cara, llevo días escuchando en bucle el último álbum de Taylor Swift. Es una diosa.

Hades se mofó de su propia broma. Ni el día era soleado (una tormenta de nieve teñía de blanco la ciudad aquel marzo), ni era por la tarde (el reloj de pared de Louis marcaba las nueve de la mañana en punto), ni el encuentro era casual (el gigante lo había citado con carácter urgente). Pero

lo de Taylor era una verdad tan grande como un templo. Y él sabía de templos.

Un tintineo resonó sobre sus cabezas y Hades, con el ceño fruncido, elevó la mirada hacia las campanas de viento. Mmm, eso era nuevo. «Que no se diga que nuestro camarero más querido no invierte los beneficios en el negocio». Las paredes estaban a punto de venirse abajo, por las rectangulares ventanas apenas se advertía la calle, a causa del exceso de grasa acumulada, y la maldita bombilla de la que emanaba el sonido desquiciante de siempre aún parpadeaba en el techo, pero Hades coincidió con Louis en que la inversión en el detalle de las campanas había sido un acierto. Y cayó en la cuenta de que lo más probable era que las hubiera sufragado él mismo con sus vinos y sus más que sustanciosas propinas. Bueno, los favores con favores se pagan. Seguro que Louis se lo devolvía con creces en algún momento. Hades contaba con ello.

—Tu buen humor siempre me produce jaqueca —masculló el gigante con desgana.

Hades sonrió en respuesta. Como venía siendo habitual, los dos únicos seres que habitaban aquella vieja y sucia hamburguesería eran ellos, y Louis, claro, que los esperaba detrás de la barra con un trapo amarillento en el hombro y una mirada recelosa.

—Lo de siempre, Louis —le pidió Hades con su sonrisa más amplia.

Le confirió un aire travieso a la par que encantador al que el camarero fue incapaz de resistirse, y por eso esbozó una de las suyas por primera vez. Con el paso de los años, había comenzado a apreciar al rubiales de carácter cambiante. El otro, el más bajito, el de cabello cano, ojos oscuros y mirada feroz, continuaba sin gustarle un pelo.

—¿Ya estamos con el vino? —amonestó Otto a Hades mientras se sentaba a la mesa del extremo más alejado de los ventanales que daban al exterior, como de costumbre.

Hades no esperó a ver la grasa acumulada en la silla en la que le tocaba sentarse ni se le dibujó en el rostro una mueca de repugnancia: con su movimiento de muñeca habitual, materializó el pañuelo blanco de seda, lo acomodó encima alineándolo por los cuatro costados, y se sentó. Siempre el mismo ritual. Una vez más, no quería echar a perder el espléndido traje de chaqueta y la corbata que había elegido para la ocasión. «Oh, espera, qué tonto. Pero ¡si hoy no llevo traje!». Se había embutido en unos oscuros pantalones vaqueros muy modernos y una camisa a juego, pero el pañuelo lo dejó; se veía incapaz de renunciar a él. Miró a Otto de arriba abajo: seguía vistiendo de la misma manera andrajosa que la última vez, y eso que las túnicas ya no estaban de moda desde hacía siglos, por todos los dioses.

—¿Crees que el alcohol me matará? —le preguntó Hades, consternado, llevándose la mano al pecho.

Otto lo ignoró.

—Me preocupa que conozcas el nombre del camarero.

«Debería, sí...».

—¿Louis? Pero si después de todas las veces que nos hemos encontrado aquí es casi de la familia.

—Hoy estás muy chistoso.

—Tú perdiste la gracia hace tiempo —replicó Hades con tono ácido y mirada glacial.

Louis tenía razón: el humor de Hades era cambiante, sin duda. Ya no había ni rastro de la alegría con que había llegado. De la misma manera que nada quedaba de la inmensa felicidad que rezumaba el gigante la primera vez que se juntaron en esa misma mesa para urdir maldades.

Hades recordó aquella reunión en la hamburguesería de Louis. Recordó sorprenderse de que Otto, rey de los gigantes —hijo de Peribea, hija de Eurimedonte, nacido de Gea y de la sangre que brotaba de su esposo Urano al ser mutilado por su hijo Crono, blablablá—, lo hubiera llamado para hacerle partícipe de su plan de eliminar de la faz de la Tierra a Aiden Drake.

«Oh, Aiden —recordó también Hades sin poder evitarlo—. Aiden, Aiden...». Ignoró el pinchazo en el corazón y continuó con su diatriba mental.

Hades, en un primer momento, no supo qué pensar de la propuesta de Otto. Los gigantes vivían aislados en el Reino Hielo, uno de los cinco reinos del Olimpo, y nunca se habían metido con nadie desde que casi se extinguieron en la Gigantomaquia (donde lucharon contra los dioses olímpicos por la supremacía). O eso hacían entender al Olimpo, como bien sabía él ahora. Porque la verdad era que los gigantes llevaban siglos orquestando enfrentamientos entre el resto de los reinos, conspirando a sus espaldas y destruyendo vidas de manera lánguida, cual ponzoña. Engañando, mintiendo y falsificando. Buscando aliados. Haciendo parecer culpables a los dragones. El Reino Rojo era el más poderoso después de la Ciudad del Olimpo, y los gigantes habían enfrentado de manera magistral ambas facciones con el asesinato de la reina y sus hijos (porque fueron ellos quienes los asesinaron) y casi los llevaron a la guerra. Lo tenían todo meticulosamente calculado y ya solo les quedaba prender la última chispa para que todo ardiera. El golpe final. La jugada maestra. El envite a Zeus. Matarían a su hija más querida para que su nieto superpoderoso no existiera jamás y derrocarían al monte Olimpo con la culminación del fin de los semidioses gracias a Escila.

Si Hades lo pensaba en retrospectiva, todo tenía muchísimo sentido. Eurimedonte (el abuelo de Otto) y sus hermanos fueron engendrados para vengar a los titanes, encerrados por su querido hermano Zeus en las entrañas de la Tierra, y eran seres casi invencibles (debían colaborar un dios y un mortal para acabar con ellos), así que era lógico que quisieran cargarse a los semidioses, teniendo en cuenta que son los únicos mortales que *colaboran* con los dioses.

Hades no apartaba la mirada de Otto mientras Louis le servía el vino en una copa ancha, como a él le gustaba. Nunca había conocido a alguien con

tanta sed de venganza. Y conocía a mucha gente. Hades había aceptado unirse a él, o a ellos, porque en aquella empresa había más gente que en un concierto de su querida Taylor, y no se arrepentía. ¿Retroceder el tiempo? De ninguna manera podía perderse algo así. ¿Regresar a un pasado en el que tanto su hijo Josh como su sobrina Lovem estaban vivos? Oh, no, de ninguna manera podía perderse algo así. Llevó sus ojos azules a la bombilla medio fundida; el maldito ruido titilante comenzaba a desquiciarlo.

—¿Hoy no tomas nada, Otto?

—No tengo ganas.

—Vamos, cuéntame qué te pasa —le pidió con condescendencia.

—¿De verdad es necesario? —Hades se encogió de hombros y recuperó la sonrisa—. En primer lugar, está Lovem. ¿Te acuerdas de Lovem, Hades? Llevamos dos años buscándola por los confines del mundo, levantando cada maldita piedra del camino, y no hemos encontrado nada. ¡Ni siquiera nubes de polvo blanco!

—Ah, Lovem. Me temo, mi querido y estimado Otto, que lleváis dos años haciéndolo todo mal.

—*Llevamos*, Hades. *Llevamos* —recalcó el otro con intención—. Al camarero lo llamas por su nombre, pero la primera persona del plural la olvidas a menudo.

—Yo nunca he sido de primeras personas del plural. Soy un solitario...

—Tendremos que tomar medidas más drásticas.

—¿En qué estás pensando?

—En...

A pesar de haber formulado la pregunta, Hades no lo escuchaba. No podía apartar la mirada de la bombilla medio fundida de aquella lámpara del siglo pasado. Y el desquiciamiento había llegado a su límite, así que chasqueó los dedos y el cristal explotó. Relajó los hombros y suspiró satisfecho. «Por fin». Otto dejó de hablar y lo miró como si le hubieran

crecido tres cabezas. Qué gracia. Él, tres cabezas. ¡Ni que fuera su perro guardián! «Tronchante».

—Espero que no te moleste la oscuridad —se excusó—. No lo soportaba más. ¿Y bien? ¿Me decías?

Otto carraspeó.

—Nos estamos planteando atacar el Mundo Exterior.

Justo en ese momento, Louis se acercó a ellos con una escoba y un recogedor y barrió los cristales. Hades le dirigió primero una mirada mortífera al gigante y después inclinó la cabeza y entornó los ojos en dirección al camarero, que no alteró un ápice la expresión de su rostro. Otto también se fijó en él y pensó que o no lo había escuchado o no lo había entendido o era más inteligente de lo que podía apreciarse a simple vista. Cualquiera de las tres posibilidades le agradó a Hades. Otto se lo vio en la cara. ¿Qué tenía Hades con el camarero? Otto frunció el ceño.

—La bombilla corre de mi cuenta, Louis —le dijo.

El hombre asintió, limpió el estropicio y se marchó de nuevo a su lugar detrás de la barra. Hades se llevó la copa a los labios y degustó el vino afrutado antes de tragarlo. Cayó en la cuenta de que, a pesar de todo, apenas conocía la voz de Louis... «En fin». Regresó a la realidad del momento.

—Lleváis dos años atacando el Mundo Exterior —susurró a Otto con un matiz recriminatorio que ni quiso ni pudo evitar.

—*Llevamos.*

—Y cuidado con eso —continuó Hades, ignorando la primera persona del plural—. Atacar a los humanos está prohibido. El Olimpo anda inquieto. Zeus anda inquieto. Y no queréis ver al dios del rayo inquieto.

—Hay muchas prohibiciones en este mundo nuestro. Demasiadas, a mi entender.

—¿Por eso te las estás saltando todas?

—*Nos* las estamos saltando. De todas formas, ese es tu trabajo. Templar a Zeus. Todo el Olimpo sabe que eres su hermano predilecto, y solo él sabe

el motivo.

—Oh, no, no te confundas.

—¿No eres su hermano predilecto? —Otto arqueó una ceja. Hades lo ignoró y prosiguió.

—Mi deber es intentar evitar que mi hermano destruya el mundo cuando matéis a su hija, si es que la encontráis.

—*Encontramos.*

—Si lo cabreáis en exceso por atacar a los humanos, tendréis que apañaros sin mí.

—Creo que tu deber ha cambiado desde nuestra primera reunión. ¿Qué me dices de Escila? ¿Está controlada?

—Controladísima —afirmó con frialdad.

—Si no encontramos a Lovem, usaremos a Escila de todas formas para acabar con los semidioses. Eres consciente, ¿verdad?

Oh, Escila. La mortífera arma que les arrebataba los poderes que les correspondían a los semidioses por ser hijos de quienes eran: fuerza, velocidad, curación acelerada... La mortífera arma que Magnus Drake había descubierto tras el asesinato de su madre y hermanos cuando, espoleado por su hermano Tristan, su único cometido en la vida era vengarse de Zeus, del Olimpo y de sus queridos semidioses. La mortífera arma que los convertía en humanos. Indefensos humanos. ¿Y qué sucedería si los semidioses fueran simples humanos? Que el Olimpo entero se debilitaría.

—Más que del aire que respiro —respondió Hades.

—Bien. No lo olvides... —Otto carraspeó—. Pero primero tenemos que quemar los cartuchos que nos quedan para encontrar a Lovem y es lo que vamos a hacer. He venido a avisarte. ¿El Olimpo está preocupado por los ataques al Mundo Exterior de los últimos dos años? Pues no ha visto nada. Haremos que se preocupe de verdad. Atacaremos a gran escala. Atacaremos cada maldito lugar del maldito mundo de los malditos humanos.

Obligaremos a la hija de Zeus a salir de su escondite y acabaremos con ella de una vez por todas.

—Es mucho suponer que Lovem saldrá a causa de un ataque a los humanos. No lo ha hecho hasta ahora.

—Quizá no haya visto ninguno, pero ¿y si le explota en la cara? ¿Y si no puede mirar hacia otro lado? Lovem Kennedy jamás le daría la espalda a la humanidad. No está en su naturaleza.

Hades volvió a llevarse la copa a los labios y saboreó el líquido carmesí una vez más, aunque no le supo tan sabroso como minutos atrás.

—¿Y cómo sabéis si va a mirar hacia vuestro lado?

—Porque conocemos a Lovem y sus... —Otto se puso el dedo en la barbilla y buscó la palabra correcta. Oh, ya la tenía— *aficiones* de humana.

—Eso no os da un lugar específico.

—Cierto. —Otto sonrió maliciosamente. Hades entornó los ojos—. Nos da muchos lugares. Muchísimos.

—¿Qué vais a hacer?

—Ya te lo he dicho, *vamos* a atacar el Mundo Exterior. Y esta vez a lo grande.

—Vais a comenzar una guerra. ¿Sois conscientes?

Otto sonrió.

—Más que del aire que respiramos.

Hades le devolvió la sonrisa, pero no dejó de entornar los ojos.

—¿Has oído hablar de la Resistencia Exterior, Otto?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque va a estar muy cabreada y cada día suma más... adeptos.

Otto rio. Rio de verdad.

—No son más que un grupo de chavales sin oficio ni beneficio. No son rivales.

—*No* los subestiméis.

—*No* saben que nosotros estamos detrás de los ataques y, aunque lo supieran..., el Reino Hielo es nuestro refugio y es inexpugnable.

—*No* lo es.

Otto apretó la mandíbula.

—Pues haremos que lo sea. Gracias por el aviso, querido Hades.

—De nada. Chinchín por eso. —Hades levantó la copa, pero no bebió—. ¿Y en segundo lugar?

Otto arrugó la frente.

—¿Qué segundo lugar?

—El segundo motivo que te mantiene en este estupendo humor tuyo.

Ah, eso. A Otto se le oscureció la mirada. Qué montaña rusa de emociones. Y eso que tenía miles de años.

—La viajera.

¿La viajera? Hades hizo memoria. «Oh, la viajera».

—¿La que descubrió la manera de retroceder el tiempo?

—La misma.

—¿La que os lo contó todo?

—La misma.

—¿La que no suponía un problema porque te habías ocupado de ella?

Otto detectó el tono recriminatorio de Hades, suspiró y torció el morro.

—La misma.

—¿Y qué pasa con ella?

—Que nos mintió. Ella no era la única. Hay otro.

«Mmm, otro viajero. Qué interesante».

—¿Cómo lo sabéis?

—La verdad ha caído por su propio peso. Y porque hemos dejado de creer en las casualidades. —Otto calló, pero Hades lo instó con un movimiento de mano para que siguiera hablando—. Muchas cosas salieron mal hace dos años, cuando intentamos acabar con Lovem. Demasiadas. Hay

alguien que va por delante de nosotros. O iba por delante de nosotros. Alguien que conocía el otro futuro.

—¿Y ahora?

—Ahora lo encontramos y nos encargamos de que no suponga un problema.

—Pues chinchín por eso también. —Hades volvió a levantar la copa y entonces sí bebió.

«Mmm..., exquisito».

PRIMERA PARTE

El Mundo

Exterior

1

En el Reino Rojo, hogar de los dragones

Magnus Drake, hijo de Megalo, rey de los dragones, por fin claudicó y abrió los ojos. Llevaba horas inquieto, removiéndose en la cama, incapaz de conciliar el sueño. En realidad, llevaba dos años inquieto, removiéndose en la cama, incapaz de conciliar el sueño. No importaba lo exhausto que se hundiera en el colchón o las sesiones maratonianas de sexo de las que gozara con su actual compañero de cama dos o tres veces por semana (no es que las contara): siempre se desvelaba.

Magnus era el erudito de la familia real. El científico. El empollón. El niño bonito de pelo rubio, ojos claros y sonrisa afable. La lucha y las espadas no iban con él. Lo que sí iba con él era resolver enigmas. Y en esos momentos un gran enigma envolvía su vida.

Escila.

¿Dónde estaba Escila?

Dos años atrás, dragones y semidioses, unidos por primera vez, habían destruido el centro de la Tierra, lugar de donde procedía, pero «los malos» habían rescatado una parte y la habían escondido en el Olimpo. Ahora ellos

tenían que encontrarla. ¿El problema? Ni siquiera sabían qué aspecto tenía, dado que podía adoptar cualquier forma, y el mundo era demasiado grande.

Se puso bocarriba, colocó el brazo derecho debajo de la cabeza y contempló el techo de su dormitorio a pesar de que la oscuridad era total. Suspiró.

Dos años de noches en vela.

Dos años de devorar libros hasta las tantas.

Dos años de prácticas agotadoras en el laboratorio.

Dos años en busca de una reacción de Escila ante «algo» que le permitiera rastrearla. ¡Ante lo que fuera!

Dos años sin obtener resultados.

Magnus casi lo había conseguido en un par de ocasiones, pero entonces la respuesta se le había escurrido entre los dedos cual agua de lluvia, así que continuaban en la casilla de salida y los semidioses seguían en peligro.

Los semidioses.

Magnus suspiró una vez más y giró la cabeza hacia la izquierda. Contempló el cabello castaño claro del semidiós que dormía a su lado, de espaldas a él. El cabello de Josh Collingwood, el hijo de Hades.

El sonido de su nombre, aunque solo fuera en su mente, provocaba que el corazón le diera una especie de vuelco, como si cayera en picado desde algún lugar muy alto. Y ese pensamiento lo asustaba muchísimo porque no sabía de dónde venía. O de dónde «venía meses viniendo», si es que acaso esta sintaxis era posible. O quizá sí lo sabía y ese era el problema.

Magnus jamás había tenido relación alguna con los semidioses, ni de amor ni de amistad ni de simple cordialidad. Sus mundos solían estar enfrentados. Los semidioses luchaban *para* el Olimpo (para eso los concebían los dioses) y los dragones *contra* el Olimpo, o así había sido desde la fatídica Noche Negra donde asesinaron a la madre de Magnus, la reina, y a algunos de sus hermanos, pero Tristan, el mayor de los Drake, se había enamorado de Lovem, la hija de Zeus, y sus vidas quedaron unidas

sin remedio. A Magnus, Josh le gustó desde el primer momento, era totalmente su tipo: guapo, listo y con un gran corazón.

No llevaban mucho tiempo *juntos*, pero la intensidad de las sensaciones y los sentimientos que Josh provocaba en él lo inquietaban desde hacía unas semanas. ¿Se había lanzado de cabeza en picado a una piscina vacía? Por todos los dragones, Josh estaba enamorado de otra persona desde tiempos inmemoriales. Sí. ENAMORADO DE OTRA PERSONA. De su mejor amigo, Lucas, hijo de Poseidón, para ser más exactos. Hacía tiempo que Magnus había dejado de negárselo a sí mismo, pero era duro de mollera y no acababa de aceptarlo, y eso que lo veía a diario en la mirada de Josh, en esos ojos azules suyos que tan bien conocía y que brillaban como nunca cuando se posaban en Lucas. Y cómo dolía. Josh se metía en la cama con Magnus y le gemía en el oído, pero abría la boca y cogía aire por Lucas. Y Magnus siempre había preferido el aliento dulce de una exhalación al picante de un jadeo, así que estaba cubierto de mierda hasta el cuello.

Recordó sus inicios con Josh. Recordó haber zanjado con decisión (mucha decisión) el tema «Josh» después del fracaso del primer beso que compartieron en la nebulosa del laberinto del Minotauro mientras buscaban el centro de la Tierra. No fracaso por el beso en sí, que fue increíble, sorprendente e inesperadamente exquisito («por todos los dragones, Magnus, no te recrees»), sino por la reacción de Josh segundos después cuando su querido Lucas lo llamó. Pero entonces Lovem murió envenenada de Escila tras destruir el centro de la Tierra —Magnus torció el gesto porque aún le dolía el recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido— y él se quedó cerca de Josh. No pudo evitarlo. Lovem también era su mejor amiga (ella, Josh y Lucas formaban un ente indivisible) y Josh quedó devastado. Pasaron los meses, el roce hizo el cariño y un día... sucedió. Ambos explotaron. Magnus de amor y Josh de... La verdad era que Magnus no tenía idea de qué, pero ahí estaban. En la cama. Juntos. Y desnudos. Llevaban más de un año acostándose dos o tres veces por semana como un

par de amigos que se atraen físicamente y se acuestan dos o tres veces por semana. Porque eso existía, ¿verdad? Es decir, los amigos que se atraen físicamente y se acuestan dos o tres veces por semana existen, ¿verdad? Aunque había semanas en que ellos dos se acostaban cuatro veces. No es que las contara. Y casi siempre en su cama. En la de Magnus. Que los dioses libraran a Josh de que en la Ciudad del Olimpo, reino donde vivían los semidioses, lo vieran a su lado. Sería el fin de su reputación. ¡Un semidiós, el hijo del rey de los muertos, nada más y nada menos, enredado con un dragón! Tampoco es que el chico le hubiera prometido nada, porque no lo había hecho, pero luego lo besaba, le comía la boca de aquella manera tan visceral y Magnus... Magnus tenía que dejar de pensar en ello. Recrearse no era bueno para su salud mental. Ni para su entrepierna, que no le daba tregua. ¿En algún momento dejaría de sentirse superatraído sexualmente por Josh? ¿Sí? ¿Cuándo? ¿No? Pues qué faena.

Se acercó a él, cogió aire por la nariz, se embriagó de su aroma a anís y le acarició el hombro desnudo con un beso cariñoso porque... porque no podía evitarlo. «Mierda». Estaba loco por él. Oh, el puto amor. Magnus lo exudaba por cada poro de su piel. Y eso que él no era de los que se enamoran. Era la primera vez que le pasaba y... ¡maldita puntería la suya!

Abandonó la cama y fue en busca de ropa interior limpia; Josh y él nunca se vestían después de hacer el amor. Caían rendidos en el colchón, a veces en el suelo, y se quedaban dormidos con sus cuerpos, aún febriles, adheridos el uno al otro. Unas horas más tarde Magnus se despertaba, pensaba en Josh, se recreaba con el último polvo mientras contemplaba el techo a oscuras y por fin se levantaba.

Se sentó en la silla junto al escritorio y encendió el flexo, que reposaba en uno de los extremos y proyectaba una luz tenue y amarilla sobre el montón de papeles esparcidos por la mesa a propósito de sus investigaciones. Leería todo desde el principio, una vez más, y realizaría experimentos nuevos. Aún le quedaban muestras de Escila que obtuvo a

partir de la ropa, piel y cabello que su hermano trajo consigo del centro de la Tierra, cuando él y Lovem se embarcaron en la aventura de su vida para encontrarla. Repasaría la tabla periódica de los elementos las veces que hicieran falta. Tenía que existir *algo* que hiciera reaccionar a Escila. Todo en la naturaleza reacciona y Escila no iba a ser menos. Estaba seguro. Y él lo encontraría. La vida del chico que descansaba en su cama, del chico del que se había enamorado sin remedio, dependía de ello.

Mientras trabajaba, oía el rumor de las respiraciones de Josh. A Magnus le volvía loco cómo sonaba Josh porque lo hacía de una manera diferente a nada que hubiera escuchado antes y... nunca dejaba de hacerlo. Nunca había silencio a su alrededor. Y por eso nunca se sentía solo.

Eh, sí. Estaba muy jodido. Puto amor.

En la sala de reuniones ordinarias (la misma que de las extraordinarias) del Consejo Real de los dragones

Hacía rato que la noche había consumido el crepúsculo y Tristan Drake, el hijo primogénito del rey de los dragones, seguía encerrado en una reunión interminable del Consejo Real. Aquellos encuentros tan tediosos y monótonos no tendían a dilatarse tanto, pero en los últimos tiempos sí lo hacían. Desde que el Consejo supo de la transformación de Tristan en dragón, aquellos encuentros tan tediosos y monótonos tendían a alargarse hasta el infinito.

Tristan no había estado de acuerdo con que se contara, con que saliera de su círculo más íntimo —formado por su padre y Pólux, el gran Sabio y Sanador de los dragones—; no había estado para nada de acuerdo, pero ambos consideraron que un hecho de tal calibre debía comunicarse al resto del Consejo Real, o, lo que es lo mismo, a Norton y Pluton. Y Tristan no

tenía ganas de discutir. Increíble, pero tan cierto como la espesura de nubes que cubría el cielo desde hacía dos años. En cuestión de semanas la noticia había recorrido cada rincón del reino cual torrente de agua que lo empapa todo. Todo. Tanto Norton como Pluton juraban y perjuraban (como si eso les diera más crédito) no haber sido ellos los que habían abierto la brecha. Ya, bueno... Tristan no pondría la mano en el fuego por ninguno de los dos, pero qué más daba. Qué más daba quién se hubiera ido de la lengua. Ya estaba hecho. Ahora todos sabían que podía transformarse en dragón y no había vuelta atrás. Al menos la información no saldría del reino, sus súbditos le guardarían el secreto, como hacían siempre.

En el Reino Rojo habían existido dos corrientes: la que aseguraba que sus habitantes habían dejado de transformarse en dragones porque no lo necesitaban, puesto que habían aprendido a luchar y a defenderse como humanos, y la que culpaba a la mezcla de sangre entre ambas razas. Después de los acontecimientos de dos años atrás, donde Tristan se había convertido en dragón para poder escapar del centro de la Tierra junto con Lovem, quedaba claro que unos y otros estaban equivocados. En todo. Y por eso ya no existían esas dos corrientes; ahora todos lo querían y apoyaban a él.

Tristan cerró los ojos al recordar los acontecimientos de dos años atrás. Siempre cerraba los ojos cuando recordaba los acontecimientos de dos años atrás. Cuando recordaba a Lovem. Hubo un tiempo en que la había odiado a muerte por ser la hija de Zeus. Tristan lo culpaba de la muerte de su madre y sus hermanos menores en la Noche Negra, la fatídica noche en que los asesinaron a sangre fría. ¿Cómo no hacerlo cuando había sucedido todo bajo su techo y supervisión? Era lo más evidente. Aunque lo más evidente no significa que sea lo cierto. Pero él sí lo creyó. Y buscó venganza. Venganza para con los semidioses. Venganza para con Lovem, la hija más querida de Zeus. Convenció a su hermano Magnus para que encontrara algo, lo que fuera, que debilitara a los semidioses, y vaya si Magnus lo

encontró. Encontró un lugar donde el poder de los dioses no llegaba. Un lugar que Gea, creadora de la Tierra y el universo, les escondió en un intento de que sirviera de protección a los humanos frente a ellos en el caso de que se descontrolaran y abusaran de su poder. Y ese lugar no era otro que el centro de la Tierra. Un mito real. Un mito que escondía secretos. Un mito que dejaba sin poderes a los semidioses. Escila. Así es como lo llamaron. Ahora solo había que llevarlos a todos allí y acabar con ellos de una vez por todas. Pero «los malos» adelantaron los acontecimientos e intentaron matar a Lovem con polvos de Escila en una playa del Mundo Exterior. Habían descubierto que era la madre del niño de la Profecía Prohibida y habían decidido acabar con ella antes de que la criatura se gestara. Incluso habían retrocedido el tiempo para ello. En esos momentos, vivían otra realidad de sus vidas. No lo consiguieron y Lovem acabó malherida en el Reino Rojo. En su castillo. En la vida de Tristan, que se enamoró sin poder evitarlo. Se enamoró de su ímpetu, su valentía y su sonrisa. De sus ojos y de cómo lo miraban. Se embarcaron por separado en el laberinto del Minotauro, en la aventura de ir tras Escila, con intenciones diferentes, uno encontrarla y la otra destruirla, pero acabaron juntos, más juntos que nunca, en el centro de la Tierra, donde se juraron amor eterno. Tristan abandonó su venganza contra Zeus por amar y proteger a Lovem. Pero qué efímera es la eternidad. Destruyeron Escila, sí, destruyeron el centro de la Tierra, que exudaba Escila en cada partícula, pero Lovem murió en el intento. Porque Escila había salido del centro de la Tierra. Escila estaba en el Olimpo. Oculta. Y Lovem se inyectó en las venas una de sus últimas muestras en un intento desesperado de encontrar un antídoto. Y sería su fin. Ni siquiera el hecho de que Tristan se transfigurara en dragón pudo salvarla. No fue lo bastante rápido. No la sacó de allí con la rapidez suficiente. Escila la mató minutos después de dejarla en su cama de la Ciudad del Olimpo, junto a Zeus.

O eso le hicieron creer... Pero él no lo sabía, claro. No sabía que Lovem estaba viva.

Tristan estaba devastado. Habían pasado dos años y seguía devastado. Pero no se olvidaba de los infieles. No se olvidaba de los infiltrados de Anfisbena, Madre de las Hormigas, con la que luchó y a la que derrocó en el centro de la Tierra, y de la cúpula («los malos») que pretendía acabar con los semidioses. Estaba seguro de que no habían desaparecido tras la muerte de Lovem, estaba seguro de que continuaban conviviendo entre ellos, serpenteando cerca del árbol cuya sombra mejor los cobijaba. Y algunas de esas sombras se encontraban en su propio reino. Había un topo en el castillo (un topo que ya habría informado a sus camaradas de la transformación de Tristan), y él lo encontraría, tarde o temprano. Solo tenía que cometer un error. Ya lo haría. Tristan era paciente.

—¿Tristan? ¡Tristan!

Tristan abrió los ojos y giró la cabeza con pereza hacia la mesa redonda. No sabía ni quién lo había llamado.

—Qué —respondió, áspero. Seco. Intratable.

—¿Nos estabas siquiera escuchando? —le reprendió Pluton.

—Alto y claro —afirmó Tristan con desinterés—. Desde hace cuatro horas. O dos años.

—¿Y no tienes nada que decir, muchacho? Estamos esperando una respuesta.

¿Muchacho? ¿En serio? ¿Podía romperle el cuello o quemarlo vivo hasta los huesos con un solo movimiento de su mano y lo llamaba muchacho? Tristan se deshizo de la pereza, se incorporó en la silla, se aclaró la garganta y le lanzó una mirada de advertencia. A él nadie le hablaba de esa manera. Nadie. Tendría que hacérselo saber. Pluton siempre había sido el consejero más empático, el afable, el apaciguador, pero en los últimos tiempos se lo veía impaciente. Exasperado. El pueblo clamaba por él, por Tristan, por el dragón, y Pluton encabezaba la lista.

—¿Que si tengo algo que decir? —preguntó con voz de ultratumba—. Llevas cuatro horas hablando de que nuestro pueblo desea la abdicación de mi padre, *de mi padre* —subrayó con hostilidad—, y mi proclamación como rey. ¿De verdad necesitas una respuesta? ¿Deseas tu muerte inminente o solo eres rematadamente estúpido?

—Tristan —le advirtieron su padre y Pólux al unísono.

Tristan resopló. Estaba asqueado. Esa era la respuesta del reino ante la noticia de su transformación: ahora lo querían como rey. A él, que acababa de nacer como quien dice. ¿Y qué pasaba con su padre? Los dragones proclamaban a los cuatro vientos que amaban y respetaban a Megalo, pero consideraban que debía pasarle la batuta a su hijo. Era vergonzoso.

—Está intratable —se quejó Pluton, a propósito de la respuesta de Tristan, dirigiéndose al resto del Consejo como si él no existiera—. Más que nunca.

—Ahí tengo que darte la razón —le dijo Tristan.

Pólux le echó una mirada de reproche: «Cálmate».

«¿En serio?», respondió Tristan con sus ojos.

—Démosle un respiro —pidió Norton, y dejó de transcribir la reunión en las actas, la pluma sobre la mesa—. Son tiempos difíciles.

—Sí, lo son —afirmó Pluton—. Por eso tenemos que tomar una decisión.

—¿*Tenemos*? —repitió Tristan con menosprecio. En serio, estaba a punto de cargarse a ese tío.

—Sí, *tenemos* —aseveró el otro—. La abdicación de un rey y el posterior nombramiento de su heredero es una decisión que debe tratarse y alcanzarse en el Consejo Real.

—Me parece que no.

Pluton lo miró con condescendencia. Y con algo de pena. Como si Tristan fuera un niño asustado en medio de una manada de mamíferos carnívoros muy hambrientos. Pobrecito, iban a devorarlo. Le tocó la moral

como nunca y le devolvió el escrutinio con una mirada tan letal que era capaz de recorrer los cuatro metros de madera de roble que los separaban y fulminarlo al instante. Él era el mamífero carnívoro hambriento.

—Llevamos dos años posponiendo el tema. El pueblo quiere a Tristan. Quiere que el dragón los gobierne.

—No voy a obligar a mi padre a abdicar. No voy a robarle su reinado.

—*Tu* reinado.

—Tristan —le advirtió el rey cuando captó sus intenciones. Estaba a punto de lanzarle una bola de fuego en toda la cara al consejero.

—¿Tristan qué? ¡¿Tristan qué?! —gritó él, mandando, una vez más, el protocolo para con su padre a la mierda. Estaba agotado y quería largarse a su habitación—. La decisión es nuestra, no del maldito Consejo, y la respuesta es no. No tengo más que añadir. ¿Hay algún otro asunto que queráis batallar y perder o puedo irme a la cama? Son más de la dos de la madrugada, joder.

Su resolución no daba lugar a réplica y todos lo sabían. Pólux estuvo a punto de dar por finalizada la sesión, pero Pluton intervino una vez más.

—Por supuesto que hay otro asunto que tratar. Y todos estamos agotados después de una jornada como la de hoy, pero este tema es igual de importante o más que el anterior y tenemos que ponerlo sobre la mesa. Aún no quieres ser rey, bien, lo aceptamos por el momento —Tristan tuvo que contenerse para no reaccionar ante aquel «por el momento»—, pero no vas a poder dilatarlo para siempre. Mientras tanto, es vital para el reino que escojas una compañera y la desposes. Necesitas una futura reina, Tristan.

Pólux pudo advertir cómo se dilataban los orificios de la nariz de su pupilo y se le oscurecían los ojos hasta alcanzar el azul más tormentoso. Incluso el rey miraba con cautela a su hijo y con censura al consejero. Si lo que pretendía Pluton era que el príncipe escupiera fuego por la boca y lo chamuscara, estaba a punto de conseguirlo. Megalo deseó encontrarse más próximo a su querido Tristan para poder apretarle la rodilla con afecto. Para

calmarlo y dedicarle las palabras de consuelo que sabía que necesitaba. Porque no tenía duda de que su niño en ese momento las necesitaba tanto como una tabla de salvación en medio de un mar embravecido. Sin embargo, en lugar de ofrecerle la tabla, tenía que mantener la compostura y guerrear contra el Consejo. Y aquella mesa redonda era demasiado grande para su propio bien.

Pólux se levantó de su almohadillada silla, rodeó la mesa y se acercó al dragón más joven con paso firme; necesitaba estar ahí para él. Tristan seguía sangrando dolor por la muerte de Lovem y Pólux jamás lo abandonaría.

—No. Voy. A. Casarme.

Nunca esas cuatro palabras habían sonado tan apocalípticas. Pólux notó que Pluton intentaba tragar saliva el mismo instante en que él llegaba junto al chico y se colocaba detrás. Apoyó las palmas en sus hombros y apretó para tratar de aliviar la tensión.

—Es muy tarde —dijo Norton, en un intento de apaciguar las aguas—. Es mejor que dejemos este tema para otro momento.

—¿Y cuándo va a ser eso? —respondió Pluton.

—No lo sé —afirmó Norton unos segundos después, tras comprobar que nadie más tenía la intención de decir nada.

—Tú siempre has abogado por la hegemonía de los dragones, Norton. Más que cualquier otro.

—Y lo sigo haciendo —se defendió.

—¿Y entonces? —insistió Pluton—. Estamos más cerca que nunca de conseguirlo. ¿Es que acaso soy el único que lo ve? Tristan ha logrado lo que llevábamos siglos esperando. Implorando. El dragón ha vuelto. Es lo más grande que nos ha sucedido desde la creación. Pero un príncipe necesita una princesa. Un futuro rey necesita una reina. No podemos permitir otro reinado en solitario. Necesitamos estabilidad. Majestad —Pluton se dirigió

a su rey con precaución—, la monarquía se debe a su pueblo. Tristan debe casarse y gobernar.

—¡No voy a casarme! —gritó Tristan incorporándose y colocando las manos con fuerza en la superficie de madera—. ¡Nunca! ¡Ni a gobernar! Grábatelo a fuego, Pluton, es mejor que lo hagas tú a que lo haga yo.

—¡Esto es inaudito! —exclamó el otro, enfadado.

Pólux trató de sentar de nuevo a Tristan, pero fue imposible.

—Pluton, deja al chico tranquilo —le pidió Norton—, ha pasado por mucho.

Que Tristan se había enamorado de Lovem Kennedy había dejado de ser un secreto para el Consejo. Fue imposible ocultar el dolor. Y seguía siéndolo.

—Lo sé, y lo entiendo, todos lamentamos la trágica muerte de la hija de Zeus, pero la vida continúa y...

—Oh —exclamó Tristan con risa de ultratumba—, por tu vida, Pluton, te aconsejo que no sigas por ahí. Y no es una advertencia. Es una amenaza. No te atrevas a nombrarla con esa apatía en mi presencia.

—Tristan —le advirtió de nuevo el rey.

—¡¿Qué?!

—Estamos todos muy cansados —terció Pólux—; la reunión queda pospuesta hasta nueva orden.

Pluton se levantó y se marchó con el ruido de las pisadas de sus botas sobre el suelo de mármol sepia como única despedida y un fuerte portazo que resonó en cada rincón de la estancia y alcanzó a las ventanas. Norton suspiró. Megalo se levantó de la silla presidencial y lo acompañó a él y a Pólux a la salida. Necesitaba estar a solas con Tristan, que permanecía de pie en la misma postura, con las manos apoyadas sobre la mesa y la mirada ausente.

—Tristan —lo llamó, una vez que se quedaron a solas.

—No voy a casarme —repitió este sin moverse un ápice, tan solo levantó la mirada.

Megalo cogió una de las sillas que rodeaban la mesa y la aproximó a Tristan. La colocó junto a él y se sentó. Agarró de la camiseta a su hijo y lo obligó a hacer lo mismo. Tristan obedeció con reticencia, pero obedeció. Su padre le revolvió el cabello trigueño con ternura y dejó la mano entre sus mechones suaves y ondulados. Tristan inclinó la cabeza y dejó escapar un suspiro lleno de dolor. Apoyó la frente en la mesa, totalmente derrotado a nivel emocional.

—A tu corazón aún le queda mucho trabajo por delante, hijo mío. —Megalo no dejaba de acariciarlo—. Solo han pasado dos años. Dos años no son más que una exhalación. Volverás a respirar con normalidad, te lo prometo. Aunque nunca dejará de doler.

—No es una cuestión de tiempo —susurró Tristan contra la mesa—. No voy a casarme. Haceos a la idea.

—Y yo respetaré siempre tus decisiones.

—¿Y el reino? —preguntó, y alzó la cabeza para mirar a su padre.

—El reino puede irse a la mierda. Tú eres mi hijo y estás por encima de todo.

Tristan se perdió en los ojos azules de su padre. Desde la noche en que asesinaron a su madre y hermanos, había cierto halo de sufrimiento en ellos. Se apagaron y no existía luz lo bastante potente que los iluminara de nuevo. No existía luz que lo iluminara a él de nuevo y que lo mostrara como el joven hombre que aún era. Ni siquiera cuando ellos cuatro, los cuatro Drake que habían sobrevivido a la traición del Olimpo, vivían sus pequeños momentos de felicidad. Ni siquiera cuando Tristan, Magnus y Alicia cumplían años —catorce, quince, dieciséis, diecisiete...— y lo celebraban con un día de pesca en familia. Ni cuando brindaban por sus logros. Ni cuando reían de verdad, que hasta se les doblaba el estómago, por la última ocurrencia de Magnus. No. El halo de tristeza de los ojos del rey Megalo

los acompañaba siempre, aunque sonriera con ellos. Y ahora Tristan sabía que lo haría de por vida. Porque esos ojos también eran los suyos. Porque era capaz de verse en ellos. Porque seguía enamorado de Lovem como el primer día, incluso sin saber qué día era ese. Porque el dolor apenas le había dado un respiro durante esos dos años. Porque Tristan no era capaz de mirar el cielo sin pensar en ella y sin que la astilla en su corazón se le clavara más profunda todavía. A veces solo quería meterse la mano en el pecho y arrancársela, pero sabía de antemano que no la encontraría. Jamás la encontraría. ¿Y cuánto tiempo puede permanecer alguien sin mirar hacia el cielo? ¿Es acaso posible? ¿No toparse con él en las veinticuatro horas que dura el día, aunque sea de soslayo? Porque el firmamento permanecía inmutable sobre sus cabezas, pero Lovem no. ¿Cómo iba a sobrevivir? Dios, ¿cómo? Incluso se había hecho adicto a las conversaciones que mantenía con Pólux a propósito de Lovem. Pólux no solo era el Gran Sabio y Sanador de los dragones, también era un segundo padre para él. Un día se sentaron uno frente a otro y Pólux se lo contó todo sin que Tristan tuviera que preguntarle nada. Sin que tuviera que cuestionar su lealtad. Le habló de que había reconocido a Lovem en el instante en que Tristan la llevó al castillo en brazos, la primera vez que la atacaron con Escila. Le habló de sus sospechas, de que alguien había jugado con el tiempo y de que supo al instante que Magnus y Alicia, en el centro de la Tierra en ese momento, estaban en peligro. Y le habló del futuro. De que él sabía del futuro, y de cómo lo sabía. Le había contado tanto. Un tanto por el que Tristan moriría. Y le habló de Aiden. De su hijo Aiden. Porque era cierto que la Profecía Prohibida hablaba del hijo del Lovem. De Lovem y de él. Oh, Aiden. Pólux amaba a Aiden y Tristan había comenzado a hacerlo a través de sus relatos. ¿Cuántas veces los había imaginado a ambos juntos? ¿A Aiden y Lovem vivos junto a él? ¿Mil? ¿Un millón? Hacía tiempo que había dejado de contarlas. Tristan sabía que soñar con algo que nunca volvería no era

saludable, pero no podía ni quería evitarlo. Eran sus sueños. Y todo el mundo tiene derecho a soñar.

Tras un brevísimo toque, la doble puerta de madera maciza de la sala se abrió con estrépito. Tanto Tristan como Megalo giraron las cabezas, sobresaltados.

—Majestades —los saludó uno de los guardias con una inclinación.

—¿Qué ocurre? —demandó Megalo con autoridad—. He ordenado que no se nos molestara bajo ningún concepto.

—Ha ocurrido algo de suma gravedad en el Mundo Exterior.

2

Mundo Exterior. Europa. Universidad de Cambridge

Los gritos desgarrados a causa del absoluto terror se escuchaban por cada rincón de la universidad. Estudiantes, profesores, administrativos, ordenanzas, gerentes, bibliotecarios, documentalistas, técnicos, profesionales de laboratorios, visitantes, turistas... Todos corrían desesperados por ser los primeros en salir de allí, de su universidad, que, de pronto, se había convertido en el lugar más peligroso del mundo.

Todo era un caos. Puro caos.

Los humanos que seguían vivos se dispersaban en todas las direcciones. Chocaban entre ellos. Caían. Se levantaban. Corrían de nuevo. Lloraban. Algunos miraban hacia atrás. Otros ni siquiera eso. El terror no se lo permitía.

No importaba el estatus que ostentara cada uno hasta entonces. No importaba la edad, la etnia o el color. Todos huían por igual. Y sus corazones bombeaban de la misma manera frenética. Que se salvara el más rápido. No había ni valientes ni cobardes. Solo puro instinto de

supervivencia. No se trataba de ver quién se paralizaba ante una situación de peligro o quién se hacia el superhéroe e intentaba salvar a los demás.

Espera... ¿O sí?

Mundo Exterior. América del Norte. MIT

Los gritos desgarrados a causa del absoluto terror se escuchaban por cada rincón de la universidad. Estudiantes, profesores, administrativos, ordenanzas, gerentes, bibliotecarios, documentalistas, técnicos, profesionales de laboratorios, visitantes, turistas... Todos corrían desesperados por ser los primeros en salir de allí, de su universidad, que, de pronto, se había convertido en el lugar más peligroso del mundo.

Mundo Exterior. Oceanía. Universidad de Queensland

Todo era un caos. Puro caos.

Mundo Exterior. África. Universidad de Sudáfrica

Los humanos que seguían vivos se dispersaban en todas las direcciones. Chocaban entre ellos. Caían. Se levantaban. Corrían de nuevo. Lloraban. Algunos miraban hacia atrás. Otros ni siquiera eso. El terror no se lo permitía.

Mundo Exterior. Asia. Universidad de Tel Aviv

No importaba el estatus que ostentara cada uno hasta entonces. No importaba la edad, la etnia o el color. Todos huían por igual. Y sus corazones bombeaban de la misma manera frenética. Que se salvara el más rápido. No había ni valientes ni cobardes. Solo puro instinto de supervivencia. No se trataba de ver quién se paralizaba ante una situación de peligro o quién se hacia el superhéroe e intentaba salvar a los demás.
Espera... ¿O sí?

3

Tristan recorrió apresurado el interminable pasillo que conducía a su dormitorio y se detuvo en la puerta inmediatamente anterior a la suya: la que abría la habitación de Magnus. Colocó la mano en la manilla y empujó con decisión sin tener la deferencia de llamar antes. Nada nuevo.

La estancia se encontraría en una penumbra absoluta si no fuera por la suave luz que irradiaba la lámpara de mesa de su hermano. Faltaban pocos minutos para que llegara el alba y a través de las ventanas solo se colaba la oscuridad de la noche. Ni siquiera el resplandor de la luna. Porque no había luna. Ni sol. Hacía dos años que en el Olimpo no brillaban ni la una ni el otro. Las espesas nubes que se negaban a abandonar el cielo lo cubrían todo. Zeus lo cubría todo en su luto por la muerte de su hija.

Magnus, alertado por el estruendo de la puerta, apartó con rapidez el rostro del microscopio y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿Tris?

—Ha ocurrido algo en el Mundo Exterior. —Encendió el interruptor y...

—¡Por todos los dragones! —Magnus tuvo que parpadear varias veces para que los ojos se le acostumbraran a la repentina claridad—. ¡Casi me dejas ciego! ¿Qué ha pasado?

Ignorando las protestas y preguntas de su hermano, Tristan entró en el dormitorio y se aproximó a la cama o, mejor dicho, se aproximó al bulto

humano que, a pesar de la luminiscencia, seguía durmiendo como si nada. Sus respiraciones eran dulces, sí, dulces, y empujaban arriba y abajo la fina sábana que lo cubría justo por debajo del estómago. Tristan lo zarandeó sin demasiada suavidad.

—Josh. ¡Josh! —Él entreabrió los ojos y miró a Tristan confundido. Magnus sintió pena por su querido novio... Eh, no, por Josh. Pena por Josh. Para una noche que dormía varias horas seguidas sin interrupción... Tristan dejó de sacudirlo y se dio la vuelta—. Levántate, bello durmiente, necesito que me acompañes a un lugar y tenemos que irnos ya.

Tristan rebuscó sin demasiado interés entre la ropa tirada por el suelo y cogió unos pantalones vaqueros (los primeros que pilló) y una camiseta roja con un estampado terrible. Estaba seguro de que era de Collingwood, su hermano no utilizaba ropa tan estrambótica, era más de colores sencillos sin dibujos ni formas. Lanzó ambas al regazo de Josh, que justo se incorporaba, aún somnoliento.

—Vístete.

—Pero ¿qué pasa? —le preguntó Magnus al mismo tiempo que abandonaba la silla y se acercaba a la cama. Seguía en ropa interior, había confianza, pero Josh estaba desnudo y, a pesar de que ni él ni Tristan parecían sentirse incómodos ni era la primera vez, Magnus se colocó delante del semidiós para otorgarle algo de privacidad mientras se ponía los pantalones (en comando) y la camiseta.

—Ahora no, Magnus —respondió Tristan con impaciencia.

—¿Qué? ¿No vas a contarme nada? ¿Y para qué has venido a mi habitación? Me has interrumpido, ¿sabes? Y trabajaba en algo importante. —Señaló el microscopio.

—He venido a buscar a Josh —replicó Tristan, como si fuera la mayor obviedad del mundo. Y lo era. A ver, que requería la ayuda de Josh una de cada tres noches en que este dormía con Magnus. Desde la muerte de Lovem, eran uña y carne.

—Adelántanos algo mientras voy al baño —le pidió Josh de camino, con el pantalón vaquero sin abrochar y la camiseta a medio poner. Bueno, al menos Josh había utilizado el «nos».

—Joder, está bien —aceptó Tristan—, pero date prisa.

—Habla —le exigió entonces Magnus a su hermano.

—Ha habido un ataque en el Mundo Exterior.

—¿Un ataque de nuestro mundo? —preguntó Magnus. Cuando Tristan se lo proponía, podía ser muy parco en palabras.

—Obvio, ¿no?

Magnus elevó los ojos al cielo. Tristan también podía ser exasperante hasta decir basta.

—Continúa —le dijo, perdonándoselo por ser él.

—Han atacado las universidades.

—*¿Las?* —enfatizó Magnus.

—Sí. Son unas cuantas.

—Joder. ¿Lugares tan públicos? ¿Y al mismo tiempo? Esto es nuevo.

Los ataques al mundo de los humanos estaban prohibidos, prohibidísimos, y la desobediencia se castigaba con un billete solo de ida al Tártaro. Dos años atrás, todos respetaban esa norma, más o menos. Los habitantes del Olimpo realizaban incursiones al Mundo Exterior, los propios Tristan, Magnus o Josh habían ido infinidad de veces, pero sus visitas pasaban inadvertidas para los humanos. O, al menos, casi todas lo hacían. Solo algunos monstruos aquí y allá se atrevían a ir más allá y atacar. Los semidioses los encontraban gracias a los telediarios de los humanos (que un escorpión gigante arrancara cabezas en un paso de cebra de la Quinta Avenida era noticia de primera plana) y enseguida los neutralizaban. Después tenían que borrar la memoria de los humanos, claro... De eso se ocupaban los dioses.

Entonces, poco después de que ellos regresaran del laberinto del Minotauro y del centro de la Tierra, los ataques al Mundo Exterior

aumentaron. Eran disimuladas agresiones desperdigadas por todo el globo terráqueo, fácilmente encubiertas por la propia lucha que los humanos mantenían entre ellos, pero con el paso de los meses fueron a más. Las *visitas* de los monstruos que se colaban y mataban familias enteras comenzaron a hacerse más frecuentes.

Zeus y los olímpicos intentaban encontrar a los culpables, pero estaban en un punto muerto. Los monstruos siempre eran insectos gigantes que carecían de raciocinio y era imposible sonsacarles la información sobre quién los había obligado a actuar o sobre quién los había ayudado a cruzar los portales. Porque no había duda de que, detrás de esos ataques, había alguien. Alguien con raciocinio.

Pero una ofensiva en varios puntos a la vez, en varias universidades, como había explicado Tristan, era una novedad. Una novedad muy inquietante. Un nuevo movimiento en el tablero de ajedrez.

—¿Dónde han sido? —preguntó Josh en cuanto salió del baño. Lo había escuchado todo. Ya se había abrochado los pantalones, lavado los dientes y adecentado un poco. El flequillo, húmedo, se lo había peinado hacia arriba, como de costumbre. Se sentó en la cama y recogió del suelo sus calcetines y las deportivas desperdigadas.

—No ha sido en una ciudad concreta, ni siquiera en un país —les explicó Tristan—, sino en varios.

—Joder —repitió Magnus, y eso que él apenas juraba. Se agachó, recogió la ropa sobrante que había quedado en el suelo y comenzó a vestirse con rapidez.

—Está generando el caos como nunca y hay cientos de muertes. No sé cómo vamos a tapar esto.

—Tenemos que ir a uno de esos lugares y ver qué ha pasado —añadió Josh una vez se calzó. Recogió sus cosas de la mesa al lado de la cama y se levantó.

—Y ese es el motivo por el que estoy aquí —replicó Tristan—. ¿Estás listo?

—¿Y Lucas? —preguntó Magnus mientras se metía la camiseta por la cabeza.

Lucas siempre acompañaba a Tristan y Josh cuando viajaban al Mundo Exterior a investigar los ataques. O así había sido en los dos últimos años. Para Josh y Lucas era trabajo, su cometido como semidioses era velar por que se cumplieran las normas del Olimpo, y para Tristan... Su vida había quedado unida sin remedio a la de ellos tras la muerte de Lovem. Se juró a sí mismo que los ayudaría con Escila. Por ella. Lo haría por ella. Y, además..., se sentía a gusto con Josh y Lucas de una manera que no podía explicar. ¿Quizá porque Lovem continuaba viva en ellos? Quizá... Tristan no lo sabía.

—Ya lo he avisado —les explicó a ambos. Había sido el primero al que había acudido—. Tiene una maldita guindilla en el trasero, así que lo más probable es que ya nos esté esperando al otro lado de la muralla. Me extraña que aún no me haya llamado...

Lucas no podía traspasar la Gran Muralla de Fuego si Pólux no se la abría primero. Josh lo sabía bien. Cuando Magnus y él comenzaron a *verse*, fue un tanto incómodo que Pólux lo esperara siempre allí, a Josh incluso se le subían los colores, estaba claro a qué iba al Reino Rojo (a meterse en la cama de Mag), pero llegó un momento en que le dio igual. Uno se acaba acostumbrando a todo... Y después Magnus encontró la manera de abrir él la Muralla sin la ayuda de Pólux. Cómo no. Josh casi sonrió ante el recuerdo y a Magnus no le pasó inadvertido el gesto. Incluso casi sonrío él también de pura inercia. «¿Qué te ronda la cabeza, Collingwood, para que casi me hagas suspirar con esa sonrisa tuya? No es muy común. Dime qué la ha provocado para que pueda hacerlo más para ti».

—Sí, Lucas está en la muralla —dijo entonces Josh, y abandonó el dormitorio.

Los dos hermanos lo siguieron. Magnus torció el morro. Por supuesto que Josh sabía dónde estaba Lucas. Siempre lo sabía. Y su malestar no fue por celos, sino por tristeza. Josh no poseía la fuerza o la velocidad típicas de los semidioses, hecho por el que Magnus se había preguntado cientos de veces, pero podía encontrarlos a todos con tan solo pensarlo. Ese era su poder. Una especie de radar de semidioses infalible. Un radar que le consumía muchísima energía, por lo que lo más sensato era que lo usara solo cuando necesitaba encontrar a alguien, pero Magnus sabía cómo funcionaba la cabeza de Josh y el motivo por el que había mandado a la mierda la sensatez. Desde la muerte de Lovem, Josh controlaba el paradero de Lucas veinte horas al día, hora arriba, hora abajo. Era su manera de asegurarse de que estaba bien. Y dormir estaba sobrevalorado.

A su lado, Josh perdió la casi sonrisa del todo. Él también recordó el error que había cometido dos años atrás. Fue un error irreparable, insalvable, de esos que definen el resto de una vida. Dejó de controlar a Lovem cuando se encontraba en un momento crítico. Fueron solo unos minutos, él estaba convencido de que ella estaba bien, a salvo en su cama de regreso del centro de la Tierra. Llevaba Escila en las venas, sí, pero no corría ningún peligro. Josh así lo sintió. Y Lovem murió. Jamás cometería otro descuido de tal calibre. Lucas. Magnus. Tristan. Mientras él estuviera despierto, no los perdería de vista, aunque le supusiera encontrarse en todo momento al borde de la extenuación. La debilidad siempre había formado parte de su día a día. Ahora se daban la mano cada minuto. Cada segundo. Pero a ellos..., a ellos no los perdería de vista. Nunca.

Ring. Ring.

—Ahí está —dijo Tristan, y miró la pantalla de su teléfono. En dos años pueden suceder muchas cosas. En dos años había llegado la tecnología al Olimpo.

—¿No lo vas a coger? —preguntó Magnus mientras cerraba la puerta del dormitorio, al ver que su hermano guardaba el móvil de nuevo en el

bolsillo. Por poco no se le queda el cordón de la deportiva enganchado en la puerta. Las llevaba desabrochadas. No le había dado tiempo más que a ponérselas.

—No. Que espere.

Ring. Ring.

El teléfono de Josh comenzó a sonar. Tanto Tristan como Magnus elevaron los ojos al cielo. Lucas no era de los que se rendían. Nunca. Y mucho menos de los que esperaban. Josh, por supuesto, contestó y comenzó a parlotear con su mejor amigo mientras bajaban las escaleras de caracol. Josh encabezaba la marcha, conocía de sobra los pasillos de esa parte del castillo y se movía con naturalidad entre ellos, como si estuviera en su casa. Los tres caminaron con rapidez hasta que llegó el punto donde sus caminos se separaban.

—Magnus. —Tristan señaló el pasillo a su izquierda, el que llevaba a la sala del Consejo—. El Consejo está reunido y necesito que estés con ellos. Recaba toda la información que puedas. Nosotros te avisaremos si descubrimos algo.

—Bien —aceptó de buen grado, aunque sus pensamientos y emociones estaban repartidos. Por una parte, él no era un chico de acción, le gustaba encerrarse en la biblioteca a leer y le encantaba ir al Consejo a elucubrar. Era lo suyo. Por otra parte, salir con Josh a explorar... lo llamaba demasiado.

—Papá estará ahí dentro todo el día —continuó Tristan—, como si no hubiéramos tenido bastante con lo de esta noche.

—Es verdad, la reunión del Consejo —recordó Magnus—, ¿qué tal fue?

—La misma mierda de siempre.

—¿Has llegado a acostarte?

Magnus podía advertir el cansancio en el rostro de su hermano, la piel pálida, la sombras oscuras de las ojeras y los ojos hinchados y decaídos.

Aunque esto último poco tenía que ver con la falta de sueño. Los vivaces y traviesos ojos azules de Tristan se habían apagado dos años atrás.

—No. Pero estoy bien. Luego te veo.

—Vale —accedió, y pensó en que debía buscar la manera de obligar a su hermano a descansar—. Os espero aquí. Intentaré averiguar todo lo que pueda. ¿Y Ali?

—No he querido despertarla, cuéntaselo tú.

—Claro.

A continuación, Magnus tuvo que carraspear para que Josh se girara, lo mirara y se diera cuenta de que ahí divergían sus caminos, pero seguía al teléfono. Con Lucas. Cómo no. Esos dos podían pasarse días enteros hablando uno enfrente del otro y seguir al teléfono cinco minutos después de separarse. Siempre tenían algo que decirse. Vale que había habido un ataque al Mundo Exterior, pero estaban a punto de encontrarse en la Muralla. ¿Era necesario que continuaran al teléfono ahora que él y Josh tenían que despedirse?

Josh, sin dejar de hablar, miró por el rabillo del ojo a Magnus y señaló sus pies con un movimiento de cabeza: «Átate los cordones. Vas a tropezar». Y entonces giró sobre sus talones y se marchó sin más demora.

Magnus, con el morro torcido, observó irse a su hermano con su compañero de cama. No hubo beso de despedida. Josh no era muy de besos de despedida. En el dormitorio se los daba y devolvía todos, pero fuera de él actuaba como si no tuvieran nada. A él le apetecía besarlo a todas horas, no solo en la cama, y por descontado que lo hacía siempre que se le presentaba la oportunidad. Suspiró. Josh no era fácil, pero eso él ya lo sabía.

Oh, pero en el último segundo, antes de desaparecer por el pasillo, Josh se giró y señaló una vez más, con la mano libre, los cordones desatados de Magnus. «Átatelos, Mag». Y le sonrió. Magnus no se ató los cordones, pero caminó feliz hacia el Consejo.

Para cuando Josh colgó el teléfono, él y Tristan ya se encontraban en las caballerizas. Allí tropezaron con Alicia, la pequeña de los Drake, que no se sorprendió al ver a Josh en el castillo a esas horas de la mañana. Dos o tres días a la semana (o incluso cuatro) compartía desayuno con él. Las primeras veces la excusa fue que se había quedado hasta tarde a investigar a Escila con Magnus. Todos asintieron con la cabeza para seguirles la corriente. Claro, si así era como querían llamarlo... Pero había pasado un año y Magnus y Josh continuaban *investigando* hasta el día siguiente. Alicia simpatizaba con Josh. No sabía desde cuándo, pero simpatizaba con él. Incluso compartía sus tortitas con él. Y le encantaba para su hermano. Se compenetraban y cabrioleaban entre ellos como en la danza más bonita, aunque no se dieran cuenta. Sobre todo Josh.

Tristan se sorprendió al ver a Alicia, se suponía que estaba durmiendo plácidamente en su cama. Apenas despertaba el amanecer y ella no era muy de madrugar. El cielo se clareaba por momentos y los sonidos de la mañana comenzaban a inundarlo todo. Además, Alicia solía hacer más equipo con Magnus que con él.

—¿Alicia? —la llamó Tristan—. ¿Quién te ha avisado?

—¿Tú quién crees? —respondió, ya encaramada en su caballo.

—Lucas —adivinó Tristan, subiéndose al suyo—. Te ha llamado Lucas.

—¿Llamar? Oh, no, no es su estilo. Me ha mandado un mensaje: «Rubia, tenemos problemas. Voy para allí».

Tristan negó con la cabeza y emprendió la marcha. Los tres jóvenes cabalgaron al trote y llegaron enseguida a la Muralla. Pólux, que ya los esperaba allí, junto a Phil y Rafe, abrió una grieta para que Josh pasara.

—Por fin —exclamó Lucas al verlos—. Os habrá adelantado por lo menos un ejército de caracoles.

—Buenos días, Luc —lo saludaron al unísono Phil y Rafe, los mejores amigos de Tristan y miembros de su Guardia Real, que cruzaron la Muralla para acompañarlos hasta el portal.

Phil y Rafe eran opuestos; donde uno era visceral, el otro era calculador; donde uno pecaba de ingenuo, el otro no le confiaría su vida ni a su propia madre; donde uno era moreno, el otro pelirrojo, pero ambos tuvieron que esconder la misma sonrisa: estaban allí de servicio. No habían podido evitar congeniar con el hijo de Poseidón con el paso de los años. A Lucas había que conocerlo. Era cabezota, peligroso, intransigente y tenía un carácter de mierda, pero poseía un gran corazón. Pocas personas entraban en él; sin embargo, cuando eso sucedía, lo hacían a muerte. Y, una vez no los dominaba el deseo de matarlo lentamente, tenían que reconocer que gracioso era un rato. Lucas había pasado dos años duros, la muerte de Lovem lo desestabilizó por completo, lo hundió en un profundo agujero negro y aún no se había recuperado, todos podían verlo, incluso Phil y Rafe, que no formaban parte de su entorno más íntimo, pero, poco a poco, había recuperado parte de su antigua personalidad. O, al menos, parecía que lo intentaba.

—Y luego los siameses somos nosotros... —contestó Lucas con el morro torcido.

—Las personas normales tenemos que vestirnos y esas cosas —le dijo Alicia. Se bajó del caballo y pasó por su lado de camino al portal. Tristan ya se encontraba allí, no solía perder el tiempo en saludos—. Tú debes de dormir con la ropa puesta.

Lucas caminó detrás de ella.

—No quieres entrar en ese debate —le respondió mirándola de reojo, porque en ese momento toda su atención se centraba en su mejor amigo, que también iba hacia el portal—. Y hablando de ropa. Tú llevas la misma que ayer —le dijo a Josh—. ¿Todavía no te ha prestado un cajón el dragonzuelo friki para que metas un par de cosas?

—Hola, Lucas —lo saludó Josh, ignorando su comentario.

—Buenos días, rubio —respondió el otro con una sonrisa, la primera del día. A Lucas le encantaba llamar rubio a Josh, a pesar de que dejó de serlo a

los diez años—. ¿Qué tal con tu novio? ¿Por qué no lo has traído?

—Porque tiene dos piernas para venir él solito.

—Ajá, te consta, ¿eh? Espera, ¿solo dos?

Josh resopló. Odiaba que Lucas se pusiera en ese plan.

—Se queda en el castillo para investigar desde allí —aclaró—. Y no es mi novio.

—Ya. Pues hoy has dormido en su cama, otra vez, y llevas puestos sus pantalones.

—No llevo puestos sus pantalon... —Josh bajó la mirada—. Oh, mierda.

Sí. Llevaba puestos los pantalones vaqueros de Magnus y tenía que ser Lucas el que se diera cuenta. También iba sin ropa interior. Culpa de Tristan y sus prisas.

—Te quedan bien —le dijo Rafe a Josh, bromeando.

—Un poco sueltos por detrás —añadió Alicia en el mismo tono—. Mi hermano tiene más culo que tú.

—¿Cruzamos ya? —preguntó entonces Tristan. Le daba exactamente igual de quién fueran los pantalones y mucho menos a quién le marcaran mejor culo.

—Claro, hombre, llevo horas esperándoos —respondió Lucas poniéndose a la altura de Tristan—. ¿A dónde vamos?

—A la Universidad de Cambridge.

Tristan y Lucas cruzaron sin mirar atrás. Josh y Alicia tuvieron la deferencia de despedirse de Pólux, Rafe y Phil.

—Id con cuidado —les dijo Pólux antes de que desparecieran en la espesura azul.

—Joder.

Tristan, Josh, Lucas y Alicia observaban la matanza boquiabiertos. Lejos habían quedado las bromas y burlas cariñosas sobre los pantalones de Josh.

O de Magnus. El ataque era serio. Demasiado serio. Y grave. En cuanto cruzaron el portal y llegaron a la universidad, sus sentidos captaron el auténtico terror que los rodeaba. Se guiaron por el sonido de los gritos y no tardaron en encontrar el foco del desastre, a pesar de tener que avanzar a contracorriente de la marea de gente que huía despavorida. Huían de *algo*. Algunos incluso lo señalaban en dirección a una de las bibliotecas.

Como la zona aún no había sido acordonada, pudieron atravesarla sin problema. Nadie se atrevía a acercarse, por si el monstruo seguía allí. Pero no lo hacía. Tristan, Josh, Lucas y Alicia lo supieron en cuanto pusieron el primer pie. Estaban solos. Solos con los cadáveres. Con decenas de cadáveres humanos. Tenían los cuerpos desgarrados y la sangre goteaba por doquier. Costaba mantener la mirada en ellos. No por lo desagradable de la imagen, sino por el dolor de ver aquella masacre sinsentido.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó Alicia, con el horror reflejado en el rostro. Los humanos aún mantenían los ojos abiertos y el pánico permanecía en ellos.

—¿Quién? —repitió Josh, y se agachó junto a uno de los cuerpos. Observó con minuciosidad las heridas mortales del pecho—. No, quién no. Qué.

Lucas se acuclilló junto a él y ambos chicos se miraron. En ese momento el teléfono de Josh sonó de nuevo. Lo sacó del bolsillo del pantalón y miró la pantalla antes de contestar. Era Peter, su compañero de aventuras desde hacía dos años. Él también se había aventurado en la misión de encontrar Escila en el centro de la Tierra, aunque no por decisión propia. Peter era un semidiós que no se había criado en el Olimpo, como otros muchos, pero se vio envuelto en la trama de Escila sin comerlo ni beberlo cuando los dragones, antes de conocer a Lovem y confabularse con los semidioses, lo secuestraron para hacer pruebas con él. Ahora eran buenos amigos y Peter luchaba junto a ellos de manera voluntaria. Los apreciaba mucho.

—Peter —dijo Josh con decisión.

—¡Josh! —respondió Peter al otro lado del teléfono, alterado—. ¿Os habéis enterado de lo que ha pasado? Estamos todos consternados. Esto es horrible. Nunca había habido un ataque como este.

—Sí, nos hemos enterado. Estamos en la Universidad de Cambridge. Acabamos de llegar. ¿Dónde estás tú?

—En la base. He venido de inmediato. No sabemos qué hacer.

La base. Las matanzas en el Mundo Exterior habían conseguido lo imposible: que los semidioses que vivían en el mundo de los humanos, fuera del amparo y de la dependencia del Olimpo, dejaran de ser meros espectadores y de comportarse como simples humanos y se unieran para crear una liga de semidioses. Se hacían llamar «la Resistencia Exterior». Los monstruos del Olimpo habían entrado en su mundo, lo habían atacado, llevaban dos años haciéndolo, así que las reglas habían cambiado y ambos bandos de semidioses habían comenzado a trabajar juntos. Y lo estaban haciendo bien. Mejor de lo esperado para ser dos facciones de un mismo pueblo que se habían criado de forma tan distinta. Habían descubierto un lugar secreto donde reunirse y allí precisamente se encontraba Peter. Josh supuso que muchos de sus aliados estaban allí. A la expectativa. Elucubrando. Intercambiando información.

—Quedaos ahí —le pidió Josh—. Quienquiera que haya hecho esto ya no está. No tenemos nada.

—Josh, escúchame, tenéis que moveros con rapidez, id a otra universidad y llegad antes de que el monstruo se marche. ¡Está sucediendo en todas partes! Los nuestros ya se están dividiendo y yendo hacia allí.

—¿En todas partes? —Josh frunció el ceño e intercambió una mirada con Lucas y Alicia. Tristan también se acercó—. ¿Qué quieres decir?

—Están cayendo más universidades.

—¿Cuáles?

—Tengo todas las televisiones encendidas. Las radios. Internet. Los servidores se están volviendo locos. La lista no deja de aumentar.

—¡Peter! ¿Cuántas universidades?
—Todas las universidades. ¡Todas las malditas universidades!
—¿Todas? ¿Cómo que todas?
—Josh, están atacando todas las universidades del mundo. Todas.

4

Universidad de Deusto. Norte de España

La joven de cabello castaño y mirada azul contemplaba su reflejo en el espejo de uno de los baños de la segunda planta de su facultad. Se aplicó el brillo de labios, comenzó por el medio de la boca y de ahí fue hacia las comisuras, y sonrió satisfecha con el resultado. Le encantaba ese color; tenía un toque anaranjado que le favorecía. Cogió el bolso y la carpeta que había dejado apoyados en el lavabo, se cruzó el primero en el pecho y salió. Tras una intensa jornada de siete horas ininterrumpidas de estudio por fin se dirigía a casa.

Apenas había comenzado a bajar las escaleras cuando se cruzó con el chico que la traía de cabeza en las últimas semanas. Era una monada.

—¡Ken! —la llamó él desde la distancia con movimiento de mano incluido nada más verla. Subió las escaleras, feliz por haberla encontrado, y se reunieron a medio camino—. Hola —la saludó al tenerla a su lado.

Le dio un beso en la mejilla, que ella aceptó de buen grado, y sonrió. Ella también lo hizo, justo un segundo después de sentir un cosquilleo en el estómago.

—Hola —respondió de la misma manera.

Los ojazos verdes del chico la volvían loca, para qué negarlo. Y el cabello oscuro. La estatura envidiable (le gustaban altos, qué le iba a hacer). La espalda ancha. La mandíbula cuadrada. Todo.

—¿Bajas? —le preguntó él señalando las escaleras.

—Sí, me voy a casa.

—Te acompaño. A la salida —le aclaró con otra sonrisa—. He quedado con Héctor y María en el aparcamiento. Aunque, si me invitas a la siesta, no te voy a decir que no.

—¿Qué siesta?

—La que te vas a echar. Lo tienes escrito en la cara.

«Estás muy lejos de saber lo que tengo escrito en la cara», pensó ella, pero sonrió en respuesta y bajaron juntos los dos tramos de escaleras de mármol, chocando a propósito sus hombros y charlando sobre todo en general.

Llegaron a uno de los claustros que conducían a la salida. Ella no era muy de salir con chicos, y menos aún de comprometerse con alguno, pero Juan (así se llamaba) le encantaba. Era guapo y gracioso. También tenía dos años menos. Cursaba su último curso universitario mientras que ella hacía año y medio que se había licenciado en Química y comenzado el doctorado. Se conocieron una noche en una quedada universitaria, compartían amigos, y se prendaron el uno del otro. Digamos que... hubo *química*. Llevaban un par de semanas rondándose.

—¡Kenny!

Ambos jóvenes se giraron y se toparon con el mejor amigo de ella, que se acercaba a paso ligero. Saludó de manera informal a Juan (alzando la barbilla) y caminaron los tres juntos hacia el aparcamiento. Una vez allí, Juan se despidió con otro beso en la mejilla y se subió al coche de uno de sus amigos con una de esas sonrisas que tanto la encandilaban.

—Casi se te cae la baba cuando se ha despedido... —bromeó su amigo mientras se dirigían juntos al coche. Le gustaba picarla.

—¡Mentira! —respondió ella después de darle un golpe cariñoso en el brazo—. Tengo la baba supercontrolada.

—¡Para nada! Mírala ahí, en el suelo. —Señaló un lugar junto a sus pies. Ella picó y miró. Él recibió otro golpe en el brazo y rio—. Casi haces que se tropiece y todo.

—¿Has visto qué ojazos tiene? Te juro que brillan en la oscuridad.

—Y a ti te encanta la quimioluminiscencia.

—Más que nuestras noches de peli y pipas.

Él rio de nuevo.

—Ya... Oye, hablando en serio. Juan y tú lleváis varias semanas tonteando. ¿Vas a liarte con él o vas a darle la patada como a los otros?

—No les doy la patada. Es solo que... —Suspiró—. No tengo ni idea de cómo encajar un chico en mi vida.

El amigo la miró con cariño, y un poco de tristeza.

—Todo es ponerse, ¿eh?

—¿Poner? Desde luego que Juan me pone un rato...

Ambos rieron y se detuvieron poco después en medio del aparcamiento, en cuanto llegaron al descapotable rojo. Ella sacó la llave del bolso y lo abrió. Dejó caer la carpeta con los apuntes en los asientos traseros y él ya estaba casi sentado en el del copiloto cuando lo escucharon:

El movimiento.

El alboroto.

Y los gritos.

Gritos de absoluto terror.

Se irguieron y dirigieron la mirada hacia las voces, hacia el edificio bicentenario de la universidad, de donde decenas de alumnos salían espantados. Huían de algo.

—Pero ¿qué...? —La chica cerró la puerta de su coche y se dirigió a paso ligero a la marabunta de gente.

—¡Espera! —gritó el amigo detrás de ella—. Joder, ¡espera!

Pero ella no escuchaba. Como siempre, nunca escuchaba. Estudiantes, profesores, administrativos, ordenanzas, gerentes, bibliotecarios, documentalistas, técnicos, profesionales de laboratorios, visitantes y turistas se acercaban a ella a gran velocidad. Corrían como si los persiguiera el mismísimo diablo. Ella intentaba avanzar, intentaba llegar a ese *algo* que los tenía horrorizados, pero los constantes tropiezos con los cuerpos con que se cruzaba lo hacían imposible. Aun así, insistió. Nadó a contracorriente y llegó al edificio que minutos antes había dejado atrás. Lo que fuera que estuviera aterrorizando a la gente debía de estar en algún piso superior porque el griterío venía de allí. Los estudiantes se chocaban en las escaleras y se empujaban los unos a los otros. Subieron juntos, apartando personas, sin dejar de mirar hacia arriba para ver si lograban vislumbrar algo.

—¡Ken! —le gritó una voz conocida. Era una compañera de clase. Tenía los ojos inyectados en sangre y el horror estampado en ellos—. ¡No subas! ¡Corre!

La chica pasó por su lado como una exhalación y no insistió más; el instinto de supervivencia primaba. Ella no miró atrás. Solo a su mejor amigo. Una mirada recelosa con un toque de precaución. La misma que él le devolvió. Continuaron subiendo y, de pronto, el estrépito de la huida cesó. El último estudiante que se encontraba en la primera planta los miró con cara de «¿adónde vais, es que acaso estáis locos?» y se quedaron solos en el pasillo. El incesante griterío y las pisadas sobre el suelo de madera comenzaron a escucharse lejanos, como si fueran los últimos latidos de un eco a punto de expirar.

Avanzaron con cautela y enseguida advirtieron las marcas en las paredes: la sangre, que bajaba en espirales hacia el suelo.

—Eh —el chico la sujetó del brazo—, cuidado.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No tengo ni idea, pero puede que el responsable aún ande cerca.

Atravesaron el corredor y a cada paso el escenario se volvía más inquietante. Había mucha más sangre. Más muerte. Y demasiado silencio. Hasta que giraron en el pasillo.

—Joder —exclamó él sin poder evitarlo, a pesar de estar acostumbrado a la lucha y la destrucción.

Había cadáveres por todas partes. Unos tendidos en el suelo, otros arrojados de cualquier manera en los sofás de cuero que adornaban la entrada de la biblioteca y algunos más recostados contra las estanterías, repletas de obras. La mayoría de ellos estaban destrozados, descuartizados, mutilados con heridas mortales. También había libros y apuntes cubiertos de sangre por doquier. Y objetos personales. Zapatos, mochilas... Una auténtica pesadilla.

Ella se agachó y buscó el pulso de algunos de ellos, pero no quedaba nadie vivo. Conocía muchos de esos rostros. Se cruzaba con ellos a diario. Acarició el río de sangre de una de las paredes con la yema del dedo. Aún conservaba vestigios del calor de una vida. Era reciente. Inquietantemente reciente. Entonces lo escuchó. Un siseo. Un movimiento. Giró la cabeza de inmediato.

—Aún está aquí —susurró un segundo antes de moverse al otro extremo de la estancia, de donde procedía el ruido.

—¡Espera!

Pero no esperó. Cruzó la biblioteca, sorteando cadáveres, y giró por uno de los pasillos. Y allí estaba el *algo* que buscaban. Una araña gigante, espeluznante, negra y peluda, con las patas y la boca cubiertas de sangre, que la miraba con curiosidad. ¿Las arañas miraban con curiosidad? Primera noticia. Dos segundos tardó ella en reaccionar y echar a correr. Los mismos que tardó el bicho en moverse de la misma manera apresurada. Cualquiera

que vislumbrara la imagen por separado, vería por una parte a una chica de aspecto juvenil (veinteañera), ataviada con pantalones vaqueros y camiseta, cabello a la altura de los hombros y un metro sesenta corriendo a toda velocidad por los pasillos de una universidad, y por otra, a una araña gigante, sobrenaturalmente gigante, haciendo lo mismo. Pero... ¿quién perseguía y quién huía? Cualquiera pensaría que lo más lógico era que la chica corriera por salvar su vida y la araña por alcanzar su comida. Pero ese cualquiera se equivocaría, porque si ambas imágenes se juntaran y se viera lo que sucedía de verdad... La realidad era que lo que le hizo correr a ella fue ir a por la araña. El instinto de la caza, inherente a su persona. Y lo que hizo correr a la araña fue huir del lugar. El instinto de supervivencia, inherente a su existencia. O no... No es más que una mera suposición, pero lo que quedaba claro era que la chica perseguía y la araña huía.

—¡Lovem! ¡Lovem, nooo! —gritó Eric detrás de ella.

«¡Mierda!».

Y tanto que «mierda».

A pesar del juramento, a Eric no le sorprendió la actitud de Lovem, además de su impetuosidad y su escaso respeto o miedo al peligro: Zeus la había entrenado bien durante los dos últimos años para que luchara contra cualquier monstruo del Olimpo. Y Lovem se había enfrentado con miles de ellos bajo su supervisión, pero es que en ese momento no estaba bajo su supervisión. La araña no era parte de un entrenamiento. Claro que no. Era un ataque real. Un ataque real que Lovem debía haber ignorado, bajo las órdenes de su padre, tal y como llevaba haciendo los dos últimos años. Claro que en los dos últimos años habían vivido muy tranquilos como dos universitarios más y no les había explotado en la cara un monstruo de una manera tan directa. Y, por si fuera poco, ese no era uno cualquiera. Joder, no lo era. Era una araña gigante que había atacado el mundo de los humanos con una brutalidad sin precedentes, una araña gigante que se daba un aire a otra que él conocía. Una que conocía demasiado bien. Y por eso se

estremeció de arriba abajo. Después, corrió tras ellas. Debía proteger a Lovem.

«Nos han encontrado», fue su primer pensamiento. Eric, el cambiaformas hijo de Ares, llevaba temiendo ese momento desde hacía dos años, desde que Zeus había envenenado a Lovem delante de sus narices en cuanto regresaron del centro de la Tierra para que en el Olimpo la creyeran muerta y se olvidaran de ella, para poder resucitarla poco después y llevarla muy lejos y protegerla. Protegerla del Olimpo, que buscaba su muerte, de Escila, que aún existía y andaba escondida en algún lugar, y de ella misma, que arriesgaba su vida a diario por proteger a sus seres queridos. Josh. Lucas. Tristan. Y Zeus lo había conseguido. Todos se creyeron la mentira, todos lloraron la muerte de Lovem. Y mientras, ellos habían vivido en el Mundo Exterior. Felices. A salvo. Lovem tenía la vida que siempre deseó: la de ser una humana normal y no una semidiosa que lucha contra las fuerzas del mal y pone su vida en peligro. Asistía a la universidad, estudiaba, salía a tomar algo con sus compañeros de clase, iba al cine con Eric una vez al mes, de compras, veía la tele por las noches con él y con su padre..., y entrenaba. Por si acaso. Y ese «por si acaso» había llegado. Porque quizá no todos la creían muerta. Porque esa araña a la que perseguían era una trampa. Y eso solo podía significar que alguien sabía que estaba viva. Lo que era un problema. Un problema de dimensiones épicas. Y Lovem no era consciente, claro. Ella no se acordaba de nada. No se acordaba de su vida en el Olimpo. Ni de su gente en el Olimpo. Josh. Lucas. Tristan. Su vida en el Mundo Exterior era todo lo que conocía. Una vida que Zeus había creado para ella. Una vida que Eric había jurado proteger. Y en eso estaba.

—¡Lovem, joder! —gritó de nuevo.

Lovem, por su parte, mascullaba juramentos en su mente, uno detrás de otro, porque la araña era rapidísima. Veía sus ocho patas moverse y avanzar a pasos acelerados por el pasillo. Un pasillo en el que el animal entraba por

los pelos (literalmente), su cabeza rozaba el techo y sus extremidades las paredes, pero que no le impedía moverse con facilidad y menos aún llevarse por delante ornamento o lámpara con que se cruzara. Las enormes vidrieras que decoraban el pasillo proyectaban miles de colores sobre el cuerpo de la araña y enturbiaban la vista de Lovem. Había momentos en que estaba a punto de alcanzarla, pero se quedaban solo en eso, en aproximaciones. Hasta que Lovem advirtió que el pasillo terminaba. La tenía acorralada, a no ser que supiera abrir puertas, cosa que dudaba. Sonrió. Pero poco le duró la sonrisa. La araña se lanzó contra una de las vidrieras e hizo añicos tanto el cristal como la pared de hormigón. Desapareció a través de los fragmentos, que volaron por los aires.

«¡Venga ya!». Lovem no se lo podía creer.

Escuchó el vibrante, supervibrante, «nooo» de Eric, que se anticipaba a sus intenciones, y lo ignoró. Aprovechó el enorme hueco en la pared y saltó detrás de la araña. Estaban en un segundo piso, había unos diez metros de caída, pero el aterrizaje fue suave. Lovem cayó de cuclillas, con una rodilla apoyada en el pavimento y la otra flexionada. Eric lo hizo detrás de ella. Se incorporaron juntos y él intentó sujetarla del brazo, pero Lovem corrió de nuevo tras la araña.

—¡Lovem, joder, escúchame! ¡¡Lovem!!

La araña se aproximó a una de las verjas que delimitaban la parte trasera de la universidad y Lovem intuyó que, después del salto que había dado, aquel enrejado no supondría barrera alguna. Y así fue. El animal saltó y lo sobrevoló sin apenas esfuerzo. Lovem, sin detenerse, apoyó una de las manos en la red de metal, se impulsó con el resto del cuerpo y logró esquivar la reja sin perder los segundos que tanto necesitaba; la araña comenzaba a sacarles ventaja. Echó a correr de nuevo tras ella, saltando matorrales y sorteando árboles. La adrenalina de la persecución se le acumulaba en las venas como nunca y elevaba su temperatura corporal. O quizá no fuera adrenalina. Quizá fuera excitación. Lovem no estaba segura,

pero era como si acabara de despertar de un sueño. Y se sentía más viva que nunca. Por eso siguió corriendo. Por eso siguió su instinto, que le gritaba que tenía que alcanzar a la araña. Su cabeza y su corazón podían cometer errores. Su instinto, no. Y es que... nadie puede contener a alguien como Lovem. Nadie. Ni siquiera Zeus.

—¡Lovem, por favor! —Eric la seguía de cerca—. ¡Escúchame por una vez en tu vida! ¡Es una trampa!

—¡Lo sé!

Por supuesto que lo sabía. Lo había sabido desde el primer momento.

—¿Lo sabes? —Eso Eric no se lo esperaba. Lovem no recordaba a la araña. Ni de lejos la recordaba.

—¿Por qué después de matar a decenas de humanos huye de mí, Eric?

Bien visto.

—¡Hay que dar la vuelta! ¡Lovem!

—¡No! Trampa o no, ha matado a muchos. Tenemos que alcanzarla y acabar con ella antes de que haga más daño.

—¡No! ¡Tenemos que volver a casa y dejar que los dioses se ocupen de ella! Y, hablando de dioses...

—¡Los dioses no pueden ocuparse de ella! Es ahora o nunca.

—... ¡¿te das cuenta de que perseguir por el bosque a un monstruo del Olimpo infringe la primera de las normas inquebrantables de tu padre?! Recuerdas las normas, ¿verdad? ¡Esas que son inquebrantables, Lovem!

Eric tenía que hacer que Lovem retrocediera. No había nada más importante en ese momento. «Por favor, Lovem, retrocede. Estoy dispuesto a suplicártelo si es necesario». Esa araña no estaba ahí de casualidad. Eric no creía en las casualidades.

—¡Has repetido la palabra *inquebrantables* dos veces!

—¿Y la has escuchado alguna de las dos?

—¡Puedo con ella, Eric!

—¡Por supuesto que puedes con ella, pero no se trata de eso! Necesito que confíes en mí y que te detengas. ¡Lovem, por favor!

Lovem no contestó. Era cierto que su padre la castigaría de por vida. Y era más que consciente de que la persecución era premeditada, de que el bicho los estaba dirigiendo adonde quería, pero no podía dejar de perseguirlo. Un impulso muy potente dentro de su ser la llevaba a hacerlo. Necesitaba saber. Quizá fuera la curiosidad innata con la que había nacido. O quizá fuera el simple hecho de que llevaba toda la vida preparándose para eso, para luchar contra seres como esa araña, y por fin se encontraba con uno real. No podía darle la espalda a su destino. No podía mirar hacia otro lado. Su padre lo entendería. Tenía que entenderlo. Llevaba escondida toda su vida. Y ya era hora de luchar de verdad.

Distinguió a lo lejos un reflejo azul y supo lo que era: un portal hacia el Olimpo, morada de los dioses y los monstruos. Un lugar absolutamente prohibido para ella. Y que no debería verse a simple vista; definitivamente era una trampa, pero Lovem asumía el riesgo. Había crecido con la creencia que le había inculcado su padre de que, como hija de Zeus, tenía más enemigos que amigos, y de que, por lo tanto, la mayoría de los habitantes del Olimpo buscaban su cabeza; por eso vivía escondida en el Mundo Exterior desde su nacimiento. Por eso tenía prohibido cruzar palabra alguna con cualquier ser sobrenatural. Ni siquiera un susurro con algún otro semidiós. Solo con Eric. Por eso perseguir a un monstruo por el bosque infringía la primera norma inquebrantable de su padre; y de cruzar portales que se ven a siempre vista mejor no hablamos, pero Lovem y las normas nunca habían encajado del todo y ya iba siendo hora de romper una de las grandes. Las ganas bullían en su interior.

—Oh, por todos los dioses —dijo Eric al ver el destello azul. Y volvió a estremecerse, pero con mucha más intensidad—. ¡Lovem! ¡Ni se te ocurra cruzar ese portal! ¡Ni se te ocurra, joder! ¿Me oyes?

¿Oírlo? Sí. ¿Escucharlo? No.

Sucedió a cámara lenta. La araña comenzó a cruzar el portal y Lovem supo que tan solo disponía de milésimas de segundo antes de que la última pata desapareciera en el espeso líquido azul y entonces... la perdería para siempre. Necesitaba agarrarse a ella para aterrizar en el mismo lugar. Así era como funcionaban los portales. Te llevaban adonde querías, pero si entrabas sin un destino claro, podías dar vueltas por toda la eternidad o acabar en cualquier parte donde el propio portal decidiera escupirte. Así que Lovem se detuvo lo justo para que Eric la alcanzara, lo agarró de la mano con fuerza, estiró la otra y cogió el impulso de su vida para alcanzar a la araña. Eric intentó resistirse para tirar de ambos hacia atrás, pero Lovem consiguió sujetarse en el último momento. En el ultimísimo momento. Uf, por los pelos. Otra vez, literalmente.

Cruzaron el portal.

5

Lovem no se esperaba el bamboleo que sintió durante los breves segundos que duró el viaje, apenas le dio tiempo a percibir el paisaje verde oscuro que la rodeaba antes de que la araña apareciera frente a ella y le escupiera un espumarajo en el cuello. Lo mismo hizo con Eric, a su lado.

Lovem abrió la palma derecha, el rayo de Zeus se materializó, brillante y amenazador, y cortó al animal en dos. Fue instintivo. A Eric no le dio tiempo a verlo venir y mucho menos a evitarlo. Antes de que la palabra *no* saliera de su boca, las dos partes del bicho ya estaban en el suelo. «Mierda». Eric se estaba luciendo esa tarde de finales de marzo. Pero no pasó nada con el cuerpo de la araña. Absolutamente nada. Frunció el ceño. ¿Era posible que se hubiera equivocado? Inclinó la cabeza. Ahora que podía contemplar al bicho a placer, cayó en la cuenta de que no era tan exacta como recordaba a la otra, a la que se enfrentaron en el laberinto del Minotauro y que juró venganza contra Lovem cuando esta arrancó el corazón de la reina y las mató a todas en un perfecto efecto dominó. Eric soltó el aire que contenía. Pues que no fuera la misma era un alivio, la verdad. No era una trampa de «los malos». No la habían descubierto. Incluso notó que se le quitaba un peso de encima. El día ya no era tan desastroso. Solo desastroso a secas.

—¿Qué es esto? —preguntó, y retiró con la mano la secreción mucosa que tenía por todo el cuello.

—¿Dónde estamos? —respondió Lovem.

—En el Reino Libre, Lovem. En el puto Reino Libre.

Eric la miró con mala cara. Puede que el asunto de la araña no fuera tan grave como creyó en un primer momento, pero aun así estaba cabreadísimo con ella.

Lovem dio unos pasos y se alejó un par de metros del portal. Se internó en el bosque. Era similar a los del Mundo Exterior y distinto al mismo tiempo, y tenía un aroma que jamás había detectado en los de los humanos, un aroma familiar, aunque eso era imposible porque ella nunca había estado allí. Miró hacia arriba, hacia el cielo, que apenas se veía. Los árboles eran tan altos y frondosos que por eso la luz brillaba por su ausencia. Había arbustos por todas partes. Y el sonido. Apenas había sonido más allá del breve murmullo de las copas de los árboles, que se movían a merced del viento. «Curioso». Volvió a centrar la mirada en la araña. «¿Por qué los había llevado a ese lugar?».

—Ey, ¿adónde vas? Nos volvemos a casa, así que lo que tengas en mente, olvídalo. Hablo en se... —Eric enmudeció de pronto. Oh, oh—. Lovem —la llamó un tanto aterrorizado.

—¿Qué? —contestó sin mirarlo. El bosque la tenía ensimismada; no podía dejar de observarlo.

—No puedo moverme.

—¿Qué?

Entonces sí se dio la vuelta, y descubrió que se le habían dormido las piernas. Ella tampoco podía moverse.

—¡Lovem! —gritó Eric antes de caer al suelo como un peso muerto.

Ella también cayó. Estaba paralizada. Sentía un hormigueo en las extremidades, como si quisieran despertarse al momento, pero no sucedía nada.

Otra araña (una muy similar a la que acababa de matar, pero más negra, más grande y más espeluznante) entró en su campo de visión. Se dirigía a

ella a paso lento pero seguro.

Lovem levantó una barrera de protección sobre el cuerpo de Eric, no podía permitir que nada le sucediera y con el escudo de su padre rodeándolo, nada ni nadie podría dañarlo nunca. Sin embargo, no se protegió a sí misma. No por el momento. La araña la miraba de una manera que..., la miraba como si la reconociera, y como si le debiera algo. Como si fueran viejas conocidas. Pudo detectarlo en la expresión de su único ojo. Un ojo curioso. Y expectante. Pero ¿expectante de qué? Lovem necesitaba saber más. Por eso permitió que se acercara a ella y la rodeara con sus peludas patas, aprisionándola. No la invadió el miedo. Era una emoción que pocas veces calaba en ella. Podía levantar la barrera en cualquier momento y protegerse, podía matarla con su rayo, ya era capaz de mover los dedos de las manos, pero necesitaba saber qué quería la araña de ella. Necesitaba saber por qué se encontraban allí. Juntas.

La araña inclinó la cabeza con curiosidad hacia el rostro de Lovem y le clavó con suavidad el extremo afilado de una de sus patas en la mejilla derecha. La deslizó varios centímetros. Lovem apenas sintió la presión o la sangre que resbalaba por su piel. Aunque sí sintió, y vio, la lengua del bicho chupar su mejilla. Y aún sintió más la cantidad de emociones que cruzaron por el rostro de la araña una vez la tragó. La manera en que abrió el único ojo que tenía, como si hubiera descubierto algo. Y la manera en que luego la miró, como si hubiera tomado una decisión. Lovem lo distinguió en ese momento: el odio de la araña. El deseo de matarla. Y la intención.

Con un rugido ensordecedor, el animal levantó ambas patas delanteras y las bajó a toda velocidad, dispuesta a acabar con la vida de Lovem. Buen intento. Ella invocó el escudo de su padre y frustró el ataque. Sonrió. Jamás llegaría a su cuerpo. Al mismo tiempo, abrió la palma de la mano, necesitaba el rayo de Zeus para partirla en dos, pero sintió la presencia de alguien que se acercaba. Bajó los escudos, ambos, el de ella y el de Eric, sujetó las asquerosas patas de la araña con sus manos («mierda, esto no

tendría que estar sucediendo así, odio mancharme las manos») y esperó. Entre rugido y rugido —a Lovem se le dibujó una mueca de asco cuando las babas de la araña le cayeron encima—, giró la cabeza y vio a un chico que apuñaba una espada. Lovem hizo acopio de su fuerza y se aferró a las patas lo suficiente como para levantarse del suelo, la parálisis había cesado por completo, y se enfrentó a la araña, dispuesta a acabar con ella de una vez por todas. El juego había terminado, aunque sin sus armas, aquello no era tan divertido. Oh, pero aún le quedaba un arma, una que sí podía usar enfrente de ojos desconocidos. Abrió de nuevo la palma de la mano derecha y dejó que el fuego prendiera en ella. Abrasó a la araña. La devastó. Lovem vio como caía al suelo, gritando de dolor, un ruido horrible, por cierto, y sin perder un segundo fue a comprobar que Eric, que continuaba paralizado, se encontrara bien. Después se ocuparía del nuevo visitante, que, por supuesto, era un semidiós, pero su instinto «arácnido» le decía que era mucho más débil que ella. No era peligroso.

—¿Estás bien? —le preguntó a Eric.

Este no pudo más que asentir con la cabeza. Lovem fue a ayudarlo a levantarse, pero el juramento que escuchó detrás de ella la detuvo.

—¡Jo-der!

Se trataba del semidiós. Siguió la mirada de sus ojos, fuera de las órbitas, y descubrió qué era lo que lo había hecho maldecir.

—Joder —repitió ella.

La araña no estaba muerta. Y no solo eso. El fuego había desaparecido. Lovem se movió con rapidez, le arrebató la espada al chico y le cortó la cabeza al monstruo. Ambos se mantuvieron a la espera durante unos segundos, los pocos que tardaron en ver que le brotaban dos cabezas nuevas. Lovem jadeó. Pero ¿qué demonios era ese bicho? ¿Una hidra-araña inmune al fuego?

—Yo no continuaría cortándola en pedazos—le aconsejó el chico a su lado.

Era una buena apreciación. Sin embargo, algo tenían que hacer. ¿El qué? Ni idea. Lovem necesitaba la sabiduría de Eric. Era una enciclopedia andante en cuanto a bichos raros.

—¡Eric!

Pero él continuaba en el suelo sin poder moverse. Y la araña se acercaba.

—¡Corramos! —sugirió el semidiós.

—¿Qué?

—¡Entretenla!

El chico arrancó a correr y Lovem levantó una barrera de fuego en el mismo instante en que el bicho se lanzaba a por ella. No la contendría durante mucho tiempo, la miraba desde el otro lado con un odio visceral. Un odio que Lovem no entendió. Miró hacia atrás y vio que el semidiós se agachaba junto a Eric, sacaba algo de su bolsillo, se lo metía en la boca e intentaba levantarlo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Lovem.

—Un remedio para que pueda moverse. Eso de ahí —señaló la araña muerta— es una araña paralizante. Hoy nos hemos hecho tan expertos en ellas que... Digamos que estamos preparados.

La araña viva rugía y embestía contra ellos sin descanso, pero sin llegar a acercarse del todo; el escudo de fuego los protegía.

—Ken... —pronunció Eric en un jadeo. Cuando no estaban solos, tenía que fingir la pantomima de Ken, Kenny o cualquiera de sus variantes.

Con la ayuda del chico, consiguió incorporarse y mantenerse en pie.

—Tenemos que largarnos de aquí —propuso el chico—. ¡Crucemos el portal!

—No p...podemos irnos todavía —dijo Eric—. T... tienes q... que... matarla.

—¿A la araña? —le preguntó Lovem.

Eric asintió con la cabeza. Se encontraba al límite de sus fuerzas.

—Lo que tenemos que hacer es largarnos de aquí —insistió el otro—. ¡Conozco un lugar seguro en otro reino!

—N... no.

Se encontraban en un punto muerto y había que pensar con rapidez. Y eso fue lo que hizo Lovem. Retrocedió varios pasos y se acercó a Eric y al semidiós. La araña la acechaba de cerca. Decidió que un doble ojo era lo menos peligroso, así que bajó la barrera de fuego y, antes de que el bicho tuviera la oportunidad de llegar a ella, le insertó la espada en un ojo. Se la insertó hasta el fondo y la dejó ahí clavada, sin soltarla.

—¡Ahora! —gritó Lovem—. ¡Crucemos!

Cogió la mano de Eric y corrió hacia el portal; casi al instante, Lovem sintió el bamboleo de la teletransportación. Pocos segundos después, llegaron a su destino y fueron expulsados por el portal. Hubo un instante de embotamiento, en el que apenas les dio tiempo a reaccionar, a ninguno de los cuatro. ¿Qué lugar era ese? Se asemejaba al Reino Libre, pero todo era... tenebroso, de una manera que Lovem no alcanzaba a entender porque había muchos colores. Estaba lleno de colores. Una llanura llena. Caminos y senderos. Rojo. Rosa. Amarillo. Naranja. Azul. Morado. Y, sobre todo, verde fluorescente. En realidad, todo tenía cierta fluorescencia. Los guijarros del suelo brillaban por las aristas, igual que las hojas caídas de los árboles. Y los matorrales. Las flores que brotaban de la tierra. Los árboles salpicados aquí y allá. El cielo estaba cargado de nubes rosas y en la parte más alta el sol, rodeado de una aureola naranja, intentaba brillar. «Guau». Era... diferente a cualquier paisaje que Lovem hubiera visto. Espectacular y digno de un cuento de hadas, pero misterioso al mismo tiempo. Había algo oscuro en él. Lovem podía sentirlo en cada fibra de su ser.

La araña, que seguía con la espada clavada, y un segundo ojo le brotaba justo al lado, echó a correr, pasó junto a ellos y desapareció entre los matorrales de colores, de camino al bosque. Lovem se sorprendió, ¿podía ser un monstruo como ese tan inteligente como para darse cuenta de que se

encontraba en desventaja, en territorio hostil, y huir? Al parecer, sí. Lovem se debatió entre ir tras ella o atender a Eric. Eligió a Eric. Siempre a Eric.

—¿Estás mejor?

Eric asintió con la cabeza.

—¿Has recuperado la movilidad del todo?

—Casi.

—Del uno al diez...

Lovem no pudo terminar la pregunta.

—Cien. Del uno al diez estoy un cien enfadado contigo. ¡Un cien!

Vale, sí, ya estaba bastante recuperado si podía gritar. Lovem suspiró.

—¿Por qué has dejado que te marcara? ¡¿Por qué has dejado que te alcanzara?!

Eric se acercó a ella e intentó limpiarle la sangre de la mejilla lo mejor posible. No podía permitir que el chaval ese se percatara de los destellos verdes. Había que acercarse mucho para verlos, pero ahí estaban. Eric no iba a correr *más* riesgos.

—Me picó la curiosidad.

—Ya, pues la curiosidad mató al gato. ¡Cien! Estoy un cien enfadado.

—Voy tras ella.

Al menos, debía acabar el trabajo.

—No, espera —le pidió el semidiós, del que no conocían su nombre.

—Tenemos que alcanzarla —insistió Lovem.

—Estoy de acuerdo, pero no sabemos cómo matarla, no es una de las paralizantes, eso ha quedado claro.

Eric estuvo a punto de decir que él sí sabía cómo matar a la maldita araña, que al final sí había resultado ser LA araña, por lo que al final sí que era todo una trampa. Mierda, otra vez lo recorrió el estremecimiento, a pesar estar entumecido. Tenía que llevar a Lovem a casa. Zeus iba a matarlo.

—Tenemos que ir a buscar ayuda. Os llevaré al campamento.

—¿A qué campamento? —preguntó Lovem.

—A ninguno —añadió Eric—. Nos vamos a casa.

—Pero tenemos que matar a la araña.

—No, tenemos que ir a casa.

—Antes has dicho, o balbuceado —a Lovem le encantaba tomarle el pelo a Eric—, que teníamos que matar a la araña.

—Y ahora digo que nos vamos a casa.

—Tiempo muerto. ¡Tiempo muerto! —gritó el chico sonriendo—. No os preocupéis por la araña, no podrá escapar. Esta —señaló el portal— es la única salida y acabo de cerrarla. La otra opción es que muera ahogada en el Río de los Sueños.

¿Río de los Sueños? «No. Imposible».

—¿Dónde estamos? —preguntó Lovem.

—En el Reino Sombrío.

Su padre le había hablado de él. Era una especie de cárcel donde los dioses desterraban a los que incumplían las normas del Olimpo. Infracciones menores. Infracciones que no los llevaban al Tártaro. La cárcel se encontraba en el mar, literalmente en el mar, el Río de los Sueños, lo llamaban, porque todo el que caía en él moría en un sueño eterno. No había manera de llegar a ese reino. No había portales (o eso había creído ella, porque quedaba claro que sí había uno). Solo los dioses podían entrar y mandar allí a sus prisioneros. Y todo era negro, supernegro. No encajaba con lo que veían sus ojos.

—No es posible —dijo en voz alta.

—Lo es desde hace un tiempo. Y ahora ¿podéis explicarme quiénes sois vosotros?

SEGUNDA PARTE

El Reino

Sombrío

6

—Tú primero —le pidió Lovem, así le daba tiempo a pensar en una estrategia; bastantes normas de su padre había infringido ya.

El chico sonrió y aceptó de buena gana.

—Me llamo Fiji, como las islas del Pacífico de los humanos, y soy un semidiós. —Inclinó la cabeza y observó a los nuevos con atención—. Pero eso vosotros ya lo sabéis, ¿verdad? He visto cómo te enfrentabas a una araña de dos metros sin que te temblara la mano. No es muy humano que digamos. Vamos —continuó al ver su reticencia a responder—, estamos en el mismo bando. Podéis confiar en mí.

—Me parece que no —respondió Eric, que mejoraba por momentos. El habla ya la había recuperado del todo y comenzaba a mover las extremidades sin ese cosquilleo tan desagradable.

—¿Qué es lo que te parece que no? ¿Que yo sea un semidiós o que podáis confiar en mí?

Eric no respondió, solo le sostuvo la mirada. No se fiaba nada de él. Ni de él ni de nadie. Lovem, por su parte, se detuvo a observar al chico por primera vez: estatura media tirando a alto, melena desordenada rubia oscura, ojos marrones, sonrisa depredadora y cara de meterse en líos a diario. Oh, y halo sobrenatural. Sí, definitivamente, era hijo de un dios.

—Por cierto, lo del fuego ha sido una pasada —añadió Fiji—. Hefesto mola mucho.

Lovem sonrió. Que pensara que era hija de Hefesto era muy conveniente. Y Hefesto tenía tantos hijos repartidos por el mundo que una más no llamaría la atención. Tener el poder del fuego en las manos era una habilidad inusual para una hija de Zeus, pero su padre le había explicado que a veces sucedía. A veces los hijos del rey de los dioses poseían habilidades de otros dioses; a fin de cuentas, Zeus era el padre de Hefesto.

Eric elevó los ojos al cielo. En menudo lío estaban metidos. Zeus iba a descuartizarlo, y no era un verbo al azar. Joder, ¿en qué momento habían pasado de encontrarse en la universidad riéndose del encaprichamiento de Lovem por el guaperas de turno a estar allí, en el jodido Reino Sombrío, con una de *esas arañas* suelta?

—Sí, ha sido una pasada —ironizó—, pero ahora tenemos que irnos. Ya.

—Escuchad, entiendo vuestra reticencia, la entiendo mejor que nadie, pero si me acompañáis, os lo explicaré todo y veréis que somos buena gente y que estamos en el mismo bando. Un bando que os necesita. Por favor. Además, mi espada sigue clavada en el ojo de la araña. Estoy desarmado.

—Un semidiós nunca está desarmado.

—Cierto, pero yo soy hijo de Hermes. —Fiji sonrió—. Mis habilidades más destacadas son hablar por los codos y correr superrápido.

«Igual que su padre», pensó Eric. Después, él y Lovem lo observaron con la mirada entornada. Lo evaluaron.

—Oye —les insistió—, tenemos que reagruparnos para darle caza a ese bicho. Bueno —hizo una mueca—, primero tenemos que averiguar cómo matarlo.

—Yo sé cómo matarlo —apuntó Eric.

—¿En serio?

—Libros.

—¿Qué?

—Que he leído muchos libros. —Se inventó sobre la marcha para justificarse—. ¿Sabes lo que son?

—¿Libros, eh? —Fiji frunció el ceño y se puso el dedo en la comisura de la boca con aire pensativo—. A ver, deletréamelo.

«Ja ja, qué gracioso el niñato».

—¿Cómo la matamos, Eric? —preguntó Lovem, cortando en seco el cruce de palabras de los otros dos.

Eric suspiró.

—Hay que atravesarle el corazón.

—¿No se le multiplicará?

—No.

—Vale, pues eso haremos, chico de los libros —aceptó Fiji. Era de carácter fácil—. Iremos a por ella y le atravesaremos el corazón...

—Sí, sobre todo tú —ironizó de nuevo Eric—. Me pregunto con cuál de tus dos habilidades lo harás.

—... pero primero tenéis que venir conmigo para que tú puedas recuperarte del todo. Que nos quedemos aquí en medio de la nada no es seguro.

—Estoy bien —aseguró Eric, y se dirigió a Lovem—. Y hablo en serio con lo de que tenemos que irnos ya. Muy en serio. Si vas a escucharme alguna vez en tu vida, que sea hoy.

Eric ya no sabía cómo decírselo y ese era el problema. Lovem comenzaba a sospechar que ahí pasaba algo y Eric no quería que ella sospechara que ahí pasaba algo.

«¿Qué es lo que no me estás diciendo?», le preguntó Lovem con la mirada.

«Mierda. Maldito día». Eric suspiró. No quería tener a una Lovem que hacía preguntas, porque la que hacía preguntas era más letal que la del rayo de Zeus en la mano. Se inventó una excusa y fingió claudicar.

—No me fío de él, ¿vale? —Apuntó a Fiji con el dedo (la excusa)—. Pero tiene razón en lo de descansar. Eso sí, después tenemos que matar a ese bicho.

—¿Apuntarle al corazón? —preguntó Lovem con una sonrisa—. Eso está chupado.

—Esa es la actitud —dijo el chico—. Por cierto, ¿tenéis nombres o queréis que os siga llamando en mi mente «tío borde» y «ojazos»?

«Ojazos». Eric se tensó. La melena castaña de Lovem no era ni la mitad de larga de lo que había sido antaño, pero sus ojos eran demasiado reveladores. Demasiado azules y demasiado «puedes ver el puto cielo de Zeus a través de ellos». Mierda.

—Tío borde es correcto —gruñó entonces Eric.

—Kenny —dijo Lovem sin poder evitar la sonrisa. Adoraba a Eric.

—Bien, tío borde y Kenny, seguidme. Por cierto, ¿tú de quién eres hijo?

—De mi padre y de mi madre.

Vaaale.

Los tres emprendieron el camino capitaneados por Fiji, feliz (incluso pletórico) de haberlos encontrado.

Eric seguía con el ceño fruncido. Tenía un mal presentimiento. Se sentía raro. O inseguro. No le gustaba pisar terreno desconocido y mucho menos exponer a Lovem, pero sabía que no conseguiría hacerle cambiar de opinión. Cuando algo se le metía entre ceja y ceja era complicado disuadirla, por no decir imposible. Ya vería después cómo lidiar con aquella situación. En principio, si esos chicos no eran más que un grupo de semidioses del mundo de los humanos, no tenían demasiado que temer. Eran inofensivos. O eso esperaba. Irían a su choza, fingirían colaborar con ellos y, después de acabar con la araña, desaparecerían de sus miserables vidas para siempre. Pan comido.

Lovem observaba su alrededor con ojo avizor. Los arbustos y las flores eran tan altos que apenas se veía lo que venía después. No había rastro de la

araña, pero ella la encontraría. Era un bicho gigante y no podría esconderse para siempre. Lovem la rastrearía. Se tocó la herida de la mejilla. Ya no sangraba y había comenzado a cicatrizar.

—¿Adónde vamos exactamente? —le preguntó a Fiji.

—Al campamento base.

—¿Campamento base de qué? —añadió Eric. En la vida había escuchado que los semidioses del Mundo Exterior tuvieran un campamento en el Reino Sombrío. De hecho, todavía flipaba de que se encontraran allí. El Reino Sombrío era inexpugnable desde tiempos inmemoriales. ¿Cómo demonios habían conseguido conquistarlo? No. Espera. Eric detuvo sus pasos. Esa no era la pregunta adecuada, sino ¿quién demonios los había ayudado a conquistarlo? «Oh, joder, ¿alguien del Olimpo?». El asunto cada vez pintaba peor. Lovem miró hacia atrás, frunció el ceño y Eric fingió atarse el cordón de la zapatilla antes de reanudar la marcha.

—Empezaré por el principio —continuó Fiji—. Existen dos clases de semidioses, los que viven en el Olimpo y los que viven en el Mundo Exterior. Durante...

—Eso lo sabemos —lo interrumpió Eric. Lovem solo sonrió.

—Bien. Los semidioses que vivimos en el mundo de los humanos lo hacemos por decisión propia. Nos mantenemos al margen del Olimpo y de las directrices de los dioses y...

—Eso también lo sabemos —lo interrumpió de nuevo Eric—. ¿Puedes llegar a la parte del campamento base, por favor? No quiero hacerme viejo manteniendo una conversación contigo sobre la creación del universo. Lo que queda claro es que habéis cruzado la línea al otro lado. De lo contrario, no estaríais aquí.

Fiji se detuvo y lo observó con fastidio. Menudo tío más borde, si es que el apodo le iba al pelo. Suspiró y prosiguió su camino. Una gran colina se encontraba ante ellos. Una colina abarrotada de hierba y flores que les llegaban hasta las rodillas.

—Ellos han cruzado la línea. Por eso estamos aquí.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Lovem.

—Las incursiones y los ataques al mundo de los humanos están prohibidos. —Fiji dirigió una mirada de advertencia a Eric: «Ya sé que esto también lo sabes, pero déjame ponerme en situación, por todos los dioses», y continuó—. Es una norma que más o menos se ha cumplido durante cientos de años. Ellos aquí y nosotros allí, pero en los últimos tiempos los ataques se han multiplicado por mil y los dioses no han hecho nada para detenerlos.

—No creo que sepan quién está detrás de los ataques —dijo Lovem, utilizando aquel «creo» para disimular. Sabía de los ataques por su padre y que los doce olímpicos intentaban encontrar al culpable—. Estoy segura de que los responsables serán castigados, pero primero hay que encontrarlos.

—Sí. El asunto es que nosotros no podemos esperar a que el Olimpo los encuentre y nos defienda. Han entrado en nuestro mundo y nos han atacado. Han matado a un montón de humanos y a muchos de los nuestros. Por eso peleamos. No podíamos mantenernos al margen y dejarlo en manos de los dioses. Así que hemos creado una liga de semidioses.

—¿Con qué intención?

—Con la de descubrir qué sucede. Con la intención de luchar contra aquello que está amenazando nuestra paz y tranquilidad.

—¿Cómo os habéis encontrado entre vosotros?

—Porque empezamos a buscarnos. Al principio no éramos más que unos cuantos críos asustados, pero ahora... Ahora somos un porrón de críos asustados. —Fiji sonrió—. Salimos al mundo cada día en busca de más semidioses. Nos hacemos llamar «la Resistencia Exterior».

—¿Cómo habéis acabado aquí? Hasta donde yo sé, este lugar era inexpugnable.

—Podría decírtelo, pero entonces tendría que matarte. Es broma —añadió a todo correr cuando vio la cara del tío borde de «puedo matarte aquí

y ahora»—. Y... ya hemos llegado. Bienvenidos a nuestro hogar.

Lovem y Eric miraron en derredor, pero no había nada. Absolutamente nada. Bueno, exceptuando las excelentes vistas. No habían sido conscientes de haber subido tanto, pero ahí estaban, en un punto bastante alto del reino. Vislumbraron los árboles que habían dejado atrás, y más allá el Río de los Sueños, de aguas cristalinas, puras, pero mortales. Y en el medio de todo ello, un bosque que nadie había pisado ni pisaría jamás. La naturaleza no dejaba de sorprenderla.

—¿Adónde se supone que hemos llegado? —preguntó Eric.

—Esperad —les pidió Fiji. Dio tres golpes en la hierba con la bota del pie izquierdo y segundos después se abrió una trampilla camuflada en el pavimento. Y surgió una cabecita.

—¡Fiji! —exclamó la voz de dicha cabecita.

—Abre, traigo compañía.

La cabecita se giró y los observó sin pudor.

—¿Más semidioses?

—Sí.

—¡Genial! Cuantos más, mejor. Pasad —les indicó con premura.

—Él es Cameron, hijo de Artemisa —lo presentó Fiji.

—Encantado de conoceros, estáis en vuestra casa —respondió él, que, por su aspecto físico, así, a simple vista, no aparentaba más de diez años—. Luego os veo. Tengo que seguir vigilando.

Se apresuró a cerrar la trampilla.

—Se toma muy en serio su trabajo —añadió Fiji justo después del pum del cierre.

—Ya veo —masculló Eric.

—Por aquí.

Fiji lideró el camino por unas escaleras verticales de piedra que parecían eternas y que no podían ser más inclinadas. Si a Eric le hubiera importado algo esa gente, les habría sugerido que colgaran en la entrada un cartel que

dijera CUIDADO CON EL ESCALÓN. Si todos eran como Fiji..., auguraba varias caídas de morros. Las estrechas paredes también eran de piedra y la humedad reinaba en el ambiente, que, junto con la ausencia de luz y el sonido de un incesante goteo, lento pero constante, rozaba lo claustrofóbico.

Bajaron y bajaron.

Y bajaron.

Una vez llegaron al último escalón y miraron hacia arriba, descubrieron lo profundo que habían descendido. Eran once pisos.

Se internaron en un túnel igual de cavernoso, cruzaron una puerta y... Guau. Cuando hubo luz, Lovem y Eric fueron conscientes de la inmensidad de aquel subsuelo. La galería en la que se encontraban era enorme, se veía a leguas que aún estaba en construcción, apenas se había excavado la estancia en la piedra con la palabra RESISTENCIA en el frente, pero había muchísima luminosidad para estar bajo tierra. ¿De dónde venía? Había más escaleras de piedra, entonces de caracol. Lovem se asomó y contó dos pisos más. Descendieron y se detuvieron en el primer tramo. Ahí el panorama cambiaba. Ya no se trataba de un túnel apenas excavado en la tierra, era un laberinto, un entramado perfecto de oscuros pasadizos enladrillados con techos abovedados de arcos simétricos, cual entrañas de gusanos gigantes. Bueno, al menos ya no era tan claustrofóbico Recorrieron uno de ellos, giraron a la derecha y abrieron la puerta vieja de madera que había al final, como restos de un naufragio, pero creada a propósito. Entraron detrás de Fiji en una sala enorme atestada de gente, donde las voces de unos y otros se solapaban sin remedio. Estaban en medio de algo importante. Ni siquiera los vieron aparecer.

—¡Eyyy! —gritó Fiji para hacerse notar.

Un montón de cabezas se giraron hacia él.

—¡Fiji! —respondió una chica acercándose. Tenía el pelo largo y rizado, oscuro, al igual que los ojos y la piel, y lucía un semblante preocupado.

Comenzó a tocar al chico por todas partes—. ¿Estás bien? Dime que estás bien.

Después se fijó en Lovem y Eric. Los miró de arriba abajo.

Eric observó la familiaridad con que la chica tocaba al chico. «Estos dos están liados. Me parece a mí que aquí no solo se lucha contra las fuerzas del mal».

—Estoy bien —sonrió—, y mirad lo que me he encontrado en el Reino Libre. —Los señaló a ellos.

Eric puso mala cara, «¿*lo* que se había encontrado?», y Lovem escrutó a unos y otros. Los contó. Eran treinta y uno. Quince chicos. Dieciséis chicas. Todos semidioses. En caso de lucha, podía con ellos. También conocía el camino de vuelta a la trampilla.

Provenían de diferentes nacionalidades, pero todos hablaban el idioma de los dioses. Algunos lucían heridas recientes en el rostro y el cuerpo y otros estaban intactos. Algunos estaban de pie alrededor de la enorme mesa de operaciones, que se asemejaba a tres lados de un octágono y que gobernaba la estancia, y otros permanecían junto a otra mesa al fondo, con comida y bebida. Dos de ellos escribían notas en una pizarra interactiva colocada en una de las paredes. A su lado habían colgado un mapa de los cinco continentes de los humanos y estaba lleno de chinchetas rojas y verdes. Era todo muy... moderno. Desentonaba tanto con la parte de fuera que parecía que habían entrado en otra dimensión. O en una película futurista.

—Hola —saludó Lovem, adentrándose. Eric no dijo nada.

—Gente, ellos son Kenny y «tío borde». Hijos de Hefesto y de su padre y su madre. —Fiji los presentó sin más ceremonias y señaló la sala—. Y por aquí tenemos a Diana, Easton, Crew... —pronunció una retahíla de nombres más y todos fueron asintiendo—. Bien, hechas las presentaciones, ¿nos ponéis al día?

Y eso hicieron. Durante los siguientes veinte minutos el grupo de semidioses puso al día a los tres recién llegados. Tal era su confianza. Tal era su error. Quedaba claro que no se habían criado en el Olimpo... Lovem y Eric descubrieron que la mesa de operaciones también era interactiva. Y táctil. Los semidioses tocaban, almacenaban y movían imágenes a placer. Cuando la dejaban en reposo, aparecía como fondo de pantalla un río serpenteante rodeado de capas marrones de tierra. Les hablaron sobre los últimos acontecimientos acaecidos en el Mundo Exterior y que los tenían a todos en vilo: los ataques a las universidades. Había heridos por doquier, tanto humanos como semidioses. Muchos de estos últimos que se encontraban en alguna de ellas habían corrido tras el monstruo (por mucho que vivieran alejados del Olimpo, eran seres responsables que no buscaban la destrucción de los humanos), y en todos los casos la araña en cuestión había huido hasta un portal que llevaba al Reino Libre. Unos pocos lo habían cruzado y ya formaban parte de la Resistencia; el resto, una vez la araña se encontraba en el otro lado, consideraba que la responsabilidad era del Olimpo y por eso no cruzaban, pero sí habían avisado a la Resistencia, al menos los que la conocían.

—¿Por qué no hemos sabido nada hasta ahora de esa araña que decís? —preguntó Diana, la chica que se había acercado a Fiji cuando habían llegado y que parecía ser la cabecilla del grupo.

Nadie tenía la respuesta, por lo que todos se encogieron de hombros.

—Se nos está escapando algo grande.

—Se nos ha escapado algo grande —indicó Eric—: mide más de dos metros y tiene un solo ojo. Bueno, ahora dos. Tenemos que encontrarla —le dijo a Lovem.

—¿Estás mejor? —le preguntó Lovem.

Le habían ofrecido agua a Eric y lo habían obligado a sentarse en una silla, a regañadientes, para que descansara mientras su cuerpo se recuperaba del todo del veneno de la araña.

—Estoy perfecto.

—Bien, pues vamos a buscar a esa araña.

—¿Ahora? —preguntó Fiji.

—Sí.

Fiji rio y negó con la cabeza.

—Vosotros dos no podéis estaros quietos, ¿verdad? —les dijo con una sonrisa—. Venga, os acompaño.

Eric y Lovem se dirigieron a la salida, pero Diana los detuvo.

—Esperad, no podéis ir solos. Es peligroso. Dejad que Easton y Crew vayan con vosotros, son de lo mejorcito que tenemos por aquí. Y, por favor, tened muchísimo cuidado. Hemos de llegar al fondo de este asunto y no queremos más bajas.

¿Bajas? Eric levantó una de sus cejas. Esa gente no tenía ni idea de con quién estaban tratando.

Un rubiales de ojos verdes y un morenazo de ojos azules se acercaron a ellos, armados hasta los dientes. «Zipi y Zape», dedujo Eric. En realidad, eran Easton y Crew. Bueno, al menos eran musculosos, porque el resto... Para matar arañas gigantes estaban. Eric suspiró por enésima vez. Las relaciones sociales no eran lo suyo. Y las armas no las necesitaban, pero se abstuvo de decirlo. Solo tenían que encontrar a la araña y un único movimiento de Lovem acabaría con ella. Después podrían regresar a casa y reagruparse de verdad.

Los cinco juntos llegaron a la misma trampilla por la que habían entrado y salieron de nuevo a la colina. Al otro lado, a menos de treinta metros, un equipo de exploración regresaba a la base. Habían acudido a una de las universidades a investigar, pero volvían con las manos vacías. Nadie tenía la mínima pista de lo que había sucedido. Vieron a sus compañeros a lo lejos y silbaron para llamar su atención. Fiji, Easton y Crew se giraron y levantaron las manos. Ninguno de los que regresaban se percató de que el

grupo de cinco que abandonaba la base incluía entre sus filas a dos nuevos integrantes. Nadie. Excepto Peter, claro. Peter Hanegan, hijo de Afrodita.

Peter se quedó paralizado a pocos metros de la entrada a la base.

—¿Peter? ¿Estás bien? —Uno de sus compañeros lo zarandeó.

No, Peter no estaba bien, o estaba sufriendo algún tipo de alucinación o esos dos eran...

—¿Quiénes son los dos nuevos que van con el resto? —preguntó entre susurros a Cameron, que asomaba la cabeza por la trampilla.

—Dos semidioses más que ha encontrado Fiji. No sé muy bien adónde van, a mí nadie me explica nada, solo salís y entráis, y que conste que no es una queja. Me han dicho que volverán enseguida, que tenían que hacer algo. ¿Entráis ya o qué? Esta trampilla pesa lo suyo.

—Joder. —Fue la única respuesta de Peter.

Sacó el teléfono del bolsillo y marcó el último contacto que aparecía en la pantalla.

—Peter —respondió Josh al primer tono al otro lado de la línea—. ¿Qué tienes? ¿Novedades?

—Tenéis que venir a la base.

—¿A vuestra base? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No tiene que ver con los ataques. Venid. Los tres. Ya.

Colgó y tardó varios minutos en reaccionar. Necesitaba respuestas. Tal vez Diana las tuviera, hablaría primero con ella. Por todos los dioses, ¿eran Lovem y Eric? ¿¿Estaban vivos??

7

Anochecía y eso jugaba en su contra mucho más de lo que Lovem se habría imaginado. Ya no había colores. Ni rojo ni rosa ni amarillo ni naranja ni azul ni morado. Ni verde fluorescente, claro. Todo se había teñido de negro. De un negro profundo y siniestro. Incluso el cielo, en el que no asomaba un vestigio de luna o estrellas. El único toque de color eran sus ropas. Bueno, al menos Lovem ya entendía de dónde provenía la sensación tenebrosa que la había invadido desde que llegara al reino. Tal y como se describía en los pasajes más terroríficos, a los árboles les habían crecido raíces nudosas con las que tropezar y las ramas, cubiertas de búhos que los observaban con sus grandes ojos reflectantes, proyectaban sombras oscuras y espeluznantes. Lovem y los demás llevaban un par de horas intentando dar caza a la araña, pero no había manera, y ahora había que añadir la negrura del paisaje. Tanto los ojos de Eric como los de Fiji, Easton y Crew se habían vuelto inservibles. Sin embargo, Lovem y Eric habían descubierto muchas cosas. Habían descubierto que Easton era el que se lanzaba a una pelea sin pensar y Crew el que intentaba que entrara en razón. Easton era el callejero y Crew el ratón de biblioteca. Que Easton era el borde y Crew el amable. Que Crew era hijo de Apolo y poseía el don de la curación y que Easton era hijo de... Ares.

—Ya no vamos a encontrarla —indicó Crew, sin darle tiempo a Eric a que asimilara la información en cuanto a lo de que Easton era hijo de Ares —. Esa cosa está camuflada en la oscuridad. Necesitamos luz. Lo mejor será regresar a la base y continuar mañana.

Lovem y Eric se miraron. Oh, por todos los dioses, ¡Easton era su hermano!

«Eric...», le dijo Lovem con la mirada.

«Sí, sí. Pues no éramos pocos y parió la abuela. Oh, joder, he pasado demasiado tiempo con los humanos. Primero Zipi y Zape y ahora esto. Ya hablo como ellos».

Oh, Eric. Lovem le sonrió con cariño. Era cierto que Ares tenía muchos hijos desperdigados por el mundo y que Eric lo sabía, pero tener a uno de ellos tan cerca... Era, cuando menos, impactante. Y ahora que Lovem observaba a Easton con detenimiento... Tenía los ojos de Eric. Calcados. El mismo imposible color verde. En cuanto a lo de necesitar luz, ni Lovem ni Eric estaban de acuerdo con esa idea. Lovem era capaz de ver incluso en la oscuridad más absoluta. Su padre le había enseñado. Y Easton era hermano de Eric. ¿Por qué tenían que pasar tantas cosas a la vez?

—Es mejor que volvamos mañana —propuso Easton.

Lovem y Eric no estaban muy de acuerdo.

—No podrá hacernos daño durante la noche —les dijo Fiji—. Dormimos bajo tierra.

Lovem suspiró. No quería arriesgar la vida de los semidioses intentando cazarla a ciegas, así que, más frustrada que cabreada, regresó a la base. Mientras ascendían por la montaña, Lovem sintió la brisa cálida que se había despertado con la noche. A pesar de encontrarse tan solo en los primeros días de la primavera, hacía calor. Era un calor extraño. Como de otro mundo. Claro, como que era otro mundo.

—Y tú ¿vas a decirnos en algún momento cómo te llamas? —le preguntó Easton a Eric.

—Eric —gruñó el otro.

Lovem sonrió.

—¿Cómo demonios habéis hecho este agujero en la tierra? —preguntó Eric poco después mientras bajaban, una vez más, por las escaleras de piedra. Tenía la humedad adherida a la ropa y se removió, inquieto.

—Hemos tenido ayuda. Ayuda de la buena —le explicó Fiji.

Llegaron al recibidor y descendieron por las escaleras de caracol.

—¿Ayuda de quién?

—De semidioses del Olimpo y dioses poderosos.

—Espera, ¿qué? —Eric detuvo sus pasos y los de Fiji sujetándolo del brazo—. ¿En la Resistencia Exterior también hay semidioses del Olimpo?

Eric tembló una vez formuló la pregunta. Sus peores sospechas acababan de confirmarse.

—Claro. No son muchos y no vienen demasiado por aquí, pero ahí están para lo que necesitemos. Mantenemos contacto casi permanente con ellos gracias a nuestro enlace. Creo que trabajaron juntos en el pasado, no sé, no hablan mucho sobre eso. En cuanto los semidioses del Mundo Exterior comenzamos a juntarnos, el enlace dio con nosotros y nos habló de ellos, nos dijo que podían ayudarnos. Crearon todo esto con sus propias manos, partieron rocas y reorganizaron la topografía de la tierra, y el resto es historia. Grandes tipos. Oh, y no imagináis quién está siempre con ellos. No os lo imagináis ni de lejos. Vais a alucinar.

Lovem lo dudaba, bien poco le importaba a ella. Eric, sin embargo..., comenzó a sudar. ¿Partieron rocas y reorganizaron la topografía de la tierra? Eso olía que apestaba a Poseidón. Fiji reanudó la marcha y el resto lo siguieron.

—¿Quién es ese enlace? —preguntó Eric. Aparte de los sudores, el corazón había comenzado a latirle a una velocidad vertiginosa—. ¿Un semidiós?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

¿Cómo se llama? Fue curioso que Eric hiciera esa pregunta porque estaba seguro de cuál sería la respuesta. ¿Y lo peor? Era demasiado tarde para correr en dirección contraria, lo más lejos posible de aquel lugar. Se encontraban a la puerta de la sala de reuniones, a punto de entrar. Eric, durante unos breves instantes, deseó ser Lovem y no saber lo que estaba a punto de venírseles encima. También le habría gustado esconderlos a ambos bajo tierra y eso que, literalmente, estaban bajo tierra. Una tierra a punto de explotar.

«Mierda. Esto no puede estar pasando». Pero estaba pasando.

Easton abrió la puerta.

—¡Ya hemos regresado, sanos y salvos! —anunció Fiji a bombo y platillo.

—¿Habéis encontrado a la araña? —Diana los recibió en el umbral.

—No.

—Bueno, no os preocupéis ahora por eso. Venid —les dijo a Lovem y Eric—, no os vais a creer a quién estáis a punto de conocer.

Eric se hacía más que una ligera idea. «Joder...». Y comenzó a creer en las casualidades.

Lovem entró en la estancia y distinguió gente nueva. Saludó de nuevo.

—Hola.

Y escuchó un sonido. Un sonido que venía del grupo del fondo, del que se encontraba cerca de las bebidas. El sonido fue el de un vaso de cristal que se caía de unas manos y se hacía añicos en el suelo.

8

Varios minutos antes

—¿Y Peter? —le preguntó Josh a Diana en cuanto entraron en la sala de reuniones. Lucas, Tristan y él acababan de llegar a la base de la Resistencia tras visitar decenas de universidades sin encontrar al bicho culpable y no veían al semidiós por ninguna parte.

—Hace apenas un minuto andaba por aquí, de un lado para otro. Habrá ido a hacer algo. Estaba muy raro, más nervioso de lo habitual y formulando más preguntas que de costumbre, aunque supongo que todos estamos alterados con lo que ha pasado hoy.

«Raro», repitió Josh en su cabeza. Sí, ese podía ser el adjetivo que definiera el comportamiento y la petición de Peter. Pero pocas veces lo había oído hablar tan en serio, y por eso habían acudido los tres a su llamada, incluso Tristan, que pasaba bastante de todo aquello.

Mientras lo esperaban, se enfrascaron en la investigación sobre el ataque a las universidades. El resto de los semidioses compartieron con ellos lo que habían descubierto, que no era mucho. La mayoría todavía alucinaba con verlos; salvo el día en que Lucas, junto a su padre, removió la tierra y creó

el agujero donde hablaban en ese momento no se habían dejado ver demasiado por allí. De hecho, muchos de los que se encontraban en la sala nunca los habían visto.

Tristan estaba sediento y cansado, apenas había comido o bebido en todo el día y muchísimo menos dormido. Escuchaba el cruce de información de fondo. No hablaban de nada nuevo. Exceptuando lo de la extraña araña. Aunque solo decían eso, que era extraña. ¿Y qué tenía de extraña? Ni idea. Porque no lo habían explicado. Solo que era grande y fea. Menuda novedad. De momento, él no se había cruzado con arañas atractivas, más bien... Anuló el recuerdo en el laberinto del Minotauro que estuvo a punto de cruzársele por la cabeza y siguió escuchando de fondo la conversación entre Josh, Lucas y los semidioses. Las voces de los dos primeros las reconocía, a pesar de no estar atendiendo. Lucas no podía evitar ser un borde y Josh un apaciguador. Tristan casi sonrió.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —Josh.

—Se nos ha colado.

—¿Se os ha colado una araña de trescientos kilos? —Lucas.

—Sí.

—Pues preparaos porque os van a llamar los del *Libro Guinness de los récords*. A mí, como mucho, se me cuelan ráfagas de aire cuando abro la ventana... —Lucas.

—¿Cómo se os ha colado? —Josh.

—Por el portal.

—¿Ella sola ha cruzado el portal? —Josh.

—No. Ha venido con Fiji.

—Entonces no se os ha colado, la habéis dejado pasar. Olvidaos de lo del *Libro Guinness de los récords*... —Lucas.

—¿Dónde está Fiji? —Josh.

—Ha ido a matar a la araña.

—¿Solo? —Josh.

—No, con Easton, Crew y los dos últimos nuevos.

—¿Qué dos últimos nuevos? —Josh.

—Los dos últimos nuevos que ha encontrado Fiji en el Reino Libre. Llegaron persiguiendo a la paralizante.

—Sí, como todos.

Tristan se acercó a la mesa del fondo, donde descansaban las bebidas, y se sirvió café; necesitaba despejarse. Fue a darle el primer sorbo, pero lo interrumpieron. Tuvo que hacer el esfuerzo de su vida por no chasquear la lengua.

—Tíos —les dijo Peter—, por fin llegáis.

«Por fin llegas tú», habría dicho Tristan si hubiera tenido ganas de hablar.

—Por fin llegas tú —dijo Lucas. Tristan casi sonrió. Sus pensamientos y los de Lucas solían coincidir bastante. O demasiado.

—Tengo que hablar con vosotros —susurró, y acercó su cabeza a la de los tres recién llegados—. En privado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Josh.

—Aquí no. Tómate el café y salgamos —dijo mirando el vaso de Tristan.

Tristan volvió a quedarse paralizado con la bebida muy cerca de sus labios. Arqueó una ceja en dirección al semidiós. ¿Acababa de ordenarle que se bebiera el café? ¿A él? ¿En qué momento habían llegado a tal familiaridad? En serio. ¿En qué momento? Estuvo a punto de replicarle, o escupir fuego por la boca, pero Josh se lo impidió con un toque amistoso, paliativo, en su brazo, y una mirada de las suyas: «Cálmate». Tristan lo dejó pasar. Y le fastidiaba. Mucho. Porque Josh había aprendido a manejarlo demasiado bien. Entonces se formó en la puerta un pequeño alboroto: alguien había llegado.

—¡Ya hemos regresado, sanos y salvos!

—¿Habéis encontrado a la araña?

—No.

—Bueno, no os preocupéis ahora por eso. Venid, no os vais a creer a quién estáis a punto de conocer.

Genial, y ahora era un mono de feria. «Gracias por eso, Peter». Tristan lo ignoró todo y por fin pudo tocar el cristal del vaso con los labios. Pero no llegó a beber.

—Hola.

El vaso se le resbaló de las manos. Se estrelló contra el suelo y el sonido de los cristales inundó cada rincón de la sala. Tal vez incluso amortiguó su grito. Puede parecer que una voz se acaba olvidando con el paso de los años, pero solo hay que volver a escucharla para que el cerebro la registre de nuevo en el lugar correcto. En ella. Y no hay dos voces iguales. No las hay.

«Lovem».

9

Tristan, consciente de que todas las miradas recaían en él, de que tanto el suelo como sus zapatos estaban llenos de salpicaduras de café y de que, a pesar de estar paralizado, temblaba, giró la cabeza con lentitud. El miedo se apoderó él. ¿Y si no era ella? ¿Y si lo era? Y la vio. Vio sus ojos, su sonrisa y la preciosa expresión de su rostro. Se había cortado el pelo. Estaba guapísima. Tuvo que cerrar los ojos. El dolor lo golpeó con una fuerza brutal. ¿Era todo una especie de broma cruel?

—Ya no es necesario que hablemos en privado —susurró Peter—. O quizá sí. Ya no sé nada. Decidme que no estoy alucinando. Decidme que no nos hemos muerto todos después del ataque de las malditas arañas paralizantes y estamos en el Inframundo. Josh, tú mejor que nadie tienes que saber si esto es el Inframundo.

Josh no llegó a contestar ni Diana hizo las presentaciones.

Lucas tampoco fue capaz de contestar a Peter, aunque, de todas formas, jamás habría perdido el tiempo en hacerlo. Él era el más impulsivo, el de la guindilla en el trasero, como decía Tristan, el de actuar antes de pensar, así que fue el primero en acercarse a ella. Sin pensar en nada que no fuera ella —*ella*, que se encontraba a menos de tres menos de distancia, con su sonrisa sobradamente conocida y aquella mirada limpia y azul imposible de olvidar—, se lanzó a sus brazos.

Oh, Lovem. Lovem, Lovem, Lovem. Su cuerpo era igual de pequeño y cálido que siempre y su aroma era el mismo, ¡el mismo! Y su presencia... ¡Toda ella! La aferró con fuerza, la respiró y rezó a los dioses para no caer al suelo, sentía las piernas como convertidas en una sustancia líquida incapaz de sostener el resto de su cuerpo, y eso que él, otra cosa no, pero los líquidos los controlaba bien. Disfrutó de su contacto durante unos segundos demasiado efímeros, pero indestructibles al mismo tiempo. El peso de los dos años de sufrimiento que cargaba sobre la espalda y que lo empequeñecía a diario desapareció como por arte de magia y se sintió libre. Había estado encarcelado y ni siquiera había visto los barrotes, pero ya habían desaparecido. Después llegaron las palabras. Y las preguntas. Aunque no dejó de abrazarla.

—Joder, joder, joder. ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde has estado todo este tiempo? Oh, por todos los dioses.

Los ojos de Lucas estaban húmedos y eso que llegó a creer que no podría volver a llorar porque ya lo había hecho para toda una vida, pero ahí estaban de nuevo las lágrimas, cálidas y más vivas que nunca. Y sonrió. Sonrió por el simple hecho de volver a llorar por ella.

Lovem había visto muchas cosas (incluso arañas que se multiplicaban si les cortabas cualquier parte del cuerpo), pero ese abrazo de bienvenida era sin duda lo más extraño que le había sucedido. Aquel chico la abrazaba como si se le fuera la vida en ello. Había estado a punto de levantar el escudo, o incluso de golpearlo en cuanto vio que se acercaba a ella, pero no lo había hecho en el último segundo. No suponía una amenaza. Solo era... extraño. Extraño como para no dejarlo pasar. Le devolvió el abrazo como pudo, aunque no entendía nada. Estuvo a punto de darle palmaditas en la espalda y todo, pero no quería ser condescendiente. Eric siempre le decía que era demasiado condescendiente.

—Estás aquí. ¡Estás aquí! —El chico continuaba mascullando juramentos y frases sin sentido. Lovem incluso creyó advertir que lloraba.

¿La había confundido con otra persona? Tenía que ser eso, sí—. ¿Cómo es posible? No es que me queje, joder, por supuesto que no, pero ¿cómo es posible?

—Vaya, menudo recibimiento —respondió Lovem—. Supongo que... Mmm, gracias.

—Y tanto, es una gran noticia que hayamos encontrado a dos semidioses nuevos, pero nunca te había visto tan efusivo, Lucas —añadió Easton. Para nada se habría esperado tal reacción. No lo conocía demasiado, pero las pocas veces en que había coincido con él se había mostrado distante. También gracioso y ocurrente, pero, sobre todo, distante. Terriblemente distante—. ¿Ya os conocíais?

—Por supuesto que... —respondió Lucas.

—No —dijo Lovem casi al unísono.

Entonces Lucas calló. Calló porque se percató de que Lovem no le devolvía el abrazo como solo ella sabía hacerlo; estaba tan ensimismado en sentirla que no se había dado cuenta antes.

—¿Qué? —le preguntó, retirando la cabeza de su cuello y mirándola a los ojos. Eran los mismos ojos de siempre, pero a él no lo miraban de la misma manera. Lucas la contempló estupefacto. Sacudió la cabeza para despejarse—. ¿Me estás vacilando?

—Lo que Lucas quiere decir es que no puede creerse que no lo hayas reconocido siendo quien es. Entre nosotros —Josh se puso la mano en la boca y bajó la voz—, se lo tiene un poco creído. Es hijo de Poseidón —añadió en el último momento, como si eso lo explicara todo.

«Mmm, así que el hijo de Poseidón», pensó Lovem. Su padre se lo había contado todo sobre el Olimpo, su historia, sus jerarquías y sus habitantes. Le había hablado de los doce olímpicos y de sus hijos más importantes, y ahí es donde entraba Lucas Varela. Le echó un vistazo rápido —cabello oscuro, ojos depredadores, pinta de conquistador—: encajaba a la perfección con la descripción de su padre. Y advirtió algo más. Advirtió el

mar en él. A Lovem le encantaba el mar. También recordó que no debía fiarse de él. No debía fiarse de ninguno de ellos, tal y como su padre le había advertido siempre, aunque su cuerpo en ese momento le gritara lo contrario. ¿Por qué su cuerpo le gritaba lo contrario?

—Y yo soy Josh. Josh Collingwood.

—El hijo de Hades —añadió ella.

Lovem era consciente de que se encontraba frente a los hijos de los hermanos más poderosos de su padre y de que, por muy afables que parecieran, y aunque la sonrisa de Josh la hubiera cautivado desde el primer segundo, debía andarse con ojo, así que no bajó la guardia en ningún momento.

Josh sonrió en respuesta, sonrió a pesar de estar muriéndose por dentro, a pesar de que tragaba clavos en lugar de saliva, y le tendió la mano a Lovem. Por todos los dioses, necesitaba tocarla para asegurarse de que era real. Durante un segundo, el primer segundo después de verla, una especie de aureola invisible que la rodeaba había caído al suelo y desaparecido. Josh había permanecido mudo frente al desapego que había mostrado Lovem en cuanto Lucas se hubo lanzado a sus brazos. Y él había estado a punto de arrojarse a ellos detrás de su amigo, pero entonces había visto que ella no lo abrazaba de vuelta y había acudido en ayuda de Lucas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Lovem no los reconocía? Echó una mirada a Eric, junto a Lovem. Lo había advertido un segundo después que a Lovem. Le echó una mirada que decía muchas cosas y que demandaba explicaciones. Porque él sí los había reconocido. Por supuesto que los había reconocido. Se le veía en la forma en que los observaba. En la cara de espanto que era incapaz de ocultar. En el horror y el miedo. Y sí, tenía motivos suficientes para sentir miedo.

Lovem le ofreció la mano...

—Yo soy Kenny.

... y Josh tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no caer de rodillas al suelo, abrazarla por la cintura y llorar como un niño. Era ella de verdad. Lovem estaba allí. Lovem estaba viva. «Oh, por los dioses, ¿no estaré soñando?».

—¿Kenny? ¿En se...?

—Y él es Tristan Drake. —Josh interrumpió a Lucas y salvó el momento por segunda vez.

Miró de soslayo a su mejor amigo y le advirtió de que se controlara y dejara de mirar a Eric con ganas de querer descuartizarlo. Josh también albergaba la esperanza de que el mero nombre de Tristan causara un reconocimiento en Lovem. Pero no lo hizo. Los ojos de la joven no mostraron reconocimiento alguno, no más allá de estar familiarizada, muy familiarizada, con su nombre y posición. Lo demostró con un asentimiento de cabeza en su dirección y una sonrisa. ¿Y por qué a Josh aquella sonrisa se le antojó tan poco verdadera? ¿Tan poco genuina? Estuvo a punto de preguntárselo, de zarandearla y gritar «¿qué te pasa? ¿QUÉ TE PASA, JODER? ¿Qué te han hecho?». Y pensó en Magnus. En que ojalá estuviera allí con ellos. Lo cogería de la mano y el dolor sería algo más soportable. «Mag...».

Y Tristan. Ay, Tristan. Tristan no podía ni hablar, pero sus ojos gritaban, lloraban y reían a la vez. Josh deseó con todas sus fuerzas acercarse a él y abrazarlo para sostenerlo, pero no era el momento.

—Es el capitán de la Guardia Real de los dragones —añadió en su lugar.

«Y su príncipe», pensó Lovem. Oh, sí, su padre la había instruido bien. Le había contado los secretos del Olimpo. Incluido ese, uno de los mejor guardados. Uno que nadie conocía en aquella sala, o no debería hacerlo. Aunque estaba segura de que los hijos de Hades y Poseidón sí lo sabían. Esos tres parecían cercanos.

Lovem dejó de contar las pecas del rostro de Josh y observó al dragón a placer. Era muy guapo. Llevaba el cabello a la altura de las orejas, rebelde,

ondulado, castaño claro con algunos reflejos rubios, y tenía unos ojos azules bastante impresionantes. También era muy alto. Vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta azul de manga larga que le conferían un aspecto muy humano. No es que el resto de los allí presentes vistieran de otra manera y parecieran menos humanos, pero es que Tristan... Tristan era un guaperas. La clase de guaperas que a Lovem le atraía sin remedio. Parecía cohibido, asustado, pero ella sabía que solo era una fachada. Su mirada era demasiado intimidante y hablaba por sí sola.

Como colofón, otro joven se acercó a ella y la abrazó. Pero ¿qué tenía esa gente con los abrazos?

Peter se dejó caer en los brazos de Lovem un segundo después de apartar a Lucas de su camino. No había podido evitarlo. Como el resto, no entendía qué pasaba, pero el impulso de tocar a Lovem había ganado la batalla. De hecho, tampoco entendía cómo Josh no lo había hecho todavía. ¿Y Tristan? Oh, Tristan.

—Yo soy Peter —le dijo a Lovem.

En aquella ocasión, Lovem sí le devolvió el apretón, aunque lo hizo con la frente arrugada.

—Bien —dijo Easton, al lado de Diana—, una vez hechas las presentaciones, unas presentaciones un tanto extrañas, ¿qué os parece si continuamos con lo que nos ocupa? Mide más de dos metros y anda por ahí suelta.

Fiji carraspeó, ¿qué otra cosa podía hacer después de lo que acababan de vivir?

—Cierto —dijo—. La araña. En cuanto se ha hecho de noche, ha sido imposible buscarla. Mañana volveremos a intentarlo.

—No podemos dejar a ese bicho suelto por ahí.

—¿Y de dónde demonios ha salido?

—Otra incógnita más. ¿Cuántas van ya? ¿Un millón?

La cabeza de Peter no podía concentrarse. No podía escuchar y mucho menos interiorizar la información. La de Lucas tampoco. Ambos miraban a Lovem sin apenas parpadear y sin acabar de creérselo. El resto no existía.

Josh, sin embargo, era diferente. Los engranajes de su cerebro trabajaban a toda velocidad. Los hechos de ese día. Las universidades. El ataque. También observaba a Lovem, pero por otros motivos: su reciente herida en la mejilla. Una herida demasiado parecida a la que le hizo una araña en el laberinto del Minotauro. Josh siempre había sido muy de pálpitos, de adelantarse a los acontecimientos, y en aquella ocasión fue dos pasos por delante del resto.

—Quizá tengamos la respuesta a todas las preguntas delante de nuestras narices —dijo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Crew.

—Los ataques a las universidades... Creo que empiezo a entenderlo —susurró más para sí mismo que para el resto. Josh debía tener cuidado, allí había demasiada gente y no quería decir más de lo necesario. Ojalá pudieran largarse y encerrarse ellos solos, con Lovem, en otra habitación. Entonces hablaría con libertad. También la abrazaría, aunque ella no lo correspondiera—. No ha sido un ataque para matar humanos al azar. Ha sido un ataque concebido y premeditado. Un ataque con un objetivo. ¿Cuál? No lo sé, pero estoy viendo a gente aterrorizada corriendo por los campus en busca de una salida y a semidioses corriendo en sentido contrario, hacia el peligro. Quizá era lo que buscaban. Que saliéramos. Que nadáramos a contracorriente entre la marea y se nos distinguiera. A todos.

«O a una en concreto», pensó. Porque ¿y si sus enemigos sabían que Lovem estaba sana y salva? ¿Que estaba viva? Joder, viva. Aún le costaba hacerse a la idea.

—¿Crees que todo esto ha sido una estratagema para localizar semidioses? —le preguntó Diana.

—Me encaja bastante.

—Joder...

—¿Cómo te has hecho esa herida en la mejilla? —le preguntó a Lovem, acercándose a ella y rozándosela con cuidado con la yema de los dedos. Las ganas de tocarla no habían menguado. Para el resto de los presentes, fue un cambio de tema radical, pero para él no. Él sabía adónde se dirigía.

Lovem dejó que la tocara. No entendía muy bien por qué, pero dejó que la tocara.

—Ha sido la araña —respondió.

—¿La paralizante?

—No, la otra.

—¿Qué aspecto tiene? Aparte de medir más de dos metros.

El corazón de Josh iba a mil kilómetros por hora. A la misma velocidad con que los recuerdos de dos años atrás regresaban a su cabeza. Los recuerdos de una familia de arañas arrastrándose por el laberinto del Minotauro. De la mano de Lovem arrancando el corazón de la reina. De una última amenaza: «El rey te encontrará, hija de Zeus. El rey te encontrará y pagarás por esto».

—Exactamente el aspecto en que estás pensando —dijo Eric—. Es una araña gigante, ¿no? Grande. Negra. Peluda. Un solo ojo.

Lovem no reaccionó, ni entendió el mensaje velado de Eric (cómo hacerlo), todos sus sentidos estaban en el toque de Josh. ¿Por qué lo sentía tan familiar?

Josh sí lo entendió. Y Lucas. Y Peter. Hasta Tristan, que continuaba sin poder moverse.

—Hay que encontrarla —dijo entonces Josh—. Y matarla. Es peligrosa, y nuestra máxima prioridad.

—Bien, ahí estamos todos de acuerdo —indicó Diana—, pero ¿de verdad crees que todo esto ha sido orquestado para encontrar semidioses? ¿Con qué fin?

—¿Matarnos? —aventuró Crew.

—Sí, está bastante claro que quieren matarnos —añadió Easton.

Eric llevaba razón. Crew y Easton eran muy Zipi y Zape. Solían hablar al mismo tiempo y a veces incluso acababa uno las frases del otro. Se habían criado juntos, en un barrio marginal de San Diego, y se habían unido unos meses atrás a la Resistencia. Llevaban toda la vida lidiando con matones de poca monta, a los que se comían con patatas, sobre todo Easton, y ahora lo harían con matones de verdad.

—Pero ¿por qué esa araña solo la ha atacado a ella? —preguntó una chica del fondo.

—¿Porque es poderosa? Yo lo he visto —dijo Fiji—. Quizá los semidioses poderosos tengan prioridad. O quizá porque el veneno de araña paralizante no le afecta y tenían que atacarla con algo más fuerte.

—¿Cómo dices? —preguntó Easton con interés; ese tema no había salido a colación en su pequeña incursión con los nuevos, de los que, por cierto, no se fiaba nada. Se dirigió a Lovem—. ¿Qué es eso de que no te afecta el veneno de la paralizante?

Ya que salía el tema, Lovem también se lo preguntaba. Eric había caído fulminado poco después de que el bicho escupiera aquel líquido viscoso y le había costado más de dos horas expulsar el veneno del cuerpo. A ella solo le había durado el efecto unos segundos.

—Cuando los vi junto al portal del Reino Libre, Eric estaba completamente inmóvil —explicó Fiji—, pero ella no. Y enseguida se recuperó.

—¿Cómo es posible? —preguntó Easton mirando a Lovem con verdadero interés.

—No lo sé —admitió Lovem—, nunca me habían atacado con veneno paralizante.

—Quizá algunos venenos no nos afecten a todos por igual —dijo Crew.

—Eso es una tontería —opinó Easton—. Los semidioses somos todos iguales, unos más fuertes que otros, con poderes diferentes, pero idénticos

en todo lo demás.

Crew se encogió de hombros; no le apetecía discutir con East.

«Algo no encaja aquí», pensó East. Ya tenía otro motivo para confiar menos aún en los dos nuevos.

—¿Y entonces?

—El veneno de araña no afecta a los dragones.

Todas las cabezas se giraron hacia Tristan. No había abierto la boca hasta ese momento, ni pretendía hacerlo, pero se le escapó el pensamiento. Y era la respuesta correcta, solo que nadie podía entenderlo excepto él y Josh y Lucas. Bueno, y Peter. La sangre de dragón, su sangre, que Lovem aún llevaba en las venas, se había comido el veneno, por eso se había recuperado tan rápido.

El silencio reinó en la sala durante unos instantes, nadie entendió las palabras espontáneas de Tristan, pero a Lovem no le pasó inadvertida la mirada de reconocimiento que Josh y Lucas cruzaron con él.

—Pero ella no es una dragona, es una semidiosa —dijo Crew, confundido.

—Cierto —contestó Tristan, restándole importancia—. ¿Hija de...?

—Hefesto —respondió Fiji.

Lovem no lo corrigió, por supuesto, y atisbó una leve sorpresa en los ojos del dragón. Arrugó la frente. ¿Qué pasaba con él?

La conversación se vio interrumpida por el sonido de un teléfono móvil: el de Lovem. Pidió disculpas y se alejó a uno de los extremos para contestar. Era el guaperas de la universidad.

—¿Juan? —respondió, y advirtió que la conversación se retomaba a su alrededor.

—¡Hola, Ken! ¿Cómo estás?

A Lovem le sorprendió el tono jovial y despreocupado de Juan. Pensó que quizá no se había enterado de lo que había sucedido; a fin de cuentas, él había abandonado la universidad antes de que ocurriera. Pero enseguida lo

descartó. Era imposible que no hubiera trascendido. Imposible. Así que optó por la opción más plausible: el Olimpo —su padre— ya se había ocupado del asunto.

—Liada con algo. —Puso el altavoz y activó el silenciador, quería continuar escuchando a Juan, pero sin que él pudiera oírla. Giró la cabeza y le chascó los dedos a Eric—. Entra en internet. Mira si hay noticias sobre el ataque.

—Claro que hay noticias sobre el ataque —dijo Easton. El chico era un poco borde, la verdad—, la información y el caos aumenta por segundos.

Lovem pasó de Easton y le insistió a Eric. «Hazlo».

—¿Tienes para mucho? He pensado que... podría invitarte a cenar. —La voz de Juan se escuchaba alta y clara a través del teléfono—. Y luego podríamos ir a bailar. Sé lo mucho que te gusta bailar.

—Espera —añadió Fiji casi al mismo tiempo—, joder, ¡la información se está borrando!

—El Olimpo ya ha actuado —le corroboró Eric a Lovem—, están desapareciendo los titulares y me temo que con ello también los recuerdos de los humanos. Tenemos que volver.

—¿Ken? —dijo Juan.

—El Olimpo nunca interfiere tan a lo grande en la vida de los humanos.

—Lo ha hecho más veces —dijo Josh—, en situaciones de auténtica crisis como la de hoy.

—¿Kenny? ¿Sigues ahí? —insistió Juan

Con un carraspeo, Lovem desactivó tanto el altavoz como el silenciador y regresó a la conversación. Aceptó la invitación; necesitaba ver que se encontraba bien. En esos momentos no debería pensar en nada que no fuera ocuparse de la araña, y en hablar con su padre, pero necesitaba moverse entre los humanos y realizar un control de daños.

Estaban todos tan enfrascados en el asunto que nadie (o casi nadie) advirtió los gestos que compartieron Lucas y Peter entre ellos.

«Sácala de aquí, solo a ella. Ya», le ordenó el primero al segundo con un movimiento de cabeza.

Peter levantó los brazos. «¿Cómo?».

Lucas se encogió de hombros. «Invéntate algo, lo que sea».

Vale, eso no ayudaba demasiado a Peter. Y no había más tiempo, vio que Lovem colgaba y se giraba hacia la masa de gente que la rodeaba.

—Ya estoy.

—Tenemos que irnos —repitió Eric.

Lovem estuvo de acuerdo, ahí no podían hacer más y ella tenía una cita. Lucas le dio un empujón a Peter, imperceptible para los demás, y lo colocó a escasos centímetros de Lovem. Ella se temió otro abrazo.

—Espera —le pidió entonces Peter—, antes necesito tu ayuda. Por favor, será solo un momento. Tengo un problema con un... fuego. Necesito quemar una cosa. Es... personal. Amorosa y personal. Has dicho que eras hija de Hefesto, ¿no? Solo será un momento.

Lovem entrecerró los ojos; Lucas elevó los suyos al cielo (¿eso era lo mejor que se le había ocurrido?), y el resto arqueó una ceja. Pues sí que estaba raro Peter.

—Está bien —aceptó ella. Vio la súplica en la mirada de Peter y no pudo negarse. El chico no suponía amenaza alguna. También la comía la curiosidad: ¿«Amorosa y personal»?—. Ahora vuelvo —le dijo a Eric.

—Voy contigo.

—Es privada —recalcó Peter—. Amorosa, personal y privada.

—Ahora vuelvo —repitió Lovem, y a Eric no le quedó más remedio que quedarse. Qué genial.

Peter, feliz, abrió la puerta y dejó que ella pasara primero. En cuanto se hubo cerrado, y antes de que alguna conversación se iniciara, Tristan habló y no tuvo ni que gritar ni que repetirlo dos veces.

—Fuera de aquí todo el mundo. Ya.

No es que la gente lo conociera demasiado, pero Tristan ya no era el chico mudo y afectado de los últimos minutos; ahora era alguien con unos instintos asesinos muy primitivos, y la orden fue lo bastante potente y amenazante como para que todos la acataran sin rechistar, incluso Easton, que cogió a Crew del brazo y salieron juntos de allí. «Los semidioses del Olimpo y sus asuntos», pensó, y elevó los ojos al cielo.

Diana lo miró con el ceño fruncido, pero tampoco se opuso; al contrario, cogió al resto de su gente y los movió a otra habitación. Continuarían allí, quedaba más que claro que los semidioses y el dragón tenían algo que resolver.

—Tú no —dijo Tristan a continuación, señalando a Eric con el dedo. Solo por si se le ocurría escurrirse entre la gente. Aunque no iba a llegar muy lejos.

Eric tragó saliva. No es que tuviera miedo del dragón, pero... tragó saliva.

10

Cuando la puerta de la sala volvió a cerrarse detrás de la última persona, Tristan fue como un loco hacia Eric, lo cogió del cuello y lo empotró contra la pared. Iba a matarlo.

—Maldito hijo de puta, voy a acabar contigo aquí y ahora.

Eric levantó las manos y negó con la cabeza.

—No, n... no lo harás.

—¡Tristan, espera! —gritó Josh al mismo tiempo—. No puedes matarlo.

—¿Que no puedo matarlo? Ya lo creo que puedo.

—Sí, ya lo creo que puede —repitió Lucas—. Vamos, Tris, cárgatelo. Te cedo el honor.

—Si lo matamos, no nos va a poder contar qué es lo que le ha pasado a Lovem.

—Bien —aceptó Lucas; ahí el rubio tenía razón—, nos lo cuenta y luego Tristan se lo carga.

Al dragón no acababa de convencerlo. Toda la impotencia que había sentido minutos antes por las ganas de acercarse a Lovem y tocarla y no poder hacerlo... Toda la frustración por las preguntas que deseaba hacerle para conocer hasta el último detalle de dónde y cómo había estado y no poder hacerlo; las muestras de cariño que necesitaba darle, y recibir, y no

poder hacerlo; todo ello, se había concentrado y fusionado en un enjambre imposible de controlar.

—Si me m... matáis —a Eric apenas le llegaba aire a los pulmones y su rostro comenzaba a volverse cerúleo—, Lovem os matará a v... vosotros, a los t... tres. Y lo hará al instante. Creedme, n... no lo dudará ni un segundo, no sabe quiénes s... sois. En cambio, yo soy su m... mejor am... migo, su única familia. Y ella es fuerte, es más fuerte q... que hace dos años, y mucho más poderosa. Zeus la ha entrenado c... cada día, la ha convertido en alguien letal e indestructible; era su mejor y única manera de protegerla. Acabará con vuestra v... vida en menos de lo que dura un parpadeo. Así que yo que vosotros n... no lo haría.

—Lovem jamás nos pondría un dedo encima —aseguró Lucas.

—No en el pasado, V... Varela, pero sí en el presente. Explícaselo, r... rubio —le dijo Eric a Josh, burlándose del mote que solía utilizar Lucas para referirse a él, aunque el tartamudeo por la falta de oxígeno y el agarre en su garganta no lo acompañaba—, seguro que t... tú lo has entendido a la primera.

Tristan apretó la mano en su cuello. Iba a cargárselo ya.

—Déjalo, Tris —le pidió Josh a Tristan, y colocó la mano en el brazo del dragón, el mismo que aprisionaba la garganta de Eric.

—Tris, déjalo. —Lucas comenzaba a entenderlo todo. Solo tuvo que recordar la frialdad de Lovem con ellos. Joder. Se frotó los ojos con vehemencia. Todo aquello no podía estar pasando, simplemente, no podía estar pasando.

—¿Y desde cuándo sois t... tan amiguitos vosotros tres? —preguntó Eric con desdén, con todo el desdén que podía acumular teniendo en cuenta que estaba a punto de morir por asfixia, al ver la intimidad y el afecto que se intuía entre ellos—. ¿La p... pena y el dolor os han u... unido?

Estaba decidido, Tristan iba a matarlo. Lucas también. Y a la mierda todo lo demás.

—¿Puedes echarme una mano, campeón? —le pidió Josh—. Estoy intentando salvarte el pellejo.

—Y a propósito de todo —soltó Lucas al percatarse de algo—, tú deberías estar muerto. Nosotros te creíamos muerto. ¿Por qué no lo estás? Zeus te tenía que haber matado por no cumplir con tu cometido.

—Cumplí con mi c... cometido a la p... perfección.

—¡Y una mierda! Tu cometido era proteger a Lovem.

—No, Lovem ya se protegía a sí m... misma y, si no, lo hacíais vosotros.

—¿Cuál era tu cometido entonces? Habla, Fiscela —añadió Lucas al ver su reticencia—. Escúpelo todo ahora mismo o te juro que dejo que Tris acabe con tu miserable vida, sin que nos importen las consecuencias.

«Joder, de verdad. Puto día». Eric ya apenas podía respirar, tenía el rostro amoratado. El dragón tenía fuerza, el muy cabrón. Sopesó la situación. Moriría por proteger a Lovem, no le importaba, pero prefería hacerlo en una situación grave de verdad, no en un sinsentido. Esos tres... esos tres la querían con locura y, dado que todo había explotado por los aires y estaban cubiertos de mierda hasta el cuello, era mejor tenerlos de su lado y que lo ayudaran a protegerla.

—P... primero decidle a vuestro amiguito que me s... suelte.

—Tris —dijo Josh por última vez—, necesitamos saber lo que le ha sucedido a Lovem. Suéltalo.

Él lo soltó al momento y un segundo después cogió lo primero que encontró, una silla, y la lanzó contra la pared. No se sintió mejor.

—Habla —escupió con animadversión—. ¿Cuál era tu misión en el laberinto?

—Vigilaros —confesó Eric mientras caía al suelo y recuperaba la respiración. El oxígeno fue felizmente recibido por sus pulmones. Se tocó el cuello y se lo acarició en un intento de paliar el dolor.

—Espiarnos —lo corrigió Lucas.

—Si prefieres ese término.

—Vigilarnos, ¿por qué? —le preguntó Josh.

—Para conocer hasta los detalles más insignificantes y rocambolescos de vuestra relación con Lovem. Para saberlo todo.

—Nunca estuviste lo bastante cerca de nosotros como para conocer «los detalles más insignificantes y rocambolescos de nuestra relación con Lovem».

—Sí lo estuve, pero no me visteis. Y fue vuestra perdición. —Eric se levantó, ya se encontraba mejor, y se apoyó en la pared—. Me medio transformé en gato, utilicé sus orejas, y mientras ninguno reparabais en mí, yo sí lo hacía en cada uno de vosotros. Lo escuché todo. Absolutamente todo.

—Y se lo contaste a Zeus, maldito hijo de p...

—¡Era mi trabajo! —Eric comenzaba a cabrearse.

—Pero la sentimos morir. —Josh no acababa de entenderlo del todo—. Tristan y yo sentimos morir a Lovem.

Eric dudó de nuevo.

—¡Habla, joder! —lo espolearon Tristan y Lucas al unísono.

A Eric esos dos juntos no le gustaban un pelo. Lucas y Josh se complementaban, eran la calma y la tormenta, pero Lucas y Tristan... Lucas y Tristan eran una jodida bomba de relojería a punto de explotar y, lo peor, ambos deseaban explotar.

—Si esto sale de aquí...

—No va a salir de aquí —le aseguró Josh, y después le suplicó—. Eric, por favor. Necesito saber lo que pasó, necesitó saber si fue culpa mía o si...

—No fue culpa tuya. —Mierda. Eric suspiró. Se había ablandado con los años, quedaba claro—. Zeus necesitaba que Tristan y tú creyerais que había muerto, para que no la buscarais. Después de la información que yo le di, supo que Tristan sentiría sus emociones, así que tenía que matarla de verdad. Y supo que tú no la vigilabas en todo momento, que tus fuerzas no te lo permitían y que, para cuando conectaras con ella, sería demasiado

tarde. No verías nada. No viste nada. No viste que ella despertó sana y salva y que preguntó por vosotros. Solo que moría poco después. Fue muy rápido y... fue inevitable. Lovem también creyó morir. Era necesario.

—El centauro de Zeus me dijo que no me molestara en buscarla en el Inframundo —recordó Josh—. Que no la encontraría.

—No lo habrías hecho.

—No porque Zeus no la quisiera allí, como me hizo creer, sino porque no estaba muerta.

—Exacto —admitió Eric. Casi sentía pena por Josh. Casi.

Tristan cruzó una mirada con Lucas. ¿De verdad no podían matarlo en ese instante? Pero entonces cayó en la cuenta de algo.

—¿Y Escila? Lovem la tenía en la sangre.

«Por poco tiempo. Tu sangre de dragón acabó con ella, de ahí que Lovem perdiera el conocimiento. Su cuerpo trabajaba a toda velocidad para acabar con el veneno», pensó Eric.

—Irrelevante —dijo en su lugar. No les revelaría esa información tan importante así, de buenas a primeras—. Era muy poco. Por eso Josh no intuyó el peligro. Porque no lo había en realidad; Lovem se estaba recuperando.

—¿Cómo lo hizo Zeus entonces? ¿Cómo la mató?

—Con veneno. Estuvo muerta solo unos minutos. Luego la resucitó. Poderes de dioses y esas cosas...

—Los dioses no pueden alterar la vida de los semidioses, ni para bien ni para mal.

—Ya, bueno; Zeus consideró que, después de que alguien retrocediera el tiempo e intentara matar a su hija con malas artes, él también podría saltarse alguna regla que otra. Demándalo. Además, la mató y resucitó al mismo tiempo, así que, estrictamente hablando, no alteró su vida.

—Yo sentí que moría envenenada y di por hecho que era Escila —reconoció Tristan.

—Sí. Fue un plan maestro. Zeus la escondió en el Mundo Exterior y creó un halo a su alrededor para que Josh no la viera, y estaba lo bastante lejos de ti para que la sintieras.

—He visto como caía el velo en cuanto Lovem ha aparecido frente a mis ojos —admitió Josh.

—Sí, eso tiene sentido.

—¿Y por qué yo no la siento ahora? —preguntó Tristan. Para él y sus emociones, aquel velo del que hablaba Josh continuaba en pie.

—Porque Zeus la entrenó para que mantuviera siempre sus barreras subidas. Podríais estar separados por una pared tan fina como el papel que no os sentiríais. Esas fueron sus palabras, más o menos.

—Vale —aceptó Lucas sin dejar de moverse por la estancia—, ya sabemos que Lovem no murió y que Zeus lo orquestó todo, pero ¿puedes explicarnos por qué no sabe quiénes somos? ¿Por qué no nos ha buscado en todo este tiempo?

—Zeus borró sus recuerdos.

—¿Que?

—Los borró todos y le creó una vida nueva, con recuerdos donde ninguno de vosotros tres existís.

—Pero tú sí.

—Yo soy vosotros. —Eric captó el reconocimiento en los ojos de Josh —. Ahora lo comprendes, ¿verdad, Collingwood? Ahora comprendes que ella os matará si me ponéis un solo dedo encima.

Sí, por supuesto que Josh lo comprendía. Y Lucas. Y Tristan.

—¿Lovem sabe que es hija de Zeus? ¿Sabe acaso que su nombre real es Lovem?

—Por supuesto que sabe su nombre real, pero es demasiado peligroso usarlo y por eso todo el mundo la conoce como Ken o Kenny. Lovem lo sabe todo del Olimpo, sus jerarquías y su funcionamiento. Sabe que es hija de Zeus y sabe que por eso el Olimpo es peligroso para ella y que debe

protegerse. Es la misma Lovem de siempre, solo que en lugar de vivir en la Ciudad del Olimpo con vosotros, vive en el Mundo Exterior conmigo.

—¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

—Eso no os lo puedo decir.

—Yo voy a saberlo —le aseguró Josh—. No pienso perderla de vista. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero, si la quieres, no la busques. Zeus no la escondió por placer, ni por alejarla de vosotros por un mero capricho. La escondió porque su vida estaba en peligro. La escondió porque el amor que sentía por vosotros la hacía débil y la escondió porque sus enemigos, los mismos que retrocedieron el tiempo para matarla con Escila, siguen ahí fuera, al acecho. Porque estamos todos de acuerdo con que lo que ha pasado hoy tenía el propósito de encontrarla, ¿no? Ellos sabían que Lovem estaba viva. La han obligado a salir. Quien esté detrás de todo esto la conoce bien y sabía que, en el Mundo Exterior, se movía alrededor de una universidad. Siempre ha querido estudiar en una de ellas. Y no podemos permitir que la encuentren. Ella siempre ha sido el objetivo de toda esta mierda y los motivos siguen existiendo. Tú lo sabes mejor que nadie —le dijo a Tristan—: mientras vosotros dos continuéis con vida, la suya estará en peligro. Porque mientras vosotros dos continuéis con vida, Aiden será una posibilidad. Así que tienes que alejarte de ella, Tristan. Tienes que dejarla marchar.

Tristan cerró los ojos. «Aiden».

—¿Quién es Aiden? —dijo Josh.

—¿No se lo has contado? —le preguntó Eric a Tristan con sorpresa.

—No.

—Lo siento. Lo di por hecho.

—¿Quién es Aiden? —repitió Lucas.

—Ahora no —les pidió Tristan.

—Puede que tú también estés en peligro —le advirtió Eric—. ¿De verdad quieres estar cerca de Lovem, con la que cae sobre vosotros?

Lucas se acercó a él con aire amenazador.

—No le eches la mierda encima a Tristan, porque has sido tú el que ha sacado a Lovem de su escondite. Si hubieras hecho bien tu trabajo, el que estoy seguro que el maldito Zeus te ha encomendado, Lovem no estaría aquí.

—Créeme, eso lo sé. Cuando he querido darme cuenta, era demasiado tarde. Ya estábamos aquí, en el maldito Olimpo, cubiertos de mierda hasta el cuello. Ha sido visto y no visto, joder.

—Zeus se va a cabrear. Mucho. Quizá incluso acabe contigo de una vez por todas.

—No te hagas ilusiones, Varela. Nos sacaré de este lío. Mataremos a la maldita araña y alejaremos del peligro a Lovem.

—Ese bicho es el rey de las arañas del laberinto —dijo Josh—. Han atraído a los semidioses del Mundo Exterior al Reino Libre para que él la encontrara entre todos ellos. La ha marcado igual que lo hizo la primera araña. La reina dijo que él la encontraría y la mataría.

—Sí —admitió Eric—, lo supe en cuanto Lovem la atacó y se multiplicó. Pero se equivocó en algo, no va a matarla.

—Muy bien por parte de Zeus por no instruirla en eso —indicó Lucas—, en conocer a sus enemigos.

—Para Lovem, sus enemigos son todo el mundo. No hay distinción. No hay buenos o malos. Zeus le ha enseñado a matar a los monstruos más peligrosos del Olimpo, su entrenamiento se haría cargo del resto sin problema; a la paralizante se la ha cargado de un solo movimiento.

—¿No le ha hablado del laberinto?

—Lo ha evitado.

—¿Por si acaso era demasiado familiar para ella? —adivinó Tristan.

—No lo veo probable, pero supongo que puede ser.

—Tenemos que encontrar y matar a ese rey —apuntó Lucas.

—En eso estamos todos de acuerdo. Es peligroso para Lovem.

—¿Por qué no lo has matado tú? —le echó en cara Lucas a Eric.

—Porque me encontraba paralizado —respondió el otro a regañadientes.

—No tenemos que matarlo solo por el peligro que supone para Lovem —explicó Josh, ignorando las miradas que se dirigían Lucas y Eric—, ¿y si los que están detrás de todo esto aún no saben que Lovem ha sido descubierta? ¿Y si están esperando que de alguna manera la araña se lo diga?

—Lo veo poco probable —apuntó Eric—. Es imposible comunicarse con ese bicho.

—Eso no lo sabemos. Alguien se ha molestado en sacarlo del laberinto y en instruirlo para localizar a Lovem. No podemos permitir que salga de aquí y escupa la información. Ahora mismo, ese bicho es el único que puede destapar a Lovem.

—Mierda —masculló Eric—, tienes razón.

—¿Quién? —preguntó Tristan.

—¿Quién qué? —respondieron los otros tres al unísono.

—Si el rey del laberinto ha venido a buscar a Lovem espoleado por alguien, ¿quién le ha dicho a ese alguien que la reina juró venganza?

—Joder... —masculló de nuevo Eric.

—¿Quiénes estábamos presentes en ese momento? —preguntó Lucas.

—Nosotros cuatro, Lovem y mis hermanos —dijo Tristan.

—Pero lo comentamos en voz alta —añadió Josh—, aunque Peter, Rafe, Phil y el resto de los dragones no estuvieran delante en el momento en que la reina murió, todos saben lo que pasó allí. Ha podido ser cualquiera.

—Cualquiera no —susurró Tristan—. Uno de los míos se lo ha dicho a otro de los míos y ese otro le ha dado la información a quien esté detrás de todo esto.

—Lo descubriremos, Tris —le aseguró Lucas—. El círculo cada vez se hace más pequeño. Descubriremos al topo del Reino Rojo y le haremos pagar.

—Por cierto —dijo Eric—, ¿habéis encontrado Escila?

—No —admitió Josh derrotado. Y no porque Magnus no lo intente día y noche.

—Me lo imaginaba.

—¿Qué sabe Lovem de Escila? —preguntó Tristan.

—¿Y de nosotros? —añadió Lucas. A Lucas le importaba una mierda Escila y todo lo demás. Solo pensaba en Lovem.

—De vosotros sabe quiénes sois y lo peligrosos que podéis llegar a ser. Poco más. Zeus no ha entrado en detalles. No quiso daros protagonismo. De Escila lo sabe todo. O casi todo. Sabe lo que es y que se creó para matar semidioses. Sabe que su origen se encontraba en el centro de la Tierra y que el lugar fue destruido hace un par de años. Sabe que Escila sobrevivió y que se encuentra en alguna parte. Que los semidioses del Olimpo, en general, os estáis ocupando de ella. O que lo intentáis.

—¿Sabe que el centro de la Tierra lo destruimos nosotros?

—No. ¿No has escuchado la parte de «semidioses del Olimpo, en general»? Ya os he dicho que Zeus evitó el tema del laberinto y del centro de la Tierra. Lovem sabe quiénes sois vosotros igual que sabe quiénes son los doce olímpicos, los dragones o los gigantes. Zeus la ha instruido para que no confíe en nadie.

—Tendrá que confiar en nosotros si vamos a trabajar juntos.

—Cuidado, Collingwood, no te acerques demasiado a ella, Zeus podría hacerla desaparecer de nuevo.

—Tendrá que matarme para que no la busque y la encuentre. No pienso volver a darla por muerta ni a perderla de vista, ya te lo he dicho.

—Quizá lo haga. Quizá te mate. No le caes muy bien. Ninguno de vosotros, en realidad. Ya te he dicho que la hacéis débil. Ella habría dado la vida por vosotros dos. Zeus no podía permitirlo. No en medio de toda esta maldita situación.

—¿Y él? —preguntó Josh, señalando a Tristan.

—¿Qué pasa con él?

—¿También era necesario separarla de él? Podían haberse escondido juntos.

Tristan casi sonrió. La fidelidad de Josh en ocasiones lograba encogerlo por dentro.

—Él es el más peligroso de los tres. Cuando se digne a hablaros de Aiden, lo entenderéis.

—¿Sabe Lovem que soy el hijo de Megalo? —le preguntó Tristan.

—Sí. Un poco de culturilla general no le venía mal...

—¿Y que puedo...?

—¿Convertirte en dragón? —terminó Eric por él—. No. Eso no. Zeus no lo consideró relevante, puesto que el dragón que hay en ti jamás supondrá una amenaza para ella. Ya os lo he dicho: en cuanto a vosotros tres, Zeus no entró en detalles. Pasó muy por encima para que no llamarais su atención y, sin ninguna duda, tu dragón le habría llamado la atención.

—¿Y sabe que...?

—Pero ¿os estáis escuchando? —gritó Lucas, interrumpiéndolos, desesperado—. Estáis dialogando con él y no queremos. Queremos que Lovem recupere sus recuerdos.

—¿Cómo? —le preguntó Josh, aunque la pregunta era más para Eric.

—No podéis —afirmó este sin atisbo de duda—. La mujer que se los quitó está muerta. Zeus la mató.

—¿Zeus la mató?

—Detalles... —dijo, parafraseando a Zeus—. Ella nunca será vuestra Lovem de nuevo y... Si yo estuviera en vuestro lugar, dado que no vais a permitir que se vaya, intentaría reconstruir mi relación con ella. La única manera que tenéis de recuperar a Lovem es empezar de cero.

—Tú lo has dicho: esa nunca será nuestra Lovem.

—No, nunca lo será, pero podéis hacer que os aprecie.

—No es suficiente.

—Es todo lo que tienes, Varela.

—No me puedo creer que esto esté pasando.

—Zeus le ha dado la vida que ella siempre ha deseado, una vida de humana lejos del Olimpo. Os aseguro que ha sido feliz. Que es feliz.

—Contigo.

—Sí, conmigo.

—Mi padre tenía que saberlo —susurró Josh—. Es el maldito dios del Inframundo.

—Lo ignoro —dijo Eric—. No hemos tenido contacto con ningún dios. Solo con Zeus.

—Por eso Zeus ha estado tan ausente estos últimos dos años. No se encontraba de duelo por la muerte de su hija. Estaba con su hija.

—Sí, vive con nosotros. En nuestra casa.

—¿Vuestra casa?

La puerta se abrió de pronto y Lovem apareció en el umbral. Los miró a todos con los ojos entornados.

—Sí, nuestra casa —repitió Eric, y se acercó a ella, fingiendo normalidad. Tuvo que abotonarse la chaqueta para que Lovem no pudiera ver su cuello; estaba seguro de que el dragón le había dejado una marca considerable. No lo hizo por defenderlos a ellos, sino porque bastante negras andaban ya las cosas como para crear más mierda—, esa a la que tenemos que irnos ya. Me preguntaba dónde estabas y por qué no nos encontrábamos ya en nuestra casa.

Lovem confiaba en Eric más que en nadie, le confiaría su vida, pero algo le pellizcó el pecho en ese momento. ¿Y qué era ese algo? No lo sabía. Algo... No llegaba a ser una sospecha, pero casi. O quizá sí fuese una sospecha.

—Nos vamos ya —le dijo a Eric sin entrar en la estancia—. Ya me he despedido de los demás y me han dicho cómo podemos abrir el portal de regreso.

—¿Vendrás mañana a matar a la araña? —le preguntó Josh a Lovem antes de que se marchara.

—Claro. Hasta mañana. —Se despidió con la mano y giró sobre sus talones.

—Adiós —respondió Lucas una vez desaparecieron ambos.

—Oye, ¿qué quería el ricitos? —escucharon que le preguntaba Eric a Lovem de manera casual.

—Hacer un hechizo para crear ambiente en una cita. Necesitaba fuego para quemar unas velas. Un tío un poco raro, pero ya sabes lo que me gusta a mí el salseo. No me he podido resistir.

Tristan abandonó la estancia casi inmediatamente detrás de ellos, no aguantaba allí ni medio segundo más. Ni siquiera entendía cómo era posible que se estuviera conteniendo tanto. Salió de la base sin despedirse de nadie y se alejó colina arriba. Cuando estuvo lo bastante lejos, se dejó caer en la hierba. Contempló el cielo oscuro.

Lovem estaba viva. Ya podía mirar arriba sin que aquella astilla se le clavara aún más en el corazón; sin embargo, esta continuaba muy profunda, muy adentro. Lovem no lo recordaba. No sabía quién era él. No sabía que se querían. Que se amaban. Habían borrado su historia. Los habían borrado a ellos. Se frotó los ojos con las manos. ¿Qué debía hacer ahora? Estaba tan perdido...

Lucas y Josh, que, por supuesto, lo habían seguido, lo observaban desde la distancia.

—Ya voy yo —dijo Lucas.

Se acercó a él y se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y aproximó su cabeza a la de él. Cerró los ojos, Tristan también, y durante unos segundos ambas cabezas permanecieron juntas. Después se separaron, pero solo unos centímetros. Se quedaron uno al lado del otro en silencio. Tocándose por los hombros y los muslos. Josh se sentó al otro lado de Tristan.

—La recuperaremos —les dijo—. Os lo prometo.

—La profecía —confesó Tristan.

—¿Qué profecía?

—«Y dará a luz a un hijo que será más poderoso que cualquiera. Más poderoso que el rayo y el tridente juntos» —recitó de memoria—. La clave es Lovem. Lovem dará a luz un hijo que será más poderoso que cualquiera. Lovem dará a luz a nuestro hijo. Aiden Drake.

Muy cerca de allí, en ese mismo momento

—Maestro. —Otto se arrodilló e inclinó la cabeza. No es que fuera muy proclive a las reverencias, ¡él era el rey de los gigantes!, pero entendía y aceptaba las reglas del juego. Al menos por el momento.

—¿La habéis encontrado? —preguntó su maestro con un tono de voz que prometía represalias en caso de una respuesta negativa.

—Sí, maestro. Tenemos a Lovem.

—¿Seguro que es ella?

—Sí, el rey araña la ha reconocido.

—Bien, muy bien. —Ambos sonrieron satisfechos—. ¿Y el viajero? ¿Lo habéis identificado? ¿Habéis confirmado nuestras sospechas?

—No. No hemos podido confirmarlas. Pero hay poco lugar para la duda.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué hacemos?

—Matarlo.

¿Matarlo? Sí, por supuesto que lo matarían, *ipso facto* además, aunque si Otto tenía que ser sincero consigo mismo, le habría encantado tener la oportunidad de hablar con él y que le contara cómo sucedieron en realidad los acontecimientos en el pasado. Era una verdadera lástima que fuera a quedarse con la duda. Pero así debía ser.

—Sí, maestro —aceptó Otto—. ¿Y el rey araña?

—¿Qué pasa con él?

—Continúa en el Reino Sombrío. Lo más probable es que lo maten.

—Me trae sin cuidado. Ya ha cumplido con su cometido. Y, ahora, retírate. Tengo cosas que hacer.

Otto se retiró con otra reverencia e inclinación de cabeza, y, antes de contactar con el esbirro que se encargaría del viajero, recordó. Recordó una vez más. Recordó a la viajera. Sí, solo podía ser él. El marido de Katia. Todo encajaba.

Su maestro también lo recordó.

Ambos recordaron.

11

En el Olimpo. Treinta y dos años antes de la primera reunión de Hades y Otto en aquel lugar de Connecticut (más conocido como la vieja y sucia hamburguesería de Louis).

—Señor, hay alguien que quiere verlo.

—¿Quién?

El sirviente señaló con el brazo a la visitante que esperaba impaciente en el umbral de la puerta. El dios torció el morro.

—Bien. —Evitó a duras penas un suspiro de fastidio—. Que pase.

La visitante entró y el sirviente se marchó y cerró la puerta tras él.

—¿Estás loca? —le recriminó el dios, acercándose a ella y sujetándola del brazo—. ¿Cómo se te ocurre venir aquí? ¿Al maldito Olimpo?

—Tranquilo, querido —respondió ella, melosa a la par que irónica—. Vengo de parte de mi pueblo a tratar asuntos de mi pueblo. Asuntos de máxima prioridad.

—No me digas. ¿Y qué asuntos son esos?

—Unos que me he inventado sobre la marcha para poder venir a verte.

—Katia... —El dios entonces sí suspiró de puro fastidio. No recordaba en qué momento había pensado que era buena idea enredarse sexualmente con esa mujer. Era una complicación que se *complicaba* aún más por momentos, valiera la redundancia.

—No me mires así. No he venido a meterme en tu cama.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y a qué has venido?

Katia sonrió.

—A contarte algo que va a cambiarte la vida.

El dios rio a carcajadas. La Titanomaquia le cambió la vida. ¿Lo que fuera a contarle Katia? Lo dudaba. Pero, mira, lo había hecho sonreír.

—Ahora recuerdo por qué me pareció buena idea acostarme contigo. Por un momento lo había olvidado —confesó en voz alta.

—No volverás a olvidarlo, créeme.

—Habla. —Al dios no le gustaba perder el tiempo, era demasiado valioso. Y eso que él era inmortal...

Ella miró en derredor.

—¿Puede escucharnos alguien?

—No.

—Júramelo —le exigió.

El dios tuvo que contener otra carcajada. Que la gente todavía creyera en los juramentos era tan arcaico...

—Te lo juro.

Katia acercó los labios a su oído y...

—Mañana van a matar a Moriana y a algunos de sus hijos —susurró.

El dios se alejó al instante.

—¿Qué? ¿Quién?

—Los gigantes.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—¿Por qué? Porque odian al Olimpo. Porque quieren la silla de Zeus. Los dioses se la robasteis a los titanes y ellos quieren robárosla a vosotros. Buscan un enfrentamiento entre los reinos. Buscan una brecha. Buscan debilidad. Buscan que nos matemos entre nosotros. Y cuando estemos a punto de perecer, harán acto de presencia. Están en guerra desde hace siglos desde su palacio de cristal y no éramos conscientes.

—Mañana vienen a la Ciudad del Olimpo el rey Megalo y la reina Moriana —recordó el dios—. Megalo va a reunirse con Zeus.

—Exacto. Y ahí tienes el cómo, el cuándo y el dónde. Moriana y sus hijos no acudirán a la reunión, se quedarán en las dependencias donde Zeus los instalará. Los gigantes han coordinado un ataque sorpresa a esas dependencias. Nadie sabrá quién lo ha perpetrado, pero la familia real culpará a Zeus y será el principio del fin.

El dios cerró los ojos y digirió la información. A esas alturas de la vida ya nada le sorprendía. O casi nada. Desde luego que el hecho de que los gigantes quisieran destruirlos no le sorprendía. Abrió los ojos y entornó la mirada hacia su compañera de cama.

—Vas a tener que explicarme cómo sabes todo eso, querida.

Ella sonrió.

—Por supuesto. Te va a encantar.

—¿Sí?

—Oh, sí. Ya lo creo que sí. He retrocedido el tiempo. He viajado al pasado desde un futuro muy lejano. Un futuro donde los gigantes levantan sus cartas y asumen el asesinato de la reina y su familia. Un futuro donde el Olimpo está en guerra. —Eso no era del todo cierto, no era ella la que venía del futuro, pero pensó que era una mentirijilla que no hacía daño a nadie. Necesitaba ser la protagonista de la historia para quedar de heroína enfrente del dios—. De hecho, esto que estamos viviendo ahora —los señaló a ambos— es pasado.

—Eso es imposible.

—Ya no. ¿Te acuerdas de la Profecía Prohibida?

Al dios se le hincharon las aletas de la nariz y a punto estuvo de acabar con su amante de un solo movimiento. ¿Cómo se atrevía a preguntarle por la profecía que lo traía por la calle de la amargura desde hacía doscientos años? «Y dará a luz un hijo que será más poderoso que cualquiera. Más poderoso que el rayo y el tridente juntos». La recordaba cada día de su vida.

—¿Es una broma? —preguntó con voz de ultratumba.

—No, amor mío. —Katia lo miró como si el dios fuera lo más preciado que tenía en la vida. No era así. Desde el principio se había acercado a él en busca de poder, había nacido con aires de grandeza, ¿qué le iba a hacer ella?, y aunque tenía que reconocer que le encantaba meterse en su cama, le gustaba mucho más la idea de que él estaba a punto, por fin, de compartir su poder con ella—. Lo he encontrado. He encontrado al niño de la profecía. Y voy a ayudarte a matarlo por un módico precio.

Horas más tarde, en el Reino Hielo

Otto entró en sus aposentos y tuvo que sujetarse el pecho para que no se le saliera el corazón del susto. Había un hombre sentado en su sillón favorito y una mujer en el respaldo, a su lado. El hombre era un dios y la mujer... Por todos los gigantes, ¿qué hacían esos dos ahí, juntos?

—¿Qué hacéis aquí y cómo habéis entrado?

—Por la puerta. Y cálmate, Otto —le dijo el dios—. Hemos venido en son de paz.

—Lo dudo mucho.

—No lo hagas. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte, como del asesinato de la reina Moriana, por ejemplo.

Otto estuvo a punto de transformarse en gigante y luchar a muerte contra ellos, incluso cogió impulso (aunque sabía que era una batalla perdida), sin

tan siquiera pararse a pensar en cómo lo sabían, pero el dios se lo impidió.

—Hemos venido a ayudarte, así que contente. No es que tuvieras alguna posibilidad contra mí...

—Y ahora siéntate y escucha —le ordenó ella.

Otto tomó asiento en la cama. No se fiaba un pelo de ellos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Se encontraba en minoría.

—¿Cómo lo habéis sabido? —les preguntó.

—Porque hemos retrocedido el tiempo. Conocemos el futuro. Y en el futuro todos saben que fuisteis vosotros.

—Eso es imposible. Ya no se puede viajar en el tiempo.

—Sí se puede, y nosotros somos la prueba. Bueno —el dios rio—, en realidad, es ella la que conoce el futuro, pero me encanta usar la primera persona del plural.

—¿Qué queréis de mí?

—Ya te lo he dicho. Queremos ayudarte a matar a Moriana.

—¿Por qué y a cambio de qué?

El dios volvió a reír. Menudo día llevaba. Bueno, al menos se alegraba de que el rey de los gigantes no fuera un inepto. Se estaban entendiendo a la perfección. Y que admitiera que deseaba la muerte de la reina le dio al dios el aliciente definitivo para acabar de confiar en Katia al cien por cien. Todo era verdad.

—A cambio de que te unas a nosotros —respondió—. Hemos encontrado al niño del que habla la Profecía Prohibida. ¿Conoces la Profecía Prohibida, Otto?

—¿Y quién no?

Oh, eso era cierto.

—Queremos acabar con él y necesitamos gente de confianza que comparta nuestros mismos intereses.

—¿Y qué intereses son esos?

—Acabar con Zeus y el Olimpo.

Oh, sí. Sin duda, ese era el objetivo final de Otto.

—Contadme —les pidió.

Y eso hicieron. Empezaron por el principio y se lo relataron todo, de la misma manera que Katia había hecho horas antes con el dios. Le hablaron de Aiden, de que era el niño de la profecía. Y no solo controlaba el rayo y el tridente. También el fuego y... mucho más. Era el ser más poderoso que había existido en eones. Y nadie quería un ser tan poderoso en sus vidas, que bastante complicadas eran ya. Desde luego que Otto no lo quería, daba al traste con su plan de derrocar al Olimpo. El dios tampoco lo quería, por razones obvias. ¿Un ser más poderoso que el rayo y el tridente juntos? Ni hablar. Por encima de su cadáver. Y Katia... Poco le importaba a Katia el niño, solo era el medio para un fin. Vamos, que estaba claro que los tres querían lo mismo, aunque por motivos diferentes.

—El niño debe morir —afirmó Otto.

—Exacto.

Le hablaron de Escila. Escila era la clave de todo. Escila debilitaba a los semidioses.

Le hablaron de Lovem Kennedy y Tristan Drake, los padres de Aiden, de cómo se habían conocido y enamorado. De cómo habían llegado a la conclusión de que matarla a ella en el pasado era la mejor manera de acabar con Aiden.

—Es de suma importancia que mañana matéis a Moriana —le explicó Katia—. Los acontecimientos tienen que suceder tal y como sucedieron en la otra línea temporal. Tristan Drake tiene que pensar que Zeus es el culpable de la muerte de su familia e instar a su hermano a que busque la destrucción de los semidioses. Eso los llevará al centro de la Tierra, a Escila y a Lovem. Tristan y Lovem tienen que enamorarse y Aiden tiene que nacer, una vez más.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos su sangre.

—¿Por qué?

Katia y el dios sonrieron.

—Para retroceder el tiempo.

—¿Aiden Drake controla el tiempo?

—Sí. Y nosotros lo haremos a través de él. Pero tenemos que esperar a que nazca y cumpla diez años.

—¿Por qué? ¿Qué pasará cuando cumpla diez años?

—Que podremos acceder a su sangre.

—¿Y hasta entonces?

—Seguiremos con nuestros quehaceres. Pero de una manera mucho más divertida.

Entonces Otto también sonrió. De pronto, la vida se le antojaba atractiva. Muy atractiva. ¿Quién se lo iba a decir?

—Habrá que buscar aliados —añadió el dios—. Aliados potentes. Tengo un par de ideas... Prepararemos una lista de candidatos.

—¿Y tu marido? —le preguntó Otto a Katia.

—¿Qué pasa con él?

—¿Será uno de esos aliados?

—Me temo que no.

—¿No desea la muerte de Aiden Drake?

Katia dejó escapar una carcajada.

—No.

—Y yo que pensaba que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición...

—Y pensabas bien, Otto, pensabas bien.

«Oh, claro. Ellos dos». Por eso Otto no se había casado nunca. No creía en el amor. Y hacía bien. Porque una vez Katia y el dios se marcharon..., digamos que el dios no llegó a marcharse del todo.

—Quiero a Katia fuera de esto —le susurró a Otto al oído, sorprendiéndolo desde atrás. Otto tuvo que sujetarse el pecho de nuevo para

que no se le saliera el corazón del susto.

—¿Qué quieres decir?

—Que la mates. Mañana.

—¿Por qué?

—¿Me estás pidiendo explicaciones de una orden directa?

—Sí. Si la matas a ella, ¿quién me asegura que no me lo harás a mí en el futuro?

El dios lo sopesó durante unos segundos. Mmm, era un buen punto de vista.

—Se ha vuelto muy ambiciosa. Y sabe demasiado. No me gusta.

—Bien.

—Ah, y otra cosa. A partir de ahora te dirigirás a mí como «maestro».

—Sí..., maestro.

12

«Hija, ha ocurrido algo. Ve a casa. Inmediatamente. Abandona la universidad. Sin discutir, Lovem».

«Tarde».

Lovem escuchó el escueto pero más que directo mensaje que su padre le había dejado en el buzón de voz horas atrás mientras metía la llave en la cerradura de la puerta de su casa, en medio de una tormenta que pocas veces se había visto. No hizo falta que la abriera del todo para que se percatara de que su padre no se encontraba allí, porque cuando estaba, su presencia lo inundaba todo. El que sí estaba, en medio del recibidor, en su forma humana, era el centauro y mano derecha de Zeus, Lopus. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y un rictus serio en el rostro. Nada nuevo. Lovem miró a Eric de soslayo y cogió aire.

—Lovem. Eric —los saludó el centauro cuando apenas habían cerrado la puerta.

—Ya sé lo que nos vas a decir... —se adelantó ella, y dio un par de pasos con las manos en alto.

—Lo dudo mucho.

—En nuestra defensa, te diré que acabamos de escuchar el mensaje de mi padre.

—Yo he perdido el teléfono —añadió Eric.

Cuando había intentado echar mano de él, no lo había encontrado. Supuso que se le habría caído durante alguna de las múltiples persecuciones desenfrenadas que, sin comerlo ni beberlo, se habían desatado a su alrededor. Eric suspiró en silencio. En serio, maldito día.

—Oh, ¿así que lo acabas de escuchar?

Tonito. Lovem detectó el tonito.

—Sí. Hemos estado liados con algo y no hemos tenido tiempo de mirar el teléfono.

—Habéis estado *liados* viajando al Olimpo. Al Reino Libre y al Reino Sombrío, para ser exactos. Dos territorios prohibidos de una sola tacada. ¿Debo felicitaros?

Lovem no había dudado ni un segundo de que su padre sabía dónde estaban; siempre que un cielo la cubriera, él podría verla. No había escapatoria.

—Una araña gigante ha atacado mi universidad.

—Y tú conoces el protocolo para situaciones como esa. Y él también —dijo señalando a Eric.

Lo peor del centauro era que nunca gritaba, pero su voz siempre sonaba a bronca. Era admirable.

—¡Ha matado gente! No podíamos dejarla escapar.

—Claro que podíais. No era vuestro asunto.

—¿Que no era nuestro asunto? —repitió Lovem, indignada.

Eric, por su parte, no sabía ni qué decir. El centauro llevaba razón. Punto.

—Control de daños —exigió.

Lovem suspiró.

—Estoy bien. —Se tocó la herida de la mejilla, que ya había sanado del todo. Solo quedaban vestigios de sangre seca.

—Eso ya lo veo. Control de daños.

—Ninguno —dijo Eric—. Nadie sabe que es Lovem Kennedy.

—Eso también lo dudo.

—¿Dónde está mi padre?

—Trabajando. Los doce olímpicos se han unido para alterar la realidad de los humanos. Supongo que ya os habréis dado cuenta de que estamos en plena crisis.

—¿Él está bien?

—Siempre.

—¿Cuándo va a poder venir a casa?

—Ni hoy ni mañana. Pero vendrá, y entonces tú y él mantendréis *esa* conversación.

—Vale. ¿Puedo darme una ducha?

—¿Me estás diciendo que no te la darás si te digo que no?

Lovem no se molestó en responder, conocía de sobra el funcionamiento de las preguntas retóricas, con Lopus siempre era así, y subió las escaleras hacia su dormitorio. Necesitaba quitarse la sangre y la mugre de encima antes de su cita con Juan.

Se miró al espejo y observó la herida cerrada de la mejilla. Se acercó al cristal todo lo que pudo y comprobó que, entre la sangre seca, a simple vista, no se distinguían los destellos verdes; Eric se había ocupado de ello. Su padre le había explicado desde muy pequeña que no era una cualidad de semidioses, sino algo solo suyo y que nadie podía saberlo. Lovem era química, así que, por supuesto, había analizado en el laboratorio su propia sangre. Y debía darle la razón a su padre: era algo solo suyo, porque una de las proteínas que había en su sangre era más rara que un perro verde, nunca mejor dicho. Lovem suspiró y se metió en la ducha.

Mientras se frotaba el cabello debajo del agua, pensaba en su padre, en que no le gustaba decepcionarlo y en que estaba segura de que lo había hecho, pero no había sido premeditado, no podía dejar una araña gigante suelta por la universidad. ¿Y si hubiera atacado a más gente? Sus poderes no deberían mantenerse ocultos, sus poderes existían por algo, ella existía

por algo, y ese algo era luchar contra las fuerzas del mal y salvar vidas. ¿Qué sentido tenía, si no, todo? No quería permanecer escondida, protegida hasta la eternidad entre los brazos de su padre. Quería luchar. Y en lo más profundo de su alma sintió que aquello para lo que Zeus llevaba toda su vida preparándola se precipitaba sobre ellos de manera inminente. Su vida estaba a punto de cambiar.

Era la sexagésima vez que Magnus leía el mensaje que Josh le había enviado: «Lovem está viva». Había abandonado la sala del Consejo sin decir ni mu y lo había llamado por teléfono al instante.

«¿Mag?», había contestado él. Una palabra, una sola palabra —el diminutivo que tanto usaba Josh y que Magnus amaba con toda la fuerza de su corazón—, y lo supo. Lo supo por el tono de su voz. Supo que era cierto.

Magnus se había apoyado en la pared, necesitaba algo que lo inmovilizara, y Josh, en pocas palabras, se lo había explicado todo. Que Lovem estaba viva, que Zeus la había resucitado una vez murió envenenada por él, y no por Escila, y que la había mantenido escondida en el Mundo Exterior y borrado los recuerdos. Y Magnus no necesitó ni un ápice de información adicional para ser consciente de la situación. No le preguntó por Tristan, no era necesario. Tampoco le preguntó a él, a Josh, cómo se encontraba. Ni abrió uno de sus muchos cuadernos y añadió aquella nueva información sobre Escila (que no había matado a Lovem), no era el momento y no sabía hasta qué punto podría ser relevante. En su lugar, llamó a su hermana Alicia y ambos emprendieron el viaje a caballo hacia la Gran Muralla de Fuego, la cruzaron y los esperaron. Hay momentos en la vida en que un acto vale más que mil palabras. Hay momentos en la vida en que las palabras no son suficientes. Ese era uno de ellos.

En cuanto Magnus vio que se abría el portal, dudó. ¿A quién debía abrazar primero? ¿A quién quería abrazar primero? ¿A su hermano, que

acababa de descubrir que la mujer de su vida estaba viva? ¿A su... Josh, que acababa de descubrir que su mejor amiga, su familia, una parte de su alma, estaba viva? La vacilación no le duró ni medio segundo, fue corriendo hacia ellos y los abrazó a los dos. Y no sabría decir cuál se agarró con más fuerza a él.

—Oh, chicos... —murmuró—. Estoy aquí. Estoy aquí.

Josh se quedó ahí, cobijado en su cuerpo, durante muchísimo tiempo, y Magnus se dio cuenta de cuánto lo necesitaba. Tristan se apartó enseguida, lo que no le sorprendió.

Tristan contempló el cielo oscuro cubierto de nubes, con los labios apretados y unas ganas inmensas de gritar. Todo era mentira. ¡Todo era mentira! «Vamos —reprochó con rabia al cielo—, ya puedes dejar de fingir. Ya puedes dejar que salga el sol. Lo sé todo».

Lucas y Alicia se mantuvieron a una distancia prudencial, pero Lucas sufría, Alicia podía verlo, y por eso le dijo: «Ven aquí, pececito», y se acercó a él para envolverlo entre sus brazos. Lucas escondió la cabeza en su cuello. Era la primera vez que se tocaban de esa manera y a ambos les hizo sentirse bien. Lucas y Alicia se habían hecho amigos sin darse cuenta.

Dos horas después, Magnus, Alicia, Josh y Lucas continuaban hablando, o susurrando, en la habitación de Magnus. No tenían ganas de comer, beber o dormir. Tampoco podían permanecer en silencio, eran tantas las emociones. Tristan no había querido quedarse con ellos y había corrido a ver a su padre. Necesitaba a su padre. Y a Pólux.

Lucas se encontraba tumbado en la cama, con la espalda apoyada en la pared, como si aquel fuera su espacio. Y en verdad sentía como que lo fuera. Aquella cama olía a Josh. Y no solo la cama. El aroma de su mejor amigo impregnaba cada rincón del dormitorio.

Josh estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y Magnus a su lado. Se tocaban las rodillas. No recordaba si se había sentado antes él o Mag.

Alicia se había dejado caer en la silla del escritorio de su hermano y allí se había quedado. Su mirada oscilaba entre Josh y Lucas. En ocasiones, también recaía en Magnus.

—Necesito volver a verla —dijo Lucas.

—Hagámoslo —respondió Josh con decisión. Con tanta decisión que hasta Lucas lo miró un tanto atónito.

—¿Qué?

—Vamos a buscarla al Mundo Exterior. Ahora.

—¿Cómo? —preguntó Alicia.

—Josh puede encontrarla —afirmó Magnus.

—Pero es peligroso —dijo Alicia—. Desvelaríamos su paradero.

—No del todo —explicó Josh. Nadie en esa habitación tenía más ganas de verla que él, pero jamás la pondría en peligro—. Aún no la tengo en mi radar. No quiero saber dónde vive, por si acaso alguien me vigila. Primero nos aseguraremos de que no está en casa, aunque estoy seguro de que Zeus tiene superprotegido el lugar. No podríamos traspasar el umbral ni aunque nos encontráramos justo enfrente.

—¿Y cómo vas a saber si está o no en casa?

—Eric nos dijo que Lovem lleva una vida de humana. Y los humanos suelen tener teléfonos fijos. La llamaremos ahí.

—¡¿Y de dónde piensas sacar su número de teléfono?! ¿De la guía de los humanos? ¿Buscamos por «Dios del rayo, Zeus»?

Josh chascó la lengua y levantó el brazo.

—Lucas, dámelo.

—¿El qué? —respondió el otro con una sonrisa.

—Vamos, te he visto hacerlo.

—Me las pillas todas, pecoso.

—Te tengo bien vigilado.

Lucas sacó un teléfono de su bolsillo y se lo lanzó a Josh, que lo cogió al vuelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Magnus.

—El teléfono de Eric, el muy idiota no se ha dado cuenta de que se lo he quitado. Por cierto, ¿habéis visto cómo mola? Seguro que se lo ha comprado Zeus. Lo último de lo último para su perro faldero favorito.

—¿Y por qué se lo has quitado? —preguntó Alicia—. ¿Para localizar a Lovem?

—La verdad es que no. Lo he hecho por fastidiarle, pero, mira, al final nos va a ser útil.

—Está bloqueado con una contraseña —dijo Josh.

—Déjamelo a mí. —Magnus se lo quitó de las manos y comenzó a trastear en él mientras los otros ideaban un plan.

—¿Y qué vamos a hacer cuando la localicemos?

—Verla.

—¿Y después?

—Improvisaremos —dijeron Josh y Lucas al unísono.

—Seguís siendo como dos puñeteros siameses —les dijo Alicia.

Magnus, a pesar de tener los ojos puestos en la pantalla del teléfono, advirtió la sonrisa de Josh. Su primera sonrisa del día.

—Listo —les dijo entonces.

—¿Ya lo tienes?

—Joder, qué rapidez. No han pasado ni dos minutos.

—Eres un genio —le dijo Josh.

Magnus le guiñó un ojo y acto seguido echó un vistazo a los contactos. Había varios teléfonos móviles, restaurantes...

—Todos tienen el mismo prefijo.

—¿Cuál?

—Treinta y cuatro.

—¿Dónde es eso?

Magnus hizo una búsqueda rápida.

—España. Y... mirad esto. —Les enseñó la pantalla del teléfono—. Me apuesto la primera fila de la tabla periódica a que es la casa en donde viven.

Lucas asomó la cabeza.

—¿Villa Z? ¿En serio? Este tío es idiota.

Lucas se levantó de la cama y se sentó al lado de Josh, excitado. Ambos estaban excitados. Juntaron las cabezas y pusieron las orejas en el aparato. Josh pulsó el botón verde y eso que no habían pensado en qué harían si alguien respondía...

Piii. Piii. Piii. Piii... Por suerte, nadie lo hizo.

—No contestan.

—No están en casa.

—Rubio.

—Voy.

Josh cerró los ojos y se concentró en Lovem. Su cabeza salió del Olimpo y entró en el Mundo Exterior. Viajó a España. No era un país extenso; la localizaría enseguida. Norte, sur, este, oeste... Norte, norte, norte. Lovem estaba en el norte. Era un terreno muy montañoso. Montes, montes, montes, había montes por todas partes, y, en medio de ellos, una pequeña pero gran ciudad.

—Vamos, vamos, vamos... —lo apremió Lucas.

Josh abrió los ojos.

—La tengo.

—¿Dónde?

—Bilbao.

Al otro lado del castillo. En la sala de entrenamiento de Tristan

—¿Lovem está viva? —susurró Rafe.

No se lo podía creer. Nadie se lo podía creer.

Tristan asintió con la cabeza. Había ido directo a su sala de entrenamiento, no había podido evitarlo, y había ordenado llamar a su padre y a Pólux. En ese momento rozaba con la yema del dedo índice la marca de la flecha que Lovem había incrustado en uno de los ojos de su retrato al poco de llegar al castillo. Cerró los suyos y suspiró.

—Joder... ¿Y ahora qué va a pasar? ¿Q... qué hacemos?

—No lo sé —susurró Tristan de vuelta. Abrió los ojos—. No sé qué hacer. ¿Qué hago, papá? —Tristan se giró hacia su padre—. Lovem no se acuerda de mí.

Megalo envolvió a su hijo con sus brazos y le acarició el cabello. Tristan ya era tan alto como él. ¿Había pasado el tiempo tan deprisa?

—Iremos poco a poco —le dijo.

—Y eso ¿qué significa?

Megalo se separó de Tristan y sonrió.

—Tienes que conquistarla de nuevo.

—¿Qué?

—No puedes cambiar el pasado, y no merece la pena perder el tiempo lamentándonos por ello. Lovem ha vuelto y ¡es una gran noticia! El sol brilla mucho más que ayer. Pero menos que mañana. Enamórala, hijo. Recupérala.

Tristan miró a Pólux y este asintió, feliz. Pólux aún alucinaba con tal giro de los acontecimientos. Francamente, no lo había visto venir ni de lejos, pero no cabía en sí de gozo. Lovem estaba viva. Su querida Lovem estaba viva y Aiden volvía a ser una posibilidad. Remota, pero ahí estaba. No todo se había perdido.

—¿Y cómo hago eso? —preguntó Tristan.

—Como lo hiciste la primera vez.

Tristan bufó y Rafe soltó una carcajada.

—Ni siquiera él lo sabe, Majestad —dijo, y le revolvió el cabello a Tristan con cariño.

—Quiero verla —dijo Phil, que no había abierto la boca hasta el momento; se había quedado sin palabras, pero ya se estaba recuperando.

—No —negó Tristan, tajante.

—¿Por qué?

—Porque ella no sabe quiénes somos.

—¿Y?

—Y no quiero que sospeche que hay algo raro en nosotros. Lucas se ha lanzado a abrazarla como un loco, y Peter, y... —Tristan suspiró—. No quiero tenerla en nuestra contra.

—Nosotros no vamos a hacer nada que le haga sospechar.

—Lo haréis involuntariamente. Creedme.

—Joder... Lovem está viva.

Sí, lo estaba. Joder, lo estaba.

Under pressure

Cómo amaba Lovem esa canción. Siempre que la escuchaba las piernas se le movían solas, y en esa ocasión no fue diferente. Cogió a Juan del brazo y lo llevó al centro de la pista; necesitaba desconectar de la vida durante un par de minutos. Solo un par de minutos.

Juan accedió encantado. Ken estaba guapísima. Ken era guapísima. Le había llamado la atención desde la primera vez que la vio en la playa, años atrás. Él jugaba al voleibol con sus amigos y no podía dejar de mirarla. Podría haber sido amor a primera vista si él hubiera creído en esas tonterías, que no lo hacía. Pero sí creía en la atracción. Y sus amigos, que tontos no eran, le lanzaron a la chica a propósito la pelota, que rebotó en sus pies.

Espolearon a Juan entre risas para que la recogiera y es lo que hizo. Se acercó corriendo hacia ella sin dejar de sonreír.

—¡¿Me la pasas, por favor?! —le gritó desde la distancia. Ella dio un golpe con la punta del pie, colocó la pelota encima y la lanzó con una precisión impecable. Juan se quedó asombrado. Se lo agradeció y se aproximó a ella—. Estamos jugando un partido de voleibol en aquella red de allí. —Señaló el lugar—. Si te apetece vernos de cerca, estás invitada.

—Gracias. Tal vez más tarde.

—Bien.

Juan se alejó sin dejar de sonreír y entonces se acordó de que se había dejado la puerta de casa abierta y tuvo que marcharse. No volvió a verla hasta un tiempo después, cuando coincidieron en una fiesta universitaria. Él la reconoció enseguida, ¡cómo no hacerlo! Ella no se acordaba de él, pero qué importaba. El destino les había dado una nueva oportunidad. El destino o... Zeus. Claro que eso ninguno de los dos lo sabía.

Juan seguía sonriendo mientras bailaba con Ken. En un momento dado, fingió que su puño era un micrófono y comenzó a cantar como un loco. Ken rio y lo imitó. Se movían por la pista como si llevaran toda la vida haciéndolo.

Eric, al fondo, tomaba un refresco de naranja en la barra. Bueno, vale, puede que el refresco incluyera un chorrito de alcohol. O un chorrazo... Era totalmente necesario. La gente lo daba todo en la pista (algo muy normal un viernes por la noche), pero él no estaba de humor. No podía dejar de pensar en lo que había pasado, en cómo se habían precipitado las cosas en cuestión de minutos; no podía dejar de pensar en la araña, en que Zeus iba a descuartizarlo y no podía... —miró hacia la entrada del bar, alertado por la presencia de alguien—, oh, ¡por todos los dioses! ¡No podía creerse que ellos estuvieran allí! Iba a matarlos. Uno a uno.

—¿Estáis locos o sois gilipollas? —les dijo en cuanto llegó junto a ellos y los sacó a empujones del bar. Había dejado de llover, pero lo mismo le

daba. Los habría sacado igual. Miró a un lado y a otro. Solo detectó un par de veinteañeros un poco tocados por el alcohol que compartían unos cigarrillos.

—Ey, ey, ey, tranquilo, fiera —lo frenó Lucas, soltándose de su agarre—. Antes de venir nos hemos asegurado de que no estabais en casa. Y de que no nos sigue nadie. Cualquiera de nosotros daría la vida por ella, y lo sabes. Bueno, la dragona no —aclaró, señalando a Alicia—, pero no hemos podido quitárnosla de encima. Y al friki tampoco, pero sí daría la vida por Josh, así que lo mismo me da.

En respuesta, Alicia le sacó el dedo anular y a Magnus se le subieron tanto los colores que hasta le ardieron las orejas. A ver, que tanto como dar la vida por Josh...

—Pues me quedo mucho más tranquilo —ironizó Eric, y frunció el ceño —. ¿Y cómo sabíais que no estábamos en casa, si puede saberse?

—Os hemos llamado.

—¿Que qué? —Lucas le ofreció su teléfono y Eric lo miró indignado—. ¿Me lo has robado?

—Sí.

—Eres un mal bicho.

—Y tú un idiota, así que estamos en paz.

Magnus dejó de escuchar la conversación y clavó la mirada en la puerta del bar, de donde salía la música. Quería ver a Lovem. Quería tanto verla que allí estaba, de incógnito. Bueno, de incógnito. Era una forma de hablar. O el eufemismo del año para referirse a que habían ido a ver a Lovem a espaldas de Tristan. Por los dragones, si Tris se enteraba... los cortaba en pedacitos y los servía en el mercado de los miércoles.

—Ni lo sueñes, friki —le dijo Eric al intuir sus intenciones—. Os largáis ahora mismo.

—Porque tú lo digas.

—Exacto. Ya veo que lo vas pillando, Varela. Al final no vas a ser tan tonto.

—¿Quieres ver lo tonto que puedo ponerme?

Lucas, envalentonado, se acercó a Eric y sacó pecho. Y estaba a punto de lanzarle un buen chorro de agua fría, para ver si se le aclaraban las ideas, cuando la puerta del bar se abrió de pronto y apareció Lovem, que había ido en busca de Eric en cuanto se dio cuenta de que se había ido.

—Depende —le dijo ella a Lucas—. ¿Cuánto de tonto puedes ponerte? ¿Hasta aquí? —Lovem puso la mano a la altura de su cuello—. ¿O hasta aquí? —Subió la mano por encima de su cabeza—. Porque mi paciencia está justo aquí. —Señaló su oreja.

Lucas sonrió. Adoraba a Lovem y su pedantería. ¡Y estaba viva! Aún no podía creérselo. Se acercó a ella, hasta que las puntas de sus zapatillas rozaron las puntas de los zapatos de tacón de ella, y puso la mano por encima de su cabeza, mucho más alto de lo que lo había hecho ella. Lucas le sacaba unos buenos veinticinco centímetros y decidió jugar a lo grande.

—Por aquí —le dijo sin perder la sonrisa.

A Lovem se le escapó un amago de sonrisa, fue solo un segundo, y enseguida recuperó su rictus serio y amenazador, pero fue suficiente para que a Lucas se le hinchara el corazón dentro del pecho.

«Mmm, así que este es el graciosillo del grupo... Y el temerario», pensó Lovem. Provocarla de esa manera... Claro que él era hijo de Poseidón y pensaba que ella era hija de Hefesto; claramente, se creía superior.

—Dadme un motivo para que no os mate a todos aquí y ahora —ordenó ella.

—Guau —exclamó Magnus, sin poder evitarlo. Estaba alucinado. No podía dejar de mirar a Lovem. Lucía igual que siempre, o casi igual, se había cortado el pelo, pero tenía los mismos ojazos azules e irradiaba la misma fuerza. Y estaba allí. Viva. Era... una pasada.

—Qué subidita, ¿no?

—Hemos venido en son de paz. —Josh se metió en medio de los dos y levantó los brazos en señal de rendición.

—¿A qué?

—¿Qué?

—Que a qué habéis venido en son de paz.

—A devolverle el teléfono a Eric —improvisó Josh sobre la marcha—. Se le cayó.

—Es cierto —dijo Eric levantando el teléfono. O les echaba un capote o ahí iba a haber más que palabras. Y tampoco era eso...

—¿Cómo nos habéis encontrado? —insistió Lovem.

—Tengo un radar para localizar personas.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Magnus, sin poder evitarlo otra vez.

Lovem ni lo miró, estaba concentrada en Josh y Lucas. Eric no había comenzado con su cantinela de «Lovem, peligro, peligro, peligro, vámonos de aquí», así que en principio todo estaba bien, pero es que además estaba esa emoción irracional que sentía al estar al lado de esos dos semidioses en particular, y que le gritaba que podía confiar en ellos. Aun así, no acababa de fiarse del todo.

—Pero ese radar no funciona conmigo —continuó ella.

Su padre le había hablado de ese poder del hijo de Hades y, en consecuencia, había creado un velo para ella, además de enseñarla a mantener siempre las barreras que protegían su mente bien altas. No solo por Josh, sino porque nunca sabes quién puede meterse en tu cabeza.

—No funcionaba —la corrigió Josh. Lovem entornó la mirada. Él sonrió —. Una vez que te he conocido..., supongo que el velo que te protegía ha caído. Porque había un velo, ¿verdad? Y tus barreras no son lo bastante altas. Pero puedes confiar en nosotros. Jamás desvelaríamos vuestro paradero. Los semidioses nos protegemos unos a otros.

La explicación no le gustó nada a Lovem, pero no pudo contestar lo que tenía en la punta de la lengua: «Entonces, supongo que tendré que subirlas más». Alguien carraspeó y la interrumpió. Fue Magnus, que no aguantaba más.

—Yo soy Magnus Drake. Soy hermano de Tristan y... amigo de Josh y Lucas.

—Sí, sobre todo de Josh... —dejó caer Lucas.

—Yo, mmm, pasaba por aquí...

«¿Pasabas por aquí? —Lucas le levantó una ceja y Magnus se encogió de hombros—. No tenía que haberlos traído...», suspiró para sus adentros.

Magnus Drake. Lovem sabía quién era. El mediano de los hijos de Megalo. Un cerebrito. Le pareció detectar cierta afinidad con Josh, así, a simple vista.

—Y ella es Alicia. Mi otra hermana.

Alicia solo pudo levantar la mano. Había perdido toda capacidad de comunicación.

—Bien. —Entonces el que carraspeó fue Eric—. Pues yo ya tengo el teléfono, así que podéis largaros.

Lucas quería estrangular a Eric, lo ansiaba con todas sus fuerzas, pero era cierto que ya no había excusa para quedarse allí.

—¿Nos vemos mañana para matar a la araña? —le preguntó Josh a Lovem.

—Nos vemos mañana para matar a la araña.

—¿Al alba?

—Al alba.

Josh sonrió de nuevo. Hasta Lucas sonrió. Él tampoco podía dejar de mirar a Lovem. Y la puerta se abrió de nuevo.

—¿Ken? —Juan asomó la cabeza—. Oh —exclamó al ver tanta gente—. ¿Entráis o...?

«Así que este es el tal Juan... —pensó Lucas—. Bah, no es rival para Tris. Podría comérselo con patatas». Josh también lo observó, pero sin emitir ningún juicio de valor, y Magnus y Alicia lo miraron con el ceño fruncido. ¿Quién era ese palurdo?

—Nosotros nos vamos ya —le respondió Lovem.

—Pues os acompaño un rato.

Lovem aceptó y se marcharon los tres juntos sin más preámbulos, pero no pudo evitar mirar hacia atrás y mandarles un claro mensaje a los semidioses de «os estoy vigilando» antes de desaparecer por la esquina. A Lucas le dio tiempo a mandarle un beso. Era un provocador, no podía evitarlo, y le encantaba jugar con Lovem.

—Guau —repitió Magnus cuando Lovem desapareció del todo.

Lucas aún tenía la mirada en la esquina.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Alicia.

—Yo me largo a casa —dijo entonces Lucas animado—. Mañana me toca madrugar.

Y, a pesar de que lo odiaba, estaba deseando que llegara el momento en que sonara el despertador. Podría ver a Lovem de nuevo.

—Yo me quedo —dijo Magnus. Todos lo miraron con la frente arrugada. Él estiró la mano hacia Josh—. ¿Te quedas conmigo un poco más?

—Claro —respondió el otro sin dudarlo, aun sin saber qué pretendía Magnus.

—¿Rubia? —dijo Lucas.

—Sí, voy contigo. Que los dragones me libren de quedarme con los tortolitos.

—¿Verdad?

Lucas y Alicia se marcharon y Josh y Magnus entraron en el bar con los dedos entrelazados. La música sonaba a todo volumen y había muchísima gente, pero Magnus lo llevó directamente al centro de la pista, a un hueco perfecto para ellos. Primero sonó una canción muy rítmica: *I think we're*

alone now, de Tiffany. Magnus se soltó de la mano de Josh y levantó y movió los brazos al ritmo de la música. Josh rio y negó con la cabeza, antes de imitarlo. Y comenzaron a bailar. Magnus veía a Josh sonreír, como el resto del día, pero sabía que no estaba bien del todo. ¿Cómo estarlo? Y si bailotear y hacer el idiota le servía para despejarse, pues Magnus bailaría y haría el idiota durante toda la noche.

Después sonó *Take on me*, de A-ha, y Magnus y Josh, sudorosos, bailaron agarrados. O saltaron abrazados. Hasta que ya no pudieron más. Y entonces sonó *One*, de U2, y fue como si el lugar supiera que necesitaban acordes lentos. O quizá fuera que estaban a punto de cerrar. En cualquier caso, se abrazaron y se balancearon mientras sus corazones y respiraciones retomaban la velocidad habitual. Josh apoyó la barbilla en el hombro de Magnus y él lo abrazó con más fuerza si cabía. El Mundo Exterior molaba mucho. Había bares y música, y él y Josh podían bailar pegados como dos chicos normales. En el Olimpo todo era mucho más complicado.

—No sé qué hacer —le susurró Josh. Magnus sabía a lo que se refería, y llevaba todo el día esperando ese momento—. Quiero ir a hablar con él, necesito hablar con él, pero no quiero poner en peligro a Lovem.

—¿Y crees que vas a hacerlo? ¿Crees que...? —Magnus suspiró—. ¿Crees que tienes que desconfiar de él?

—Nunca lo he hecho. Siempre he confiado con los ojos cerrados. Y Lovem también. Pero..., mierda, Mag, es el maldito rey del Inframundo. Él sabe de muertos y de no muertos. Lo sabe mejor que nadie.

Magnus le alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Escucha a tu corazón, Josh.

Josh se separó de Magnus, lo cogió de la mano y juntos se dirigieron a la salida. Las luces se encendieron de pronto, los camareros limpiaban y recogían la barra, pero la gente a su alrededor seguía bailando como si nada. Dieron unos pocos pasos hasta que encontraron un callejón. Nadie los observaba, así que...

—Hazlo tú —le pidió Josh.

—¿Cómo?

—Usa tu imaginación.

Con que su imaginación, ¿eh? A Magnus le sobraba, sobre todo en lo concerniente a Josh, así que sonrió, se acercó a él y lo besó en los labios, suave. Y ya que estaba..., pues se recreó un poco, para qué negarlo. Lo agarró del trasero y apretó su cuerpo contra el suyo, lo que provocó un gemido de Josh, y que Magnus profundizara el beso. Podría pasarse la noche entera besándolo, pero no estaban ahí para eso. Con un esfuerzo enorme, sacó la lengua de la boca de Josh y le agarró el labio inferior con los dientes. Lo mordió con fuerza hasta que sangró. Josh lo notó. Notó la sangre, que subió desde su entrepierna hasta su boca, y se separaron. Josh cogió una gota con el dedo índice y dejó que cayera al suelo. Una brecha se abrió entre ellos, inmensa, y, tras ella, unas majestuosas escaleras de mármol negro interminables que conducían al Inframundo. Josh siempre que las veía se quejaba para sus adentros. ¿No podía simplemente aparecer en la casa de su padre? Brillaban tanto como siempre, como si nadie las hubiera pisado jamás, y eso que Josh lo había hecho unas cuantas veces a lo largo de su vida. Ese era su secreto mejor guardado: que su sangre era una puerta que le daba acceso al mundo de los muertos. Solo lo sabían Lucas, Lovem y, desde hacía un tiempo, Magnus.

Magnus se asomó, como siempre hacía, y se estremeció, como siempre hacía. Había visto a Josh bajar al Inframundo en un par de ocasiones, cada vez que necesitaba hablar con su padre, pero seguía sobrecogiéndolo. Se despidieron con la mano y Josh bajó el primer escalón.

—Regresa pronto a mí, príncipe del Inframundo —susurró Magnus.

Entonces la brecha se cerró, tragándose al semidiós por completo.

13

Josh bajó las escaleras con mil y una emociones recorriéndole el cuerpo —excitación, ansiedad, temor, confusión—, pero la más importante era, sin duda, la que le provocaba la necesidad de que su padre lo abrazara: dolor. Dolor físico. Josh quería tanto a su padre, lo adoraba tanto y anhelaba tanto sus abrazos, que incluso sentía dolor físico. Ya podía ser el día más triste de su vida que una sola sonrisa suya dirigida a él lo iluminaba por dentro como una lumbre en medio de la oscuridad. «Papá. Te necesito».

El mármol negro de las escaleras estaba tan pulido y reinaba tal silencio que Josh incluso podía escuchar el eco de sus pisadas. Ni siquiera sabía lo que iba a decirle, o lo que iba a preguntarle, solo... tenía que verlo. Él tenía que verlo. Hades era el rey de los muertos, por todos los dioses, ¡el rey de los muertos! Lovem... Hades tenía que saber... Tenía que haber sabido que Lovem... «No». Josh tomó una decisión. Se negó a desconfiar de su padre. Nunca lo había hecho, nunca le había dado motivos, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Josh se reafirmó en la certeza de que le confiaría su vida a su padre con los ojos cerrados. Una y otra vez.

Josh se había criado con su madre, a la que adoraba, pero Hades siempre había estado ahí, de una manera u otra. O uno subía al Olimpo o el otro bajaba al Inframundo. Josh recordaba escaparse a la morada de su padre noche sí y noche también, recordaba sentarse en el sillón junto a la

chimenea mientras leían juntos, recordaba cabecear y tener unas ganas locas de dormirse, pero resistirse con todas sus fuerzas porque no quería dejar de estar con él. Recordaba despertarse en su cama. Y recordaba ansiar que pasara el día rápido para volver a hacer lo mismo. Josh necesitaba a su padre como al aire que respiraba. Necesitaba compartir su vida con él, reír y llorar a su lado, su consejo. Siempre acudía a él cuando le pasaba algo, aunque fuera lo más nimio del mundo. Y ahora Lovem estaba viva. Después de dos años de llorarla y de pensar que no la vería jamás, estaba viva. Josh tenía que compartirlo con su padre. Reír y llorar con él. Y tenía que preguntarle si él ya lo sabía. «Eso es desconfiar, Josh».

Mierda. Estaba hecho un lío. Y, aun así, lo que más necesitaba era cobijarse entre los brazos de su padre.

Bajó los doscientos escalones y suspiró al pisar la alfombra roja de bordes dorados que tapizaba el pasillo que llevaba directamente a la estancia preferida de su padre: su estudio, tan reluciente y minimalista como el propio Hades. Según se acercaba, comenzó a llegarle el olor a anís. Las malas lenguas decían que el Inframundo olía a azufre, pero era a anís para él. Su padre olía a anís. Tanto que incluso podía saborearlo horas después de que se alejara del lugar.

Las paredes eran de un rojo pálido y estaban jalonadas de antorchas parpadeantes que no solo alumbraban el lugar, también le conferían un tono anaranjado que rivalizaba con el verde del exterior, que se vislumbraba desde las ventanas. El suelo era de mármol negro, como las escaleras, y cálido al tacto, como si el fuego del río Flegetonte pasara justo por debajo.

Josh llegó al estudio, dirigió la mirada hacia el escritorio, también rojo y de cantos dorados, pero no había nadie detrás de él. Sin embargo, su padre estaba allí, podía sentirlo. La chimenea estaba encendida, y eso solo sucedía cuando Hades se encontraba en casa. Y el calor. El calor de la lumbre que serpenteaba por las venas de Josh siempre que estaba cerca de su padre. Y, por si eso fuera poco, la voz inconfundible de Taylor Swift sonaba en el

tocadiscos vacío de los ochenta. *Don't blame me*. Curiosa elección. Cómo había conseguido meterla ahí dentro era algo que Josh se preguntaba a menudo.

—¿Papá?

—¿Problemas amorosos, hijo?

Josh se detuvo y giró la cabeza hacia la izquierda, hacia el balcón gigante y ovalado que daba al río Estigia y al resto del Inframundo. El río Estigia. El límite entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Josh lo había visto siempre de lejos; a los vivos no se les permitía estar ahí abajo, a ese lado del río. Cerbero se ocupaba de eso. De que los vivos no entraran y los muertos no salieran. Solo Hades podía ir y venir a su antojo. Y, hablando de Hades, ahí estaba su padre, apoyado en la barandilla, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas cruzadas por los tobillos, vestido todo de negro, como casi siempre, y con la despreocupación dibujada en el rostro.

—Hola, papá.

—¿Cómo te va con el dragón? —Josh frunció el ceño—. Oh, vamos —le dijo Hades al instante—, acabáis de enrollaros a la puerta de mi humilde morada.

Josh obvió lo de *humilde*... La casa de su padre era de todo menos humilde.

—Una puerta ante doscientos escalones —replicó.

—¿Tantos?

Josh negó con la cabeza.

—No quiero hablar de Magnus.

—¿Y de quién quieres hablar entonces? ¿De Lucas?

Josh volvió a arrugar la frente. «¡No! Quiero hablar de Lovem. De que Lovem está viva. ¡Viva, papá! Y de la profecía. ¿Tú sabías lo de la profecía? ¿Tú sabías de Aiden? Y de que te necesito. También quiero hablar de que te necesito».

—Oh, vamos, hijo —continuó Hades—. Lo llevas escrito en la cara. Y no deberías, si me permites el consejo.

—Papá...

—No. —Hades se alejó de la barandilla y se acercó a Josh, que le suplicó con los ojos «abrázame, papá, o déjame abrazarte», pero Hades pasó de largo. Fue directo a la biblioteca de su estudio, que ocupaba una pared entera, del suelo al techo—. No deberías...

Josh lo siguió, confundido. Y dolido. Su padre estaba esquivo, a pesar de que veía la desesperación en la mirada de Josh. Hades sabía leerlo como nadie.

—¿No debería qué, papá?

—No deberías acudir a mí cuando los problemas amorosos te ahogan. No soy un buen consejero, ya lo sabes. Mi vida amorosa es un desastre.

—No he venido aquí porque mis...

Hades se detuvo y se volvió. Se acercó a él a toda velocidad y lo miró a los ojos. Era una mirada tan dura que... que Josh no supo qué pensar. Su padre no solía hablarle con esa dureza cuando tocaban el tema de Lucas. Que tampoco es que se pasaran horas desgranando el asunto, pero alguna conversación había habido a lo largo de los años. Desde luego, más de dos. Y más de veinte.

—Por supuesto que has venido aquí por tus problemas con Lucas —le dijo con seriedad, pero entonces le cambió el semblante y esbozó una sonrisa de lo más falsa—. A no ser que quieras deshacerte del pececito de una vez por todas. Entonces, soy todo oídos. Nos lo podemos cargar en un santiamén, hijo.

Pero ¿qué...? En serio, ¿qué le pasaba a su padre? Sabía de sobra que daría su vida por Lucas. Sabía de sobra que Lucas y Lovem eran... Oh. Josh cayó en la cuenta. Porque Josh también sabía leer a su padre, al menos la mayor parte del tiempo. «Tus problemas con Lucas». Quizá Hades no estaba hablando de Lucas. ¿El Inframundo tenía oídos? Nunca lo había

pensado, siempre había hablado con libertad en casa de su padre, y Perséfone, la mujer de su padre, no se encontraba allí, pero Lovem estaba viva y había toda una trama alrededor de su muerte, así que... Quizá su padre le estaba pidiendo a gritos con toda esa frialdad que no dijera una sola palabra en voz alta con respecto a Lovem. Y también se dio cuenta de que su padre sí lo sabía. Su padre sabía que estaba viva. Lo había sabido todo el tiempo. Y sabía que había acudido a él para pedirle explicaciones. Fue como si le clavaran una daga en el corazón. A Josh se le abrió un agujero en el pecho.

—Del amor al odio solo hay un paso, ¿no, papá?

Entonces Hades sonrió de verdad y retomó su camino. Se detuvo al pie de la biblioteca y comenzó a hojear los libros, dándole la espalda a Josh.

—Cuéntale a papi qué te ha hecho ahora el semidiós.

—Creo que me ha mentido —dijo Josh. «Creo que me has mentido, papá». Se acercó a su padre y también comenzó a hojear los libros, desde que tenía uso de razón, esa biblioteca lo había fascinado—. Y nunca lo había hecho hasta ahora. No que yo sepa.

—¿En qué te ha mentido?

—Me ha... Me... —Josh titubeó—. Me dijo algo que no era.

«Me dijiste que Lovem estaba muerta».

—¿Te lo dijo literalmente?

No. Su padre no le había dicho que Lovem estuviera muerta con palabras textuales, pero Josh recordó llamarlo a gritos cuando sucedió todo, desde la propia habitación de Lovem. Recordó acudir en su busca y llorar en su regazo. No hubo palabras. No eran necesarias. O eso pensó él, porque mirándolo ahora en retrospectiva... «¿Por qué, papá?».

—No —aceptó Josh con rabia. Con toda la rabia que él podía albergar y con los ojos anegados de lágrimas—. No me lo dijo literalmente.

—Entonces, quizá es un poco aventurado cargárnoslo, ¿no crees?

Hades le ofreció un libro y le indicó con los ojos que lo dejara en su escritorio. Josh lo hizo, aprovechó para limpiarse las lágrimas con el brazo, y regresó a su lado.

—No sé —dijo.

—¿No sabes? —Hades lo miró y arqueó una ceja.

—Me mintió. Me hizo creer algo que no era. Y ahora descubro que sí lo era. Que me ha engañado todo este tiempo y yo... Yo no sé qué pensar y... No entiendo por qué no me lo dijo. Yo se lo cuento todo. Yo me abro en canal frente a él. Yo...

—Tú le das demasiado poder sobre ti.

—Yo lo quiero.

Y necesito un abrazo suyo. «Necesito tu abrazo, papá, a pesar de que me has mentido».

Hades suspiró, pero no lo miró.

—No puedes obligar a las personas que quieres a que te quieran como tú lo haces. Y no puedes obligarlas a actuar como tú lo harías. Luquitas no es santo de mi devoción, ya lo sabes, pero no estás en su cabeza. No sabes las motivaciones que lo llevan a actuar como lo hace. Si es que acaso el chavalito tiene alguna motivación... —Hades elevó los ojos al cielo, muy en plan «no entiendo a los adolescentes», y le pasó otros dos libros a Josh, que los llevó, diligente, a la mesa—. O puede que solo sea un gilipollas.

—Sí, puede que solo sea eso.

Hades se sobresaltó y todo, su hijo nunca lo había llamado gilipollas a la cara. Josh lo miró sin apenas pestañear.

—Hijo...

—Creo que te estás justificando.

—¿Yo me estoy justificando?

—A Lucas. Creo que estás justificando a Lucas. No importa que no me lo dijera textualmente, lo que importa es que me vio sufrir cada día y no hizo nada al respecto. Nada, papá. Y duele. ¿Y sabes lo que también duele?

—¿Qué?

—Que tú sabías que él me estaba mintiendo.

Hades dejó de hojear libros y miró a su hijo, roto de dolor.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡¿Por qué no me lo dijiste, papá?!

—Lo hice por ti.

—¿Por mí? —respondió incrédulo.

—No espero que lo entiendas. Tomé una decisión, basándome en unas circunstancias que...

—¡¿En qué circunstancias?!

—... ni quiero ni tengo por qué explicarte. De todas formas, no deberías confiar en él. No deberías confiar en nadie. No me canso de decirlo, pero no me escucháis. Nadie me escucha nunca —refunfuñó para sí mismo, y continuó mirando libros. Cogió otro y se lo ofreció a Josh—. Salvo en el dragón. En él sí puedes confiar. El dragón es la respuesta.

Josh y Hades se miraron a los ojos. Josh tenía tanto que decirle, tanto que recriminarle, que preguntarle, tantas respuestas que exigirle, ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?, pero repitió en su cabeza la última frase de su padre y frunció el ceño. Se había perdido en la conversación. Entendía lo de que no confiara en nadie, pero ¿qué pintaba Magnus ahí? ¿Su padre quería hablar de verdad de sus problemas amorosos *en ese momento*? ¿Su padre confiaba en Magnus?

—¿Te gusta Magnus? —le preguntó a Hades sin poder evitarlo.

—¿Y a ti?

Hades le dio otro libro. Josh ni siquiera miraba los títulos, solo los llevaba a la mesa. Suspiró y se rindió. Dejó el último en la torre, se dio la vuelta y se apoyó en el escritorio con las manos en el borde. No iba a sonsacarle nada a su padre, y mucho menos cuando ni siquiera podían hablar con libertad. Lovem estaba viva y Hades lo sabía. Había decidido ocultárselo, motivado por circunstancias que «ni quería ni tenía por qué explicarle». Muy bien.

—¿Tú qué crees? —respondió con desdén. Y eso que Josh y el desdén poco se llevaban.

Hades abandonó la biblioteca y se acercó a él hasta quedar justo enfrente.

—La verdad es que no tengo ni idea. ¿Y tú?

—No me habría enrollado a la puerta de tu *humilde* morada si no me gustara.

—Está claro que te gusta, pero ¿hay algo más?

—No lo sé. Aún es pronto.

—¿Pronto? Lleváis más de un año liados.

—¿Llevas la cuenta?

Hades sonrió. Sonrió de verdad.

—Por supuesto que llevo la cuenta.

—Entonces, sabes el tiempo que llevo enamorado de Lucas.

Josh llevaba tantos años enamorado de Lucas que no sabía cómo no estarlo.

—¿Aceptas un consejo de tu padre? —Josh asintió con un movimiento de cabeza—. Deja de pensar y empieza a sentir. —Le tocó el corazón—. Aquí encontrarás todas las respuestas. Todas —puntualizó—. Y ahora vete, puedo oír desde aquí al dragonzuelo contar los minutos hasta tu vuelta y es agotador. Me va a entrar jaqueca y odio la jaqueca.

—Estoy enfadado contigo, papá. Estoy muy enfadado. —Josh necesitó decirle aquello a su padre.

—Se te pasará.

«Eso espero». Se alejó del escritorio y se dirigió a la salida.

—Josh —lo llamó Hades.

—¿Qué?

Apenas giró la cabeza. Hades le señaló la torre de libros que había acumulado en el escritorio.

—No te los dejes aquí. Y léelos.

Josh frunció el ceño por enésima vez, las conversaciones con su padre nunca lo dejaban indiferente, pero obedeció. Se acercó de nuevo al escritorio y cogió los libros como pudo. Echó un vistazo por encima. Dragones. Todos ellos hablaban de dragones.

—¿Dragones? —le preguntó a su padre.

—Dragones. Los adoro. Lee, estudia su historia y verás que tengo razón en todo. Son expertos en abrir puertas. Y Magnus abrirá la de tu corazón. Si es que no lo ha hecho ya.

Hades le guiñó un ojo y entonces Josh sí se marchó. Lo hizo sin el abrazo de su padre, pero con esa lumbre que le recorría el cuerpo porque a Hades le gustaba Magnus. Y eso a Josh le encantaba.

Al otro lado del mundo, en el Olimpo, Lucas se acercó a oscuras a la playa que había cerca de su casa. Se sentó en la arena y lloró. Solo lloró. Lloró de alegría y lloró de pena. Demasiadas emociones. Necesitaba soltarlo y... reiniciar. Entonces, el agua se iluminó, se abrió y dejó pasó a Poseidón, que había conseguido escaquearse de la crisis del Olimpo a propósito de las arañas.

El dios se sentó al lado de su hijo y lo abrazó. No hablaron. No hizo falta. Lucas era un libro abierto para cualquiera que mirara, solo había que saber mirar. Y Poseidón sabía. La relación entre padre e hijo había mejorado en los dos últimos años. Dentro de esos altibajos suyos, se encontraban en la parte de los «alti». Lucas era complicado. Muy complicado. Y Poseidón tampoco era fácil. De tal palo tal astilla. Después de lo que le había sucedido a Lovem, Poseidón se había acercado a él y había conseguido lo indecible: que Lucas lo dejara entrar. Entonces, todo fue sobre ruedas.

Poseidón no dejó de abrazar a su hijo hasta que la última lágrima cayó en la arena. Y siguió haciéndolo tiempo después.

14

Tristan, Magnus, Alicia, Josh y Lucas llegaron al alba, un alba supernaranja cubierta de nubes de verano pasajeras. ¿Escondían un mensaje de su dueño y señor? Tristan gruñó por enésima vez. Si en ese momento hubiera tenido a Zeus enfrente..., lo habría estrangulado con sus propias manos. Nada de fuego. Manos. Quería sentirlo cerca. Lo más probable es que hubiera muerto en el intento. Pero qué muerte más dulce habría sido. Ellos dos tenían una cuenta pendiente, siempre tenían una cuenta pendiente por un motivo u otro, y algún día tendrían que saldarla.

Magnus, a su lado, carraspeó al mismo tiempo que le daba un ligero empujón con su cuerpo. «Contrólate, te oigo maldecir al suegro desde aquí», le susurró. Tristan estuvo a punto de escupirle una barbaridad, pero cerró la boca en cuanto vio a Lovem aparecer por el portal. Vestía unos vaqueros, una camiseta verde de manga corta y unas zapatillas blancas, parecía tan humana, tan estudiante de una universidad humana, y el alba se le reflejaba en el cabello castaño recogido en dos trenzas cortas, suavizándolo. No había ni rastro de la herida en la mejilla. Aún le costaba creerlo. Y casi esbozó una sonrisa, porque entre la rabia y el dolor estaba ella. Viva. Y preciosa. Oh, y ¿qué era eso? Tristan abrió mucho los ojos. Lovem llevaba su reloj. El reloj que le había dejado en el centro de la Tierra. Aún lo llevaba puesto. Le dio un vuelco el corazón.

Justo en ese momento, Fiji, Peter, Easton y Crew aparecieron de entre los arbustos.

—Pues ya estamos todos —dijo Lucas acercándose a Lovem sin poder evitarlo.

—¿No viene Diana? —preguntó Josh.

—No. Ha ido tras la araña con otro grupo y me ha dejado a mí al cargo de este —les explicó Fiji.

¿Fiji al cargo? Tanto Tristan como Lucas arquearon una ceja. Qué demonios, incluso Easton y Crew arquearon una ceja. ¿Al cargo de qué? Eric habría hecho el mismo gesto si estuviera de humor. Compartir tiempo y espacio con Drake, Collingwood y Grano en el Culo Varela era tan surrealista que aún le costaba creerlo. Y, por si fuera poco, el tal Easton era su hermano. Eric no sabía cómo sentirse al respecto. Pero le apetecía tocarlo, aunque solo fuera el hombro. ¿Por qué le apetecía tocarlo? ¡Era de locos!

—Bien, ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó, yendo directo al grano. Cuanto antes acabaran con la araña, mejor. Era su máxima prioridad, puesto que encabezaba la lista de amenazas contra Lovem.

—Creo que deberíamos dividirnos en parejas y, así, cubrir más flancos —sugirió Magnus.

—Y tú vas con Josh, ¿no? —respondió Eric. Por lo que se ganó un gesto de reprobación por parte de Lovem. El resto lo ignoró.

«¿Qué?», le preguntó él a Lovem con la mirada.

—Salta a la vista que están liados —masculló entre dientes.

—¿Sabes quiénes están también liados? —le susurró Lovem al oído aprovechando que los demás habían comenzado a formar las parejas.

—Diana y Fiji.

Lovem bufó.

—No se te escapa una.

Eric le sacó la lengua.

—Somos impares —dijo entonces Peter, y sacó de golpe a Lovem y Eric de su juguetón intercambio de palabras.

—Fiji y Crew vienen conmigo —añadió Easton, sin dar lugar a discusiones.

Era el tipo duro de la Resistencia, en opinión de Lucas. «Haría bien en ir con los otros dos, sí, a ver si le frenan un poquito esa impulsividad...».

—Eric —lo llamó entonces Lucas—, ¿vienes conmigo?

—No.

—Yo creo que tendríamos que juntar a alguien fuerte con otro menos fuerte —opinó Peter.

Sí, eso tenía todo el sentido. Lucas miró a Tristan, que observaba a Lovem embobado. Después miró a Josh, que escrutaba a Magnus y parecía hacerse mil preguntas a sí mismo. Chasqueó la lengua y comenzó a moverlos a todos. Siempre le tocaba a él hacer el trabajo duro.

—Bien. Pues entonces tú y tú juntos —Agarró a Fiji y Crew y los acercó —. Y tú y tú. —Easton y Magnus—. Y tú y tú y tú. —Eric, Josh y Peter—. Y tú y yo. —Alicia y él mismo—. Y ya estamos todos, ¿no? Oh —miró a Tristan y Lovem—, faltáis vosotros. Qué descuido por mi parte. —Cogió a Lovem del brazo, ignorando la chispa de felicidad que lo invadía, y la llevó con Tristan—. ¡Listo! Tris, tú te quedas con la chica guapa. —Y le guiñó un ojo, como colofón.

Lovem arqueó una ceja (era el día de los arqueos); no acababa de encontrar el puntito de Lucas. Tris elevó los ojos al cielo, aunque en el fondo estaba encantado. Lucas sonrió para sus adentros. No se había notado nada que quería juntar a esos dos. Por lo que, por cierto, Tris le debía un favor. Y uno de los gordos. Acababa de renunciar a emparejarse con Lovem por ayudarlo.

Alicia se puso al lado de Lucas y carraspeó.

—Tú también estás muy buena, rubia. Y te he puesto en mi equipo. —Le guiñó el ojo. Lucas estaba que se salía esa mañana.

—No estoy de acuerdo con las parejas —se quejó Eric.

Antes prefería tragarse cincuenta veces seguidas *Titanic* que campar por esa tierra inhóspita en busca de la araña del demonio de la manita con Hanegan y Collingwood. Antes prefería ir con Easton. ¿Se parecían? ¿Físicamente se parecían ellos dos? Lo miró de arriba abajo sin poder evitarlo, a lo que Easton, que enseguida se dio cuenta de que lo observaban (pues bueno era él), arqueó otra ceja.

«Y tú ¿qué miras?».

«Lo que me da la gana», respondió el otro. Pues bueno era también.

—Venga, el primero que cace al bicho se lleva el premio gordo. Ya pensaré luego en algo —dijo Lucas. Poco le importaba la queja de Eric—. Y, pecoso... —No se le escapó el gesto de desagrado de Josh, que sabía lo que venía—, grita si me necesitas. Fuerte y alto.

—¿Se puede gritar suave y bajo? —se preguntó Peter en voz alta con el ceño fruncido.

—Sí, ten cuidado —añadió Magnus, casi al mismo tiempo que Lucas, con toda su buena intención, pero...

Josh suspiró, estaba un pelín irascible esa mañana, y...

—¿En serio? Estoy un poco harto, ¿sabes? —le echó en cara a Magnus —. Bastante tengo con Lucas como para que tú también me vengas con esas.

«El bueno de Collingwood», pensó Eric. O se está harto o no se está harto, pero él tenía que estar solo «un poco» harto.

Magnus torció el morro y explotó también «un poco» (eran tal para cual). Magnus explotaba de ciento en viento, sobre todo si había pasado una noche de mierda intentando averiguar, sin éxito, por qué Josh había salido del Inframundo emocionalmente peor de como había entrado y con un montón de libros a cuestas.

—¿Y esto? —le había preguntado Magnus.

—Son libros.

—Ya sé que son libros, pero ¿qué haces con ellos?

—Me los ha dado mi padre.

—¿Sobre qué tratan?

—Dragones.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Y por qué te los ha dado?

—Para que los lea.

Y ahí había acabado la conversación. Josh se había cerrado en banda y Magnus odiaba que Josh se cerrara en banda con él.

—Solo me preocupo por ti —le dijo «un poco» de malas maneras—. Perdóname la vida.

—No tienes que preocuparte por mí.

—¿La vida me la perdonas? —Josh no respondió, solo bufó. Magnus se cabreó «un poco» más—. ¿Sabes lo que pasa, Josh? Que dormimos en la misma cama tres veces por semana, a veces cuatro, no es que las cuente, y yo soy empático por naturaleza, a los gatos que viven en los jardines del castillo los alimento a diario porque me preocupo por ellos, ¿y tú esperas que después de acostarme contigo no me preocupe por ti?

Josh puso los brazos en jarras y lo miró. Josh esperaba esa conversación, Magnus era demasiado transparente, pero...

—¿Tenías que soltar eso ahora? —le echó en cara—. ¿Aquí y ahora?

—Oh, vamos —Magnus hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—, como si no lo supieran todos ya.

—Desde luego que la tensión sexual se huele a leguas —dijo Peter—. Ya sabéis que no se me escapa una.

—Lo suscribo —añadió Eric—. Me refiero a lo de que la tensión sexual se huele a leguas. *Love is in the air*. No hay que ser hijo de Afrodita para verlo, tengo que deciros. Y eso que nosotros acabamos de —carraspeó— llegar.

—Es que tú eres muy listo, hijo de *Ares* —ironizó Lucas.

—Pues nosotros no nos lo olíamos —añadió Crew.

—Claro que nos lo olíamos —lo corrigieron Easton y Fiji al unísono.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Tío... —dijo Fiji.

—Espera —pidió entonces Easton—. ¿Hijo de Ares? ¿Has dicho hijo de Ares? —se dirigió a Eric—. ¿Eres hijo de Ares?

—¿En serio? —repitió Crew.

—Hala, qué fuerte... —dijo Fiji.

—No voy a discutir con vosotros de quién soy hijo —respondió Eric, muy en su línea.

—Claro que lo vas a hacer —le rebatió Easton, acercándose a él.

—He dicho que no. ¿Estás sordo?

—¿Y tú?

Eric cogió aire y lo miró con aire amenazador. Easton no se amedrentó, quería respuestas y las quería en ese momento. Se acercó más.

—Te lo voy a repetir una vez más, a ver si lo entiendes —le dijo Eric, muy cerca de su rostro—. No voy a discutir con vosotros de quién soy hijo.

—Ya lo creo que conmigo sí lo vas a discutir —respondió Easton, sin dar un paso atrás.

Eric se cabreó. Se cabreó muchísimo. Easton también. Y comenzaron a discutir.

—¿Somos hermanos?

—He dicho que...

Easton explotó.

—¡No me puedo creer que no me lo dijeras!

Eric explotó.

—¡Te conozco desde hace cinco putos minutos! ¿Qué pretendías que te dijera?

—¡Que somos hermanos, joder!

—¿No has oído la parte de que te conozco desde hace cinco putos minutos?

—¿Y tú la de que me la suda?

Era un callejón sin salida. Y por eso Magnus y Josh siguieron con lo suyo.

—Mira, si no quieres decirme qué fue lo que pasó ayer con tu padre, perfecto —continuó Magnus—; al fin y al cabo, no soy nada tuyo y no me debes explicaciones, pero no pretendas que no me preocupe por ti o que no salte cuando me lanzas una mala contestación. Mi paciencia no es infinita, Collingwood.

—¿Collingwood? ¿En serio? ¿Ahora estamos en ese plan?

—¡Pues sí! ¡Ahora estamos en ese plan!

—¡Pues muy bien, retrocedamos meses en nuestra relación porque ayer no estaba de humor y no quise abrirme en canal contigo!

—¡¿¿Relación??! —Magnus rio irónicamente.

—Oh, vamos, Magnus. ¿Tú como llamas a que nos acostemos tres veces por semana?

A Josh ya no le importaba quién los escuchara, él solo veía a Mag.

—¿Y tú? Y a veces son cuatro, no es que las cuente.

—Joder, Mag...

—Chicos...

—Eh, gente...

—Tíos...

Fiji, Crew, Alicia y Peter intentaban mediar entre ellos, pero nadie los escuchaba. Lucas no podía creerse la que se había liado en un par de segundos. Estaba con la boca abierta y pocas cosas lo dejaban boquiabierto.

—Joder, ¡mi puto hermano! Estoy flipando.

—Tampoco es para tanto. Ares tiene cientos de hijos.

—¿Sí? Pues tú eres el primero con el que me cruzo.

—Qué honor...

—¿Pensabas decírmelo en algún momento?

Oh, ahí Easton parecía dolido. Hasta la coraza mejor blindada es vulnerable en algún punto.

Lovem y Tristan también seguían las discusiones sin mediar palabra, uno al lado de la otra. Tristan estaba a punto de meterse en la discusión de su hermano y Josh, y Lovem en la de Eric y Easton, pero entonces apareció la araña. De la nada. Saltó sobre sus cabezas seguida de un rugido bestial, aterrizó sobre sus ocho patas y siguió corriendo sin detenerse ni a mirar atrás. Desapareció una vez más entre los arbustos y las flores de colores. Fue un visto y no visto. Por todos los dioses, qué velocidad. Era rapidísima. Todos enmudecieron al mismo tiempo. Incluso el entorno enmudeció. La brisa dejó de soplar, las plantas dejaron de mecerse y las nubes, de moverse. Y estaban todos tan alucinados que no reaccionaron hasta que dejaron de sentir la fluctuación en la tierra de las firmes pisadas de la araña.

—Pero ¿qué demonios...?

—Mierda.

—Por todos los dioses, es enorme.

—Y asquerosa.

—¿Nos buscaba y al ver tanta gente se lo ha pensado mejor y ha huido o...?

—Qué más da, la hemos perdido.

—Ni hablar.

Lovem no la perdería de nuevo. Desenvainó la espada que Tristan (que ni lo vio venir) llevaba en el tahalí atado a su cintura y caminó un par de pasos hacia el lugar por donde había huido el animal. Cerró los ojos, se concentró en los sonidos, echó el brazo hacia atrás y lanzó la espada un segundo después. El arma desapareció a la misma velocidad que la araña. O incluso más.

Un silencio sepulcral reinó en el ambiente hasta que Fiji lo rompió.

—La araña estaba a un kilómetro de distancia, por lo menos —susurró.

—Ni de coña le ha dado —dijo Easton. Abandonó la discusión con su hermano (por el momento) y echó a andar hacia la araña y la espada.

—Observa y llora, principiante —le respondió Eric, y fue detrás de él.

Easton no se molestó en mirar hacia atrás y mucho menos en responderle. Estaba cabreado con Eric, y eso que apenas lo conocía.

Magnus no dijo nada, seguía enfadado con Josh, y siguió a Easton y Eric. Tenía que verlo con sus propios ojos.

Crew y Fiji los siguieron aún sin salir de su asombro.

Lucas le sonrió a Lovem y también fue detrás, pero antes les dio un golpe a Josh y a Alicia en el brazo para que fueran con él.

Peter se vio en medio de los dos tortolitos y carraspeó. Hablando de tensión sexual..., ¡la del dragón echaba chispas!

—¡Esperadme! —gritó.

Se quedaron solos, Lovem y Tristan, y Tristan... Tristan no sabía cómo comportarse con Lovem. Pólux y su padre le habían aconsejado que la enamorara de nuevo, pero ¿cómo hacerlo? ¿En plan conquistador, simpático y juguetón, o debía de ser él mismo, sarcástico y antipático? Lo primero no estaba seguro de saber hacerlo y lo segundo era un tanto extremo, así que decidió improvisar. Haría un *mix*. La miró a la cara (joder, qué bonita era) y le arqueó una ceja.

—Me has robado la espada.

¡Y qué robo! A Tristan aún le palpitaba el cuerpo. No sabía si le había excitado más la cercanía de Lovem, que la espada que le había birlado era la que él le regaló dos años atrás o el hecho de que el asalto le hubiera pillado por sorpresa. Qué rápida había sido. Más que antaño. Y sus manos le habían rozado la cintura.

—Sí —respondió ella, divertida.

—Pues ahora ve a por ella y devuélvemela.

—¿Perdona? —Lovem rio de pura incredulidad.

—Qué menos, ¿no? —Tristan echó a andar y le dio la espalda—. Y la próxima vez pide permiso.

Tristan escuchó otra risa de incredulidad y sonrió para sus adentros. Su plan iba viento en popa.

Lovem se colocó a su lado y caminaron juntos entre la maleza de colores. Las voces de los otros se oían cerca, pero lejanas al mismo tiempo. El sol anaranjado brillaba sobre sus cabezas, era un alba infinita, y la brisa había vuelto a soplar. A Tristan se le mecía el cabello que le caía en la frente. Y también olía muy bien. A jazmín, limón y... algo más. ¿A verano? ¿Olía a verano? Era su estación favorita. Lovem cogió aire. ¿Era Tristan el que olía así? ¿Se había echado colonia? Se reafirmó en la idea de que era un guaperas. Y un sobrado. ¿En serio creía que podía darle órdenes? No sabía si reír o darle una patada en el trasero. Reír. Definitivamente, reír.

—Era urgente. La necesitaba para matar a la araña y tú la tenías ahí, sin usarla.

—Te he dejado quitármela, por cierto.

—Claro...

A Lovem no le pasó inadvertida la cuasi sonrisa de Tristan. Mmm..., era bonita. Le cambiaba la expresión del rostro, y eso que había sido una cuasi sonrisa. Miedo le daba cuando sonriera de verdad...

—¿Y lo has hecho?

—¿El qué?

Tristan señaló lo evidente con la mirada hacia delante.

—Matar a la araña.

—Oh, claro que sí —le aseguró.

—Ya veremos...

¿Ya veremos? Lovem negó con la cabeza. Jamás había sentido la necesidad de demostrarle nada a nadie, y no es que en ese momento la sintiera, pero quería ver la cara de pasmado del gran Tristan Drake cuando descubriera su espada clavada en el corazón de la araña.

—Por cierto, no nos han presentado formalmente —añadió Tristan.

—Sé quién eres.

—Tristan Drake —le dijo él de todas formas. Se detuvo y le ofreció la mano porque deseaba tocarla como a nada en el mundo.

—También sé cómo te llamas, no me refería a eso.

Tristan permaneció en silencio y señaló con sus ojos la mano que le estaba ofreciendo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Te estoy ofreciendo la mano. Es de buena educación que me des la tuya. ¿Dónde te has criado, morenita?

Lovem flipó y no supo qué contestar. ¿Morenita? ¿Estaba ligando con ella? ¿El célebre Tristan Drake, capitán de la Guardia Real y príncipe de los dragones, estaba ligando con ella? ¿O era una estrategia para confundirla?

Tristan, por la parte que le tocaba, se daría cabezazos contra una pared si pudiera, ligar no era lo suyo. ¿Morenita? ¿¿En serio?? ¿Dónde estaban las plantas carnívoras cuando se las necesitaba? Que se lo tragaran ya, por favor y gracias.

Pero Lovem decidió darle la mano —ella, con los ojos entornados, desconfiados y vivaces al mismo tiempo; y él aguantando el tipo—, y ambos sintieron la misma electricidad, el mismo escalofrío que los recorrió enteros cual rayo directamente lanzado desde el cielo en ese primer contacto entre ellos. Se mantuvieron la mirada, ¿qué había sido eso? (Tristan lo sabía, claro), y no se soltaron. Se quedaron pegados el uno al otro. Escrutándose. Estudiándose. Aprendiéndose. Oh, el poder de la atracción. Poco se puede hacer contra ella. «Qué ojos más bonitos», pensó Lovem. Eran cristalinos. Y profundos. Podías perderte en ellos con facilidad, y era el último de sus deseos, por razones obvias (no se fiaba de Tristan), así que soltó las manos.

—En una granja, morenito —respondió con desparpajo.

Tristan rio. Bueno, pues iba todo superviento en popa, ¿no? Reanudaron la marcha.

—¿A qué te referías? —le preguntó entonces a Lovem.

—¿Qué?

—Antes has dicho que sabías quién era yo y que no te referías a mi nombre.

Lovem sonrió. «Ahora verás».

—Me refería a que sé que no solo eres el capitán de la Guardia Real.

¿Se refería entonces a que era el príncipe? Lovem lo sabía porque Zeus se lo había contado. Y que Lovem tuviera ese dato tan íntimo de él a Tristan lo calentaba por dentro. Tendría que agradecérselo a Zeus. Después de matarlo, claro.

—Continúa. Vamos, puedes decirlo.

—Eres un engreído, petulante, presumido y presuntuoso dragón de poca monta.

Tristan se detuvo, tuvo que hacerlo para volver a reír a carcajadas. Por todos los dragones, se le dobló el estómago e incluso le dolía, no recordaba la última vez que le había pasado, y pensó: «Joder, cómo la quiero».

—¿«Ya veremos»? —continúo ella—. ¿Te digo que he matado a la araña y tú me respondes «ya veremos»? ¡Ja! ¡Ya lo creo que lo vas a ver!

A Tristan no se le borraría la sonrisa de la cara en horas. ¿Lovem se había molestado por eso? ¡Qué engreída! Y qué rato tan bonito estaban compartiendo. Lovem era... Lovem. Era *su* Lovem. Zeus no le había arrebatado un solo vestigio de su personalidad. Otra cosa que tendría que agradecerle. Ya iban dos. Porque no dudaba de que Lovem sabía que él era el príncipe, solo que no había confiado en él como para contárselo. Lo entendía. Le entraban ganas de echar fuego por la boca, pero lo entendía.

—Oh, ¿he tocado un nervio?

—Más quisieras.

—Hummm...

Tristan le dio un golpecito en el hombro y reanudó la marcha. Lovem fue detrás de él. La cabeza le daba vueltas sin parar. ¿Quién era Tristan y por qué, a pesar de ser tan petulante, le caía tan bien? Para nada se habría esperado a un Tristan Drake así, y mucho menos después de lo reservado y serio que se había mostrado la noche anterior, cuando se conocieron. Se lo esperaba frío y distante. Regio. Estupidillo... Pero esa mañana no dejaba de sonreír y era... contagioso. La sonrisa de Tristan era contagiosa. Y amplia, sincera, cálida, cautivadora. «Qué peligro de chico. Cuidado, Lovem. No puedes fiarte de él». Y entonces Tristan comenzó a silbar una melodía que Lovem reconoció al instante.

—¿Qué es eso?

—Una canción.

—Ya, eso ya lo sé. *Under pressure*. Pero ¿por qué la tarareas?

—Porque es mi canción favorita del mundo desde hace un par de años.

¿En serio? ¿Cuáles eran las posibilidades?

—La mía también —susurró Lovem—. Desde siempre.

Tristan la miró a los ojos una vez más.

—Vaya, qué casualidad. Oye, ¿y ese reloj?

Lovem se miró la muñeca izquierda.

—¿Qué le pasa?

—Que me gusta. Es muy de mi estilo.

—Lo llevo desde hace mil años.

—¿Quién te lo regaló?

—No me acuerdo. Supongo que mi padre.

Y entonces escucharon las voces del resto del grupo. Habían llegado. Caminaron unos pasos y los alcanzaron. Y a la araña, que como bien sabía Lovem, estaba tirada en el suelo con las patas hacia arriba y la espada de Tristan clavada en el pecho, muerta.

Easton no dejaba de negar con la cabeza, aún no se lo creía.

Peter y Lucas sonreían como si les hubiera tocado un premio muy gordo.

—Buena puntería, chica nueva —felicitó el segundo a Lovem—. ¿Suerte o habilidad?

«Comprobémoslo con mi rayo y tu boca», le hubiera gustado responder a Lovem, pero se calló.

—Suerte —afirmó Easton. Él sabía de buena puntería, tenía la mejor de todo el maldito mundo, y eso no era puntería. Era otra cosa. No sabía el qué, pero era otra cosa. Tenía que serlo. Jamás había visto nada igual. Miró a Lovem de arriba abajo. ¿Quién era esa chica?

Magnus estaba agachado junto a la araña, examinándola. O, más bien, arrancándole el corazón de cuajo. Dejó la espada en el suelo y lo observó. Era minúsculo. Josh permanecía a su lado y cogía a Magnus por el brazo, como si en cierto modo quisiera alejarlo de ahí.

Easton aún negó más con la cabeza cuando vio el microscópico corazón.

Fiji y Crew miraban a Lovem con asombro y Eric observaba a Easton.

Alicia observaba la cercanía entre su hermano y Lovem. Casi elevó los ojos al cielo, aunque en el fondo prefería sonreír.

Lovem se acercó a la araña y recuperó la espada del suelo. Se la ofreció a Tristan.

—Toda tuya, morenito.

—Te la regalo —respondió él con indiferencia, como si tuviera miles.

—Te reto —le dijo entonces Easton a Lovem.

—¿Qué?

—Te reto a una competición de tiro. Mañana. Al alba. Aquí mismo.

A Easton le perdían muchas cosas. El ver para creer era una de ellas.

Y a Lovem le perdía la boca, así que...

—Hecho.

15

Un par de horas después (fue el tiempo que tardaron en enterrar al bicho, ¿por qué no podían solo desaparecer?), y tras despedirse hasta el día siguiente, Lovem entraba por la puerta de su casa junto a Eric, pletórica. Había matado a la araña, que era lo más importante, ¡su segundo monstruo sin la supervisión de su padre!, y había sentido por primera vez que pertenecía a algo. A un lugar o a una persona. O personas, aparte de Eric. No sabía explicarlo. Ese grupito de semidioses le generaba más desconfianza que otra cosa —Lucas era un provocador, Tristan la confundía, Josh, Magnus y Alicia la miraban demasiado y a Easton no sabía por dónde cogerlo. En contra de Crew y Fiji no tenía nada—, pero se encontraba a gusto con ellos. A salvo. Era raro. Y tenía una espada nueva. Lovem no era muy proclive a encariñarse con objetos, pero la espada que Tristan le había regalado tenía una fuerza intrínseca inusual. Era cálida y encajaba a la perfección entre sus manos, como si la hubieran hecho para ella.

Entró al salón, sin dejar de hablar con Eric sobre todo y sobre todos (el nombre que más salía era el de Easton, con el que Eric ya no se hablaba, si es que acaso se habían hablado en algún momento), y...

—Hola, hija.

La voz de su padre la calló de golpe. También dejó de respirar. Dirigió la mirada hacia el sonido de la voz y lo vio sentado en su sillón favorito, junto a la ventana, con las persianas bajadas. A oscuras. Estaba recostado en el respaldo y tenía las piernas cruzadas. Los engañosamente delicados dedos de su mano derecha tamborileaban en el reposabrazos. Zeus clavó los ojos en ella. Lopus permanecía a su lado.

—Os dejo solos —dijo Eric de inmediato.

—No —le ordenó Zeus antes de que diera media vuelta, sin dejar de mirar a los ojos a Lovem—. Quédate. Esto también te concierne.

Eric tragó saliva, pero se quedó de pie junto a Lovem en el umbral de la estancia. Qué remedio.

—Papá...

—No te voy a engañar —la interrumpió Zeus de inmediato—. No merece la pena y te quiero lo suficiente como para no infravalorar tu inteligencia. Sabía que esto pasaría, más pronto que tarde. He venido a casa dispuesto a encerrarte en tu cuarto y gritarte como nunca, de pura frustración, pero... sabía que esto pasaría. Llevo años esperándolo. Esta burbuja en la que hemos vivido tenía fecha de caducidad y bastante ha aguantado. Era una utopía. Me gustaría decirte que estoy decepcionado, para que aprendieras la lección y se te quitaran las ganas de desobedecerme, pero no puedo. No puedo, hija. Esta es tu naturaleza. Tu verdadera naturaleza. Si te he mantenido escondida era, sobre todo, para protegerte de ti misma. Estabas contenida. Yo te contenía en un intento inútil de protegerte. —Zeus suspiró—. Lo único que te pido es que a partir de ahora tengas cuidado. Más cuidado que nunca, Lovem. Si alguna vez has de escucharme, que sea hoy.

Eric no pudo estar más de acuerdo con las palabras de Zeus. Lovem era incontrolable y acababa de demostrarlo. Zeus y él la habían contenido durante dos años porque no había existido una razón de peso para que ella tomara sus propias decisiones. Pero en el momento en que lo hizo... era

inevitable que pasara lo que había pasado. Y ni la voluntad ni la furia del gran dios del rayo podrían haberlo detenido. No se puede luchar contra el destino. Y mucho menos contra la naturaleza.

Lovem no sabía qué decir. Nunca había visto así a su padre, tan... derrotado. O resignado. Como si acabara de perder una guerra, pero sabiendo de antemano que no podía ganarla. Lovem estaba acostumbrada a verlo siempre regio y poderoso, siempre rey de los dioses, incluso en el salón de su casa, cuando se acurrucaba a su lado para ver una película y él le daba un beso en la cabeza, y esa nueva imagen suya, y oírlo hablar de esa manera, le revolvió el estómago como nunca. Lovem amaba a su padre más que a nada. Y no lo desobedecía por placer o rebeldía, sino por puro instinto.

—Prométeme que vas a tener cuidado —insistió él.

Lovem se acercó al sillón y se sentó en el apoyabrazos. Abrazó a su padre, sintió su calor y protección y aspiró su aroma.

—Te lo prometo —le susurró en el pecho—. Lo siento mucho, papá.

Zeus la estrechó entre sus brazos.

—No desveles tu identidad. A nadie.

—No.

—Eric, ¿control de daños?

El chico carraspeó y también se acercó. ¿Por dónde empezar? Eh, sí, por lo importante.

—La araña está muerta —dijo sin más. Pero era una frase que escondía mucha información: «Ya no puede matar a Lovem. Ya no puede avisar a nadie de que está viva. Sigue a salvo».

Zeus permaneció inmutable, digiriendo la información. Lopus no abrió la boca en ningún momento. Solo escuchaba.

—Continúa —dijo Zeus.

—La Resistencia cree que este ataque masivo al Mundo Exterior se ha fraguado para encontrar semidioses —añadió Lovem al mismo tiempo que

levantaba la cabeza del cuello de su padre y los miraba a ambos.

—¿La Resistencia cree? —preguntó Zeus, escéptico.

—Josh Collingwood lo cree —añadió Eric.

—Ya veo...

—Algunos semidioses del Mundo Exterior se han unido y creado la Resistencia Exterior. Peter Hanegan ha introducido a Josh Collingwood y Lucas Varela, entre otros. Han establecido la base en el Reino Sombrío. Tienen un portal.

—Poseidón.

—¿Poseidón? —preguntó Lovem.

—El Mundo Sombrío le pertenece a él desde hace siglos —les explicó Zeus—. Al menos en lo que concierne a la parte terrenal.

—Eso lo sabemos.

—Y es el único capaz de controlarlo.

—¿Capaz de controlar qué? —preguntó Eric.

—Que el Río de los Sueños no se extienda y se trague el resto de los reinos.

Tanto Lovem como Eric fruncieron el ceño. ¿El río podía hacer eso? ¿Y por qué Zeus no se lo había contado antes?

—Porque yo decido cuando os doy la información —continuó Zeus, que había visto la pregunta en sus ojos tan clara como el peligro que los acechaba—. El portal estaba hundido en el fondo del río, por la seguridad de los reinos.

—¿Y por qué Poseidón lo ha desenterrado?

—Porque su hijo se lo pidió.

—¿Lucas?

Zeus torció el gesto. Ese chico otra vez...

—Sí.

—Para albergar allí a la Resistencia Exterior —pensó Lovem en voz alta —. Fueron Lucas y Poseidón los que lo crearon todo.

—Sí.

—Pero entonces ellos están con la Resistencia y por ende con los humanos. Estamos en el mismo bando.

—¿En el mismo bando? —rugió Zeus furioso—. No te imaginas los bandos que hay. No te lo imaginas, Lovem. Y cada uno mira por sus propios intereses. En tu bando estoy yo y está Eric. Punto. Grábatelo a fuego.

—Pero... Siempre me has dicho que el Olimpo me quiere muerta por ser tu hija y que todos son mis enemigos. Todos sin excepción. Sin embargo, también me has enseñado a guiarme por mi instinto, y mi instinto me dice que Josh y Lucas... —Lovem dudó. Estaba hecha un lío.

Zeus suspiró.

—¿Que Josh y Lucas qué? ¿Qué es lo que me quieres preguntar, hija? Vamos, no lo dejes dentro.

—¿Puedo confiar en ellos?

—No puedes confiar en nadie. Es la primera norma de la supervivencia, la misma que llevo toda la vida intentando inculcarte.

Sí, Lovem lo sabía, pero...

—¿De verdad crees que Lucas y Josh querrían matarme? —insistió.

—Lovem...

—Contéstame, papá. Contéstame por una vez con un sí o un no. ¿De verdad crees que Lucas Varela o Josh Collingwood querrían matarme si supieran quién soy?

—No podrían hacerlo. No son lo bastante fuertes. Ni siquiera Lucas.

—Eso no es una respuesta, papá.

—Es mi respuesta.

—Josh y Lucas podrían provocar tu muerte solo por estar a tu lado —le dijo Lopus—. Así que no te encariñes.

«Qué típico de Lopus —pensó Lovem—, abrir la boca solo para dar una orden críptica».

—Se está desatando una guerra, hija —continuó Zeus—. Puedo sentirla. Y no puedo esconderte más. No puedo, Lovem. Ni tampoco quiero. Necesitamos avanzar y acabar con esto de una vez por todas. Pero sí te voy a encomendar una misión. No te unas a ellos. Dirígelos. Hazlos tuyos y que el día de mañana cuando sea necesario den la vida por ti.

Lovem arrugó la frente. Dirigir no era lo suyo. No lo quería y no lo buscaba. Lo suyo era luchar. Solo luchar.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—Ganándotelos. Sé su líder, Lovem.

—Tristan Drake está con ellos.

—Lo sé.

—¿Puedo confiar en él, papá?

—Lovem...

—¡¿Puedo confiar en él?! —repitió.

—Tristan Drake jamás te haría daño voluntariamente. Es honorable. Leal. Familiar. Sin embargo... —Zeus suspiró de nuevo—. He intentado protegerte con todo lo que tengo, pero no ha sido suficiente. No lo fue con tu madre y no lo será contigo.

Lovem se tensó ante la mención de su madre y compartió una mirada con Eric. Zeus nunca le hablaba de ella. Nunca. ¿A qué venía eso?

—¿Qué es lo que no me estás contando, papá?

—Tu madre murió dándote a luz, Lovem.

—Lo sé.

—Lo que no sabes es que... Es una maldición. O un castigo, depende de cómo lo mires. Digamos que hace unos siglos cabreé mucho a tu hermana Ilitia y desde entonces todas mis mujeres o hijas humanas mueren dando a luz, si el hijo es sobrenatural. Todas, Lovem. Intenté salvar a tu madre, pero no pude. Y tú... —Zeus sabía que iba a pasar, solo era cuestión de tiempo; bueno, al menos el tiempo le había dado dos años más—. Tú no serás la excepción. Y esa es la forma en la que Tristan Drake puede matarte.

16

Lovem se presentó en el Reino Sombrío al alba, junto a Eric, y allí los esperaba Easton, rodeado de más de cuarenta semidioses excitados. Cada día llegaban nuevos a la Resistencia. Ya eran un montón. ¿Cincuenta y tantos? Por ahí. Bien. Si Lovem tenía que ganarse a toda la maldita Resistencia Exterior, que estuvieran todos allí la beneficiaba. Aún no sabía cómo llevárselos a su terreno, pero improvisaría. Ella era muy de improvisar.

—Bienvenidos —los saludó Diana, sonriente—. Nos ha dicho un pajarito que hoy iba a haber marcha por aquí y no podíamos perdérnoslo.

Diana y Fiji estaban en primera fila y Easton, junto a Crew y Peter, ocupaba una segunda fila con los brazos cruzados en el pecho y una actitud desafiante. Era tan parecido a Eric, tanto en el físico como en la actitud, que Lovem incluso había comenzado a apreciarlo. Detrás estaban los otros cincuenta, y parecía que fueran a asistir al espectáculo del año. Solo les faltaban las palomitas. Lovem se preguntó si en el Olimpo habría palomitas. Después buscó con la mirada a Tristan entre la marabunta, pero no lo encontró. Mejor así. Ni siquiera había pensado en tener hijos, aún estaba en la veintena, y muchísimo menos había pensado en tener hijos con Tristan Drake, por todos los dioses, que tan solo se le había pasado por la cabeza en un par de ocasiones que el chico era un guaperas de manual, pero ahora esa

misma cabeza imaginaba sin descanso, y en contra de su voluntad, lo que tendrían que hacer Tristan y ella para tener esos hijos. Una y otra vez. Y otra vez. Desnudos. Con el aliento de él cerca de su boca. «Gracias, papá».

Lovem sacudió la cabeza en un intento de lanzar muy lejos de allí tales pensamientos. Y las imágenes. Que el chico era mono, sí, pero de ahí a querer enrollarse con él... ¿En qué estaría pensando su padre? Y en cuanto a no poder tener hijos con un ser del Olimpo... Lovem apagaría ese fuego cuando estuviera a punto de explotarle en la cara, de momento se le antojaba muy lejano y poco probable. ¿Cómo iba a tener hijos con la vida tan peligrosa que llevaba? Luchar contra las fuerzas del mal y ser madre al mismo tiempo... No lo veía.

—¿Habéis dejado a alguien en casa? —preguntó Eric cuando vio que incluso Cameron, el vigilante de la trampilla, se encontraba entre ellos—. Por si llaman a la puerta y tal...

—¿Quieres ir tú? —respondió Easton con acritud. Mucha acritud.

—¿Ahora quieres perderme de vista? Ayer querías que fuéramos hermanitos del alma. Decídete, hombre.

Easton dio un paso al frente dispuesto a saltarle a Eric a la yugular, pero Lovem se metió en medio y lo impidió.

—No os voy a decir cómo tenéis que comportaros el uno con el otro porque no soy nadie...

—Exacto —la interrumpió Easton—. No eres nadie.

—... pero sois hermanos os guste o no, y si seguís con esta actitud de mierda os encierro a los dos a cal y canto en el primer habitáculo que encuentre y no os dejo salir hasta que lo arregléis.

Easton soltó una carcajada. El resto preguntó entre susurros: «¿Hermanos? ¿Son hermanos? ¿En serio?». Lovem vio que Diana no se sorprendía, así que supuso que se lo habría dicho Fiji cuando estaban desnudos en la cama con el aliento de él en la boca de ella. «¡Por todos los

dioses, Lovem!». En serio, Lovem se acordaba mucho de su padre en ese momento.

—¿Y cómo vas a meternos a ambos en ese habitáculo? —insistió Easton —. Puede que tengas buena puntería, pero —la miró de arriba abajo una vez más— no me subestimes, *morenita*.

Lovem arqueó una ceja y estuvo a punto de devolverle una buena réplica, pero vio el alboroto que se formaba detrás de él y calló. Observó. Todos animaban y gritaban el nombre de Easton, le sonreían, lo vitoreaban y le daban palmadas en la espalda. Oh, los semidioses lo apoyaban. Los semidioses lo seguían y querían. A Easton. Lovem recordó que Diana había dicho que él y Crew eran los más poderosos. Y tampoco le faltaba don de gentes, por lo que se veía. Lovem entendió las palabras de Fiji: «No somos más que un grupo de chavales asustados». Era cierto. Lo eran. Por eso animaban a Easton, porque él no tenía miedo. Porque era un luchador. Porque los protegía. Easton era perfecto para liderarlos. ¿Entonces por qué lo hacía Diana? Era hija de Atenea, podía haber sido poderosa, pero sus habilidades más destacadas eran las sociales. ¿Quizá porque había llegado la primera? Mmm... Se le ocurrió una idea. Era perfecta. Demostraría a los semidioses que ella también era fuerte, que ella también podía protegerlos y ayudarlos. Que podía entrenarlos para que formaran una Resistencia real. Lovem no quería dirigirlos, pero sí fortalecerlos.

—¿Quieres que lo haga ahora? —le preguntó a Easton.

—¿Qué?

—¿Quieres que te tumbe en menos de dos minutos ahora?

Easton no supo qué decir, no sabía si reír de nuevo o arquear una ceja, y Eric, que entendió perfectamente el plan de Lovem, se le adelantó.

—¿Y si intentarais tumbarla diez de vosotros? Eso sí sería un reto.

—¿Qué?

Ahí Easton sí reaccionó. Volvió a soltar otra carcajada y negó con la cabeza, incrédulo. De fondo, los murmullos del resto de los semidioses,

confundidos. Lovem, sin perder más tiempo, desenvainó su espada (sí, la que Tristan le había regalado) y se alejó unos pasos, donde había un espacio bastante amplio libre de matorrales.

—Vamos —hizo un gesto con la mano libre—, venid.

—Esperad —les pidió Eric—. ¿Alguien tiene un pañuelo o algo similar?

Una semidiosa se acercó con timidez y le ofreció el pañuelo que llevaba atado al cuello. Eric lo cogió y le tapó los ojos a Lovem con él.

—¡Venga ya! —exclamó alguien al fondo.

—¿Me estás vacilando? —le preguntó Easton, un tanto indignado.

—No somos tan inútiles —lo apoyó Crew.

—No estáis preparados para formar una resistencia —les dijo Eric—. Joder, no estáis preparados ni para formar un club de la lucha. La intención es buena, y os honra, pero estáis muy verdes. Más verdes que el paisaje que nos rodea. No estáis preparados para enfrentaros a nada ni a nadie. Y alguien tiene que decíroslo o, de lo contrario, moriréis.

—¿Y a ti qué más te da? —le preguntó Easton, acercándose a él.

—Atacadla —le ordenó Eric señalando a Lovem—. Desenvainad las espadas e intentad matarla. Hacedlo sin miedo. Ella está entrenada desde que nació, de la misma manera que los semidioses del Olimpo están entrenados. No sois conscientes de la fuerza que tenéis, todos vosotros, y ya es momento de que veáis lo que seréis capaces de hacer si entrenáis lo suficiente. Atacadla.

—No obedezco órdenes de... —comenzó a decir Easton, pero Eric lo miró a los ojos y lo interrumpió.

—Hazlo.

Easton, cabreado, desenvainó su espada (pues parece que sí aceptaba órdenes de Eric) y se dirigió a Lovem sin apartar la mirada de Eric, que se la sostuvo hasta el final. Levantó el arma y atacó a Lovem, o lo intentó, porque Lovem no solo detuvo el golpe, sino que en el mismo movimiento lanzó por los aires la espada de Easton. Easton no podía creérselo. Fue a

recoger la espada y lo intentó una vez más. El resultado fue el mismo. Lo intentó otra vez, y otra vez, y otra, pero no conseguía devolverle un segundo golpe y cada fracaso era directamente proporcional a las ganas que tenía de cagarse en todo y en todos. Estaba enfadado con Lovem, con Eric y consigo mismo. Tenía la respiración agitada y le dolía el brazo. Y el orgullo, ya que a Lovem ni siquiera se le había movido un solo pelo de la cabeza.

—A por ella —les dijo entonces a sus amigos.

Quince semidioses se unieron a Easton, entre ellos Crew y Fiji, y rodearon y atacaron a Lovem con sus espadas. Lovem comenzó a moverse entre ellos, a deslizarse en una especie de danza que solo ella conocía, y a repeler cada ataque. Todo sucedía a cámara lenta ante sus ojos, menos ella. No tenían ninguna posibilidad. Su padre la había entrenado bien. Le había enseñado lo más importante: desarrollar los cinco sentidos hasta límites insospechados. Lovem era capaz de ver sin necesidad de usar los ojos. Y de escuchar más allá de la superficie. De sentir hasta el mínimo soplo. Los semidioses la atacaban sin piedad, pero no lograban acercarse lo suficiente como para tan siquiera tocarla. Lovem saltaba, hacía piruetas y rechazaba espadas y cuerpos sin parar. Los semidioses que tan solo miraban se fueron animando e intentaron alcanzarla, también sin éxito. Incluso Diana lo intentó.

Cinco minutos después, más de la mitad de ellos estaban en el suelo, exhaustos y fracasados, y una minoría, a punto de desfallecer. Easton entre ellos, aunque jamás lo reconocería. «¿De dónde había salido esa chica?». Parecía haber nacido con una espada en la mano. Era increíble. Rápida. Ágil. Y mortal. La persona más fuerte que había conocido en su vida. Y sí que estaban verdes, tuvo que admitirse a sí mismo. Joder, estaban muy verdes. Si no podían alcanzar a la maldita Kenny, por muy fuerte que fuera, ¿cómo iban a matar a los monstruos que los amenazaban? Fue un golpe de realidad.

—Dirás lo que quieras —le dijo a Eric sin aliento; había sentido la mirada de su hermano sobre él en todo momento—, pero esta chica no es normal.

—Claro que no lo es —respondió Eric—. Es una semidiosa.

—¿Me estás diciendo que todos nosotros —Easton señaló a los semidioses a su lado, con las manos en las rodillas, y a los del suelo—, con el debido entrenamiento, seremos como ella?

De fondo, hubo muchísimos murmullos de asombro. ¿De verdad podían ser como ella?

—Sí —afirmó Eric con convicción. «Más o menos», pensó—. Sobre todo tú, que eres el que más ha durado y más entero está. Y habrías sido el último en caer de haber seguido la pelea, no me cabe la menor duda. Eres hijo de Ares y no tienes ni idea de lo que eso significa. No tienes ni idea del poder y la fuerza que tienes.

«Y todo esto lo he provocado para demostrártelo —quiso añadir Eric—, pero no puedo enfrentarte de manera tan descarada a Diana. «No quiero que se formen bandos. Iremos poco a poco».

Easton no supo qué decir. Tampoco le dio tiempo a pensarlo. De pronto se escucharon unos aplausos. Lovem se bajó la venda de los ojos y vio a Tristan, Josh y Lucas que se acercaban a ella entre el público. Los dos últimos sonreían y el primero era el que aplaudía.

—Habéis empezado sin nosotros —dijo Lucas.

—Nos ha dado una paliza —respondió Fiji, feliz, al tiempo que se levantaba del suelo, con la ropa y los brazos desnudos llenos de tierra.

—¿Nos dejas intentarlo? —Lucas clavó los ojos en Lovem—. Nosotros sí estamos entrenados.

—Claro —respondió ella—. Estoy deseando darte una paliza, Luquitas.

Lucas soltó una carcajada y al instante Josh, Tristan y él hicieron una especie de juego de manos. Lucas y Josh gritaron «mierda» al mismo tiempo.

—Hoy no va a poder ser —le dijo Lucas a Lovem, con pesar, fingido, por supuesto—. Ha ganado Tris.

Tristan se acercó a ella, moviendo su espada nueva en círculos y pavoneándose. A Lovem le dio un vuelco el corazón. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo y por qué tenían que sentarle tan bien unos vaqueros y una simple camiseta azul de manga corta? De cómo le sentaba la espada en la mano y la pedantería mejor no hablaba. Pero, vamos, que no le iban mal. Mierda. Todo era culpa de su padre y de las imágenes que le había metido en la cabeza.

—¿Lista? —le preguntó Tristan con una sonrisa socarrona, como todo él, a la vez que le indicaba con la barbilla y dos dedos de una mano que se volviera a poner la venda.

Lovem arqueó una ceja.

Él insistió.

Ella obedeció. ¿Así que el dragoncito quería luchar? Bien. Lucharían, aunque ella se encontrara en desventaja. Iba a ser divertido. Le iba a encantar verlo morder el polvo.

—¿En serio no la oléis? —preguntó Peter a su alrededor—. La tensión sexual —aclaró. Lovem y Tristan echaban chispas (chispas rojas de puro deseo) y él no podía estar más feliz.

—¿Y si apostamos? —sugirió Lucas—. Yo voy con Tris.

—Y yo —añadió Josh.

—Yo voy con Ken, no la habéis visto luchar. ¡Vais a alucinar!

—Tampoco será para tanto...

—¡Yo también voy con Ken!

—¡Tristan!

—¡Kenny!

—¡Tristan!

—¡Kenny!

La cosa estaba dividida. Lovem y Tristan no los escuchaban, estaban a lo suyo. El resto, curiosos y divertidos, formaron un círculo perfecto alrededor de ellos. Lovem estaba a punto de ponerse la venda cuando captó el «¡A por ella, Tris!» de Lucas. Lo miró y este le lanzó un beso y le guiñó un ojo. Lovem le sacó el dedo anular y se vendó los ojos.

Al instante sintió que Tristan daba vueltas a su alrededor, moviendo la espada, acechando. Ella también se movió en un intento de no quedar nunca de espaldas a él. Estuvieron así durante un par de minutos, rodeándose, tanteándose, hasta que Tristan por fin alzó la espada contra ella. Lovem la vio, la sintió, detuvo el ataque con la suya y comenzó la lucha.

En tan solo tres movimientos más, Lovem se dio cuenta de que Tristan Drake era un buen espadachín, muy bueno, en realidad. Rápido. Fuerte. Eficaz. Y de que se anticipaba a casi todos sus movimientos, como si conociera su manera de luchar, pero eso era imposible. Tuvo que esforzarse de verdad. Podía ganarlo, por todos los dioses, podía comérselo con patatas, estratégicamente hablando, pero tuvo que esforzarse de verdad.

Los gritos y vítores no se hicieron esperar. A Lucas era al que más se le oía animar a su amigo. Qué ganas tenía Lovem de darle una patada en el trasero y mandarlo unos metros más allá.

Tristan, por su parte, estaba feliz, inmensamente feliz. El truco de los dedos con Lucas y Josh había salido a pedir de boca, espontáneo y real. Verdadero. Si ella supiera... Y la tumbaría, por supuesto que la tumbaría. Sabía cómo hacerlo. Lo supo en cuanto llegó al Reino Sombrío y la vio arrollar a un semidiós tras otro. Se había quedado observándola un par de minutos, disfrutando del momento, antes de desvelar su llegada.

Lovem escuchaba el ruido de las espadas al chocar. Y de la brisa con olor a jazmín y limón que despertaban con sus movimientos. Y la respiración agitada de Tristan. La suya. El bamboleo de sus corazones. Las pisadas en el suelo, las deportivas que resbalaban en los miles de guijarros que formaban el pavimento. Estaban tan cerca que casi se tocaban. Hasta

que Tristan gritó y cayó. Oh, por todos los dioses, ¿le había hecho daño de verdad? Lovem se quitó la venda y se agachó junto a él, que se había arrodillado en el suelo, pero Tristan se levantó al instante y la arroyó. Lovem no reaccionó, no supo lo que había pasado hasta que se vio tirada de espaldas en el suelo, con Tristan a horcajadas encima de sus caderas, con la punta de la espada en su garganta y una sonrisa de oreja a oreja. O de sabelotodo pedante.

—Te gané —dijo triunfante, con los ojos azules llenos de brillo.

—¡Has hecho trampa!

Tristan sonrió aún más. Sonrió con todo lo que tenía. Lovem podía verlo. Y su cercanía no le era indiferente. Lo sentía en todas partes. Sentía su cuerpo y su calor. En sus piernas. Sobre sus caderas. En el pecho. La punta de la espada en la garganta apenas la notaba, pero ¿su aroma? Nadaba en él.

—Sí —reconoció—, pero yo no he oído nada de que no se pudieran hacer trampas. —Tristan levantó la cabeza y se dirigió a los semidioses—. ¿Alguien ha oído algo de que no se pudiera hacer trampas?

—¡No! —gritaron todos, entre risas.

—¡No hemos oído nada!

—¿Ves? —Tristan volvió a dirigirse a Lovem, muy pagado de sí mismo.

A Lovem, la actitud del dragoncito de las narices le encantaba y molestaba a partes iguales. En general, Tristan le encantaba y molestaba a partes iguales. Quería borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, pero también quería perderse en ella. Era una sonrisa verdaderamente bonita, tal y como había previsto. Y era todo tan confuso. Su cabeza le decía que no podía confiar en él y que se alejara lo máximo posible, pero su cuerpo... su cuerpo lo buscaba. «Malditas hormonas».

—Ya veo —respondió ella. No sabía qué otra cosa decir. ¿Quítate de encima, tal vez?

Entonces Tristan se agachó, acercó sus cabezas, sus bocas, sus alientos, sus corazones aún acelerados, y adoptó un semblante serio.

—Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiero —confesó.

—¿Y qué es lo que quieres? —susurró Lovem.

—A ti.

Lovem se sorprendió, pero, antes de que pudiera decir nada, Tristan añadió:

—Ganarte, me refiero. Quiero ganarte a ti. —Sonrió—. O quería ganarte a ti, porque ya lo he hecho.

Se apartó de sus caderas (con mucha reticencia) y la ayudó a levantarse. Una vez en pie todos comenzaron a aplaudir. Lucas incluso se acercó a Tristan y le susurró «buen trabajo» al oído. Josh eligió buscar a Lovem y felicitarla por la pelea. Todo eran aplausos, felicitaciones y diversión, hasta que Diana habló.

—No me había dado cuenta de lo ilusos que éramos hasta ahora. No estamos preparados para la lucha. Ayúdanos, por favor —le pidió a Lovem —. Ayudadnos.

Lovem asintió con la cabeza. Objetivo conseguido.

—Pero tú no vuelvas a llamarme morenita —le advirtió a Easton.

Easton sonrió, en contra de su voluntad. Mierda. No quería sonreír, no acababa de fiarse de Kenny.

—Trato hecho.

—Bien. Comenzaremos mañana al amanecer.

17

Magnus no había dormido en cuarenta y ocho horas. Estaban sucediendo muchos acontecimientos a su alrededor, acontecimientos importantes (el regreso de Lovem, las constantes amenazas a los humanos), pero él no perdía de vista su objetivo: encontrar Escila. Puede que todo estuviera relacionado, como creía Josh (oh, Josh), y que los ataques solo buscaran destapar el paradero de Lovem; o puede que no, puede que una cosa no tuviera que ver con la otra. A Magnus le daba igual. Mientras Escila fuera una amenaza mortal para los semidioses, él la encontraría. Por eso llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir, trabajando a destajo, pegado al microscopio bajo la tenue luz amarilla de su flexo. Por un momento pensó que la nueva información sobre Escila, sobre que no había matado a Lovem, podía ayudarlo en su investigación, pero solo le había creado más incógnitas, como si no tuviera ya pocas. ¿Por qué no la había matado? Él ya había comprobado que Escila acababa con la sangre humana, entonces, ¿por qué no con la de Lovem? Nada tenía sentido.

—¡¿Magnus?!

Magnus, sorprendido, levantó la cabeza de la lente y se encontró con el rostro interrogante de su hermano.

—¿Tris?

—En carne y hueso. —Vaya, su hermano estaba de buen humor. Seguro que tenía que ver con Lovem—. Llevo un buen rato llamándote.

Magnus se limpió las manos en el pantalón de chándal. Por todos los dragones, necesitaba una ducha.

—Perdona, estaba concentrado. ¿Qué pasa? ¿Todo bien?

Tristan señaló la cama perfectamente hecha. Y las bolsas moradas bajo los ojos de Magnus.

—¿Y Josh?

—No lo sé. En su casa, supongo. O en la de Lucas.

—¿Seguís enfadados?

—Más o menos.

Más bien más que menos. Después de que Lovem matara al rey araña, Josh y él habían tomado caminos diferentes sin apenas despedirse. Un «hasta luego» por aquí, un «hablamos» por allá, y cada uno por su lado, como si no durmieran juntos cuatro días por semana. Aunque Magnus intuía que esa semana la media iba a bajar. Magnus no quiso ir al Reino Sombrío a ver el enfrentamiento de Lovem y Easton; prefirió quedarse trabajando. También quería demostrarse a sí mismo que podía estar unas cuantas horas sin Josh y no echarlo de menos, por todos los dragones. Alicia se quedó con él, en su dormitorio, tumbada en su cama, pero se rindió unas horas después cuando vio que Magnus no tenía ganas de hablar, solo de trabajar.

—Magnus...

—Déjalo, Tris. No tengo tiempo para esto. —Tampoco ganas; dolía demasiado—. Estoy trabajando.

El trabajo le mantenía la mente ocupada.

—¿Me permites un consejo?

—No.

Tristan se lo dio de todas formas; odiaba ver a su hermano así.

—La vida es muy jodida. Y una lotería. No depende de ti. No depende de un acto tuyo. Te toca o no te toca. Puede hacerte inmensamente feliz o destrozarte hasta decir basta. ¿No ves a papá? ¿No me has visto a mí los dos últimos años? Hoy discutes con la persona de la que estás locamente enamorado...

—Yo no estoy locamente enamorado de Josh.

—... por una absoluta gilipollez y...

—No fue tan absoluta.

—... mañana, de pronto, esa persona ya no está. Por la razón que sea, pero ya no está. Deja de hacer el imbécil y llámalo.

Magnus bajó la mirada, algo muy interesante debía de haber en sus calcetines, y Tristan chocó uno de sus los pies con otro de Magnus. Él suspiró.

—Luego lo llamo —cedió, a lo que Tristan sonrió—. Y a ti ¿qué te tiene tan feliz?

—Ayer tumbé a Lovem. En una pelea, me refiero.

—Gracias por la aclaración.

—Le hice trampa.

—Bien hecho. En el amor y en la guerra todo vale.

—Exacto.

Tristan estaba radiante y Magnus no pudo hacer otra cosa que devolverle las sonrisas.

—Me alegro mucho de que las cosas empiecen a funcionar de nuevo.

—Lo sé.

—Ah, y, por cierto, me estoy quedando sin muestras de Escila y es un problemón, y uno de los grandes, Tris, porque no te... Joder. ¡Joder!

—¿Qué?

Magnus se levantó de la silla y se llevó las manos a la cabeza. Comenzó a dar vueltas por la habitación, como enajenado. ¿Cómo había podido ser tan tonto? ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡¿En dónde tenía la cabeza?!

Oh, en Collingwood. Sin ninguna duda.

—Magnus, ¿joder qué? —le preguntó Tristan. No entendía nada.

—Estaba tan ensimismado con la vuelta de Lovem y luego con la bronca con Josh que no me he dado cuenta. ¡Es imperdonable! —Magnus quería darse cabezazos contra la pared. No merecía llamarse científico—. ¡Lovem tiene Escila en su sangre, Tristan! ¡Escila en su sangre!

—Magnus..., no podemos pedírsela. Fliparía. Dudo que sepa incluso que la tiene. Cuando Zeus creó los nuevos recuerdos para ella fue muy vago al respecto.

—Ya lo sé, pero... ¡Encontraré cómo hacerlo! Lo disfrazaré de alguna manera, Tris, tener acceso a su sangre no solo supone más muestras, sino que puede que encuentre respuestas a las nuevas incógnitas. ¿Cómo puede ser que Lovem conviva con Escila? ¿Y por qué no la mató?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Escila mata a los humanos, tal y como os dijo Anfisbena en el centro de la Tierra, lo he comprobado, y Lovem era humana en el centro de la Tierra. Completamente humana. ¿Por qué no la mató al instante? Según mis investigaciones, tenía que haber muerto al instante, ahí mismo. No tenía que haber llegado al Olimpo viva.

Tristan también frunció el ceño. No lo había pensado, no lo había considerado importante, pero ahora que su hermano lo sacaba a colación... Era cierto. Lovem no tenía que haber sobrevivido. Y no lo habría hecho si su sangre hubiera sido solo humana. Sin embargo, no lo era. Llevaba la suya. Y por eso había llegado viva al Olimpo. O eso supuso Tristan. Era lo más lógico.

—Magnus...

—¿Escila le afecta de alguna manera? ¿La hace menos fuerte? No lo parece, en apariencia.

—Magnus...

—Por todos los dragones, tengo que...

—¡Magnus!

Tristan no solo le gritó, también lo agarró de los brazos y lo obligó a callarse. Lo miró con gesto serio.

—Lovem tiene sangre de dragón en las venas.

Magnus frunció el ceño.

—¿Qué sangre de dragón?

—Mi sangre de dragón.

—¿¿Perdona??

—Magnus... —Tristan suspiró—. Tuve que darle mi sangre a Lovem cuando llegó moribunda al castillo, de lo contrario, no habría sobrevivido.

—¿Le diste *tu sangre* —Magnus remarcó las dos últimas palabras— a una humana desconocida? ¿Tu sangre? ¿Tu sangre única y especial? ¿A una humana desconocida? ¡Porque si no recuerdo mal, cuando Lovem llegó moribunda al castillo era una humana desconocida!

—Sí, joder, le di mi sangre única y especial a una humana desconocida. Pólux se encontraba entre la espada y la pared y me aseguró que...

—¡¿Pólux?!

Magnus no podía alucinar más. No podía.

—Es largo de contar.

—Esto es increíble —Magnus no podía hacer otra cosa que negar con la cabeza—. ¡Pólux lo sabía!

—Perdóname, perdónanos, teníamos que habértelo dicho ant...

—¡¿Tú crees?! —Magnus se deshizo del agarre de su hermano y se alejó unos pasos. No podía creérselo. Simplemente, no podía creérselo—. Ni siquiera voy a hablar de que le dieras tu sangre a Lovem y no me lo dijeras. Es algo que se escapa de mi control y no tengo ni fuerza ni ganas de discutir contigo por algo que sucedió hace tiempo y que ya no tiene remedio. Gracias, de todas formas, por confiar en mí. Pero llevo dos años buscando algo que hiciera reaccionar a Escila, ¡dos putos años, Tris! Me he vuelto loco, he trabajado a destajo y lo sabes, y creo que ¡el hecho de que Lovem

tenga tu sangre era información importante! Información que debía estar en mi poder. ¡Joder, Tristan!

—Sí, mierda, lo siento, perdóname.

Magnus no lo escuchaba.

—¿Y ahora me dices que gracias a eso sobrevivió? ¡¿Ahora?! ¿No crees que era lo bastante importante como para que me lo contaras cuando la viste?

—Es q...

—¡Es que nada! ¿Cómo no me lo has dicho antes? ¿Por qué no has confiado en mí, con lo importante que es? Han pasado días desde que sabes que Lovem está viva. ¡Días!

—No ha sido a propósito. No caí en ello, joder. Con todo lo de Lovem, no caí en ello, no me di cuenta de que era información importante para ti...

Tristan se sentía fatal. No habían sido pocas las veces que había estado a punto de decirle lo de la sangre, pero con Lovem muerta... ¿qué importaba ya? Magnus tenía toda la razón del mundo: tenía que habérselo dicho hacía tiempo. Y, como muy tarde, tenía que habérselo dicho en cuanto se enteró de que Escila no había matado a Lovem. ¿Cómo se le había podido pasar algo tan importante? Mierda. Tristan no estaba nada centrado.

—No me lo puedo creer. —Magnus se llevó las manos a la cabeza de nuevo, revolviéndose el pelo rubio, ya de por sí enredado. Jamás había estado tan frustrado, ni siquiera con Josh. Oh, Josh. «Por favor, que Josh no lo sepa. POR FAVOR, QUE JOSH NO LO SEPA»—. ¿Josh lo sabe?

Tristan no contestó a la primera, solo observó a su hermano con una mirada que... Magnus obtuvo su respuesta, pero necesitaba escucharla.

—¡¿Josh lo sabe?! —repitió.

Tristan se sobresaltó. Magnus nunca gritaba de esa manera.

—Sí.

Magnus rio sin ganas. Acababan de clavarle una maldita espada en el corazón y Josh la empuñaba.

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio. Lovem se lo contó en cuanto se reencontró con ellos, cuando fueron a buscarla al castillo el día del aniversario de la muerte de mamá y...

—Y me encerraron atado a una silla en una habitación. Sí, lo recuerdo bien. Ella confió en sus amigos desde el primer segundo. Tú no lo hiciste en mí.

—Magnus... Joder, lo siento mucho.

Magnus se palpó al instante los bolsillos de los pantalones, pero no notó nada. Echó un vistazo rápido por la habitación hasta que lo encontró. Se acercó a una de las mesitas al lado de la cama (el lado de Josh) y cogió el teléfono. Tenía once llamadas perdidas de Josh y un par de mensajes. Lo ignoró todo y lo llamó.

Tristan, que intuía las intenciones de su hermano, intentó impedírselo, las broncas en caliente siempre acababan mucho peor que las broncas en frío, y Magnus era un volcán a punto de explotar, pero él levantó la mano y le suplicó con su mirada azul que lo dejara hacer.

Piii, piii. Tristan escuchó el tono de espera tras el marcado.

Piii, piii. Josh no respondió. Mejor. «El teléfono móvil al que llama no responde. Inténtelo de nuevo más tarde o deje un mensaje. Píií».

«Mierda», pensó Tristan. Magnus arrancó a hablar casi de inmediato.

—No sé si escucharás esto, ya que ni siquiera te has dignado a cogerme el teléfono, como siempre, nunca me coges a la primera, pero, mira, ahora mismo eso me da igual. Quiero que sepas dos cosas. La primera te la digo como amante, follamigo o lo que coño seamos, aunque la última opción mejor la descarto porque tú y yo de amigos poco tenemos. Se acabó. Lo que tuviéramos, se acabó. Gracias por los polvos de lujo y por los orgasmos, Collingwood. Ha sido un placer. Y la segunda te la digo como la persona que ha estado rompiéndose los putos cuernos día y noche delante de tus putas narices para encontrar una puta solución a un puto veneno que te

afectaba a ti, y no a mí. Entiendo que Lucas y Lovem son tu puto universo, los dioses saben que lo entiendo, y entiendo que estuvieras obnubilado por el regreso de ella, pero te hubiera agradecido desde el puto fondo de mi alma y de mi corazón que sacaras la puta cara de su culo durante un puto segundo y te acordaras de mí y de mi puta investigación. Te recuerdo que Escila os quita los poderes a los semidioses, ¡y que todo esto lo he hecho por ti, joder! Te hubiera agradecido que me dijeras que la puta sangre de Tristan que Lovem lleva en las venas impidió que ella muriera. Te hubiera agradecido que...

Píií. «El buzón de voz está lleno».

—Genial —masculló Magnus.

Tristan sintió alivio. Había perdido la cuenta de las veces que su hermano había utilizado la palabra que empieza por *p*.

Magnus se llevó la mano al corazón, que iba a mil por hora. Se llenó los pulmones de aire y alcanzó el cúter que tenía sobre su escritorio, al lado del microscopio.

—Dame tu mano.

Tristan se la ofreció al instante. Confiaba en Magnus. Le confiaría su vida.

Magnus hizo un corte limpio y preciso en la palma de su hermano, excitado y asustado a partes iguales.

—He hecho cientos de pruebas con mi sangre y con la de Lucas.

Recogió con una espátula una gota muy fina de sangre y la extendió en la placa, creando una película de células, junto a Escila, e hizo lo mismo con una muestra nueva de sangre humana.

—¿Con la de Lucas?

—Sí. No soy capaz de clavarle una aguja a Josh, ni siquiera en honor de la ciencia...

—Pero a mí me haces un tajo con el cúter sin pensarlo.

—... He visto las reacciones de Escila y siempre son las mismas. Con la mía nunca pasa nada y la de Lucas se la come al instante. Nunca se me ocurrió que con tu sangre pudiera haber otro tipo de reacción. Nunca se me ocurrió que nuestra sangre pudiera proteger la suya.

Magnus miró por la lente y esperó. No tuvo que esperar demasiado. Enseguida se dio cuenta de que no pasaba nada. Absolutamente nada.

—Mierda —bufó decepcionado—. No puede ser.

—¿Qué pasa?

—Nada. Y todo. Se come la sangre humana y la tuya permanece impasible. No lo entiendo.

Entonces a Tristan le sonó el teléfono. Era Lucas.

—Es Lucas —le dijo a Magnus.

—Responde.

—¿Sí?

—Tris. Estamos en la Resistencia. Ven ya.

Unos minutos antes

Lovem caminaba junto a Lucas, Josh, Eric y Easton por los túneles de la Resistencia. Los cuatro primeros acababan de llegar (Lovem y Eric comenzaban con la instrucción a y Josh y Lucas no se lo iban a perder por nada del mundo) y se dirigían a la sala de entrenamiento cuando Crew los llamó. O llamó a Easton.

—¡East!

Easton retrocedió y asomó la cabeza por la puerta de la sala de reuniones principal. Crew tenía las manos sobre la mesa de operaciones y arrugaba la frente. Nada raro, porque siempre tenía las manos sobre la mesa de operaciones y arrugaba la frente.

—¿Qué pasa?

Easton entró en la estancia.

—Ha pasado algo. Algo... raro. Creo que es raro. Quizá solo sea una casualidad, pero...

—Las casualidades apenas existen —dijo Eric, detrás de Easton.

Easton no se sorprendió por la presencia de su hermano detrás de él, sabía que lo seguía. Siempre lo seguía. Y viceversa. No se soportaban, pero se buscaban. Lovem, Josh y Lucas también los siguieron.

—¿Habéis oído lo de los incendios?

—Sí —dijo Josh.

Había habido un incendio en la Ciudad del Olimpo, en una de las panaderías, y había arrasado no solo con la panadería, sino con los edificios colindantes.

—El fuego ha aniquilado la biblioteca.

—¿Y? —preguntó Lucas.

—La semana pasada hubo una explosión en el Reino Libre...

—En el Reino Libre siempre hay explosiones.

—... y la biblioteca quedó devastada.

—¿Había una biblioteca en el Reino Libre? —Lucas, otra vez.

—Sí —confirmó Eric—. El Reino Libre no siempre ha sido «libre». Pertenecía a la Ciudad del Olimpo antes de que los monstruos lo conquistaran. Tenía un montón de edificaciones que han quedado ocultas con el paso de los siglos. El bosque se las ha tragado. Entre ellas, el laberinto del Minotauro y la Biblioteca Olímpica. ¿Es que acaso no habéis estudiado nuestra historia?

Lucas miró a Josh en busca de la veracidad de las palabras del imbécil de Eric, esa era la típica información que su amigo debía tener, y Josh asintió con la cabeza.

—El caso es que... —Crew continuó— ¿dos bibliotecas arrasadas en tan poco tiempo? O es casualidad o...

—Las están quemando a propósito —terminó Lovem, y cruzó una mirada con Eric.

—Me inclino por la segunda opción —añadió Lucas—. Una es casualidad. Dos es un patrón. Pero ¿por qué? ¿Por qué las están quemando?

—Por lo que albergan.

—¿Libros? —preguntó Lucas con la frente arrugada.

—Información —remató Josh.

—¿Qué tipo de información?

—No lo sé.

—Joder, bien visto, Crew —lo felicitó Easton.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Voy a llamar a Tris —dijo Lucas, al tiempo que se sacaba el teléfono del bolsillo.

A Lovem el estómago le dio un brinco ante la mención de Tristan. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba siempre con vuelcos o brincos por Tristan Drake? Mierda. ¿Por qué le hacía «un poquito» de ilusión verlo? No era para tanto el chico. Y hacía trampas. Y se había puesto a horcajadas encima de ella y le había hecho sentir cosas. Como aleteos de mariposas, por poner un ejemplo.

—Ya viene —los informó Lucas al colgar—. Llegará enseguida.

«Y tan enseguida», pensó Lovem cuando vio aparecer a Tristan diez minutos después. ¿Se teletransportaba o qué? Apenas les había dado tiempo a poner al día a Fiji, que había aparecido en la sala en busca de Lovem y Eric.

—¿No ha quedado nada de ellas? —preguntaba Fiji en ese momento.

—Absolutamente nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tristan.

Se puso al lado de Lovem con los brazos cruzados en el pecho y la miró de reojo. Solo de reojo. ¿Se estaba haciendo el interesante? ¿Y siempre había tenido los brazos tan musculados? ¿Y la mandíbula tan marcada?

Lovem nunca se fijaba en ese tipo de atributos en un chico, pero tuvo que reconocer que a Tristan le quedaban de maravilla. La atraían sin remedio. Todo él la atraía sin remedio. Y su olor a limón le llenó de nuevo las fosas nasales. Para cuando Lovem quiso darse cuenta, los demás ya lo habían puesto al día de las novedades.

—Iré a echar un vistazo rápido a la biblioteca del Reino Libre, que me vean en la Ciudad del Olimpo llamaría demasiado la atención —dijo Tristan. Y se dirigió a Josh—. Y tú tienes un mensaje en el buzón de voz. Toma aire antes de escucharlo.

Josh frunció el ceño y rescató su teléfono del bolsillo.

—Voy contigo —le dijo Lovem a Tristan.

—Lo siento, pero no —respondió Tristan—. No puedes seguirme el ritmo.

Lovem dejó escapar una carcajada de indignación.

—¿Perdona?

—Esta vez voy en serio.

—¿Quieres apostar a que sí puedo seguirte el ritmo?

—La verdad es que no.

Tristan le guiñó un ojo sin demasiadas ganas y abandonó la sala. Se sentía fatal por lo de su hermano y no estaba en su mejor día.

Lovem fue detrás de él, por supuesto.

Eric suspiró y negó con la cabeza. Si es que lo veía venir. Lovem iba a enrollarse con Tristan. Otra vez.

Lucas sonrió.

—¡Lovem, ten cuidado! —le gritó Eric. Sabía que con Tristan estaría a salvo, pero un recordatorio a ambos no les venía mal.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer el resto? —preguntó Easton.

—¿Esperar?

Josh, por lo pronto, escuchar el mensaje de Magnus. Y eso hizo. Lo escuchó tres veces seguidas. Y perdió la cuenta de las ocasiones en que

había gritado la palabra que empieza por *p*.

«Mierda».

Salió corriendo.

18

—¡Oye! —gritó Lovem cuando salieron de las entrañas de la tierra. Apretó el paso y se puso al lado de Tristan. Las zancadas del chico eran sempiternas, como sus piernas—. ¿Qué ha sido eso de ahí dentro?

«¿Y por qué me das una de cal y otra de arena? ¡Me estás volviendo loca!».

—Me encanta pasar tiempo contigo. Ya lo sabes, morenita —Tristan sonrió por dentro sin poder evitarlo, por el apodo al que ya se había acostumbrado—, pero hoy no va a poder ser. Tengo que echar un vistazo rápido a esa biblioteca y no puedes seguirme el ritmo.

—Claro que puedo seguirte el ritmo.

Tristan no dejó de caminar, necesitaba alejarse lo suficiente para que nadie lo viera. Y ojalá Lovem pudiera acompañarlo, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no podía.

—No. No puedes —insistió.

—¿Por qué?

—Porque no confías en mí. Y por eso mismo yo no puedo confiar en ti.

Cómo le dolió a Tristan pronunciar esas palabras, mucho más que a Lovem, estaba seguro, pero eran tan ciertas como su amor por ella. Y aunque Tristan se muriera de ganas de compartirlo todo con ella, y de confiarle sus secretos más profundos, no podía perder de vista que ella no

era su Lovem. No era *su* Lovem. Era una hija de Zeus muy poderosa que había sido entrenada para defenderse de cualquier amenaza. Y él era una amenaza, por mucho tonteo que se trajeran entre manos. Ella no confiaba en él, no tenía más que mirarla a los ojos para saberlo. No la culpaba. O sí. La culpaba un poco, por no recordar.

Lovem se quedó en silencio durante unos segundos. Tristan Drake era muy inteligente, y acababa de demostrárselo. Todo el tonteo que se traía con ella... no era más que eso, un tonteo, y en el momento de la verdad ahí estaba el auténtico Drake, el hijo del rey Megalo, diciéndole a la cara que podía llamarla morenita, pero que era una morenita en la que no confiaba. Y hacía bien.

—¿No dices nada? —le preguntó Tristan, al ver que ella no contestaba.

—¿Por eso no puedo acompañarte? ¿Porque no confías en mí?

—Exacto. Si te dejara acompañarme, tendría que revelarte mi secreto mejor guardado, y no puedo permitírmelo. Y no es que yo sea el primogénito de Megalo.

Lovem se quedó pasmada, para qué negarlo.

—¿Cómo sabes que lo sé?

«Porque me lo dijo Eric», pensó.

—Porque te lo vi en la mirada —le dijo en su lugar—, cuando nos presentaron la primera vez en la Resistencia. Soy bastante... intuitivo.

—¿Y si te dijera que puedes confiar en mí? ¿Qué te diría tu intuición?

—No te creería.

Tristan parecía enfadado. ¿Por qué estaba enfadado? Lovem lo veía... frustrado.

Y por supuesto que Tristan lo estaba. Había hecho varias alusiones al pasado y Lovem no mostraba el más mínimo recuerdo. Le cabreaba muchísimo. No era su culpa, pero en el fondo no podía dejar de culparla por no acordarse de él. Por no recordarlos a ellos dos. Y, para colmo, no tenía ni idea de lo que pensaba Lovem. Ni de lo que sentía al estar a su lado.

¿También le palpitaba el corazón dentro del pecho? ¿Notaba escalofríos? Él había bajado sus barreras, jamás volvería a subirlas delante de Lovem, pero ella se mostraba más inescrutable que la más alta de las murallas.

—¿Por qué te cabreas conmigo? —le preguntó ella.

—Porque no recuerdas —se le escapó a él.

—¿Recordar el qué?

—Nada, olvídalo.

Llegaron a la orilla del Río de los Sueños y Lovem se asomó sin poder evitarlo. Era una caída de unos once metros. Una caída mortal porque nadie salía de ahí. Y el salto no era el problema, Lovem no podía volar, pero el aire sí la sujetaba lo suficiente como para caer siempre bien, y de pie. El problema era que, una vez que se hundiera en el agua, se quedaría dormida y jamás despertaría.

—No le he dicho a nadie que eres el príncipe de los dragones —le confesó Lovem—, y jamás lo haré. No es mi guerra, y desvelar los secretos de los demás no va conmigo.

—¿Qué intentas decirme?

—Que puedes confiar en mí.

—¿Sí?

—Sí.

—Muy bien. Confiaré en ti si tú confías en mí. Lánzate.

—¿Qué?

Tristan se acercó a ella, tanto que parecía que fuera a besarla, bum, bum, bum, bum, bum, y los corazones de ambos comenzaron a bombear con fuerza.

—Lánzate al río —repitió Tristan.

Lovem rio, aunque lo último de lo que tenía ganas era de reír.

—No puedo lanzarme al río.

—¿Por qué? No te va a pasar nada. Tienes mi palabra.

—No puedo volar.

—No lo necesitas —respondió Tristan, despreocupado—. Repito: tienes mi palabra.

Y se alejó. Caminó marcha atrás por la orilla, sin miedo, a pesar de que un descuido, un traspiés, lo haría caer.

Lovem hizo lo mismo. Se acercó al borde, extendió los brazos y caminó por él. Gozaba de un equilibrio envidiable. Pensó. ¿Hasta qué punto conocía a Tristan? Hasta ninguno. No lo conocía en absoluto. Podía ser una trampa. Tristan podía querer su muerte. O no. Podía ser solo una prueba. Lo que estaba claro era que, si no saltaba, Tristan jamás confiaría en ella, porque sus cartas, las cartas que jugaban ellos dos, quedarían descubiertas, y la partida estaba a punto de finalizar. Entonces recordó las palabras de su padre: «Tristan Drake jamás te haría daño a propósito».

—Es un salto de fe —le dijo él—. O lo haces o no lo haces. O confías en mí o no. Pero decídete ya porque tengo trabajo que hacer.

Lovem miró a Tristan a los ojos y vio verdad en ellos, vio que jamás le haría daño, pero las miradas podían mentir. Lovem suspiró. Tendría que seguir su instinto, avalado por las palabras de su padre. Puede que aún no se fiara del todo del dragón, pero ¿de su padre? A ciegas. Siempre. Así que decidió confiar. Cerró los ojos y...

—Muy bien. Tú ganas, Tristan Drake.

... se dejó caer por el precipicio.

No le dio tiempo ni a pensar que quizá estaba a punto de desaparecer para siempre porque, antes de que pudiera parpadear, notó que algo la sujetaba. Abrió los ojos y se sobresaltó. Oh, por todos los dioses, estaba encima del lomo de un dragón. ¡Estaba encima del lomo de un dragón! Era rojo y negro, y ¡precioso! Tenía dos alas gigantescas, extendidas a cada lado, y... ¡estaba volando! ¿Cómo era posible? Los dragones habían adoptado su forma humana y dejado de convertirse muchísimos años atrás. ¿Era mentira? ¿Habían engañado al Olimpo? ¿A su padre? ¿O era algo que solo Tristan Drake podía hacer?

—¿Tristan? —preguntó en voz alta.

«Estoy aquí».

A Lovem, decenas de aleteos de mariposas le recorrieron el estómago. Era una sensación que ya le pertenecía a Tristan.

—Eres un dragón y ¡estamos volando!

«¿Ves como no podías seguirme el ritmo, morenita?».

Lovem sintió la risa en Tristan y rio. Guau.

«¿Tienes miedo?».

—No.

«Jamás te dejaría caer».

—Lo sé. —Lovem no entendía cómo ni por qué, pero lo sabía. ¿Acaso ellos dos se conocían de otra vida? Lovem empezaba a creer en la reencarnación—. Por cierto, nunca falla, ¿no?

«¿Qué quieres decir?».

—¿Siempre sale el dragón?

«Ah, eso. Pues no, no siempre —bromeó Tristan—. Cabía una pequeña posibilidad de que te estamparas contra el agua».

Lovem le dio un golpe en el lomo, un golpe que Tristan apenas sintió. Oh, y el lomo era amenazador a la vista, pero manso al tacto. Estaba lleno de escamas, pero era suave. Y precioso. Y larguísimo. ¿Cuánto media? Lovem miró hacia atrás. Unos veinte metros, calculó. Era impresionante.

—¿Todos los dragones podéis convertiros?

«No, solo yo».

Solo él, por ser el príncipe de los dragones, pero ¿y su padre? Lovem tenía tantas preguntas, pero detectó algo en el tono de voz de Tristan. Angustia. Tristeza. Quizá desaprobación. O una mezcla de las tres emociones.

—¿Y eso supone un problema? —susurró.

«Sí».

Tristan no dijo nada más y Lovem lo dejó estar, ajena a la tormenta de emociones que se desataba en ese momento en la mente de él.

Tristan llevaba dos años transformándose en dragón a placer. Lo hacía cada noche porque tenía miedo a perderlo. Estaba aterrado de decepcionar a su padre y a su pueblo. Magnus le había explicado que se debía a la cantidad de lumikanol que tenía en la sangre, más que cualquier otro dragón, y que en ningún caso iba a desaparecer de repente, pero Tristan creía en la magia. Y si había algo que les había demostrado el paso de los siglos era que la transformación de los dragones tenía una parte mágica importante. Una parte de... necesidad intrínseca. El dragón decidía cuándo salir, no el lumikanol. Tristan también se sentía fatal por ser el único en transformarse, y sobre todo por hacerlo por encima de su padre. Estaba orgulloso de su dragón, por supuesto que sí, y jamás renunciaría a él, pero no se sentía a gusto predominando sobre su familia. Y mucho menos sobre su padre. Él siempre había sido más de los que luchan en silencio. Estaba hecho un lío y... ojalá pudiera hablarlo con Lovem.

También estaba el asunto de Zeus. Tristan estaba seguro de que el rey de los cielos los observaba a ambos en ese momento. Incluso tenía la sensación de que las nubes que los rodeaban los estaban ocultando. Siempre había tenido esa sensación en los dos años que llevaba siendo un dragón, como si Zeus quisiera... protegerlo.

Tristan avistó un gran círculo de fuego y cenizas de entre la maleza e inició el descenso.

—¿Ya hemos llegado?

«Sí. Agárrate bien. Descendemos».

Segundos después aterrizaron en medio del Reino Libre. Olía a quemado, y no eran ellos. Lovem apenas se había apeado cuando Tristan apareció a su espalda. El Tristan humano. Totalmente vestido.

—¿Tú no deberías de estar desnudo?

Tristan soltó una carcajada. A pesar de todas sus preocupaciones en cuanto al dragón, estaba feliz. Lovem había confiado en él e... iban por buen camino. Muy buen camino.

—¿Te gustaría?

A Lovem se le subieron los colores.

—¡No!

—¿No? —preguntó Tristan haciéndose el ofendido—. Y yo que creía que habíamos llegado a algo.

Lovem, sin pensarlo demasiado, se acercó a él y le dio un beso suave en la mejilla. Fue tan inesperado. Electrizante. Embriagador. Sincero. Bonito. Tan fugaz y eterno al mismo tiempo. Lovem no entendía por qué sentía tanto por y con Tristan. Nunca le había pasado. Chicos resultones le habían gustado a montones, desde los catorce más o menos, pero nunca había sentido tanto por nadie. ¿Qué tenía Tristan de especial y por qué estaba tan a gusto con él? ¿Tan segura? ¿Tan... en casa?

Tristan cerró los ojos en un intento de que la embriagadora sensación que le habían dejado los labios de Lovem durara para siempre. Casi lo había olvidado. Casi había olvidado la sacudida que le provocaban sus besos. No en la parte emocional, sino en la física, y allí estaba de nuevo ella, devolviéndolo todo a la vida.

—¿Y eso? —le preguntó Tristan.

—De agradecimiento. Por el viaje.

—Pues luego tenemos que volver...

Tristan quería más besos, muchísimos más. Hasta la eternidad. Lovem sonrió y siguió adelante. Caminaron unos metros, ambos sin el gran equilibrio del que hacían gala.

Lovem le echaba la culpa al viaje a lomos de un dragón.

Tristan se la echaba a ella. Siempre a ella.

Llegaron a la biblioteca, o a lo que había sido la biblioteca, y la burbuja de pura dicha que los envolvía se rompió. No había nada. No había quedado

nada. Solo unas cuantas piedras, cristales, cenizas y pequeños regueros de fuego inextinguible. Lovem acercó la mano a uno de ellos y casi se quemó. La apartó con rapidez. Bueno, pues ya sabía que no era inmune al fuego del Olimpo.

Indagaron. Caminaron entre las piedras, las levantaron y buscaron... algo. Algún resto. Alguna pista. Algún error. Pero fracasaron. Quienquiera que lo hubiera hecho había llevado a cabo un buen trabajo. Ni siquiera podía decirse que ahí hubiera habido una biblioteca.

—Volvamos —resolvió Tristan poco después.

Ahí ya no hacían nada.

—No ha quedado nada. Ni siquiera los cimientos —les explicó Lovem a todos en cuanto regresaron a la Resistencia.

Diana y Peter se habían unido a los demás y la escuchaban con atención.

Alicia también estaba allí. Josh la había llamado para que fuera en busca de Pólux y lo ayudara a cruzar la Muralla y parecía preocupado, pero no había querido decirle nada, así que Alicia había ido a la Resistencia a ver si se enteraba de algo, o a ver si se lo sonsacaba a Lucas, pero apenas había podido hablar con él; se había dado de bruces con el asunto de las bibliotecas.

—Ha sido intencionado —dijo Crew—. Ya no hay dudas.

—Pero ¿por quién? —pensó Alicia en voz alta.

—¿Cuántas bibliotecas hay en el Olimpo? —preguntó Easton.

—¿Importantes? —respondió Eric—. Tres. Bueno, ahora una.

—¿Dónde está la otra?

—En el Reino Rojo —dijo Tristan.

—No, esperad —les pidió Crew, sin dejar de buscar información en la pantalla táctil de la mesa de operaciones—. Hay otra.

—¿Cuál?

—La antigua biblioteca de la Ciudad del Olimpo.

—Hace siglos que no se utiliza —dijo Eric—. Está demasiado lejos del centro. Por eso se construyó la nueva.

—Pero sigue albergando libros.

—¿Nadie se molestó en moverlos? —preguntó Lucas, alucinado. Joder, ni siquiera él era tan dejado...

—No. Enseguida llenaron la nueva y... se quedaron ahí.

—Hay que protegerlas —dijo Peter—. Ambas.

—Hay que ir y ver qué información albergan —sugirió Lovem al mismo tiempo.

—Todo tipo de información —respondió Tristan.

—¿Crees que la biblioteca del Reino Rojo está segura? —le preguntó ella.

—Ahora sí. Ya he avisado a Rafe.

Lovem arrugó la frente. ¿Rafe? ¿Quién era Rafe?

Tristan se dio cuenta de la pregunta velada de Lovem. «Es mi mano derecha, o una parte de ella —le habría encantado responderle—, pero no te lo he presentado aún porque no quiero apabullarte con más caras nuevas que te miran con unas ganas inmensas de abrazarte. Así que lo estoy conteniendo en el castillo, en contra de su voluntad. Y también está Phil, que apenas me dirige la palabra por el mismo motivo. Ojalá los conozcas pronto. Ellos están deseando verte».

—Entonces empezaremos por la otra —sugirió Lucas—. Iremos y echaremos un vistazo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Lovem fue la primera en dirigirse a la salida, y todos la siguieron, menos Lucas, que frunció el ceño y agarró del brazo a Tristan. Acercó los labios a su oído.

—No me gusta que Lovem ande tan suelta por el Olimpo. Alguien quiere matarla, Tris. Y no tenemos ni idea de si este asunto de las bibliotecas es un hecho aislado o tiene que ver con... todo.

—Lo sé. Por eso no quería que me acompañara antes, pero luego he pensado que conmigo iba a estar más protegida que con cualquiera.

Lucas estuvo de acuerdo.

—No podemos decirle que se quede aquí, siempre hace lo que le da la puta gana, así que, ¿qué hacemos?

—Protegerla. No nos separaremos de ella bajo ningún concepto.

—Bien. —Lucas se fijó en Alicia, que también se había detenido—. Tú no vienes, por cierto —le dijo.

Alicia rio.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—¿Sí? Pues oye tú esto: yo sí voy.

—Puede ser peligroso.

—¿Y?

Lucas se giró hacia Tristan, frustrado. La señaló con el dedo.

—Dile algo.

Tristan bufó, negó con la cabeza y se encaminó a la salida.

—Arreglad vuestros asuntos sin meterme en medio, que bastante tengo.

Alicia le sacó la lengua a Lucas y fue detrás de su hermano. Lucas la siguió.

—Cuando estamos solos, no eres tan valiente, rubia.

—Tú y yo nunca estamos solos.

«Oh, cierto».

19

Magnus escuchó el golpe en la puerta de su habitación y levantó la cabeza de los libros.

—¿Sí? —gritó cuando vio que nadie se colaba. No era Tristan, eso seguro.

La puerta se abrió y Josh asomó la cabeza.

—Hola.

Magnus podría decir que se sentía feliz de verlo, a pesar de todo, pero la verdad era que no lo estaba. Por primera vez en la vida no se le escapó una sonrisa al estar frente a él. Seguía tan enfadado. Tan decepcionado. Tan crítico consigo mismo por no ver la realidad de Josh. Se había enamorado como un gilipollas de alguien que no se preocupaba ni un poquito por él. Y de amor, mejor no hablaba.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó, serio.

—He llamado a Alicia. Y ella ha avisado a Pólux.

—Claro. Cómo no...

Tenía a sus hermanos metidos en el bolsillo, con esa cara de bueno y esa sonrisa eterna.

Josh entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él. Se quedó ahí apoyado.

—¿Podemos hablar? —susurró.

—No.

—Lo siento —se disculpó al instante—. Siento no haberte dicho que Lovem tenía la sangre de Tristan.

—¿Pensabas decírmelo algún día?

Josh suspiró. Se acercó al escritorio de Magnus y se sentó en la esquina, con cuidado de no romper nada.

—No te lo dije cuando creíamos que Lovem estaba muerta porque no me concernía a mí decírtelo. Y jamás pensé que pudiera marcar una diferencia en el comportamiento de Escila.

—¿Y después de saber que Escila no mató a Lovem? Después de saber que sí marcaba una diferencia, ¿por qué no me lo contaste?

—No fue a propósito. No me di cuenta de que podía ser información importante para ti. No lo pensé. Y no fue porque me importara una mierda tu investigación, soy muy consciente de que te has dejado la piel, y de que no tenías por qué hacerlo. Fue porque... —Josh suspiró de nuevo—. Tienes razón. Tenía la cabeza metida en el culo de Lovem y el resto del mundo desapareció.

—Puedo llegar a entender, con mucho esfuerzo, que no cayeras en la cuenta las primeras horas. Una de las personas más importantes de tu vida había regresado de entre los muertos. Pero han pasado tres días. Tres putos días, Josh.

—Lo siento. Joder, lo siento. Entiendo que estés enfadado y... no tengo justificación.

—No, no la tienes. Pero no solo por no contármelo ahora, sino por mentirme durante años. Dices que no te concernía a ti decírmelo. Ya, claro, porque le eres más leal a Tristan que a mí. Conmigo solo te acuestas.

—No es así. No fue por e...

—Sí fue por eso. ¿Se lo habrías contado a Lucas?

—¿Qué?

—Si Lucas no lo hubiera sabido, ¿se lo habrías contado?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

Josh lo pensó durante un instante. Lucas era su mejor amigo. Lucas y Lovem. Y a ellos se lo contaba todo, en principio.

—No, no lo sé. Supongo que sí —aceptó—, pero...

—Pero nada. —Magnus se levantó de la silla; necesitaba poner distancia. Quedaba claro que Josh amaba a Lucas como a nada y que por eso se lo habría contado sin tan siquiera pestañear—. Te metías en mi cama cuatro veces por semana y me mentías a la cara cada vez que te hablaba de la sangre de Lovem.

Josh también abandonó el escritorio de Magnus y lo siguió por la habitación.

—Lo siento.

—Ya. Yo también lo siento. —Magnus le dio la espalda y se acercó a la ventana. Los jardines del castillo bullían de movimiento, como siempre a esas horas—. Puedes irte ya, estoy ocupado.

—Mag...

Magnus se cabreó, más todavía. Se dio la vuelta.

—No me llames así. No tienes derecho. No soy ningún imbécil, Josh. Sabía dónde me metía la primera vez que tú y yo nos acostamos. Créeme, lo sabía muy bien. Y aun así, lo hice. Pero una cosa es que estés enamorado de Lucas y otra que yo te importe una mierda.

—Por supuesto que me impor...

—Me juré a mí mismo que esto se acabaría en cuanto me hicieras daño —continuó Magnus sin escuchar a Josh—. Daño de verdad. Y me lo has hecho.

Josh se detuvo. Había ido a buscarle dispuesto a pedirle perdón y a recuperarlo, pero esas palabras... Esas palabras lo echaron todo por tierra. Dañar a Magnus era un límite infranqueable.

—Jamás he querido hacerte daño. Lo siento.

—¡Pero me mentías a la cara!

Josh cerró los ojos.

—Lo siento. Perdóname, por favor.

—Te perdono. O te perdonaré en un tiempo, supongo. Los dioses saben que no soy rencoroso, pero tú y yo hemos acabado.

—Lo sé.

«¿Y no te importa?». A Magnus, otra espada en el corazón le habría dolido menos. Rio sin ganas.

—Puedes irte ya.

«No quiero. Mierda, Magnus. No quiero irme».

Josh señaló el escritorio. Era incapaz de dejarlo así. Era superior a sus fuerzas.

—¿Has avanzado con la investigación?

—¿Acaso te importa? Oh, claro que te importa. Por un momento había olvidado que todo esto sigue teniendo que ver con Lovem y Lucas.

—Quiero ayudarte. Por favor. Úsame —le suplicó a la desesperada—. Usa toda la información que poseo en tu beneficio. Ya no hay barreras.

A buenas horas... Magnus estuvo a punto de sacarlo de su dormitorio a empujones, no podía ni verlo, pero las ganas de saber de Escila y su sentido de la responsabilidad ganaron la batalla. Se sentó de nuevo tras el escritorio.

—No ha habido reacción —le explicó sin ganas, frío—. He enfrentado la sangre de Tris a Escila y a sangre humana y no ha habido reacción.

Josh arrugó la frente.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. No entiendo cómo Lovem pudo sobrevivir. Punto.

—¿Y ya está? ¿Te rindes?

—No me estoy rindiendo, Collingwood. Estoy pensando. O intento pensar. Darme cuenta de que le importo una mierda al chico con el que llevo año y medio acostándome me ha despistado un poco.

Josh no dijo nada, solo se movió con aire pensativo hacia el baúl que tenía Magnus a los pies de la cama. Se arrodilló, levantó la tapa y rebuscó en su interior. Encontró lo que buscaba: la vieja colección de dragones en miniatura de Magnus.

—¿Qué haces?

—Mira. —Josh cerró la tapa y sacó de la caja unas cuantas figuras al azar. Colocó tres del mismo tamaño en uno de los extremos del baúl y otras dos en el otro, una más grande que la otra. Por ningún motivo en especial, fue como salieron. Señaló las segundas—. Ellas son Lovem y Escila. —Señaló las otras tres—. Y ellas son Tristan, un humano cualquiera y Escila. En el primer caso, la sangre de dragón impide que Escila mate a Lovem y en el segundo, la sangre de dragón no se inmuta. Pensemos por qué. Vamos.

Magnus no pudo resistirse. Se levantó y se acercó al baúl. Se arrodilló en el suelo junto a Josh.

—No. Mejor así. —Cogió la pieza más grande y la enfrentó a la figura que representaba a un humano cualquiera—. Ellas son el humano y Escila.

—Vale —aceptó Josh—. Y, ahora, busquemos las diferencias.

—La diferencia está en Lovem y Tristan, pero... nada tiene sentido. Escila no se come a Lovem gracias a la sangre de Tristan. Sin embargo...

—Sí se come la sangre de un humano cualquiera que tenga la sangre de Tristan.

—Exacto.

—¿Qué es lo que no estamos viendo? —Ambos, en un movimiento sincronizado, apoyaron el trasero en las piernas, los brazos en el baúl, con las manos una encima de la otra, y apoyaron la barbilla encima. Observaron las figuras—. ¿Alguna especie de... mutación entre la sangre de dragón y la de semidiós?

—No. Llevo todo el día haciendo pruebas.

—Háblame de esas pruebas. Háblame de todas las pruebas. Desde el principio. Una vez más.

—Vuestra sangre —comenzó Magnus—, la sangre de semidiós, las células..., voy a simplificarlo, ¿de acuerdo?

Josh sonrió.

—De acuerdo.

—Vuestra sangre tiene dos colores. Rojo y dorado. Rojo por la parte humana, es un efecto de la hemoglobina, y dorado por la parte divina. Es un efecto..., digamos que divino. Cuando la enfrento con Escila, al instante neutraliza el color dorado. No deja nada. Ni una sola célula libre. Y si añado más Escila, destruye el color rojo también. Por eso la muerte de Lovem tenía tanto sentido. Su primer contacto con Escila le arrebató los poderes, la parte dorada, y el segundo contacto, una vez no hubo color dorado..., la envenenó.

—Continúa.

—La sangre de dragón también tiene dos colores. Rojo y verde. El verde es por una proteína, el lumikanol, que apenas existe en la naturaleza. Si la enfrentamos a Escila, no pasa nada. Absolutamente nada. Tristan posee más... parte verde, digamos. Por eso tiene los poderes que tiene. Nunca me dio por pensar que podía suponer una diferencia en cuanto a Escila. Comprobé que no había reacción y me centré en vuestra sangre.

—Eh. —Josh le dio un golpe suave en el brazo—. No es culpa tuya.

Magnus ignoró el escalofrío que lo recorrió.

—Cuando Tristan me dijo esta mañana lo de Lovem..., por un momento pensé que había encontrado algo. Tomé una muestra de su sangre y una humana y las enfrenté a Escila, pero no pasó nada nuevo.

—Sin embargo, sí pasó.

—¿A qué te refieres?

—Escila no mató a Lovem. Y fue gracias a la sangre de Tristan. Tuvo que ser así.

Cierto. Ambos se quedaron pensativos.

—Lovem tiene poderes —dijo Josh poco después.

—Lo sé.

—No. Me refiero a que... Lovem tiene los poderes de tu hermano.

—¿¿Qué??

—El fuego. Puede crear fuego a partir de sus manos.

—¡No me fastidies! —Magnus se levantó, cerró los puños, elevó la cabeza hacia el techo y gritó de pura frustración—. ¡Voy a cargarme a mi hermano, joder, y a la mierda el primogénito y todo lo demás! ¿No podía habérmelo contado todo de una vez?

Josh ignoró el cosquilleo en el estómago que le produjo escuchar jurar a Magnus. Los cientos de juramentos que le había escupido en el teléfono le habían dolido, pero ese... ese lo encendió. Le encantaba cuando Magnus se ponía en plan «sucio».

—Ahora no es el momento. Siéntate de nuevo y sigamos pensando. ¿Por qué crees que la respuesta no está en la mezcla de sangre de dragón con la de semidiós?

Magnus suspiró y obedeció a Josh, pero se sentó con las piernas cruzadas, era más cómodo que estar de rodillas. Josh lo imitó.

—Porque... hay leyes. ¿Como las de las matemáticas? —Magnus vio el ceño fruncido de Josh e intentó explicárselo mejor—. Hay leyes en las sumas y hay leyes en las multiplicaciones, pero si las mezclas se forman leyes nuevas. En una suma y una multiplicación juntas, por ejemplo, la multiplicación tiene prioridad. ¿Te suena? —Josh asintió con la cabeza—. Pues esto es algo parecido. Escila neutraliza primero la parte dorada. Si no fuera así, Lovem no habría perdido sus poderes cuando ella y Tris cayeron al centro de la Tierra.

—Bien pensado. —Josh volvió a centrar la mirada en las figuras—. Pero hay algo. Hay algo ahí que no estamos viendo. —Entonces Josh cayó en la cuenta. En la diferencia más visual. La figura de Escila era más grande que la del humano—. ¿Por qué has cambiado las figuras?

—¿Qué?

—Cuando he colocado las figuras, he dicho que unas eran Lovem y Escila y las otras Tristan, un humano y Escila, pero tú las has cambiado.

—Esa Escila —Magnus señaló el dragoncito que se enfrentaba a la figura del humano— era un poco más grande que Lovem y, dado que no pudo matarla la última vez, he pensado que era más lógico ponerlo así.

—¿Por qué Escila es más grande que el humano si ambos tienen a Tristan al lado?

—Solo ha sido una tontería. Soy demasiado perfeccionista, ya lo sabe...

—No. Lo has hecho bien. Es una pregunta real, Mag. ¿Por qué Escila es más grande con un humano normal que con Lovem humana?

—No lo sé.

Josh y Magnus siguieron observando las figuras. Fuera ya anochecía y las manecillas del reloj de la mesilla al lado de la cama de Magnus avanzaban sin darles tregua.

Josh cerró los ojos y vio a Escila, enorme, comiéndose a Lovem semidiosa en la playa. Después vio a la misma Escila quedándose quieta frente a Tristan, y por último a Lovem humana sobreviviendo a Escila. No tenía ningún sentido. Pensó en la forma de Escila. Quizá ahí estaba la respuesta. A Lovem la atacaron por primera vez con unos polvos. Y después ella se inyectó una jeringuilla de Escila en vena. Los polvos actuaron de inmediato y neutralizaron la parte dorada de Lovem; sin embargo, el líquido de la jeringuilla no pudo con ella. Josh vio a Escila en forma de polvos entrar en la sangre de Lovem y atacar todo lo dorado que encontraba por el camino. A pesar de la fuerza del dorado, Escila pudo con ella. Un ejército minúsculo contra un gigante. Vio a Escila entrar en la sangre de Lovem mezclada con la de Tristan. El mismo ejército minúsculo contra dos gigantes. Y perdió. No. No, no, no. Espera. Ahí no había dos gigantes. Solo era uno, el verde, porque cuando Lovem cayó en la laguna del centro de la Tierra, la parte dorada quedó neutralizada al instante. Y el verde se quedó quieto. No actuó. Sí lo hizo cuando entró la jeringuilla en la

vena de Lovem. Defendió a Lovem de Escila. ¿Por qué? ¿Por qué ahí sí y no cuando Lovem cayó en la laguna? ¿Por qué la parte verde no actuó e impidió que Escila atacara la parte dorada? ¿Porque en la segunda ocasión Lovem corría peligro de muerte? No. No puede ser eso. La sangre no piensa. La sangre actúa según las leyes de la naturaleza. ¿Quizá Escila en líquido es menos agresivo? ¿Quizá un simple líquido no pudo luchar con...? Espera. Josh se acordó de la conversación que mantuvieron con Eric el día que lo encontraron en la Resistencia. «¿Y Escila? Lovem la tenía en la sangre», preguntó Tristan. «Irrelevante. Era muy poco», respondió Eric.

—¿Y si es una cuestión de cantidades? —preguntó Josh en voz alta.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Lovem llegó al centro de la Tierra, Escila entró en su organismo y de alguna manera neutralizó la parte dorada de su sangre. Es la manera que tiene la parte dorada de luchar contra Escila, queda neutralizada y así mantiene el equilibrio en la sangre. No le queda otra, tiene que mantener viva a Lovem. Es una lucha constante por que Escila no ataque la parte humana. Escila le arrebató los poderes a Lovem a pesar de que ella ya tenía la sangre de Tristan. Una sangre que no reaccionó. Pero piénsalo. Había un equilibrio. En cambio, cuando Lovem se inyectó Escila en vena, ahí, el equilibrio que se genera entre Escila y la parte divina se rompe y la balanza se inclina a favor de Escila, dado que hay más Escila dentro de su organismo de la que la parte dorada puede soportar. Y para mantener ese equilibrio, y por lo tanto la supervivencia de Lovem, el lumikanol ataca a Escila. Entonces..., Magnus, ¿y si es una cuestión de cantidades?

—Joder.

Magnus tenía que comprobarlo. Se levantó del suelo y fue directo a su escritorio, se hizo un buen tajo en la palma —«oh, joder, duele»—, dejó que la sangre fluyera, y le pidió ayuda a Josh, que ya estaba a su lado.

—Coge toda la sangre que puedas con esa espátula —señaló el escritorio —, extiéndela y ponla en el microscopio.

Josh hizo lo que pedía mientras Magnus se ponía una venda en la herida e intentaba atarla con la boca.

—Listo.

—Ahora, coge más Escila, está ahí —Magnus señaló con la barbilla unos tubos de ensayo—, y enfrenta ambas muestras. Creo que ahí ha estado siempre el problema, en la cantidad. Llevo dos años haciendo pruebas con cantidades ínfimas, tenía miedo de quedarme sin Escila, y fue un error. Porque fue la cantidad excesiva de Escila en el cuerpo de Lovem lo que hizo que el lumikanol reaccionara.

—Listo —repitió Josh una vez lo hizo todo.

—Voy —murmuró Magnus con el lazo de la venda aún en la boca.

—Magnus. —Él levantó la mirada de la venda—. Oh, por todos los dioses, Magnus.

—¿Qué?

—Ni siquiera he tenido que poner el ojo en la lente.

Magnus se acercó al microscopio y lo vio. Escila brillaba. Brillaba como una luciérnaga. O como mil luciérnagas. A Magnus se le puso la piel de gallina. Se estremeció de pies a cabeza. Oh, por todos los dragones. Se acercó tembloroso a la lente y miró. Las células de su sangre interactuaban con Escila y esta, en una reacción quimioluminiscente, brillaba. Magnus retiró parte de su sangre y Escila dejó de brillar, hasta casi desaparecer. Pero el brillo no se desvaneció del todo: ahora que lo sabía, Magnus podía verlo. Era casi invisible para el ojo humano. Por eso él no vio ninguna reacción química. En realidad sí la había, pero era tan minúscula que era imperceptible. Levantó la cabeza.

—Eres un genio, Josh Collingwood. —Magnus no estaba enamorado por nada, eso lo sabía bien—. Te besaría ahora mismo si no estuviera supercabreado contigo y te hubiera dejado hace un par de horas.

Josh se acercó, lo abrazó y ambos se perdieron en ese abrazo. «Yo también te besaría ahora mismo si no estuvieras supercabreado conmigo y

no me hubieras dejado hace cinco horas. Te besaría hasta perder el conocimiento», pensó Josh. A Josh le encantaba besar a Magnus. Le hacía volar como nadie. Qué complicado era el amor.

—En realidad fue hace cinco horas —dijo Josh antes de asaltarle la boca.

«¿Tanto tiempo había pasado?», pensó Magnus. Estar con Josh era como caer en un agujero negro. El tiempo y el espacio desaparecían. Mierda. Puto amor.

—Gracias —le agradeció Magnus, de corazón, sin dejar de abrazarlo y con el olor de Josh metido en la piel.

—Gracias a ti. Nada de esto habría ocurrido sin ti.

Sí, ya... Bueno, ellos dos hacían buen equipo. El mejor. Magnus se separó de Josh. Le costó media vida, pero se separó de Josh.

—¿Cuál es el siguiente paso? —le preguntó Josh.

Magnus sonrió.

—Buscar a Escila.

—Bien. Pero duerme un poco primero. Estás al borde de la extenuación.

—No tengo sueño.

Aun así, Magnus se dejó caer en la cama, bocarriba. La adrenalina le recorría el cuerpo como nunca. Tenía tanto trabajo por delante. Había tanto que hacer. Tantas pruebas. Y estaba deseando empezar. Empezó a planear en su cabeza todo lo que tenía que...

Para cuando Josh quiso darse cuenta, Magnus estaba dormido. Sonrió. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, no pudo resistirse. Le había cogido un cariño enorme. Josh incluso se sorprendía en ocasiones. Le subió las piernas a la cama y lo tapó con el edredón como pudo. Suspiró.

—¿Te acuerdas de la Profecía Prohibida? —susurró—. Sí, seguro que te acuerdas. El niño del que habla es tu sobrino. Aiden Drake. Me lo contó Tristan el otro día y... Joder. Hoy he estado a punto de decírtelo porque no quiero ocultarte nada, pero Tristan nos hizo prometer que no diríamos nada y yo... yo no sé qué hacer. No sé qué hacer, Magnus. No es lealtad. No le

soy más leal a él que a ti. Te elegiría a ti por encima de él sin dudarlo. Es que... No quiero traicionar la confianza de tu hermano, Mag. No puedo. Lo siento.

Josh se sentó en el suelo y se quedó velando el sueño de Magnus hasta que le sonó el teléfono. Era Lucas. Estuvo a punto de no contestar, pero era tarde y podía tratarse de algo importante.

—¿Luc?

—¡JOSH! ¡DIME QUE ESTÁS BIEN! ¡DIME QUE ESTÁS A SALVO!

Josh se levantó del suelo al instante.

—¿Qué pasa?

—¡DÍMELO!

—Estoy bien. Estoy a salvo.

—Joder. ¡Joder, qué puto susto! ¿Dónde estás?

—En la habitación de Magnus. Lucas, ¿qué ha pas...?

—No te muevas de ahí. Enseguida voy a por ti.

20

Unas horas antes

En los alrededores de la biblioteca reinaba la calma, nada extraño por otra parte, dado que se encontraba en medio de la selva, en lo alto de un acantilado. El edificio, tallado en marfil, estaba cubierto de enredaderas que trepaban en lianas por las paredes cual culebras. Lovem escuchó el sonido de las olas que rompían en el peñasco y se cuestionó el motivo por el que abandonarían tal maravilla. ¿Solo porque estaba lejos? En ocasiones no entendía a los dioses.

Lovem localizó la entrada, que carecía de portezuelas, retiró las enredaderas que obstaculizaban el paso y entró. Se trataba de una única sala circular revestida de estanterías repletas de libros de arriba abajo. El suelo era de piedra caliza, se estremecía bajo sus pisadas, y en el techo abovedado alguien había esbozado la historia de los dioses. Lovem entornó los ojos. Ahí estaban su padre, Poseidón y Hades tras la Titanomaquia, cuando se repartieron el mundo y los hecatónquiros crearon el rayo, el tridente y el casco de invisibilidad. Los trazos eran exquisitos.

—Guau —exclamó Peter a su lado.

—Impresionante, ¿eh? —añadió Crew.

—Echemos un vistazo —sugirió Diana, e invitó al resto a entrar.

Casi todos los semidioses de la Resistencia se habían unido a la expedición. Si había que revisar miles de libros, cuantos más fueran, mejor. Se desperdigaron por la estancia y revisaron los títulos por encima, muy por encima. Tristan y Lucas siempre cerca de Lovem. Algunos tomos estaban tan engarzados en las enredaderas que era imposible sacarlos. Lucas se pinchó intentándolo en más de una ocasión.

—Ay, joder.

Y Alicia rio en cada una de ellas. Lovem también.

—¿Cómo vamos a llegar a los más altos? —preguntó Crew.

—Hay una escalera —señaló Fiji.

—Yo no pienso subirme ahí —dijo Easton, que observaba la mentada escalera con desconfianza—. Está a punto de derrumbarse por su propio peso.

Eric suspiró al lado de Lovem, le hizo una seña con los ojos y abandonaron juntos la biblioteca. Lucas, Tristan y Alicia los siguieron.

—¿Qué pasa? —preguntó Lovem.

—No sé si vamos a encontrar algo —respondió Eric—. Las bibliotecas albergan todo tipo de información. Es como buscar una aguja en un pajar, o peor, porque ni siquiera sabemos qué aspecto tiene la aguja. No sabemos si es una aguja.

Lucas bufó, frustrado: el tocapelotas tenía razón, y se alejó unos pasos hacia el mar. Lo observó. Se removía inquieto, a pesar de la calma que reflejaba. «¿Qué te pasa, nena?», le preguntó. Lucas siempre se dirigía a su mar como «nena».

—¿Luc? —preguntó Tristan, detrás de él.

—Hay algo que no me gusta.

—¿El qué?

—No lo sé. El mar... Intenta decirme algo, o mostrarme algo, pero tiene las manos atadas. Y conmigo nunca tiene las manos atadas.

Y entonces...

Entonces una bola de fuego cayó del cielo, casi a sus pies.

Bum.

—Pero ¿qué...?

—¡Joder! —Lucas saltó hacia atrás, espantado; la tenía justo al lado y era del tamaño de un balón de fútbol.

—¿Qué coño es esto?

—¡¿De dónde ha venido?!

Los cinco se giraron al instante, dieron vueltas sobre sí mismos, y miraron hacia el cielo azul.

Y otra bola cayó.

Bum.

Tristan, con un movimiento automático, se acercó a Lovem.

—Allí —gritó Alicia, y señaló a las cabezas que se asomaban por encima de las copas de los árboles.

—¡Son gigantes! —gritó Eric—. ¡Vienen hacia aquí!

Bum.

Bum.

Bum.

—Ey, ¿qué pasa?

Easton y Crew salieron de la biblioteca, alertados por el ruido, y una bola de fuego cayó a sus pies, a centímetros de sus zapatillas deportivas, y eso porque Eric justo se había lanzado hacia ellos y los había empujado, salvándoles la vida.

—¡Joder! ¡¿Qué ha sido eso?!

—¡Que no salga nadie más de la biblioteca! —gritó Lovem.

No tenía ni idea de lo que pasaba, pero las bolas de fuego dejaban claro que su intención no era jugar una yincana. Lovem se permitió perder la

mirada unos segundos en el bosque, en los seres monstruosos con forma humana que se acercaban y que medían cinco metros por lo menos. Eran un montón. ¡Cientos! Y los estaban rodeando. No había escapatoria. El resto de los semidioses, también alertados por el ruido, salieron a ver a qué venía el repentino alboroto. Se encontraron con las bolas de fuego y cundió el pánico. Unos empezaron a gritar. Otros, a correr. El cielo se oscureció en un parpadeo, se cerró del todo, y comenzó a llover. Y, segundos después, a tronar.

—Hay que mantenerlos a todos dentro —le gritó Lovem a Eric por encima de la lluvia. Una lluvia que, por órdenes de Zeus, sí mojaba a Lovem.

Eric cogió a Easton por los hombros y lo apoyó en una pared donde gozaban de cierta protección. Las bolas de fuego seguían cayendo a su alrededor, aterrizaban en sus pies y lo incendiaban todo, y ni siquiera la potencia de la torrencial lluvia conseguía extinguirlas.

—¿Qué coño es eso? —susurró Easton.

—Gigantes.

—¿Gigantes?

—Sí. Y tiene pinta de que vienen a destruirlo todo, nosotros incluidos, si no lo evitamos. Y tenemos que evitarlo, Easton. Por eso necesito que confíes en mí. Y que me obedezcas. Tenemos que meter a toda esta gente dentro.

—¿Estás loco? No habrá escapatoria.

—Confía en mí, por favor. Te juro que voy a protegerte. Y tú vas a protegerlos a ellos. A tu gente. Ellos van a seguirte, East. Van a confiar en ti. Tú eres su líder, pero no te has dado cuenta aún. Ellos sí.

Easton tragó saliva y asintió con la cabeza. Obedecería, pero antes... Cogió a su hermano por la pechera.

—Júrame que te importamos —le pidió—. Júrame que de alguna manera te importamos.

—¿Ellos? —Eric señaló a los semidioses que los rodeaban sin dejar de gritar—. Ellos no me importan una mierda, la verdad. Pero tú sí has empezado a hacerlo.

Fue suficiente para Easton.

—¡Crew! —Easton llamó a su mejor amigo y lo buscó entre la multitud que corría de un lado para otro en un sinsentido. Lo encontró—. ¡Tenemos que meterlos a todos dentro! —le dijo.

—¿Dentro? ¿¿Estás loco??

—¡Sí, superloco! Vamos.

Crew obedeció sin rechistar. Iría al fin del mundo con Easton. Agarraron a sus compañeros por las camisetas, uno a uno, y los empujaron hacia la entrada. Los gigantes se acercaban y las bolas de fuego habían prendido todo a su alrededor. Las enredaderas gritaban de puro dolor.

Tristan y Alicia no entendían el plan de Lovem, pero decidieron confiar en ella y meter a todos dentro. Ella jamás pondría en peligro a los semidioses. Sin embargo, Lucas no siguió la orden. Conocía demasiado a Lovem. Él no entraría. Pero Alicia sí. Y se aseguró de ello.

—¡Ve dentro! —le ordenó por encima de la lluvia.

—¡Todavía queda gente fuera!

Lucas agarró a Alicia del brazo y la llevó dentro, la dejó a cubierto y se dispuso a irse.

—¡¿Adónde vas?!

—Vuelvo ahora mismo —le mintió—. Guárdame un sitio.

Lucas salió de nuevo y fue directo a donde Lovem.

—Lo que sea que vayas a hacer —le susurró al oído— vas a hacerlo conmigo.

Lovem se sorprendió de que él intuyera sus intenciones y Lucas no esperó una respuesta. Al contrario, se alejó unos pasos y se dirigió a los gigantes. Joder. Iba a haber marcha de la buena.

Lovem dejó que se fuera y se concentró en la tarea que tenía delante. Una tarea que estaba a punto de descubrirla como hija de Zeus. Su padre iba a matarla, a encerrarla de por vida, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Ver morir a toda esa gente? No. Eso nunca. Salvarlos era más importante que mantener oculta su identidad. Ya lidiaría después con las consecuencias. Ya lidiaría con su padre. «Lo siento, papá», se disculpó mirando al cielo, que rugió con más fuerza.

Los tenían ya a casi todos dentro, pero le faltaba Tristan. Tenía que protegerlo. A Tristan y su secreto. Pero él no se separaba de su lado y ella necesitaba que se moviera unos pasos hacia dentro. Tenía que engañarlo, pero ¿cómo?

No lo pensó demasiado, solo actuó. Cogió a Tristan del brazo y lo empujó hacia atrás; él se sorprendió, pero la dejó hacer y se quedó a la expectativa. Una expectativa que Tristan jamás hubiera imaginado, porque Lovem tenía que mantenerlo ahí durante unos segundos y una vez más actuó. Le sujetó la cara con las manos y lo besó en la boca. Fue un beso desesperado, por tantas razones. Desesperado porque Lovem, al apartar una de las manos de su rostro y ponerla en alto, lo único que deseaba era que él no se diera cuenta de lo que estaba haciendo en realidad. Desesperado porque los segundos corrían más rápido que nunca y ya tenían a los gigantes encima. Y desesperado porque a Lovem le habría gustado, encantado, en realidad, perderse en ese beso con Tristan. A pesar de la fuerza, sus labios eran suaves y su sabor era único. Embriagador. A Lovem le temblaba el corazón.

Y a Tristan, todo el cuerpo. Apenas se sostenía en pie. Quizá ella lo sostuviera. Durante unos segundos, los gigantes y las bolas de fuego desaparecieron. Desapareció el peligro. Desapareció el mundo. Y desapareció su raciocinio. No importaba que estuvieran a punto de morir chamuscados —qué ironía la de que un dragón muriera chamuscado—: Lovem lo estaba besando. Podía sentir sus labios sobre los de ella, por fin.

Tristan le metió la lengua y gimió al encontrar la de ella, pero acabó demasiado pronto.

Lovem se separó de él y lo miró con culpabilidad. Y disculpa.

Tristan no lo entendió, hasta que intentó acercarse a ella y no pudo. Un chispazo se lo impidió. Una barrera de rayos azules que desapareció en cuanto se echó hacia atrás. Tristan la tocó de nuevo, con cuidado, y miró hacia arriba. No era una barrera. Era una esfera. Una esfera gigante que cubría la biblioteca entera. Era Égida, el escudo de Zeus, una de las armas de Lovem. Tristan ya lo había visto antes, pero nunca tan grande. Nunca tan potente. Y entendió el plan de Lovem. «No. No, no, no, no, no».

—Déjame salir —le exigió—. ¡Ahora!

Lovem negó con la cabeza.

—No puedo.

Tristan bullía de rabia, y de frustración, el beso había sido una artimaña, pero ya ni siquiera importaba, lo que importaba era que él estaba dentro y ella fuera, como en el laberinto del Minotauro. Y que acababa de descubrirse como la hija de Zeus. Nadie que no fuera su descendiente gozaba de la protección de Égida, y todos lo sabían. Las bolas de fuego comenzaron a retumbar en el escudo y los gritos de asombro no tardaron en llegar.

—Pero ¿qué...?

—¿Qué es esto?

—Es un escudo —dijo Easton, sin dejar de mirar a su hermano.

—¿Quién lo ha hecho?

—¿Cómo?

—¡Es Égida!

—¿Qué?

—¿El escudo de Zeus?

—¿Zeus nos está protegiendo?

Fiji dio un golpe con la mano al escudo, en un intento de salir, o de entenderlo, supuso Tristan, pero lo único que consiguió fue un chispazo que lo electrocutó de pies a cabeza y que hizo que Lovem entornara los ojos.

—¡Eh! —le gritó Eric a Fiji—. Si golpeas ese escudo, la golpeas a ella, ¡así que todo el mundo quieto! ¿Me habéis entendido? ¡Todo el puto mundo quieto!

Nadie dijo nada, la mayoría estaba demasiado sorprendida. Y aterrorizada. Alicia se acercó a su hermano y acarició el escudo.

—¡Lucas! —gritó.

Eric y Lovem cruzaron una mirada.

—Si lo ves ne... —comenzó él.

—Lo sé —respondió ella, sin dejarle acabar la frase. «Si lo ves negro, huye».

—No mires atrás. Júramelo.

—¡¡Oye!! —gritó Lucas de fondo, interrumpiendo el juramento de Lovem. Una lástima—. ¡No me vendría mal una ayuda por aquí!

—¡Lucas! —gritó Alicia de nuevo—. ¡Maldito mentiroso! ¡Voy a matarte en cuanto salga de aquí!

Lucas no respondió, estaba un poco liado. Después lidiaría con la rubia.

Lovem se giró. Los gigantes estaban a menos de trescientos metros.

—¡Joder! —gritó de nuevo Lucas.

Lovem salió corriendo en su busca. Llegó a su lado y le tocó el hombro; sintió el frío a través de su camiseta empapada. Lucas se tomó la caricia como un gesto de afecto, pero lo que en realidad hacía Lovem era levantar otro escudo alrededor de él. Uno diferente. El que cubría la biblioteca evitaba que «algo» entrara o saliera. El que iba a cubrirlos a ellos dos solo evitaba que «algo» entrara. Ambos tenían la mirada perdida en los gigantes.

—¿Cuántos crees que son? —le preguntó Lucas.

—No sé..., cientos.

—Sí, cientos es una buena apreciación. ¿Tú con cuántos puedes?

—¿Qué?

Lucas gruñó de pura frustración por la falta de camaradería entre ellos. Maldito Zeus.

—No importa. ¿Cómo los matamos?

—No podemos matarlos. —Lovem apartó la mano de su hombro. Había completado el escudo. Ya estaban todos protegidos—. Solo la lucha conjunta entre un humano y un dios puede hacerlo.

—¿Y entonces?

—Tenemos que impedir que se acerquen y nos traguen. Los gigantes solo matan de esa manera. Comiéndonos.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo tendremos que contenerlos?

—No lo sé.

Lucas sonrió.

—Están a punto de ver a los dos semidioses más poderosos de la historia luchar juntos. Todo va a salir bien —le prometió.

Lovem asintió con la cabeza, quedaba claro que Lucas también se había dado cuenta de que ella era la hija de Zeus. Después levantó los brazos hacia el cielo, encapotado y repleto de truenos y relámpagos, y formó decenas de tornados que bajaron a la tierra y serpentearon entre Lucas y ella. La fuerza que traían consigo se los habría llevado por delante si Lovem no los controlara. Nadie sobrevivía a tal fuerza de la naturaleza.

Lucas, casi al mismo tiempo, dirigió las manos al mar. Una ola gigante surgió de las profundidades, viajó hasta ellos y se dividió en decenas de espirales de agua que rodearon a los tornados. Los cabellos de Lucas y Lovem, que volaban hacia atrás, mostraban la velocidad a la que corría el viento.

—¡A la de tres! —gritó Lucas—. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

Empujaron con las manos y los tornados acuáticos salieron disparados hacia los gigantes. Consiguieron frenarlos, pero no lo harían para siempre. Tenían que pensar en algo más.

En ello estaba Lucas cuando una bola de fuego impactó contra el escudo que lo rodeaba. Lucas se sobresaltó, luego descubrió a Égida y sonrió de nuevo.

—¿De dónde salen las bolas de fuego? —le preguntó a Lovem.

—No lo sé.

—Se están acercando.

—Lo sé.

—Toca luchar.

Lovem no respondió. Avanzó unos pasos y fue directa hacia dos de los gigantes que habían conseguido alcanzarlos. Los gigantes intentaron cogerla, pero ella serpenteaba entre sus cuerpos al igual que los remolinos de agua.

Lucas luchaba a su lado, codo con codo, e incluso intentaba ponerse delante de ella en un intento de protegerla que a ella no le pasó inadvertido. Ambos esquivaban los golpes de los gigantes que llegaban hasta ellos, pero ¿durante cuánto tiempo? No podían luchar eternamente, en algún momento sus fuerzas comenzarían a menguar. Sobre todo las de Lovem, que, además de luchar y dirigir a los tornados, mantenía tres escudos de protección, uno de ellos enorme.

—Tenemos que hacer algo —le gritó Lucas.

Apenas se oían. La lluvia arreciaba como nunca, los tornados se movían sin parar y las olas rugían.

—Tenemos que atacar —añadió Lovem.

—¿Cómo?

Ella apenas podía pensar con todo lo que tenía encima, pero se aprovechó de la protección de Lucas y comenzó a recrear en la mente las lecciones de su padre. Siempre le decía que no existía ser que ella no pudiera matar porque no existía ser que el rayo no pudiera matar, incluidos los dioses. Sin embargo, al mismo tiempo, le había enseñado que a los gigantes solo los mataban las manos de un dios y un humano juntas. No

tenía sentido. ¿Por qué no le había preguntado a su padre directamente cómo matar gigantes? «Porque no te habría contestado». Lovem pensó en su rayo. ¿No era acaso una unión entre un dios y un humano? ¿No era ella misma una unión entre un dios y un humano? Los escritos hacían referencia a seres humanos de carne y hueso luchando junto a los dioses, no a semidioses solos, pero valía la pena intentarlo.

—Tengo una idea.

—Soy todo oídos.

Lovem levantó la mano y el rayo de Zeus se le materializó en la palma. Si alguien albergaba alguna duda sobre quién era ella..., bueno, ya no lo haría. A Lucas el pecho se le hinchó de orgullo. Ahí estaba su chica. Joder, cómo la había echado de menos y cómo había mejorado. Siempre había sido poderosa, pero ¿en ese momento? Era indestructible. Zeus se había asegurado de que nadie fuera capaz de tocarla. Y solo por eso lo odiaba un poco menos. ¿Mantener tres escudos activos mientras luchaba y empuñaba el rayo de su padre? Dos años atrás no habría podido hacerlo. Ni de lejos.

—¡Necesitamos el tridente! —le gritó a Lucas.

—¿Qué?

—El tridente de Poseidón. Dime que lo tienes.

Lucas sonrió.

—Lo tengo. —Extendió la mano y un hilo de agua voló hacia él. En cuanto se posó en su palma, obtuvo la forma del tridente—. ¿Y ahora?

—Ahora, atacamos.

Lovem lanzó el rayo, directo al corazón de uno de los gigantes, al mismo tiempo que Lucas hacía lo mismo con el tridente. Ambos acertaron. Y mataron. Los gigantes cayeron al suelo al instante.

—¡Sí, joder!

Ya estaba. Ya lo tenían. Podrían matar a todos los gigantes. Juntos. Porque así eran imparables. Y eso hicieron. O eso intentaron. Porque, en medio de la refriega, cuando los gigantes caían en masa, tocados por la

fuerza del rayo y el tridente, dispararon una nube de fuego hacia Lovem. ¿Dispararon? ¿Quiénes? No, no era un quiénes. Era un quién. Cedalión, uno de los discípulos de Hefesto.

Lucas lo reconoció al instante. Había coincidido con él en la Ciudad del Olimpo infinidad de veces. Siempre con la larga cabellera morena atada en una coleta. Siempre con una sonrisa falsa en la boca. Siempre con esa pinta de adolescente que no ha roto nunca un plato.

—¡Sabía que Hefesto estaba detrás de todo! Joder, lo sabía —gritó.

Lovem detuvo el fuego con su propio fuego, que salió disparado de sus manos, pero la fuerza del otro era tal que cayó de rodillas al suelo.

—¡Lovem! —gritó Lucas, llamándola por primera vez por su nombre. A la mierda todo ya.

Lovem lo miró y le pidió que siguiera matando gigantes. Y no se sorprendió ni por la evidente sincronización que tenían ni por el hecho de que supiera su nombre verdadero. Por supuesto que el único hijo de Poseidón conocía el nombre de la única hija de Zeus.

—Hola, hija de Zeus —la saludó Cedalión, pletórico—. Bienvenida al mundo de los vivos. Aunque por poco tiempo. Tus esfuerzos por sobrevivir no van a servir de nada. No dispones de la suficiente potencia para luchar contra mí. Soy un aprendiz de dios, y tú no eres más que una semidiosa.

—Exacto —dijo otra voz.

Lovem abrió los ojos y levantó la mirada. No había estado en presencia de demasiados dioses a lo largo de su vida (solo de su padre), pero reconocía a uno cuando lo tenía delante. Sobre todo si era uno de los doce olímpicos. Llevaba el cabello largo, a la altura de los hombros, y su rostro estaba cubierto por una barba que le caía hasta el pecho. Tenía los ojos amarillos y la miraba con ferocidad. Era puro fuego.

Hefesto. Era Hefesto.

—¡Hijo de...! Lovemmm —gritó Lucas.

El fuego de Cedalión ganaba terreno por segundos, empujaba contra el de Lovem y estaba a punto de acabar con ella. El escudo de la biblioteca comenzó a fallar. Lovem apartó una mano del fuego, aún a riesgo de perder más terreno, y la dirigió hacia allí. Se concentró en el escudo. Lo reforzó. Entonces sintió la poderosa presencia de su padre.

—¿Papá? —preguntó en un susurro.

Estaba allí, junto a ella y Cedalión, y al lado de Hades y Poseidón. Los tres observaban la lucha sin participar en ella. No podían. Estaba prohibido. Los dioses, por acuerdo unánime desde hacía siglos, bajo ningún concepto podían tocar a los semidioses (ni para bien ni para mal) ni participar en su lucha contra las fuerzas del mal. Solo podían ser meros espectadores. Pero el Olimpo al completo sintió la presencia de Hefesto en la lucha y por eso habían acudido los tres grandes. Para asegurarse de que se cumplía la ley. Oh, pero qué difícil era cumplirla si uno de tus hijos estaba en la batalla. Y, en aquella ocasión, eran dos. Poseidón apretaba los dientes, y los puños, le podían las ganas, y Zeus hizo el amago de querer involucrarse, dispuesto a mandar las leyes a la mierda y a destruir el mundo si era necesario, pero Hades se lo impidió. Lo sujetó del brazo y lo mantuvo ahí, quieto.

—No te rindas, hija. No te rindas nunca —le dijo Zeus a Lovem.

Lovem no esperó el golpe final de Cedalión. Vio que Lucas dirigía una ola gigante con forma de tridente hacia ella, sacó fuerzas de donde no las tenía, rugió y empujó su propio fuego, junto con la ola, contra Cedalión, que perdió sus llamas de inmediato. Lovem se levantó a todo correr y le apuntó con el rayo de Zeus. La superola siguió su curso, con un rugido ensordecedor, llevándose por delante a cada gigante que encontraba.

—Puede que yo solo sea una semidiosa, pero soy la hija de tu rey. Creo que eso me convierte en tu princesa, así que ¡arrodíllate ante mí!

—¡Nunca!

Lovem se acercó y le clavó el rayo en el corazón. Eso lo hizo caer. De rodillas.

—Respuesta equivocada.

Cedalión miró a Lovem con los ojos muy abiertos antes de morir mientras la ola tridente de Lucas seguía viajando entre los tornados, matando cualquier atisbo de vida de gigante que quedaba.

—Noooo —gritó Cedalión con su último aliento.

La ola arrasó con todo, hasta que el último gigante se desvaneció. Todo quedó devastado. Hefesto, sin poder creerse lo que veían sus ojos, se dio cuenta de que jamás llegaría hasta ellos. Y de que había perdido. Y, por supuesto, Lucas estaba ahí para decírselo, por si acaso no se había dado cuenta.

—¡Te has precipitado, Hefesto! Te han podido las ganas y has fallado. Jamás llegarás hasta ella. ¡No ahora que nos hemos visto las caras! No te lo pienso permitir.

Hefesto sonrió.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos, semidioses. Buena pelea —les dijo antes de desvanecerse.

Zeus, Hades y Poseidón también lo hicieron, no sin que antes cada uno de ellos le dirigiera una última mirada a Lovem.

La lluvia cesó. Los truenos cesaron. Los remolinos cesaron. Y la ola tridente gigante de Lucas cesó. El cielo se abrió.

Lovem respiraba con dificultad, estaba al borde del desfallecimiento, y Lucas se acercó a ella a todo correr.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Tú?

—Sí. Pero solo me quedaban un par de minutos antes de caer desmayado.

—A mí menos de uno.

Ambos rieron.

—Joder... —susurró Lucas—. Aún no me puedo creer lo que acaba de pasar. Tenemos mucho de que hablar.

Lovem estaba a punto de contestar, pero Lucas se quedó quieto de pronto, paralizado por el terror. Cogió su móvil al instante; había sobrevivido a la pela y a la lluvia.

—Josh. ¿Dónde está Josh? ¡¿DÓNDE?! —Se puso el teléfono en la oreja —. ¡JOSH! ¡DIME QUE ESTÁS BIEN! ¡DIME QUE ESTÁS A SALVO! ¡DÍMELO! Joder. ¡Joder, qué puto susto! ¿Dónde estás? No te muevas de ahí. Voy a por ti.

Entonces Lovem escuchó el grito de Eric.

—¡Lovem!

Ambos semidioses se dirigieron hacia la biblioteca. Ahora tocaba dar explicaciones.

Unos minutos después, en el Reino Hielo

—¿Lo sabías? —le preguntó Hefesto a Otto, poseído por la ira.

Ya no tenía que fingir sonrisas. ¡Estaba que echaba humo! Por fin habían encontrado a Lovem Kennedy, por fin iban a poder llevar a cabo el plan por el que llevaban treinta y dos años suspirando por las esquinas, y, una vez más, se les había escurrido entre los dedos. La frustración, las ganas de acabar con todo, lo consumían. Casi la tenían. Casi. Él jamás habría mostrado su cara si no fuera porque estaba seguro de que iba a ganar. Le habían asegurado que iba a ganar. Bien, pues se lo habían asegurado mal. Y ahora ya no había vuelta atrás.

—¿Crees que, de haberlo sabido, habría enviado a doscientos de mis hombres a una muerte segura? ¿Crees que nos habríamos descubierto como traidores al Olimpo por nada? —respondió el otro de la misma manera visceral—. Ninguno lo sabíamos. Nunca un semidiós había podido matarnos.

—No lo habían intentado.

—Lovem es más poderosa que nunca.

—Zeus la ha entrenado bien durante estos dos años. Lástima que no vaya a servirle de nada. La encontraré y acabaré con ella de una vez por todas. Ya basta de juegos.

—¿Y cómo vas a hacerlo? Zeus ya sabe que estás en contra de su hija, no te va a dejar volver al Olimpo.

Hefesto levantó las manos en señal de rendición.

—No la he tocado.

—¿En serio vas a mostrarte ante él con esa pobre excusa?

—Zeus conoce las reglas del juego.

—Zeus es irracional respecto a Lovem. Si apareces por el Olimpo, acabará contigo.

—Va contra la ley.

—Que tú ataques a un semidiós también va contra la ley.

—No la he tocado —repitió Hefesto, a lo que Otto suspiró.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Se han levantado nuestras cartas.

—Ya te lo he dicho. Voy a acabar con ella de una vez por todas. Por lo pronto, recuperaremos a Escila. Hay que estar preparados.

—¿Escila? Bien. Ya era hora. Aunque Hades se muestra reticente.

—Ese es su problema, no el nuestro.

—Depende. ¿Y si no está dispuesto a dárnosla?

—Se la quitamos.

—No quiero tener a Hades en nuestra contra. Si lo metimos en esto fue por algo.

—Lo metimos porque era el único que podía llegar a Aiden.

—Y porque lo necesitamos —añadió Otto—. Hoy ha quedado más claro que nunca. Ha impedido que Zeus entrara en la guerra.

—Yo me ocupo de Hades.

—Y de la biblioteca ¿quién se ocupa? Ahora está en su poder.

—No saben lo que estamos quemando, así que no saben lo que están buscando.

—Josh Collingwood puede localizarte. Van a saber que te escondes en el Reino Hielo. Eso los va a llevar a averiguar cómo entrar aquí. Y a los libros. Y al motivo por el que los estamos quemando en última instancia.

—Está claro que ha llegado el momento de ocuparnos de Josh Collingwood, ¿no estás de acuerdo?

Otto sonrió.

—Háblame del viajero —le pidió entonces Hefesto—. ¿Por qué no ha muerto todavía?

—No es tan fácil. Está protegido. Muy protegido. Creo que saben que vamos a por él.

—¿«Saben»? ¿Crees que se lo ha contado todo a su querido pupilo?

—No estoy seguro de si ha sido a su pupilo o a un pez más grande. Lo que sé es que está muy protegido. Más de lo que cabría esperar.

—Pues tenemos un problema. Si el pupilo lo está protegiendo es porque ya lo sabe todo. Y si lo sabe todo, no tiene sentido que eliminemos al viajero. El secreto ya no es tal.

—Todavía podem...

—No —ordenó Hefesto con autoridad—. No podemos. Comunícaselo a tu infiltrado en el Reino Rojo. Y sumad otro fracaso a la lista. ¿Crees que habrá más?

Otto se mordió la lengua y no respondió.

—Bien. Vamos a por Escila entonces.

21

Había quedado todo hecho un desastre. El bosque estaba devastado y la biblioteca agujereada. La mayoría de las enredaderas, muertas. Los libros habían sobrevivido. Aunque poco importaban en ese momento. Todos miraban a Lovem, absolutamente todos, con una mezcla de sorpresa, estupor, miedo y admiración. No es que Lucas no hubiera estado impresionante, que lo había estado, pero es que Lovem... Lovem se suponía que estaba muerta. La hija de Zeus se suponía que estaba muerta. Y puede que los semidioses que se habían criado fuera del Olimpo no fueran los más expertos en la materia, pero hasta ellos sabían que solo un hijo de Zeus podía usar el rayo. Y Zeus solo tenía un hijo en ese siglo. O una hija: Lovem Kennedy, la que, en teoría, había muerto dos años atrás en una de sus muchas batallas contra las fuerzas del mal.

Lovem y Lucas apenas habían entrado a la biblioteca (ella podía cruzar el escudo, que aún seguía alzado, y Lucas lo había hecho con ella) cuando empezaron las preguntas.

—¿Eres Lovem Kennedy? —preguntó Fiji en primer lugar—. ¿La hija de Zeus? ¿La semidiosa más poderosa de los últimos siglos? ¿Esa Lovem Kennedy?

¿Acaso había más?

—Pero eso es imposible —añadió Crew—. Lovem Kennedy murió hace dos años. Todo el mundo lo sabe.

Lovem frunció el ceño. ¿Muerta? ¿El Olimpo pensaba que estaba muerta? ¿Por qué? Mmm, eso era cosa de su padre, seguro. Se apostaba el rayo y lo perdía.

—No estoy muerta.

—Eso ya lo vemos —dijo Easton, en un tono que no presagiaba nada bueno.

—No hay tiempo para esto —dijo Eric, totalmente familiarizado ya con los tonos de su hermano.

—¿En serio? —prosiguió Easton, sin dejar de mirar a Lovem—. Porque ahora encaja todo. Por fin encaja todo. Tu puntería. Tu velocidad. Tu fuerza. Tu manera de luchar. ¡Y una mierda entrenamiento! ¿De dónde coño sales, Lovem Kennedy?

—¡He dicho que no hay tiempo para esto! —repitió Eric, dirigiéndose solo a Easton. Lo cogió de la pechera, como antes había hecho el otro con él, y lo miró a los ojos—. Cállate ya.

«No tires más del hilo», le suplicó con los ojos. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Cómo iba a explicarle a Lovem que en el Olimpo la creían muerta? Pero su hermano no lo escuchó.

—¡Suéltame! —Easton se desembarazó del agarré y se alejó, cabreado.

—Vamos a tranquilizarnos todos, ¿de acuerdo? —terció Peter. Ya que Josh no estaba, le tocaba interpretar el papel de apaciguador—. Lovem está viva y gracias a ella y a Lucas nosotros también. Punto. Sus razones tendría para permanecer oculta. Vamos ahora con la parte importante. ¿Qué va a pasar con la biblioteca? Ha quedado más claro que nunca que venían a por ella.

—¿A por qué *ella*? —inquirió Easton—. ¿La biblioteca o Lovem? Porque no sé vosotros, pero yo he visto un despliegue alucinante solo para

quemar unos miles de libros. Y el tío del fuego al que ha matado ha ido directamente a por ella. No a por la biblioteca. No a por Lucas. A por ella.

—¡Que te calles, joder! —gritó Eric.

—¡Tú a mí no me mandas callar!

Lucas observaba el intercambio entre los hermanos con regocijo, le encantaba ver a Fiscela bajo las cuerdas, pero Lovem parecía confundida con respecto a lo de su muerte, así que, en su propio beneficio, decidió echarle un capote al tocapelotas.

—Están volando hostias y a ti se te está poniendo cara de aeropuerto, Easton —le advirtió Lucas.

—¿Tú también estás de su lado? ¿Así, a ciegas? Te creía más listo, Varela. ¿Y qué pasa contigo y Hefesto? ¿Qué ha sido todo eso?

—Cosas nuestras.

—¿Te crees que me vale esa mierda de respuesta?

«Joder con Easton. Es más tocapelotas aún que su hermano». Lucas se dirigió a él con aire amenazador, a demostrarle qué más respuestas podía darle, pero Lovem se puso en medio.

—¡Basta ya! —gritó—. Sí, soy Lovem Kennedy, y he permanecido oculta hasta hoy porque más de la mitad del Olimpo me quiere muerta solo por ser hija de quien soy. Pero lo que ha pasado no tiene nada que ver conmigo, sino con el descubrimiento que ha hecho Crew sobre las bibliotecas. Están destruyendo información y tenemos que saber cuál y por qué. Y el que no esté de acuerdo que cierre la puerta al salir.

Clara y concisa. Nadie dijo nada ni movió un solo músculo. Ni siquiera Easton. ¿Por miedo? ¿Por lealtad? ¿Quizá una mezcla de ambos? Al fin y al cabo, seguían siendo solo un grupo de chavales asustados.

—¿Cómo han sabido que veníamos a proteger la biblioteca? —preguntó alguien.

—La tendrían vigilada. Nos han visto venir y... han atacado.

—Algo muy gordo tienen que estar escondiendo.

—Tenemos que revisar los libros —propuso Crew.

—¿Todos? —exclamó Diana—. Es una locura.

—Los podemos escanear.

—Eso es. Y los iremos revisando uno a uno.

—Nos llevaría siglos.

—¿Y qué propones?

—Llevárnoslos a la Resistencia, catalogarlos por temas y ver si de ahí sacamos algo.

—¿Y cómo vamos a llevárnoslos?

—Poco a poco. Haremos turnos.

—¿Y si regresan los gigantes?

—Dejaré el escudo activo hasta que movamos todos los libros —dijo Lovem—. No podrán entrar.

—¿No te consumirá eso muchísima energía? —preguntó Crew.

—Sobreviviré.

—¿Podemos salir de aquí sin chamuscarnos? —preguntó alguien del fondo.

—Sí —respondió Lovem—, en cuanto yo os lo diga, pero no podréis entrar de nuevo.

—¿Y cómo vamos a mover los libros?

—Porque —Lovem agarró a Peter del brazo y lo llevó hasta el escudo. Cogió su mano y la acercó a los rayos azules— yo os voy a dar permiso. O te lo voy a dar a ti —le dijo a Peter—. Desde este momento eres el responsable de trasladar todo esto a la Resistencia y de catalogarlo sin que nada se pierda por el camino.

—¿Yo solo? —A Peter aún le hormigueaba la mano por el contacto con Égida.

—Eric te ayudará.

—Necesitamos un vehículo de transporte. Uno gigante.

—Yo me ocupo —dijo Eric.

—¿Y que nos pasará a los demás si intentamos entrar? —preguntó Easton. Aún era reacio en cuanto a Lovem, pero confiar en Eric le tiraba. Le tiraba como nunca nada le había tirado.

Eric lo empujó al instante hacia el escudo, a ver si así aprendía la lección. Easton se chamuscó al instante, claro.

—¡Eh!

Eric sonrió.

—Ups. ¿Nos vamos ya a por ese vehículo?

—Sí —dijo Lovem, y bajó las barreras de Égida para que todos pudieran salir.

—Sí —respondió Lucas al mismo tiempo—, y yo tengo que ir a por Josh. ¿Tris?

Lucas buscó a Tristan con la mirada y cayó en la cuenta de que no había abierto la boca en ningún momento de la conversación. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en una de las estanterías, las rodillas levantadas, los brazos sobre ellas, y cara de pocos amigos. Muy pocos amigos. Entonces se dirigió a Lovem, solo a Lovem.

—¿Has acabado? ¿Podemos hablar ya?

Lucas carraspeó.

—El resto mejor nos vamos —les dijo a todos, y comenzó a empujarlos hacia la salida, pero alguien lo empujó a él primero.

—Eres un gilipollas —le dijo Alicia, enfadada; ella tampoco había abierto la boca hasta el momento, y fue hacia la salida.

Lucas suspiró. Qué complicadas eran las rubias.

Eric se mostró reacio a irse, pero Lovem le hizo un asentimiento de cabeza.

Después Lovem compartió una mirada con Lucas. Él había intentado protegerla durante toda la pelea como si ella fuera importante para él, y no lo entendía. ¿Por qué estaba tan de su lado? En los pocos días desde que se conocían, Lovem había sido testigo de los pocos apegos emocionales del

chico. Todo le importaba un comino, no daría una moneda por nadie, excepto por Josh, Tristan y quizá Alicia. Y por ella. Y también estaba el asunto de la ola. La ola la había obedecido. A ella. Lucas se la había lanzado y Lovem la había redirigido. No lo entendía, pero le había encantado luchar al lado de Lucas y su mar.

Fueron saliendo uno a uno hasta que solo quedaron Lovem y Tristan. Entonces y solo entonces, Tristan se levantó. Acortó la distancia entre ellos hasta quedar a pocos centímetros y se puso en jarras.

—Estás cabreado —le dijo ella.

Tristan bufó. ¿Cabreado? Oh, no. Cabreado ni se acercaba a su estado de ánimo. ¡Estaba que echaba fuego por la boca!

—Si pretendías que, sin conocerte de nada —continuó ella—, te desvelara mi verdadera identidad en fr...

—¡Me importa una mierda de quién seas hija y que no me lo dijeras! Me has besado para distraerme. —La apuntó con el dedo—. Te has atrevido a besarme para distraerme.

Tristan había surcado los cielos con ese beso pensando que a ella realmente le importaba, para poco después caer en picado y estrellarse contra el suelo en cuanto fue consciente de la cruda realidad: lo había engañado para sus propósitos. Se había aprovechado de la evidente atracción que sentía por ella.

—¡Te estaba protegiendo!

—¿A mí? ¿De qué?

—¿Cómo que de qué? ¿De los gigantes y su ataque inminente?

—No necesito que me protejas. Puedo cuidarme solo. Necesito que me quieras a tu lado, de la misma manera que has querido a Lucas.

¿Tristan estaba celoso? Lovem prefería esa opción, y la de que a Tristan le hubiera molestado lo del beso por ser un engaño, no por el hecho de que lo besara.

—No...

—¿Por qué a él no lo has protegido? ¿Por qué lo has dejado luchar a tu lado?

—Primero de todo, ¡porque se me ha escapado! Y segundo, ¡porque él no esconde un secreto! Él no esconde un dragón en su interior. Yo solo... Yo no quería que tuvieras que descubrirte delante de todo el mundo.

A Tristan se le pasó un poco el cabreo. Solo un poco.

—Era una decisión mía, no tuya. Y si crees que mi única arma es el dragón..., no me conoces en absoluto.

—Lo siento —se disculpó ella de verdad—. Pasó todo muy rápido. Hice lo que creí que era mejor.

—La próxima vez no creas tanto. Y no vuelvas a besarme para distraerme.

«¿Si no es para distraerte, sí puedo besarte?».

—Oh, vamos. —Lovem levantó los brazos en señal de protesta—. Solo ha sido un beso.

—¿Y tenías que recrearte?

—¡Solo ha sido un beso!

Tristan volvió a cabrearse. Muchísimo. Acabó con los escasos centímetros que los separaban y estrelló sus labios contra los de ella. Lovem no reaccionó hasta pasados unos segundos, apenas había podido tomar aire cuando la lengua de Tristan volvió a meterse en su boca erizándole la piel de todo el cuerpo, incluso la de los lugares más recónditos. Lovem gimió y tuvo que agarrarse a la cintura de Tristan para no tropezar. Y ella nunca tropezaba. Tristan la empujó hasta que ambos se chocaron con una de las estanterías. Varios libros cayeron al suelo, pero qué más daba. En ese momento solo importaban ellos y que sus cuerpos se tocaban en más de cien puntos diferentes. Los latidos se les dispararon y Lovem sentía el calor de la piel de Tristan en todas partes. Y su sabor. Su aroma.

Tristan, sin dejar de besarla, comenzó a tocarla, las ganas le podían.

Lovem gimió de nuevo y se aventuró a colar las manos por debajo de la camiseta de Tristan. Oh, por todos los dioses, el chico era puro músculo. Y no era lo único «duro» que tenía. A Lovem, un rayo de deseo la atravesó y comenzó a arder por dentro. Apretó sus caderas contra las de él en un intento de calmar la agonía y Tristan se lo dio. Se lo dio todo. Durante unos segundos. Entonces dejó de besarla y se separó. La miró a los ojos. Había puro fuego en ellos.

—No me mires con esa cara de pasmada —le dijo él entonces—. Solo ha sido un beso.

Se ajustó los pantalones y se dirigió a la salida. Lovem se quedó ahí, con la respiración agitada, el pelo revuelto y el cuerpo en precario equilibrio.

—¿Lo has hecho para darme una lección? —le preguntó, aún sin poder creérselo.

—¿A que jode?

Lovem no pudo ni contestar. Tristan siguió caminando hasta que se dio cuenta de que ella no lo seguía.

—¿Vamos o qué? —preguntó él con impaciencia.

—¿Adónde?

—Fuera de aquí. No pienso dejarte sola por muy enfadado que esté contigo.

Lovem carraspeó, se recompuso, como si allí no hubiera pasado nada, y lo alcanzó.

—Soy más fuerte que tú —le dijo cuando pasó por su lado.

Tristan rio. No quería reír, pero no pudo evitarlo. Lovem seguía siendo la misma prepotente de siempre.

Cuando un rato después, Lovem llegó a su casa, Zeus la esperaba en el porche, sentado en el banco que lo decoraba.

—¿Por qué el Olimpo creía que estaba muerta? —le preguntó ella antes de que él abriera la boca.

—Hice lo que tuve que hacer para protegerte.

Lovem suspiró. Típica respuesta de su padre. No decía nada, pero al mismo tiempo lo decía todo: que lo había hecho porque había querido. Y punto. Quiso pasar de largo, estaba agotada y con pocas ganas de hablar, pero su padre intentó impedírselo.

—Hija...

Lovem se detuvo, pero no se giró.

—Jamás habría permitido que te pasara nada.

—Ahora todos saben quién soy —susurró ella—. Me han visto la cara.

—Contaba con ello. Y el culpable recibirá su merecido.

Lovem no respondió. Se fue directa a su dormitorio y se tumbó en la cama bocarriba. Se quedó allí inmóvil durante no supo cuánto tiempo hasta que se sentó y sacó su teléfono del bolsillo del pantalón. Tenía un montón de notificaciones pendientes, de su vida como humana. Se fue a la que consideró más urgente.

Juan
¡Hola, Ken! ¿Va todo bien? ¿Tú estás bien? Hace días que no te veo por la universidad, ni a ti ni a Eric, y me preguntaba si... te habrнa pasado algo. ¡Espero que no!

Lovem lo llamó por teléfono. Era lo más justo.

—¡Hola! —respondió Juan al segundo tono.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí... Es solo que... he estado liada con algo. Trabajo...

—No sabía que trabajabas además de prepararte para el doctorado.

Lovem cerró los ojos y suspiró.

—Es largo de contar.

—Puedes hacerlo sentada en una silla. Yo estaría sentado en la silla de enfrente y habría una mesa entre nosotros. Y un par de bebidas. —Juan carraspeó—. Lo que quiero decir es que... podemos quedar a tomar algo y tú podrías hablarme de ese trabajo tuyo que te ha tenido tantos días alejada de mí.

—He conocido a alguien.

Lovem abrió los ojos. Con todo lo que se le venía encima, necesitaba sacar a Juan de su vida. Era demasiado peligroso. Y en verdad había conocido a alguien, aunque en esos momentos tuviera ganas de estrangularlo. Aún le quemaba la entrepierna.

—Con ese alguien no te refieres a mí, ¿verdad?

Lovem sonrió sin poder evitarlo. Juan era un buen chico.

—No. Lo siento.

—¿Alguien del trabajo?

—Sí.

Juan suspiró.

—Me alegro por ti, Ken.

—Lo sé. Gracias.

—Supongo que... ya nos veremos por ahí.

—Sí.

«Quizá en otra vida», pensó Lovem.

—Adiós, Ken.

—Adiós, Juan.

Lovem levantó la vista y vio a Eric apoyado en la jamba de la puerta.

—No me lo digas —le dijo él—. ¿Primogénito Drake?

Lovem se dejó caer de nuevo en la cama, fue la señal para que Eric entrara y se tumbara a su lado.

—Escupe, Kennedy —le dijo, una vez se puso cómodo.

—Se ha enfadado por lo del beso. ¿Tú has visto el beso?

—Yo y medio Olimpo. Joder, Lovem, que lo han visto hasta los gigantes.

—Necesitaba distraerlo.

—Sí, claro... ¿A Fiji también lo hubieras distraído de la misma manera?

—Puaj, no.

Eric rio con suavidad y Lovem acabó riendo también.

—Me ha besado —confesó.

—¿Primogénito Drake?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando os habéis ido todos.

—Sí que es rápido el dragón.

—Lo ha hecho para darme una lección.

—Sí, claro... La misma que le habría dado a Fiji...

Eric negó con la cabeza. Lovem y Tristan iban a liarse. Otra vez. No tenía dudas. Él no creía en el destino, pero, joder, lo de esos dos no era normal.

Lucas irrumpió en el dormitorio de Magnus sin llamar a la puerta. Vio a Josh sentado tras el escritorio, con los ojos hundidos en el microscopio, y no pudo resistirse a ir a abrazarlo. Josh se sobresaltó en un primer momento, no había escuchado la puerta de lo concentrado que estaba, pero se relajó en cuanto se dio cuenta de que era Lucas.

—Joder, Josh...

—Estoy bien —le aseguró en un susurro, y lo miró de arriba abajo. Él también estaba bien. Ni un solo rasguño—. Y no te imaginas lo que ha descubierto Magnus. Pero primero cuéntame qué ha pasado.

—No te lo vas a creer. Qué os dije, ¿eh? ¿Qué os dije? ¡Que Hefesto estaba detrás de todo!

Josh se puso el dedo en los labios y mandó callar a Lucas. Señaló con la barbilla a Magnus, dormido en la cama. Estaba en posición fetal abrazado a

la almohada.

—Vas a despertar a Mag.

—Oh, los dioses me perdonen. Acabamos de descubrir que Hefesto está detrás del viaje en el tiempo y de todo el plan en contra de Lovem y Aiden, pero no queremos que el príncipe se despierte. Ostras, por cierto, ahora que lo pienso, ¿te has dado cuenta de que los dos sois príncipes? Tú del Inframundo y él de los dragones. Tiene que ser una señal, pecoso.

Josh elevó los ojos al cielo.

—Céntrate, Lucas, y cuéntame lo que ha pasado.

—Sí, señor. Con pelos y señales

Lucas se lo contó, y justo Josh le estaba preguntando si ya todos sabían que Lovem era Lovem cuando Tristan entró en la habitación. Y no venía solo. Rafe y Phil lo acompañaban.

—¿Es que aquí nadie llama a la maldita puerta? —dijo Josh.

—Guau, ¿maldita puerta? Qué malas pulgas, rubio —se mofó Lucas.

—No —le respondió Tristan.

Y se dejó caer en la cama de su hermano, derrotado, perpendicular a él. Acababa de tener una reunión muy intensa con su padre y Pólux, ambos estaban preocupados por lo que había pasado, y estaba agotado. No quería dar más explicaciones, solo dejar la mente en blanco.

—Y Philip y Raffaele en persona —continuó Lucas—. ¿Cómo vosotros por aquí?

Rafe odiaba su nombre completo y Lucas lo sabía.

—Estamos en nuestro tiempo de descanso, pececito —le respondió Rafe.

—Y a ti ¿qué te pasa? —le preguntó Josh a Tristan.

—Lovem lo besó mientras creaba a Égida —les explicó Lucas a todos—. Fue una artimaña para entretenerlo.

—¿Y funcionó? —preguntó Phil.

—¿Qué? —exclamó Josh al mismo tiempo—. ¿No se supone que me lo habías contado todo «con pelos y señales»?

—Ey, ey, ey —Lucas levantó los brazos—, relajaos, fieras, y por partes, que acabo de disputar un combate a muerte. En cuanto a ti —Lucas señaló a Phil y luego a Tristan—, ¿que si funcionó? ¿Tú qué crees? Y con respecto a ti —Lucas miró a Josh—, ¿qué quieres que te diga? Me he liado con eso de crear una superola barra tridente y luchar junto a Lovem para derrotar a los malos. Con éxito, tengo que añadir.

—Como siempre, ¿no? —le replicó Rafe.

Lucas le sacó la lengua. Phil se acercó a Tristan y le dio una palmada en el muslo.

—¿Apenas han pasado unos días y ya has conseguido que te bese? Eres rápido, Drake —bromeó Phil.

—Solo lo ha hecho para distraerme.

—Permíteme dudarlo, casanova —añadió Rafe.

—No ha sido un beso de distracción —añadió Lucas—. Le ha metido la lengua hasta la garganta. Y, por cierto, insisto, el malo es Hefesto. No me gustaría deciros que os lo advertí, pero... OS LO ADVERTÍ.

Josh volvió a pedirle a Lucas que guardara silencio. Magnus seguía dormido como un tronco, sí que estaba cansado para no enterarse de nada teniendo en cuenta el alboroto que montaba siempre esa gente. Josh pensaba que era tierno. Magnus era muy tierno. Movió la cabeza. «Concéntrate, Josh».

—¿Y qué ha hecho Zeus con él? —preguntó.

—¿Con quién?

Josh alzó de nuevo los ojos al cielo.

—Con Hefesto —dijo con paciencia.

—Ah. Nada —respondió Lucas.

—¡¿Cómo que nada?! Eso tampoco me lo habías contado. ¡Mierda, Lucas!

—No te me lances al cuello, pecoso. Hefesto, técnicamente, no ha hecho nada...

—¡¿En serio?!

—... he dicho técnicamente, así que Zeus, *técnicamente*, no podía castigarlo.

—Alucino con el Olimpo.

—¿A estas alturas?

—¿Dónde creéis que está ahora mismo? —preguntó Phil de pronto.

—¿Hefesto?

—Sí.

—En el Olimpo seguro que no —dijo Rafe—. Zeus se lo comería vivo. Así, sin tecnicismos. Esperad. Josh, ¿tú no puedes buscarlo?

Tristan se olvidó de sus problemas amorosos y se levantó al instante de la cama.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó a Josh—. ¿Puedes encontrar dioses?

—Depende de dónde estén —respondió Josh—. Hay lugares a donde no puedo llegar si se trata de dioses.

—¿Puedes intentarlo?

—Ey, ey, ey, esperad —dijo Phil—. Puede ser peligroso. Si Hefesto está detrás de los viajes en el tiempo y de todo... Joder, tenemos que estar preparados.

—Solo vamos a comprobar si podemos localizarlo. No vamos a ir a por él ahora mismo.

—¿Y Josh no correrá ningún peligro?

—Por supuesto que no.

—Si Hefesto lo ve husmeando...

—Nadie puede ver a Josh husmeando, ni siquiera los dioses. ¿Crees que le permitiría *husmear* si no fuera así? Vamos, dale, pecoso.

Josh cerró los ojos, se concentró y pensó en Hefesto. En su larga barba y en sus ojos fieros y amarillos. En su voz y en su presencia. En su fuego. Y no tardó demasiado en encontrarlo, o en verlo, enfadado, entre bloques de hielo.

—Creo que está en el Reino Hielo —dijo en voz alta.

—Mmm. Tiene todo el sentido —respondió Phil—. Ha hecho equipo con los gigantes y Zeus no puede entrar allí. No le pertenece.

—Zeus puede entrar donde le dé la gana —replicó Rafe.

—En realidad no —dijo Josh—. El Reino Rojo os pertenece a vosotros, el Reino Sombrío a Poseidón y el Reino Hielo a los gigantes. Puede destruirlos desde el cielo, pero no puede entrar *físicamente* si no se lo permitís.

—¿Y cómo entramos nosotros en el Reino Hielo? —preguntó Lucas.

—No se puede —respondió Phil—. Es inexpugnable.

—Genial. ¿Algo más?

—Sí —dijo Josh—. Magnus ha descubierto algo con respecto a Escila.

—Y después ha caído desmayado en la cama sin quitarse ni la ropa —añadió Lucas, señalando al susodicho—. A todos los genios les pasa.

Josh lo miró con mala cara.

—¿Qué? —se defendió Lucas—. Estás muy susceptible hoy con tu novio.

—No es mi novio.

—Claro...

—No lo es. Magnus me ha dejado.

Tanto Lucas como Phil y Rafe lo miraron con los ojos muy abiertos. A Tristan no le sorprendió.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos discutido.

Lucas chascó la lengua. Qué parco en palabras era siempre Josh.

—Pero ¿por qué?

—Porque le oculté cierta información.

—¿Qué información?

Josh miró a Tristan, que le hizo un gesto con la mano de «adelante». Allí todos lo sabían ya.

—Que Lovem tiene la sangre de Tristan.

—Uuuh —dijeron Phil y Rafe al unísono.

—Y ha resultado ser información muy relevante en cuanto a Escila.

—¿Cómo es eso?

—Escila reacciona ante el lumikanol. Brilla.

—¿Brilla?

—Sí, brilla.

—¿Cómo los ojos de Tris cuando miran a Lovem? —preguntó Rafe.

Tristan alcanzó uno de los cojines de su hermano y se lo lanzó a la cara. Rafe lo esquivó y rio.

—Mejora esa puntería, Drake.

Lucas puso los ojos en blanco.

—Sois una pandilla de inmaduros. Y tú no te preocupes, pecoso —le dijo a Josh—. El friki te perdonará y volveréis a ser supernovios. Los Drake tienen mala hostia, pero se les pasa enseguida.

—Oye, hablando de los Drake y su mala hostia —dijo Phil—, ¿qué le ha pasado a Alicia? Me la he encontrado antes en el pasillo y echaba humo.

Lucas bufó.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Rafe a Lucas.

—¿Protegerla de los malos?

—¿También la has besado?

—¡No, joder!

Josh le dio un golpe a Lucas en el brazo.

—¿Puedes dejar de gritar?

Lucas alzó los ojos al cielo por enésima vez y se acercó a Magnus. Se inclinó y colocó el rostro a escasos centímetros del suyo.

—Seguro que está soñando contigo. Este no se despierta en horas.

22

Al día siguiente de la batalla de la biblioteca, Lovem acudió al amanecer a la Resistencia y, aun así, Josh, Lucas y Tristan ya estaban allí. Eric y Peter también, pero, claro, es que ellos estaban organizando los cientos de libros que ya habían conseguido rescatar de la biblioteca. Lovem no sabía cómo comportarse con Tristan después de lo que había pasado. Y lo mismo le sucedía a Tristan. Desde luego, no era necesaria la presencia de Peter para que se viera la tensión sexual. Era roja y saltaba a la vista de cualquiera.

—Qué madrugadores —dijo Lovem.

—Queremos contarte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Eres Lovem —le dijo Josh sin poder evitarlo.

Lovem frunció el ceño y Lucas salió a salvar la situación.

—Perdónalo, es fácilmente impresionable. No era eso lo que queríamos contarte, sino que sabemos dónde está Hefesto.

—¿Dónde? —preguntó Eric, dejando caer unos libros encima de la mesa.

—En el Reino Hielo.

—Mmm —murmuró Eric—. Tiene todo el sentido. Ha hecho equipo con los gigantes y Zeus no puede entrar.

—Sí, sí —bufó Lucas—, todos sabemos que tiene todo el sentido, pero ha sido pecoso quien lo ha descubierto. Y ahora es cuando yo digo que estoy harto de esperar a que nos ataquen. Esta vez nos toca a nosotros.

—El Reino Hielo es inexpugnable.

Lucas bufó y elevó los brazos.

—¡También lo sabemos! Pero vamos a encontrar la manera de entrar y a...

—¿Y cómo vamos a hacer eso, tío listo? —le preguntó Eric.

—Bueno, para empezar —Lucas señaló su alrededor—, estamos rodeados de cientos de libros, podríamos... —Lucas enmudeció.

—¿Lucas? —lo llamó Josh.

—Joder.

—¿Joder qué? —preguntó Tristan, y compartió una mirada con Lovem, que, por cierto, estaba guapísima esa mañana con el cabello atado en una coleta alta y unos pantalones vaqueros rojos que le quedaban increíbles.

Ambos se habían acercado el uno al otro, inconscientemente, según ellos, y se rozaban los hombros. No es que la habitación fuera pequeña, al contrario, era superamplia, pero ahí estaban, con los costados pegados, como si su vida dependiera de ello. Lovem aspiraba el aroma de Tristan de recién duchado y Tristan escuchaba la respiración de Lovem. Y ambos sentían las mariposas en el estómago. Eso sí, en sus cabezas seguían molestos el uno con el otro. Sí, claro...

—¿Y si es eso? —continuó Lucas, y Lovem y Tristan dejaron de pensar en el otro y se concentraron en la conversación—. ¡¿Y si es eso lo que intentan que no descubramos?! ¡Pensadlo un momento! Si Hefesto no puede regresar al Olimpo, tiene que esconderse en algún lugar que sea inexpugnable. Solo que quizá ese lugar no exista. Quizá el Reino Hielo no sea tan inexpugnable y quizá —Lucas señaló los libros— sea eso lo que no quieren que descubramos.

—Joder...

—Tiene todo el sentido —dijo Lovem, con la sensación de que acababan de descubrir algo muy importante. Y compartió otra mirada con Tristan, que le guiñó un ojo.

Mierda. Se le había escapado. «Por todos los dragones, Tristan, deja de intentar ligar con ella, ¡estás haciendo el ridículo!», se reprendió a sí mismo. Joder, qué complicado era el cortejo.

—Varela, tengo que reconocerlo —le dijo Eric—, me has dejado sin palabras.

Lucas sonrió.

—Manos a la obra. Tenemos mucho trabajo por delante.

Tristan estuvo de acuerdo. Menos guiños y más libros. ¡Por fin avanzaban!

23

Magnus tenía que añadir otro récord en cuanto a horas seguidas sin dormir se refería: setenta y dos. Después de que Tristan le contara todo lo que había sucedido con los gigantes y con Hefesto, su instinto le decía que encontrar a Escila en ese momento era lo más importante. La Resistencia se había creído lo de que el ataque fue fortuito, pero él sabía la verdad. Y Tristan. Y Josh y Lucas. Iban a por Lovem.

Y por fin lo tenía. Por todos los dragones, Magnus por fin lo tenía. No cabía en sí de puro gozo. ¡Había encontrado la manera de detectar a Escila! Mantuvo la mirada, fascinada, en el artefacto que acababa de fabricar. No podía apartar los ojos de él. Dos años. Había tardado dos años en dar con ello.

Magnus estaba exultante. ¡Feliz! Oh, por Megalo, ¡tenía que contárselo a Josh! Se giró hacia la cama con una sonrisa radiante, pero... él no estaba. Claro, que ya no dormían juntos.

Magnus sacudió la cabeza. Lo echaba muchísimo de menos, y solo habían pasado tres días largos desde la ruptura, pero su ánimo no decayó. Por fin podría protegerlo, y eso era lo más importante. Fue lo que se dijo a sí mismo, a ver si acababa de convencerse.

No sabía ni qué hora era. ¿De día? ¿De noche? Abrió las cortinas y vio el cielo azul. Vale, de día. Dio vueltas sobre sí mismo hasta que encontró su

reloj de pulsera tirado de cualquier manera encima de la cama junto con una de sus sudaderas. Eran las cinco de la tarde. ¿Dónde estaría todo el mundo?

Se miró de arriba abajo. ¿Estaba vestido? Eh, sí. Llevaba la misma ropa de hacía días, pero daba igual. Se calzó unas deportivas, salió corriendo de la habitación y casi se estampó con Pólux, Rafe y Phil, que iban a verlo. O a comprobar que se estuviera alimentando y esas cosas.

—¡Pólux! —Lo sujetó por los hombros—. Lo tengo. ¡Ya lo tengo!

—¿El qué? —preguntó Pólux, sin poder evitar la sonrisa. Magnus le producía muchísima ternura. Lo quería con locura.

—Escila.

A Pólux se le borró la sonrisa, miró hacia ambos lados del pasillo y metió a Magnus de nuevo en la habitación, cerrando la puerta tras él.

—¿Ya?

—¡Sí! Ya he creado el artefacto.

Pólux meneó la cabeza. No era posible. ¿Tan rápido?

—Cuéntamelo todo.

—Bonita frase, viniendo de ti. —Magnus no pudo evitarlo—. Todavía estoy cabreado con vosotros por no haberme dicho lo de la sangre de Lovem, pero ahora mismo me puede la emoción, así que voy a dejarlo de lado.

Pólux suspiró. Ya había mantenido esa conversación con Magnus un par de días atrás cuando irrumpió en su despacho y le echó en cara que le hubiera ocultado una información tan importante.

—Magnus..., ya te he dicho que era una información muy peligrosa que...

—¿Yo debía tener?

—Discrepo.

—Y yo discrepo de que tú discrepes. —Magnus no se podía creer que Pólux siguiera con esa cantinela—. Llevo dos años buscando a Escila, ¡dos

años, Pólux!, y ¿tú crees que no era necesario que me dijeras que Lovem llevaba la sangre de Tris en las venas?

—No. Lovem ya estaba muerta. Ellos ya habían ganado. Sabíamos que Escila acababa con los poderes de los semidioses y mataba a los humanos. Escila mató a Lovem siendo humana. Tú buscabas a Escila para salvar a Josh. Yo quería encontrar a Escila para salvar a Josh. No creí necesario darte la información de la sangre de Lovem para la investigación. Y créeme, lo medité mucho.

¿Meditar? Magnus se quedó pensativo durante unos segundos. Pólux siempre lo sabía todo, pero en los últimos tiempos Magnus tenía la sensación de que andaba igual de perdido que el resto del mundo. ¿No tendría que haberse anticipado Pólux a los acontecimientos? Era como si ya no pudiera ver el futuro. ¿Acaso era posible? ¿Puede desaparecer de pronto una habilidad como esa? ¿Y por qué?

—Quizá debiste haberlo meditado más —le dijo por fin.

—¿Habrías llegado a algo?

—¿Qué?

—¿Habrías llegado a algo sabiéndolo? Lovem estaba muerta.

A Pólux aún le costaba pronunciar esas tres palabras en voz alta; en cierto modo, aún le dolían. Y necesitaba ver a Lovem sana y salva para acabar de creérselo, pero tendría que esperar. Si algo había aprendido con el paso de los años, era a esperar. Había esperado más que nadie.

—No..., no lo sé —le respondió Magnus con sinceridad.

—Pues dejemos de girar la cabeza hacia el pasado y miremos hacia el futuro. Háblame de ese artefacto.

Y así lo hizo Magnus. Se lo contó paso a paso. Y a pesar de todas las recriminaciones y de los errores de unos y otros, estaba feliz. Y Pólux estaba tan orgulloso de él...

—Tengo... —Magnus no podía estarse quieto—, tengo que contárselo a Tris. ¿Dónde está?

—En la Resistencia. Con Lovem.

—¡Voy!

Cogió el artefacto, lo metió en una mochila y salió disparado. Pólux se sentó en la cama. Vaya giro de los acontecimientos. Vaya maravilloso giro de los acontecimientos. Pero todo estaba a punto de explotar, se lo olía, y tendrían que estar preparados.

Magnus llegó a la Resistencia en tiempo récord (nunca había cabalgado tan rápido hasta el portal) y bajó las escaleras hacia la sala de operaciones también en tiempo récord (no se dejó los dientes en el suelo en un par de ocasiones de milagro).

—¡Tris! —gritó en cuanto entró en la sala y lo vio.

—¿Mag?

Magnus se detuvo.

Josh.

Resulta que Tris no estaba solo. Lo acompañaba la pandilla al completo y un montón de libros en un pésimo estado organizados en torres muy precarias. Ah, claro, los libros que Peter y Eric habían rescatado de la biblioteca. Magnus estaba al día de absolutamente todo lo que había sucedido mientras él se recluía en su dormitorio; Tristan se lo había contado, incluso el «beso vengador» con Lovem... (así lo había apodado). Magnus lo llamaba culpabilidad, y mentiría si no dijera que le encantaba ver al borde de su hermano tan complaciente. También había hecho unos cálculos rápidos de cuántos libros tendrían que leer y el tiempo que les iba a llevar y... estaban jodidos. Oh, y también tenía una sensación extraña en el cuerpo. Una sensación que le decía que se estaba olvidando de algo importante. Si cerraba los ojos y se concentraba en ello, tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir qué era ese «algo», pero un segundo después se había ido. Era muy frustrante.

Magnus se perdió un instante en Lovem y su hermano. Estaban muy cerca el uno del otro. Tristan le había contado que las cosas entre ellos andaban un pelín tensas desde el beso vengador (qué gran nombre, por favor), pero cualquiera lo diría. Estaban realmente cerca. Magnus meneó la cabeza.

—Tengo que hablar con vosotros —les dijo, excitado—. ¡Es superimportante!

—¿Estás bien? —le preguntó Josh, después de mirarlo de arriba abajo.

Magnus era un desastre andante, lucía desaliñado, con los pantalones de chándal caídos en la cintura de manera desordenada y una camiseta arrugada a más no poder. Los cordones de las zapatillas desatados, para haberse matado por las escaleras, y el pelo desmadejado. En pocas palabras, estaba para comérselo. Guapísimo. Podría perderse en él, una vez más. Josh lo echaba de menos. Por todos los dioses, lo echaba muchísimo de menos. Y no solo en el plano más físico y carnal, que también; echaba de menos su compañía y sus conversaciones sin fin. Le encantaba escucharlo hablar y se veía incapaz de renunciar a esos momentos. Pero él lo había fastidiado todo a lo grande. Había fallado a la única persona en la que su padre le dijo que podía confiar.

—Mejor que bien —respondió Magnus. Después se dirigió a Tristan—. Tenemos que hablar.

—¿Puede ser aquí?

—No lo sé. ¿Puede ser aquí?

Magnus y Tristan observaron a la gente que se encontraba a su alrededor. Lucas, Josh, Lovem, Eric, Peter, Crew, Easton, Diana y Fiji. En los cinco primeros podían confiar sin atisbo de duda, incluso en Eric; de hecho, el asunto les concernía más que a nadie. En los cuatro últimos... Sin duda, eran el corazón de la Resistencia, y llevaban más de un año colaborando. Si no podían confiar en ellos...

—¿Qué pasa? —preguntó Lovem.

Magnus arrancó a hablar.

—Todos los que estamos aquí sabemos lo que es Escila, ¿no?

—Un arma contra los semidioses —respondió Lovem.

Peter se llevó los dedos a los lagrimales. Escila otra vez no, por favor. La odiaba con todas sus fuerzas.

—¿Un arma? —preguntó Fiji.

—¿Qué clase de arma? —dijo Easton al mismo tiempo.

Magnus suspiró. Vale, no todos lo sabían.

—Es largo de contar, pero digamos que... *alguien* —Magnus omitió decir que había sido él mismo en un futuro alternativo— descubrió la manera de despojar a los semidioses de sus poderes. Y ese mismo alguien llamó Escila a esa manera.

—¿Qué quieres decir con que despoja a los semidioses de sus poderes? ¿Se los quita?

—Sí. Justo eso. La velocidad, la rapidez... —Miró a Lovem y a Lucas—, el rayo, el tridente... Todo. Escila convierte a los semidioses en humanos.

—¿Para siempre?

—No. El efecto es temporal, pero suficiente para mataros.

—Joder...

—Los semidioses del Olimpo y sus movidas —masculló Easton—. Siempre andáis metidos en líos.

Lucas y Eric suspiraron a la vez.

—¿Y dónde está esa... Escila? —preguntó Diana—. ¿Quién la tiene?

—No lo sabemos —respondió Magnus—. Hace un par de años conseguimos destruirla, pero... quedaron flecos.

—¿Qué tipo de flecos?

—Tampoco lo sabemos.

—¿Sabéis algo? —Easton otra vez.

Eric se acercó a él y le dijo, con el dedo índice en los labios, que cerrara el pico de una puta vez. Con palabrota y todo. Easton bufó, pero obedeció.

Los dos hermanos cada día se llevaban mejor.

—Sabemos que hay Escila en el Olimpo —prosiguió Magnus—. O en el Mundo Exterior. La verdad es que no tenemos ni idea de dónde está ni de qué forma tiene.

—Magnus lleva dos años buscándola —añadió Josh.

—Sí. Exacto.

—¿Cómo? —preguntó Easton, en esa ocasión con verdadero interés—. Es imposible encontrar algo que no sabes ni qué cómo es.

—Eso no es del todo correcto. Hay maneras...

—¿Cuáles?

—Todo en la naturaleza reacciona ante algo. Solo había que encontrar ese algo.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí.

—¿Ya lo tienes? —le preguntó Josh.

—Sí —repitió Magnus, con una sonrisa de oreja a oreja.

Se desprendió de la mochila que llevaba en la espalda y sacó el artefacto que había creado.

—¿Qué es eso? —preguntó Peter. Incluso se acercó e intentó tocarlo, pero Magnus se lo impidió.

—Pues, para entendernos, digamos que es una especie de escáner de luz. En realidad es un nebulizador con un amplificador de longitud de onda, pero, como estoy seguro de que no lo vais a entender, vamos a dejarlo en que «es una especie de escáner de luz».

«Sí, mejor», pensaron Lucas, Eric, Tristan, Crew, Easton, Fiji y Diana al mismo tiempo. Lovem, sin embargo, lo entendió a la perfección. Y Josh también.

—¿Y con eso vas a encontrar a Escila? —preguntó Crew.

—¡Sí! Quiero decir, no. No voy a encontrarla, porque tendría que buscarla por todo el mundo, pero si ella viene a por nosotros, lo sabremos.

—¿Cómo?

Magnus empezó por el principio.

—Hemos descubierto que Escila reacciona ante la sangre de dragón. ¿Por qué? Por el lumikanol. —No es que Magnus esperara un «ooh, claro» del resto, pero tuvo que suspirar ante tantas cejas levantadas. Bien, tendría que empezar más atrás—. El lumikanol es la proteína que otorga el color verde a nuestra sangre de dragón, entre otras cosas —Magnus no iba a contarle a toda esa gente que gracias a la cantidad de lumikanol que Tristan tenía en su sangre podía sacar fuego de las manos y convertirse en dragón —, de la misma manera que la hemoglobina le da el color rojo a la sangre humana. Glóbulos rojos, glóbulos verdes. ¿Lo pilláis? Bien, pues Escila y el lumikanol no se llevan nada bien. Aleluya por eso. Cuando Escila se pone en contacto con el lumikanol, reacciona y emite una luz verde muy potente, brilla, como el culo de una luciérnaga.

—Quimioluminiscencia —dijo Lovem, que, cerca de sacarse un doctorado en química, seguía la explicación de Magnus fascinada. Y extrañada también. ¿Lumikanol? Esa era la proteína que ella tenía en la sangre. La que le daba el toque verde. Su padre le había dicho que era algo suyo, pero, al parecer, también era algo de los dragones. Lovem frunció el ceño.

—¡Exacto!

—Quieres obtener una reacción quimioluminiscente de Escila y detectarla —dijo, aún sin quitarse de la cabeza el tema del lumikanol.

¿Por qué ella también lo tenía? Siempre lo había asociado a su divinidad, pero ¿qué tenía que ver su divinidad con los dragones? Y, por cierto, en su opinión, Magnus era un genio.

Magnus era aburrido como él solo, en opinión de Eric. Se sentó en una silla y bostezó. A ver si el friki llegaba a algo ya de una vez...

—¡Sí! Y para ello necesitaba un compuesto que emulara la misma reacción química que a Escila le provoca el lumikanol.

—¿Por qué? —preguntó Lucas.

—Porque no podía usar nuestra sangre —respondió Magnus, como si fuera la mayor obviedad del mundo.

Lucas siguió sin entenderlo, pero cerró el pico. Mejor dejaba que acabara de explicarse.

—Busqué y me di de frente con tulinol —continuó Magnus—. Es muy poco común. Solo se encuentra en las medusas y en algunas plantas, pero tiene las mismas características que el lumikanol. O parecidas. Al menos en lo que concierne a la reacción de quimioluminiscencia con Escila. He conseguido aislarlo.

—¿Y lo has metido en ese chisme? —preguntó Easton.

—Más o menos. Lo que he logrado es crear una mezcla del tulinol con un catalizador que, al ser nebulizado sobre Escila, genera una reacción quimioluminiscente, es decir, emite a la misma longitud de onda.

—¿Longi qué?

—Longitud de onda. Significa que si he nebulizado algo y enciendo el escáner, si Escila está presente, empezará a brillar como una luciérnaga.

«¿Nebuli qué? —se preguntó Lucas—. Joder, el chaval es más raro de lo que pensaba». Echó un vistazo alrededor y vio que, excepto Lovem, Eric y Josh, el resto miraba a Magnus con la misma cara de pasmados. Vamos, sin entender nada.

—¿Y de qué nos sirve eso? —preguntó Easton.

«Buenísima pregunta», pensó Lucas.

Magnus tomó aire. ¡¿Es que acaso no lo estaban escuchando?! Oh, pero sí lo escuchaban. Sobre todo Eric, que se levantó y se acercó a él.

—¿Puedes detectar a Escila?

—Podemos detectar a Escila. Voy a convertir este lugar, y mi reino, en un especie de escáner gigante de luz. —Magnus encendió el aparato y este comenzó a nebulizar la mezcla—. Si Escila está cerca de nosotros, ya sea en

forma de polvos, jeringuillas o putas mariposas, brillará y sabremos que es ella. No nos pillarán desprevenidos.

Entonces se oyó un grito ahogado en la sala.

El de Peter.

Magnus bajó el brazo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre?

Se fijó en las caras de todos, en las caras horrorizadas de todos, que miraban hacia el mismo lado. Hacia algo que se encontraba detrás de Magnus. O alguien. Magnus se giró y se le cayó el alma al suelo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. Uno de los malos. Se le puso toda la piel de gallina. No. Era imposible. No podía ser. No, no, no, no, no.

Dejó que el escáner cayera al suelo y con el corazón en la boca se acercó a Josh, a su Josh, que brillaba como una luciérnaga. Como una puta luciérnaga.

Llegó a él y lo tocó con manos temblorosas.

—No puede ser —dijo en voz alta—. ¡No puede ser!

Josh extendió los brazos, desnudos, y se contempló los antebrazos y las palmas de las manos con los ojos muy abiertos. Todas sus venas brillaban. Todas.

Magnus le agarró de la camiseta y se la pasó por la cabeza. La tiró al suelo. Tocó y observó el brillo en el pecho de Josh, ese pecho que él tantas veces había acariciado y besado.

—¿Qué coño significa esto? —Lucas también se acercó a Josh y lo tocó —. ¡¿Qué?!

—No. ¡No! —seguía gritando Magnus.

—Tal vez sea alguna de tus putas muestras de Escila, que, sin querer, yo qué sé, se ha tragado o algo —sugirió Lucas a la desesperada.

Nadie lo escuchaba.

Magnus sabía lo que veían sus ojos. Y sabía que el escáner funcionaba.

Easton, Crew, Peter... Todos seguían la escena que se desarrollaba ante sus ojos, alucinados. ¿Qué significaba todo eso?

—Soy Escila —susurró Josh—. Yo soy Escila.

Eric sujetó a Lovem del brazo y la separó de Josh. Mierda. Josh era Escila. De ninguna manera podía haber visto venir algo así.

Tristan, Lucas y Magnus se apiñaban cerca de Josh.

—Voy a sacártelo —le repetía Magnus a Josh sin descanso, y sin dejar de tocarlo—. Voy a sacártelo de dentro, cariño. Te juro que voy a sacártelo de dentro.

A Josh le cayó una lágrima en la mejilla. No. Magnus no podría sacárselo, por mucho que lo intentara. Escila le recorría las venas. Tendría que desangrarlo entero.

—¿Cómo? —susurró.

—No lo sé, pero voy a sacártelo, aunque sea lo último que haga. —Lo abrazó y le dio un suave beso en los labios. Unió sus frentes. Ambos lloraban—. No tengas miedo. No voy a dejar que te pase nada. Nunca.

—¿Cómo... cómo ha llegado esa cosa a sus venas? —preguntó Easton. No entendía las consecuencias épicas de todo aquello, pero empatizaba con la situación y el estupor y sufrimiento de Josh. Joder...

Magnus no separó su frente de la de Josh ni dejo de abrazarlo.

—No lo sé —susurró sobre sus labios.

—Inyectándoselo —dijo Lovem—. Es la única manera.

—¿Inyectándoselo? ¿Quién haría algo así?

Magnus no respondió. De hecho, perdió el hilo de la conversación. En lo único en que podía pensar era en sacar ese maldito bicho del cuerpo de Josh.

—Nadie le ha inyectado nada en los dos últimos años —afirmó Lucas—. Nos habríamos dado cuenta.

—Escila no lleva ahí dos años —le dijo Lovem.

—¿Qué quieres decir?

—Quienquiera que se la haya inyectado... lo hizo hace mucho tiempo.

—Eso es imposible. Llevo media vida a su lado. ¡Nos habríamos dado cuenta!

—¿Por qué no le afecta? —preguntó Crew—. Si se supone que Escila mata la parte divina de los semidioses, ¿por qué no le afecta? Josh no es un humano. Es un semidiós.

—Porque, como ya he dicho —dijo Lovem—, quienquiera que se la haya inyectado lo hizo hace mucho tiempo.

Era la primera conclusión a la que había llegado. Josh y Escila convivían en un parasitismo perfecto. Y teniendo en cuenta lo venenosa que era ella..., la unión tenía que haberse producido desde el nacimiento.

—Joder...

—Josh se ha hecho inmune a Escila —concluyó Lovem.

—No del todo —dijo Tristan, que abrió la boca por primera vez; había estado ocupado digiriendo los nuevos acontecimientos. Todos se volvieron hacia él, incluso Magnus, que tenía los ojos anegados de lágrimas—. Josh no posee la fuerza ni la velocidad de un hijo de los tres grandes.

Magnus cerró los ojos. Ahí tenía la respuesta que él mismo se había hecho años atrás:

—¿Qué pasa conmigo? —le preguntó Josh.

—Eso digo yo —indicó Magnus—. ¿Qué pasa contigo? ¿También manejas el agua a placer?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sabemos —respondió Lucas. Y era algo que siempre se habían preguntado.

—Mmm... —A Magnus aquello no le cuadraba. Lucas parecía sentir el mismo amor tanto por uno como por otro. ¿Por qué entonces Josh no controlaba el agua como Lovem?

«Pues claro», pensó Eric también. «Por eso Collingwood siempre ha sido débil». Todo cobraba sentido.

—Joder... Escila no le anula los poderes del todo, pero sí los adormece —dijo—. Ahora la pregunta es: ¿quién se lo ha hecho y por qué?

Josh, dentro del sufrimiento que lo embargaba, intentaba recordar jeringuillas o cualquier cosa que hubieran podido utilizar para meterle Escila dentro, pero nada le venía a la cabeza.

—No —dijo Lucas—. Ahora la pregunta es ¿cómo se la sacamos? Después mataremos a quien lo haya hecho.

—Tenemos que protegerlo —añadió Tristan—. Quienquiera que lo haya hecho va a venir a por él.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? ¿Y por qué no han venido antes? —preguntó Easton.

—Es un caballo de Troya —respondió Crew.

—Un caballo de Troya que no teníamos que haber descubierto —afirmó Tristan—. Por eso tenemos que protegerlo.

Lovem y Eric compartieron otra de sus miradas. Había mucho de que hablar.

24

Lucas había luchado con uñas y dientes por que Josh se fuera con él a la Ciudad del Olimpo, pero acabó aceptando que donde más seguro iba a estar era en el Reino Rojo. Allí jamás podrían llegar a él.

Lucas dejó a Josh en la habitación de Magnus y se fue a buscar a Alicia. No podía irse a su casa. No podía separarse de Josh a más de veinte metros. También necesitaba hablar con alguien y no tenía a nadie más. No tenía a Lovem, que, ajena a la magnitud del problema, se había ido a su casa con el gilipollas de Eric. Llamó a la puerta con los nudillos, con suavidad.

—¿Lucas? —preguntó Alicia en cuanto abrió.

Aún seguía enfadada con él, enfadada porque se hubiera jugado la vida en la lucha contra los gigantes, pero lo único que sintió cuando lo tuvo enfrente después de días sin verse fueron unas ganas inmensas de protegerlo. Sí, era una locura y Alicia lo sabía, pero se lo veía devastado. ¿Qué habría pasado? Alicia no quería verlo devastado.

—¿Puedo pasar? —le suplicó Lucas. Y no solía suplicar.

Alicia abrió del todo sin dudarlo un instante.

—¿Qué ha pasado?

—Josh es Escila.

—¡¿Qué?!

—Josh es Escila —repitió Lucas, y se echó a llorar en los brazos de Alicia, que lo acogieron con fuerza.

—No puede ser...

Lucas no dijo nada más. Solo lloró.

—¿Qué... qué necesitas que haga? —le preguntó Alicia.

—Respirar. Necesito que me hagas respirar.

Alicia asintió, le levantó la cabeza de su cuello y se perdió unos segundos en las ondas oscuras que le caían sobre la frente por encima de los ojos negros. Lucas era exasperante. Vanidoso. Pagado de sí mismo. Desconfiado. Interesado. Mentiroso. Borde. Y un montón de adjetivos más... Pero en ese momento solo era un chico asustado.

Alicia lo besó en la boca. Lucas se apartó, sorprendido, pero tres segundos después se lanzó a sus labios. Y por fin consiguió respirar. Por eso la llevó hasta la cama, se desprendió de la camiseta y se tumbó encima de ella, que enseguida le rodeó las caderas con las piernas. Los labios de Alicia eran cálidos, y dulces, sabían a algo dulce. Lucas escondió la cabeza en su cuello al mismo tiempo que le quitaba los pantalones y la ropa interior.

—Te necesito aquí y ahora —le susurró.

—Sí —susurró Alicia de vuelta, y le desabrochó los pantalones.

Alicia no quería pensar en las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Sexo. Solo sería sexo. Lucas lo necesitaba y ellos eran amigos. Envolvió las manos en el cabello de Lucas y le levantó la cabeza. Lo besó en la boca de nuevo. Era... embriagador. Y adictivo. A Alicia se le quedaba un sabor salado en la boca que no podía dejar de paladear. Gruñó. Mierda. Qué bien sabía Lucas.

Lucas se separó de sus labios.

—¿Qué pasa, rubia?

—Sabes a sal. Es como comer una ostra. Y me gustan las ostras.

Lucas sonrió.

—Y solo me has probado la boca.

—Pues dame más.

Lucas se lo dio. Se lo dio todo. Hicieron el amor. Y respiraron. Respiraron hasta que Lucas cayó rendido sobre la almohada. Poco después, Lucas, tras darle un beso en la mejilla a Alicia, se levantó y se dirigió al lugar donde debía estar.

Magnus se acostó junto a Josh en cuanto Lucas se marchó. Lo abrazó por detrás y su olor y su calor lo inundaron. Oh, Josh. Magnus tomó aire. Necesitaba tocarlo. Pero también necesitaba hacer un millón de cosas más. Y por eso tuvo que ser claro al respecto.

—Necesito sacarte sangre. Joder —solo deseaba darse cabezazos contra la pared—, si lo hubiera hecho antes...

—No es culpa tuya —le dijo Josh, desolado.

—¿Y por qué me siento como si lo fuera?

Josh se soltó y se incorporó. Apoyó la espalda en el cabecero y extendió el brazo.

—Hazlo ya. Cuanto antes mejor.

Magnus suspiró y abandonó la cama. Cogió de su escritorio lo que necesitaba y, con todo el dolor de su corazón, sacó una buena muestra de sangre. Sacó tres tubos, para empezar. Los dejó en la mesa y regresó a la cama con Josh, que no había cambiado de postura. Se subió a su regazo, apoyó las rodillas en el colchón, una a cada lado del cuerpo de Josh y le rodeó el cuello con los brazos. Volvió a unir sus frentes.

—No voy a parar hasta descubrir cómo aislar a Escila en tus venas —le prometió, una vez más.

—¿Crees que ha sido mi padre? —susurró Josh.

A Magnus le dio un vuelco el corazón. La duda era tan obvia como dolorosa.

—No lo sé. Te juro que no lo sé, Josh.

—Jamás he tenido contacto con Hefesto ni con ningún otro dios del Olimpo. Que lo haya hecho mi padre... es la conclusión más razonable, ¿no? Tú mismo lo dijiste el día que os apresamos y os llevamos a casa de Lovem. ¿Te acuerdas? Dijiste que debíamos considerar sospechoso a Hades.

Magnus lo recordó con anhelo.

—Sí.

—Dijiste que Kairós estaba en sus dominios y nosotros lo pasamos por alto a propósito. Quizá no tendríamos que haberlo hecho.

—Josh, tu padre te quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo veo en tus ojos. Lo veo en cómo hablas de él.

—Lo único que ves es que yo sí le quiero a él.

—No. No es lo único que veo. Os veo a los dos.

Josh suspiró. Estaba tan confundido. Moría de ganas por ir a donde su padre y hacerle todas las preguntas que quería hacerle, pero tenía miedo a las respuestas. No a las respuestas en sí, sino a cómo iba a enfrentarse a ellas.

Magnus no separó sus frentes ni un ápice, y de pronto algo le hizo clic en la cabeza. Pero no un «algo» cualquiera, sino ese mismo «algo» que llevaba días atormentándolo. Ese «algo» que le decía que estaba dejando de lado piezas del rompecabezas que eran sus vidas en ese momento. Piezas de las que sí disponían.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dijo a Josh.

—Sí.

—¿En qué contexto te dio tu padre los libros?

—¿Qué libros?

—Los que trajiste la última vez que lo viste.

Oh, esos libros. Esos libros que andaban desperdigados por la habitación y que Magnus había revisado uno a uno. Tal y como le dijo Josh, todos

hablaban de dragones. Absolutamente todos. De nada en particular sobre los dragones, pero de dragones. De su historia.

—Llegaste... afectado del Inframundo —continuó Magnus—. Y sé que no quieres hablar de ello, pero...

—Hablamos de ti —lo interrumpió Josh—. Entre otras cosas.

—¿De mí?

Magnus se sorprendió y entonces sí separó sus frentes.

—De ti y de Lucas. Y después me dio esos libros. Me dijo que los leyera.

Magnus lo pensó durante unos instantes. Y sonrió. Sonrió en medio de todo el desastre.

—¿Tu padre está de mi lado? —Josh frunció el ceño—. Esos libros solo hablan de dragones —le aclaró Magnus.

—Lo sé. Me dijo que confiara en ti —confesó Josh—. Y que tú abrirías las puertas de mi corazón porque los dragones sois expertos en eso. O algo así.

¿En serio su padre le dijo eso? Guau. Sí que lo tenía de su lado. Magnus volvió a sonreír. Todo encajaba. Aunque... seguía con una sensación extraña en el cuerpo.

—Pues deberías hacerle caso.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó Josh con el corazón en la mano—. ¿De verdad crees que debo creerlo?

—Sí —respondió Magnus sin atisbo de duda.

Magnus estaba convencido de que Hades amaba a Josh. Y de ese caballo no se bajaría.

—¿Te acuerdas de cuando Tristan nos contó que Anfisbena había dicho que yo moría en la otra... —Josh ni sabía muy bien cómo llamarla— línea temporal?

—Sí.

No le habían dado importancia, era agua pasada, formaba parte de una vida que ya no existía para ellos, o eso creía Magnus. Porque la verdad era que Josh sí le había dado importancia.

—No he dejado de pensar en ello en estos dos años.

—¿Por qué? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—No se lo he dicho a nadie. Apenas me permitía pensarlo. ¿Y si...? Mag, ¿y si mi destino es morir, sea en la línea temporal que sea?

Josh le había dado vueltas, no había podido evitarlo. Según Anfisbena, Lovem estaba muerta en la otra línea temporal. Y Megalo. Y él. ¿Y si los tres iban a morir de una manera u otra? ¿Y si...?

—No. Yo no lo voy a permitir —le dijo Magnus, y lo agarró del pelo.

Magnus lo miró a los ojos durante unos instantes y lo besó. Apretó las caderas contra las suyas y le abrió la boca con la lengua.

—Magnus... Magnus —lo frenó Josh, aunque era lo último que quería hacer.

—¿Qué? —preguntó Magnus sobre su boca.

—Soy Escila. Yo soy Escila. —Otra lágrima le cayó en la mejilla.

—Ya lo sé.

—Quizá... —A Josh le costaba respirar—. Quizá te haga daño, Mag, quizá te haga daño de alguna manera. Soy un... puto veneno andante y no quiero hacerte daño. A ti menos que a nadie.

Magnus le limpió las lágrimas con las yemas de los dedos gordos.

—Te quiero —le confesó—. Te quiero, Josh. Estoy locamente enamorado de ti y Escila no va a cambiar eso. No me va a separar de ti. Eres el mismo ante mis ojos. El mismo chico guapo de ojos claros y trato amable que me encandiló desde el primer momento. Tu pelo —Magnus apretó los puños en su pelo y le sonrió con amor—... Tu pelo y la forma en que te cae en la frente me fascinaba en el laberinto y me moría por tocarlo. Todavía lo hago. Todavía muero por tocarlo. Por tocarte.

Magnus volvió a besarlo, con muchísima más fuerza, y Josh respondió con la misma intensidad. Necesitaba a Magnus como al aire para respirar y lo necesitaba en ese mismo momento. Se deshicieron de la ropa e hicieron el amor, lentamente. Josh no quería que se acabara nunca, quería estar así con Magnus y respirar su calidez hasta la eternidad, pero el placer fue tan potente que, entre gemidos y palabras sinsentido, acabó llegando al orgasmo, uno de los más potentes de su vida.

Se quedó dormido poco después.

Toc, toc.

—¿Sí? —preguntó Magnus sin elevar la voz.

—Soy yo. Tristan. ¿Puedo pasar?

Era la primera vez que su hermano le pedía permiso para entrar en su habitación. Josh se había quedado dormido mientras Magnus le acariciaba el pelo con un movimiento circular y, aunque estaba desnudo, las sábanas lo cubrían. Magnus se había puesto la ropa interior, así que...

—Pasa —le dijo a su hermano.

Tristan entró y se sentó en la silla del escritorio de Magnus.

—¿Sabes que tienes a Lucas sentado en el suelo al lado de tu puerta haciendo guardia?

Magnus suspiró.

—No estaba seguro, pero me lo imaginaba...

—¿Cómo está él? —le preguntó Tristan señalando a Josh.

—Está.

—Lo siento. Lo siento mucho, Magnus. Tenía que haberme dado cuenta.

—¿Tú?

—Sí, yo debí darme cuenta. ¿Cuántas veces me has hablado de la musicalidad de Josh? ¿De que Josh sonaba? Pero di por sentado que lo

escuchabas de manera metafórica o... romántica. No literal. No literal, joder. Y ahora que lo pienso. Ahora muchas cosas cobran sentido.

—¿Cómo qué?

—Cuando Lovem y yo estábamos en el centro de la Tierra, solíamos decir que era un lugar donde el silencio se rompe.

—¿Por qué?

—Porque nunca había silencio. Era raro. Era como si la naturaleza hablara. O eso pensamos nosotros. Pero no era la naturaleza. Era Escila. Y Josh suena exactamente igual que ella. No caí en ello. No lo advertí, a pesar de lo cerca que he estado de Josh estos años. Estaba demasiado ocupado conmigo mismo como para darme cuenta de nada más. Lo siento.

—Donde el silencio se rompe —susurró Magnus— se esconde el poder.

—Exacto. Joder, exacto.

—No es culpa tuya, Tris. Todos lo teníamos delante de las narices y no lo hemos visto. ¿Cómo íbamos a imaginarnos que Escila era Josh? No es culpa de nadie más que de Hefesto y sus esbirros.

—Acabaremos con ellos —le prometió Tristan—. Con todos.

Magnus asintió con la cabeza, aunque en ese momento lo único que quería era salvar al amor de su vida.

25

Josh sabía lo que tenía que hacer. Y cuanto antes lo hiciera, mejor. Se levantó de la cama, dejando a Magnus detrás, desnudo y dormido, precioso, y fue a buscar a Lucas. Lo encontró fuera, en el pasillo, haciendo guardia, tal y como sospechaba.

—¿Has pasado aquí la noche?

—No. Acabo de llegar. Te huelo el despertar, pecoso.

Mentira.

—Necesito ir a la Resistencia.

—No.

—Lucas, por favor. Necesito hablar con Lovem.

—¿De qué?

—De Magnus.

Eso también era mentira. Pero Josh necesitaba una excusa. Una de las buenas. Una a la que Lucas no podría ponerle impedimentos.

—Josh... Puedes hablar conmigo de Magnus.

—No, no puedo, y lo sabes. Quiero hacerlo con ella. Necesito hacerlo con ella.

Lucas suspiró.

—Está bien.

Se dirigieron juntos a la Resistencia y, una vez allí, Lucas acompañó a Josh al campo de entrenamiento (un espacio abierto cerca de la base), donde Lovem y Eric enseñaban a los semidioses. Ambos amigos se despidieron y Lucas se marchó a la sala de operaciones, iría a tocarle las narices a Easton, que siempre lo ponía de buen humor.

Josh pasó desapercibido durante los primeros quince minutos, mientras observaba a su mejor amiga con anhelo, apoyado en un árbol con despreocupación. Con toda la despreocupación que podía tener en ese momento, dada su situación, claro. Pero sabía lo que tenía que hacer.

Lovem lo vio y lo saludó con la mano. Josh sonrió, o hizo una especie de mueca, y, una vez descubierto, se acercó a ellos. Ella dio por finalizado el entrenamiento y los mandó a todos a descansar. Estaban exhaustos. Les sudaban hasta los tobillos. Y los treinta grados no ayudaban. Era un día especialmente caluroso. No había una sola nube y el sol brillaba en medio del cielo azul con una intensidad que los semidioses no habían conocido. Desde que habían llegado al Olimpo, meses atrás, solo llovía.

—Hola —le dijo Lovem, con la mano en la frente a modo de visera cuando se quedaron los tres solos.

No sabía muy bien cómo debía comportarse con él; las habilidades sociales eran las que peor se le daban. Las aprobaba con un suficiente muy justo. No sabía si abrazarlo o darle un golpecito en el hombro o decirle que todo iba a salir bien o...

—¿Podemos hablar un momento? —Por suerte, Josh salvó el momento incómodo. ¿Hablar? Oh, sí. Hablar a Lovem se le daba de maravilla.

—Claro.

—A solas —aclaró Josh mirando a Eric.

Eric suspiró, pero accedió.

—Iré a... dar de comer a los pájaros.

¿A los pájaros? ¿Qué pájaros? Tanto Lovem como Josh lo ignoraron.

—¿Estás bien? —le preguntó Lovem.

No tenía buena cara. Sus ojos estaban más tristes que nunca y la gran bolsa de ojeras bajo ellos los hacía más pequeños. A Lovem se le rompió un poco el corazón. Había comenzado a sentir afecto por él. Josh era muy fácil de querer.

—Sí. Yo... necesito pedirte un favor. Y uno de los gordos.

Lovem no se imaginaba cuán gordo era...

—Por supuesto, lo que sea.

No te aventures tanto...

—Estoy muerto, Lovem. Yo ya estoy muerto.

Lovem se acercó al instante a él y lo agarró del hombro.

—Eh, no lo estás. Por supuesto que no lo estás. No sé cómo, pero vamos a...

—Tú no lo entiendes —la interrumpió, frustrado—. No tienes ni idea de lo que pasa a tu alrededor. No... No cuentas con la información necesaria. Información que yo sí manejo.

—Pues dámela.

—No puedo. Ojalá pudiera, pero... Solo puedo decirte que Escila es mortal. Realmente mortal. Yo la he visto. He visto lo que nos hace a los semidioses. He visto lo que le hizo a mi mejor amiga. Escila nos destruye, Lovem. Y de una manera brutal. Es el peor veneno que hayamos conocido. Escila la destruyó. Destruyó a mi mejor amiga. No he vuelto a recuperarla y... ya no creo que lo haga.

A Josh, dos lágrimas se le escaparon de las mejillas sin que pudiera evitarlo. Iba a morir sin haber recuperado a Lovem. Iba a morir sin poder darle un abrazo. Uno de verdad.

—Josh...

—Escila puede matar a Lucas. A Peter. A ti. A todos. Por eso tiene que desaparecer. No podemos permitir que caiga en malas manos. No puedes permitirlo, Lovem. No puedes permitir que consigan a Escila. Tienes que

prometerme, que jurarme, que no lo vas a permitir. Ahora mismo es tu máxima prioridad.

Sí que debía de serlo, porque Eric le había dicho lo mismo la noche anterior. Habían pasado casi la noche en vela hablando de Escila y de Josh. Lovem no tenía demasiados datos sobre la primera y Eric le había explicado, después de decirle que era su máxima prioridad, que él tampoco sabía más. Pero mentía. Lovem sabía cuándo Eric mentía. La pregunta era ¿por qué? ¿Qué era Escila en realidad y por qué Eric la mantenía al margen?

—Te protegeremos —le prometió Lovem a Josh, y le apretó el hombro de nuevo. Eso lo tenía claro. Lo único que tenía claro. El resto... acabaría descubriéndolo.

—Lo intentareis, pero si ellos me atrapan...

—Eso no va a pasar.

—... tendrás que matarme.

—¿Qué? —Lovem se apartó al instante—. ¡No!

—¡No puedo pedírselo a nadie más! Solo a ti. Porque solo tú... —Josh tuvo que contener un sollozo—. Tú no me quieres lo suficiente como para negármelo. Como para no poder hacerlo. Piensa con la cabeza, Lovem. Eres una chica lista. Muy lista. Si Hefesto o alguno de sus esbirros se hace con Escila, sería el fin. ¿Vas a sacrificar la seguridad de todos los semidioses por uno solo?

Lovem solo negaba con la cabeza. ¿Cómo iba a matar a Josh? ¡No! Lo protegería. Sí, eso haría. Lo protegería.

—Por favor —le suplicó Josh—. Por favor.

—No puedo matarte, Josh. ¿Estás loco?

—Claro que puedes. Y no me matarías a mí, matarías a Escila. Yo ya... Yo ya no soy nadie.

—Josh...

—Y solo tendrías que hacerlo si me atraparan. Por favor. Lovem..., por favor.

—No creo q...

—Por favor.

Josh cogió el cúter de Magnus que se había guardado en el bolsillo y se cortó la yema del dedo.

—¿Qué haces?

—Un juramento de sangre. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí, p...

—Son indestructibles.

Josh necesitaba que Lovem hiciera un juramento de sangre para neutralizar el efecto del otro juramento de sangre que habían hecho cuando eran niños: el de protegerse entre ellos con su vida. Los juramentos de sangre eran vinculantes, y Lovem no podría ponerle una mano encima a Josh a no ser que ambos, de mutuo acuerdo, hicieran otro juramento que anulara el anterior.

Josh se hizo el corte y le ofreció el cúter a Lovem.

—Y ahora tú —le dijo.

26

Lovem miraba el cúter sin poder creérselo. Sin poder creerse que fuera a hacer aquello.

—No lo pienses más y hazlo.

Y Lovem obedeció. Obedeció movida por las circunstancias y obedeció sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Se cortó la yema del dedo y la acercó a la de él.

Por todos los dioses, aquello era una locura.

—¿Juras matarme si me atrapan?

—No voy a permitir que te atrapen.

—¡¿Juras matarme si me atrapan?!

Lovem lo miró a los ojos.

—Lo juro.

27

Josh mentiría si dijera que no estaba mareado y al borde de las náuseas cuando regresó al corazón de la Resistencia en busca de Lucas. Estaba sucediendo todo demasiado rápido.

Vio a su mejor amigo con las manos apoyadas en la mesa de operaciones, rodeado de Crew, Easton, Fiji y Diana, hablaban sobre él y Escila, y se quedó unos minutos observándolo, sonriendo porque lo quería con locura, perdido en la forma en que gesticulaba, hasta que Lucas se percató de su presencia.

—¿Josh? —lo llamó.

—En cuerpo y alma.

De momento, al menos...

—Has tardado un montón. ¿Todo bien?

—Sí. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto.

No fue necesario que Josh añadiera «a solas», Lucas y él se entendían a la perfección.

Anduvieron juntos por el largo túnel de gusano, en silencio, hasta que llegaron a la zona de las habitaciones. Abrieron la puerta de una al azar y comprobaron que estaba vacía. Apenas había una cama de noventa, una mesita al lado y un armario enfrente. Ni rastro de ventanas, o de vida. Allí

no dormía nadie. Pero debían de estar cerca de alguna zona común, porque les llegaba el eco de conversaciones. Josh pulsó el interruptor y la bombilla que colgaba del techo se encendió. Cerraron la puerta y se quedaron en medio del habitáculo, de pie.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Josh.

—¿Qué te parece por decirme si estás bien? Y me refiero a decírmelo de verdad, pecoso.

—No, no lo estoy, y...

Lucas lo rodeó con los brazos y lo interrumpió todo. Interrumpió el lejano sonido de las conversaciones de la sala común, interrumpió la ansiedad que le producía a Josh llevar a Escila en las venas e interrumpió su tren de pensamientos. O no. La verdad era que a Josh la intimidad y la cercanía del abrazo de Lucas le venían de maravilla. Escondió la cabeza en su cuello y aspiró su dulce aroma. «Oh, Lucas».

—Luc —susurró sin separar los labios de su piel.

—Mmm...

—Tengo miedo.

Lucas lo abrazó con mucha más fuerza y Josh se sintió un poco mejor. Más seguro.

—No voy a permitir que te pase nada, ¿me oyes? —Lucas levantó la cabeza de Josh y la sujetó por la barbilla. Lo mantuvo anclado a escasos centímetros de él, necesitaba mirarlo a los ojos y hacerle entender hasta qué punto iba a protegerlo—. Nadie va a tocarte un solo pelo de la cabeza. Que lo intenten. Que tan solo lo intenten, Josh, y sufrirán las consecuencias, aunque me vaya la vida en ello. Moriría por ti. Moriré por ti.

—No digas eso.

—No hice un juramento de sangre por nada. Lo hice porque lo siento aquí. —Lucas se tocó el pecho—. Te siento aquí, Josh.

Fue una señal. Josh la vio tan clara.

—¿Hasta qué punto me sientes ahí, Lucas? —susurró casi sobre su boca.

—Josh...

Josh lo besó. Era algo que tenía que haber hecho mucho tiempo atrás. Oh, pero el miedo. El miedo al rechazo. El miedo a que su relación cambiara. El miedo a meter la pata de manera irreversible. El miedo siempre había mantenido a Josh lejos de Lucas, sexualmente hablando. Y era curioso que, justo en ese momento, cuando el miedo lo acechaba más que nunca, se decidiera a besarlo.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Eric a Easton.

Era el día de las conversaciones, por lo que se veía. Aunque la más importante giraba en torno a Josh, Escila y la manera de liberar al primero de la segunda. Crew les había resumido la información de la que disponían hasta el momento en una de las pizarras a Eric y Lovem en cuanto hubieron entrado en la sala de operaciones. Diana sugería acciones sin ton ni son (no tenían ni pies ni cabeza, en opinión de Eric); Magnus, que acababa de llegar, las echaba todas por tierra junto con Lovem (Magnus tampoco dejaba de mirar a la puerta, en busca de Josh con toda probabilidad); Tristan, que también acababa de llegar, buscaba a Lovem con la mirada cada pocos segundos; Fiji parecía más perdido que Cristóbal Colon cuando descubrió América y Easton estaba más callado de lo habitual.

—¿De qué? —le preguntó este último a Eric.

—De un asunto.

—¿Qué asunto?

Eric bufó...

—Eres muy exasperante.

Easton sonrió.

—Lo sé. Anda —le hizo un gesto con la cabeza—, vamos, cascarrabias.

Salieron de la sala sin dar explicaciones; ahí los dejaron a todos, hablando sobre desangrar a Josh. Fueron a la habitación de Easton; la

última del pasillo a la derecha, como los baños de los humanos, o la ruta hacia Nunca Jamás.

—¿Qué pasa? —le preguntó Easton en cuanto cerraron la puerta detrás de ellos.

—¿Confías en mí?

—¿Qué?

—Vamos, East. No es una pregunta tan difícil. Es de «sí» o «no». ¿Confías en mí?

Easton apenas tuvo que pensarlo. La respuesta le vino sola. Y ni siquiera él lo entendía del todo, pero...

—Sí.

—Bien. Pues si confías en mí, confías en Lovem.

—¿Qué?

Eric se acercó a su hermano y le puso la mano en el hombro.

—Estamos en medio de una guerra mucho más grande que nosotros y con toda la mierda de Collingwood y Escila... Necesito que estés de mi lado y del de Lovem. East, Lovem es leal, más leal que cualquiera, lucha por un mundo mejor y jamás nos abandonaría, ni a nosotros ni a los humanos. Estar en su piel no es fácil y tomar las decisiones que a veces tiene que tomar tampoco lo es, pero alguien tiene que tomarlas y le ha tocado a ella.

—¿Por qué? ¿Por qué a ella? ¿Porque es la hija de Zeus?

—Sí y no. Lovem es la semidiosa más poderosa que ha existido en los últimos tiempos y no te imaginas la cantidad de gente que la quiere muerta. Un hijo de Zeus nunca es bien recibido. Pero es que, además, ella es especial. ¿Has oído hablar de la Profecía Prohibida?

—No.

—Búscala. Y léela. El hijo de Lovem, el futuro hijo de Lovem, es el niño de la profecía. Por eso su padre la ha mantenido oculta. Para protegerla. Y la ha entrenado para que ella nos proteja a nosotros. Así que tienes que sacarte el palo del culo y empezar a confiar en ella y a darle tu apoyo. No le

pongas las cosas más difíciles, por favor. Yo acabo de desnudarme delante de ti. He elegido confiar en ti. Ahora te toca a ti. ¿Qué me dices? ¿Estás de nuestro lado?

Easton no entendía nada. ¿El hijo de Lovem? ¿Lovem tenía un hijo? Al Olimpo nunca lo había entendido, ni ganas que tenía de hacerlo, por eso se había criado lejos de allí. A Eric tampoco lo entendía. Ni sus sentimientos hacia él. Apenas lo conocía. Pero confiaba en él. Era algo que sentía en el pecho. A Eric lo sentía en el pecho.

—Cuenta conmigo —le aseguró, sin preguntas.

Eric sonrió.

—Bien. Y ahora volvamos.

El beso de Josh y Lucas ardía. O sus labios ardían. Josh no sabía si eran los de él o los de Lucas. ¿Ardían de pasión? No. Solo ardían. En la Resistencia siempre hacía calor, lo que tenía sentido, dado que se encontraban a varios metros bajo tierra.

Lucas no pecó en exceso en lo que a devolverle el beso a Josh se refería. Solo se dejó hacer. Era incapaz de rechazarlo abiertamente; lo último que quería era hacerle daño. Moriría por él, y lo decía en serio. Por él y por Lovem. Ellos eran lo más importante que tenía en la vida. Los quería a ambos por igual y de la misma manera... fraternal. Lucas no era tonto. Ni lo era ahora ni años atrás. Josh estaba enamorado de él desde los trece. A los catorce, quince, dieciséis, diecisiete..., lo hacían todo juntos, como ahora, pero intimaban más. Intimaban más en el sentido de que a veces dormían juntos, ellos dos solos, o veían la tele juntos, muy pegados el uno al otro, y Lucas nunca sintió rechazo, al contrario, se sentía a gusto y era algo que también hacía con Lovem. Hasta que se percató de que Josh había desarrollado sentimientos amorosos hacia él. Josh disimulaba fatal. Y él nunca podría devolvérselos, así que decidió separarse un poco de él. Fue su

manera de rechazarlo. La primera vez que Josh lo descubrió con una chica dolió. Le dolió a Josh y le dolió a Lucas. Ojalá Lucas se hubiera enamorado de Josh. Ojalá. Habría sido todo mucho más fácil.

Josh se separó de sus labios.

—Lo siento —le dijo sin abrir aún los ojos—, tenía que hacerlo. Tenía que probarte.

—Claro, yo también soy muy de probar sabores nuevos —respondió Lucas, en un intento de cortar la tensión que los rodeaba y de dejarle claro que entendía que quisiera «probarlo», y que no pasaba nada por besar a tu amigo una vez en la vida, absolutamente nada. Pero eso. Una vez. No le daría más—. Ayer probé el famoso licor de piel de Hydra. No me gustó. Muy dulzón.

Lucas también se acostó con Alicia, pero eso no se lo diría. Y lo del licor era mentira, claro. Aún no lo había probado.

Josh sonrió.

—Pues tú me has sabido de maravilla. A menta, a familia y a felicidad.

Lucas frunció el ceño. ¿A familia? ¿Significaba eso que...?

—Te quiero, Lucas —le dijo Josh, e interrumpió sus pensamientos.

—Yo también te quiero, Josh. Un montón.

—Lo sé.

Josh le dio un último beso en la mejilla y se dirigió a la salida. Aún le quedaba la peor parte por hacer. La que más le iba a doler. La que iba a romperlo por dentro. Abrió la puerta y...

—¡Ay!

Ahí estaba la razón que lo destrozaría en mil pedazos. Magnus.

—¡Mag! —exclamó Josh, sorprendido.

Casi pierden el equilibrio al chocar. Josh sujetó los hombros de Magnus y este vio a Lucas en la habitación. Es curioso, pero fue lo primero que vio. Incluso antes que a Josh, y eso que lo estaba tocando. Magnus estaba acostumbrado a ver juntos a esos dos, pero en aquella ocasión fue diferente.

No sabía por qué, pero fue diferente. Le supo diferente. Le supo a algo muy malo. Y el pasillo se inundó de un silencio incómodo.

—Yo ya me iba —dijo Lucas.

Carraspeó y pasó al lado de Josh y Magnus. Los dejó solos sin más preámbulos. Magnus entró y cerró la puerta tras él.

—Me he despertado y no estabas a mi la...

Josh tenía que hacerlo en ese momento o no sería capaz de hacerlo nunca. «Hazlo ya, Josh. ¡Ya!».

—He besado a Lucas. Ahora.

Magnus se quedó sin aire. Era como si de pronto se encontrara hundido en el fondo del océano o perdido en el espacio, vagando sin rumbo y aguantando la respiración por miedo a abrir la boca y morir.

Josh vio su sufrimiento y estuvo a punto, a punto, de mandarlo todo a la mierda y huir con él al lugar más remoto del universo. Pero no podía hacerlo. No. Podía. Hacerlo. Cubrió sus sentimientos con una capa invisible y continuó hablando.

—Necesitabas saber si estoy enamorado de él o...

—¿O de mí?

Magnus no se explicaba cómo había sido capaz de decirlo en voz alta. Tenía una bola en la garganta que lo ahogaba a cada segundo.

—Sí —aceptó Josh—. O de ti.

—¿Y cuál es el veredicto? —susurró Magnus.

«Que te quiero a ti. Con locura. Pero no me había dado cuenta. No he sido consciente de que me enamoraba de ti sin remedio. De tu manera de ver el mundo. De tu manera de querer salvarlo. De tu inteligencia. De tus ojos. De tu mirada. De tu cuerpo. Me encanta perderme en tu cuerpo. De tu humor. De la cara de concentración que pones cuando trabajas. De tu pelo rubio desordenado. De la forma en que me haces el amor. De tus besos, que saben mejor que nada ni nadie. De tu sonrisa en mis labios. De tus cordones desabrochados. De cómo me dejas siempre sin almohada en la cama. De tu

manera de hablarme. Te quiero, Magnus, y ojalá... ojalá pudiera gritártelo y besarte y hacerte el amor para siempre. Pero no puedo. No soy capaz de dártelo para quitártelo unos segundos después. No soy capaz de decirte adiós. Por eso nos voy a destrozar. Perdóname, por favor. Perdóname».

Josh, a pesar de sus esfuerzos para no hacerlo, comenzó a llorar. Era el día más triste de su vida. Dañar a propósito a la persona que amas es... brutal.

—Lo quiero a él. Quiero a Lucas. Lo siento.

Magnus no respondió. No pudo. Josh se marchó antes de que pudiera echarse atrás, pedirle perdón de rodillas y proponerle eso de huir juntos. Magnus se dejó caer en la cama, se hizo un ovillo y lloró. Lloró como no había llorado en su vida porque, a pesar de que había ido con pies de plomo con Josh y de que sabía que él quería a Lucas, no había podido evitar enamorarse de él.

Lovem estaba de un humor de perros. Apenas participaba en la conversación que se mantenía a su alrededor, y pocas cosas había en ese momento más importantes que la conversación que mantenía la cúpula de la Resistencia en la sala de operaciones. Decidió tomarse un descanso, necesitaba estar sola, en silencio, aunque solo fueran unos minutos, y fue al cuarto de baño. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Subió las rodillas y escondió la cabeza entre ellas. ¿En qué momento se habían complicado tanto las cosas?

Su humor de perros no mejoró cuando salió del cuarto de baño y se cruzó con un Josh totalmente devastado en el pasillo. ¿De verdad era necesario todo aquello? Aún estaban a tiempo de echarse atrás, aún estaban a tiempo de pensar en un plan mejor. Tenía que haberlo. Lovem se negaba a creer que la única solución para mantener Escila alejada de «los malos» fuera esa.

—¡Lovem! —la llamaron de repente—. Tu... tu padre.

Tanto Lovem como Josh se detuvieron. Y cruzaron una mirada inevitable.

—¿Qué pasa con mi padre?

—Que está aquí.

—¿Aquí dónde?

—En el Reino Sombrío.

Lovem tomó aire y Josh le susurró algo al oído un segundo antes de salir corriendo. Recorrió el pasillo y subió las escaleras de dos en dos. La trampilla estaba abierta. Salió. Todos estaban fuera. Apiñados. La Resistencia al completo. El rostro de su padre, cincelado en las nubes, resplandecía en el cielo, regio y amenazador, como siempre. Incluso llevaba el cabello perfecto y peinado hacia atrás.

—Vamos, Eric. —La voz de Zeus retumbó en todo el reino—. Ya es la hora.

Lovem buscó a Eric entre la multitud. Lo vio justo cuando se adelantaba unos pasos, cerca de Lucas y Tristan, que lo miraban sin entender nada. Eric dio un par de pasos más.

—¡No! —gritó Lovem.

Eric, Tristan y Lucas se giraron. Eric sonrió.

—Está bien, Lovem —le dijo—. Está todo bien.

Lovem sabía lo que venía, oh, vaya si lo sabía, pero comenzó a llorar sin poder evitarlo. Pasó al lado de Lucas y Tristan y detuvo a Eric con el brazo.

—Eric...

—Hija —la llamó su padre—. Déjalo marchar.

—Por favor —suplicó ella, mirando hacia el cielo.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Easton, acercándose a ellos.

Cómo se notaba que no se había criado en el Olimpo bajo la amenaza de morir fulminado por el rayo de Zeus a la mínima señal de desacato, o que era rematadamente estúpido, porque Crew, a su lado, observaba la imagen

de Zeus en el cielo con ojos precavidos y empujaba a Easton hacía atrás dejando constancia más que nunca de que Easton era el que se lanzaba a una pelea sin pensar y Crew el que intentaba que entrara en razón.

—Eric tenía una misión —gritó Zeus—. Y ha fallado. La identidad de mi hija ha salido a la luz y alguien tiene que pagar por ello. Espero que os sirva a todos de ejemplo. Nadie es imprescindible.

—¡¿Qué?! ¿Qué significa eso? —insistió Easton.

—Significa que tiene que venir conmigo al Monte Olimpo. Y que es muy probable que no regrese.

—¡¿Qué?! ¿Es una broma?

—East —lo llamó Crew, sin dejar de tirar de él hacia atrás—, puedo curarte una herida superficial, pero no una mortal si te fulmina con su rayo. Cierra la puta boca ya.

Easton fue a replicarle, pero Eric se acercó a él y lo abrazó. Crew no se movió.

—Quédate en silencio y recuerda lo que me has prometido —le susurró al oído—. Permanece al lado de Lovem. Deja que te proteja y protégela tú a ella.

—¿Lo sabías? —le preguntó sin poder creérselo, y se separó un poco de Eric—. ¿Sabías que esto iba a pasar?

—Sí. Zeus habló conmigo hace unas horas. Me retira de mi puesto como protector de Lovem y me lleva al Monte Olimpo.

—Pero tú no tienes la culpa de...

—Sí la tengo.

Entonces Easton lo entendió todo.

—Por eso me has dicho lo que me has dicho.

—East... —Eric afianzó las manos en los hombros de su hermano—, ojalá hubiéramos tenido más tiempo.

—¿Por qué te estás despidiendo? ¡¿POR QUÉ TE ESTÁS DESPIDIENDO?

—Porque quizá no volvamos a vernos. —Eric miró a Crew, que no se había movido del lado de Easton—. Cuida de él.

—¡No! —A Easton se le escapó una lágrima. No. Aquello no podía estar pasando. ¡No! Acaba de encontrar a su hermano. No... ¡no entendía nada! ¡No entendía al Olimpo! ¡A la mierda el Olimpo y a la mierda todos!—. No vas a irte con él a ninguna parte. No lo voy a permitir.

—Te aplastaría como a una cucaracha, East. Y yo te necesito vivo, junto a Lovem.

—¡Lovem! —gritó entonces Easton—. No permitas que se lo lleve. ¡No puedes dejar que se lo lleve!

Lovem, que había presenciado el momento entre los hermanos sin dejar de llorar, miró de nuevo hacia el cielo, suplicante.

—Tiene que haber otra manera de hacer esto —le dijo a su padre—. Por favor, ¡encuentra otra manera de hacer esto!

—Lovem —Eric fue a donde ella y la cogió por los hombros—, ey. Todo va a salir bien.

Lovem lo abrazó.

—No voy a permitir que te pase nada —le prometió entre lágrimas—. No voy a dejar que nadie te haga daño. Encontraré la manera de sacarte de esta. Moveré cielo y tierra.

—Por supuesto que lo harás. —Eric le levantó la cabeza y le dio un beso en la mejilla empapada—. Te quiero, Lovem. Y ha sido un honor cuidar de ti. Si alguna vez..., si descubres algo de mí que no te gusta, tú solo recuerda que te quiero de verdad. Por favor.

—No —Lovem no dejaba de sollozar—, no te vayas, por favor. Por favor. Tiene que haber otra manera. No puedes abandonarme. ¡Papá! ¡Por favor!

—Lo siento, hija. Vamos, Eric.

—¡Nooo!

Eric se separó de Easton y Lovem y caminó unos pasos hacia delante.

—Te sacaré de esta —le prometió Lovem—. Confía en mí. Te sacaré de esta.

Eric sonrió de nuevo y Lovem corrió hacia él. Ningún abrazo era suficiente. Ningún consuelo. Pero antes de que llegara a él, unas nubes lo envolvieron y Eric desapareció. Lovem cayó al suelo de rodillas.

Easton se había quedado paralizado observando la despedida de Lovem y su hermano y, para cuando quiso darse cuenta, Eric ya no estaba. Crew lo abrazaba.

—¿Dónde se lo ha llevado? —le susurró a Lovem—. ¿Lovem?

Ella no respondió. Sin dejar de sollozar, se levantó, le hizo un gesto con la mano a Easton para que la dejara en paz y caminó de regreso a la Resistencia. Necesitaba estar sola.

Lucas aún observaba el punto en el que Eric había desaparecido, sin ser capaz ni de parpadear. Eric no era santo de su devoción, apenas lo soportaba, pero, joder, tenía la piel erizada.

Tristan intentó seguir a Lovem, pero Lucas se lo impidió en el último segundo.

—Déjala unos minutos sola.

Magnus se unió a ellos. Acababa de abandonar la cama donde llevaba no sabía cuánto tiempo llorando y había llegado justo a tiempo para ver cómo Zeus se llevaba a Eric. También estaba sin palabras. Rozó sin querer el hombro de Josh y este se apartó al momento, como si le hubiera electrocutado, o asqueado. Magnus lo miró con dolor, con un dolor insoportable, «¿en serio, Josh?»; negó con la cabeza y se marchó sin mirar atrás.

Lovem encontró una habitación vacía y se la adjudicó. Se tumbó en la cama. No creyó que pudiera dormir, la cabeza le iba a mil por hora. Se limpió los surcos que las lágrimas secas le habían dejado en las mejillas. Sacaría a Eric de la situación de mierda en la que se había metido sin merecerlo y todo volvería a la normalidad. Sí. Eso haría.

Llamaron a la puerta y Lovem no se molestó en preguntar quién era, siguió con la mirada perdida en el techo.

—Hola —la saludó la voz de Josh—, ¿puedo pasar?

Lovem suspiró y dio unas palmadas en el colchón para que se tumbara junto a ella.

—A partir de este momento no vas a separarte de mí ni un solo segundo —le dijo ella—. Ni para ir al baño. No pienso permitir que te pase nada.

—Vale —respondió el otro.

Y se tumbó junto a ella, estaba asustado, necesitaba sentir a su mejor amiga a su lado y a la mierda lo que pensaran los demás.

28

A la tarde siguiente de que Zeus se llevara a Eric, Lucas vio a Lovem y Josh salir del baño y frunció el ceño. Llevaban todo el día juntos, apenas se separaban. Es que... ni para ir al baño. Lucas también lo había visto salir de la habitación de Lovem. Y... la complicidad que emanaban. ¿Cuándo se habían hecho tan amigos? ¿Y por qué Josh estaba raro con él? Lucas era consciente del peso que cargaba Josh sobre los hombros, de que estaba asustado, y de que ellos dos se habían besado quizá en el peor momento. Y de que Magnus casi los había pillado. ¿Por eso Josh y Magnus habían discutido? ¿Por su beso? ¡No había significado nada! ¿Y por eso Josh estaba distante con él? Lucas no quería perder a su mejor amigo. Era lo último que quería. Hablaría con él. Y si tenía que meterse en la cama de Lovem para hacerlo, pues lo haría. Como en los viejos tiempos. Lucas sonrió.

Un poco más tarde, cuando ya era de noche, Tristan entró al baño y casi chocó con Lovem y Josh. Era lo último que esperaba.

—Oh, hola —les dijo.

Lovem y él apenas habían hablado desde el beso vengador. Ella se pasaba el día con Eric y ahora con Josh y... ¿qué hacían juntos en el baño, por cierto? Tristan los miró con el ceño fruncido.

—¿De reunión? —les preguntó.

—Más o menos... Yo ya me iba —le respondió Josh—. Os dejo... de reunión.

Josh cruzó una mirada con Lovem que a Tristan no le pasó inadvertida. Y él lo siguió con la suya hasta que se cerró la puerta. No lo entendía. No entendía nada. Estaba claro que Josh sentía algo por Magnus, él lo había visto, los había observado a ambos y había esbozado una sonrisa en más de una ocasión, sus interacciones durante el último año, sus miradas y su manera de tocarse sin ser conscientes, la sincronización con que se movían uno al lado del otro... Así que no entendía nada. Había intentado hablar con Josh, pero este se había cerrado en banda. Estaba... raro. Susceptible. Nervioso. Esquivo. No parecía él. En fin..., Tristan suspiró y se dispuso a hacer sus necesidades, pero Lovem seguía ahí.

—Puedo bajarme los pantalones delante de ti, no soy vergonzoso —le dijo—, pero sería un poco violento. A no ser que quieras verme el trasero. Muchos harían cola... Oh, espera. ¿Estás haciendo cola?

Lovem puso los brazos en jarras y se acercó a él con los ojos entrecerrados. Tristan sonrió. «Allá vamos».

—No te lo tengas tan creído. —Lovem levantó el brazo izquierdo y hundió el dedo índice en su pecho—. No eres tan guapo.

Tristan le cogió el dedo con la mano y los arrastró a ambos hasta la pared más cercana, donde apoyó la espalda.

—¿Quién ha hablado de guapo? Yo estaba hablando de mi culo.

«Mierda». A Lovem se le subieron los colores.

—¿Crees que soy guapo? —insistió Tristan, lleno de regocijo. Nunca había sido tan feliz por tener un rostro atractivo. Entrelazó los dedos de la mano libre con el cabello de Lovem y acercó los labios a su oído—. ¿Te gusto, Lovem?

—Para nada —respondió muy segura.

Claro que hubiera sido mucho más creíble si no se hubiera estremecido de pies a cabeza. Tristan se dio cuenta. Y sonrió el muy engreído. Lovem ni

siquiera sabía por qué seguía ahí. Se lo había quedado mirando, ensimismada en sus andares y, para qué negarlo, en su trasero. La excitaba como nadie. ¿Qué tenía? Era como si la fuerza de un imán la empujara a él. Oh, espera.

—No me habrás embrujado con uno de esos hechizos de amor de Peter, ¿no?

Tristan se separó de su oreja y la miró a los ojos. Levantó ambas cejas en un movimiento supersexi.

—Quizá. —Acercó los labios a los suyos—. ¿Ha funcionado? —susurró sobre ellos.

—Para nada.

—Pues qué pena.

Tristan se separó, e iba a alejarse de ella, ya la había provocado lo suficiente, pero Lovem lo cogió del pelo y estampó su boca contra la suya.

Tristan alucinó.

Lovem también. «Y sí que ha funcionado el hechizo, sí», pensó. Malditas hormonas.

Tristan le abrió la boca y le metió la lengua. Lovem gimió. Se le habían despertado las terminaciones nerviosas de todo el cuerpo. Todo le vibraba. Todo le palpitaba. Bajó las manos a las caderas de Tristan y de ahí las movió a su trasero. Se apretó a él y entonces fue Tristan el que gimió. Profundizó el beso y comenzó a mover las caderas arriba y abajo.

Lovem lo sentía por todas partes. En la boca. En el pecho. En la entrepierna. En el alma. Movió también las caderas, al ritmo de las de Tristan, y comenzó a tener calor. Mucho calor. Oh, pero era un calor tan agradable. Quería desnudarlo. Desnudarlo entero y ver qué es lo que escondía debajo de la ropa. Llevó las manos a su pantalón y se lo desabrochó. Él hizo lo mismo con el de ella. Después se subieron las camisetas. Necesitaban el contacto de sus pieles. Siguieron frotándose el uno contra el otro, pero no era suficiente. Lovem metió las manos por

dentro de la ropa interior de Tristan y se la bajó hasta las caderas. Él bajó la de ella y ambos gimieron cuando sus caderas volvieron a encontrarse sin ropa en medio. No dejaron de besarse. Un par de empujones más y Lovem sintió que el orgasmo le atravesaba la columna vertebral. Gimió en la boca de Tristan y sintió que algo caliente se le derramaba en el estómago. Él también había culminado y la había pringado entera. Lovem volvió a excitarse y le dio un vuelco el corazón. Había hecho «eso» con Tristan Drake. Y lo peor: quería volver a hacerlo. Oh, por todos los dioses. Dejaron de moverse, despacio, y de besarse. Olía a sexo y a Tristan.

—Pues va a ser que sí que te gusto —le dijo Tristan, que aún no se creía lo que acababa de pasar. Él solo había entrado al baño a hacer sus necesidades. No es que se quejara, claro. Volvía a estar pletórico.

—Oh, cállate.

Tristan sonrió y fue a besarla de nuevo, pero escucharon un ruido en el pasillo. Ambos miraron hacia allí, y luego a sus cuerpos semidesnudos y pringosos. Tenían el pelo y la ropa hechos un desastre.

—¿Dónde están Lovem y Tristan? —escucharon preguntar a Easton.

Se adecentaron a todo correr, lo mejor que pudieron; Tristan limpió a Lovem con su camiseta y un poco de agua y salieron del baño.

—Tengo que ir a buscar a... —comenzó Lovem.

—Tengo que ir a cambiarme de ropa... —dijo Tristan al mismo tiempo.

Ella le miró la camiseta empapada y soltó una carcajada. La primera en muchas horas. Y cómo la necesitaba. El problema en el que estaba Eric metido apenas la dejaba respirar. Tristan también sonrió y le robó un último beso en la boca sin que ella se lo esperara. Entonces se fue. Y lo hizo con la sonrisa más grande del mundo. Estaba feliz.

Lovem sintió que el mundo era un poco más bonito. Un poco.

Y Lucas, que los había visto salir juntos del baño, *otra vez,* fue a elevar los ojos hacia el cielo, pero, oh, no, espera. No eran Lovem y Josh. Eran Lovem y Tristan. Lucas sonrió.

Peter entró en el baño y lo olió al instante. Tensión sexual resuelta. Se preguntó quienes habrían sido. Había tantas posibilidades...

Una semana después

Toc, toc.

—¿Sí? —gritó Magnus, sin levantar la cabeza del microscopio.

—Soy yo —respondió su padre desde el otro lado.

—Pasa.

Megalo entró en el dormitorio y echó un vistazo a su hijo y a todo lo que lo rodeaba (pipetas, vasos de precipitado, tubos de ensayo, espátulas, muestras de sangre, papeles, cajas de galletas vacías, envoltorios de barritas energéticas...) antes de sentarse en la cama. Magnus siguió a lo suyo.

—¿Cómo vas con eso?

—Mal —respondió, aún sin levantar la cabeza del microscopio.

—¿Has comido algo en la última semana?

Magnus señaló los paquetes vacíos y los envoltorios.

—Magnus.

No respondió.

—¡Magnus!

—¿Qué?

—Mírame.

Levantó por fin la cabeza del microscopio y la giró hacia atrás.

—Ahora date la vuelta —le ordenó su padre.

Magnus hizo girar la silla de su escritorio y quedó frente a él.

—Y ahora ven aquí. —Megalo le indicó con el dedo índice que se acercara.

Él suspiró, pero obedeció. Apoyó los brazos en el reposabrazos y se ayudó de sus piernas y las ruedas de la silla. Se detuvo cuando sus rodillas y

las de su padre se tocaron. Megalo repitió la pregunta.

—¿Cómo vas con eso? Y explícamelo en veinte palabras o poco más.

—He repetido las pruebas unas cuarenta veces y el resultado es siempre el mismo. Escila forma parte de Josh —dijo con pesar—. Es imposible aislarla. Tendría que desangrarlo entero y aun así seguiría viviendo en sus tejidos.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Por qué?

—Porque le prometí que se la sacaría de dentro y ya no sé qué más hacer, porque ya no estamos juntos y porque si él repele mi contacto de nuevo, yo me muero.

—No le veo yo a ese chico repeliendo tu contacto. ¿Te crees que le habría permitido campar a sus anchas por el castillo durante el último año si pensara que en algún momento iba a hacer eso?

—Papá... es complicado. Tú... tú no lo entiendes.

—¿Crees que no entiendo de amor?

—Josh no está enamorado de mí.

—¿Te lo ha dicho?

—Me ha dicho que prefiere a Lucas.

Megalo torció el morro; no se imaginaba a Josh Collingwood diciéndole eso a su hijo.

—Quizá se sienta sobrepasado. Hijo, ha pasado por mucho. Dale un poco de tiempo. Sé paciente.

Magnus era la persona más paciente del mundo, ese no era el problema. El problema era que...

La puerta se abrió de pronto y Tristan asomó la cabeza.

—Hola —dijo, y entró—. ¿Qué pasa aquí?

—Magnus estaba a punto de pedirte que lo acompañaras a la Resistencia —dijo Megalo.

—¿En serio?

Magnus bufó y Tristan frunció el ceño. Su hermano llevaba una semana evitando coincidir con Josh, y con razón. Estaba devastado.

—En serio —afirmó su padre.

Magnus había conseguido evitar por todos los medios regresar a la Resistencia, pero ahí estaba de nuevo. Entró en la sala de operaciones y, a pesar de que estaba atestada de gente, lo primero que hizo fue mirar a Josh. Era inevitable. Sus ojos volaban hacia él sin remedio. Sin embargo, no fue hasta que carraspeó que Josh levantó la cabeza del libro que leía. Ahora que Eric no estaba, al parecer, él ayudaba a Peter a catalogarlos. Lovem estaba junto a ellos. Y Lucas. Fiji, Diana, Easton, Crew...

—Hola —saludó Magnus—. ¿Podemos hablar?

—¿De qué? —respondió el otro a la defensiva.

—De tu sangre —dijo Magnus también a la defensiva—. Ya tengo los resultados de las pruebas.

—¿Y? —preguntó Lovem, interesada de verdad. Magnus incluso detectó algo de ansiedad en el tono de su voz.

—Es imposible aislar a Escila —dijo—. Lo siento.

Se hizo el silencio. Magnus vio que Josh suspiraba y se le rompió un poco el corazón. Era como si tuviera asumido que iba a ser así.

—¿Y ya está? —preguntó Crew—. ¿No podemos hacer nada más?

—Voy a seguir haciendo pruebas —respondió Magnus—, pero no sé si...

—Tranquilo —le interrumpió Josh—. No pasa nada.

—Sí pasa. Te lo prometí.

—Te libero de la promesa.

—¡No quiero que me liberes de la promesa! —gritó Magnus—. Quiero sacarte esa mierda de dentro.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—¡No lo sé! Pero algo se me ocurrirá. —Magnus se acercó a él y lo miró a los ojos—. Algo se me ocurrirá. No voy a rendirme.

Josh apartó la mirada.

—Vale.

—¡Joder, Josh! —gritó Magnus, preso de la frustración.

¿Qué había pasado entre ellos? ¿Qué demonios había pasado entre ellos? No parecían Josh y Magnus.

Peter carraspeó.

—Mejor os dejamos solos.

Todos abandonaron la sala, Lovem a regañadientes, y cerraron la puerta. La discusión dentro no tardó en comenzar. No llegarían a nada. Lovem bien lo sabía. Suspiró. Tenía que haber una manera de sacar a Escila de Josh. Se negaba a creer lo contrario.

—Enseguida vuelvo —les dijo a todos.

—¿Adónde vas?

—Necesito pensar. Sola.

Ella era química, por todos los dioses. Pensaría en una solución. Tenía que haberla.

—Lovem —la llamó Tristan.

Pero Lovem no escuchó. Solo se fue.

29

Lovem recorrió las colinas del Reino Sombrío hasta que encontró un viejo Partenón abandonado. Seguro que en algún momento el mármol y las gigantescas columnas de aspecto jónico deleitaron la vista de muchos, pero en esos momentos no eran más que piedras a punto de que su propio peso las venciera. Lovem subió las escaleras de la grada y entró.

Dentro, el ambiente era húmedo, frío, y no había altar. Quizá lo hubo en el pasado, pero entonces ni los restos quedaban, solo más reliquias jónicas y más piedras. Vacío y desolación. Lovem se apoyó en una de las columnas y dejó caer su cuerpo hasta el suelo. El frío de la piedra apenas la inmutó.

Se llevó las manos a las sienes y las masajeó en círculos. Se le había despertado un horrible dolor de cabeza. Tenía que haber una salida a todo aquel embrollo. Tenía que haberla. Siempre había una. Rememoró lo que había pasado en la última semana, desde que supieron que Josh Collingwood era Escila y pensó.

Pensó durante horas.

Hasta que, de pronto, escuchó un ruido. Una explosión. Y muchos gritos.

El suelo vibró bajo su cuerpo, la edificación entera se tambaleó y una columna cayó destrozada enfrente de ella. Lovem se levantó a todo correr y se dirigió a la salida, pero no pudo dar una zancada más. El sonido de

elegantes zapatos en el pavimento le llegó un instante antes de que una sombra se cerniera sobre ella y le impidiera el paso.

No. Una sombra no. Una persona.

No. Una persona no. Un dios.

Hades.

Y no parecía contento.

Lovem retrocedió unos pasos y Hades comenzó a andar en círculos alrededor de ella.

—Te di las herramientas —le dijo cabreado—, te advertí que no confiaras en nadie, ¡en nadie!, te lo advertí y tú sigues confiando. Y te pedí que protegieras a Josh. Solo tenías dos cometidos, Kennedy, ¡dos! ¿Y tú qué haces? ¡Ir por libre y fracasar en ambos, joder!

—¿Qué? —preguntó Lovem, confundida, girando sobre su cuerpo mientras Hades la rodeaba una y otra vez.

—Y por eso estamos donde estamos. Yo no puedo ganar esta guerra ¡si tú no pones algo de tu parte!

Lovem seguía mirándolo sin entender nada.

—¿Por qué confías en todo el mundo? ¿Por qué confías en la Resistencia?

—Nunca he confiado del todo en la Resistencia —se defendió ella.

—¡Sí lo has hecho!

Lovem ni siquiera sabía por qué le estaba dando explicaciones al rey del Inframundo.

—Tú y yo no nos conocemos —le dijo—. Nunca hemos hablado.

—¡Error! —gritó Hades—. Y lo sabes. Sabes muchas cosas. Y sabes de lo que estoy hablando. Sabes que estás confiando en quien no debes. Busca, Kennedy. ¡Busca! Busca en tu preciosa y astuta cabeza lo que ha pasado en los últimos días, busca lo que está pasando ahí afuera y busca el motivo por el que estamos ahora aquí. Y hazlo rápido, porque estoy arriesgando mi puta existencia mientras hablamos.

Una nueva explosión retumbó en el templo y Lovem se sobresaltó. Miró hacia fuera y se olvidó de Hades durante unos segundos.

—¡Vamos! —gritó de nuevo el dios, trayéndola de vuelta.

Ella cerró los ojos y buscó en su cabeza. Reprodujo los acontecimientos que habían sucedido desde que persiguió a la araña en la universidad.

Su llegada al Reino Libre. Fiji.

El Reino Sombrío. Su encuentro con la Resistencia. Diana. Crew. Easton. Peter. Lucas. Josh. Tristan.

Su posterior encuentro con algunos de ellos en su propia ciudad, fuera de la discoteca. Lucas. Josh. Y los Drake: Magnus y Alicia.

El descubrimiento de la destrucción de las bibliotecas. Crew. Y Josh, Lucas, Easton, Tristan, Fiji.

El enfrentamiento con los gigantes, Cedalión y Hefesto. Crew, Lucas, Easton, Tristan, Fiji, Diana, Alicia, Peter.

La recuperación de los libros. Peter.

Escila. Josh. «¿Quiénes estábamos delante cuando descubrimos que Josh era Escila? Piensa, Lovem, vamos». Magnus, Tristan, Lucas, Diana. Crew, Easton, Fiji.

Y también recordó cierta conversación:

—Escila no le anula los poderes del todo, pero sí los adormece. Ahora la pregunta es ¿quién se lo ha hecho y por qué?

—No. Ahora la pregunta es ¿cómo se la sacamos de dentro? Después mataremos a quien lo haya hecho.

—Tenemos que protegerlo. Quienquiera que lo haya hecho va a venir a por él.

Todos sabían que era cuestión de tiempo que fueran a por Josh, pero ¿tan rápido? Apenas había pasado una semana desde que descubrieron que él era Escila.

Lovem abrió los ojos y levantó la cabeza. Se encontró con la oscura mirada de Hades. Expectante.

—Tenemos un topo —le dijo.

Hades levantó la mano.

—¡Bingooo! —exclamó—. ¡Por fin, joder!

—¿Por qué me ayudas?

—No deberías hacerme esa pregunta.

—Yo creo que sí. Eres Hades, el rey del Inframundo. Tú deseas mi destrucción.

—Me temo que no tienes ni idea de quién soy. Por cierto, estás muy guapa con ese corte de pelo. Incluso más que antes.

—¿Antes?

—Yo te he visto crecer.

—Mentira.

—Verdad. —Hades se acercó a ella e invadió su espacio con aire amenazador, pero Lovem no lo sintió así. Ni un poco—. Hay muchas cosas que no recuerdas, algunas porque eras demasiado pequeña y otras porque te las han arrebatado, te han arrebatado el derecho a recordarlas, pero yo te las puedo devolver. —Lovem frunció el ceño—. Sabes que tengo razón —continuó Hades—. Sabes que hay cosas que no encajan. Agujeros.

Sí, agujeros. Era una buena manera de llamarlos. O brechas. Brechas que amenazaban con destruir todo aquello en lo que ella creía. Claro que las había. Lovem llevaba tiempo viéndolas, respirándolas, tragándoselas y viviendo con ellas.

La actitud de Lucas y Peter cuando la conocieron. La manera en que la abrazaron, como si se conocieran. Incluso la actitud de Josh y Tristan, nerviosa, incrédula. La extraña petición de Peter de que lo ayudara con un hechizo de amor. El comportamiento de Eric, Tristan, Josh y Lucas cuando regresó. La cantidad de veces que había notado que todos ellos se comunicaban de alguna manera, a sus espaldas, con mensajes velados.

—Como ya te he dicho —prosiguió Hades—, he venido aquí jugándome la existencia, y no tenemos demasiado tiempo, así que voy a ir directo al grano. ¿Quieres recuperar tus recuerdos?

Lucas protegiéndola a toda costa en la lucha contra los gigantes y Cedalión. El mar obedeciéndola. Lucas hablando con Hefesto. «¡Te has precipitado, Hefesto! Te han podido las ganas y has fallado. Jamás llegarás hasta ella».

El hecho de que todos la creyeran muerta desde hacía dos años. Los acontecimientos de Escila también ocurrieron dos años atrás.

Escila.

El lumikanol en su sangre. Una proteína que solo existía en los dragones, alguna medusa y unas pocas plantas. Y en ella.

Eric.

Y la convivencia con su padre, en general. Había cosas que no encajaban. Recordó una de sus conversaciones con Tristan:

—¿Por qué te cabreas conmigo?
—Porque no recuerdas.
—¿Recordar el qué?
—Nada, olvídalo.

—Me lo tomaré como un sí —concluyó Hades—. ¡Adelante, querida! —gritó a continuación.

Lovem miró hacia la salida y vio entrar a una mujer altísima con el pelo y los labios más rojos que la sangre humana. Llevaba un vestido verde esmeralda que llegaba hasta el suelo; no se le veían los pies, era como si volara. Lovem detectó algo en ella, pero no supo qué. O quizá sí. Peligro.

Retrocedió unos pasos hasta que chocó con una columna. Mnemósine la siguió y le puso la mano en la frente.

—Te va a doler —le advirtió.

Y dolió. Dolió tanto físicamente que la hizo hasta gritar, pero a Lovem le dolió más en el alma. Los recuerdos llegaron a su psique como imágenes en alta resolución que se le metieron en el cerebro a través de una herida abierta en carne viva.

Vio a su padre, el dios Zeus, y la falta de su madre. Vio a Zeus explicándole que se había ido para siempre, y advirtió cierto pesar en su voz. Zeus apreciaba a su madre.

El Olimpo. Vio el Olimpo. El camino hacia la morada de los dioses. Seis kilómetros de escaleras escabrosas y desiguales en sentido ascendente. Lopus. Ella se había criado con él y con el resto de los dioses olímpicos. Vio pasar su infancia. Hades era su favorito, había algo especial en él. Ellos dos habían conectado desde el primer momento.

Eric. Eric siempre estaba molestándola. A ella no le gustaba y lo evitaba.

Josh. Lucas. Oh, Josh y Lucas. Las imágenes de ellos creciendo junto a ella la hicieron caer al suelo. El amor que sentía por ellos le explotó en el corazón. El juramento de sangre. Lovem hablando con el mar y controlándolo.

Su interés por el Mundo Exterior. Sus escapadas a la playa. Anfisbena. El Reino Rojo. Tristan. Por todos los dioses, Tristan. Moviendo unos pantalones de un lado a otro. Sus ojos azules. Sus respuestas ingeniosas. Su humor de perros. Pólux. Megalo. Rafe. Phil. Ella disparando una flecha por primera vez en la sala de entrenamiento de Tristan. Sus enfrentamientos con él. La excursión a la aldea. El licor de piel de salamandra. La espada. Magnus. Alicia. El baile. El ataque. El fuego que le salió de las manos. El descubrimiento de que Tristan le había dado su sangre. Las emociones que compartían. Su huida hasta la barrera de fuego. El licor de Hydra. El casi beso que compartieron. Tristan cargando con ella a la espalda. El aniversario de la muerte de la reina. La Noche Negra. Josh y Lucas ayudándola a abandonar el reino de los dragones. Escila. El laberinto del Minotauro. La reina de las arañas. Su promesa. «El rey te encontrará, hija

de Zeus. El rey te encontrará y pagarás por esto». El centro de la Tierra. El beso de Tristan. Los días que pasaron juntos. «Porque te quiero». Ella inyectándose Escila. Aiden. La huida. El dragón. Ella despertando en su cama y contándole a su padre todo lo que había pasado. Escila. Escila estaba en el Olimpo. Su padre dándole algo de beber. Una pócima. «¿Papá? Papá, ¿qué es esto? ¿Qué me has dado? ¿Qué me has hecho?». Ella abriendo los ojos en una cama en el Mundo Exterior.

Entonces Lovem escuchó la voz de Hades, lejana.

—Y estos dos recuerdos van de nuestra parte.

Mnemósine le apretó aún más la frente y Lovem volvió a gritar de dolor.

Josh era pequeño. Un bebé. Hades iba a su cuna y le inyectaba algo en las venas. Escila. La imagen se repitió en cientos de ocasiones más, hasta que cumplió dos años.

El panorama cambió y Lovem se vio a sí misma tumbada en su cama del Mundo Exterior. Tenía un aspecto demacrado. Moribundo. Claro, estaba muerta. La ropa la llevaba sucia y raída y había restos de sangre por todas partes. Mnemósine, la diosa de la memoria, estaba junto a ella. Y Zeus. Y Eric.

—Qué va a hacer con ella? —preguntaba Eric—. ¿No está muerta?

—¿De verdad pensabas que mataría a mi propia hija? ¿A mi Lovem?

—Yo... Señor, yo ya no sé qué pensar.

—Sin embargo, ha estado más cerca que nunca de morir. Más cerca que nunca. No puedo permitir que vuelva a suceder. De ninguna de las maneras. Los cinco reinos del Olimpo pueden matarse entre ellos si así lo desean, pero mi hija no participará en la batalla. Debía protegerla. Y eso es lo que he hecho.

—¿Protegerla de... la cúpula?

—Sí. Y protegerla de ella misma. Porque, mal que me pese, ella es su mayor debilidad. El amor que siente hacia los suyos la hace débil.

Demasiado débil. La obliga a tomar decisiones equivocadas. Jamás lo habría permitido de haberlo sabido».

—Josh y Lucas.

—Y el dragón. Tristan Drake. Vivir en el Olimpo sitúa a mi hija en la línea de fuego. No volveré a cometer los mismos errores. Por suerte para nosotros, siempre se puede empezar de nuevo. Mnemósine, hazlo ya.

—¿Lo borro todo?

—Sí. Excepto los míos. Voy a darle lo que ha deseado siempre. La vida que le habría gustado tener. Una nueva identidad. Voy a borrar todo lo que ha sido y a crear todo lo que será.

La mujer apoyó ambas manos en su frente y cerró los ojos.

Poco después, Zeus acabó con su vida y ella se sobresaltó a pesar de ser una mera espectadora de esos recuerdos. «Detalles, dijo su padre».

En su presente, Lovem los abrió, despacio. Estaba sentada en el suelo y tenía las mejillas y el cuello empapados de lágrimas. La cabeza le martilleaba como nunca, era casi insoportable, y albergaba un agujero en la boca del estómago que no sabía si acabaría por tragársela del todo. Tenía el corazón desbocado y sentía las pulsaciones hasta en las sienes. Le costaba incluso respirar.

—Ah —Hades se acercó a ella y se agachó a su lado—, ahí estás. Ahora sí sabes quién soy. Hola, cariño —le dijo con afecto.

Lovem lo miró con rabia, y sin dejar de llorar. Apretó los labios. Ahí estaba una de sus personas favoritas, su querido tío, su protector, su amigo, su inspiración, impecable, vestido de traje y camisa, tan elegante como siempre, con el pelo perfecto, la sonrisa ladeada y los ojos claros llenos de picardía.

—Habría confiado en ti hasta el día de mi muerte —susurró ella, rota de dolor.

—Te advertí que no confiaras en nadie.

—Habría dado la cara por ti hasta el día de mi muerte —continuó Lovem, sin escucharlo. Y lo miró a los ojos—. ¿Por qué?

«¿Por qué nos has hecho esto?». Hades entendió la pregunta a la perfección.

—Porque soy el chico malo. O porque Josh y tú ya estabais muertos. ¿Cuál prefieres?

Lovem no respondió; seguía asimilando todo lo que pasaba.

—Tú estabas muerta. Y mi hijo estaba muerto. Os he dado una oportunidad a los dos de sobrevivir. Deberías agradecérmelo, sobrina.

—Le inyectaste Escila a tu hijo.

—Sí, y lo mantuve bajo mi guardia y custodia durante mucho tiempo. Intocable. Y ahora tú lo has dejado desprotegido por confiar en quien no debías. No me eches toda la mierda a mí, Kennedy, aquí cada uno juega su papel.

Lovem señaló a Mnemósine con la barbilla.

—¿A ella la has rescatado de entre los muertos? Porque he visto cómo mi padre la mataba.

—Ya ves. Concesiones que tengo por ser el rey del Inframundo. Pero solo puede quedarse un ratito y he tenido que pedir un montón de favores. Todo por y para ti, sobrina.

Otra explosión provocó que el suelo se tambaleara de nuevo y que otra columna cayera. Lovem volvió a sobresaltarse. Se había olvidado de que el mundo seguía girando.

—Josh —susurró—. Han venido a por Josh.

«Oh, dios mío».

Lovem se levantó corriendo, dejó atrás a Hades, y se enfrentó a Mnemósine, que se interponía en su camino.

—O te apartas o te aparto.

—¡Lovem! —gritó Hades.

—¡O te apartas o te aparto! —repitió Lovem.

Mnemósine se retiró y la dejó pasar.

—¡Lovem! —gritó Hades de nuevo.

Fuera todo era caos y destrucción. Y muerte. Traición. Lovem olía la traición. Nauseabunda. Dolorosa. Advirtió desde lo más alto de la colina el humo y el fuego que salían a borbotones de las instalaciones de la Resistencia. Oyó disparos y gritos. Muchos gritos. Corrió más rápido, el miedo se había apoderado de ella. Iban a por Josh. ¡Iban a por Josh!

Ya había anochecido y la negrura lo cubría todo. Bajó la colina y llegó a la trampilla. O a lo que quedaba de ella. Estaba destrozada y había un boquete enorme al lado. Lovem saltó y bajó por las escaleras, destrozadas. Tropezó con monstruos, con bestias asquerosas y con semidioses muertos. No pudo evitar respirar cuando les vio las caras y descubrió que no eran las de Lucas, Tristan, Magnus, Peter o... Josh. Los esquivó a todos y no perdió el tiempo en luchar, no podía, tenía que encontrar a su mejor amigo antes de que *ellos* lo hicieran. Todo aquello se había dispuesto para capturar a Josh. Para recuperar a Escila. «Por favor, que no sea demasiado tarde». Lovem corría desesperada.

Llegó al final de las escaleras y vio a Peter en la antesala de la Resistencia. Una granada que no sabía ni de dónde venía iba directa hacia él. Lovem llegó justo a tiempo para cogerlo de la pechera y agacharlo hacia suelo junto a ella. La granada explotó sobre sus cabezas.

—Joder... —exclamó Peter.

—¡¿Dónde está Josh?!

—No... No lo sé.

Peter no podía ni hablar, seguía mirando con los ojos muy abiertos el agujero que había dejado la granada; no había muerto por los pelos. O porque Lovem lo había salvado, una vez más.

Ella cogió la pistola que Peter llevaba en la mano y siguió corriendo. Echó el brazo hacia atrás y, sin mirar, disparó a todos los bichos que iba sobrepasando. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez y

once. Todos los disparos fueron certeros. Todos cayeron muertos y el camino hacia la salida quedó despejado.

—¡Sal de aquí! —le gritó a Peter, aún sin girarse.

Lovem siguió adelante. Los túneles de la Resistencia estaban atestados de más muerte y humo. De sangre y de cuerpos, casi todos humanos. Lovem los sorteó, uno a uno. Y eran tantos los caminos intrincados y las escaleras que era imposible dirigirse a un lugar. Las bombillas titilaban, algunas destrozadas, y dejaban el túnel a oscuras por momentos. Lovem se detuvo en medio del caos y cerró los ojos. El túnel daba vueltas. Dejó la mente en blanco y apagó todos los sonidos. El silencio era monstruoso. Se concentró de nuevo en ellos, uno a uno, y buscó el que necesitaba

Escuchó un siseo.

Un grito ahogado.

Un sollozo.

El mandoble de una espada.

Otro siseo, más alargado que el anterior.

Pasos acelerados.

Otro grito. «¡Josh!».

Abrió los ojos.

Lucas.

«Te tengo».

Siguió el sonido de la voz de su mejor amigo. Retrocedió sobre sus pasos y regresó a las escaleras principales. Bajó un piso más y lo vio. Tristan y Magnus estaban junto a él, pero no había ni rastro de Josh.

—¡No! —gritaba Magnus.

Y Lovem lo vio. El cuerpo delgado y la cabeza de cabello castaño claro de Josh. Estaba tres pisos más abajo, rodeado de cuatro gigantes con aspecto humano y tres escorpiones. Lo tenían. Lo habían apresado. Lucas, Magnus y Tristan intentaban llegar a él, pero habían destruido las escaleras con granadas y había un agujero en su lugar. Si saltaban, caerían sobre las

garras de los escorpiones. Lucas intentaba utilizar el agua de las tuberías contra ellos, pero no era suficiente. Y no podía crear más. Lucas no podía crear agua de la nada, solo manejar la que ya existía. Tristan tampoco podía convertirse en dragón. El espacio era demasiado pequeño y podría matarlos a todos en el proceso. Uno de los gigantes intentaba abrir otro boquete en la pared y estaba a punto de conseguirlo. Iban a escapar. Era cuestión de segundos. A Lovem no le daba tiempo a saltar y matar a los escorpiones. No le daba tiempo.

Tristan la vio y la llamó, pero ella ya no escuchaba. Ni a él. Ni los gritos a su alrededor. Ni el siseo de los monstruos. Y apenas veía, a pesar de que hasta el humo se había disipado. Se acercó al borde de las escaleras y subió los escudos de Égida a su alrededor. Sintió el peso de la pistola en la mano, más que antes, como si los gramos se hubieran multiplicado por mil. Parecía albergar una bomba en lugar de una bala. Lovem notó que incluso el cuerpo se le inclinaba hacia la derecha. Temió que se le resbalara el arma; le sudaban las manos. O no. Deseó que se le escurriera de entre los dedos. Eso podría evitarlo todo.

La cabeza castaña clara de Josh miró hacia arriba y la vio. Asintió con la cabeza. Lucas y Magnus, alertados por el gesto de Josh, se percataron de que Lovem estaba allí.

—¡Lovem! —la llamó Lucas.

Lovem tampoco le respondió a él. Cuando Lucas vio la pistola que Lovem llevaba en la mano, lo supo. Lo vio tan claro como el cielo más despejado. Y se volvió loco. Intentó acercarse a ella, pero el escudo lo impidió. Lucas lo golpeó, una y otra vez.

—¡Lovem! ¡Looovem! ¡Escúchame! ¡No lo hagas! ¡No puedes hacerlo! ¡Juramos protegernos! ¡Juraste protegerlo con tu vida!

Ella no lo escuchó. No lo miró. Sus ojos y todos sus sentidos estaban puestos en su otro mejor amigo. Comenzó a llorar. Y a gritar.

—¡Nooo! ¡Nooooo!

Era desgarrador. No. Las cosas no podían acabar de esa manera. ¡No!

«Vamos, Lovem —le suplicaron los ojos que le pertenecían a Josh—, hazlo».

—¡Nooo! —gritó aún con más fuerza.

Magnus se unió a Lucas. Y Tristan. Los tres golpeaban el escudo en un intento de llegar a ella y hacerle entender.

—¡Lovem, por favor! ¡No lo hagas! ¡¡Lovem!!

Creían que Lovem no era consciente de lo que estaba a punto de hacer: matar a una de las personas más importantes de su vida. Pero se equivocaban. Era muy consciente. Y por eso lloraba. Y por eso se negaba a hacerlo.

Con un movimiento lento, subió el brazo y apuntó a la cabeza de Josh. La mano le temblaba. Le temblaba como nunca. Afianzó el agarre. La pistola le palpitaba en la mano.

—¡Nooo! —le gritaba Tristan.

Y Lucas.

Y Magnus.

Lovem no veía las lágrimas de estos últimos, ni la cara horrorizada de Tristan, pero las intuía. Y hacían que le temblara aún más la mano. La situación se hizo insostenible. Los gigantes estaban a punto de llevarse a Josh. Lucas le rogaba que no lo hiciera. Magnus había caído de rodillas al suelo, pero no dejaba de golpear el escudo con las manos. Era entonces o nunca. Lovem recordó el juramento de sangre y la promesa que le había hecho a su mejor amigo. Todo sucedió en pocos segundos.

—¿Juras matarme si me atrapan?

—No voy a permitir que te atrapen.

—¡¿Juras matarme si me atrapan?!

—Lo juro.

Había fallado a su promesa. Había permitido que lo atraparan. No había podido protegerlo. Y ya no había vuelta atrás. No podían llevárselo.

—Lo siento. Lo siento —repetía sin cesar, sin apenas poder hablar. La congoja no se lo permitía—. Perdóname, por favor.

«Hazlo ya», le suplicó él.

—Te quiero.

«Te quiero».

Las lágrimas le nublaban la vista y la pistola cada vez pesaba más. Así que cerró los ojos. Y disparó. Sintió la bala de plata salir del arma. Rápida. Mortal. Fue un disparo certero. El más certero. Sintió el cuerpo de su mejor amigo desplomarse en el suelo. Muerto.

Y ella también cayó.

Ya estaba hecho.

30

Lovem ignoraba si seguía habiendo ruido a su alrededor. Solo escuchaba un pitido prolongado en los oídos. ¿Y por qué de repente todo transcurría a cámara lenta?

Piiiiiiiiii.

Dejó caer la pistola. Estaba mareada y tenía ganas de vomitar. Pero no era por el pitido. Acababa de matar a su mejor amigo de un disparo en la sien. A sangre fría. ¿Qué clase de monstruo era? ¿En qué clase de ser se había convertido? Apenas podía respirar y solo tenía ganas de hacerse un ovillo y llorar hasta quedarse sin lágrimas, pero aún quedaba trabajo por hacer.

Giró la cabeza y vio a su amado Lucas por primera vez desde hacía dos años; estaba arrodillado en el suelo, con las manos metidas entre la tierrilla, y lloraba sin consuelo. Lovem deseaba abrazarlo con todas sus fuerzas y asegurarle que todo iba a ir bien. Que no estaba solo. Magnus, a su lado, había entrado en *shock*. O eso pensó Lovem. Estaba paralizado, con la vista perdida en el cuerpo sin vida de Josh. Y Tristan la miraba horrorizado. También con dolor. Pero entonces, Magnus despertó de su trance y la miró. Solo a ella. Lovem vio el odio en sus ojos antes de que se levantara, cogiera una espada que había en el suelo y la blandiera contra ella. De no haber sido por Égida, la habría alcanzado.

—¡Sal de ahí! —gritó, roto de dolor—. ¡Sal de ahí para que pueda matarte!

Magnus atacó a Lovem sin piedad, una y otra vez. Los golpes le rebotaban en los brazos y lo desestabilizaban aún más de lo que ya estaba, pero no cejó en su empeño. Solo quería llegar a ella y hacerla pagar por lo que había hecho. Había matado a Josh. Lovem lo dejó hacer, con lágrimas nuevas que le caían en las mejillas cada pocos segundos, hasta que a Magnus lo venció el cansancio y cayó de nuevo al suelo.

Lovem se levantó, aprovecharía la evidente sorpresa y estupefacción de los gigantes para saltar y llegar hasta ellos. Égida la protegía. Lucas la detuvo en el último segundo. Se puso justo enfrente y le cortó el paso.

—¿Adónde vas? —le preguntó con voz fría y los ojos llenos de rabia, odio y dolor.

—Escila aún está dentro de su cuerpo —dijo Lovem, sin atisbo de sentimientos.

A Lucas lo pilló tan de sorpresa la respuesta que se despistó durante un instante. Instante que Lovem aprovechó para saltar. Los escorpiones atacaron su cuello, pero encontraron el escudo. Ella abrió la palma y el rayo de su padre se materializó. Cortó las cabezas de los escorpiones y fue a por los gigantes, que intentaron escapar por el agujero en la pared que habían conseguido abrir. Pero ella fue más rápida. Le hervía la sangre. Exudaba rabia por cada poro de piel. Los alcanzó con el rayo a todos, uno a uno. Se dio la vuelta, dispuesta a acabar con cualquiera que se acercara a ella, con el rayo levantado, y...

—¡No! —gritó Easton con las manos arriba—. Soy yo. Lovem, soy yo.

Con la respiración agitada, bajó el rayo y lo observó. No tenía buen aspecto. Algo lo había mordido en el hombro y arañado la mejilla derecha. También sangraba por la nariz. Crew, a su lado, no estaba mucho mejor. De uno de los brazos le chorreaba sangre y parecía que un dragón le había pasado por encima.

Ambos miraron el cuerpo sin vida de Josh Collingwood. Easton agrandó mucho los ojos.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Lovem, en lugar de responder.

—Casi todos muertos —dijo Crew—. Apenas quedamos un puñado. Los escorpiones se están replegando.

—¿Fiji y Diana?

—Buscándolos a todos. Acabamos de separarnos.

Entonces escucharon a Tristan gritar.

—Llevadlos a casa. A todos. Magnus, escúchame. —Cogió a su hermano por los hombros y lo levantó del suelo—. Llévalos a casa. Este lugar ya no es seguro.

Pero Magnus no escuchaba, solo lloraba y negaba con la cabeza. Y Lucas seguía mirando a Lovem sin apenas parpadear.

—¡Easton! —gritó Tristan—. Reúnelos a todos y partid hacia el Reino Rojo.

—¡Sí! —Easton se giró hacia Lovem—. ¿Estarás bien?

Ella solo asintió con la cabeza. Cogió en brazos el cuerpo sin vida de su mejor amigo y se internó en uno de los túneles. Se alejó todo lo que pudo del corazón de la pelea y entró en una habitación vacía. Era la sala común. Tendió el cuerpo en una de las mesas de metal.

Había un silencio ensordecedor.

Lovem le retiró el cabello de la frente y le dio un beso en la sien. Ya estaba frío. Hundió la cabeza en su pecho y rompió a llorar de nuevo.

Tristan recorría los túneles en busca de Lovem; no podía haber ido demasiado lejos. Temblaba. Le temblaba todo el cuerpo. El pulso. La respiración. Josh estaba muerto. Muerto. Y Lovem lo había matado sin saber que era una de las personas que más amaba en la vida.

El dragón, desde el primer instante en que se encontró con Lovem en la Resistencia después de dos años sin verla, y descubrió que le habían

borrado los recuerdos, solo deseaba que los recuperase. Hasta ese momento. Porque entonces Tristan solo podía rogarles a los dioses que no lo hiciera. Si Lovem descubría que había matado a *su* Josh... Tristan no podía ni pensarlo.

Se asomó en la siguiente estancia y ahí estaba ella, sobre el cuerpo sin vida de... Tristan abrió mucho los ojos.

Lovem no quería separarse de él. No así. No tan rápido. Hasta que escuchó el ruido de unas pisadas.

—Lovem.

Ella levantó la cabeza y vio a Tristan, que miraba el cuerpo de su mejor amigo horrorizado.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó.

Lovem se llevó el dedo índice a los labios.

—Chisss...

Tristan vio que ella colocaba las manos por encima del cuerpo y que de ellas comenzaban a salir chispas, pero entonces cerró los puños y dos lágrimas más se le deslizaron por las mejillas.

—¿Tienes que hacerlo? —le preguntó Tristan.

—Sí —le aseguró ella.

—Entonces, yo te ayudaré.

Colocó las manos encima de las de ella y las apretó. Lovem sintió la cercanía y el calor de Tristan. De *su* Tristan. Cerró los ojos, abrió las palmas y dos bolas de fuego emanaron de ellas y cayeron sobre el rostro de su mejor amigo, que comenzó a arder. Tuvo que aguantar las lágrimas con todas sus fuerzas mientras el cuerpo se consumía.

—¿Qué se supone que estáis haciendo?

Tanto Tristan como Lovem se sobresaltaron. Levantaron la mirada y vieron a Hades, que entraba en la sala como si le perteneciera. No se le había movido un solo pelo de la cabeza ni aparecido una arruga en el traje desde que ella lo viera en el Partenón.

—Quemar su cuerpo —respondió Lovem con la voz fría. Aunque también tragó saliva. Llegaba el momento de la verdad.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitir que accedáis a su sangre.

Los ojos de Hades y Lovem se encontraron y ambos se mantuvieron la mirada. El primero sonrió.

—Muy bien, sobrina —aceptó, y Lovem soltó el aire que había estado conteniendo—. Lo haremos a tu manera.

Los tres se mantuvieron en silencio hasta que solo quedaron las cenizas.

—La partida continúa —dijo entonces Hades—. Disfruta de tu victoria mientras puedas.

—¿Victoria? —preguntó Tristan, horrorizado. No se podía creer que el dios permaneciera impasible—. ¿A esto lo llamas victoria? —Señaló las cenizas.

Hades ladeó la cabeza y observó al dragón.

—En las guerras hay bajas —le dijo por fin—, y vosotros lo sabéis mejor que nadie. Estamos jugando, joven Drake, y Kennedy acaba de meter un tanto.

—¿No puedes resucitarlo? —Tristan ya conocía la respuesta, pero tenía que preguntarlo de todas maneras.

—No —respondió Hades contemplando el cuerpo con cierto pesar—. Como ya le he dicho a mi querida sobrina, solo puedo... concederles un pequeño recreo.

—¿Eso es lo que hiciste con Kairós? —le preguntó entonces Lovem.

Hades la miró con sorpresa.

—¿Kairós? Oh, Kairós. El dios del tiempo que tu padre mandó al Tártaro cuando el poder se le subió a la cabeza. No. No le he concedido ningún recreo. No es así como se hizo, querida. No es así como retrocedieron el tiempo. En fin. —Hades juntó las manos—. Yo ya me tengo que ir. Pero recuerda lo que hemos hablado. Te lo dije una vez, hace tiempo, y no me

hiciste caso. Hoy te lo he repetido. La cuestión es ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a hacerme caso y a tomar medidas o vas a ignorarme de nuevo? —Lovem no respondió—. Bueno —Hades suspiró—, te levanto el veto en lo que respecta a él —Hades señaló a Tristan con desprecio— y a tu querido Lucas. Pero solo ellos dos, Lovem. Solo ellos dos. No lo olvides. Hasta la próxima, sobrina. Ha sido un placer verte, como siempre.

Le lanzó un beso al aire, se dio media vuelta y se marchó.

—¿Qué ha significado todo eso? —preguntó Tristan, aún consternado.

—Que hay un traidor en la Resistencia. Y que no sois ni Lucas ni tú.

En el Reino Hielo

—¡Nooo! ¡Nooo! —gritaba Hefesto, fuera de sí.

Volaban árboles por todas partes, y Hades se temió que alguno acabara dándolo a él en la cabeza. No estaba de humor. Acababa de perder a su querido hijo. Después de todo lo que había hecho por él...

—¿Cómo? —se preguntaba Hefesto—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? Lo teníamos. ¡Ya lo teníamos!

Otto negaba con la cabeza; aún no podía creérselo.

—No contasteis con que Lovem se cargaría a su mejor amigo —dijo Hades—. Vaya con la chica. Como para llevarse mal con ella...

—Tú ¿de qué parte estás, Hades?

—De la mía. Ya os dije que yo no era de la primera persona del plural.

Otto bufó. Hades, cuando se lo proponía, conseguía crisparlo.

—Te veo de muy buen humor para haber perdido a tu hijo.

Hades se acercó tan rápido a Otto, que este ni lo vio venir.

—No he perdido un hijo. Vosotros me lo habéis arrebatado. En lugar de pedir a Escila por las buenas, habéis tenido que hacerlo por las malas. Y, créeme, no es algo que vaya a olvidar fácilmente.

—No nos la querías dar.

—No lo pediste «por favor». Y no me cabrees más, Otto. Me estoy conteniendo y no quiero liarla. A partir de ahora, voy por mi cuenta.

TERCERA PARTE

El Reino

Hielo

31

Lovem no había estado segura de lo que iba a sentir una vez llegara al Reino Rojo, hasta que Tristan y ella se dieron de bruces con la Gran Muralla de Fuego. Entonces lo supo. Anhelo. Excitación. Expectación. Impaciencia. Y seguridad. Fue como volver a casa después de una larga, dura y agotadora eternidad fuera de ella. Una casa a la que necesitaba más que nunca. Tristan le ofreció la mano y Lovem se quedó mirándola.

—Es para que puedas pasar —le explicó.

Lovem casi sonrió, y casi lo abrazó, lo besó y se derritió entre sus brazos, oh, Tristan, pero solo le ofreció la mano. Y cruzaron.

Al otro lado, junto a tres caballos, los esperaba Pólux, que bullía de nervios por ver a Lovem. Por fin. Incluso había una ínfima parte de él que no acababa de creerse que estuviera viva, pero entonces ella cruzó la Muralla. Y, a pesar de que era de noche, Pólux juraría que todo el reino se iluminó. Se acercó a ella con pasos temblorosos y tuvo que tragarse las ganas de abrazarla.

—Bienvenida. Yo soy Pólux. —Después de dar su nombre solía venir aquello de «el Gran Sabio y Sanador de los dragones», pero en los últimos tiempos se sentía un fraude más que nunca y no se sintió capaz de mentirle a la cara a su querida Lovem—. Es un honor conocerte. Siéntete en tu casa, por favor —le suplicó, y se inclinó ante ella—. Nuestro hogar es tu hogar.

A Lovem se le anegaron los ojos de lágrimas y se lanzó a sus brazos. Cayó al suelo, de rodillas, y se aferró a sus piernas. Había pasado toda una vida desde que lo vio por última vez en ese mismo lugar. En ese mismo y exacto lugar. Existían pocas personas con las que Lovem se sintiera a salvo, en todos los sentidos, y Pólux era una de ellas.

Pólux se agachó junto a ella y le devolvió el abrazo. Enredó las manos en su pelo y le acarició la cabeza. Oh, Lovem. Su querida Lovem. Su reina Lovem.

—Chisss —susurró—. Todo va a salir bien. Ya estás en casa. Siento mucho lo que ha pasado hoy. Lo siento de veras. Y siento que hayas tenido que hacerlo tú. No es fácil tomar determinadas decisiones y no todos tenemos la valentía y el coraje que has demostrado tener tú para hacerlo.

Lovem no se movió. No podía. No quería. Que se detuviera el mundo, por favor. Que se detuviera para que ella pudiera llorar en paz la muerte de su mejor amigo. Pólux, sin soltarla, levantó la mirada y se cruzó con los ojos de Tristan, que lo miraban con dolor. Con dolor por ver a Lovem tan destrozada. Ojalá pudiera él reconfortarla. Ojalá pudiera decirle que la quería y que siempre estaría a su lado. Ojalá se aferrara a sus brazos en lugar de a los de Pólux. No la culpaba. Al contrario, la entendía. Pólux era un adulto e infundía seguridad y hogar, y él... Él no era más que un chico asustado que le daba una de cal y otra de arena porque no tenía ni idea de cómo enamorarla de nuevo. Pero se le calentó el corazón al verlos así. Pólux adoraba a Lovem. Y Lovem a Pólux, aunque ella no lo sabía. Aun así, una especie de impulso la había lanzado a sus brazos. Qué curiosa era la vida.

Pólux no la soltó hasta que la propia Lovem dejó de llorar y pudo levantarse. Pólux se dirigió raudo a uno de los caballos y cogió dos capas.

—Poneos esto —les dijo, y le ofreció la de color negro a Tristan y la roja a Lovem—. No quiero que nadie os reconozca.

Ella no lo cuestionó. Se puso la capa, se subió la capucha, protegiéndose el rostro, y esperó nuevas órdenes.

—¿Mi padre? —le preguntó Tristan a Pólux.

—Está con Magnus.

—¿Y el resto de los semidioses?

—Les hemos asignado unas habitaciones.

—Bien.

Cabalgaron juntos hasta el castillo con el cielo negro lleno de estrellas como único testigo, entraron en silencio en las caballerizas y dejaron a los caballos. Pólux los guio por el castillo hasta la habitación de Tristan. Había tal silencio sepulcral que Lovem se estremecía cada vez que la madera crujía bajo sus pies. Pólux los dejó ante la habitación y les dio un beso en la frente a cada uno.

—Mañana será otro día —les dijo—. Ahora, descansad.

Entraron. Tristan cerró la puerta y miró a Lovem, parada en medio de la estancia. La última vez que había estado ahí estaba totalmente calcinada. Claro que dos años dan para arreglar ese tipo de destrozos.

—Esta es tu habitación —le dijo nervioso. Y ni siquiera sabía por qué estaba nervioso.

—¿Mi habitación? —preguntó Lovem. Sabía de sobra que era la de él, pero Tristan asintió con la cabeza—. ¿Y la tuya?

—También.

Sus miradas se engancharon y Lovem deseó con todas sus fuerzas decirle que se acordaba de todo. Pero no podía hacerlo. Lovem tenía un plan, y confesárselo todo a Tristan supondría hacerle más daño unas horas después, así que calló. Dio media vuelta y observó el dormitorio como si fuera la primera vez.

—Bonito cuarto.

—Bonita tú —respondió él de inmediato.

Lovem sonrió. Estaba triste y agotada, pero Tristan había logrado sacarle una sonrisa en el momento en que más la necesitaba.

—¿Intentas ligar conmigo?

—Desde el primer día.

Ambos rieron sin poder evitarlo. Durante tres segundos. Después enmudecieron, con el gesto serio, y se miraron de nuevo a los ojos. Lovem se soltó la cuerda que llevaba anudada al cuello y la capa cayó al suelo. Agarró la camiseta y tiró hacia arriba, se la sacó por la cabeza y la lanzó al suelo junto a la capa. Tristan abrió unos ojos como platos. Ella se deshizo de las deportivas, los calcetines y los pantalones, y él tragó saliva. Lovem se quitó el sujetador, y a Tristan el corazón comenzó a latirle muy deprisa. Ella se desnudó del todo, y él tomó aire. Era tan bonita. Lo más bonito que existía. Lovem se acercó a Tristan y la temperatura del dormitorio se incrementó en diez grados por los menos. «Haz lo que quieras conmigo, morenita», le dijeron los ojos de él, así que ella le agarró la camiseta y se la quitó, pero a él no lo tocó. Ni siquiera un roce. Y tampoco lo tocó cuando le desabrochó el cinturón, el botón del pantalón vaquero y le bajó la cremallera. Ni cuando le deslizó los pantalones por los firmes muslos.

El corazón de Tristan no es que fuera a mil por hora, es que se había pasado de vueltas y desenroscado de la maquinaría. Se deshizo de las deportivas con un movimiento superrápido de los pies y elevó una de las rodillas para ayudar a Lovem a que lo desnudara. Se quedó en ropa interior, nervioso como no lo había estado en la vida, y tragó saliva de nuevo. Ella coló las manos por debajo del elástico del bóxer y tiró hacia abajo mientras sentía el dulce aliento y la respiración agitada de Tristan cerca de su rostro. Ambos quedaron desnudos, uno enfrente de la otra.

Lovem se acercó a él y un escalofrío de placer los recorrió de arriba abajo cuando el cuerpo de una se encontró con la erección del otro. La punta tan solo le rozaba el vientre , pero la temperatura subió cinco grados

más. Ella notó que se le humedecía la piel con el líquido preseminal que salió de la erección y dejó escapar un gemido.

—Tris —lo llamó en medio del jadeo.

—Humm —respondió él con la respiración entrecortada. No podía ni hablar.

Cuando Lovem extendió la mano para tocarlo, Tristan no lo aguantó más. La cogió por los hombros y la empujó hasta que su espalda tocó la puerta del dormitorio. Y logró hacerlo sin tropezar por el camino. Apretó las caderas contra las de ella y comenzó a moverse arriba y abajo. La presión le dolía. El placer le dolía. Le dolía de necesidad.

Ambos abrieron la boca y jadearon. Y ya no las cerraron, respiraron con dificultad con las bocas abiertas, y no dejaron de mirarse a los ojos. Lovem abrió las piernas y Tristan pasó una mano por debajo de una de sus rodillas y la levantó. Se movió, buscando la entrada de Lovem, y se quedó ahí quieto cuando la encontró, saboreando el momento. No podía creerse que fueran a hacer lo que estaban a punto de hacer y quería disfrutarlo. Nunca había tenido menos prisa en su vida.

—Lovem...

—Hazlo.

Ella tomaba la píldora desde hacía años y sabía que él jamás había estado con nadie sin protección. Él mismo se lo había dicho en el centro de la Tierra.

Tristan sujetó la mejilla de Lovem con una mano y la penetró. Volvieron a jadear y comenzaron a moverse, sin prisa. Cada movimiento les llevaba al cielo. Nunca habían estado tan cerca de él. Hasta que él la levantó a pulso y la separó de la pared, sin salir de ella. Lovem no se dio cuenta de que sus pies no tocaban el suelo hasta que cayó bocarriba en el colchón debajo de Tristan. Se lo quedó mirando. El pelo le caía sobre la frente y los ojos azules le brillaban a la luz de la luna que se colaba por la ventana.

Tristan se cernió sobre Lovem y ella lo tocó por todas partes, lo acarició, y sintió que los músculos firmes de su espalda y trasero ondulaban bajo sus manos. Abrió la boca para tomar aire y la lengua de Tristán entró en ella con fuerza, en busca de la suya, y ella pensó que no quería besarse con nadie más en toda su vida. Solo con él. Fue un beso que hablaba de necesidad, de poder y de deseo.

Tristan estaba a punto de precipitarse en el orgasmo en tiempo récord (y eso que aún no había comenzado a moverse), y no quería hacerlo todavía, así que separó sus labios de los de Lovem y unió sus frentes. Necesitaba calmarse, aunque dudó que pudiera hacerlo, dado que seguían respirándose en la boca del otro con el aire cargado como nunca a su alrededor. Y entonces Lovem se lamió los labios, saboreándolo, y Tristan... estaba a punto. Buscó las manos de Lovem y las empujó contra el colchón al mismo tiempo que se movía de nuevo dentro de ella, lentamente, de una manera casi perezosa. Nada tenía que ver aquello con lo que hicieron el otro día, cuando solo buscaban quitarse la ropa, tocarse y correrse. En ese momento tenían todo el tiempo del mundo. O eso creía Tristan, y Lovem se lo concedió. Les concedió ese momento solo para ellos.

Lovem temblaba debajo de él, y las manos le ardían de solo tocarse con las suyas. La sensación de él, de su olor y su calor eran lo más bonito que había tenido y tenía en la vida. Los labios de Tristan encontraron el cuello de Lovem y lo acariciaron. Ella sintió los dientes afilados contra su piel y deseó con todas sus fuerzas que la marcaran. Así podría sentirlos durante horas. Y él lo hizo. Ella temía que sus barreras se bajaran y era lo que más quería evitar, puesto que él no tardaría ni un segundo en darse cuenta de que ella lo recordaba, pero se dio cuenta de que no. De que Tristan no le leía el pensamiento. Era solo que pensaban igual. Para él, por su parte, era su forma de decirle que la amaba con todas sus fuerzas. No podía decírselo en voz alta porque se suponía que apenas se conocían. Qué complicado era todo.

Alcanzaron el orgasmo a la vez y Tristan cayó sobre Lovem, derrotado emocional y físicamente. Se quedó pegado a ella, pegajoso y sudoroso, recuperando el aliento. Lovem se abrazó a él como si le fuera la vida en ello y el corazón de Tristan brincó de pura dicha sin sospechar la tormenta de pensamientos que inundaban la mente de Lovem.

Ella recordaba sus dos vidas. La original y la de los dos últimos años. Era como si acabara de despertar después de que se desmayara en el laberinto a lomos del dragón de Tristan, pero al mismo tiempo habían pasado dos años. Y lo había conocido de nuevo. Era tan raro. En su padre prefería no pensar. No. No lo haría.

Lovem no supo cuánto tiempo permaneció debajo de Tristan, acariciándole la columna vertebral mientras el aire se enfriaba y las respiraciones se les ralentizaban, hasta que él se quedó dormido.

Se concedió unos minutos más, solo unos minutos más aferrada a él, antes de levantarse, limpiarse, vestirse y abandonar la habitación.

El pasillo estaba despejado, pero las escaleras no; escuchaba las respiraciones de los guardias que Pólux (Lovem estaba segura) había puesto ahí para que las custodiaran. Por suerte, no necesitaba ir en esa dirección. Se movió con sigilo hasta la habitación que buscaba, se conocía el castillo de memoria, y se detuvo en la puerta. Apoyó la oreja en la pared y no escuchó un solo ruido, pero dudaba mucho que Magnus estuviera dormido. Sí que estaba solo, sin embargo. Lovem podía sentirlo; Megalo ya se habría ido.

Abrió con cuidado y lo vio en su escritorio, con la cabeza hundida en los libros, con toda probabilidad, buscando la manera de traer a Josh de vuelta. Lovem obvió el pinchazo en el corazón y se acercó a él; no la había oído entrar. Y antes de que la sintiera detrás de él, a Lovem le dio tiempo a cerrarle la boca con una mano y coger con la otra una de las muchas plumas con las que escribía y clavarle la punta en el cuello, sin llegar a hundirla.

Magnus se sobresaltó, miró hacia atrás y abrió mucho los ojos cuando vio a Lovem. La rabia lo consumió, todavía tenía ganas de matarla, y se removió inquieto en un intento de liberarse.

—¿Buscas venganza por lo que le ha pasado a Josh? —le susurró ella—. Bien, pues escúchame. Es mejor que vayas por orden. Tenemos un topo. Un topo que se ha estado chivando de todos nuestros movimientos. Por eso nos atacaron en la biblioteca y por eso han ido a por Josh hoy. Ayúdame a encontrarlo. Yo sola no puedo. Necesito tu ayuda. Ocupémonos primero de él y luego nos centraremos en mí. ¿Cómo lo ves, Drake?

Magnus seguía con los ojos muy abiertos. ¿Un topo? ¿Había un topo en la Resistencia?

—Voy a quitarte la mano de la boca y tú no vas a hacer ninguna tontería, ¿de acuerdo? —continuó Lovem—. Te mataría antes de que lo intentaras y no puedes permitírtelo. No ahora que sabes que alguien ha traicionado a Josh. Necesitas saber quién es para poder ir a por él.

Magnus asintió con la cabeza y Lovem le liberó la boca, pero no retiró la pluma de su cuello.

—Él te lo pidió, ¿verdad? —le preguntó Magnus con rabia—. Josh. Te pidió que lo mataras. —Lovem no respondió—. No debió hacerlo —continuó Magnus—. No fue justo para ninguno de los tres. Ni para él, ni para ti, ni para mí. No sabes lo que has hecho, no tienes ni idea de lo que has hecho y espero que nunca lo sepas porque te destrozaría. Aun así, no puedo perdonarte.

—No te lo he pedido.

—Bien. Aclarado ese asunto, ¿quién ha sido? —le preguntó lleno de odio—. ¿Quién lo ha hecho?

—Enseguida lo sabrás. Necesito que me digas dónde habéis alojado a los miembros de la Resistencia que han sobrevivido.

—En la otra ala.

—Me lo imaginaba. —Lovem liberó a Magnus del todo—. ¿Y hay alguna manera de llegar ahí sin que nos vean los guardias que Pólux ha puesto en las escaleras?

—Depende. Dime quién ha sido. Ahora.

Bien. Era lo justo. Información por información. Con Magnus siempre había sido así. Lovem había aprendido que las paredes tenían oídos, así que se acercó al oído de Magnus y le susurró un nombre. Magnus volvió a agrandar los ojos.

—Voy a matarlo...

—Chis... No vas a hacer otra cosa que obedecerme. Al menos hasta que consiga lo que quiero. Pero te necesito con la mente fría, no llorando por las esquinas.

—¿Acaso me ves llorar?

No, no estaba llorando, pero lo había estado. Mucho y muy fuerte. Tenía los ojos hinchados y las venas del globo tan rojas que parecían a punto de explotar. Las ojeras se le marcaban debajo de los ojos y el pelo estaba hecho un desastre. Un arañazo en el cuello y una brecha aún abierta en la ceja izquierda. Dudaba que ella tuviera mejor pinta.

—¿Crees que podrás hacerlo? —repitió Lovem. Magnus señaló el vaso vacío que había encima de su escritorio—. ¿Qué era eso?

—Una pócima que me ha dado Pólux. Disuelve el dolor durante unas horas.

—Bien. Cálzate y llévame hasta el topo.

32

En todos los castillos hay pasadizos secretos y el de los dragones no iba a ser menos. Magnus y sus hermanos solían usarlos para jugar al escondite cuando eran niños. Comenzaba en un armario en apariencia singular que había en el pasillo y terminaba en su gemelo de la otra ala.

Magnus y Lovem lo cruzaron y llegaron a la habitación donde el topo dormía. Lovem se puso el dedo en los labios y le pidió silencio a Magnus. Abrió la puerta y estuvo subida en la cama con el rayo de su padre sobre el pescuezo del traidor, o pescuezos, antes de que les diera tiempo a parpadear. Les partiría el cuello al mínimo movimiento. Lovem casi deseaba que se movieran.

Tristan, Josh, Lucas, Magnus, Alicia, Peter, Fiji, Diana, Easton y Crew eran los nombres que Lovem había barajado mientras Hades la rodeaba. A los seis primeros los había descartado en cuanto hubo recuperado los recuerdos, a pesar de que Hades no habría estado para nada de acuerdo, pero, bueno, que mal rayo le partiera. A Lovem lo mismo le daba. El caso era que se había quedado con solo cuatro sospechosos. Podría ser cualquiera de ellos, sin embargo, Eric confiaba en Easton, y Eric no solía equivocarse. Y si él confiaba en su hermano, ella decidió que también; se lo debía a Eric. Los ojos de Crew eran transparentes en cuanto a su afecto por Easton, así que Lovem veía poco probable que lo hubiera traicionado y

puesto en peligro. Eso la dejaba con Fiji y Diana. Oh, Fiji. Fiji y su sonrisa traviesa. Fiji y su carácter fácil y afable. Fiji había sido el primero en encontrarla, ¿y si la estaba esperando? El ataque a las universidades era una clara estratagema para localizarla, y que ella acabara en el Reino Libre y un semidiós la encontrara ¿era casualidad? No. Lovem no creía en las casualidades. Fiji la estaba esperando y supo que era ella desde el principio. Había hecho con ellos lo que había querido. Fue corriendo donde Hefesto a contarle lo de Josh y aprovecharon el momento en que Lovem se fue al Partenón y lo dejó sin su protección para atacar la base. Era el momento perfecto. De la que no estaba segura Lovem era de Diana.

—¿Qué tal, chicos? —les preguntó.

—¿Qué... qué haces? —respondió Fiji.

—Oh, verás, he tenido un día de mierda y eso que había comenzado bien, pero al final he tenido que matar a mi mejor amigo de un disparo en la sien y alguien ha de pagar por ello. Pasaba por aquí y...

—¿Estás loca? —le preguntó Diana.

—Loquísima —respondió Lovem con rabia—. No te imaginas cuánto. Y tengo un problema. Resulta que estoy segura de que tu novio está con los malos. —Fiji ahogó un grito e intentó negarlo, pero Lovem no se lo permitió; apretó el rayo contra él—. Calladito ahí, Fiji, no te atrevas a negarlo. Pero no tengo ni idea de si tú también estás en el ajo. ¿Cómo lo resolvemos? ¿Tú qué crees, Magnus?

—Yo creo que deberíamos cargárnoslos a los dos —dijo en un tono helado.

A continuación, abrió su portátil (se lo había llevado consigo) y lo apoyó en el escritorio.

Lovem sonrió con malicia.

—Íbamos a hacer de poli bueno y poli malo —les explicó—, pero en última instancia hemos decidido que preferíamos ser poli malo y poli aún más malo. Arriba.

Lovem los cogió de la pechera, los empotró contra la pared y los inmovilizó con lo primero que encontró: las finas tuberías rosadas que cruzaban las paredes de manera decorativa. Las arrancó de cuajo sin apenas esfuerzo, como si fueran de plástico y no de acero, y el agua que aún contenían salió disparada. Las pasó por encima de sus cuerpos y se las apretó en la cintura.

Lovem los observó con los ojos entrecerrados y Magnus se unió a ella. Oh, la naturaleza humana. Era tan frágil. Podía esconder un secreto hasta la muerte, pero ¿las emociones? Las emociones eran difíciles de ocultar. El ego. La suficiencia. La pedantería. La vanidad. El orgullo. La venganza. El odio. La sorpresa. La culpabilidad. Siempre acababan saliendo de una manera u otra. Magnus lo sabía. Los ojos eran el espejo del alma, y por eso le había dicho a Lovem que la mejor manera de descubrir al topo era analizando su comportamiento. Y era lo que iban a hacer.

—Fue Diana la que llevó a la Resistencia al Reino Sombrío —comenzó Magnus.

—Qué interesante —respondió Lovem.

—Era un lugar inhóspito, quizá solo buscaba la protección de los suyos. —Magnus.

—Puede que sí o puede que no. —Lovem.

—Asumió el papel de líder, a pesar de no merecerlo. Quizá así se aseguraba de que la información siempre pasaba por ella. —Magnus.

—Se acercó a Eric y a mí la primera vez que nos vio con la excusa de comprobar si Fiji estaba bien y nos miró de arriba abajo. —Lovem.

—Acababais de llegar a su base. Cualquier líder lo habría hecho. —Magnus.

—Pero su novio volvía de una misión peligrosa. ¿No debería de haberse fijado más en él que en nosotros? —Lovem.

—Peter jamás ha detectado tensión sexual a su alrededor. —Magnus.

—Oh, qué interesante —repitió Lovem—. Porque Peter nunca falla.

—Nunca. —Magnus.

—Y míralos ahora —Lovem los señaló de pies a cabeza—, perfectamente vestidos. ¿Así es como se meten en la cama? Oh, vamos. Son pareja. ¿Sabes lo que he hecho yo en cuanto he estado a solas con Tristan? ¿Antes incluso de coger aire? Desnudarme.

Lovem inclinó la cabeza y observó los arañazos que ambos tenían en el rostro. Eran superficiales. Muy superficiales. Y ni siquiera habían cruzado una mirada durante el «interrogatorio». No necesitaba hacer más conjeturas. No eran pareja. Y los dos eran topos.

—Qué bien entrenaditos estáis. —Lovem.

—Sois como los malos que toman cianuro para que no los torturen. —Magnus.

—En la boca del dragón os habéis metido, desde luego. —Lovem.

—Qué os ofrecieron, ¿eh? ¿Qué os ofrecieron para que traicionarais a los vuestros?

—Nosotros no somos nada suyo —dijo Lovem—. Se han criado fuera del Olimpo.

—Cierto. Entonces, seguro que les habéis salido baratos. En fin. Me da igual. ¿Dónde estabais hoy cuando han atacado la base? —les preguntó Magnus directamente—. No os he visto.

—El día del ataque a la biblioteca no salisteis —recordó Lovem—. Os quedasteis dentro mientras el resto huía y gritaba.

—Pues vaya mierda de líder. —Magnus.

—Mira quién fue a hablar —dijo Fiji por fin—. Han matado a tu novio delante de tus narices.

Lovem tuvo que sujetar a Magnus para que no se cargara a Fiji en ese momento.

—Si vuelves a hablar de él —le escupió Magnus a la cara con la mandíbula apretada y el rostro muy cerca del suyo—, acabo contigo aquí y ahora.

Magnus tenía tanto dolor. Y necesitaba canalizarlo.

—¿Cómo entramos en el Reino Hielo? —preguntó Lovem sin más ceremonias.

Fiji soltó una carcajada.

—Suerte con eso, Kennedy —dijo.

—Creo que no sois conscientes de lo cabreada que estoy y de lo poco que me queda por perder —dijo entonces Lovem, que ya estaba pasada de vueltas—. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Por las buenas será menos doloroso. Por las malas... ¿Queréis que os cuente un secreto? Soy capaz de despedazaros y aun así manteneros con vida. Agonizareis, pero seguiréis vivos. Si tengo que cortaros en pedacitos muy lentamente hasta que habléis, lo haré. Y disfrutaré de cada pedazo. Empezaré por las uñas. Os las arrancaré una a una. Despacio. Y cuando muráis, si morís, no habrá infierno ni Inframundo que os proteja de mí. ¿Cómo entramos en el Reino Hielo? —repitió.

—Suerte. Con. Eso. Kennedy —repitió también Fiji, recalcando cada palabra.

—No lo saben —dijo Magnus—. No son más que esbirros sin importancia. Los gigantes jamás les confiarían un secreto como ese. No importa. No los necesitamos. Lo averiguaremos por nuestra cuenta.

—¿Ya te has leído todos los libros, Drake? —le preguntó Diana.

—Bienvenida a la fiesta —le dijo Lovem.

—No me hace falta —respondió el otro.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó Lovem.

—Todo. Y nada. No hemos encontrado ningún escrito que hable de cómo entrar al Reino Hielo, ni lo vamos a encontrar, pero tampoco hemos leído lo contrario.

—Pero todo el mundo sabe que la Gran Muralla de Hielo es inexpugnable.

—No. Todo el mundo *piensa* que la Gran Muralla de Hielo es inexpugnable. Como la de Fuego.

—¿La Gran Muralla de Fuego no es inexpugnable?

—No. Yo puedo entrar.

«Y yo», pensó Lovem.

—Ya, pero tú eres un dragón.

—Exacto. Algo hay en mí que hace que me deje pasar. Solo tenemos que encontrar lo que hace que los gigantes puedan cruzar la suya.

—No tenemos un gigante a mano —dijo Lovem.

—Cierto.

—¿Quién creó las murallas?

Magnus frunció el ceño.

—¿Las? ¿En plural? ¿Por qué asumes que las crearon los mismos?

—Porque son idénticas.

—Bien pensado. —Magnus suspiró y regresó a su ordenador. Lovem fue con él. Magnus entró en la base de datos de la biblioteca del castillo—. No se sabe quién las creó. Están ahí desde mucho antes de que existiera el lenguaje escrito.

—¿Y quién vivía en el Olimpo antes de que existiera el lenguaje escrito?

—Es imposible saberlo puesto que no existía lenguaje escrito. Es un círculo vicioso.

—Humm.

—¿Qué podría haber en esas bibliotecas para que quisieran quemarlas? —se preguntó Magnus en voz alta.

—¿Información general sobre el Olimpo que nos llevara a deducir la respuesta? ¿Qué información general sobre el Olimpo guardan las bibliotecas? Y con general me refiero a antigua y general.

—Todo tipo de información. Información infinita.

—¿No puedes concretar un poco más? Cántame materias.

—Dioses. Titanes. Gigantes. Dragones —dijo Magnus sin separar la vista de su ordenador—. Monstruos. Reyertas. Sanciones. El Tártaro. El Inframundo. La lista es infinita.

—¿Alguna que hable de cómo abrir puertas? Tiene que haber algún experto... o algo en la materia.

—¿Experto en abrir puert...? —Magnus enmudeció de pronto. Le dio un vuelco el corazón—. Puertas. Joder, puertas. Puertas, puertas, puertas. Expertos en abrir puertas.

—No me refería a eso —le aclaró Lovem—, más bien en un manual experto en...

—Chisss. Déjame pensar. Tengo algo..., tengo algo.

Magnus cerró los ojos. «Expertos en abrir puertas». ¿Por qué se le antojó de repente tan importante? ¿Dónde lo había oído antes, recientemente? ¡¿Dónde?! Oh, y entonces se acordó. Cruzó una mirada con Lovem.

—¡Eres una genia! ¡Expertos en abrir puertas! Joder, ¡expertos en abrir puertas!

—¿Qué?

Magnus se levantó y se acercó a Lovem. Le susurró al oído, no quería que Fiji y Diana lo escucharan.

—La última vez que Josh estuvo en el Inframundo su padre le dio unos libros. Sin que se los pidiera. Solo... se los puso en los brazos. Y todos hablaban de lo mismo.

—¿De qué? —preguntó Lovem en voz alta.

—Dragones. Y le dijo que los dragones eran como una llave que abría cualquier puerta, que eran expertos, o algo así. Ambos pensamos que se refería a mí, pero ¿y si era algo más? ¿Y si nos estaba dando una pista? ¡Joder, cómo no lo he pensado antes! La respuesta está en los dragones. Joder. ¡La respuesta está en los dragones!

Tecleó a todo correr «dragones» en su ordenador.

—¿Crees que los dragones pueden cruzar la Gran Muralla de Hielo? —le preguntó Lovem.

—No. No creo que sea tan fácil. Ya lo sabríamos.

—¿Y entonces?

Magnus se llevó las manos al pelo y se lo desordenó aún más.

—No lo sé.

Pero entonces se acordó de que Lovem fue capaz de cruzar una vez la Muralla de Fuego sin ayuda de nadie. Y de que tenía sangre de dragón en las venas. Joder.

—Sangre.

—¿Qué?

—Sangre de dragón. Tenemos que... —Magnus comenzó a hablar atropelladamente—. Tenemos que avisar a los demás. Tenemos que verificarlo y planificar una ofensiva. Tenemos que...

—Espérame aquí —le interrumpió Lovem—. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a los demás. —Señaló a los rehenes—. ¿Crees que puedes vigilarlos tú solo?

—Sí. Ve. Haré unas búsquedas rápidas mientras en el ordenador.

—Bien. Espera, ¿dónde está Lucas? —preguntó de casualidad.

—Última habitación de nuestra ala.

Lovem abandonó la habitación y se internó en el pasillo. Claro que... no iba a buscar a los demás. Nada más lejos de sus intenciones.

Se dirigió a la otra ala y le tocó la puerta a Lucas. Estaba segura de que no se había dormido. Y así era.

Lovem entró, a pesar de que no la invitaron, y lo vio sentado en la cama, apoyado en la pared con las rodillas levantadas y la mirada perdida.

—Hola.

—Vete.

—No puedo. Necesito hablar contigo.

—Ahórratelo.

Lovem se acercó a la cama y se sentó junto a Lucas. Sabía que en ese momento la odiaba, pero también sabía que no sería capaz de ponerle un dedo encima.

—Lucas...

—¿Crees en la resurrección, Lovem?

—¿Qué?

—Que si crees en la resurrección. No respondas. Me da igual. Solo quiero que sepas que no te voy a perdonar ni en esta vida ni en cualquiera que vivamos después de esta. Hicimos una promesa —susurró.

«Lo sé».

—Hice lo que debía hacer y no me arrepiento —respondió ella—. Lo haría en una y mil vidas más.

—Y no existe una sola de ellas en la que yo te perdone.

—No he venido a hablar de eso.

—Me importa una mierda de lo que hayas venido a hablar. Vete. Quiero estar solo.

—Necesito preguntarte algo. —Lovem lo cogió por la barbilla y lo obligó a que la mirara. Lucas intentó resistirse, pero acabó claudicando. Él también tenía los ojos hinchados y las ojeras marcadas como nunca—. Vamos, Lucky Luc, no se trata de nosotros. Olvidémonos por un instante de nosotros y dime si serías capaz de matar a Hefesto tú solo.

—¿Qué?

—Si la victoria en esta guerra dependiera solo de ti, si solo quedaras tú, ¿podrías con él?

Lovem iba a enfrentarse a Hefesto. Había matado a su mejor amigo por su culpa y tendría que pagar por ello, pero quizá muriera en el intento. Necesitaba asegurarse de que, si ella fallaba, si ella moría, Lucas podría con él.

Lucas lo pensó durante unos instantes. Sopesó las posibilidades.

—Sí —respondió.

—Bien.

Lovem no deseaba otra cosa que abrazarlo, confesárselo todo y esconderse en sus brazos, pero se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió y se dio la vuelta antes de irse.

—Me perdonarás.

—¿Qué?

—En algún momento. Me perdonarás.

Lovem estaba segura de ello.

Lucas no tanto. Tenía tanto dolor que apenas podía respirar. Odiaba y amaba a Lovem en la misma medida. Jamás pensó que pudiera odiarla. Lucas se ahogaba. Acababa de perder a sus mejores amigos, a las dos personas que más quería en la vida, de un plumazo.

Lovem caminó unos pasos más y entró de nuevo en la habitación de Tristan; necesitaba verlo por última vez. Seguía desnudo y dormido en la cama, agarrado a la almohada. Lo observó durante unos minutos y se aguantó las ganas de llorar.

—Te quiero —susurró. Y se marchó.

Tocaba ir a por Hefesto.

33

Lovem se escabulló fuera del castillo gracias al pasadizo secreto y llegó a las cabellerizas; sin embargo, no entró. Se escondió en la parte trasera y silbó. Fue un silbido muy suave, pero suficiente para que Pegaso lo escuchara y acudiera en su ayuda. Pegaso siempre la escuchaba y acudía en su ayuda. No importaba dónde estuviera Lovem.

Bajó volando desde el cielo y aterrizó a sus pies. Se agachó para que Lovem pudiera subir a su lomo, se saludaron juntando sus narices, como siempre hacían, y emprendieron la marcha.

Cruzaron el Olimpo hasta la Gran Muralla de Hielo mientras el amanecer comenzaba a despuntar en el horizonte. Era un amanecer bonito. Rosa, naranja y esperanzador, a pesar de que Lovem, en ese momento, lo tenía todo en contra.

Descendieron y Pegaso volvió a agacharse para que ella bajara. Le dio un beso suave en la mejilla y Pegaso relinchó al mismo tiempo que levantaba una pata y gemía de tristeza y dolor. Lovem lo abrazó por el cuello para calmarlo, y se quedó pegada a él durante unos segundos. La textura de su crin era firme pero fina, y olía a nubes blancas de algodón, si es que acaso las nubes blancas de algodón tenían olor; a Lovem, Pegaso siempre la había fascinado.

—Todo va a salir bien —le susurró al oído antes de separarse de él.

Tomó aire y se acercó con paso firme a la muralla. Era sobrecogedora. Al igual que la Muralla de Fuego, era infinita de izquierda a derecha y del suelo al cielo, pero guardaba una gran diferencia con su gemela: la temperatura. La Muralla del Reino Rojo era cálida, o Lovem la sentía cálida, pero la del Reino Hielo rezumaba frialdad. Lovem dejó escapar una exhalación y vio el velo del vaho volar hacia ella. Sacó la pluma que le había robado a Magnus y se hizo un corte transversal en la palma. La hundió todo lo que pudo y la sangre brotó. Al Reino Hielo se accedía con sangre de dragón y daba la casualidad de que ella la llevaba en las venas. Apoyó la palma en la muralla y esta comenzó a derretirse segundos después. Se abrió una brecha justo en el punto donde la sangre de Lovem la había tocado, una brecha que creció hasta convertirse en un boquete de cuatro metros de alto y dos de ancho. Al otro lado se vislumbraba el Reino Hielo cubierto de nieve. Y nevaba. Los copos se escaparon por la brecha, cayeron en el suelo y se deshicieron. Lovem lo observaba todo fascinada. Había funcionado.

Empezó a cruzar, pero una voz autoritaria se lo impidió. La de su padre.

—Alto. No des un solo paso más.

Lovem ni siquiera se giró.

—Intenta impedírmelo —respondió.

Fue a dar un paso, pero su padre la cogió por el brazo.

—He dicho que no des un solo paso más.

Entonces Lovem sí se giró.

—¡Está muerto, papá! —gritó—. ¡Muerto!

—Lo sé, y lo siento.

—¡Tú no sientes nada! ¡Tú nos has traído aquí!

—Lovem... —Zeus intentó abrazarla, pero Lovem se resistió. O lo intentó. Porque acabó claudicando y Zeus la estrechó entre sus brazos—. Hija...

—Tú podías haber evitado todo esto —susurró Lovem sobre su pecho—. Podías haberme ayudado a protegerlo.

—No, no podía. Y ojalá algún día lo entiendas.

—Pero hoy no es ese día.

Entonces Lovem se escabulló y cruzó al otro lado, donde su padre no podría alcanzarla. Miró la cara sorprendida de Zeus, que incluso aún tenía los brazos dispuestos como si la siguiera abrazando, y sonrió.

—Pareces sorprendido, papá. No deberías. He aprendido del mejor; al fin y al cabo, eres el rey de las malas artes.

—Lovem —masculló su padre cabreado.

—¡¿En serio creías que iba a ser tan fácil?! ¿Que ibas a abrazarme y yo iba a agachar la cabeza y obedecerte? ¿Necesitas que te repita que HE TENIDO QUE MATAR A MI MEJOR AMIGO? ¡A mi mejor amigo, papá! Y de que me borraras los recuerdos mejor no hablamos.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Y yo estoy haciendo lo que tengo que hacer.

—Lovem, vuelve aquí.

—No.

—No es una petición.

—Ven a buscarme.

—Sabes que no puedo. ¡Lovem!

—Adiós, papá.

—¡¡Lovem!!

Giró sobre sus talones y se adentró en el Reino Hielo. El cielo comenzó a relampaguear y el agua de lluvia se mezcló con los copos de nieve. Lovem avanzó sin mirar atrás. El paisaje, cubierto de pinos verdes con las copas blancas, era precioso pero desolador. Vacío. Triste.

El Castillo de Hielo se encontraba cerca de la muralla, a dos kilómetros escasos, y Lovem enseguida divisó la monstruosa edificación a pesar de la nieve, el agua y las corrientes de aire.

Cuando llegó, la descomunal puerta doble que daba acceso al edificio estaba cerrada, claro; Lovem contaba con ello. Levantó el brazo, empuñó con fuerza el rayo de su padre cuando se le materializó en la mano y lo lanzó. La descomunal puerta doble que daba acceso al castillo voló en mil pedazos.

«Lovem, sal de ahí. Huye, hija, por favor».

Lovem miró hacia el cielo y vio el rostro de su padre entre las nubes. Lo ignoró. Entró en la fortaleza y se encontró con un estrecho pasillo. El interior también era de hielo. Todo era de hielo. Extendió los brazos, casi tocaba cada lado con las puntas de los dedos, y dejó que el fuego de dragón manara a borbotones. Avanzó con los brazos en cruz mientras las paredes comenzaban a sudar.

Los gritos no se hicieron esperar, y Lovem vio gigantes en su forma humana, a lo lejos, que corrían espantados. Lovem se protegió con Égida y siguió avanzando. Siguió quemándolo todo. Quemaría hasta los cimientos. Bullía de rabia.

Llegó a una especie de espacio central, a una plaza de armas en torno a la cual se distribuía la fortaleza. Barrió la zona con las manos y todo comenzó a derretirse. Los gigantes corrían, algunos pasaban de largo por su lado, despavoridos, y otros intentaban atacarla. A esos, Lovem los fulminaba con el rayo, así que enseguida aprendieron que era mejor pasar de largo y huir. Huir lo más lejos posible, porque las paredes ya no sudaban, ahora comenzaban a tambalearse y a derrumbarse. Caían a pedazos. El fuego lo estaba consumiendo todo. Era una visión preciosa, en opinión de Lovem. Más bonita incluso que el amanecer. Fuego contra hielo. Humo. Muerte. Y ya no hacía frío, ya no exhalaba vaho, el ambiente se había caldeado de una manera acogedora.

Unos minutos más tarde, la plaza se quedó vacía y Lovem oyó unos aplausos. Hefesto caminaba hacia ella con una sonrisa dibujada en los labios. Oh, Hefesto. Lovem había crecido junto a él y ellos dos nunca

habían tenido un enfrentamiento directo, pero siempre la miraba como si fuera el mayor de los estorbos. A Hefesto le molestaba su presencia y no había disimulado al respecto. Lucas tenía razón desde el principio. Hefesto era el artífice de todo. ¿Y qué papel jugaba Hades? ¿Y los gigantes? ¿Eran simples esbirros o había algo más?

—Vaya —le dijo Lovem—, parece que nos hemos quedado solos.

—Debo felicitarte. Me has encontrado.

—Solo era cuestión de tiempo. Un tiempo del que tú ya no dispones.

—Estúpida niña —rio él—. No puedes matarme. No tienes tanto poder, por muy fuerte que seas. Debo reconocer que me alegro de que hayas encontrado la manera de entrar en este reino. Porque vas a morir hoy, Lovem Kennedy.

—No tengo miedo a morir...

—Y esa es tu mayor debilidad.

—... y acabaré contigo, aunque sea con mi último aliento.

—¿Y cómo lo harás?

—Esperaré a que cometas un error.

Hefesto rio de nuevo. El cielo rugió y la lluvia se intensificó. La cara de Zeus estaba justo encima de ellos.

—Esta vez no vas a poder hacer nada para salvarla, padre —le gritó Hefesto a Zeus—, pero no te preocupes, se te pasará. Tendrás más hijos, como siempre.

—Sí que debe de ser poderoso mi hijo —dijo Lovem— para que estés dispuesto a ser castigado hasta la eternidad con tal de que no nazca.

—¿Hasta la eternidad? Ya veremos... —El cielo volvió a llenarse de rayos y centellas y Hefesto sonrió una vez más—. Ya veremos, padre. Que empiece la lucha, hermana.

Hefesto fue el primero en atacar.

«Vamos, Lucky Luc, no se trata de nosotros. Olvidémonos por un instante de nosotros y dime si serías capaz de matar a Hefesto tú solo».

Lucas se despertó y se incorporó en la cama. Tenía el cabello empapado en sudor y la respiración agitada.

«Oh, no. No, no, no, no, no».

Se levantó y salió corriendo al pasillo.

—¿Eso es lo que hiciste con Kairós?

Kairós. Kairós, Kairós, Kairós, Kairós, Kairós...

—¿Kairós? Oh, Kairós. El dios del tiempo que tu padre mandó al Tártaro cuando el poder se le subió a la cabeza. No. No le he concedido ningún recreo. No es así como se hizo, querida. No es así como retrocedieron el tiempo. En fin. Yo ya me tengo que ir. Pero recuerda lo que hemos hablado. Te lo dije una vez, hace tiempo, y no me hiciste caso. Hoy te lo he repetido. La cuestión es ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a hacerme caso y tomar medidas o vas a ignorarme otra vez?».

Hace tiempo. Hace tiempo, hace tiempo, hace tiempo, hace tiempo, hace tiempo...

—Bueno, te levanto el veto en lo que respecta a él y a tu querido Lucas.

A tu querido Lucas. A tu querido Lucas, a tu querido Lucas, a tu querido Lucas, a tu querido Lucas, a tu querido Lucas...

Lovem rompió a llorar y se lanzó a los brazos de Pólux. Cayó al suelo, de rodillas, y se aferró a sus piernas.

Tristan también se despertó y se incorporó en la cama, sudado y con la respiración agitada. Miró a su lado y vio que Lovem no estaba. El corazón comenzó a latirle muy rápido. Abandonó la cama, temblando de pies a cabeza, y se medio vistió deprisa con la ropa que fue encontrando por el suelo. Abrió la puerta de su dormitorio y chocó contra Lucas.

—Tristan. —Lucas lo sujetó por los hombros.

—¿Dónde está Lovem?

—¿No está contigo?

—No. Creo que ha recuperado sus recuerdos —le dijo Tristan mientras se acababa de poner la camiseta y se dirigía al dormitorio de Magnus.

—Yo no lo creo. Lo sé.

Tristan se detuvo.

—Me ha llamado Lucky Luc —le explicó Lucas—. Así era como me llamaba... antes.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un rato.

—¡¿Cuánto rato?!

—¡No lo sé! ¡Una hora! Quizá dos.

Tristan empezó a andar de nuevo y entró en la habitación de su hermano. Estaba vacía. La luz de su escritorio seguía encendida, a pesar de que ya había amanecido y de que la luz se colaba por la ventana, pero no había ni rastro de él. Tristan echó a correr y Lucas lo siguió. Llegaron a la otra ala del castillo y comenzaron a abrir todas las puertas.

—¡Lovem! —gritaba Tristan—. ¡Lovem!

Los miembros de la Resistencia comenzaron a despertarse y a abandonar las habitaciones. Easton fue de los primeros en salir al pasillo. No tenía pinta de haber estado durmiendo; tenía los ojos demasiado abiertos y no se había quitado ni las deportivas. Eso sí, las heridas del hombro y el rostro las tenía curadas. Benditas habilidades de Crew.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Lovem! —seguía gritando Tristan.

—¡Eh! —Easton también lo siguió, se colocó junto a Lucas—. He preguntado qué pasa.

Ninguno de los dos respondió. Crew salió también al pasillo, alertado por el ruido. Y Peter. Incluso Cameron, el vigilante de la trampilla, que

había sobrevivido al asalto. Tristan abrió la puerta del dormitorio de Fiji y Diana y... Oh, sorpresa.

—Pero ¿qué...? —masculló Easton cuando vio a sus amigos apresados por las tuberías.

—¡Tris! —exclamó Magnus al mismo tiempo que levantaba la cabeza del ordenador—. Ni se te ocurra soltarlos —le advirtió a Easton al ver que se acercaba a los prisioneros.

—¿Dónde está Lovem? —le preguntó Tristan a Magnus.

Magnus arrugó la frente.

—Ha ido a buscaros.

—No.

—¿Cómo que no? Me ha dicho que iba a buscaros y que...

—¿Cuándo ha sido eso?

A Magnus se lo veía confundido.

—No lo sé, hace unos minutos. —Miró la hora en el ordenador—. Mierda. Hace una hora. Se me ha ido el santo al cielo.

—¡Que se te ha ido el santo al cielo! —gritó Tristan, desesperado. Temblaba y estaba al borde del infarto.

—¡¿Alguien me explica qué coño está pasando aquí?! —insistió Easton.

—¿Qué mierda habéis hecho para que Lovem os apresara? —les preguntó Lucas a Fiji y Diana con aire amenazador. No tenía ninguna duda de que había sido Lovem—. Espero que no sea lo que me estoy temiendo.

—¿Lovem ha hecho esto? —Easton.

—Hay un topo en la Resistencia —explicó Magnus escueto—. Bueno, dos.

—¿Qué?

—Han estado informando a Hefesto de todos nuestros movimientos y por eso Josh... —Magnus no pudo continuar.

—Ni de coña —dijo Easton. Ponía la mano en el fuego por sus amigos. (Ya, bueno, pues igual se quemaba). Se acercó a Fiji y Diana—. ¿Es

verdad? —les preguntó, dolido.

—Si vas a llorar —respondió Fiji—, mejor vete a buscar a tu hermano y que te aguante él. Ah, no, espera, que no puedes.

Lucas sujetó de inmediato a un Easton de mirada asesina que a punto estuvo de cerrarle la boca a Fiji para siempre. No sabía bien por qué lo había detenido.

—Ese ojo morado tiene mala pinta, Fiji —le dijo Easton—. ¿Te ha dolido? La fuerza de Lovem es brutal. Luego le doy las gracias.

—No ha sido Lovem —dijo Magnus—. Ella ya ni siquiera estaba aquí. He sido yo. Y, por cierto, hemos averiguado la manera de entrar en el Reino Hielo.

—¿Qué? —exclamaron todos al unísono.

—¿Cómo? —le preguntó Tristan a Magnus.

—Con sangre de dragón. Joder, ¡con sangre de dragón!

—Tris —susurró Lucas—, Lovem me ha preguntado si yo solo sería capaz de matar a Hefesto. Si en el caso de que no quedara nadie más, yo sería capaz de matarlo. Ha ido a por él. Ha ido a por él ella sola.

—Imposible —dijo Magnus—. No sabe que tiene sangre de dragón.

—¿Que tiene qué? —Easton estaba perplejo.

—Sí lo sabe —afirmó Tristan.

¿Cómo que ya lo sabe? Magnus fue a pedirle explicaciones a Tristan, pero este ya había salido disparado por la puerta.

«Es imposible que Lovem lo sepa. Me habría dado cuenta».

Oh, pero entonces rebobinó los momentos que habían vivido juntos en el interrogatorio y se dio cuenta de algo.

«Peter nunca falla», había dicho Lovem. ¿Qué podía saber Lovem de eso si apenas había tenido relación con Peter?

«¿Sabes lo que he hecho yo en cuanto he estado a solas con Tristan? ¿Antes incluso de coger aire? Desnudarme». Lovem se había desnudado

frente a su pareja. Había considerado a Tristan su pareja, por todos los dragones. ¿Cómo no se había dado cuenta?

«Nosotros no somos nada suyo. Se han criado fuera del Olimpo». Y se suponía que Lovem también.

Y, por último, Lovem había dicho que «había matado a su mejor amigo de un disparo en la sien». A su mejor amigo.

Lovem recordaba a Josh.

Lovem recordaba.

—Joder...

Lovem esquivaba a duras penas las ráfagas de fuego de Hefesto y su energía y fuerzas comenzaban a menguar. Ella también le lanzaba fuego pero sus ráfagas cada vez eran más espaciadas en el tiempo. Y menos intensas. Lovem sabía que era justo lo que pretendía Hefesto, agotarla, pero poco más podía hacer. Esquivar y atacar. Esquivar y atacar. Se movían en un baile sincronizado de fuego cruzado mientras todo ardía a su alrededor. La lluvia y el viento favorecían a Lovem, pero no consiguieron evitar que Hefesto se acercara a ella lo suficiente como para golpear a Égida con su martillo y destruirlo. Ella vio que su escudo desaparecía sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Y no pudo volver a activarlo.

—Sorpresa —dijo Hefesto.

«¡¡No!!», rugió Zeus desde el cielo.

Lovem se replegó y siguió esquivando los ataques, jamás se rendiría, pero ya solo era cuestión de tiempo. Esquivar y atacar. Esquivar y atacar. Entonces Hefesto desapareció. Se quedó sola en medio de la plaza y dio vueltas sobre sí misma. ¿Dónde estaba?

—Detrás de ti. —Hefesto la rodeó por detrás y le agarró las manos—. Solo jugaba contigo, hermana, pero ya me he cansado. —Se puso enfrente,

sin soltarle las manos—. Y estas preciosas manitas tuyas las quiero quietecitas. Ahora, demos un paseo.

Hefesto saltó y comenzaron a ascender juntos hacia el cielo, un cielo que parecía haberse vuelto loco. Lovem se removía, en un intento de liberarse, pero era inútil.

La cara de Zeus dibujada en las nubes los seguía de cerca y la lluvia arreciaba más fuerte que nunca. Los rayos cubrían el firmamento y los truenos retumbaban en todo el reino. Zeus estaba dispuesto a acabar con el mundo, pero no quería llevarse a su hija por delante.

Hefesto y Lovem siguieron ascendiendo. Llegaron tan alto que ella ya habría muerto de no ser una semidiosa. Tan alto que incluso habrían podido tocar los aviones si se encontraran en el Mundo Exterior. Entonces, Hefesto se detuvo en seco. Lovem miró hacia abajo. La gigantesca fortaleza de hielo, o lo que quedaba de ella, no era más que un punto muy pequeño, e incluso el fuego que lo devastaba todo parecía insignificante desde tan arriba.

—¿No es poético que la hija de Zeus vaya a morir por una caída desde el cielo? —preguntó Hefesto, y rio—. Vas a caer tan rápido que ni el cielo podrá sostenerte.

Pólux, alertado del alboroto por los guardias, fue en busca de Tristan junto con Phil y Rafe. Lo encontró en los pasillos, a punto de abandonar el castillo. Magnus y Lucas corrían detrás de él.

—¡Tristan! —lo llamó.

Pero él no respondió. Ni siquiera lo escuchó. No escuchaba a nadie.

—¡Por aquí! —les gritó Rafe a los demás, al mismo tiempo que señalaba la muralla que rodeaba el castillo. Intuía las intenciones de Tristan y no lo alcanzarían de otra manera.

Llegaron a lo alto de la pared en el mismo instante en que Tristan saltaba y se lanzaron tras él. No llegaron al suelo, sino a los lomos del dragón.

Tristan alzó el vuelo y cruzó los reinos de la misma manera que Lovem una hora antes volando a lomos de Pegaso. Llovía a cántaros y el cielo rugía. Tristan enseguida se dio cuenta de que el agua ni lo mojaba ni le enturbiaba la vista, y de que las corrientes de viento soplaban a su favor, ayudándolo a coger velocidad, y entonces, de entre las nubes, apareció el rostro de Zeus. Un rostro colérico que hacía gala del temporal que los acechaba.

«¡Más rápido!», bramó.

Tristan no podía ir más rápido, estaba al límite, pero se dejó la piel y corrió y corrió hasta que por fin llegaron al Reino Hielo. Estaban a punto de chocar contra la muralla y Tristan se preguntó si podrían cruzarla sin más o si, de lo contrario, morirían todos en el impacto.

«¡Baja!», le gritó Zeus.

Bien, pues ahí tenía la respuesta, y Tristan decidió confiar en Zeus, que enseguida desapareció.

Tristan descendió contra viento y lluvia y recuperó su forma humana. Vio la brecha que Lovem había abierto y la cruzó corriendo seguido de cerca por Pólux, Lucas, Magnus, Phil y Rafe, que habían saltado justo antes de que él se transformara, pero no llegaron demasiado lejos. La energía liberada de una fuerte explosión los lanzó a todos al suelo. Perdieron la consciencia durante unos segundos y, cuando volvieron en sí, oyeron el brutal rugido de Zeus. Miraron hacia el cielo y vieron cómo abría la boca y se tragaba a un Hefesto no corpóreo.

Tristan fue el primero en levantarse.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Lucas.

—Zeus mandando a Hefesto a las profundidades del Tártaro —respondió Pólux.

—¿Hefesto ha muerto?

Tristan echó a correr de nuevo.

«Lovem».

Un minuto antes

Lovem y Hefesto comenzaron a caer del cielo a toda velocidad y Hefesto los giró a una posición horizontal, con ella debajo, para que se llevara el peor golpe. A Lovem incluso le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba a punto de morir? Giró la cabeza y comenzó a distinguir la fortaleza. Iban tan rápido que en pocos segundos llegarían e... intentó liberarse con todas sus fuerzas, pero Hefesto era más fuerte y la tenía bien sujeta. Zeus bajaba con ellos, pero no podía hacer nada. No podía tocarlos y sus amenazas no sirvieron de nada. Los últimos metros Lovem los vivió a cámara lenta. Volvió a girar la cabeza y a mirar hacia abajo. Ya casi estaban.

—Despídete de los tuyos, Lovem.

Cerró los ojos.

El impacto llegó unos segundos después y la explosión creó un boquete enorme en la tierra. Lovem notó cómo le reventaban los huesos del cuerpo. Cada uno de los huesos del cuerpo. No podía moverse. Apenas podía respirar. ¿Ya estaba muerta? Probablemente sí.

—Te he matado —dijo entonces Hefesto, encima de ella, y rio a carcajadas—. ¡Te he matado!

Oh, pero entonces cometió el error que Lovem estaba esperando. Aflojó el agarre de sus manos lo suficiente como para que ella pudiera invocar al rayo.

Y eso hizo.

Un segundo después traspasó el cuerpo de Hefesto de lado a lado. Él ahogó un grito y miró a Lovem con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Cometiste un error —susurró ella—, y aún me quedaba un aliento.

—¡Nooo! —gritó él antes de explotar y desaparecer.

Y Lovem exhaló.

Lucas sintió un dolor que lo atravesó de lado a lado. Sintió la pérdida. Sintió a Lovem... desaparecer.

—¿Lovem? —susurró.

34

Había dejado de llover. Y de nevar. Ya no había truenos ni relámpagos ni corrientes de aire. Solo silencio. Las bolas de fuego que rodeaban el castillo se habían extinguido casi por completo. Las nubes de humo se desvanecían entre los restos de la fortaleza, medio destruida medio en pie. Ni una sola ventana había sobrevivido a la batalla y había cristales por todas partes. Y cuerpos. Los cuerpos de los gigantes que Lovem había atravesado con el rayo. Sin embargo, lo primero que vio Tristan, lo único que vio Tristan, fue el boquete en la tierra. Era una circunferencia perfecta de diez metros de diámetro y tres de profundidad. Y en el fondo yacía Lovem. Inerte.

«No. No, no, no, no, no».

—¡Lovem! —gritó Tristan mientras resbalaba por la pendiente, en su busca—. Oh, dios mío, Lovem —exclamó cuando llegó hasta ella.

El corazón dejó de latirle en el pecho y náuseas de puro terror se le instalaron en la boca del estómago. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lovem estaba desmadejada y no se movía. Tenía los ojos cerrados y regueros de sangre seca en la nariz, la boca y los oídos. Estaba muy pálida. Y fría. Tenía el aspecto de estar fría. Tristan se arrodilló a su lado y fue a tocarla, necesitaba tocarla, sanarla y salvarla, pero Pólux, a su lado, se lo impidió.

—No la toques —le ordenó, y Tristan detuvo la mano a pocos centímetros del cabello de Lovem—. Está destrozada por dentro.

A Tristan se le llenó la boca de bilis. ¿Destrozada? No, eso era imposible. Estaba como siempre. Igual de guapa que siempre. Y entera. Se la veía entera. No podía estar destrozada. Tristan negó con la cabeza y no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas en la boca. Levantó la mirada y miró a Pólux con ojos suplicantes.

—Sálvala —le pidió—. Por favor. Te daré lo que quieras, pero sálvala.

A Pólux le cayó una lágrima en la mejilla. Miró a su pupilo con pena y con un dolor lacerante.

—No puedo. Está muerta, Tristan.

—¡Nooo!

Tristan se sobresaltó por el grito; no era de él. Lucas. Era la voz de Lucas. Se percató de que estaba arrodillado al otro lado de Lovem, con las manos apretándose la cabeza. Lloraba, gritaba y negaba. Magnus, Rafe y Phil también estaban allí y observaban la escena horrorizados.

Lovem había muerto.

El paisaje era rojo. Y naranja. Pero flotaban en el aire partículas de ceniza verde, como si de nubes en el cielo se tratara. Lovem intentaba esquivarlas, no sabía por qué, pero intentaba esquivarlas. Y más o menos lo conseguía. El suelo se asemejaba a lava seca, pero no quemaba. Oh, y olía a anís. El dulce aroma se le metía en las fosas nasales y le calentaba los pulmones. Era tan agradable que no podía dejar de respirarlo mientras caminaba. Nunca había estado en aquel lugar, pero sabía adonde tenía que dirigirse. Hacia delante, bordeando la ribera del río.

A Lovem le fascinó el río. Sus aguas eran tan turquesas que le entraban ganas de tirarse. No lo hizo. Y no supo por qué. Quizá porque la corriente

discurría en sentido opuesto a los océanos. Lovem miró hacia atrás y creyó advertir que en su nacimiento incluso subía. Era raro. Y alguien la llamaba.

—Ven, hija de Zeus.

Caminó hacia el sonido de la voz hasta que se encontró con un anciano barbudo y decrépito subido en una barca vieja y oxidada. Sujetaba una pértiga en la mano y la miraba con una sonrisa extraña. El río, detrás de él, se convertía en una especie de lago helado y, un poco más adelante, nacía un río secundario de fuego. A su lado, en la orilla, había tres señoras sentadas en un triángulo perfecto. Una de ellas sujetaba un huso y otra medía la longitud de la delgada hebra blanca y dorada que salía de él, y que la tercera estaba cortando. La estaba cortando en ese momento. Las hojas de las tijeras doradas roían las fibras y de los tres cabos de que se componía el hilo solo quedaba el último por cortar.

Moiras.

Lovem dirigió la mirada de nuevo al anciano barbudo y decrépito y al río de aguas turquesas que fluían a contracorriente. Al lago helado y al río de fuego. Y al horizonte más allá de la otra orilla del río. Había una llanura repleta de plantas de grandes flores blancas y detrás se erigía un palacio enorme de un mármol negro y radiante.

Oh.

Lovem estaba en el Inframundo.

«Mierda». Había muerto.

Lo recordó todo. El Reino Hielo. Su padre. La sangre de dragón. La pelea con Hefesto.

Lovem tomó aire y se deleitó una vez más en el olor a anís del que Josh tanto le había hablado. Así que así estaban las cosas. Bueno, por lo menos Hefesto ya no era una amenaza y Lucas se encargaría de buscar y derrotar al resto de los traidores. Estaban a punto de ganar. Todo había merecido la pena y sabía lo que venía ahora. Tendría que cruzar el río en la barca de Caronte y enfrentarse a Cerbero, el perro de Hades. Él la acompañaría al

tribunal de las almas, donde los jueces decidirían adónde iría la suya. A la izquierda, a través del río de fuego, directa al Tártaro, donde viviría en un eterno castigo. O a la derecha, a los Campos Elíseos, donde iban los héroes. O a ningún lugar, en cuyo caso daría vueltas sin sentido por la llanura hasta... siempre.

—Ven, hija de Zeus —repitió Caronte, ofreciéndole la mano.

Lovem tomó aire por última vez antes de aceptarla. Dirigió la mirada a la tercera Moira, que estaba a punto de cortar el último cabo de su vida, y esta asintió con la cabeza.

—Vamos, cariño —la animó—. No tengas miedo.

Daba el primer paso hacia Caronte cuando escuchó su nombre.

—¡Lovem! ¡LOVEMMM!

La recorrió un escalofrío. Conocía bien esa voz. ¿Josh? No. No podía ser él. Se giró y lo vio correr hacia ella. Lovem negó con la cabeza.

—¡No des un solo paso más! —le gritó él al borde de las lágrimas—. ¡No cruces o no habrá vuelta atrás!

Ella echó a correr hacia él. Se encontraron a medio camino y, mientras él la cogía de los brazos para alejarla de allí, ella lo empujaba para que se fuera.

—¡No! —gritó Lovem—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué haces tú aquí? ¡No puedes estar aquí, Josh! ¡No puedes! ¡Vete! Vete, por favor. POR FAVOR. No pueden verte o vendrán a por ti. Hefesto ha muerto. ¡Hefesto está aquí!

—¡Me da igual! ¡Me lo prometiste! —le echó en cara Josh a lágrima viva—. ¡Me prometiste que todo iba a salir bien y te estás muriendo! ¡Eso no es salir bien, Lovem!

Ella dejó de empujarlo y lo miró con pena y con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento —le dijo, y le acarició la mejilla con una mano. Lovem cerró los ojos. Él era su Josh. Uno de sus dos mejores amigos, al que llevaba dos años sin ver. Por fin se encontraban—. Lo siento mucho.

Josh no dejaba de tocarla. Necesitaba tocarla.

—No lo voy a permitir. ¡No lo voy a permitir, ¿me oyes?! ¡Papá! —gritó, desgañitándose—. ¡Papá! ¡Ayúdame!

—Tu padre no puede ayudarte, Josh —le dijo una de las Moiras—. Deja que la chica cruce.

—¡No! —Josh seguía agarrándola de los brazos e intentaba alejarla de la orilla—. ¡Solo necesito unos minutos! ¡Solo eso! ¡Papáá́á!

—¡Josh!

Tanto Josh como Lovem se giraron y miraron hacia la otra orilla del río, donde se encontraba Hades con los brazos cruzados, sobrio, circunspecto, junto a su perro guardián, Cerbero. Y era tal y como lo describían en los libros, un monstruo con cola de serpiente y tres cabezas que rugían de rabia en busca de su presa. Y su presa era Lovem.

—¡Quieto aquí! —le gritó Hades al perro.

—¡Papá! ¡Papá, es Lovem! ¡Tienes que salvarla!

—No puede. Él no decide quién vive y quién no —le explicó una de las Moiras.

—Y últimamente ha pedido demasiados favores —añadió otra.

—Los favores con favores se pagan —terminó la tercera.

—Es cierto —respondió Hades—. No puedo hacer nada. Le advertí de que no confiara en nadie y que cuidara de ti. Di por hecho que cuidaría de sí misma. Me equivoqué. No es que vaya a suponerme una tortura. Si fracasó en lo primero, aun advirtiéndole, había pocas esperanzas de que me hiciera caso en lo último. Una pena, la verdad. Siempre me ha caído bien. Lo siento, hijo, pero no puedo romper las reglas.

—¿Desde cuándo? —le reprochó Josh.

Hades no respondió. Solo apretó la mandíbula. Josh, roto de dolor, miró hacia arriba y comenzó a gritar. Situaciones desesperadas requerían acciones desesperadas y aquel le pareció el mejor momento para escalar un

nivel en su poder. ¿Y si no solo podía encontrar semidioses? ¿Y si también podía comunicarse con ellos? Lo intentó.

—¡Lucas! ¡Lucaaas!

Lovem observó a Hades. Le sorprendió ver que no iba ataviado con su clásico traje de chaqueta oscuro y corbata. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga que se le aferraba a los músculos. Parecía joven. A Lovem le recordó al Hades con el que pasaba las horas de niña. Excepto por la mirada. Donde el rey del Inframundo la había mirado siempre con afecto y diversión, ahora no había nada. Ni siquiera decepción o rencor. No. Nada. Hades no la miraba.

—Os pido unos minutos. ¡Solo eso! Solo un poco de tiempo. Por favor —suplicó Josh a las Moiras al mismo tiempo que miraba hacia arriba y pronunciaba el nombre de su amigo a voz en grito—. ¡Lucaaas!

—¿Crees que puedes salvarla en unos minutos? —le preguntó una de ellas.

—Puedo intentarlo. Cogeré lo que me deis.

—A mí no me importaría verlo —dijo la Moira de las tijeras.

Sus hermanas se encogieron de hombros y las tres observaron a Hades. Lovem alternaba la mirada entre ellas y el dios, que les hizo un gesto de asentimiento. Josh seguía llamando a Lucas y Cerbero rugía más rabioso que nunca. Se removía inquieto al lado de Hades y no perdía de vista a Lovem. Le enseñaba los colmillos. Estaba a punto de saltarle encima. Era bastante aterrador. Tenía el pelaje negro, los ojos amarillos y ella estaba segura de que podría arrancarle un brazo de cuajo de un solo mordisco.

—Te concedemos ciento ochenta segundos —aceptó la Moira que medía la hebra—. Ni uno más. Una vez pasados, cortaremos el cabo que queda.

Cerbero aulló con desaprobación, no quería esperar, pero no se movió. Las Moiras comenzaron la cuenta atrás en voz alta.

—¡Ciento setenta y nueve!, ¡ciento seten...!

—¡¡LUCAAAS!!

Lucas dejó de llorar y se quedó muy quieto. Alguien lo llamaba, pero ¿quién? Estaban solos. Miró en derredor. Tristan lloraba desconsolado y el resto permanecía casi en estado de *shock*.

«Lucaaas. ¡Lucaaas!».

—¿Oís eso? ¿Josh? —Lucas se levantó del suelo y dio vueltas sobre sí mismo—. ¡Josh! —gritó.

—¿Josh? —Magnus también se levantó y siguió a Lucas.

El resto lo miraban confundidos. Excepto Tristan, que a pesar de que solo tenía ojos y oídos para Lovem, levantó la mirada en cuanto escuchó el nombre de Josh.

—¡Habla con él! —le gritó a Lucas.

Lucas se giró hacia Tristan.

—¿Qué...? Pero... Pero Josh está muert...

—Tris... —susurró su hermano.

—¡HABLA CON ÉL! ESCÚCHALO.

Oh, sí. Lucas lo deseaba. Y puede que se estuviera volviendo loco por intentar hablar con un muerto (desde luego que Magnus lo miraba como si se estuviera volviendo loco), pero Tristan lo apoyaba. Irían juntos al psicólogo cuando toda aquella mierda acabara. Si es que sobrevivían. Lucas pidió silencio y concentró todos sus sentidos en escuchar a Josh.

«¡Lucas, tienes que salvarla! ¡Tienes que salvarla!».

¡Por todos los dioses, era él! ¡Era Josh! No había perdido la cabeza del todo.

—¡Jooosh! —gritó Lucas de vuelta sin saber muy a dónde dirigirse—. ¡¿Dónde estás?! ¡Josh!

—¿Estás hablando con Josh? —preguntó Magnus a la desesperada. Entonces lo miró con los ojos llenos de esperanza—. ¡Lucas!

«¡Lovem está en el Inframundo. Aún no ha cruzado el río. ¡Sálvala! ¡Tienes menos de tres minutos!».

—¡Lovem aún no está muerta! —gritó Lucas, y se agachó de nuevo junto a ella ante la mirada atónita de todos, incluso de Tristan—. Está en el Inframundo con Josh. ¡Rápido, dadme una daga!

Rafe le pasó una daga y Lucas se miró los brazos sin saber muy bien qué hacer.

—¡Necesito sangre! —bramó—. ¿Dónde tengo más sangre?

—Aquí —le dijo Magnus, colocándole con manos temblorosas la daga justo encima de las venas de una de sus muñecas.

Lucas se hizo el corte y le abrió la boca a Lovem. Colocó la herida abierta justo encima y dejó que la sangre le corriera por la garganta.

—Siempre se trata de sangre, ¿no? —les dijo a los demás, aún asustado y con los ojos llenos de las lágrimas—. No se me ocurre otra manera de darle la fuerza que necesita para salir del Inframundo. Es una herida mortal, pero yo soy un semidiós. Mi parte dorada la salvará. Tiene que hacerlo —suplicó.

Pólux asintió con la cabeza. Era muy buena idea. Y rápida. Tristan cogió la daga del suelo y se hizo el mismo corte que Lucas. Colocó la muñeca junto a la suya con la esperanza de que sus dos sangres juntas ayudaran a soldar los huesos de Lovem y que su corazón latiera de nuevo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Magnus.

—Ahora menos de dos minutos —respondió Lucas.

—¿De verdad estás hablando con Josh?

—Sí. Me está ayudando a salvarla.

Magnus lloró y sonrió a la vez. Era tan típico de Josh querer salvar a Lovem incluso estando muerto. «Oh, Josh. Cómo te echo de menos, y eso que apenas te has ido. No voy a poder sobrevivir sin ti». Comenzó a contar hacia atrás para controlar el tiempo del que disponían y se hizo su propio corte en la muñeca. Dejó que la sangre cayera en la piel de Lovem con

cuidado de no tocarla. Si, tal y como decía Pólux, estaba reventada por dentro, era mejor que no la movieran, por si desestabilizaban algo. La sangre de Magnus desapareció bajo la piel de Lovem, ¡funcionaba!, y Phil y Rafe lo imitaron a todo correr. Colmarían a Lovem de sangre de dragón.

—¡Josh! —gritó Magnus mirando hacia el cielo.

«Mag».

—Oh, dios mío, Josh. ¡Josh! —Magnus comenzó a llorar. Pero no dejó ni de empapar a Lovem con su sangre ni de contar. Cuarenta, treinta y nueve...

«Cuida de ella, por favor».

—Te lo juro. Te lo juro, Josh. Te quiero. —Se concentró en Lovem. Treinta y seis. Treinta y cinco—. Vamos, Lovem, vamos —suplicó.

Tristan levantó los ojos y se cruzó con la mirada de Lucas y Magnus. Iba a funcionar. Tenía que funcionar.

En el Inframundo, las Moiras seguían con la cuenta atrás.

—¡Treinta!, ¡veintinueve...!

Cerbero aulló y se encabritó. Josh agarró a Lovem por las mejillas.

—Escúchame. Necesitamos darle el máximo de tiempo a Lucas. Si te mueves antes de que te haya dado la fuerza suficiente..., no llegarás. Esperaremos a que queden diez segundos. Entonces tendrás que correr. Y muy rápido.

—Josh...

—No. No digas nada. No hay tiempo. —Le dio un beso en la frente—. Vuelve y termina lo que has empezado.

Lovem asintió con la cabeza.

—¿Hacia dónde tengo que ir? ¿Hacia allí? —preguntó, y señaló las aguas del río que subían de nuevo hacia el mar.

—¡No! ¡Al mar no! —gritó Hades desde el otro lado—. Allí. —Y señaló una puerta a lo lejos.

—¡Catorce!, ¡trece...!

Entonces Lovem vio la otra mano de Hades y se le dibujó una cara de espanto. Cerbero se la estaba comiendo. La devoraba. El perro no había saltado sobre Lovem no porque estuviera esperando a que finalizara la cuenta atrás, sino porque Hades lo estaba conteniendo. Los muertos no salían del Inframundo y su trabajo era asegurarse de ello, a pesar de lo que dijeran Hades y las Moiras. Y ya no quedaba tiempo. La mano de Hades sangraba y desaparecía entre las fauces de las tres cabezas. Y en ese momento, solo en ese momento, Hades la miró a los ojos. Y la miró de verdad. Con preocupación. Con ansiedad. Y con una pizca de esperanza.

—¡Diez...!

—Ahora, cariño —gritó Hades—. ¡CORRE!

—¡Ocho...!

—Te quiero, Lovem. Corre —le dijo Josh—, corre como no has corrido en tu vida.

Lovem comenzó a correr en el mismo momento en que Cerbero se liberaba y saltaba el río Estigia y el Aqueronte de un tranco. Lovem hizo lo que Josh le dijo, corrió como no lo había hecho en su vida, con el perro de la muerte pisándole los talones. Las partículas de ceniza verde impactaban en su cuerpo y se extinguían. Eran almas. Almas que desaparecían para siempre al estrellarse contra ella. Lovem miró hacia atrás y vio a Cerbero a pocos pasos, con las tres mandíbulas abiertas rugiendo y mostrándole los dientes con los que iban a morderla cuando la alcanzaran. Lovem ya no miraría atrás. No lo haría hasta que llegara a la puerta. Tan solo le quedaban unos pasos, y comenzó a vislumbrar los rostros de Tristan y Lucas detrás de la puerta. Aumentó las zancadas y se dejó la piel en llegar. Tenía que llegar.

—¡Uno! ¡Cero!

La Moira se preparó para cortar el hilo, volvió a colocar las hojas de las tijeras sobre él y... (Lovem saltó en el mismo instante en que las garras de Cerbero le alcanzaban el hombro)... lo cortó. O lo intentó. Porque el hilo recuperó sus tres cabos y volvió a brillar.

35

Llovía en el Mundo Exterior. Llovía como nunca había llovido desde el comienzo de la Historia. Llovía en todas partes al mismo tiempo. Hasta en el rincón más recóndito. Si el temporal continuaba así, se inundaría todo.

36

—¿Por qué no se despierta? —le preguntó Tristan a Pólux, presa de la ansiedad.

Habían llevado a Lovem al Reino Rojo a lomos del dragón, una vez el tiempo que Josh les había dado finalizó y a ella comenzó a latirle el corazón, y la habían acomodado en la cama de Tristan. Allí le habían hecho una verdadera trasfusión con sangre de Lucas y Tristan, con la esperanza de que se recuperara del todo. Pero habían pasado cinco días y Lovem no abría los ojos. Y Tristan necesitaba ver esos preciosos ojos azules suyos mirándolo con picardía de nuevo.

—Sus huesos se están soldando rápido con la ayuda de vuestra sangre, pero una recuperación de tal calibre requiere tiempo. Paciencia.

—No se me conoce por mi paciencia —dijo Lucas.

Sí, Pólux bien lo sabía.

—Está a salvo. Se recuperará. Es cuestión de tiempo.

Bien. Tristan y Lucas esperarían. Y velarían por su sueño.

—¿Crees que aún está en el Inframundo? —le preguntó Lucas a Tristan, una vez se quedaron solos.

—No. Creo que está en blanco. Como cuando dormimos.

—O quizá esté con Josh. Quizá se hayan ido juntos a alguna parte mientras ella se recupera. Quizá él la esté acompañando y animando. Eso

sería muy de Josh. —Lucas sonrió con tristeza—. ¿Crees que existe algún tipo de... plano existencial entre el mundo de los vivos y el Inframundo?

—Sí. Se llama soñar.

37

—Entra —dijo Megalo, sin apartar la vista de la ventana y sin cambiar de postura. Estaba de pie, con los brazos en la espalda y la mirada perdida en el horizonte de picos de montañas de colores que se divisaba desde sus dependencias. Aún no había dejado de llover.

La puerta se abrió y se cerró unos segundos después.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio de Tristan. En la cama. Recuperándose.

Megalo escuchó el suspiro detrás de él y se dio la vuelta. Y ahí estaba Zeus, el gran dios Zeus, a pocos metros de él, después de tantos años. Iba vestido de traje y corbata y Megalo juraría que su cabello lucía más blanco que la última vez. Tenía aspecto de estar cansado, a pesar de su divinidad.

—¿Está bien?

—Está viva.

—Quiero verla.

—Tristan no lo va a permitir.

—Tristan no es el rey.

—¿Quieres iniciar una guerra con mi hijo mientras tu hija está inconsciente?

Zeus caminó unos pasos y se acercó a la ventana. Adoptó la misma postura que Megalo y perdió la mirada en el mismo horizonte.

—El Olimpo quiere someter a Lovem a juicio. Por mandar a Hefesto al Tártaro.

—¿El Olimpo? Tú eres el Olimpo.

—Tenéis que entregármela.

—¿Para que la separes de nuevo de mi hijo?

—No lo haré. Pero tenéis que entregármela.

—¿Tengo tu palabra?

Zeus miró a Megalo.

—Tienes mi palabra. —Se dirigió de nuevo a la salida—. Os concedo veinticuatro horas.

—Y cesará la lluvia. El Mundo Exterior ya ha sufrido bastante.

—Cesará la lluvia.

—¿Vas a permitir que la enjuicien? —le preguntó Megalo antes de que saliera.

—No me queda otro remedio.

—Los olímpicos la teméis. Por eso la enjuiciáis.

—La temen —lo corrigió Zeus—. Los olímpicos la temen.

Megalo no dijo nada, pero Zeus sí habló de nuevo.

—Yo apreciaba a Moriana. La apreciaba de verdad.

Pum.

La puerta se cerró detrás de él y una lágrima viajó de uno de los ojos de Megalo directa al suelo.

—Ahora lo sé.

38

Lovem tomó una larga bocanada de aire y abrió los ojos. Se incorporó en la cama y se tocó el corazón. Comenzó a exhalar e inhalar, despacio, asegurándose de que el aire le llenaba los pulmones, aún tenía el susto en el cuerpo, mientras observaba su entorno y se hacía una composición de lugar. ¿Dónde estaba? La estancia se encontraba casi en penumbra, apenas unos rayos de luz se colaban por la ventana, amanecía. Desprendía un aroma confortable. Agradable. Cautivador. Un aroma que ella conocía. Escuchaba a lo lejos el crujido de una tormenta, las gotas de agua que golpeaban los cristales sin descanso. Le resultó reconfortante. Le gustaba la lluvia. Le gustaba todo lo que tuviera que ver con el cielo y el mar. Y aquel incesante canto de algún tipo de ave. Movió el hombro izquierdo y se le dibujó una mueca de dolor en el rostro. Cerbero la había alcanzado, pero estaba viva. ¡Estaba viva! Respiró con tranquilidad.

—¿Lovem? —la llamaron, y sintió que un peso se le liberaba de la pierna. Era la cabeza de Tristan. Porque Lovem estaba en la habitación de Tristan—. Oh, por todos los dragones, Lovem.

Él se movió, la abrazó, escondió la cabeza en su pecho y comenzó a llorar. Ella se aferró con fuerza a él y le acarició el suave cabello, calmándolo.

—Chisss —susurró—. Estoy bien. Se lo decía a Tristan y a sí misma.

Tristan la apretó aún más. Llevaban dos años separados. Dos años. Levantó la cabeza y la miró a los ojos. Unos ojos que por fin lo miraban como antaño. Le acarició la mejilla y sonrió.

—Estás aquí —le dijo, embelesado.

Lovem sonrió de vuelta y asintió con la cabeza.

—Estoy aquí.

—No dejaré que te separen de mí de nuevo.

—No lo harán.

Lovem intentó moverse y se le dibujó otra mueca de dolor.

—¿Qué te pasa?

—Cerbero. Me alcanzó en el último segundo.

—Lo sé.

—No quería dejarme marchar.

Tristan le retiró la camiseta y le revisó el hombro. El arañazo punzante e incisivo había aparecido de la nada mientras Lucas y él intentaban salvarla y se temieron lo peor. Fue un segundo antes de que el corazón le diera el primer latido y fue uno de los segundos más largos de la vida de ambos. La herida seguía en carne viva, pero tenía mejor aspecto. Tristan posó los labios en ella y la besó. Entonces alguien carraspeó desde alguna esquina.

—Antes de que os pongáis en plan romántico y comencéis a desnudaros —dijo Lucas—, me gustaría decir «hola». —Abandonó el rincón oscuro en el que se encontraba y se acercó a donde Lovem pudiera verlo—. Hola —susurró.

A Lovem le dio un vuelco el corazón. Oh, Lucas. Lo quería tanto y tenía tantas cosas que decirle. Y a su mar. A su querido mar, del que también se había alejado.

—Hola —respondió en otro susurro.

—Así que el Inframundo, ¿eh? —Lucas sonrió, sin demasiadas ganas—. ¿Te acuerdas de que cada vez que Josh iba a ver a su padre solíamos hablar durante horas de cómo sería el lugar? Incluso planeamos escabullirnos por

la puerta antes de que se cerrara del todo un montón de veces. No sé por qué nunca lo hicimos —pensó Lucas en voz alta—, los dos somos lo bastante estúpidos como arriesgarnos. ¿Era tal y como lo imaginábamos, Lovem?

Ella se acordada. Por supuesto que se acordaba. Y sonrió con pena para sus adentros. No. El Inframundo no se parecía en nada a lo que ellos se imaginaban. Era... mucho más brutal.

—Ah, y antes de que vuelvas a mentirme a la cara —añadió Lucas—, que sepas que ya sabemos que has recuperado los recuerdos. Me llamaste Lucky Luc.

«¿En serio? Pues menudo error de cálculo», pensó Lovem.

—Se me escaparía —dijo en su lugar.

—Tal cual.

Se sumieron en un silencio incómodo, profundo, y a Lovem le cayó una lágrima en la mejilla. Lucas la observaba a una distancia prudencial. ¿En qué momento se habían vuelto dos desconocidos? ¿Era porque llevaban dos años sin verse de verdad? No. «En el momento en que mataste a Josh».

Tristan se mantenía al margen. También los observaba con tristeza. Esos dos se adoraban, pero una brecha enorme los separaba. Y Tristan deseaba cerrarla con sus propias manos, tender el puente que necesitaban para cruzarla y acercarse el uno al otro, pero no le correspondía a él hacerlo.

—¿Te acuerdas, Lovem?

—Sí.

—¿Y? ¿Es el Inframundo tal y como nos lo imaginábamos?

—No. Al principio ni siquiera supe que estaba allí. Josh siempre dice que es verde. Fue naranja para mí. —Lovem lo recordaba todo como si aún se encontrara allí—. Pero olía a anís. Y era todo... Terrorífico y placentero al mismo tiempo. Hades estaba allí, él me ayudó a salir y...

—Y estuviste con Josh —dijo Lucas con un hilo de voz.

Él mismo había estado con Josh. Había hablado con él. Pero dejó de hacerlo en cuanto el corazón de Lovem latió de nuevo. Un segundo antes lo escuchaba y al siguiente ya no lo hacía. Al siguiente Josh ya no estaba.

—Sí —respondió Lovem con el mismo hilo de voz.

Lucas se acercó a la cama y se sentó junto a ella, que se llenó de esperanza.

—¿Crees que podemos confiar en Hades?

—No lo sé, Luc. Te juro que no lo sé. Solo sé que me ha salvado la vida.

—¿Y cómo está Josh? —Lucas estaba a punto de llorar y tuvo que tragarse las lágrimas. No estaba preparado para desmoronarse delante de Lovem. Necesitaba tiempo—. ¿Está bien? ¿Está feliz?

Lovem sonrió y se le escapó otra lágrima.

—Está muy bien. Está realmente bien. Igual de guapo que siempre.

Lucas asintió con la cabeza y Lovem...

—Luc..., lo siento.

—No. —Lucas levantó la mano en un intento de poner distancia entre ellos—. No digas nada.

Pero Lovem no lo escuchó, le cogió la mano y se la puso sobre el corazón.

—De todo lo que nos ha pasado, lo que más siento es el daño consciente que te he hecho. Y ojalá hubiera podido evitártelo, pero... era necesario. Era muy necesario.

—Podíamos haber encontrado otra manera.

—No había otra manera. Y créeme, le di las suficientes vueltas. No había otra manera porque no disponíamos de tiempo y...

—Espera —la interrumpió Lucas—. ¿Daño consciente?

—Luc...

—¿Cuándo recuperaste la memoria?

—Unos minutos antes de que apresaran a Josh.

Lucas agrandó los ojos.

—¿Lo mataste sabiendo quién era?

Lovem apretó más la mano de Lucas en su pecho y lo miró a los ojos.

—Lo maté sabiendo que era mi mejor amigo. Lo maté sabiendo cuánto lo quería. Lo maté porque me obligó a jurárselo con sangre. Y lo maté porque no fui capaz de protegerlo como le había prometido.

—Joder. —Lucas se levantó de la cama, se llevó las manos a la cabeza y abandonó la habitación—. ¡Esto es muy jodido, Lovem! ¡MUY JODIDO! ¡Joder!

PUM.

La puerta se cerró de un portazo y ella cerró los ojos. Y a pesar de que le había asegurado a Lucas que algún día la perdonaría, empezaba a dudarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó Tristan, otra vez en un susurro—. ¿Por qué no me dijiste que lo recordabas todo cuando quemamos...?

—No sabía cómo hacerlo —le interrumpió ella. Y abrió los ojos. Lo miró.

Tristan le acarició el cabello. Vio el dolor en sus ojos. Y estaba harto. Estaba harto de tanto drama.

—Con un simple «hola, dragonzuelo», habría sido suficiente —bromeó, con la esperanza de que ella se sintiera algo mejor—. Yo lo habría entendido.

Ella sonrió. Bien. Objetivo conseguido.

—Lovem... —comenzó Tristan, pero ella sabía lo que venía y le puso la mano en la boca. Negó con la cabeza y Tristan asintió.

—¿Quieres que te cuente una cosa? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—Me estaba enamorando de ti. Por segunda vez en mi vida, me estaba enamorando de ti.

—No te estabas enamorando de mí, yo te estaba ligando.

Lovem soltó una carcajada y Tristan la besó en la boca.

—Eres un guaperas, Tristan Drake —le susurró ella sobre los labios—. Listo. Fuerte. Amable. Humano. Y encima te transformas en dragón.

—Tuve que sacar la artillería pesada. No eres nada fácil, morenita.

—Y tú eres un tramposo.

—Jamás lo he negado. Y, por cierto, tú me besaste para entretenerme y te recreaste.

Y qué bien le supo a Lovem.

—Solo fue un beso —bromeó—. Y mejor no hablamos de lo que hiciste tú después —le recordó.

—Te besé y me recreé. Y ni aun así bajaste tus barreras. Necesitaba saber lo que sentías.

—Ni loca te hubiera dejado entrar tan fácilmente.

—En el baño casi *entré* muy fácilmente.

Lovem le dio un golpe en el brazo y Tristan rio.

—¿Qué quieres que te diga? En lo que respecta a ti, tengo reparo a bajar mis barreras, pero no mis pantalones.

Volvieron a reír y se quedaron mirándose a los ojos. Jamás se cansarían de mirarse a los ojos. Y entonces, solo entonces, Lovem bajó sus barreras. Las emociones tanto de ella como de Tristan volaron entre ellos y se les metieron debajo de la piel. Había miedo, había preocupación, ansiedad, tristeza, esperanza, sensación de seguridad..., y había amor. Tristan pudo ver lo que las dos versiones de Lovem sentían respecto a él.

—Te quiero —le dijo Tristan.

Lovem cerró los ojos y lo besó. Lo agarró del pelo y se deleitó con su tacto. Con su aroma. Con su sabor. Engarzó la lengua en la de él y se tomó su tiempo en degustarlo.

—Confiaba en ti —confesó—. Y no sabía el motivo porque no eras más que un desconocido, un desconocido muy petulante —aclaró—, pero confiaba en ti. Era como si, a pesar de no recordarte, no hubiera dejado de sentirte, de alguna manera. Era raro.

—Llegué a pensar que jamás te recuperaría.

Lovem lo besó de nuevo.

—Ya pasó.

—Tenemos que ponernos al día con muchas cosas.

—Sí.

—Y llevas mi reloj.

Lovem rio.

—Sí. Mi padre nunca me lo quitó. Y lo hizo a propósito, créeme. Él no deja nada al azar. Yo... le tenía un cariño especial a este reloj, y no sabía por qué.

—Porque me quieres.

—Porque te quiero.

Tristan le dio un beso rápido.

—Lo sé. ¿Y quién era el tal Juan, por cierto?

Lovem sonrió de nuevo, y estuvo a punto de responder, pero la puerta se abrió de pronto. Era Megalo.

—Hola, Lovem —le dijo al tiempo que se acercaba a la cama seguido de Pólux—. Es la segunda vez que apareces moribunda en mi reino —bromeó.

Y fue todo lo que necesitó Lovem para relajarse. Su tiempo con Megalo siempre había sido limitado, pero afable también.

Lovem se recompuso todo lo que pudo. Intentó separarse de Tristan, estaban muy pegados el uno al otro, pero él no se alejó de ella. Lovem carraspeó.

—Majestad.

—Bienvenida a casa.

—Gracias —susurró Lovem.

Era la segunda vez que le decían que aquella era su casa y a Lovem se le empañaron los ojos. En verdad se sentía en casa. Más en casa que en ninguna otra parte.

—¿Se me permite un abrazo? —dijo entonces Pólux.

Ella asintió y Pólux la abrazó.

—No pude resistirme a hacerlo cuando te reconocí —le confesó ella, su voz amortiguada por el abrazo de él.

—Lo sé.

—Siento interrumpir este momento —dijo Megalo. Lovem se soltó del abrazo de Pólux— y ser el portador de las malas noticias, pero tienes que saber lo que está pasando fuera. Y tenemos que planificar una estrategia.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Hefesto ha muerto. Tú lo has matado. Y los semidioses no pueden matar a los dioses. No pueden tocarlos. Es la ley.

—¡Venga ya! —exclamó Tristan—. Hefesto quería matarla a ella. ¡Solo se estaba defendiendo!

—Esto ya lo hemos hablado, Tristan. Lovem fue a por él. Entró en el Reino Hielo, lo redujo a cenizas y mató a Hefesto. El Olimpo requiere una explicación. O eso dicen. Yo me inclino más por pensar que están asustados. Que una semidiosa mate a uno de los doce olímpicos no ocurre todos los siglos. Tienen miedo de su poder y van a ponerle remedio.

Tristan bufó.

—No voy a permitir que se la lleven. Que vengan y lo intenten.

—¿Qué quieren hacer conmigo? —preguntó Lovem.

—Someterte a un juicio. Y si te declaran culpable..., te arrebatarán los poderes. Te convertirán en humana.

Guau. Humana otra vez. Lovem tenía la sensación de estar moviéndose en círculos constantemente.

—¿Y qué dice mi padre?

—No le queda más remedio que aceptar.

—¿Ha intentado venir a buscarme?

—Sí. Mantuvimos una conversación.

Por todos los dioses, ¿en serio? Lovem no se imaginaba a su padre manteniendo una conversación con Megalo. Ni viceversa. Los dragones

creían que Zeus había matado a la reina y lo consideraban su enemigo número uno.

—¿Y cómo fue?

—Cordial.

—¿En serio?

A Lovem le costaba creerlo.

—Tu padre nos ha concedido veinticuatro horas para devolverte al Olimpo.

—Cosa que no va a pasar.

—Tristan...

—¡¿Qué?!

—Esto ya lo hemos hablado y pensé que teníamos un acuerdo.

—Pensaste mal.

—Tristan... —lo reprendió su padre.

Pero poco le importaba. No dejaría que Zeus la alejara de nuevo de él.

—Se nos ha ocurrido una idea —dijo entonces Pólux—. Te protegería en el Olimpo.

—¿El qué?

Megalo y Pólux miraron a Tristan.

—No es así como quería hacerlo —dijo él.

—¿Hacer qué?

—¿Podéis iros a un rincón, al menos? —les pidió Tristan a su padre y a Pólux.

Ambos obedecieron al instante y Tristan suspiró. Se levantó de la cama y se arrodilló en el suelo, junto a Lovem.

—Esto no tendría que estar pasando así. Tú y yo estaríamos solos, en algún lugar bonito y significativo, quizá en la azotea de aquel edificio abandonado de Nueva York, y... tal vez nos hubiéramos tomado una botella de piel de hidra por el camino. Tu estarías cantando y yo te miraría embelesado. Luego me reiría de ti cuando tropezaras con algo, la verdad es

que nos habríamos bebido dos botellas en lugar de una, y tú me retarías a un combate y me dirías que eres más fuerte que yo. Y yo... Yo lo aceptaría porque eres más fuerte que yo. ¿Y sabes que más eres, Lovem?

—¿Qué? —susurró ella sintiéndose de verdad en aquella azotea.

—La mujer de mi vida. El amor de mi vida. —Tristan sacó un anillo del bolsillo y Lovem tomó aire. Por todos los dioses—. Este anillo le pertenecía a mi madre —Tristan miró a Megalo y este sonrió. Cogió la mano de Lovem y le puso el anillo— y sería todo un honor para mí que quisieras llevarlo y convertirte en mi compañera. Lovem Kennedy, ¿quieres casarte conmigo?

Lovem abrió mucho los ojos y observó el anillo. Era un diamante rojo con forma de dragón. Se le enroscaba en el dedo y daba una vuelta y media. Lovem jamás había visto nada más precioso. Y desprendía una fuerza inusitada. De pronto, refulgió. Fueron solo unos segundos, pero... Guau. Lovem levantó la mirada.

—El anillo te ha aceptado —le dijo Tristan—. Sí te casas conmigo, te convertirás en la futura reina del Reino Rojo y el Olimpo no podrá tocarte sin entrar en guerra después de lo que le ocurrió a mi madre. Pero no lo hago por eso. O no solo por eso. Lo hago porque quiero compartir mi vida entera contigo y porq...

—Sí —aceptó Lovem antes de que acabara.

—¿Sí?

—¡Sí! Te quiero, Tristan. Te adoro.

—Oh, Lovem. —Él se incorporó y la besó.

—¿Y cómo acaba la historia de la azotea? —preguntó ella sobre sus labios.

—Nos enfrentamos en un duelo de espadas y yo te tumbo al segundo golpe.

Lovem rio a carcajadas y Tristan fingió que se ofendía.

—No te rías tanto. Así es como sucede. —Entonces se puso serio—. Lo haremos mañana. Mañana te convertirás en mi mujer y princesa de los dragones.

—Y después me iré al Olimpo.

—Lov...

Alguien carraspeó, interrumpiéndolos por segunda vez.

—Felicidades —los felicitó Megalo. Lovem había olvidado que se encontraba todavía allí—. Hay muchas cosas que hacer y vosotros tenéis mucho de que hablar, así que mejor os dejamos solos. ¿Vamos, Pólux?

—Enseguida, Majestad. Si me lo permite, me gustaría decirles unas palabras en privado.

Megalo asintió y abandonó la habitación. Lovem pensó que Pólux iba a felicitarlos, pero nada más lejos de la realidad. Pólux se acercó a la puerta una vez que Megalo la hubo cerrado y la roció con algo. ¿Colonia? Lovem arrugó la frente.

—Es para que nadie pueda oírnos —le explicó Pólux, y se acercó de nuevo a la cama—. Y, ahora, te lo contaremos todo.

—¿Todo? ¿Qué todo?

—Y empezaré por el principio.

Lovem no entendía nada. Tristan se quitó las botas y se tumbó en la cama junto a ella, se pegó a su cuerpo, recostó la espalda en el cabecero y le pasó un brazo por los hombros.

—Ponte cómoda —le aconsejó.

Lovem retiró las sábanas, por suerte llevaba puesto un pantalón de chándal, y se movió hasta meterse entre las piernas de Tristan. Apoyó la cabeza en su pecho. Ahí es donde más cómoda estaba.

—Soy un embustero, Lovem —dijo entonces Pólux—. Y llevo siéndolo doscientos años. Me hago llamar el Gran Sabio y Sanador de los dragones, pero la verdad es que solo soy sanador. No puedo ver el futuro. Jamás he podido verlo. Yo vengo del futuro. Por eso supe quién eras la primera vez

que llegaste moribunda al castillo. Porque yo soy el primer viajero en el tiempo después de que Kairós desapareciera.

Lovem abrió la boca.

Oh.

La historia del viajero

De cómo empezó todo

39

—Antes de empezar, aunque me imagino que ya lo has supuesto, tienes que saber que Tristan lo sabe todo. Absolutamente todo. Se lo conté poco después de que tú... murieras.

—Y puse la misma cara que tú, aunque no pueda vértela —dijo Tristan detrás de Lovem, que seguía con la boca abierta.

—Bien. —Pólux cogió la silla del escritorio de Tristan y la acercó a la cama. Él también necesitaba ponerse cómodo. Se sentó—. Como te he dicho, comenzaré por el principio. Ambos conocéis la Profecía Prohibida. Incluso sois capaces de recitarla de memoria, ¿verdad?

Lovem fue a abrir la boca para añadir que también sabía que su hijo y el de Tristan era el niño de la profecía, pero Pólux levantó el dedo índice y le pidió silencio.

—Todo lo que vayas a decirme ya lo sé, querida Lovem, así que, a partir de ahora, silencio absoluto. —Pólux cruzó las piernas y suspiró. Allá iba—. Yo tenía dieciséis años cuando el oráculo de Delfos lanzó la profecía. Vosotros no estáis familiarizados con las profecías porque los doce olímpicos las prohibieron, pero hace doscientos años era habitual acudir al templo de Apolo en busca de consejo.

—¿Sobre qué?

—Sobre decisiones de importancia. Políticas. Bélicas. Amorosas. Lo de siempre.

—¿Acudíais al oráculo para que decidiera por vosotros?

—Eran otros tiempos. El caso es que cualquiera podía ir y preguntarle al oráculo. Cualquier ciudadano del Olimpo. El oráculo respondía y los sacerdotes que lo acompañaban lo transcribían y se lo entregaban al ciudadano. El oráculo casi nunca profetizaba, sus respuestas solían ser... consejos, consejos que en algunos casos se convertirían en ley, pero consejos al fin y al cabo. No eran predicciones del futuro. Salvo unas pocas excepciones. Un día cualquiera, un ciudadano le preguntó si los dioses Zeus, Poseidón y Hades tendrían más hijos y el oráculo recitó literalmente: «En tiempos oscuros la guerra se recrudecerá. La esencia del Parnaso guiará la lucha y debilitará el Olimpo. El gran rayo sufrirá y la ira del fuego devastará el Imperio. Cerca de las puertas y la muralla, la beligerancia cesará y la unión de los dos mundos a través de la sangre traerá la tregua. Y dará a luz un hijo que será más poderoso que cualquiera. Más poderoso que el rayo y el tridente juntos. —Pólux tomó aire antes de continuar—. De cabellos dorados y ojos del color de los cielos, recibirá un nombre de fuego y dominará el tiempo como nadie lo ha hecho antes».

—Espera, espera, espera —lo interrumpió Lovem—, esa última parte no...

—Chisss —la mandó callar Pólux—. La profecía trascendió y los dioses entraron en cólera. Sobre todo, Zeus y Poseidón. Se dice que Zeus por sí solo puede acabar con todos los dioses olímpicos. Imagínate lo que podría hacer alguien más poderoso que el rayo y el tridente juntos. El Olimpo prohibió la profecía y los tres dioses acordaron no tener más hijos. Pasaron los años, casi doscientos, nada más y nada menos, y el equilibrio del Olimpo comenzó a tambalearse. Los semidioses sois los encargados de luchar contra las fuerzas del mal y mantener ese equilibrio, y para eso es necesario semidioses poderosos. O lo que es lo mismo, semidioses hijos de

Zeus, Poseidón y Hades. Así que acordaron tener un hijo cada uno. Por eso Lucas, Josh y tú sois prácticamente de la misma edad.

Guau. Lovem estaba... impresionada.

—Los tres crecisteis juntos en la Ciudad del Olimpo —continuó Pólux— y os hicisteis amigos, aunque dudo mucho que fuera de la manera en que tú lo recuerdas. No me interrumpas, Lovem —se anticipó Pólux—. Mientras, en el Reino Rojo, los reyes Megalo y Moriana criaban a sus siete hijos: Bastian, Phoenix, Anastasia, Tobías, Bruna, Robin y Atticus. Y sucedió la Noche Negra.

—Mi padre no mató a la reina —aclaró Lovem. Estaba enfadada con su padre, muy enfadada, pero una cosa no quitaba la otra.

—Chis. Las relaciones entre el Reino Rojo y el Olimpo estaban peor que nunca y una incipiente guerra civil comenzaba a fraguarse en nuestras entrañas. La reina Moriana, cuatro de sus hijos, su hermano y su familia, y mi propia esposa, fueron asesinados en la Ciudad del Olimpo, en plenas negociaciones. Fue una emboscada. Tristan tenía doce años. Magnus once y Alicia nueve. Ellos fueron los únicos supervivientes y se hicieron pasar por los sobrinos de la reina para su propia protección. Bastian adoptó su segundo nombre, Tristan, y Phoenix y Anastasia también.

—Espera, espera, espera... ¿Magnus y Alicia en realidad se llaman Phoenix y Anastasia?

—Los dragones nos replegamos —continuó Pólux— y dos años más tarde Tristan le pidió a Magnus que encontrara la manera de acabar con los semidioses. Magnus la encontró diez años más tarde en el centro de la Tierra y la llamó Escila. Tardamos cuatro años más en crear los polvos. Tristan tenía veintiocho años y él y su Ejército asaltaron la Ciudad del Olimpo dispuestos a iniciar la ansiada guerra, pero se topó contigo. Peleasteis. Negociasteis. Y os enamorasteis. La guerra terminó y Escila fue eliminada. Ahí se cumplió la primera parte de la profecía: «En tiempos oscuros, la guerra se recrudecerá. La esencia del Parnaso guiará la lucha y

debilitará el Olimpo. El gran rayo sufrirá y la ira del fuego devastará el Imperio. Cerca de las puertas y la muralla, la beligerancia cesará y la unión de los dos mundos a través de la sangre traerá la tregua». Tú, Lovem, eres el rayo que sufría, y Tristan, la ira del fuego. Vosotros dos sois la unión de los dos mundos. Unos años más tarde, cuando Tristan tenía treinta y uno, nació su primer hijo. Y el tuyo. Aiden Drake. Tenía el cabello dorado y los ojos del color del cielo. Su nombre significa fuego y fue el ser más poderoso que había habido en eones. «Más poderoso que el rayo y el tridente juntos».

Lovem necesitaba unos minutos para digerirlo y Pólux se los concedió. O al menos le concedió unos segundos. Tristan la abrazó por detrás y Lovem unió sus manos.

—Era un niño maravilloso. La niña de nuestros ojos. —Pólux se rompió un poco al recordar a Aiden. Se le anegaron los ojos de lágrimas—. Era bueno. Fuerte. Precioso. Y... necesito pediros perdón, porque todo esto es culpa mía. Todo lo que ha sucedido con el tiempo es culpa mía. Y han cambiado tanto los acontecimientos que no sé si Aiden... No sé si habrá un Aiden.

Tristan y Lovem también se emocionaron. No recordaban a su hijo, pero era todo tan real. Y Pólux lo recordaba. Por todos los dioses, Pólux lo recordaba y le había hablado tantas veces a Tristan de él y de sus trastadas que era como si lo conociera.

—Quisiste protegerlo —le dijo Tristan.

—Sí. Quise protegerlo, pero lo he destruido. Aiden no tenía una vida fácil. Lo señalaron casi desde su nacimiento como el niño de la Profecía Prohibida. Todo encajaba. Cabello dorado. Ojos del color del cielo. Y el dominio del tiempo. —Pólux cruzó una mirada con Lovem, cuyos pensamientos iban a mil por hora. Las piezas del puzle comenzaban a encajar.

—Aiden podía viajar en el tiempo —susurró ella.

—Sí. Tristan y yo lo descubrimos cuando apenas tenía un año. Estábamos con él y nos teletransportó al pasado. Tan solo fueron unos segundos, pero nos dimos cuenta porque justo estaban repiqueteando las campanas del castillo. Lo hizo sin querer. No lo controlaba. Así que tuvimos que asegurarnos de que alguno de los dos estuviera siempre con él, por si volvía a suceder. Pasaron los años, y cuando tuvo la edad suficiente para entenderlo y controlarlo, le explicamos que era peligroso viajar en el tiempo y que no podía hacerlo. Unos años más tarde, cuando tenía diez años, lo sorprendí en su dormitorio haciendo un juramento de sangre con sus dos mejores amigos.

—¿Qué dos mejores amigos? —preguntó Lovem. Las ganas de saber cosas de Aiden era superior a ella.

—El hijo de Magnus y la hija de Lucas.

—¿El hijo de Magnus y de...? —Lovem no pudo terminar la pregunta.

—No —le aclaró Pólux enseguida—. No era hijo de Josh. Lovem, Josh...

Oh, claro. Josh estaba muerto en esa realidad alternativa. Anfisbena se lo había contado a Lovem y Tristan.

—¿Cómo murió? —susurró Lovem.

—En uno de vuestros primeros enfrentamientos. —Pólux los señaló a ella y Tristan—. Recibió un espadazo que iba dirigido a ti. Magnus y él no llegaron a conocerse. No más allá de creerse rivales, al menos. Magnus se emparejó y se casó con mi sobrina Winter y... la verdad es que no era feliz. Ninguno de los dos lo era. Lucas no llegó a emparejarse. La chica en cuestión lo engañó para quedarse embarazada. Creyó que un nieto de Poseidón le daría fama y poder. Criaban a la niña por separado. Quince días cada uno.

Lovem suspiró. Qué alentador todo. Y muy humano.

—¿Y cómo morí yo? Porque no me has nombrado una sola vez. Y Anfisbena nos contó que yo también moría.

Tristan se tensó detrás de ella.

—Lovem...

—Es mejor que no lo sepas —la aconsejó Pólux.

—Pero quiero saberlo. Dímelo, por favor —suplicó.

Tristan asintió y Pólux...

—Moriste en el alumbramiento de Aiden, Lovem.

Lovem cerró los ojos y Tristan la abrazó con más fuerza. Lo sabía. Lo había sabido desde que hubo recuperado los recuerdos y unido la información que había recibido en sus dos vidas. Su padre le dijo que la manera en que Tristan podía matarla era dejándola embarazada.

—No pasará de nuevo —le aseguró Tristan, con la boca pegada a su cuello.

«Sí lo hará. Es mi destino», pensó ella. Y le hizo un gesto a Pólux con la mano para que continuara.

—Los tres niños eran inseparables —prosiguió él—, y cuando Aiden cumplió diez años, hicieron un juramento de sangre donde prometieron protegerse.

—Como nosotros —recordó Lovem con nostalgia—. Lucas, Josh y yo.

—No estoy seguro de que en esa primera realidad sucediera así, no llegué a conoceros a los tres hasta ese punto. El caso es que..., Lovem, como te estaba diciendo, Aiden no tenía una vida fácil. Era el niño de la profecía y todos lo sabían. Y por eso corría peligro. Muchos deseaban su muerte. Tristan lo mantenía seguro en el castillo, y era imposible acceder a él, pero... la suya no era vida. O eso pensé yo. Quise mejorársela y experimenté con su sangre. Tristan nunca lo supo. Le hice prometer a Aiden que no diría nada, que quedaría entre nosotros.

—Utilizaste la sangre de nuestro hijo para retroceder el tiempo —afirmó Lovem sin atisbo de duda.

—Sí.

—Y borraste la última parte de la profecía.

—Sí —aceptó con pesar.

—¿Cómo? —le exigió saber Lovem.

—Antiguamente los portales también se utilizaban para viajar en el tiempo.

—Lo sé. Con Kairós.

—Exacto. Kairós lo hacía posible. Pero intentó jugársela a Zeus y fue castigado. Los viajes en el tiempo se prohibieron. Aiden era capaz de viajar sin necesidad de usar los portales y yo podía hacerlo con él siempre que lo tocara. Intenté hacerlo sin él. Con su sangre. Le extraje un poco y la guardé en mi bolsillo. Entré en el portal y no pasó nada. Lo intenté de mil maneras, hasta que una de ellas funcionó.

—¿Cual?

—Esparcí la sangre de Aiden en la parte superior del portal. Retrocedí más de doscientos años. Fui al oráculo. Esperé a que se produjera la profecía y los maté a todos. Al ciudadano. A los sacerdotes. Y al oráculo. Corté la última parte de la transcripción, dejé el resto y me fui. La historia cuenta que la profecía era tan terrible que enfadaría a los dioses y que los sacerdotes discreparon en si debía o no trascribirse y acabaron matándose entre ellos. Ese día se prohibieron las profecías y por eso vosotros no las habéis vivido. Por mí.

—¿Por qué no la destruiste entera?

A Pólux, una sonrisa triste le curvó los labios. Tristan le había preguntado lo mismo cuando se lo contó todo.

—Porque no se pueden ocultar las profecías ni aunque mates al oráculo. Los dioses lo sabrían. Apolo lo sabría. Borré la parte que más señalaba a Aiden.

—¿Y volviste al futuro?

—No. No se puede viajar al futuro. Solo al pasado.

Lovem agrandó mucho los ojos.

—¿Y qué hiciste?

—Revivir doscientos años. Y convertirme en el Gran Sabio y Sanador de los dragones. Sabía lo que iba a suceder antes de que sucediera. Lo hice todo igual. O casi igual. Y todo ocurrió de la misma manera. Así tenía que ser.

—¿No cambió nada?

—No, no lo hizo. Intenté salvar a mi mujer, no creí que cambiaría los hechos, pero no lo conseguí. Le dije lo que iba a ocurrir la Noche Negra, se lo conté todo, y le hice prometer que no intentaría salvar a la reina. Moriana tenía que morir para que Magnus encontrara a Escila y vosotros os conocierais y enamorarais. Se lo conté todo y le dije que ella, la reina y sus hijos iban a morir. Le di instrucciones precisas para que se salvara. Pero no se salvó. Murió. Murió de la misma manera que la primera vez: de una herida mortal en el corazón.

—¿Cómo?

—No lo sé. Nunca lo supe. De la misma manera que durante muchos años no se supo quién orquestó la Noche Negra. Muchos creían que fue Zeus, pero lo cierto es que no fue él.

Lovem se incorporó en la cama.

—¿Tú lo sabes?

—Sí. En la primera línea temporal, se sabe que los gigantes fueron los culpables. Intentaban enfrentarnos, y lo consiguieron. Tuve que mantenerlo en secreto para no cambiar el curso de los acontecimientos. Tristan tenía que creer que Zeus era culpable y obsesionarse contigo para luego enamorarse de ti. De lo contrario, hubieras sido una semidiosa más para él. No podía correr el riesgo. Todo perdió sentido cuando llegaste moribunda al castillo antes de tiempo, pero yo debía mantenerme en silencio. Tristan y tú teníais que enamoraros. Y eso hicisteis.

«Los gigantes», pensó Lovem. Todo encajaba. Miró hacia atrás.

—Mi padre no mató a tu madre —le dijo a Tristan.

—Lo sé, pero no por eso lo odio menos.

Lovem suspiró.

—¿Y qué pasó después? —le preguntó a Pólux.

—La vida continuó. Y Aiden volvió a nacer. Había gente que, incluso con la profecía incompleta, decía que podía ser el niño de la profecía, pero solo eran sospechas sin fundamento. Casi nadie lo creía y no vivía tan protegido. Era feliz. Lo había conseguido. Pero entonces..., entonces tú llegaste al castillo moribunda y yo me di cuenta de que alguien lo había vuelto a hacer. Alguien había retrocedido el tiempo. No sabía ni cómo ni cuándo ni hasta dónde, pero mis recuerdos de todo lo que había hecho permanecieron inmutables. Cuando se retrocede el tiempo, la única persona que lo recuerda es la que viaja. El resto no nos enteramos. Pero yo lo recordé todo cuando te vi. Solo cuando te vi. Creo que... —Pólux destapó el colgante que llevaba en el cuello, debajo de la túnica. Era un frasco diminuto con un líquido rojo dentro— esto impidió que me afectara el viaje de otro y se activó cuando te vio.

—¿Qué es?

—La sangre de tu hijo. Es muy poca. Insuficiente para retroceder el tiempo, pero... la sangre es poderosa, Lovem. Más poderosa que cualquier otra cosa.

A Lovem se le encogió el corazón. La sangre de Aiden, de su hijo, justo ahí, a un metro de su alcance.

—Creemos que alguien consiguió la sangre de Aiden —dijo Tristan—. Y ese alguien tenía que ser muy cercano a nosotros porque Aiden era casi inaccesible.

—¿Puede ser que una de esas pocas personas que tenían acceso a Aiden fuera un dios?

—Sí. Hades, por ejemplo —dijo Pólux—. Pasaba horas con Aiden.

—Y Zeus —añadió Tristan.

Hades y Zeus. Su tío y su padre. Los dioses en los que Lovem más confiaba. Ya no sabía qué pensar. Hades la confundía con sus mensajes

contradictorios y Zeus... Zeus la había engañado.

—Fue Hades el que le inyectó Escila a Josh —les explicó Lovem—. Cuando solo era un bebé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo él. O me lo mostró. Cuando me devolvió los recuerdos, me dio dos de regalo.

—¿Cuál fue el otro?

—Mi padre matándome y borrándome la memoria. —Lovem tragó saliva y Tristan volvió a abrazarla con fuerza.

—Si Hades inyectó Escila a Josh cuando nació —pensó Pólux en voz alta—, significa que retrocedieron el tiempo muchos años.

—¿Crees que fue Hades?

—No lo sé.

—Pero ¿cómo supo que la sangre de Aiden le serviría?

—No lo sé.

—¿Y no se supone que Hefesto es el malo? Si solo puede retroceder uno..., no, no lo entiendo.

—Lo averiguaremos —dijo Tristan—. Y, Lovem, es importante que sepas que no puedes andar libre por el castillo. Cuando estuviste aquí la primera vez, intentaron matarte y eso significa que Hefesto tenía infiltrados. Es de ilusos pensar que acabamos con todos. En cuanto Pólux me lo contó todo, ordené a Phil y Rafe que lo protegieran. Que no se separaran de él. Se lo contamos todo y se convirtieron en su sombra. Ahora mismo están en la puerta.

Claro. Por eso Lovem no los había visto nunca en el Reino Sombrío, a pesar de que Phil y Rafe eran prolongaciones de Tristan.

—¿Phil y Rafe saben todo esto?

—Absolutamente todo.

—¿Y Megalo?

—No. No hemos querido involucrarlo.

—Tristan cree que alguien puede querer venir a por mí —añadió Pólux.

—Es absurdo creer que Hefesto ignoraba que había otro viajero.

—Estoy de acuerdo —dijo Lovem—. ¿Y Fiji y Diana? ¿Qué habéis hecho con ellos?

—De momento están en las mazmorras.

Lovem suspiró.

—¿Qué va a pasar ahora que Hefesto no está? ¿Ya se ha acabado todo?

—No lo sé. —Pólux se levantó de la silla—. Podríamos pensar que así es, pero algo me dice que aún no ha acabado. El rey de los gigantes ha desaparecido y el topo en el castillo, del que Tristan no tiene dudas de que existe, sigue ahí fuera.

Lovem tampoco creía que todo se hubiera acabado. Demasiado fácil.

—Debemos actuar con cuidado —prosiguió Pólux. Se acercó a Lovem y se agachó a darle un beso en la frente—. Y ahora es mejor que descanses.

—Pero es de día. Y tenemos muchas cosas de las que hablar.

Pólux sonrió.

—Descansa. Aún te estás recuperando y acabas de recibir muchísima información. Procésala y seguiremos en otro momento.

Pólux se dirigió a la salida, pero Lovem lo detuvo.

—Pólux, espera.

—¿Sí?

—¿Cómo se llamaba tu mujer? Nunca me lo has dicho.

—Katia. Se llamaba Katia.

40

El castillo no bullía de actividad a pesar de que estaba a punto de celebrarse una boda. Lovem escuchaba el silencio en los pasillos mientras observaba su reflejo en el espejo. Apenas había dormido, se había pasado la noche hablando y haciendo el amor con Tristan, pero se veía guapa incluso con las ojeras bajo los ojos y no podía dejar de sonreír. Iba a casarse con Tristan. Con el mismo Tristan al que llamó sordo y gilipollas la primera vez que se vieron. El mismo que le hizo rabiar moviendo los pantalones que necesitaba de un lado para otro. El mismo que no la quería en su sala de entrenamiento y que la retaba cada vez que tenía ocasión. Oh, Tristan.

—Estás preciosa —le dijo Alicia, detrás de ella.

Lovem llevaba un vestido de gasa blanca que le habían confeccionado las modistas del castillo esa misma noche. Era de encaje hasta la cintura, con escote en forma de uve y manga corta. La falda acampanada le caía hasta el suelo y tenía una abertura a la altura del muslo izquierdo. Por encima llevaba la capa roja que Pólux le había ofrecido a su llegada al castillo.

Alicia llevaba un vestido muy similar, pero de color rojo.

Ambas chicas se sonrieron la una a la otra. Habían pasado por tanto que ninguna podía creerse que estuvieran allí. Alicia había estado superpendiente de la convalecencia de Lovem, entraba a cada poco en el

dormitorio de su hermano y preguntaba por ella. Le daba un beso a Tristan. También había estado pendiente de Lucas y Magnus. Ambos estaban devastados. A Alicia se le apretaba el pecho cada vez que veía llorar a su hermano, y en cuanto a Lucas... Seguía queriendo protegerlo. Quería calmar su dolor. No le gustaba verlo sufrir porque si él sufría, ella sufría un poco. ¿Desde cuándo? ¿Qué más daba? Ella sufría.

—Sé que tú y yo no hemos tenido la mejor relación del mundo —continuó Alicia—. La mayor parte de mi vida te he visto solo como la hija de Zeus. Pero ya no lo hago. Dejé de hacerlo hace mucho tiempo. Y ahora vas a convertirte en la mujer de mi hermano y en mi futura reina. Los Drake somos fieles, Lovem. Los Drake cuidamos los unos de los otros. Nos apoyamos, nos respetamos y nos queremos de la mejor manera que sabemos. —Entonces Alicia se arrodilló—. Juro cuidarte y protegerte hasta el último de mis días.

Lovem se arrodilló junto a Alicia con los ojos empañados. Le cogió las manos y recitó su juramento.

—Juro cuidarte y protegerte hasta el último de mis días —prometió Lovem.

—Magnus también va a jurarlo. Aún no está preparado para perdonaros a Josh y a ti, pero va a jurarte lealtad. Magnus no entiende de odio. Amaba a Josh con locura, pero no entiende de odio. Y mucho menos te va a odiar a ti. Te perdonará. Yo ya lo he hecho. No merece la pena vivir en el odio y el rencor. Lo he probado y... no merece la pena, Lovem.

—Lo sé.

—Y Lucas te adora.

—También lo sé.

—Lo solucionareis. —Alicia le dio un beso en la mejilla—. Ahora somos hermanas, Lovem.

Lovem sonrió y...

... Toc. Toc. Los golpes en la puerta las interrumpieron.

—¿Sí? —gritó Alicia.

—Soy yo —respondió Megalo desde el otro lado.

—Pasa, papá.

Él abrió la puerta y las vio a ambas arrodilladas en el suelo. No dijo nada, pero sonrió. Iba vestido de gala, casi todo de blanco, como solía ir él. En la comunidad dracónica era tradición ir de blanco cuando estabas de luto. Y Megalo nunca había dejado de estar de luto. Camisa blanca, jubón blanco y pantalón verde musgo. Llevaba el pelo dorado engominado hacia atrás y recogido en una pequeña coleta. A Lovem le recordó a Tristan.

—Es la hora —dijo.

Alicia y Lovem se levantaron y se acercaron a Megalo. Alicia salió de la habitación y Megalo le ofreció el brazo a Lovem.

El pasillo estaba desierto. Todo se había organizado en el más absoluto secreto. Lovem y Megalo se dirigieron juntos a un jardín privado del castillo donde los esperaban formando un círculo perfecto. Lucas, Magnus, Alicia, Peter, Phil, Rafe, Easton, Crew. Iban prácticamente igual vestidos. Con jubones rojos y pantalones verde musgo. A Lovem, el corazón casi se le sale del pecho cuando vio a Tristan. Y a Tristan el corazón casi se le sale del pecho cuando vio a Lovem. Ambos comenzaron a latir muy rápido. Y al unísono. Sin barreras entre ellos. Y había dejado de llover. El cielo estaba cubierto de nubes, pero había dejado de llover. El clima era cálido para encontrarse a finales de abril.

Tristan también iba vestido de gala, llevaba una capa roja por encima, similar a la de Lovem, pero debajo se vislumbraba el jubón malva con las mangas rosadas, abotonado hasta la cintura, y unos pantalones verde musgo como los de su padre. Llevaba el pelo alborotado pero peinado, muy a su estilo, y se había dejado un centímetro de barba. Estaba imponente.

Pólux estaba a su lado, vestido con una túnica roja de gala, una sonrisa enorme y las manos cruzadas en el regazo, preparado para oficiar la ceremonia.

A Tristan le temblaba todo el cuerpo; Lovem estaba guapísima. Aún no se podía creer que fuera a casarse con ella. Después de todo lo que había pasado, creyó imposible recuperarla. Pero ahí estaban.

En realidad, todos los asistentes creyeron imposible que ese momento llegara. Pero ahí estaban.

—¿Preparada? —le preguntó Megalo a Lovem.

Lovem se tocó el anillo con el dedo gordo y fue a asentir con la cabeza, pero Lucas rompió el círculo y se acercó a ellos.

—Majestad —le dijo a Megalo—. ¿Me permite? —Y le ofreció el brazo a Lovem.

—Por supuesto.

Lovem se aferró al brazo de Lucas y se emocionó por segunda vez. No lo había visto desde que había abandonado su habitación el día anterior. Y, de alguna manera, sintió a Josh aferrada a ella en su otro brazo. Y fue curioso, porque Lucas sintió lo mismo.

—Gracias —susurró ella.

—Sé que habría llegado el día en que no me perdonaría por no haberlo hecho.

No era una reconciliación auténtica, pero era un comienzo. Lucas y Lovem entraron juntos en el círculo y caminaron hasta llegar a Tristan. Lucas dudó durante unos segundos antes de dejar a Lovem con él. Cruzó una mirada con el dragón y ambos asintieron.

—Te estoy entregando lo más preciado que tengo en la vida. Lo único que me queda.

—Lo sé.

—No hagas que me arrepienta —bromeó Lucas.

Todos sonrieron, y Lovem miró hacia el cielo gris sin poder evitarlo.

—Tu padre no puede vernos —le dijo Pólux—. He hecho un hechizo.

Lovem tomó aire y Peter se acercó a ella. Le puso una corona de rosas rojas en el cabello, suelto y con sus ondas naturales, y sonrió.

—Hola, princesa —le dijo.

Lovem también sonrió. Era todo lo que necesitaba para saber que las cosas entre ellos estaban bien. En algún momento tendrían que ponerse al día, cuando la cruel guerra a la que se habían visto abocados sin remedio acabara.

Empezó la ceremonia. No se dilató en el tiempo; no era necesario. Pólux hizo las presentaciones y Tristan y Lovem pronunciaron sus votos.

—Grábame como un sello sobre tu corazón —comenzó él, agarrándole las manos a ella, y temblando de pies a cabeza—; llévame como una marca sobre tu brazo. Fuerte es el amor, como la muerte, y tenaz la pasión, como el sepulcro. Como llama divina es el fuego ardiente del amor. Ni las muchas aguas pueden apagarlo, ni los ríos pueden extinguirlo. No puedo prometerte que no habrá días malos, pero te prometo que jamás te soltaré la mano. Yo, príncipe de los dragones, hijo de Megalo, prometo amarte a ti, hija de Zeus, rey de los dioses, para siempre. Y más allá de la vida.

—No me ruegues que te deje y me aparte de ti —respondió ella con voz entrecortada y lágrimas en los ojos—; porque adondequiera que vayas, iré yo, y dondequiera que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo. Yo, hija de Zeus, rey de los dioses, prometo amarte a ti, príncipe de los dragones, hijo de Megalo, para siempre. Y más allá de la vida.

—Yo os declaro marido y mujer, príncipe y princesa, futuros rey y reina. —Pólux se arrodilló—. Y juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días. —Phil, a la izquierda de Pólux, también se arrodilló.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días. —Rafe fue el siguiente.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días. —Peter.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días. —Easton jamás había presenciado tal ceremonia y juramento, pero tuvo claro que quería

arrodillarse y jurarles lealtad a Lovem y Tristan, que sin que tuviera obligación alguna, les había ofrecido a los semidioses su casa y la protección de sus muros.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días. —Crew.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días —prometió Lucas.

Alicia solo se arrodilló, puesto que el juramento ya lo había hecho antes de que Lovem se convirtiera en la mujer de su hermano.

Entonces le tocaba a Magnus, al otro lado de Pólux, que no dudó en arrodillarse frente a Lovem. No podía perdonarla, ni a ella ni a Josh, pero la protegería con su vida.

—Juro cuidaros y protegeros hasta el último de mis días.

—Que así sea —dijo Megalo, y dio por finalizada la boda más bonita que había presenciado nunca. Fue como un rayo de esperanza en medio de la oscuridad.

Lovem y Tristan ya eran marido y mujer. Comieron, bebieron, bailaron, se abrazaron y se besaron más. Hablaron. Bromearon. Disfrutaron de la compañía de los suyos durante unos muy breves instantes. A Lovem tan solo le quedaban unas pocas horas antes de que tuviera que regresar al Olimpo.

Una hora después, ella y Tristan se dirigieron a su dormitorio y consumaron el matrimonio, desnudos bajo las sábanas y con las manos entrelazadas.

—No tienes que ir —le aseguró él—. No quiero que vayas.

Lovem se había recostado en el pecho de Tristan, con la mejilla justo encima de su corazón y Tristan le acariciaba la herida que le había hecho Cerbero, casi curada por completo.

—Sí tengo que ir.

—Lov...

—Estaré bien. Y si me declaran culpable y me despojan de mi parte divina, yo...

—No voy a permitir que te toquen. Si te declaran culpable, entraré en el Olimpo y arrasaré con todo. Tú ya no eres la hija de Zeus, eres la futura reina del Reino Rojo.

—No quiero más guerras. Y aún menos una que implique a nuestro pueblo.

—Pues que no se atrevan a tocarte o sacrificaré el reino entero por ti.

Lucas abandonó la cama de Alicia y se vistió a todo correr. Mierda, ya era la segunda vez que se acostaba con Alicia, no, la tercera, que la segunda había sido después de salir de la habitación de Tristan y Lovem el día anterior, más frustrado y enfadado que nunca. Y a propósito de esos dos, ahora que estaban casados, ¿significaba que él de alguna manera estaba ligado a los dragones? Al fin y al cabo, Lovem y él eran primos. Masculló para sus adentros y se marchó sin despedirse. Dejó atrás el Reino Rojo con la ayuda de Magnus, no sin que antes le hiciera un par de advertencias tipo «como hagas daño a mi hermana, acabo contigo», y «soy más fuerte de lo que crees», y se dirigió al Olimpo, a reunirse con su padre. Tenía que hablar con él. Necesitaba hablar con él. Después se acercaría a la casa de la madre de Josh. Alguien tendría que decirle que su hijo había muerto, si acaso no lo sabía ya.

—Papá —lo llamó en cuanto el lacayo a la puerta de sus aposentos lo dejó pasar—, tienes que parar esto. Zeus y tú podéis parar esto.

Poseidón sabía a lo que se refería su hijo, por supuesto. Lovem. Siempre Lovem. Lovem y Josh.

—No. No podemos.

—¿Por qué? Ella es inocente.

—¿Inocente? —Poseidón se acercó a la ventana y observó la Ciudad del Olimpo. Todo parecía en calma—. Lovem ha enviado a Hefesto al Tártaro. A uno de los doce olímpicos al Tártaro.

—¡Pero él atacó primero! ¡Llevaba dos años intentando matarla! ¿Qué se supone que teníamos que hacer? ¿Mirar sentados?

Poseidón se alejó de la ventana y se acercó a Lucas.

—Para empezar, tú no deberías hablar en primera persona del plural. Y ni siquiera se trata de eso, Lucas. El Olimpo no debe permitir tal demostración de poder.

—¿Por qué? ¿Os asusta?

—A algunos sí —confesó Poseidón.

—Queréis que los semidioses equilibremos las fuerzas del Olimpo, pero no nos deseáis poderosos.

—Lovem ha matado a un dios, Lucas.

—A un dios traidor.

—No tienes pruebas de eso.

Lucas miró a su padre con consternación.

—¿Acaso mi palabra no vale?

—No eres imparcial con Lovem, Lucas. Nadie en el...

—¡¿Acaso mi palabra no vale?! —repitió Lucas—. Me da igual lo que opine el resto del Olimpo. Solo me interesa saber lo que tú crees. ¿Tú me crees, papá?

—Por supuesto que te creo.

—Entonces intercede por Lovem.

—No puedo.

—Por favor —le suplicó.

—Lucas...

—Por favor, papá.

—Está bien —aceptó Poseidón—. Prometo intentarlo. Pero no me enfrentaré al Olimpo por Lovem Kennedy. Y no me pidas más.

CUARTA PARTE

El Monte Olimpo

41

La despedida no había sido fácil, pero Lovem había convencido a Tristan de que la dejara marchar. A Tristan. Su marido. O su preciosísimo marido, que encajaba mejor en la descripción. Lovem estaba atontada. Locamente enamorada. Y dispuesta a luchar por él. Aún le costaba creer que se hubieran casado y una sensación cálida se le instalaba en el pecho cada vez que se acordaba. Quizá fuera porque precisamente ahí, en el pecho, llevaba escondido el anillo que le había ofrecido Tristan como pedida de mano. Lovem sonrió, a pesar de que era lo que menos debería hacer en ese momento, dado que estaba a punto de enfrentarse al Olimpo al completo.

Suspiró y subió el último escalón hacia la puerta de piedra caliza que daba acceso a la morada de los dioses. La cruzó y se dio de frente con los dos centauros que la custodiaban.

—Su padre la espera, princesa —le dijeron, como siempre. O casi como siempre.

Su padre siempre la esperaba. Su padre y Eri... Lovem notó un pinchazo en el corazón en cuanto se acordó de Eric. Eran pocos los minutos al día en los que no se acordara de él y respirara sin que se le atoraran los pulmones. Y no quería pensar en él. No podía. ¿Dónde estaría? ¿Se encontraría bien? Oh, Eric. Ojalá hubiera podido ver... «No. No pienses en eso ahora».

—Lovem.

«Papá», pensó. Pero no dijo nada. Ese era el momento en que se abrazaban y cruzaban palabras afectuosas, pero ambos se mantuvieron en silencio mientras se escrutaban de pies a cabeza. Zeus asegurándose de que ella se encontrara bien y Lovem intentando encontrar en el gran dios de dioses, vestido con su clásica túnica larga, al padre que había amado toda su vida. O sus dos vidas, gracias a su obra y gracia. Zeus vio algo en su hija que no le gustó y apretó la mandíbula. Se puso lívido.

—¿Qué has hecho?

Lovem frunció el ceño.

—Tendrás que especificar, padre. Centrar más el tiro —añadió.

Si Zeus hubiera sido un dragón, le habría salido fuego por las orejas. Y por la nariz, por la boca... Por todos los orificios. Por todos.

—A mi despacho —ordenó, y giró sobre sus talones—. Ahora.

Por su despacho se refería a la estancia donde se celebraban las reuniones del Consejo. Una sala cuadrada y acristalada con las mejores vistas a la Ciudad del Olimpo (siempre que no hubiera nubes como ese día) y donde los dioses decidían los destinos de los pobres mortales dependiendo del humor en el que se encontraran. Vamos, una lotería. Zeus no se molestó en tomar asiento en su gran trono de marfil, ébano, oro y piedras preciosas. Se quedó de pie en medio de la estancia con los brazos cruzados y la mirada implacable.

—¡¿Crees que no reconocería a la princesa de los dragones teniéndola enfrente de las narices?! —gritó—. Soy el rey de los dioses, Lovem. Y nada sucede en el Olimpo sin que yo lo sepa.

Bueno..., eso era cuestionable. O quizá no. Quizá Lovem no era más que una pobre ilusa que aún confiaba en su padre.

—No me había dado cuenta de que lo llevaba tatuado en la frente —respondió con indiferencia.

—Pues lo llevas. ¡Y cualquiera puede verlo!

—No voy a justif...

—¿Eres consciente de lo que sucede a tu alrededor, Lovem? —Ella guardó silencio—. Solo son necesarios ocho votos de los once olímpicos que somos ahora para que te declaremos culpable y acabas de inclinar la balanza en tu contra desafiándonos.

Lovem resopló y se acercó a Zeus con rabia.

—A vosotros, hasta un soplo de aire que gire en contra de vuestros deseos os desafía. Es un constante andar por la cuerda floja.

—Que te hayas casado con Tristan Drake no es un soplo de aire, Lovem. ¡Es una jodida tempestad!

—¿Y qué pretendías que hiciera? ¿Que me sentara a ver cómo decidíais mi destino?

—¡Que confiaras en mí!

—¿Que me devanara los sesos para intentar salir del aprieto cuando la decisión no depende de mí? —continuó Lovem, sin escucharlo—. ¡Vais a hacer lo que os dé la gana! Como siempre. Lo llamáis juicio, pero en realidad no lo es. El jurado decide a su antojo sin que se expongan los hechos.

—Los hechos son que has mandado a Hefesto al Tártaro.

—Gracias a tu rayo y a tu entrenamiento, deberías añadir.

Zeus suspiró. Aquella conversación no los llevaba a ninguna parte.

—Deberás permanecer recluida en tu dormitorio hasta nueva orden. Dame tu teléfono. No te está permitido ningún tipo de comunicación hasta el juicio.

Le dio el teléfono a su padre, haciendo gala de su predisposición a acatar las normas. Quería salir de la Ciudad del Olimpo por las buenas. No conduciría a su pueblo a la guerra.

—Y tampoco te están permitidas las visitas.

—¿Cuándo se celebrará el juicio?

—Dentro de quince días.

—Muy bien —aceptó Lovem, y se dio media vuelta, dispuesta a abandonar el Monte Olimpo lo más rápido posible.

—A ese dormitorio no —le aclaró Zeus, antes de que Lovem llegara a la puerta. Se detuvo y se giró hacia su padre—. A ese. —Zeus señaló su mansión de cristal en el propio monte Olimpo.

Lovem suspiró y cambió de dirección.

—Y aún no he terminado contigo.

—Ya lo creo que has terminado.

—Detente. ¡Lovem, ven aquí!

Ella reconoció el cambio en su voz. Ya no era Zeus, sino su padre. Y a su padre podía ignorarlo. Sin embargo, cuando llegó a la réplica de su dormitorio en la mansión del dios todopoderoso, él ya la esperaba allí vestido con traje oscuro, camisa blanca y aspecto de George Clooney. Lovem cerró la puerta y lo observó todo. La misma cama. Los mismos muebles. Los mismos colores. El mismo techo de cristal con vistas a las estrellas. Eran muy pocas las ocasiones en las que Lovem había dormido allí. Ocasiones excepcionales. Podía contarlas con los dedos de las manos y le sobraría alguno.

—¿Pensaste en las consecuencias? —le preguntó su padre.

Lovem se sentó en la cama.

—¿La verdad? No creí que sobreviviera.

—No me refiero a eso, Lovem. Yo mismo habría matado a Hefesto con mis propias manos de haber podido.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque no podía.

Lovem rio. Ya, claro... Los dioses y sus malditas normas, que manejaban y obedecían a su antojo.

—¿Sabías que era él?

—Lo sospechaba.

—Y aun así no hiciste nada.

—¿Que no hice nada? —Zeus se sentó en la cama junto a ella y la obligó a que lo mirara—. ¿Le llamas hacer nada a envenenarte, matarte, resucitarte, borrarte los recuerdos y esconderte en el Mundo Exterior, donde nadie pudiera encontrarte? ¿En serio, Lovem? ¿Que no hice nada? Porque fue precisamente lo que hice lo que nos ha traído aquí a ti y a mí.

—¿Fue tu mejor plan para protegerme de Hefesto? —respondió Lovem, sin apartar la mirada de él.

—Necesitaba tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para entrenarte.

—¿Y tenías que borrarme la memoria para eso? ¿Tenías que alejarme de los míos?

—Te hacían débil y te ponían en peligro cada día.

—¿Tristan me ponía en peligro? ¿Y Josh y Lucas?

—¿Habrías venido conmigo voluntariamente?

—No.

—Ahí tienes tu respuesta entonces. Necesitaba entrenarte lejos del Olimpo. Y mantenerte viva. Punto.

—Me mentiste.

—No. Nunca lo hice.

—Me ocultaste información vital.

—Hice lo que tenía que hacer para protegerte. Y volvería a hacerlo.

—Y yo he hecho lo que tenía que hacer para protegerme. Y volvería a hacerlo.

—¿Pensaste en las consecuencias, Lovem? —le preguntó de nuevo su padre.

Ella no respondió en un primer momento.

—Convertirte en la futura reina del Reino Rojo tiene consecuencias —continuó Zeus—. El Olimpo quiere castigarte por tu demostración de poder y tú respondes con más poder.

—No iba a permitir que me separaras de nuevo de él, papá.

—Él... —Zeus suspiró de nuevo.

—¿Él qué?

—Bastian Tristan Drake ha sido una piedra en mi zapato desde el maldito día en que nació.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó Lovem con verdadero interés—. ¿Cómo sabías que iba a morirme dando a luz a un hijo suyo? Se supone que solo recuerda el que retrocede el tiempo. Así que ¿cómo lo sabías? Y no me digas que por la maldición.

—¿Y qué quieres que te diga?

—La verdad.

—La verdad es complicada.

Zeus se levantó y se acercó a la ventana. A los dioses les encanta mirar por la ventana.

—Papá..., ¿te acuerdas de Aiden? —susurró Lovem.

—Sí —respondió Zeus con solemnidad.

Lovem cerró los ojos. Su padre se acordaba de su nieto. Oh, por todos los dioses. ¿Lo quería? ¿Se llevaban bien? ¿Iba a verlo a menudo? Lovem apretó los párpados e impidió que una lágrima rebelde se escapara. Se sorbió la nariz y asintió con la cabeza. Zeus seguía de espaldas a ella.

—Sabías que habían retrocedido el tiempo.

—Es difícil engañar al rey de los dioses.

—O quizá fuiste tú el que lo hizo y Hefesto solo actuaba bajo tus órdenes.

Zeus se dio la vuelta y se acercó de nuevo a la cama.

—Lovem. —La cogió por la barbilla—. No fui yo.

Ojalá pudiera creerle, pero ya no confiaba en nadie. Bueno, al menos por fin le hacía caso a Hades. Y cayó en la cuenta de algo.

—Siempre has sabido que Tristan era el príncipe de los dragones.

Lovem no había sido consciente de ello en su «segunda vida». Pero ahora que recordaba la primera... En la primera, Lovem creía que la verdadera identidad de Tristan era un secreto para el Olimpo entero.

—Ya te lo he dicho. Es difícil ocultar información al rey de los dioses.

—¿Sabías que los gigantes orquestaron la Noche Negra? —le preguntó directamente.

—Sí.

—¿Y por qué nunca te defendiste?

—Porque no quería que Tristan lo supiera. Lo último que necesitaba era tener al futuro marido de mi hija enfrentado con medio Olimpo. Era más seguro que todo su odio fuera dirigido a mí.

—¿Lo protegías?

Zeus se sentó de nuevo en la cama y miró al infinito. Lovem se tumbó bocarriba y miró las estrellas.

—A ti. Te protegía a ti.

—¿Qué va a pasar si me declaran culpable, papá?

—Que te despojaremos de tu parte divina.

—¿Cómo?

—No importa el cómo. No va a suceder.

—¿Si yo fuera humana..., podría sobrevivir al parto de Aiden?

—No lo sé. No estoy seguro.

—Podría ser una solución.

—No es la que yo busco.

—¿Y cuál es la que buscas? —preguntó Lovem, sabiendo de antemano que no iba a obtener una respuesta.

—Cuando peleaste con Hefesto... Llegué a pensar que no ibas a sobrevivir —le confesó su padre.

—Yo también —reconoció Lovem—. Pero las Moiras me concedieron tres minutos. Y eso me salvó.

—Hades y Josh Collingwood te salvaron.

Lovem se levantó al instante y cogió a su padre del brazo.

—No lo nombres —le dijo con la mandíbula apretada.

—¿Y a Eric? ¿Puedo nombrar a Eric, Lovem? ¿O vas a seguir mirándome como si yo tuviera la culpa de todo?

Lovem no respondió.

—Creé a Eric para que te protegiera —prosiguió él.

—Eric no era una cosa —le recriminó Lovem—. Era una persona. Me obligaste a quererlo. ¡Me hiciste quererlo!

—Pero no evitó que aceptaras su destino. Necesitabas el entrenamiento que te di, Lovem. Lo necesitabas más que nada.

—No debió haber sido su destino.

—Claro que debió serlo.

—¿Dónde está? —susurró Lovem con los ojos anegados de lágrimas.

—Lovem...

—Dímelo, por favor.

—Está muerto. ¿Dónde crees que está?

Lovem cerró los ojos. Se sentía tan culpable. Oh, Eric. «Lo siento. Lo siento mucho».

—Dando vueltas sin sentido por los Campos de Asfódelos hasta... siempre —susurró de nuevo ella.

—Hasta siempre no. Solo hasta que pague por sus pecados. Después ira a los Campos Elíseos. Yo me encargaré de ello.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Lovem asintió con la cabeza y volvió a tumbarse bocarriba en la cama a mirar las estrellas.

Pasó un día entero, y Lovem seguía tumbada bocarriba en la cama mirando las estrellas. Había intentado comunicarse con Tristan a través de su vínculo

sensorial, pero no había sido posible. Estaban demasiado lejos.

Pasaron dos días, y Lucas y Alicia volvieron a meterse juntos en la cama. Lucas se prometió a sí mismo que sería la última vez. Y que volvería a intentar ver a Lovem. Alicia comenzaba a sentirse demasiado cómoda con Lucas a su lado, y era peligroso. Muy peligroso.

Pasaron cuatro días, y Tristan no solo estaba desesperado él, sino que desesperaba a todo el reino. Si no tenía noticias de Lovem en un par de días..., a la mierda todo.

Pasaron seis días y Magnus volvió a sentarse en el suelo de los jardines del castillo. Miraba fijamente la tierra y... Le gustaba pensar que Josh estaba ahí abajo, en algún lugar, soplándose el pelo de la frente para que no lo molestara, como siempre. ¿Quizá en la mansión de su padre? ¿Josh podía entrar en la mansión de su padre a pesar de estar muerto? ¿Tenía algún privilegio por ser el príncipe del Inframundo? «Espero que sí», pensó, y comenzó a hablar con él, como el resto de los días. «Hola, otra vez, Collingwood».

Pasaron diez días.

42

En la sala de reuniones ordinarias (la misma sala que de las extraordinarias) del Consejo Real

Tristan se hubiera saltado las normas a lo grande y habría ido a la guerra sin darle una segunda pensada; el amor lo hacía impetuoso, sin duda, pero el bueno de Pólux lo había obligado a entrar en razón, y por eso, por primera vez en su vida, Tristan había convocado al Consejo. Y por enésima vez, la cosa no iba bien. Lo que no era ninguna sorpresa para nadie. Caían más jarros de agua dentro que fuera, y eso que esa tarde, de nuevo, llovía a cántaros. Las gotas de agua repiqueteaban y resbalaban por los ventanales como si no hubiera un mañana.

—Otra vez está intratable —resopló Pluton, harto de la actitud del príncipe.

—Ya sabes dónde está la puerta —respondió Tristan, tajante.

—Este Consejo no lo presides tú, muchacho.

¿Ya estamos con lo de muchacho otra vez? ¿En serio?

—Me mandas mensajes contradictorios, Pluton. Quieres que sea rey. No quieres que sea rey. Quieres que sea rey. No quieres que sea rey. ¿Deshojas

margaritas en tu tiempo libre?

—¿Tiempo libre? Hace tiempo que no sé lo que es. El mismo que llevas tú en este Consejo. Das más trabajo que cualquiera. Quiero que seas rey, pero para eso primero tendrás que dejar de ser un mocoso impulsivo que se mueve por instint...

Tristan se levantó y comenzó a rodear la mesa, despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pluton se sentaba a una silla de distancia de él, la de Norton, pero el joven prefirió rodear la mesa y recorrer el camino largo. Pasó por detrás de su padre (su asiento era el más alejado de la ventana) y pasó por detrás de Pólux. Todos lo miraban. Pluton, con los ojos entornados.

Tristan llegó a su sitio y apoyó las manos en la madera. Acercó su rostro a menos de tres centímetros del de Pluton, que enmudeció.

—Vamos, continúa —lo animó el príncipe—. A ver si tienes lo que hay que tener. Quizá veas al dragón y todo.

—Ya basta, Tristan —ordenó Megalo—. Enfrentándonos entre nosotros no vamos a conseguir nada.

—Dejando que Tristan nos gobierne cuando está intratable, tampoco —añadió Pluton.

—Estoy de acuerdo —dijo Norton, y dejó de redactar con su pluma el acta de la reunión—. Lo siento, Tristan, pero en esta ocasión tengo que colocarme del lado de Pluton. Entiendo que quieras ir a buscar a Lovem, yo también lo haría en tu lugar, a pecho descubierto si hiciera falta, pero que un semidiós mate a un dios y tenga que someterse a un juicio de dioses es asunto de dioses, no de dragones.

—Lovem es asunto del Reino Rojo —respondió Tristan con la mandíbula apretada.

—¿Por qué? ¿Porque estás enamorado de ella?

Tristan no respondió.

—Danos un motivo, Tristan —exigió Pluton—. Danos un motivo de peso para que el Reino Rojo invada el Olimpo en busca de la hija de Zeus.

Tristan se mordió la lengua, pero no sirvió de nada porque Pólux respondió por él.

—Porque es la princesa del reino. Y la futura reina.

—¿Perdona? —exclamo Pluton, mientras Norton parecía no haber escuchado.

—Tristan y Lovem contrajeron matrimonio días atrás —aclaró Megalo, para que no hubiera dudas.

—¡Esto es inconcebible! —gritó Pluton levantándose de la silla y enfrentándose a Tristan, que, por supuesto, era más alto que él—. ¡Inconcebible!

—Pluton, siéntate.

Tristan ignoró a Pluton, se había percatado de algo y el corazón había comenzado a latirle muy rápido, y comenzó a rodear la mesa de nuevo, conteniendo la respiración. Pasó por detrás de Pólux y le apretó el hombro derecho. Pólux no se inmutó. O eso hizo creer al resto.

—¡¿Se ha casado a espaldas del Consejo?! —añadió Norton, levantándose también.

—¡Inconcebible! ¡Un golpe de Estado! —gritó Pluton.

Tristan pasó por detrás de su padre y le apretó el hombro derecho. Megalo no se inmutó. O eso hizo creer al resto.

—Por favor, señores, sentémonos —pidió Pólux, y se dirigió a Tristan—. Siéntate.

Ni Pluton ni Norton ni Tristan se sentaron.

—Lo hicimos así para proteger a Lovem.

—¿Protegerla de quién? ¿De nosotros? ¿De su propio pueblo?

—Han ocurrido cosas, Pluton. Sucesos.

—¿Qué sucesos?

—Vamos, no puedes ser tan obtuso. Alguien en el Reino Rojo lleva años filtrando información al exterior.

—Pero ¡no somos nosotros!

Tristan no estaba tan seguro. Sabía desde hacía años, dos para ser exactos, que había un traidor en el castillo. Alguien que actuaba bajo las órdenes de Hefesto. En un principio, no había puesto el punto de mira en nadie en particular, todos eran sospechosos, pero en una conversación con Pólux y su padre dejó caer los nombres de Pluton y Norton. ¿Por qué no? Sí, llevaban media vida en el Consejo, pero eso no los eximía. Sin embargo, ninguno de los dos había manifestado signos de sospecha y al mismo tiempo ambos los habían mostrado. Tristan llevaba meses moviéndose de uno a otro, sin descartar que no fuera alguno. Los tenía a ambos vigilados, por supuesto. Y les daba la información a cuentagotas. Por eso no los había invitado a la boda. Y su padre le había explicado que sí, que, gracias al hechizo de Pólux, Zeus no podría ver la boda a través del cielo, pero que una vez Lovem estuviera en el Olimpo y la tuviera enfrente, lo sabría. Todos lo sabrían. No se les puede ocultar una princesa a los dioses. Y si la información le había llegado a Norton (Tristan lo creía, dado que no había mostrado sorpresa por la noticia), significaba que, tal y como sospechaba Pólux, otro dios, u dioses, formaban parte de la confabulación contra Lovem.

Tristan pasó de largo por su sitio, se sentó en el lado de la mesa de Norton y se cruzó de brazos. Norton estaba de pie, pero a Tristan no le intimidó su posición de superioridad. Todos callaron. Y Norton bajó la mirada, confundido, al ver a Tristan tan cerca de él.

—¿Por qué no te ha sorprendido mi boda con Lovem? —le preguntó Tristan.

—¿Qué? Claro que lo ha hecho.

Tristan negó con la cabeza. Intentaba hacer gala de su entereza y actuar con inteligencia, pero se le hacía muy difícil y aún contenía la respiración.

—No —continuó Tristan, sosegado, a pesar de que el corazón le iba a mil por hora—. Has reaccionado un segundo después de que lo hiciera Pluton. Y un segundo es mucho tiempo.

Pólux se levantó y Tristan, sin mirarlo, le hizo un gesto con la mano para que no se moviera. El toque que les había dado a su padre y a él era un aviso. Una contraseña. «Traidor». Así que cuanto más lejos estuvieran, mejor.

—¿Tristan? —lo llamó Pluton un tanto exasperado, resoplando incluso y pensando para sus adentros: «Qué muchacho, por todos los dragones»—. Estás perdiendo la cabeza.

Tristan lo ignoró. Todos sus sentidos estaban puestos en Norton.

—Tú ya sabías que Lovem y yo nos habíamos casado, ¿verdad?

Norton, en un gesto inconsciente, llevó la mirada al tahalí de su cintura, pero estaba vacío.

—Estás desarmado —le recordó Tristan—. Todos lo *estáis* —añadió, enfatizando la última palabra.

En el Consejo no se permitían armas desde mucho tiempo atrás. Era una medida de precaución. Todos debían dejarlas fuera. Excepto Tristan, claro, que no podía deshacerse del fuego. Megalo y Pólux, a pesar de los deseos de Tristan, se acercaron a ellos. Pluton estaba con la boca abierta, sin palabras.

—Os habéis vuelto todos locos —se defendió Norton.

No. Para nada.

—Pluton —lo llamó Tristan.

—¿S... sí? —tartamudeó el hombre, más confundido que nunca.

—Cuando regresamos del laberinto y Norton y tú os reunisteis con los soldados para transcribir lo que había ocurrido dentro, ¿alguno de ellos os dijo que la reina araña había amenazado de muerte a Lovem?

Pluton se mostró confundido.

—No.

Tristan se levantó y caminó los pocos pasos que lo separaban de Norton, hasta que se tocaron con la punta de los zapatos. Los rostros a muy pocos centímetros. Tristan chasqueó la lengua.

—Eso no te beneficia, Norton. La información salió de aquí. Nadie más que los dragones, Lovem, Lucas, Josh y Eric estuvieron en el laberinto con nosotros. Dime, ¿quién te lo dijo? ¿A quién de todos se lo sonsacaste con malas artimañas?

—Pluton puede estar mintiendo —respondió él.

—Cierto.

«Mierda, cierto». Tristan estaba convencido solo al noventa por ciento de que el infiltrado era Norton.

—¡Esto es inconcebible! —gritó Pluton, y se dirigió a Norton—. ¿Qué has hecho, Norton?

—Puedo mataros a los dos —concluyó Tristan— y problema resuelto.

Antes de que nadie pudiera moverse, o quejarse, o tan siquiera tomar aliento, Tristan extendió los brazos y dejó salir el fuego que pugnaba en su interior. Se formaron alrededor de sus manos dos bolas cerúleas anaranjadas que esperaban la señal. Un simple movimiento de su dueño y arderían contra los dos consejeros. Tanto Norton como Pluton dieron un paso atrás.

—¡Quietos!

—Por todos los dragones —exclamó Pluton.

—¡Uno de los dos ha estado contra Lovem desde que llegó al castillo! Avisó a Hefesto y sus secuaces de que estaba aquí y compró mercenarios dentro de mis filas e informó de todos mis movimientos y los de Lovem. Y siguió haciéndolo una vez la creímos muerta. Estoy seguro de que también ha intentado llegar a Pólux. Pero ahí ha fracasado.

—¿A Pólux? —preguntó Pluton perplejo.

Tristan giró la cabeza y lo miró solo a él.

—Tu confusión me alivia y confunde a partes iguales. O no te enteras de la fiesta y vas a lo tuyo o eres el hombre al que busco. En cualquier caso, tu

muerte no supondrá una gran pérdida. Si has sido tú, es mejor que me lo digas. Os daré a ti y a toda tu familia una muerte digna. Si no has sido tú, reza tus mejores plegarias para que Norton confiese. Contaré hasta cinco. Y no se me conoce por llegar al final. ¡Uno!

—Majestad, haz algo —le suplicó Norton a Megalo, que, preocupado por su hijo, tenía los ojos muy abiertos.

—¡Ni se te ocurra dirigirte a él! —le gritó Tristan—. ¡Dos!

—¡Tristan! —gritó Pluton.

—¡Tres!

—¡Majestad!

—¡Cuatr...!

Y entonces todo sucedió a cámara lenta. A Tristan no le dio tiempo a terminar de contar. Norton, en un movimiento tan rápido como el rayo de Zeus, destapó la pluma que aun llevaba en la mano, y que no era una pluma, sino una daga, y se la lanzó a Tristan, directa al corazón. El príncipe, preso de la furia y la excitación, cerró la mano que apuntaba a Pluton, para que se extinguiera el fuego, y la dirigió a Norton al mismo tiempo que la abría de nuevo para alcanzar y detener la daga. La tenía, casi la tenía. La alcanzaría. Pero la daga no llegó. O no le llegó a él. La mano de Tristan estaba vacía, pero el pecho de Megalo, que se había ido acercando a su hijo sin poder evitarlo, no. Porque puede que Megalo confiara en las habilidades de su amadísimo Tristan, pero el amor incondicional que sentía por él no le permitió no hacer nada. No le permitió ver y esperar. No le permitió confiar. Se puso en medio y protegió a su hijo con su cuerpo. La daga entró directa al corazón.

—¡Nooo! —gritó Tristan, unos segundos después, cuando fue consciente de lo que había pasado.

Megalo trastabilló y cayó al suelo.

—¡Nooo! —gritó Tristan de nuevo, al mismo tiempo que caía con él.

—¡Majestad!

Pluton se arrodilló en el suelo y le puso la mano en el pecho en un intento de detener la hemorragia. Pluton estaba convencido de que Tristan era un mocoso al que aún le quedaba mucho por aprender, pero era su príncipe y futuro rey. Y eso era sagrado para él. Ambos gobernantes, Megalo y Tristan, eran sagrados para él. Que creyera que había llegado el momento de preparar a Tristan para el trono no lo convertía en traidor, ni muchísimo menos.

Norton intentó escapar, pero Pólux logró impedírselo e incluso pulsó el botón de alarma, que resonó en todo el castillo, y eso que se le había detenido el corazón al ver caer a Megalo. Phil y Rafe, apostados en la puerta junto a varios soldados, entraron a trompicones y se detuvieron ante la escena que tenían frente a los ojos. Pólux y Norton de pie, muy cerca el uno del otro, el primero con los brazos extendidos, como si le estuviera cerrando la salida al segundo, y Tristan y Pluton arrodillados en el suelo junto a Megalo.

—Por todos los dragones —exclamó Phil, antes de salir corriendo hacia Megalo. Había escuchado gritos, pero no había irrumpido antes porque eran ininteligibles y porque en el Consejo siempre había gritos.

—¡Pólux! —lo llamó Tristan, desesperado.

Pólux señaló a Norton.

—Apresadlo —les ordenó a los soldados, desesperado por ir a socorrer a su rey.

Rafe fue el primero en obedecerlo, a pesar de que no podía dejar de observar la escena, horrorizado.

—¡Pólux, ayúdalo! —gritaba Tristan—. ¡Ayúúúdalo! Papá —Tristan le apartó el pelo de los ojos a su padre con las manos temblorosas—. Vas a estar bien, papá. Vas a estar bien. Aguanta.

—Majestad.

Pólux se agachó junto a él. Fue a quitarle la daga del corazón, pero Megalo levantó el brazo con las pocas fuerzas que le quedaban y no se lo

permitió. Negó con la cabeza.

—C...cuida de mis hijos como has c...cuidado de mí.

—No. —Tristan lloraba. Decenas de lágrimas le caían por las mejillas—. Nooo. Vas a ponerte bien.

Pero Megalo sabía que no. Y Pólux también. Era una herida mortal. Los dragones eran inmortales siempre que nadie los matara.

Tristan tocaba a su padre por todas partes. Ya tenía las manos llenas de la sangre espesa que le salía de la herida, pero no le importaba.

Phil se quitó la chaqueta y se la colocó con cuidado a Megalo debajo de la cabeza, a modo de almohada.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué te has puesto en medio, papá? —le preguntó Tristan—. Yo iba a pararla. ¡Iba a pararla!

Megalo sonrió.

—Algún día lo en...tenderás, hijo. Vas a ser un buen rey —le aseguró, y le rozó la mejilla. Tristan le cogió la mano—. Mejor de lo que lo he sido yo. M...me faltaba mi reina. Pero t...tú sí vas a tenerla. P...protégela por encima de todo, Tristan. Eres un gran hombre. El mejor.

—No. No digas eso. Tú eres el rey y lo vas a seguir siendo. Papá, por favor, aguanta. No te rindas. No me dejes. Lucha. Por favor. Por favor, por favor, por favor, por favor —suplicaba Tristan sin descanso.

—¿Papá? —lo llamó Alicia desde la entrada.

Magnus estaba a su lado. Ambos habían oído la alarma, que seguía resonando en todo el castillo.

—¡Papá! —gritó Magnus.

Se acercaron corriendo y se arrodillaron junto a Tristan. A ambos se les saltaron las lágrimas al ver a su padre tendido en el suelo con una daga clavada en el corazón. Tenía el pecho lleno de sangre. Y le costaba respirar. No entendían nada. Pero ¿qué había pasado? ¡Qué mierda había pasado!

—H...ijos...

—¿Qué ha pasado? —gritó Alicia—. ¡¿QUÉ HA PASADO?! ¡Papáá́á!

—C...cuidaos siempre entre vosotros —les dijo Megalo—. P...protegeos y formad una coraza donde nadie pueda en...trar.

—Papá..., n...no, n... —Magnus lloraba desconsolado. No podía ni hablar.

—Estoy t...tan orgulloso de ti —le dijo Megalo con cariño—. No p...permitas que nadie te cambie. Guíate siempre por el corazón, como has hecho hasta ahora. Y ayuda a tu hermano a gobernar. Te quiero muchísimo, hi...hijo.

—No hables, papá —le dijo Magnus—. No hables.

—Mi niña —le dijo entonces a Alicia, y rompió a llorar. Le quedaba muy poco tiempo—, te q...quiero con todo mi corazón. S...sé la fuerza que os una a todos. Os q...quiero. Siento mucho no haber sido mejor padre.

—No voy a dejar que te rindas, papá —le aseguró Tristan con los ojos empañados de lágrimas—. No te lo voy a permitir.

Megalo sonrió de nuevo y la sangre comenzó a brotarle de la boca.

—Papá...

—PAPÁÁÁ.

Murió con una sonrisa.

—No. ¡NOOO!

Magnus y Alicia se quedaron paralizados por el pánico, pero Tristan, no. Tristan comenzó a respirar con dificultad.

—¿Por qué? —le preguntó Pólux a Norton, roto de dolor. No lo entendía. Sabía que Norton creía que los dragones eran superiores, privilegiados, y que debían sublevarse y declarar la guerra al resto de los reinos para independizarse del Olimpo. Sabía que jamás mostraba debilidad por nada ni por nadie, pero...—. Aiden era un dragón. Uno de los nuestros. Uno de los tuyos. ¿Por qué querrías su destrucción?

Alicia y Magnus no escuchaban, todos sus sentidos estaban puestos en su padre, así que el nombre de Aiden les pasó inadvertido.

—Ningún ser debe tener tanto poder —respondió Norton, que miraba impasible al que había sido su rey—. Y mucho menos uno que nazca de las entrañas de una semidiosa. El Olimpo se basa en el equilibrio. Y si la balanza cae..., perdemos todos. Y, por cierto, dale las gracias a tu nuevo rey. Estás vivo gracias a él.

—Ibas detrás de mí.

—Por supuesto que iba detrás de ti. Y te has salvado por los pelos. Pero no cantes victoria. Esto aún no se ha acabado.

—¡Cállate! —le ordenó Rafe—. Estás muerto —añadió con rabia.

—¡Los semidioses deben desaparecer! ¡El Olimpo...!

Tristan se levantó y dejó de contener el grito que pugnaba por salir de su garganta. Extendió los brazos y lo dejó salir junto con el fuego, que salió disparado hacia Norton al mismo tiempo que los cristales de la sala reventaban.

El corazón de Norton, convertido en cenizas, dejó de latir, pero Tristan no se sintió mejor. Un dolor agudo y punzante le aprisionaba el pecho. La sensación de pérdida era tan abrumadora que temió no poder seguir respirando.

Su padre había muerto.

43

Lovem sabía que algo ocurría. Y no solo porque llevara casi dos semanas encerrada en el Monte Olimpo y se conociera las rutinas de los dioses. Sus idas y venidas. Sus dimes y diretes. No. Se había formado un revuelo inusual. Algo iba mal. Lo sentía en las entrañas. Daba vueltas alrededor de su dormitorio, se sentía más enjaulada que nunca, cuando su padre abrió la puerta y entró con gesto serio. Iba con la túnica. Se trataba de un asunto oficial.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó antes de que él siquiera la saludara.

—He venido a decirte algo.

—¡¿QUÉ HA PASADO?!

—El rey Megalo ha muerto. Lo siento.

A Lovem se le paró el corazón. No. Imposible. Eso era imposible. Negó con la cabeza.

—Lo ha asesinado uno de sus consejeros —continuó su padre—. Norton.

Norton. Norton era el infiltrado. Oh, por todos los dioses. Lovem sintió miedo. No supo por qué, pero sintió miedo. Y que algo se le hundía en el pecho. Algo punzante que le infligía dolor. Se le anegaron los ojos de lágrimas y se dejó caer en la cama. Se sentó en el colchón. Le vino una imagen a la cabeza de Megalo sin dejar de sonreír apenas unos días antes, en el día de su boda. No. No podía ser. ¡No podía ser! «Tristan».

—Tristan está bien —le anticipó Zeus.

—Papá —Lovem se levantó y miró a su padre con ojos suplicantes—, tienes que dejarme ir. Por favor.

—No —negó Zeus con rotundidad—. De ninguna de las maneras.

—Por favor —le suplicó Lovem—. Te prometo que volveré y me enfrentaré a todos los juicios que queráis, y acataré sin rechistar todo lo que me digáis, pero tienes que dejarme ir.

—No.

—Han matado al padre de mi marido, papá. —Lovem se limpió la lágrima que le cayó en la mejilla—. Al padre del hombre al que amo. Por favor, tienes que dejar que vaya a ver a Tristan.

—Lo siento, Lovem, pero no puedo permitirlo. Y no solo porque debas esperar aquí a tu juicio. A Megalo lo han asesinado a sangre fría. El Reino Rojo libra una batalla interna y no te expondré a tal peligro.

Lovem apretó los dientes y miró a su padre con rabia.

—El Reino Rojo es ahora mi reino, papá.

—Pero tú sigues siendo mi hija.

Se dio media vuelta y desapareció. Lovem corrió hacia la puerta, que se cerró detrás de Zeus.

—Papá —gritó Lovem descorazonada, y comenzó a golpear la puerta—. ¡Papáá á!

La echaría abajo si hiciera falta. La quemaría. La reduciría a cenizas. Se alejó unos pasos para coger fuerza, estiró los brazos y... la puerta se abrió de nuevo antes de que pudiera incendiarla.

—Baja esas manos —le ordenó Hades, apuntándola con el dedo índice —. Abajo. ¡Abajo! —insistió cuando vio que no obedecía.

—Sácame de aquí. Ayúdame a salir de aquí.

—Baja las manos, Lovem.

—Por favor —suplicó de nuevo. Le hubiera suplicado incluso a Hefesto. Estaba desesperada.

—Las manos.

Lovem bajó las manos y se fijó en las de Hades. O en la de Hades. Porque ya solo tenía una. En la otra había un muñón. «Cerbero». Cerbero se lo había hecho cuando impidió que la atacara en el Inframundo.

—Tranquila, volverá a crecer. Y a ese perro malo alguien tiene que enseñarle que no se muerde la mano que te da de comer. Y menos aún si tienes tres cabezas.

—Sácame de la Ciudad del Olimpo, por f...

—Chisss... —Hades se puso el dedo índice en el labio.

Entró en la habitación y cogió la capa roja de Lovem, que reposaba en el respaldo de la silla del escritorio. Se la colocó por los hombros a la joven, que lo miraba sin entender, pero... confiaba en él. Que los dioses la ayudaran, pero, a pesar de todo, confiaba en él, aunque la balanza se inclinara en su contra. Hades había inyectado Escila a Josh y Lovem estaba segura de que formaba parte del perverso complot que se había fraguado contra ella, una parte activa. Pero le había devuelto los recuerdos y salvado la vida. Y guardaba los secretos de Lovem. Guardaba el secreto más importante que tenía en ese momento.

—Cuando eras pequeña, te encantaba jugar al escondite —le susurró Hades al oído—. ¿Te acuerdas? —Lovem asintió con la cabeza—. Y siempre me decías que, con mi casco de invisibilidad, serías invencible. Qué locuaz, ¿eh?

Hades la cogió por los hombros y la giró. Lovem vio el reflejo de ambos en el espejo. Después le metió una llave en el bolsillo del pantalón.

—Pues aquí lo tienes.

Le subió la capucha y el reflejo de Lovem desapareció. Oh. No eran pocos los que buscaban el casco de invisibilidad de Hades. No eran pocos los que ansiaban poseerlo, los que matarían por poseerlo. Ya, bueno. Jamás lo encontrarían. Porque eran muchos, todos, los que desconocían que no era

un casco como tal, no, al menos, en ese siglo. Hades podía hacer que fuera cualquier prenda u objeto. A capricho.

Lovem se giró hacia Hades, confusa.

—¿Qu...?

—Hay un caballo esperándote en la Muralla. Tienes margen hasta mañana al alba —le advirtió Hades—. No me falles, Kennedy. Y no te bajes la capucha hasta que llegues al castillo.

—Gracias —le susurró ella en respuesta. No había tiempo para preguntas.

—Vamos, vete.

La acompañó hasta la salida y ambos abandonaron juntos la habitación. Hades cerró la puerta. Se alejaron de las dependencias de Zeus y escogieron caminos diferentes. Lovem se dirigió hacia la salida sin mirar atrás y Hades fue directo al Consejo; a pesar de que nunca lo dejaban entrar (él no formaba parte de los doce olímpicos), jamás cejaba en su empeño; además, entonces eran once. Y siempre tenían que ser doce. Hades sonrió.

Lovem contuvo la respiración cuando pasó al lado de los centauros que custodiaban la entrada al Monte Olimpo. Apretó el paso y no respiró hasta que estuvo en las escaleras. Las bajó a todo correr con el corazón en la boca, muerta de miedo por no saber en qué condiciones se encontraba Tristan, y llegó a su casa. Abrió la puerta con la llave que le había puesto Hades en el bolsillo del pantalón y entró. No se detuvo a comprobar si algo había cambiado en sus años de ausencia, ni siquiera reparó en el olor a abandono: subió las escaleras directa a su habitación y al portal, que, por supuesto, seguía ahí. Lo cruzó y viajó al Reino Rojo. A su reino. Y, en verdad, Lovem lo sentía como suyo. Y a sus habitantes como su pueblo. Montó a horcajadas el caballo salvaje que Hades había dejado para ella y cruzaron juntos la Muralla. «No tengas miedo —le susurró Lovem—, conmigo puedes pasar».

Una vez dentro del reino, galoparon hacia el castillo y desafiaron al atardecer a que los alcanzara. Después de recorrer los doce kilómetros que separaban la Muralla del castillo, rodeados por las colinas de diversos colores —verde, marrón, amarillo, rojo— y los altos picos, los alcanzó. Cuando Lovem divisó la cumbre donde se erigía el castillo azul, con sus cúpulas cónicas y puentes levadizos, ya había anochecido. Llegó a la pequeña torre de vigilancia, se bajó la capucha y los tres guardias la dejaron pasar de inmediato, haciéndole una reverencia. Oh, el poder de la magia del Olimpo. Todos en el reino sabían quién era Lovem.

Su reina.

Se apeó del caballo en las enormes verjas de hierro forjado que daban acceso a los jardines que rodeaban el castillo, custodiadas por un pasillo de veinte soldados de la Guardia Real a cada lado, armas en alto. Todos las bajaron y se inclinaron ante Lovem mientras esta pasaba entre ellos como una exhalación. El dolor del reino era tan lacerante que incluso se palpaba en el ambiente. Lovem lo sentía en el pecho. El dolor de su pueblo.

Sabía adónde tenía que ir. Había sentido a Tristan en cuanto hubo cruzado la Muralla. «Oh, Tristan». Él tenía el pecho vacío, como si le hubieran arrancado el corazón de cuajo. Sufría, y ella contaba los segundos para llegar junto a él y estrecharlo entre sus brazos.

Atravesó los jardines y corrió por los pasillos, el eco de sus pisadas resonaba en el mármol del suelo y las paredes de piedra. Lovem por fin llegó a la sala donde se encontraba Tristan. Los soldados de la entrada, al verla, descruzaron lar armas y también se inclinaron. Un brillo de esperanza centelleó en sus corazones, y le abrieron la puerta.

La sala estaba abarrotada. Había cientos de ciudadanos del reino, cientos de dragones, y la familia real se encontraba al fondo, junto al féretro donde descansaba para siempre el rey Megalo. Lovem sintió la ausencia de Megalo, era intangible, por supuesto, pero ahí estaba. Los rodeaba. Incluso podía sentir al castillo llorar, como si fuera un ente vivo.

No se fijó en ningún rostro, ni siquiera en los de Magnus y Alicia, o Lucas y Peter, o Phil y Rafe, o Easton y Crew: bajó las cuatro escaleras y corrió por el pasillo hacia Tristan. Los murmullos no tardaron en llegar. Y mucho menos las reverencias. Toda la sala se arrodilló ante la nueva reina mientras ella corría en busca de su marido.

Tristan, que había sentido llegar a Lovem desde mucho antes de que se abriera la puerta, corrió también hacia ella.

Se encontraron a medio camino y se fundieron en el abrazo más necesitado de toda su historia. Tristan rompió a llorar y Lovem se aferró a él, sintiendo que el amor de su vida estaba a punto de desplomarse en el suelo de puro dolor. Jamás lo soltaría. Jamás lo dejaría caer. Sentía una pena horrible por Megalo, pero también alivio por que Tristan estuviera a salvo.

La sala entera, vestida de blanco, se mantuvo en un silencio sepulcral mientras Lovem y Tristan se abrazaban. Nunca habían visto al Tristan vulnerable. Al Tristan humano que tan solo se mostraba ante su familia. Y compartieron su dolor aún más, si cabía.

A él no le importó que el reino lo viera en tal situación de necesidad. Antes que príncipe, era un hijo que acababa de perder a su padre. De hecho, en ese momento, su pueblo ni siquiera estaba allí. Había desaparecido. Todos habían desaparecido excepto el abrazo y el consuelo de Lovem. Su presencia ahora lo inundaba todo. Y Tristan respiraba un poco mejor.

Oh, pero había tanto trabajo que hacer, y no disponían de tiempo. Fue Pólux, muerto de dolor, el que se acercó a ellos.

—Siento interrumpiros, pero tenemos que hacerlo ya —les dijo—. El reino está en peligro. Necesita a su rey y a su reina.

Lovem y Tristan tuvieron que tragarse el dolor y separarse. Pero Lovem cogió la mano de Tristan, entrelazó sus dedos y apretó; no lo dejaría solo. Ambos asistieron con la cabeza ante la demanda de Pólux. Lovem no tenía ni idea de qué es lo que tenía que hacer, pero se dejó llevar.

Se dejó llevar al altar y permitió que la arrodillaran. Que le quitaran la capa y la sustituyeran por una más solemne, igual que la que le pusieron a Tristan, también roja, pero con pelaje blanco alrededor de cuello y hombros y encaje dorado en la parte inferior, que serpenteaba hacia arriba hasta la altura del pecho. Escuchó las palabras de Pólux, juró solemnemente proteger y defender el reino, y dejó que la ungieran con aceite y la coronaran junto a Tristan. Y no dejó de llorar en todo el proceso. De llorar por Megalo. Por Tristan. Y por todo su reino.

—... y os proclamo rey y reina del Reino Rojo —terminó Pólux.

Los asistentes se arrodillaron de nuevo y les juraron lealtad. Magnus y Alicia se acercaron a ellos y besaron las mejillas de ambos. Lovem los miró por primera vez. Se los veía devastados, con los ojos rojos, hinchados, y llenos de dolor, y el corazón se le encogió en el pecho un poco más. Cogió aire y miró a Tristan. No se habían soltado de la mano, y ya eran los reyes del reino. Ya no estaban desprotegidos. Que osaran atacarlos. Que solo... osaran.

Lovem y Tristan abandonaron juntos la sala y fueron directos a su dormitorio. Se desprendieron de las coronas y los ropajes y se abrazaron con los cuerpos desnudos. Necesitaban sentirse. Tristan empujó a Lovem hacia la cama y ambos cayeron en ella. Se besaron e hicieron el amor, despacio, saboreando cada caricia, cada mirada, cada vuelco del corazón.

—Fue todo tan rápido —le dijo Tristan, una vez se saciaron el uno del otro; reposaban desnudos mirándose de frente y Lovem no dejaba de acariciarle el cabello—. Yo estaba a punto de matarlos a los dos y de pronto la daga volaba en mi dirección. Mi padre se puso en medio y le dio en el corazón. Yo iba a pararla. No confió en mí.

—No lo hizo por eso, Tris. Se movió por instinto, para proteger a su hijo.

—No hago más que pensar en...

—Mil maneras diferentes de haber hecho las cosas.

—Sí. ¿Dejaré de hacerlo algún día?

—Sí. Cuando acunes a tu propio hijo y lo mires y te des cuenta de las barbaridades que estarías dispuesto a hacer con tal de que nadie le haga daño. Dejarás de darle vueltas y mirarás hacia arriba y dirás: «Vale, papa. Ya lo he entendido. Te quiero».

A Tristan se le escapó otra lágrima.

—Te quiero.

—Y yo a ti, morenito. Con todo mi corazón. —Tristan sonrió con tristeza—. Lo siento mucho, cariño —añadió Lovem.

Hablaron hasta que el cansancio los venció. O venció a Tristan. Porque Lovem no se durmió. Se quedó despierta a su lado, siguió acariciándole el cabello con suavidad, no quería despertarlo, y lo observó dormir.

Unas horas más tarde, casi al alba, tuvo que hacer el esfuerzo más titánico de su vida para abandonar la cama, y a su marido, profundamente dormido. Estaba agotado. Tristan no permitiría que Lovem se marchara de nuevo, pero ella había hecho una promesa. Debía regresar al Olimpo. Se vistió deprisa y salió de la habitación con lágrimas en los ojos. Fuera la esperaban Pólux y Rafe.

—Irás con Rafe, Majestad —le exigió Pólux al mismo tiempo que le tendía su capa.

—No puedo aparecer con Rafe en el Monte Olimpo.

—Lo harás, Majestad.

Lovem chasqueó la lengua, pero aceptó.

—Tristan... —comenzó ella— Tristan no va a estar contento.

—Va a arder Troya, Majestad —dijo Rafe.

—Yo me ocupo de Tristan, Majestad —añadió Pólux.

—Lo sé. Y ahora contadme qué fue lo que pasó ayer —les pidió Lovem a Pólux y Rafe.

Y ambos se lo contaron de camino a la salida. Hasta que tropezaron con Lucas, que los esperaba en el piso de abajo, apoyado en la pared con los brazos y las piernas cruzadas.

—Estaba seguro de que ibas a escabullirte —le dijo a Lovem—. ¿Y Tristan?

—Dormido.

Lucas bufó.

—Joder, Lovem.

—Tengo que ir al Olimpo.

—Hay otras maneras.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Lucas lo pensó durante unos instantes. Vale. No había otra manera—. Cuando se despierte...

—Tú cuidarás de él. —Lovem cogió a Lucas por el hombro y lo miró a los ojos—. Por favor.

Lucas asintió con la cabeza.

—Te cuidado, ¿vale?

—Sí.

Lovem fue a dar un paso, dispuesta a irse, pero Lucas la frenó. La cogió primero del brazo y la estrechó después entre los suyos.

—Te quiero —le susurró al oído.

A Lovem se le empañaron los ojos.

—Y yo a ti. Muchísimo.

—Lo sé. Y ahora mírame a los ojos y dime que vas a tener cuidado.

—Te lo prometo.

—No permitas que te quiten los poderes. Si la cosa se pone chunga, levantas a Égida y corres, ¿entendido?

—Entendido.

—Yo estaré fuera esperándote y huiremos juntos al lugar más recóndito de la tierra. Jamás nos encontrarán.

Lovem sonrío.

—Lo digo en serio —le aclaró Lucas.

—Lo sé.

Se abrazaron de nuevo y Lovem le dio un beso a Lucas en la mejilla. Después abandonó su reino y se dirigió al Monte Olimpo. Rafe y ella recorrieron todo el camino hasta la casa de Zeus juntos bajo la capa, invisibles. Llegaron y se la quitaron. Todo estaba igual y no había indicios de que alguien se hubiera dado cuenta de que Lovem había desaparecido durante unas horas. Se quedaron mirándose el uno al otro.

Era el día del juicio.

44

—Yo te voy a proteger, Majestad —le aseguró Rafe a Lovem mientras Lopus los conducía a ambos al Consejo.

Lovem casi sonrió. Estaban a punto de enfrentarse a los doce dioses olímpicos, pero Rafe iba a protegerla. Lovem recordó lo poco que le gustaba ella a Rafe cuando se conocieron. Durante sus primeros días en el Reino Rojo, la miraba con los ojos entornados y cara de muy pocos amigos. Casi casi de la misma manera en que la escudriñaba Tristan. Vaya... Sí que había llovido desde entonces. A borbotones.

Lopus no dijo nada respecto al comentario de Rafe, solo siguió caminando; con todo lo que había pasado en las últimas semanas, su relación no estaba en el mejor momento, si acaso había habido algún buen momento entre ellos, pero Lovem sabía lo que estaba pensando; lo conocía bien.

—No me llames así aquí, Rafe. No los cabreemos más.

—No prometo nada. Majestad.

Rafe miró de reojo a Lopus y lo retó a que osara decir algo. No lo hizo. Apenas parpadeó.

—¿Lo saben? —le preguntó Lovem a Lopus, refiriéndose a su nuevo *statu quo*.

—Por supuesto que lo saben.

Siguieron caminando en silencio y llegaron a la puerta del Consejo. Lopus se detuvo y les hizo un gesto con la mano para que pasaran. Él se quedaba ahí. Pero antes...

—Lovem... —Lopus la miró como lo hacía siempre, con afecto y una pizca de reprobación—. No los cabrees más.

—No prometo nada.

Abrió la puerta y entraron. Y, guau. Lovem no se esperaba tal recibimiento. Los dioses, ataviados con sus túnicas, estaban sentados en sus tronos de oro y formaban un semicírculo en plan... dioses. Habían renunciado a su forma humana habitual y adoptado la divina. Zeus, Hera, Poseidón, Atenea, Apolo, Artemisa, Ares, Dioniso, Hermes, Afrodita, Deméter, y... Hades. Claro, había que rellenar el hueco vacío que había dejado Hefesto. Eran todos enormes. No es que Lovem no los hubiera visto nunca así, había habido un par de ocasiones durante su infancia, pero siempre la intimidaban. Un poco. Rafe cogió aire a su lado, quizá también un tanto cohibido, pero cruzó una mirada con ella que decía: «Aún soy capaz de poner pies en polvorosa y llevarte a nuestro reino».

Zeus carraspeó y Lovem y Rafe se acercaron a los *pies* de los dioses. Zeus, con gesto serio, no la miró a los ojos. Ella sí lo miró. Lo echaba de menos. Aún estaba enfadada con él, y dolida, pero su amor seguía intacto y lo echaba de menos. Sin embargo, ese no era su padre. Era el dios de los dioses. Y estaba a punto de juzgarla.

—Sobrina —la saludó Hades con entusiasmo—, ¿qué te trae por aquí? Espera, ¿puedo seguir llamándote sobrina?

Deméter chascó la lengua con desaprobación, no era muy dada a las bromas y su relación con Hades tampoco era la más idílica, por decirlo de una manera suave (Deméter odiaba a Hades por todo el asunto con Perséfone, la preciosa esposa de Hades, que pasaba de él a más no poder, pero esta es otra historia), lo que provocaba que, dada la aparente buena relación que compartían Hades y Lovem desde el nacimiento de esta, la

balanza se inclinara hacia el «culpable» en cuanto al voto de Deméter. Contaba con ello.

—Bienvenida, *reina* del Reino Rojo —dijo Atenea, recalcando la palabra *reina* al mismo tiempo que miraba a Hades.

A Lovem le gustaba Atenea. Siempre se mostraba circunspecta y parca en palabras, pero tenía una mirada cálida. Y su túnica era azul cielo, el color favorito de Lovem. Hades le guiñó un ojo a la diosa y después se dirigió a Lovem. Habló en susurros, como si los demás no pudieran escucharlos.

—No me van a volver a dejar entrar.

Deméter elevó los ojos al cielo; no lo aguantaba. Hermes le río la gracia, siempre se habían llevado de maravilla, y fue el siguiente en tomar la palabra:

—Buena jugada, hermana —le dijo a Lovem.

Hermes era el niño travieso del Olimpo y ella siempre había contado con su beneplácito. Y le había guardado las espaldas en alguna que otra trastada. Lovem a Hermes. Tenía pinta de no haber roto nunca un plato, con sus brillantes ojos claros y los rizos de oro, pero era un pieza de mucho cuidado.

—Por cierto, Hades —continuó Hermes—, ¿qué te ha pasado en la mano?

—La perdí en una timba.

—Espero que el premio mereciera la pena.

—Ya lo creo que sí.

Hades miró a los ojos a Lovem y Zeus carraspeó de nuevo.

—Nos has puesto en una difícil situación, niña —le dijo Ares. Y Lovem al instante se acordó de Eric. «Ojalá te hubieras molestado en conocerlo», quiso responderle, pero se calló. No era uno de sus dioses favoritos. Apenas se habían tratado. Y Ares la miró con los ojos entrecerrados. ¿Le había leído el pensamiento?—. ¿Qué hacemos ahora contigo?

—Yo lo que quiero es que me ayudéis a recuperar mi mano. Era mi favorita —dijo Hades, y se recostó en el trono mientras se cruzaba de brazos con una mirada divertida.

Entonces, no solo Deméter y Atenea lo censuraron con la mirada, también Zeus, Hera, Poseidón, Apolo... En fin, todos excepto Hermes. Definitivamente, no iban a volver a permitirle acudir a sus reuniones.

—Lovem envió a Hefesto al Tártaro siendo hija de Zeus —apuntó Dionisio.

Oh, Dioniso, Dioniso. Lovem nunca había podido leerlo. Era como un libro cerrado a cal y canto. Y a saber lo que escondía dentro.

—Pero ahora es la reina del Reino Rojo —añadió Hera.

Sin embargo, Hera, contra todo pronóstico, siempre la había apreciado.

—Y, además, lo hizo de chiripa —añadió Hermes, divertido.

Lovem tuvo que darle la razón, sí que había sido un poco de chiripa.

—¿*De chiripa* se mata a un dios? —contraatacó Dioniso.

Vale. Pues no todos estaban de acuerdo con lo de la casualidad favorable.

—De chiripa se hacen muchas cosas —estuvo de acuerdo Hades—. Yo una vez gané un sombrero de copa de chiripa.

Deméter soltó un resoplido; echaba humo por las orejas.

—¿Podemos continuar con el tema que nos ocupa, por favor? —pidió Atenea.

—Lovem envió a Hefesto al Tártaro siendo hija de Zeus —insistió Apolo.

—Pero ahora es la reina del Reino Rojo —repitió Hera.

—Hay que juzgarla como hija de Zeus —intervino Artemisa.

Oh, Artemisa. Iba siempre a lo suyo y actuaba según la justicia. Y, por lo que se veía, ese día la justicia decía que Lovem había sido muy mala.

—No podemos hacer eso porque ya no es hija de Zeus. Es la reina de uno de nuestros reinos.

Rafe resopló sin poder evitarlo. Eso de «nuestros reinos» le había sentado como una patada en el trasero. El Reino Rojo no le pertenecía a nadie más que a los dragones. Todos lo miraron, pero él no se amedrentó. O no lo parecía. Cruzó los brazos detrás de la espalda y sacó pecho. Lovem le dio un golpecito en el pie y Rafe la miró con inocencia. Zeus carraspeó ¿por tercera vez? y los dioses volvieron a lo suyo.

—El delito lo cometió como hija de Zeus.

—Pero la estamos juzgando como reina.

—Es un círculo vicioso.

—Es fascinante. —Hades.

—Creo que nos encontramos ante un vacío legal —dijo Apolo consternado, y no solía consternarse.

—Oh, es tan humano —rio Hermes.

—Votemos —propuso Zeus.

—¿Ya? —Hades casi se cae de la silla al incorporarse.

—Ya —apoyó Poseidón a Zeus.

Poseidón no había abierto la boca hasta el momento. Lovem no sabría definir su relación con él. Iba por rachas. El dios tenía un carácter hermético y complicado, a ella le recordaba a Lucas, pero siempre la trataba con amabilidad. ¿Podía ser que Poseidón fuera tímido? ¿Podía un dios ser tímido? No tenía cara de tímido, todo lo contrario. El perfecto rostro de Poseidón denotaba la seguridad que tenía en sí mismo. Se parecía muchísimo a Lucas, con el pelo oscuro y las facciones marcadas, pero donde su amigo tenía los ojos oscuros, Poseidón los tenía azules, como su mar.

Lovem tomó aire y cruzó otra mirada con Rafe. Tocaba votar.

Cuando Tristan se despertó y vio que estaba desnudo y solo en la cama, otra vez..., no había estado tan cabreado con Lovem en su vida. Ni siquiera

cuando se estaban conociendo y la toleraba lo justo. ¡Ahora sí que echaba fuego por la boca! Iban a tener la primera bronca como marido y mujer en cuanto la rescatara del Monte Olimpo. Resolvió intentarlo primero por las buenas, pero si los dioses no atendían a razones... Ardería Troya. Y no pensaba volver a quedarse dormido en su cama. Cogió el teléfono mientras se vestía a toda velocidad y le mandó un mensaje de voz a Lovem. No estaba seguro de que pudiera escucharlo, pero por si acaso: «Confianza, Lovem —gruñó—. Las relaciones se basan en la puta confianza. Apúntatelo».

Miró por la ventana y..., bueno, al menos no llovía, eso tenía que ser una buena señal. Resopló y le mandó otro mensaje a Lovem; no se había quedado satisfecho: «Voy a por ti».

Entonces sí. Acabó de atarse los cordones de las botas, envainó la espada en el tahalí y salió de su dormitorio como un vendaval. Se dio de bruces con Pólux y Phil.

—Majestad...

—Ahora no, Pólux —respondió Tristan, tajante, sin dejar de caminar. También estaba cabreado con él por dejarla marchar. Y en cuanto a lo de «Majestad»... Tristan casi se giró, buscando a su padre, y la daga que lo mató se le atravesó en los pulmones y casi lo dejó sin respiración. No estaba seguro de si se acostumbraría del todo algún día—. Tenemos una incursión al Monte Olimpo que preparar. Y si alguno de vosotros propone la palabra *Consejo*...

—No lo haremos, Majestad —le aseguró Phil a su lado—. Y la incursión ya está organizada.

Tristan se detuvo en medio del pasillo.

—Salimos en quince minutos, Majestad —añadió Pólux—. El Ejército nos espera en el patio de armas.

—¿Y por qué coño no me habéis despertado antes?

—Porque debías descansar. Te necesitamos entero. Tu esposa te necesita entero.

—Mi esposa se ha largado de mi cama, *otra vez*, y tú la has ayudado.

—Majestad...

—¿Puedes dejar de llamarme así? —le pidió Tristan, un tanto exasperado, y puso los brazos en jarras. Seguían en medio del pasillo—. No hago más que girarme para buscar a mi padre.

Pólux lo miró con una mezcla entre el dolor y la ternura. Oh, su niño.

—Tristan, la probabilidad de que entremos en guerra con el Olimpo es mayor que cero y me gustaría proponerte que intentáramos el diálogo en primer lugar.

—Te gustaría, ¿eh?

No estaba de humor para reconocer que el diálogo también era su primera opción, así que emprendió la marcha y salió al patio de armas, donde todos lo esperaban en formación. Magnus y Alicia, en la primera fila, aguardaban sus órdenes junto a Pluton, Lucas, Peter, Easton, Crew y el resto de semidioses. A Tristan se le encogió el estómago y volvió a pensar en su padre, no pasaba un solo segundo en que no lo hiciera, pero se mantuvo firme.

—El Olimpo tiene a la reina —gritó Tristan—. Vamos a por ella.

Fue claro y conciso. Los cientos de soldados gritaron al unísono en conformidad y rompieron filas. Se dirigieron a la Muralla sin más dilación y Tristan habló con Phil en primer lugar:

—Dirígelos y aguardad a mi señal.

—Sí, Majestad.

Phil inclinó la cabeza y comenzó a caminar hacía los soldados, pero Tristan lo cogió del brazo y lo detuvo. Lo miró a los ojos.

—Y ten cuidado, por favor —le pidió.

Phil sonrió.

—Estaremos bien. Nos vemos allí.

Tristan suspiró y se dirigió a los semidioses, al más joven de todos, ¿Cameron? Sí. Le sonaba que se llamaba así. No tenía más de diez años. Tristan se agachó y puso las manos en las rodillas.

—Necesito que alguien se quede al cuidado del castillo. ¿Qué te parece si te dejo al mando?

—Será un honor, Majestad —respondió el niño.

—Bien. Quedaos con él —ordenó al resto de semidioses.

No estaban preparados para ir a la batalla. Habían sobrevivido al Reino Sombrío de milagro. Todos torcieron un poco el morro, pero obedecieron. Habían jurado obediencia, y también estaban asustados. Tristan cogió a Peter y Pluton por banda.

—A vosotros dos os necesito aquí también.

—Sí, Majestad —respondió Pluton al instante.

Pluton no participaba nunca en la parte bélica del reino, lo suyo era el diálogo, pero apoyaría y ayudaría a su nuevo rey en todo lo que pudiera. Se sentía fatal por todo lo que había pasado y por cómo había pasado. Todavía no podía creer que Norton fuera un traidor. Y Tristan era tan joven... Mucho más joven que Megalo cuando se convirtió en rey. Así que Pluton estaría siempre ahí para guiarlo.

—Pero... —comenzó a quejarse Peter.

—Aquí, Peter.

Tristan no quería arriesgar la vida de Peter.

—Sí, Majestad —acató.

—Nosotros no pensamos quedarnos aquí —le advirtió Alicia a su hermano—. Te pongas como te pongas.

—No vamos a separarnos de ti —añadió Magnus—. Y si vamos a intentar negociar, es mejor que hable yo.

Tristan se acercó a Magnus y le dio un beso en la cabeza. Después cogió la mano de Alicia. En algún momento tendrían que sentarse los tres juntos y hablar. Cuando acabara toda aquella mierda de situación. Suspiró de nuevo

y cruzó una mirada con Lucas, que apenas se había separado de los hermanos desde que llegó al reino la noche anterior.

—Estoy a tus órdenes, Majestad —le dijo Lucas con una sonrisa.

Si a Lucas le hubieran dicho un par de años atrás que le hablaría en esos términos de obediencia a Tristan Drake..., habría apostado su tridente a que no. Y lo habría perdido. No sabía cómo ni cuándo, pero había comenzado a respetarlo. Y a quererlo. Y a Magnus y Alicia también. Magnus era tan perfecto para Josh. Lucas tuvo que tragarse las lágrimas. Y en cuanto a Alicia... La apreciaba y respetaba como miembro de la familia real... y como amiga. Y, sí, se había acostado unas cuantas veces con ella, ¿cuatro?, pero solo era sexo. Los dos lo necesitaban.

—Nosotros también estamos a tus órdenes, Majestad —añadió Easton, refiriéndose a Crew y a él.

Tristan asintió con la cabeza.

—Necesitamos entrar en el Monte Olimpo —les dijo.

—¿A escondidas? —preguntó Lucas.

—Sí y no. Formaremos dos grupos. Tú conmigo y el resto juntos. Mientras unos negociamos, los otros se cuelan. Magnus —Tristan se dirigió a su hermano.

—Qué.

—Enséñanos a Lucas y a mí a negociar. Y en marcha. Nos lo explicas de camino.

—Culpable —declaró Deméter con una sonrisa victoriosa que intentó ocultar, sin éxito, claro, puesto que le iba de oreja a oreja.

Su sonrisa era famosa en el Olimpo, la sacaba poco a relucir, pero cuando lo hacía, más de uno temblaba. Era bastante terrorífica. Hades entrecerró los ojos. No la soportaba. Ni con sonrisa ni sin ella.

—Culpable —la apoyó Apolo.

—Inocente. —Afrodita.

—Inocente. —Ares.

Lovem contaba con el voto a favor de Ares y Afrodita; al fin y al cabo, los había librado de Hefesto. No tenían el mejor triángulo amoroso del mundo.

—Inocente. —Hera.

—Culpable. —Dionisio.

—Inocente, por supuesto. —Hermes sonrió y le guiñó un ojo a Lovem.

—Inocente. —Atenea.

—Culpable. —Artemisa.

Rafe se tensó al lado de Lovem. Acababan de cubrir el cupo de «culpable». Miró en ambas direcciones en busca de la salida de emergencia, en caso de que tuvieran que salir pitando. Lovem cuadró los hombros. Solo faltaban por votar los tres grandes. Si alguno de ellos la declaraba culpable ..., la despojarían de sus poderes.

—Inocente, querida sobrina. —Hades—. Esperad, ¿al final hemos quedado en que podía seguir llamándola sobrina?

Nadie respondió.

—Inocente. —Zeus.

Lovem soltó el aire que estaba conteniendo. No porque pensara que su padre iba a declararla culpable, sino porque la estaba mirando por primera vez. Lovem se perdió en los ojos de su padre y no los leyó hasta un par de segundos después. Le pedían precaución. ¿Precaución? Entonces todos, en un movimiento unísono, se giraron hacia Poseidón: la decisión estaba en su mano. A Lovem se le aceleró el corazón de nuevo. Poseidón también la miró por primera vez y sonrió.

—Inocente —declaró.

Inocente. Lovem era inocente. Que quizá no lo era tanto, pero, sin duda alguna, su nueva posición en la jerarquía del Olimpo había estado de su parte. Los dioses no buscaban más enfrentamientos con los dragones. Y

como bien habían apuntado algunos de ellos, el papel de Lovem ya no era luchar contra las fuerzas del mal, sino gobernar el Reino Rojo; un papel político que poco tenía que ver con la manifestación de sus poderes como hija de Zeus. Sonrió y miró a Rafe, que también sonreía.

—Salgamos pitando de aquí —le dijo.

Lovem estuvo a punto de responder, pero entonces escucharon una explosión. Y el suelo tembló.

—Tris —lo llamó Lucas.

—Qué.

Tristan todavía no podía creerse que Magnus y los demás se hubieran colado tan fácilmente en la morada de los dioses. Mientras Lucas discutía con los centauros de la entrada («Mi padre me espera». «No, no lo hace». «¿Cómo que no? ¿No os ha avisado?». «No, no lo ha hecho».), los otros habían trepado el muro. Sí, claro..., Tristan no era tan optimista. Y mucho menos crédulo. Los habían dejado pasar. Pero ¿por qué? Tristan se había quedado quieto en la entrada, bajo el escrutinio de los centauros, pensando.

—¿Qué coño es eso? —Lucas señaló las figuras que se acercaban por las escaleras.

Tristan se giró y las vio.

—Gigantes —susurró.

Sí, eso era lo que pensaba Lucas.

—Mierda.

Y entonces escucharon una explosión. Y el suelo tembló. La entrada al Monte Olimpo se cerró a cal y canto.

45

—Gigantes —dijo Apolo.

Los doce olímpicos se movieron con rapidez.

—¡Cerrad las puertas! Que nadie pueda entrar ni salir —ordenó Ares.

—¿Qué quieren?

—¿Nos atacan a nosotros? ¿En serio?

—Debatamos.

—¡No! Luchemos. Tengo ganas de marcha. Últimamente nunca pasa nada.

—Una semidiosa ha mandado a un olímpico al Tártaro.

—Oh, Deméter, eso ya es agua pasada, mujer.

—Los dioses no podemos enfrentarnos a los gigantes. Es una de las normas.

—Estoy hasta la coronilla de las normas.

—Yo también era más del libre albedrío. Apetito, antojo y capricho. Qué buenos tiempos.

—El siglo XXI solo nos ha traído normas.

—Y una semidiosa ha mandado a un olímpico al Tártaro.

—Y dale.

—Pero los gigantes nos están atacando, ¿eso no anula la norma?

—¿Otro vacío legal?

—Fascinante.

—¡Y tan humano!

—A mí también me encanta.

—De momento, están invadiendo la Ciudad del Olimpo. Si se trata de una de sus guerras, no podemos hacer nada.

—Lovem —la llamó su padre—. A tu cuarto. Ya. Y no salgas bajo ningún concepto.

Rafe no se lo pensó dos veces, la cogió del brazo y la sacó de allí, pies en polvorosa. Abandonaron el Consejo y recorrieron a paso ligero los pasillos, casi en penumbra. El Monte Olimpo se había cerrado a cal y canto, unos muros enormes, altos y gruesos, lo rodeaban, y apenas se colaban los rayos del sol a través de los grandes ventanales. Salir de allí no era una opción. Rafe chascó la lengua. No le gustaba un pelo. Otra explosión retumbó en las paredes y en el suelo de mármol y Lovem y Rafe se tambalearon.

—Pero ¿qué mierda está pasando ahí fuera?

Lovem podía imaginárselo. Los gigantes venían a por ella. Era el último movimiento de la partida de ajedrez que llevaban más de dos años jugando.

—Lovem. —Poseidón apareció de la nada, en su forma humana—. Por aquí.

Lovem y Rafe se detuvieron y... cuántas cosas sucedieron en un segundo.

En un segundo, Lovem y Rafe se miraron por el rabillo del ojo.

En un segundo, Rafe apretó el brazo de Lovem.

En un segundo, Lovem no confió en alguien en quien se suponía que sí debía confiar.

En un segundo, miró a Poseidón con sospecha.

En un segundo, Poseidón le leyó la mirada.

Y fue más rápido que ella, al fin y al cabo, era un dios. Para cuando ella quiso reaccionar Poseidón ya le había lanzado dos cadenas de agua que le aprisionaron las muñecas. Lovem vio cómo el agua intentaba resistirse,

intentaba liberarla, y gruñía, lloraba, pero la voluntad de Poseidón era más fuerte. Después, una ola gigante los rodeó a los tres y formó un embudo a su alrededor.

«POSEIDÓÓÓN», gritó Zeus desde algún lugar.

Lovem intentó levantar a Égida sin éxito. Ya era tarde. Sí pudo, sin embargo, construirla alrededor de Rafe, que había blandido su espada y miraba a Poseidón con rabia.

—Déjanos salir —le exigió.

—Es mejor que vengas por las buenas —le aconsejó Poseidón a Lovem, ignorando a Rafe. No era más que un insecto molesto para él.

La cabeza de Lovem bullía de actividad. ¿Poseidón quería matarla? ¡¿¿Poseidón??! ¿O de qué iba todo eso? ¿Y por qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? Y..., oh, por todos los dioses, él era el padre de Luc. ¡El padre de Luc! Y el de su querido mar. Nada tenía sentido.

—Maldito hij... —comenzó a mascullar Rafe, pero Poseidón le lanzó una mirada asesina, una mirada que Lovem jamás había visto en él, los ojos azules del dios solían ser cálidos. Ella le hizo un gesto a Rafe para que guardara la espada. Y la lengua.

—¡¿Estás de broma?! —respondió él—. ¡Ayuda! —gritó entonces, a la nada.

—No pueden oíros —le informó Poseidón con cansancio, como si estuviera aburrido, y tiró de las cadenas de Lovem—. He creado un espacio seguro para nosotros. —Señaló el embudo de agua—. Nadie puede entrar ni salir.

«POSEIDÓÓÓN», bramó Zeus de nuevo.

—Ni siquiera él —Poseidón rio.

—Zeus va a acabar contigo en cuanto te pille.

—Qué va. Llevamos siglos jugando. Luego lo arreglamos, como buenos hermanos. Vamos. —Tiró de las cadenas de nuevo—. Andando.

Lovem obedeció y caminó detrás de Poseidón mientras pensaba en cómo salir de esa. En peores situaciones se había encontrado. «¿Sí? ¿En cuáles?».

Entonces, sintió una presencia y giró la cabeza hacia la izquierda. Y, a pesar del agua que la rodeaba, allí, al fondo del pasillo, en un recoveco, pegadas al muro de piedra, advirtió las cabezas de Pólux, Magnus, Alicia, Easton y Crew. Magnus se llevó el índice a los labios en señal de silencio y Lovem deseó poder decirles que se fueran corriendo, que huyeran lo más lejos posible, pero no quería llamar la atención de Poseidón. Miró de reojo a Rafe, que seguía observando con rabia al dios. Bajó sus barreras: si Magnus y compañía estaban allí, Tristan no andaría lejos. Lovem lo sintió al instante. Sintió el enfadó y la preocupación de su marido.

«Tristan», lo llamó. Pero no la oyó; estaban demasiado lejos.

—¿Lucas lo sabe? —le preguntó entonces Rafe a Poseidón. Este no se molestó en responder—. ¿No? Pues no creo que vaya a hacerle demasiada gracia.

—Se le pasará.

Entraron en una habitación en la que Lovem no había estado nunca. No tenía ventanas ni mobiliario, pero sí unos cortinones rojos con ribetes dorados en cada pared que iban del suelo al techo. Y unas escaleras que daban acceso a una especie de tarima. En la tarima había tres barrotes dorados. Dos verticales, que sujetaban el último, horizontal. Poseidón obligó a Lovem a subir por las escaleras y a arrodillarse. La barra horizontal quedaba justo por encima de sus hombros. Las esposas de agua desparecieron y unas de oro las sustituyeron y anclaron a Lovem a la barra.

—¡No!

Rafe intentó ir tras ella, pero Poseidón le lanzó una esfera de agua que consiguió hacerle retroceder. No lo mató porque Égida aún lo rodeaba. Rafe miró primero a Poseidón con la mandíbula apretada, sintiéndose inservible y miserable, y después a Lovem, con dolor.

El dios se colocó frente a Lovem y sacó una daga dorada. Ella echó el cuerpo hacia atrás por instinto, pero poco podía hacer. Rafe intentó moverse de nuevo y Poseidón lo miró.

—¿De verdad quieres que te lance otra bola y Égida la detenga? Te das cuenta de que eso la debilita, ¿verdad?

Rafe abrió mucho los ojos; no había caído en ello. Lovem, por supuesto que había sentido el golpe del agua, pero no lo mostró. Poseidón chasqueó los dedos y Pólux, Magnus, Alicia, Easton y Crew aparecieron por la puerta empujados por la ola. La puerta se cerró de un portazo detrás de ellos. La ola rodeaba toda la sala, aislándolos. Zeus seguía llamándolo, pero se oía lejano. Inalcanzable.

—¿En serio creíais que podíais engañarme? —Poseidón resopló, un tanto asqueado—. Parece mentira que viváis en el Olimpo. —Se acercó a Pólux y lo miró con aversión—. Ya no pareces tan listo sin tu pequeña ventaja, ¿eh, viajero?

¿Viajero? Magnus miró a Pólux con reticencia. ¿Cómo que viajero?

Lovem levantó a Égida alrededor de ellos y Poseidón se giró y la miró con una sonrisa.

—Yo que tú no gastaría tantas energías.

—¡Suéltala! —exigió Magnus.

—¿O qué?

A continuación, acercó la daga a la muñeca derecha de Lovem y le hizo un corte limpio. Rápido. Eficaz.

«POSEIDÓÓÓN. NO TE ATREVAS», le advirtió Zeus.

—¡No! —gritó Rafe.

Poseidón hizo lo mismo con la muñeca izquierda de Lovem y, unos segundos después, comenzó a brotar la sangre de las heridas. Sangre dorada. Solo sangre dorada. Oh. Iba a desangrarla hasta que no quedara una pizca de divinidad en ella.

—Esta es una daga muy especial. Y su efecto es irreversible —comenzó a explicarle Poseidón—. Es mucho mejor que Escila, pero su uso no depende solo de mí. Necesitaba la aprobación del Consejo.

—¡El Consejo la ha declarado inocente! —dijo Rafe.

—No. Yo he cambiado mi voto en el último momento. Una vez que te quedes sin sangre divina —Poseidón continuó—, jamás la recuperarás, a no ser que el Consejo decida devolvértela, para lo que necesita unanimidad, y ya te digo yo desde ahora que no la va a conseguir. No volverás a ser una semidiosa, Lovem Kennedy. Muere y resucita las veces que quieras, pero no volverás a ser una semidiosa. Y, por ende, no engendrarás un hijo con el poder del rayo y el tridente juntos. Se acabó.

Y entonces Lovem, mientras se desangraba y perdía sus poderes poco a poco, lo entendió todo. Lo entendió de verdad. Absolutamente todo.

—Eras tú —le dijo—. Siempre has sido tú. Tú retrocediste el tiempo.

Poseidón sonrió.

—Pues claro que fui yo. ¿Quién más? ¿Hefesto? —Poseidón rio—. No era más que un inútil.

—Por eso accediste a ayudar a Lucas a establecer la base de la Resistencia en el Reino Sombrío. Por eso desenterraste el portal.

—Nada sucede en mis reinos sin que yo lo sepa.

—Y colocaste ahí a Diana y Fiji, para que te informaran de todo.

—No costó mucho convencerlos. Los semidioses del Mundo Exterior son débiles de mente, están desvinculados de los valores del Olimpo y anhelan..., ¿cómo puedo explicarlo?..., lo material. Les ofrecí una vida llena de lujos y poder y aceptaron al momento. A ellos lo mismo les daba Lovem Kennedy.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡¿POR QUÉ?! —rugió. Nada quedaba ya de su eterna sonrisa—. El tridente es mío. ¡Mío! Nadie que no sea mi descendiente puede disponer de él y tú llevas usándolo a tu antojo demasiado tiempo.

¿Desde cuándo una hija de Zeus puede controlar los océanos? ¡¿Desde cuándo?! Tú tienes la culpa de que Aiden también lo controlara. *Mi* mar está loco por ti. ¡Loco por ti! —Entonces Poseidón parecía un lunático—. Y no pienso consentirlo. Permitir que el agua te obedezca a ti es un mal menor, aunque me escueza. Pero ¿a tu hijo y al del maldito dragón? Eso sí que no.

—Por eso el mar recordaba —pensó Pólux en voz alta.

La cabeza de Pólux también bullía de actividad. Recordó el momento en que Lovem llegó moribunda al castillo. Fue el mar el que la llevó a Tristan. Fue el mar el que la salvó de las garras de Anfisbena y la mantuvo viva hasta que el dragón la encontró. Lo hizo porque, al igual que su amo, lo recordaba todo. ¡Esa era la pieza del rompecabezas que le faltaba a Pólux! El mar recordó a Lovem y a Tristan, recordó a Aiden porque Poseidón también lo hacía. Y, como bien había dicho él mismo, sentía un amor platónico por Lovem, así que decidió desobedecer a su señor y la salvó cuando la vio en peligro. Tenía sentido. Tenía todo el sentido.

—Sí, por eso el mar recordaba —repitió Poseidón, y le lanzó una mirada furtiva a la ola, que seguía rodeándolos—. Niña mala.

La ola se revolvió y rugió.

«Y me ha protegido estos dos últimos años —pensó Lovem—. Sabía dónde estaba, pero no dijo nada».

—Niña muy mala —rugió Poseidón, quizá intuyendo los pensamientos de Lovem.

¿Tal vez por eso su padre la había llevado a vivir cerca del mar? ¿Porque sabía que le sería fiel? Aunque también era cierto que Zeus la había advertido de jamás tocar el agua con la premisa de que Poseidón podría encontrarla. Quizá Zeus no confiaba tanto en el mar. Pero ¿por qué entonces lo arriesgaría todo viviendo tan cerca de él? «Por ti. Lo hizo por ti. Porque sabía que tan solo la vista del mar te daba vida».

Lovem seguía desangrándose y comenzó a sentir un dolor agudo y punzante en todo el cuerpo. Tuvo que contener un grito. La sangre dorada le brotaba de las venas de la muñeca a borbotones y caía al suelo, donde se había formado un charco. Ya apenas había parte divina en ella y la sensación de pérdida era abrumadora, como si le estuvieran arrancando cada parte de su cuerpo y no quedara nada más que... vacío.

Escucharon el rugido de un dragón que venía de fuera. «Tristan».

Easton y Crew no entendían nada, solo pensaban en la forma de salir de allí con Lovem.

Magnus comenzó a unir los cabos sueltos que campaban a sus anchas en su cabeza desde hacía dos años y se dio cuenta de que, una vez más, Pólux y su hermano NO SE LO HABÍAN CONTADO TODO.

Alicia pensaba en Lucas. En lo que iba a sufrir cuando supiera que su padre era el artífice de todo.

—Debiste advertirle a Anfisbena que me matara lejos del agua —le dijo Lovem con rabia.

—No podía —añadió Pólux—. Que Aiden Drake dominara el tridente sin compartir una gota de sangre con él ya le suponía una vergüenza. Reconocer que la hija de Zeus manejaba los océanos a su antojo lo haría parecer aún más débil. Un paria. Por eso se lo guardó. Y quizá no contó con que el mar te salvara. Quizá subestimó el amor que sentía por ti.

Poseidón caminó despacio hacia Pólux. Sonreía de nuevo, lo que no presagiaba nada bueno. Tocó a Égida, que comenzaba a desmoronarse a su alrededor. Lovem dejaba de ser hija de Zeus.

—Tiene gracia que hables tú de paria, teniendo en cuenta que todo esto ha sido posible gracias a tu querida esposa.

Pólux se tensó y negó con la cabeza. Magnus frunció el ceño. ¿Katia? ¿Poseidón hablaba de Katia? ¿Qué podía tener Katia que ver en todo eso? Otra vez estaba hecho un lío. Los cabos se desunían.

—¿Crees que el mar ama a Lovem? —continuó Poseidón, con el rostro muy cerca del de Pólux—. Porque no lo hace ni la mitad de lo que tu mujer me amaba a mí. Vino corriendo a decirme quién era el niño de la profecía. Estaba preocupada por mi tridente.

—Mentira.

Poseidón dejó salir una carcajada, de las que echan la cabeza hacia atrás y todo.

—Éramos amantes —confesó con deleite— desde hacía años. ¿No te olía a mar cuando volvía a tu cama después de yacer en la mía? Era una mujer ambiciosa, se casó contigo porque creía que eras un buen partido, pero no fuiste suficiente. Y cometiste un error. Un gran error. Y no fue casarte con ella. O no *solo* casarte con ella. Oh, Pólux, un hombre tan sabio como tú, un hombre que fue capaz de desafiar al Olimpo y jugar con el tiempo, ¿y se lo cuentas todo a tu mujer? ¿En serio? ¿A tu mujer? ¿Es que acaso no te ha enseñado nada la historia? Las parejas son las primeras en traicionar. Antes que los hijos.

—Ella murió en la Noche Negra —masculló Pólux entre dientes. Sí, él también se había planteado que Katia lo hubiera traicionado, incluso lo habló con Tristan, pero murió. Murió de todas formas. Por eso lo habían descartado.

—No murió. La maté yo. U ordené que la mataran. Sabía demasiado.

—¿Tú orquestaste la Noche Negra? —le preguntó Magnus con rabia.

Poseidón se acercó a él y a Alicia.

—No. No, al menos, la primera vez.

—¿¿La primera vez??

Magnus no cabía en sí de asombro. Alicia menos. Y Easton y Crew no sabían ni por dónde les daba el aire. ¿Seguían hablando en el mismo idioma? Nada tenía sentido.

«POSEIDÓÓÓN».

Y Zeus que continuaba llamando al dios del mar.

—Fueron los gigantes —confesó Poseidón—. Sorpresa. Ellos dirigieron el ataque, querían enfrentar los reinos, haceros creer que habían sido los dioses. Los mataron a todos. Katia incluida. O eso suponemos. Nadie lo recuerda, puesto que luego *alguien* retrocedió el tiempo.

Cierto. Nadie lo recordaba. Por eso nadie sabría nunca que aquella primera vez la reina de los dragones descubrió la traición de Katia, que intentó unirse a los gigantes, y fue ella la que le clavó la daga.

Poseidón se acercó de nuevo a Pólux.

—Katia me dijo que era ella la viajera, pero hace tiempo que sé que no es verdad porque ¿quién no ha oído hablar de Pólux, el Gran Sabio y Sanador de los dragones que ve el futuro? O veía... Lo confieso. Debí haber caído antes. Pero Katia se metió en mi cama, me acarició como solo ella sabía hacerlo, y me dijo que había sido ella la que había viajado. La creí. Tenía tantos datos. Pero las cosas empezaron a salir mal cuando fuimos a por Lovem y comencé a sospechar. ¿Y si había más de un viajero y aún estaba entre nosotros? Porque ¿cómo supo la Guardia Real de los dragones que los Drake necesitaban ayuda en el laberinto? ¿Y cómo supo qué día saldrían de allí? Tú tuviste un «mal presentimiento» y los mandaste allí. Un mal presentimiento muy certero.

«Norton —pensó Pólux—. Norton se lo contó». Maldita sanguijuela. Lo del mal presentimiento fue la excusa que Pólux dio al Consejo para mandar a los soldados en busca de los Drake.

—Fue por precaución —respondió Pólux—. Sospeché que habíais usado Escila contra Lovem y temí que Magnus y Alicia corrieran peligro.

—Bien pensado.

—¿Tú retrocediste el tiempo? —le susurró Magnus a Pólux, y meneó la cabeza. No. No podía ser. Nada tenía sentido.

Pólux no respondió. Estaba consternado. «Oh, Katia, ¿qué hiciste?».

—La primera vez sí —contestó Poseidón por Pólux—. Usó la sangre de tu sobrino, Aiden Drake.

—¡¿De mi qué?!

Oh, ¡Magnus iba a estrangular con sus propias manos a su hermano cuando salieran de allí! Si salían...

—Y la Noche Negra llegó de nuevo —continuó Poseidón—. Katia sabía lo que iba a pasar, pero no vio venir al gigante que la atacó por la espalda. Y la vida continuó.

—Os aliasteis con los gigantes —lo acusó Magnus.

—Más o menos. Ellos querían acabar con Zeus, el Olimpo y los semidioses, y yo les dije a todo que sí. Para tenerlos contentos. Pero ¿por qué iba a querer acabar yo con los semidioses? ¡Era tirar piedras sobre mi propio tejado! Yo solo quería acabar con Kennedy.

—Eres un mentiroso y un asqueroso traidor —escupió Crew, hablando por primera vez. No entendía nada, salvo que Poseidón era malo. Muy malo.

Poseidón se encogió de hombros. A ver, lo era.

—Te has quedado mudo, Pólux. ¿Ahora me crees? Fue tu mujer la que nos dijo cómo acceder a la sangre de Aiden. Teníamos que esperar a que el niño cumpliera diez años e hiciera el estúpido juramento con sus amigos...

—Con tu nieto —le recordó Pólux.

—... pero soy un hombre paciente. Y el tiempo es relativo.

—¿Quién lo hizo? —le preguntó Pólux—. ¿Quién se apoderó de la sangre de Aiden?

—Mi querido hermano Hades. ¿Quién más? Él y Zeus eran los únicos que entraban en el Reino Rojo a visitar al muchacho a placer. Acudió la noche del juramento, lo observó todo y, cuando los críos se fueron a dormir, le limpió la sangre del dedo a Aiden. Aiden se dejó, por supuesto. Adoraba a Hades. Hades, Hades, Hades. Hades era un riesgo calculado. Yo sabía que él también adoraba al chiquillo, y que era muy probable que nos la jugara, pero lo necesitábamos. Nadie más tenía acceso a Aiden. Excepto Zeus, que, por supuesto, estaba descartado. A Hades siempre le ha gustado jugar y su

hijo había muerto, incentivo más que suficiente para que nos dijera que sí. Podría regresar y salvarlo.

—Pero no fue Hades el que retrocedió el tiempo.

—No. Fui yo. Al fin y al cabo, la idea era mía.

—Los gigantes, Hades y tú lo planeasteis todo durante esos años, hasta que Aiden cumplió diez, y una vez retrocediste el tiempo, como solo te acordabas tú, volviste a contactar con ellos. Ya sabías que dirían que sí.

—Exacto. Si yo te pregunto hoy si le eres fiel a tu reino, retrocedo el tiempo y te hago la misma pregunta unos años atrás, es muy probable que tu respuesta sea la misma. Hades era la piedra en el zapato. No me fiaba un pelo de él, pero me hizo jurar que no lo dejaría fuera una vez retrocediera. Y exigió controlar a Escila. Una manera desesperada de intentar salvar la vida de su hijo. Mientras Josh la tuviera en las venas, ninguno lo tocaríamos. Es un cabrón muy listo. Pero no ha podido evitar —Poseidón se giró hacia Lovem— esto.

Todos la miraron y al enorme charco de sangre dorada que bajaba por las escaleras. Lovem ya era humana. Y para siempre.

«POSEIDÓÓÓN», bramó Zeus una vez más. Pero, en esta ocasión, su grito no vino solo. Lo acompañó otro rugido ensordecedor de Tristan.

—Tristan —susurró Lovem.

—Has perdido hasta belleza —le dijo Poseidón—. En fin. Mi trabajo aquí ya ha terminado.

El dios volvió a chasquear los dedos y diez hombres aparecieron por la puerta, diez gigantes con forma humana que pasaron a través de la ola y se acercaron a él.

—Maestro —le dijo uno de ellos.

—Bienvenido, Otto. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Mal. Tienes que salir ya.

Poseidón suspiró. No sabían hacer nada sin él.

—Mira quién está aquí. —Poseidón señaló a Pólux.

—Ojalá hubiéramos podido mantener tú y yo una conversación —le dijo Otto. La historia de Pólux le resultaba interesantísima—, pero eres muy escurridizo.

—Ya no. ¿Ves cómo se hacen las cosas, Otto? —Poseidón señaló a Lovem—. Al final he tenido que mancharme las manos. Pero ya es toda tuya. Y esos también. —Señaló a los otros con aire despectivo—. Y ahora me voy, tengo que dialogar y negociar con Zeus.

Se marchó sin mirar atrás, pero la ola se mantuvo.

—Lovem Kennedy. —Otto se acercó a ella—. Por fin nos vemos las caras.

—¡No te acerques a ella! —gritó Rafe.

Pólux, Easton, Alicia, Magnus y Crew blandieron las espadas y fueron a por los soldados mientras Rafe atacaba a Otto. No permitiría que se acercara a Lovem. Ya no había barrera que los protegiera, Égida había desaparecido, así que lucharon cuerpo a cuerpo.

Lovem observaba la lucha con rabia e impotencia. No podía moverse. No podía invocar al fuego, ya que tenía las manos atad... Espera. No estaba todo perdido. Sí, Lovem era humana, pero una humana con sangre de dragón en las venas. Cerró los ojos y se concentró en su fuego. Las cadenas eran de oro, y el oro se funde si alcanza su punto de fusión. Y eso era mucho mucho calor, pero Lovem tenía que intentarlo. Centralizó todo el fuego que bullía en su interior en las muñecas. Apretó los párpados. Cerró los puños.

«Vamos, vamos, vamos. Por favor», suplicó.

El calor se fue arremolinando en la zona y Lovem abrió los ojos. Muy cerca de ella, Rafe combatía en una contienda a muerte con Otto. Tenía una herida en la mejilla y otra en la pierna, pero seguía moviéndose con habilidad. Detrás de Rafe, oh, a Lovem le dio un vuelco el corazón cuando vio que Alicia, herida, estaba arrodillada en el suelo y la espada de un gigante a punto de cortarle la cabeza.

—¡Alicia! —gritó.

Easton se giró y logró apartar la espada, pero se ganó un corte en el brazo. Magnus no estaba mucho mejor, a duras penas frenaba los ataques de no uno, sino tres gigantes. Y a Pólux lo tenían acorralado otros dos.

Lovem cerró los ojos de nuevo y siguió concentrándose en su tarea. Ya casi lo tenía. Las muñecas le ardían y las cadenas las notaba más flojas. «Vamos, vamos, solo un poco más». Sacó fuerzas de donde no las tenía y tiró de ellas. Tiró, tiró y tiró. Y recordó que eso ella ya lo había vivido, cuando Tristan la encadenó a su cama. «Oh, Tristan». Continuó tirando, con toda la energía que le quedaba dentro, hasta que el oro se fundió lo suficiente como para soltarse. Lo había conseguido. Se puso de pie y gritó:

—¡Al suelo!

Los suyos la miraron con los ojos muy abiertos y obedecieron. Lovem dejó salir el fuego de sus manos y alcanzó a los gigantes, que corrieron despavoridos por la habitación, gritando. Bajó las escaleras y volvió a lanzarles fuego. Los cortinones comenzaron a arder, de abajo arriba. Y los gigantes comenzaron a arder, pero no morían. Solo un semidiós podía matarlos, y ella ya no lo era. Y Easton y Crew no tenían el suficiente poder. Aún. Lovem buscó a Otto, que intentaba escapar, pero la ola no se lo permitía. Poseidón los había dejado a todos encerrados. Lovem escuchaba el sonido de su propia respiración acelerada y el crepitar del fuego, que consumía la habitación por momentos. Comenzaba a hacer calor.

—¿Cómo...? —Alicia la miraba sin entender—. ¿Cómo has hecho eso?

—Luego te lo explicamos —le dijo Magnus, que miraba a Lovem lleno de orgullo. Sabía que tenía el poder del fuego, pero nunca la había visto usarlo, y era bastante impresionante—. Ahora tenemos que salir de aquí.

—¿Cómo vamos a cruzar la ola? —preguntó Easton.

Lovem echó más fuego a los gigantes, todo el que hiciera falta para evitar que avanzaran hacia ellos. Se acercó a la ola y Otto se apartó. No podían matarse entre ellos. Menuda situación. Otto era invencible y ellos

eran siete. Entonces, el fuego tocó el agua y esta cayó. La ola cayó. Poseidón no estaba lo bastante cerca como para mantener el embrujo.

Salieron corriendo y recorrieron los pasillos sin detenerse ni para comprobar cuán cerca los perseguían los gigantes. Las columnas, las estatuas y las paredes caían a pedazos a su alrededor, tenían que esquivarlos, y había fuego por todas partes. «Tristan». Lovem los guio hasta la salida y se dieron con los muros de frente. ¡Mierda! Seguían atrapados.

—¡Por ahí! —gritó Easton.

Había una brecha en el muro, era pequeña, pero pasarían por ella. Salieron a los jardines y..., por todos los dioses, fuera había una batalla campal.

46

«¿Dónde está mi padre?», se preguntaba Lucas a lomos de Tristan. De Tristan dragón, claro.

Oteó los jardines del Monte Olimpo, entonces destrozados, y lanzó otro tridente de agua al pecho de un gigante, tumbándolo al momento. Los gigantes subían las escaleras e intentaban llegar a los muros que rodeaban la morada de los dioses, ahora agujereada gracias a los enormes bloques de piedra que no dejaban de lanzar, pero jamás los alcanzarían. Tristan y él no lo permitirían. Dentro estaba Lovem. Y Magnus y Alicia.

Los dioses, en plan gigantes también, lo observaban todo sin participar. No podían. O eso decían. A Lucas no le importaba. No los necesitaban. Ellos iban ganando, los gigantes caían como moscas y pronto no quedaría uno en pie gracias a la ventaja de ir a lomos de un dragón. Y de los dragones en sí. Lucas, desde las alturas, observaba maravillado cómo se desenvolvía en la batalla el ejército de Tristan, capitaneado por Phil, inmovilizando a los gigantes, impidiéndoles avanzar. Puede que no pudieran matarlos, pero sí podían anularlos. El Reino Rojo en verdad era un reino poderoso. El más poderoso.

Los habitantes de la Ciudad del Olimpo se habían unido a la batalla, formando bando con el Reino Rojo. Centauros, sátiros, cíclopes, ninfas, semidioses: todos luchaban a muerte contra los gigantes. Estaban

invadiendo su hermoso hogar, y no estaban dispuestos a permitirlo. Y todos miraban maravillados al dragón, algunos incluso con la boca abierta, felices de que no se hubieran extinguido.

Entonces Tristan se revolvió y rugió. ¿Lo habían herido?, se preguntó Lucas.

—¿Tristan? —le preguntó Lucas asustado.

Pero continuó volando, y Lucas matando gigantes.

Hasta que apareció su padre. ¡Por fin! Pero entonces los dioses dejaron de observar. Zeus le lanzó el rayo a Poseidón y este se protegió con el tridente. El rayo quedó atrapado entre las fauces del tridente. No. Atrapado, no. El rayo se intentaba colar entre las fauces del tridente. Zeus, con la mandíbula apretada, lo empujaba con su mano más y más, como si quisiera acabar con Poseidón. ¿Qué estaba pasando? Lucas no entendía nada.

Tristan lo entendía todo.

—Ríndete, Poseidón. Y espero por tu bien que ella esté bien —clamó Zeus.

¿Ella? ¿Quién? A Lucas le empezó a palpitar el corazón.

—Vamos, hermano —respondió Poseidón—. Tú y yo esto ya lo hemos vivido infinidad de veces y sabemos cómo acaba. No debemos enfrentarnos entre nosotros. Los hijos van y vienen, tendrás más. Es demasiado poderosa y lo sabes.

¿Lovem? ¿Estaban hablando de Lovem? «Papá, ¿qué has hecho? No. Por favor, no».

Tristan volvió a rugir y comenzó a descender. Lucas saltó antes de que aterrizaran en los jardines, había bolas de fuego y humo por todas partes, columnas y estatuas destrozadas y apenas quedaba un adoquín íntegro en el suelo. Fue corriendo hasta donde su padre, muerto de miedo. Lucas no era tonto. Y una terrible posibilidad comenzaba a gestarse en su cabeza. Realmente terrible. Al final, iba a resultar que Hefesto no era el malo. O no el peor.

Tristan corrió detrás de Lucas, dispuesto a enfrentarse a Poseidón, aunque muriera en el intento. Él lo había sentido. Había sentido el dolor de Lovem y cómo se iba debilitando. ¿Escila? No. No podía ser. Pero entonces, ¿qué le había hecho?

—Lucas —lo llamó Tristan—. ¡No confíes en él!

Pero Lucas no escuchaba.

Zeus desató una tormenta de tornados, rayos y centellas alrededor de Poseidón y este convocó al mar que rodeaba la Ciudad del Olimpo, lo vació y las olas comenzaron a serpentear entre los remolinos de Zeus. Luchaban. Y Tristan y Lucas quedaron atrapados en medio de la contienda.

—Vais a matarnos a todos —gruñó Apolo—. ¡Basta ya!

—¡Papá! —gritó Lucas cuando llegó hasta él—. ¿Qué has hecho?

Poseidón miró a su hijo desde las alturas y sonrió.

—Hola, hijo. Estoy un poco ocupado aquí.

Lovem y los demás observaban la batalla que se desarrollaba frente a ellos. Los tornados de Zeus y las olas de Poseidón luchaban a muerte. Era imposible llegar adonde estaban, pero tenían que intentarlo.

Una ola fue directa hacia ellos. Sin piedad. Lovem levantó los brazos e impidió que se los llevara por delante en el último segundo. La ola rugía y ella apretaba los dientes. Pesaba. Mantener el agua ahí quieta le pesaba como nunca. Era como estar bajo el mar y sujetar el agua desde abajo. Demasiada presión para una humana.

—Lovem —susurró Alicia.

Otto y sus diez gigantes aparecieron detrás de ellos. Habían conseguido salir y ya no ardían. Se quedaron quietos, observando a Lovem y a la ola. Si esta caía, se los llevaría a todos por delante.

Lovem le pidió paso a la ola. El agua se resistió, aún estaba bajo la voluntad de Poseidón, pero Lovem era su querida niña y libraba una batalla

interna. «Por favor —le suplicó Lovem—, por favor». El agua cedió, su amor por ella acabó ganando la partida, la ola que sujetaba Lovem pasó de largo y un pasillo se abrió ante ellos. No duraría demasiado.

—Joder —exclamó Crew—. ¿Cómo has hecho eso?

—¡Vamos, rápido!

—¿Adónde? —preguntó Easton, atónito.

Jamás había visto nada igual. Y no tenía ni idea de cómo era posible que aun estuvieran vivos. Los tornados gigantes y los rayos los rodeaban, pero pasaban de largo. Los esquivaban. ¿Y no se suponía que Lovem era humana? Porque menuda humana...

—Allí —dijo Lovem, señalando algo a lo lejos.

Easton siguió el dedo de Lovem hacia el final del pasillo y tragó saliva. Eran los dioses. Los doce dioses olímpicos. Y eran enormes, de la altura de edificios de veinte plantas.

—Zeus y Poseidón se están enfrentando —dijo Pólux.

—Acabarán con todo —añadió Magnus.

—Joder... —exclamó de nuevo Crew.

—No si podemos evitarlo —dijo Lovem, y los instó para que pasaran ellos primero.

Magnus cerró los ojos y comenzó a correr; si el agua les caía encima, prefería no verlo. Sería una muerte rápida y se reuniría con Josh. El resto lo imitó. Corrieron como nunca en su vida y llegaron al otro lado, vivos. El mar se cerró detrás de ellos y allí estaban todos. Los dioses, con Zeus y Poseidón enfrentados, y el resto intentando dialogar con ellos, y Tristan y Lucas en medio. Los tornados y las olas estaban arrasando con todo. Los jardines ya no existían y, si seguían así, pronto no quedaría nada de la Ciudad del Olimpo. Los gigantes, los pocos que sobrevivían, caían al suelo uno detrás de otro, arrastrados por la fuerza del temporal. Así de potente era. Por eso Easton no se podía creer que aun estuvieran vivos. Los dragones también resistían.

—¡Tristan! —gritó Lovem.

—¡Lovem!

Él fue corriendo a su encuentro, pero, de nuevo, pasaron muchas cosas en un segundo. Poseidón la vio, gruñó: «¡Jodeeer, ¿es que acaso tienes mil vidas?!», y le lanzó una de sus olas para demostrarles a ella y al Olimpo entero que el mar lo obedecía a él. A ÉL. Lucas, que estaba más cerca de Lovem que Tristan, corrió hacia ella y se puso en medio. No le dio tiempo a nada más, no le dio tiempo a detener la ola, tampoco pensó que podría, así que lo único que pudo hacer fue ponerse en medio. El agua golpeó con fuerza a Lucas en la espalda justo en el momento en que abrazaba a Lovem para protegerla. Ambos salieron volando, empujados por la fuerza de la ola. Lucas los giró mientras se desplazaban por el aire y fue él quien recibió el impacto contra la primera pared que se cruzó en su camino. Zeus rugió y su rayo consiguió romper la barrera del tridente. Le puso la punta del rayo en la garganta a Poseidón.

—Es la última vez que atacas a mi hija.

—¡Lucaaas! —gritó Alicia.

—¡Loveeem! —gritó Tristan.

Él fue el primero en llegar hasta ellos. Lucas estaba medio sentado, medio desmadejado en el suelo. Lovem estaba encima de él. Tristan se echó encima de ella y la abrazó por detrás, por encima de los brazos de Lucas; necesitaba comprobar que se encontraba bien. Ella cogió la mano del brazo del dragón que le rodeaba la cintura y la apretó.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Tú?

—Sí. Y, joder, no te imaginas la bronca que te espera cuando lleguemos a casa.

Lovem estuvo a punto de sonreír, pero se dio cuenta de que algo iba mal. Lo sentía. Lucas seguía abrazándola, pero no se movía. Ni hablaba. Y siempre hablaba. Se separó un resquicio de él y lo vio. La pared contra la

que habían chocado estaba destrozada y uno de los hierros que la sostenían había atravesado a Lucas de lado a lado, por el costado.

—No. No, no, no, no, no. ¡Lucas! —gritó Lovem.

Tristan también lo vio.

—Joder. Lucas. Eh, Lucas —lo llamó Tristan—. Mírame. Vamos.

Lucas abrió los ojos y se le dibujó un gesto de dolor en el rostro.

—Lo s...siento —le dijo a Lovem—. Mi p...padre.

—No hables. Por favor, no hables. Te vas a poner bien, ¿me oyes? Te vas a poner bien.

Magnus y Alicia llegaron junto a ellos seguidos de Easton, Crew y Pólux.

—Lucas —lo llamó Alicia, y se arrodilló junto a él.

—Hola, d...dragonzuela.

—Ni se te ocurra morirte, pececito. Ni se te ocurra. —Alicia comenzó a llorar—. No voy a permitir más muertes. ¡Basta ya!

—Dejadme pasar —les pidió Pólux. Se abrió paso y echó un vistazo a la herida de Lucas; no tenía buena pinta.

Poseidón observaba la escena horrorizado. Lucas. Lucas había resultado herido. No. No tenía que estar pasando así. Las olas desaparecieron y el agua volvió a su lugar en el mar.

—Déjame ir —le pidió a Zeus.

Zeus apretó aún más la punta del rayo contra su garganta y no detuvo los tornados.

—No.

—Por favor.

—No.

—Es mi hijo.

—Y ella es mi hija. ¡Ha sido mi hija todo este tiempo que tú has intentado matarla!

—¡Parad ya los dos! —les pidió Ares—. Esto ha llegado demasiado lejos.

—Primero Josh Collingwood y ahora Lucas Varela. ¡No se supone que acabamos con los semidioses!

—¡Pararé cuando envíe a Poseidón al Tártaro! —rugió Zeus—. A no ser que me deis algo a cambio.

—¿El qué? —preguntó Atenea.

—Negociemos —propuso Apolo.

Entonces los dioses dejaron de ser gigantes y recuperaron el tamaño humano. Zeus detuvo la tormenta y todo quedó en calma. En una calma absoluta. Silenciosa. Irreal. Y un riachuelo de agua de acercó a Lucas y lo rodeó. Lo mantendría en calor.

Hades fue el primero en moverse, se acercó a Lucas y le miró la herida por encima.

—Sacadle el hierro —les dijo a los demás.

—¿Cómo? —preguntó Magnus.

Y antes de que alguien pudiera decir algo, Hades tiró de Lucas y separó su cuerpo del hierro. El joven gritó de dolor y la sangre comenzó a salir a borbotones.

—Curadlo —les ordenó Hades a Crew y Pólux—. Aunar vuestras fuerzas.

—No sé cómo hacerlo —respondió Crew, asustado—. La herida es demasiado grande.

—Inténtalo —le dijo su padre, Apolo.

Crew nunca había visto a su padre en persona. Se había criado fuera del Olimpo por deseo de su madre y, aunque siempre había sabido de quién era hijo, nunca había sentido deseos de conocer a Apolo. No tenía a los dioses en muy buena estima. Pero mentiría si dijera que el corazón no le bailó dentro del pecho al ver a su padre tan cerca. Puso las manos encima de la

herida de Lucas y apretó. Lucas volvió a gritar de dolor. Pólux puso las suyas encima de las de Crew.

—Tenemos que detener la hemorragia y dejar que la parte divina de Lucas cure la herida por dentro. Te recuperarás —le dijo Pólux a Lucas—. Tú solo intenta no moverte y estar en silencio. No gastes energías.

Lucas asintió con la cabeza. Alicia seguía llorando. Abrazó a Lucas y comenzó a susurrarle al oído que todo iba a salir bien y que aguantara.

—¿Por eso te acercaste a m...mí? —le preguntó Lucas a su padre con dolor—. ¿P...para llegar a Lovem?

—No solo por eso —respondió Poseidón.

Lucas intentó sonreír con ironía, pero no lo consiguió, apenas tenía fuerzas.

Hades se acercó a Poseidón, que aún seguía bajo el yugo de Zeus.

—Se te ha ido un poco la mano con todo este asunto, ¿no crees, hermano?

—Ningún semidiós debe ser tan poderoso —se defendió Poseidón.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Afrodita—. ¿Zeus?

—Has convertido a mi hija en humana —le echó en cara Zeus a Poseidón.

—Era lo más justo —respondió Poseidón.

—¿Justo? Justo es que yo acabe contigo aquí y ahora.

—Desestabilizarás el mundo entero —le dijo Ares.

—¡Me da igual!

—Lovem está viva —le recordó Poseidón.

—No gracias a ti.

—Hades —lo llamó Poseidón—, haz tu trabajo. Un trato es un trato.

—¿Y cuál es vuestro trato? —preguntó Hermes con curiosidad.

—Poseidón intentaría matar a Lovem en el pasado para que Aiden no naciera, y en caso de que lo consiguiera, yo debía impedir que Zeus acabara

con el mundo, que es justo lo que está pasando —resumió Hades. Era un buen resumen.

—¿Aiden? —Hermes frunció el ceño—. ¿Por qué me suena tanto ese nombre?

—A mí también me suena...

—¿Estamos en el pasado? —preguntó Dioniso al mismo tiempo.

—Yo me lo olía —dijo Deméter.

—Tú siempre te lo hueles todo. —replicó Hera—. ¿Y Hefesto formaba parte de esto?

—Hefesto era idiota —dijo Hades—. Se enfrentó a Lovem en la biblioteca porque Poseidón le dijo que lo hiciera. Confió en él. ¡En un dios! ¿A quién se le ocurre? A partir de ahí los acontecimientos se desarrollaron sin que nadie pudiera evitarlo.

—¿Y tú aceptaste que quisieran matar a Lovem? —le preguntó Artemisa a Hades.

—Más o menos.

—Tú les diste la sangre de Aiden —puntualizó entonces Magnus, que observaba a los dioses sin parpadear.

En realidad, todos observaban a los dioses sin parpadear. Incluso Otto y sus gigantes, que habían quedado atrapados en medio de la refriega. Estaban rodeados. No tenían escapatoria.

Tristan miró a su hermano. ¿Cómo sabía lo de la sangre de Aiden? Y luego miró a Lovem. ¿Hades? ¿Había sido Hades? ¿Cómo?

El resto de los dioses también miraron a Magnus. Les caía en gracia el dragón. Después miraron a Hades con gesto de interrogación, y un tanto de reprimenda, y él suspiró.

—Ella ya estaba muerta de todas formas —aclaró—. Lovem estaba muerta. En nuestra línea temporal, ella estaba muerta. Y Josh también. Tuve que hacerlo. Tuve que intentarlo. No teníamos nada que perder.

Hades miró a Zeus. Sí, Zeus lo sabía bien. Cierto es que es difícil engañar al rey de los dioses y que Zeus se olía algo, presentía que habían jugado con el tiempo, pero aún era más cierto que Hades se lo había contado todo, con pelos y señales, desde casi el primer momento. Y Zeus comenzó a recordar. Recordó la muerte de su hija. Recordó a Aiden. Recordó el futuro. Hades y él habían estado compinchados en todo momento.

—¿Has jugado a dos bandos, tío? —le preguntó Hermes a Hades.

—No. He jugado al mío.

—Como siempre —dijo Deméter.

—¿Y cuál es el tuyo? —insistió Hermes.

Hades miró a Lovem. Ella era el suyo. Pero no había podido mostrar sus cartas porque un dios nunca podía mostrar sus cartas. Nunca. Era demasiado peligroso, incluso en el Inframundo. Y, además, si las hubiera mostrado, Poseidón habría desconfiado aún más de él y no podían permitírselo. Tal y como había actuado Hades, Poseidón estaba confundido. Y, confundido, Poseidón no se atrevía a ir contra él. Jaque.

—No te enfades, hermano —le dijo Hades a Poseidón, que lo miraba con los ojos entrecerrados—. No siempre se puede ganar. Hoy me ha tocado estar contra ti. Mañana, ¿quién sabe? Es la magia del Olimpo. —Hades se acercó a Zeus—. ¿Y qué es lo que quieres tú, hermano, para acabar ya con esta guerra y seguir con nuestras miserables vidas? Yo tengo mucho que hacer.

—Quiero que le devolvamos la divinidad a mi hija. Completa.

—¿Qué? —exclamaron atónitos unos nueve dioses al unísono.

Poseidón no era uno de ellos. Poseidón sonrió.

—Muy bien jugado, hermano —le reconoció con orgullo. Sabía encajar las derrotas como nadie—. Muy bien jugado.

Zeus también sonrió. Jaque mate.

—¿A qué se refiere con devolverle a Lovem la divinidad completa? —preguntó Easton.

—Va a convertirla en diosa —dijo Magnus.

—Una diosa menor —aclaró Deméter.

—Muy menor.

—Ostras.

—Joder...

—¿Aceptáis? —les preguntó Zeus a los dioses.

—Qué remedio —aceptó Apolo—. Es eso o que destruyas el mundo.

—¿Algún voto en contra? —preguntó Hermes.

Nadie dijo nada, ni siquiera Deméter, y Zeus liberó a Poseidón.

—No quiero verte cerca en los próximos cien años, por lo menos —le advirtió—. Escóndete en tu mar y no me cabrees más.

Poseidón masculló una palabrota y negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que hubieran salido las cosas tan mal?

—Bien, procedamos —dijo Atenea—. Lovem, en pie.

Lovem, muy atenta a la conversación de los dioses, no se había separado de Lucas, y no quería separarse de él, pero se levantó, obligada por una fuerza intrínseca (los dioses y sus trucos) y Tristan lo hizo con ella. Se cogieron de la mano. Tristan no las tenía todas consigo; no se fiaba un pelo de los dioses.

—¿Aceptas convertirte en diosa? —le preguntó Hera—. Serías inmortal. Como él. —Hera señaló a Tristan.

—Curad primero a Lucas —respondió ella.

—Luquitas está bien —le aseguró Apolo—. O lo estará. Dadle unas horas.

Lovem respiró con alivio y miró a Tristan. ¿Quería ser inmortal y vivir siempre junto a él? Sí. Por supuesto que sí. Asintió con la cabeza. Y, además, visto lo visto, podría proteger mejor a su reino, y a ella misma, de los juegos de los dioses.

—Te dolerá un poco, Kennedy —le advirtió Hades.

Entonces, los doce dioses levantaron la mano derecha y apuntaron hacia Lovem. Una burbuja dorada la rodeó y levantó en el aire. Lovem miró a Poseidón, este le sonreía, pero ella jamás le volvería a sonreír. Por su culpa su mejor amigo estaba muerto.

—Ya que estamos todos en plan dioses, ¿qué os parece si me ayudáis a recuperar mi mano? —preguntó Hades.

Nadie respondió, y Deméter gruñó. Ojalá pudiera cerrarle la boca para siempre.

—Lovem —la llamó Tristan, preocupado.

Pero Lovem estaba bien. Más que bien. Sintió dolor, sí, pero también el calor de la divinidad. Sintió cómo comenzaba a recorrerle las venas. Y fue capaz de mirar a su padre a los ojos y comunicarse con él. Lo entendió todo. Supo que el plan de Zeus siempre había sido ese, convertirla en diosa, porque era la única manera de que sobreviviera. Lovem moría. Y moría dando a luz a Aiden. Y no importaban las líneas temporales, ella siempre iba a morir dando a luz a su primer hijo, siempre que fuera de Tristan. A no ser que se convirtiera en diosa. Lovem recordó una de las últimas conversaciones que había mantenido con su padre.

—¿Si yo fuera humana..., podría sobrevivir al parto de Aiden?

—No lo sé. No estoy seguro.

—Podría ser una solución.

—No es la que yo busco.

Zeus siempre supo, por Hades, que Poseidón estaba detrás de todo, pero lo permitió porque quería llegar ahí. Ahí, donde se encontraban entonces. Ahí, donde Lovem se convertía en diosa. Por eso su padre había estado tan suave cuando Lovem regresó al Olimpo, por eso no la había castigado de

por vida, porque era parte del plan. Que Lovem regresara al Olimpo, más poderosa e indestructible que nunca, era parte del plan.

«Oh, papá. Un poco arriesgado todo, ¿no?».

Zeus volvió a sonreír. Sí, pero había merecido la pena. Y como bien había dicho Hades, ella ya estaba muerta, así que no tenían nada que perder. Sin embargo, Lovem estuvo a punto de morir en el centro de la Tierra y por eso Zeus se la llevó lejos del Olimpo. Necesitaba entrenarla y separarla de aquellos que la hacían débil. Necesitaba asegurarse de que llegaba viva al final.

«Tenemos mucho de lo que hablar, hija».

«Hablaremos».

Los dioses bajaron los brazos, Lovem sintió los pies en el suelo de nuevo y se miró de arriba abajo. En apariencia, todo seguía igual, pero lo notaba por dentro. Notaba la sangre dorada recorriéndole las venas más que nunca. Miró a Tristan y sonrió. Él se acercó a ella y la abrazó.

—Todavía te espera bronca en casa.

Lovem dejó salir una carcajada. Y salió el sol. Brilló en el cielo más potente que nunca. Un cielo sobre una ciudad destrozada, pero que reconstruirían.

—Bien —dijo Atenea—. Pues hemos terminado. Sentimos mucho la muerte de Megalo, Tristan, la sentimos de verdad, era un gran rey, y esperamos que a partir de ahora el Reino Rojo y el Olimpo mantengamos de nuevo la paz. Os avisaremos en un par de semanas para comenzar con las reuniones. Y queremos que venga él. —Atenea señaló a Magnus.

Magnus se sobresaltó. Tristan no dijo nada. Tenía mucho en lo que pensar y no se lo pondría tan fácil a los dioses.

—¿Y qué hacemos con esos? —preguntó Hermes.

Todos se giraron hacia donde apuntaba con el dedo y vieron a Otto y sus gigantes. Y al resto de los gigantes que los dragones habían apresado. ¿Qué iba a pasar ahora con ellos?

—Votemos —propuso Hera.

La mitad de ellos elevó los ojos al cielo. Los dioses y sus votaciones.

—Pues cuando decidáis qué hacer —les dijo Magnus—, tenemos a dos más en nuestras mazmorras.

—¿Dos gigantes? —preguntó Hermes.

—Dos traidores —aclaró.

—Oh, crecen como setas.

Y tanto.

—Tengo una idea —dijo Hermes—. Podríamos enviarlos a todos al Río de los Sueños. ¿No es poético?

El resto de los dioses, incluido Poseidón, mostró su conformidad. Otto comenzó a gritar y a quejarse, pero nadie lo escuchaba.

Tristan y Lovem se agacharon de nuevo junto a Lucas. Pólux y Crew seguían presionando la herida y ya tenía mejor cara. Estaba sanando.

—Vámonos a casa —les dijo Tristan a todos—. Phil nos está esperando fuera y estará desesperado.

—Apuesto a que sí —respondió Rafe.

—Gracias por cuidar de ella —le agradeció Tristan a Rafe.

Rafe asintió, pero no fue suficiente. Se acercó a él y ambos amigos se fundieron en un abrazo.

—Siempre a vuestro lado, Majestad.

—Esperad. —Easton se levantó y señaló a Poseidón—. ¿Se va a ir de rositas después de lo que ha hecho?

—Bienvenido al Olimpo —le respondió Ares, su padre, y le guiñó un ojo.

47

La joven de cabello castaño y mirada azul observaba la línea que en la lejanía separaba el cielo del mar sentada en el escalón de siempre —el primero de los tres que daban acceso a esa parte de la playa— y sonreía mientras se empapaba del nuevo amanecer. El Mundo Exterior siempre le había gustado, y esa playa en especial.

De pronto, unas piernas y unos brazos, unos que ella conocía bien, la rodearon desde atrás y la acercaron a un cálido pecho, un pecho que también conocía bien. Cerró los ojos y recostó la cabeza en un hombro. El aroma de Tristan la envolvió y Lovem se aferró a sus brazos. Tristan apoyó la barbilla en el hombro de Lovem.

—Hola, morenita.

A ella se le ensanchó la sonrisa.

—Hola, morenito.

—¿Estás lista?

Lovem suspiró.

—Sí.

—No quiero meterte prisa, pero...

—Tengo que hacerlo ya.

—Sí.

—¿Crees que me perdonarán?

Tristan le dio un beso en la mejilla.

—No lo creo. Estoy seguro. Y tenemos toda una vida para ver amaneceres juntos.

Lovem se levantó y se limpió la arena de la ropa. Acarició el cabello de Tristan y bajó el dedo hacia su rostro. Lo quería tanto. Podía pasarse horas mirándolo y no se cansaba. Le recorrió el rostro con un dedo hasta que llegó a los labios. Tristan se lo besó. Lovem tomó aire y cogió la mano de Tristan. Caminaron juntos hacia el portal y lo cruzaron, de vuelta al Olimpo.

Una vez en su reino y en su castillo, Lovem fue directa al dormitorio de Lucas. Sí, Lucas ya tenía un dormitorio allí. Entró y vio que ya se había levantado de la cama. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que regresaron del Olimpo. Lucas le había salvado la vida. Si Lovem hubiera sufrido la herida de él siendo humana..., no habría sobrevivido.

—¿Cómo va el enfermo? —preguntó.

Lucas sonrió al verla.

—Recuperado del todo.

—A ver, del todo... Te he visto arrugar la nariz cuando te has puesto la camiseta —le dijo Magnus.

—No porque me doliera, sino porque hueles mal.

—¿Yo huelo mal?

—Sí.

—Acabo de ducharme.

—Supongo que no es algo que se quite con agua y jabón. *Eau* de dragón. No sé cómo lo aguantas —le dijo a Lovem, y le guiñó un ojo.

—¿Eso también se lo dices a mi hermana cuando te metes en la cama con ella?

—La verdad es que sí. Ella me insulta, me llama pececito insolente, y me da un rodillazo en los huevos. No importa en la postura en la que estemos.

—Demasiada información. —Magnus se tapó los oídos.

Lovem rio y cogió a cada uno de una mano. Lucas y Magnus estaban de buen humor, lo que, sin duda, le beneficiaba. En verdad, el buen humor reinaba esa mañana en todo el castillo. Habían ganado la guerra y estaban en paz con el Olimpo.

—Me alegro de que estéis juntos porque necesito enseñaros algo.

—¿A los dos? —preguntó Lucas.

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Vamos?

—Qué remedio.

Abandonaron los tres juntos el Reino Rojo y cruzaron el portal hacia el Mundo Exterior. Llegaron a un aparcamiento y Lovem abrió el cierre centralizado de un descapotable rojo. Les indicó con la mano que subieran; Lucas lo hizo delante, junto a Lovem, y Magnus en los asientos de atrás, y ella arrancó. Los dos jóvenes se miraron sin entender. Oh, pero ya entenderían.

Se incorporaron a una carretera principal y recorrieron varios kilómetros cerca de la costa. El mar, en calma, se extendía hasta el infinito y era de un azul cautivador, y un cálido sol resplandecía en un cielo digno del mes de mayo. De pronto, cruzaron una burbuja de protección, un Égida gigante, y tanto Lucas como Magnus fruncieron el ceño. Poco después llegaron a una encantadora casita en lo alto de un acantilado y Lovem detuvo el coche.

—Entremos —les dijo.

Lucas y Magnus siguieron a Lovem sin rechistar, la curiosidad se había apoderado de ellos; subieron los cinco escalones que daban acceso a la vivienda y entraron con ella en la casa, observándolo todo.

—Aquí es donde vivías —susurró Lucas—. Cuando Zeus te separó de nosotros... Aquí es donde vivías.

Lovem asintió con la cabeza y subió las escaleras. Estaba buscando algo. Desde algún aparato de reproducción sonaba una canción. *Now we are free*,

de Hans Zimmer. Allí había alguien. A Lucas le inundó el olor a hogar y a Magnus el olor a... No. Era imposible. Magnus sacudió la cabeza. Lovem echó un vistazo al piso de arriba, sonrió al ver la espada que Tristan le había regalado (dos veces) encima de la cama, y volvió a bajar las escaleras. Salieron a la calle.

—¿Lovem? —le preguntó Lucas—. ¿Qué hacemos aquí?

Se puso frente a ellos y comenzó a caminar hacia atrás, hacia la playa. Se le llenaron los ojos de lágrimas. A Magnus el corazón empezó a latirle con fuerza.

—Me dijo que era importante, más importante que cualquier otra cosa, y que yo tenía que protegerlo. Que tenía que ocultarlo.

—¿Quién te dijo eso?

—Eric. —A Lovem le cayó una lágrima en la mejilla—. Lo siento. Lo siento mucho. Siento haberos mentido y siento haberos hecho daño. Pero tenía que ser así. Yo tenía que esconderlo y nadie podía saberlo. Ni siquiera vosotros. Era demasiado peligroso y arriesgado.

—¿Eric te dijo que escondieras algo? —le preguntó Lucas con el ceño fruncido.

Magnus había dejado de respirar.

—Algo no. —Lovem los miró a ambos a los ojos—. A alguien.

Lucas abrió mucho los ojos y Magnus...

—Josh —susurró.

Lovem asintió, sonrió mientras un mar de lágrimas le empapaba las mejillas y señaló la playa, donde un joven espigado de cabello castaño claro paseaba cerca de la orilla, pero sin tocar el agua. Siempre sin tocar el agua. Lovem echó a correr y...

—¿Josh?

... ellos la siguieron. Porque ese joven espigado de cabello castaño claro que paseaba cerca de la orilla no era otro que Josh. Josh Collingwood. Sano y salvo. Vivo.

—¡Josh! ¡Oh, por todos los dioses, Josh!

Josh levantó la cabeza y los vio. Echó a correr hacia ellos y se encontró con Lovem a medio camino. Se fundieron en un abrazo y ella rompió a llorar del todo. Por fin. Por fin podía abrazar a Josh. A su Josh. Por fin había acabado todo.

Josh la levantó en volandas y dieron vueltas juntos. Se aferraron el uno al otro. Magnus y Lucas llegaron un segundo después y se sumaron al abrazo. Llegaron a Josh con tanta fuerza que casi lo desestabilizan y lo hacen caer. Pero lo tenían bien sujeto. Y no lo soltarían.

—Pero... pero... —Lucas no se lo podía creer. Se separó de él y lo miró de arriba abajo—. ¡Estás vivo! Joder, estás vivo. —Volvió a abrazarlo.

Magnus no podía hablar, se había quedado sin palabras, o no quería usarlas, por si se despertaba del sueño antes de tiempo y Josh desaparecía. No quería que desapareciera, no quería que lo hiciera nunca, era un sueño tan bonito que podría vivir en él para siempre.

—Mag —le dijo Josh, y le limpió las lágrimas.

Magnus ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. Lovem y Lucas se apartaron un poco y dejaron que se abrazaran ellos dos solos. Sonreían embobados. Los cuatro sonreían embobados. Embobados y felices.

—¿Eres tú de verdad? —le preguntó Magnus.

Josh sonrió.

—Sí.

—¿Cómo? —le preguntó.

—Eric —respondió Lovem.

—¿Eric? Pero Eri...

—Eric era un cambiaformas —pensó Lucas en voz alta.

—¿Y qué t...?

—Joder. No mataste a Josh —susurró Lucas, que acababa de comprenderlo todo—. Mataste a Eric.

Lucas recordó las palabras de Lovem:

—¿Lo mataste sabiendo quién era?

—Lo maté sabiendo que era mi mejor amigo. Lo maté sabiendo cuánto lo quería. Lo maté porque me obligó a jurárselo con sangre. Y lo maté porque no fui capaz de protegerlo como le había prometido.

—Lovem... —susurró Lucas de nuevo.

Ella asintió con la cabeza y cuatro lágrimas más se le escaparon de los ojos.

Sí.

Mató a Eric.

Lovem mató a Eric.

Lo que no se vio

48

Un mes antes. En el campo de entrenamiento, cuando Josh le pidió a Lovem que lo matara en caso de que lo atraparan

Josh cogió el cúter de Magnus que se había guardado en el bolsillo y se cortó la yema del dedo.

—¿Qué haces?

—Un juramento de sangre. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí, p...

—Son indestructibles.

Josh necesitaba que Lovem hiciera un juramento de sangre para neutralizar el efecto del otro juramento que habían hecho cuando eran niños: el de protegerse entre ellos con su vida. Los juramentos de sangre eran vinculantes, y Lovem no podría ponerle una mano encima a Josh a no ser que ambos de mutuo acuerdo hicieran otro juramento que anulara el anterior.

Josh se hizo el corte y le ofreció el cúter a Lovem.

—Y ahora tú —le dijo.

Lovem estuvo a punto de hacer lo que Josh le pedía, pero...

—¡Lovem! —gritó alguien detrás de ellos—. ¡Ni se te ocurra!

Lovem y Josh se giraron al instante.

—¿Eric?

—¿Nos estabas espiando? —le preguntó Josh con acritud.

—Sí, Collingwood, os estaba espiando. Denúnciame. Y menos mal que lo hacía. —Eric cogió a Josh del brazo de malas maneras—. ¿Cómo se te ocurre pedirle algo así? ¿Te has vuelto loco?

—Tú no tienes nada que...

—¡Yo sí tengo que! No estás jugando limpio, y lo sabes. No es justo para ella.

—Eh.

—No, no lo es. Así es la vida.

—No pienso permitirlo.

—Eh.

—No puedes hacer nada.

—¡Eh! —repitió Lovem por tercera vez, en esa ocasión, gritando—. ¿De qué estáis hablando?

—Ya lo creo que puedo —le aseguró Eric, ignorando a Lovem. Miró hacia ambos lados y cogió las manos de Lovem y Josh una vez que se hubo asegurado de que nadie los veía—. Vamos.

—¿Adónde?

—A un lugar seguro.

Josh le soltó la mano.

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

—Eric, ¿qué está pasando?

Eric se detuvo y suspiró.

—Por favor —les pidió a ambos—. Es importante. Muy importante. Necesito que los dos confiéis en mí. Os lo explicaré todo en cuanto

salgamos de aquí y estemos a salvo. Este lugar tiene oídos, os juro que los tiene, y lo que tengo que deciros no puede escucharlo nadie. Por favor.

Lovem aceptó, confiaba en Eric más que en nadie, y Josh claudicó. No se fiaba de Eric, pero con Lovem iría al fin del mundo. Recorrieron a hurtadillas el Reino Sombrío, bajo un sol abrasador, y llegaron al portal. Josh mandó un mensaje rápido a Lucas.

Josh
Aún con Lovem.
Y es como si no hubiera pasado el tiempo.

Eso lo mantendría despreocupado.

—¿Y ahora? —le preguntó a Eric.

—Ahora cruzamos. Dadme vuestras manos.

Josh y Lovem unieron sus manos a las de Eric, uno a cada lado, y cruzaron el portal. Aparecieron en un aparcamiento del Mundo Exterior. Un aparcamiento que Josh no había visto en su vida, pero que Lovem conocía bien. Ella y Eric caminaron directos hacia uno de los coches, el descapotable rojo, y él los siguió. Montaron y emprendieron la marcha. Eric conducía y Josh ocupó uno de los asientos de atrás. Reinaba el silencio. Josh miraba por la ventana. No tenía ni idea de dónde estaban. El paisaje era espectacular, rodeado de montañas verdes. Condujeron durante unos buenos veinte minutos y el mar apareció a su izquierda. Oh, así que estaban en la costa. Se desviaron de la carretera general y subieron por una más estrecha. Notó el momento en que cruzaron Égida; era invisible, pero él lo sintió. Y, poco después, una vivienda unifamiliar de aspecto rústico y encantador apareció ante sus ojos. El coche se detuvo y tanto Eric como Lovem salieron. Josh lo hizo un par de segundos después y supo de inmediato dónde estaban.

—Aquí es donde vives —le dijo a Lovem.

—Sí. ¿Qué hacemos aquí, Eric?

—Vamos dentro.

Subieron juntos los cinco escalones que daban acceso a la vivienda y Eric abrió la puerta con sus llaves.

—Este es un lugar seguro. El lugar más seguro del Mundo Exterior y de los cinco reinos del Olimpo —aclaró en cuanto estuvieron dentro y cerró la puerta—. Aquí nadie nos escucha y nadie nos ve. Salvo Zeus.

—Eso ya lo sé —respondió Lovem—, pero ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué nos has traído?

—Porque necesito hablar con vosotros. Vamos al salón.

Lo siguieron por el pasillo y entraron en el salón. Josh lo miraba todo, fascinado. El lugar olía a Lovem por los cuatro costados. Había fotos de ella colgadas en las paredes y un montón de cosas más que... Era como si en verdad Lovem llevara toda la vida viviendo allí.

—Esto es increíble —dijo sin acabar de creérselo. Estaba pisando el suelo donde Zeus la había mantenido oculta durante dos años.

—Bien, ya estamos en el salón —dijo Lovem, interrumpiendo los pensamientos de Josh—. Habla.

Ninguno tomó asiento. Se quedaron de pie mirándose los unos a los otros.

—No puedes hacerle ese juramento a Josh —le Eric dijo a Lovem.

—¿Por qué?

Eric suspiró de pura frustración. Mierda, qué difícil era todo.

—No puedo decírtelo. Pero tienes que confiar en mí. Lovem, por favor, tienes que confiar en mí.

—Confío en ti, pero... no entiendo qué pasa. No entiendo muchas cosas que están pasando.

Eric se acercó a ella y la agarró por los hombros. La miró fijamente.

—Necesito que sepas que existe una posibilidad, una ínfima posibilidad, pero posibilidad al fin y al cabo, de que, en el futuro, si en algún momento tienes que matar a Josh..., puede que te arrepientas y puede que ese arrepentimiento no te deje seguir viviendo.

—¿Por qué?

—Cierra los ojos. Quiero que visualices algo. Vamos, cierra los ojos.

Lovem los cerró, con reservas, pero los cerró.

—Visualízate cuando eras pequeña. Estás en el patio del colegio y unos niños tienen a Josh acorralado. Tú ya te habías fijado en él, es uno de tus compañeros de clase, y algo te llamaba la atención, te gusta, pero no habíais llegado a hablar. Tú eres la hija de Zeus y mucho más fuerte que esos niñatos, así que ayudas a Josh y lo levantas del suelo. A partir de ese momento, os hacéis amigos, mejores amigos, y ya no volvéis a separaros. Nunca. Tú sientes por él lo mismo que ahora sientes por mí. Lo quieres con locura y jamás permitirías que nadie le tocara un pelo de la cabeza. Destruirías el mundo por él. Ahora, abre los ojos. No puedo decirte nada más —continuó Eric, mirándola a los ojos—. Lo siento, pero no puedo darte más detalles ni de esto ni de las cosas extrañas que has estado notando últimamente porque de ello depende tu seguridad, y eso es lo más importante para mí. Solo necesito que confíes en mí. No puedes matar a Josh. No puedes, Lovem. Prométeme que no lo matarás.

—Eric —los interrumpió Josh—. No tienes por qué hacer esto.

—Sí tengo que hacerlo. Pero no por ti, sino por ella.

—Si me atrapan... —comenzó Josh.

—Si te atrapan, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Nos intercambiaremos. Tú y yo. O yo me intercambiaré por ti.

—¿Qué? —preguntaron Lovem y Josh al unísono.

—Me haré pasar por ti y tú te quedarás aquí, a salvo.

—¡No! —respondió Lovem al momento.

—Estás loco —le dijo Josh.

—Es la única opción. No hay que matarte, Collingwood. Hay que protegerte. Y aquí nadie podrá encontrarte.

—No puedo quedarme aquí.

—Sí puedes. Y lo harás. Zeus no va a decir nada. Él te va a dejar vivir aquí. A partir de este momento, esta casa se convierte en tu escondite. Los dioses no podrán encontrarte. Nadie podrá encontrarte. Pero no te acerques demasiado al agua porque ahí acaba Égida, y no podemos correr riesgos. Ni Lovem ni Zeus ni yo volveremos a venir por aquí. No hasta que acabe la guerra.

Josh negó con la cabeza. No. ¡Era una locura!

—No puedes hacerte pasar por mí.

—Sí puedo. Puedo hacerme pasar por cualquiera. Puedo adoptar la forma que quiera y es lo que voy a hacer. Tú te quedarás aquí, a salvo, y Lovem y yo volveremos a la Resistencia. Seré tú y, si me encuentran... Si me encuentran, tú tendrás que matarme —le dijo a Lovem.

—¿Qué? ¡No! Ni hablar.

—No hay otra manera. Lovem, por favor, hazme caso, aunque solo sea por una vez en tu vida. No hay otra manera, y que tú salves a Josh es más importante que cualquier otra cosa. Más importante que Escila. Confía en mí. Tienes que proteger a Josh ante todo.

—Puedo protegeros a Josh y a ti al mismo tiempo.

—Bien. Hazlo. Pero Josh se queda aquí. Tendrás que protegerme con su físico. Y llegado el momento, si nos descubren —Eric tomó aire, el corazón le iba a mil por hora, qué difícil era ser un héroe—, si me descubren y me atrapan, no puedes permitir que se den cuenta de la mentira.

—Eric...

—Y no te olvides del cuerpo.

—Eric, no va a haber ningún cuerp...

—El efecto de la transformación solo durará unos minutos una vez esté muerto. Así que tendrás que deshacerte de él. De mí. ¿Entendido? Lovem, ¿entendido?

Ella no respondió porque no, no lo entendía.

—Escila es la mayor arma que se ha creado contra los semidioses —continuó Eric—. Contra ti. Se creó para matarte, Lovem, para matarte a ti. No podemos permitir que la tengan, así que Josh desaparece de la faz de la tierra. Y si me atrapan, tendrás que matarme y destruirme.

—Esto es una locura —dijo Josh—, no podemos hacerlo.

—Sí podemos, y lo vamos a hacer.

—Nadie va a creerse que tú seas yo.

—Sí lo creerán, pero antes tendremos que hacer algunas modificaciones.

—¿Qué modificaciones?

—Pues, para empezar, modificaciones en cuanto a Magnus. No pienso enrollarme con él y mucho menos meterme en su cama.

—Te mataría con mis propias manos antes de que lo intentaras.

—Bien, Collingwood, esa es la actitud. Así que, antes de que te instales aquí de manera indefinida, tendrás que hablar con Magnus y hacer que te odie o que vuestra relación se torne incómoda. Y lo mismo con Varela. Lo siento, pero ni siquiera yo soy tan buen actor. Me veo incapaz de hacer creer a Lucas que lo quiero con locura y que moriría por él. Tienes que hacer algo para que podamos estar cómodamente incómodos el uno con el otro.

Josh tragó saliva.

—Creo que sé lo que puedo hacer.

—Estupendo. Ahora volveremos a la Resistencia y cada uno interpretaremos nuestro papel.

—¿Y cómo vamos a justificar que tú desaparezcas de pronto?

Eric lo pensó durante unos instantes.

—Creo que ya sé cómo. He fallado a Zeus. A lo grande. Ahora todo el mundo sabe que tú eres su hija.

—Eso no es culpa tuya.

—Pero puede serlo a los ojos de los demás. Zeus tendrá que hacerme pagar por haberle fallado. Es la última vez. Mi misión era protegerte,

mantenerte escondida del Olimpo, y he fallado.

—No has fallado.

—Sí lo he hecho, y tu padre tendrá que castigarme. Haremos que me castigue delante de todos.

—Eric...

—Eh —Eric le acarició la mejilla a Lovem y sonrió—, hemos quedado en que confiabas en mí.

—No voy a permitir que te pase nada —le prometió Lovem.

—Lo sé. Pero si en algún momento pasara, si tuvieras que matarme...

—No voy a matarte. No vamos a llegar a eso.

—No. No vamos a llegar a eso, pero si llegáramos, quiero que sepas que te quiero y que no te culpo. Jamás voy a culparte. Y quiero que sepas que te perdono. Te perdono por todo lo que pueda pasar.

A Lovem se le erizó la piel y tuvo un mal presentimiento. Un presentimiento horrible. No estaba convencida, no estaba para nada convencida.

—Eric, esto no me gusta.

—No hay otra manera. Confía en mí.

—No va a pasarte nada —le aseguró ella una vez más.

—Por supuesto que no. Y ahora, manos a la obra. —Señaló a Josh—. Tú arreglarás tus asuntos con Lucas y Magnus y yo arreglaré mis asuntos con Zeus.

—¿Y cómo sabes que Zeus va a aceptar toda esta locura?

—Porque ya lo he hecho.

Los tres se giraron al unísono hacia la entrada de doble puerta del salón. Y ahí estaba Zeus, tan imponente como siempre aun en su aspecto humano, mirándolos con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados.

—Hola, Collingwood.

Josh no dijo nada en un primer momento. Solía sentirse incómodo en presencia del rey, siempre tan majestuoso y amenazador, pero en ese

momento solo tenía ganas de matarlo, y eso que odiaba los enfrentamientos. Josh no solía tener instintos asesinos, pero Zeus les había separado de Lovem durante dos años y en ese instante los tuvo, a pesar de que se encontraba en su casa y de que Zeus lo estaba ayudando a sobrevivir. Y el hecho de que se hubiera ataviado con su mejor traje de chaqueta y con corbata ayudaba a la causa. Definitivamente, a Josh lo intimidaba mucho más cuando llevaba su toga blanca.

—¿Siempre has sabido que yo era Escila? —le preguntó por fin.

—Siempre he sabido muchas cosas.

Josh bufó y Lovem observó un tanto atónita la familiaridad con que su padre y Josh se trataban. ¿Se conocían?

—¿Estás de acuerdo con que Eric y yo dejemos esta casa? —le preguntó Lovem a su padre.

—Estoy de acuerdo con que acabe de una vez esta absurda guerra. Y cuanto antes, mejor.

—Muy bien —aceptó Lovem—. Iré... a preparar una mochila con las cosas más básicas.

—Te acompaño —le dijo su padre—. Y así hablamos un rato tú y yo.

Lovem suspiró y se dirigieron juntos hacia las escaleras.

—¿Por qué haces todo esto? —le preguntó Josh a Eric cuando se quedaron solos.

—Por Lovem.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué la quieres tanto? ¿Estás enamorado de ella?

—No. Mi amor por Lovem no es romántico.

—¿Y entonces?

—Siempre he estado solo, Josh. Me he criado solo. Soy un hijo de Ares. Uno más. Solo uno más. Mi madre me abandonó y me críe en el Olimpo con muchísima gente alrededor, pero solo. Intentaba... —Eric tomó aire—. Desde que tengo uso de razón, he intentado acercarme a los dioses para complacerlos y que me dedicaran algún gesto de afecto. Necesitaba

sentirme útil, y durante el tiempo que pasaba haciéndoles recados, me sentía útil. Durante el tiempo que pasaba contándoles lo que había descubierto, me sentía acompañado, o menos solo. Y pensé que, si de alguna manera los ayudaba, alguno de ellos me consideraría, no sé, algo. O alguien. ¿Y sabes quién lo hizo? ¿Sabes quién me vio? Zeus. Él me tendió una mano. Él me encomendó la tarea de proteger a su hija. Vi crecer a Lovem entre las sombras. Toda mi vida he tenido puesto un ojo en ella y, de paso, en vosotros. Cuando Zeus me pidió que la vigilara, ella tan solo tenía cinco años y yo once. Y no sé cuándo ocurrió, pero en algún momento me di cuenta de que la admiraba. La admiraba por su fuerza, por su templanza, por su carisma, por su corazón. Creo que... Creo que cuando pasas tanto tiempo protegiendo a alguien, de alguna manera se convierte en algo tuyo, en familia. Aprendí a conocerla, lo que me dejaba ver, claro, y empecé a admirarla. Quería formar parte de su vida, pero no nos llevábamos bien y yo jugaba a ser frío e indiferente, para que nada me hiciera daño. Sé cuál es mi cometido en la vida. Sé que he nacido para luchar contra las fuerzas del mal, siempre he tenido claro que no me importa morir, nunca he soñado con tener una vida longeva ni con, no sé, formar una familia, nunca. Hasta que llegaron ellos. Cuando Zeus me invitó a acompañarlo hasta esta casa, no lo dudé. Era mi cometido. Era mi deber. Salvaguardar la vida de su hija. Y estos años que he pasado con Lovem, codo con codo, he aprendido a quererla y la he conocido a unos niveles que jamás me habría imaginado. He visto su bondad, su corazón, su empatía, sus gracias, sus bromas, sus meteduras de pata, su fuerza, su responsabilidad, su compromiso, su lealtad. Y la quiero con locura. Ella... —Eric tomó aire de nuevo—. Ellos son mi familia. Sé que parece una locura, pero Zeus es el único padre que he conocido. Y Lovem es como mi hermana. Me siento parte de ellos. Y todo eso se lo debo. Se lo debo a Zeus y a Lovem. Y por eso daría mi vida por ellos. Ahora mismo. Sin dudarlo. Ella merece la pena, Josh, la vida de ella merece la pena, más que la mía. Y por eso hago esto. Seamos justos, Lovem

jamás te pondría un dedo encima si tuviera sus recuerdos. No podemos hacerle eso.

—Joder, Eric...

Lovem miraba el cúter sin poder creérselo. Sin poder creerse que fuera a hacer aquello.

—No lo pienses más y hazlo.

Y Lovem obedeció. Obedeció movida por las circunstancias y obedeció sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Se cortó la yema del dedo y la acercó a la de él.

Por todos los dioses, aquello era una locura.

—¿Juras matarme si me atrapan?

—No voy a permitir que te atrapen.

—¡¿Juras matarme si me atrapan?! —repitió Eric.

Lovem lo miró a los ojos.

—Lo juro.

Y regresaron a la Resistencia.

Lovem estaba de un humor de perros. Apenas participaba en la conversación que se desarrollaba a su alrededor, y pocas cosas había en esos momentos más importantes que la conversación que mantenía la cúpula de la Resistencia en la sala de operaciones. Decidió tomarse un descanso, necesitaba estar sola, en silencio, aunque solo fueran unos minutos, y fue al cuarto de baño. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Subió las rodillas y escondió la cabeza entre ellas. ¿En qué momento se habían complicado tanto las cosas?

Su humor de perros no mejoró cuando salió del cuarto de baño y se cruzó con Josh, totalmente devastado en el pasillo. ¿De verdad era

necesario todo aquello? Aún estaban a tiempo de echarse atrás, aún estaban a tiempo de pensar en un plan mejor. Tenía que haberlo. Lovem se negaba a creer que la única solución de mantener a Escila alejada de «los malos» fuera que Eric se hiciera pasar por Josh.

—¡Lovem! —la llamaron de repente—. Tu... tu padre.

Tanto Lovem como Josh se detuvieron. Y cruzaron una mirada inevitable.

—¿Qué pasa con mi padre? —preguntó, fingiendo sorpresa.

—Que está aquí.

—¿Aquí dónde?

—En el Reino Sombrío.

Lovem tomó aire. Empezaba el espectáculo.

—Cuida de Magnus —le susurró Josh al oído antes de que echara a correr.

—Tiene que haber otra manera de hacer esto —le dijo a su padre—. Por favor, ¡encuentra otra manera de hacer esto!

—Lovem —Eric fue a donde ella y la cogió por los hombros—, ey. Todo va a salir bien.

Lovem lo abrazó.

—No voy a permitir que te pase nada —le prometió entre lágrimas—. No voy a dejar que nadie te haga daño. Encontraré la manera de sacarte de esta. Moveré cielo y tierra.

—Por supuesto que lo harás. —Eric le levantó la cabeza y le dio un beso en la mejilla, empapada—. Te quiero, Lovem. Y ha sido un honor cuidar de ti. Si alguna vez..., si alguna descubres algo de mí que no te gusta, tú solo recuerda que te quiero de verdad. Por favor.

—No —Lovem no dejaba de sollozar—, no te vayas, por favor. Por favor. Tiene que haber otra manera. No puedes abandonarme. ¡Papá! ¡Por favor!

—Lo siento, hija. Vamos, Eric.

—¡Nooo!

Eric se separó de Easton y Lovem y caminó unos pasos hacia delante.

—Te sacaré de esta —le prometió Lovem—. Confía en mí. Te sacaré de esta.

Eric sonrió de nuevo y Lovem corrió hacia él. Ningún abrazo era suficiente. Ningún consuelo. Pero antes de que llegara a él, unas nubes lo envolvieron y Eric desapareció. O eso creyeron todos. En realidad, solo se convirtió en un insecto volador y el que desapareció fue Josh que, con todo el dolor de su corazón y sin saber muy bien lo que estaba haciendo, se escabulló y se dirigió al portal. Lo cruzó y fue a casa de Lovem. Ahora le tocaba esperar y rezar a los dioses para que los protegieran a todos.

Lovem cayó al suelo de rodillas. Ese era el momento en que fingía dolor por la desaparición de Eric, solo que no tuvo que fingir. Lovem sufría de verdad. No le gustaba nada lo que estaba sucediendo. Y el mal presentimiento la perseguía.

Eric, por su parte, corrió hasta la trampilla y, sin que nadie lo viera, adoptó la forma de Josh. Estaban todos consternados observando el lugar por el que acababa de desaparecer. Magnus lo rozó sin querer y Eric se apartó al momento. Fue instintivo. Magnus lo miró con dolor y Eric sintió pena por él.

Poco después, Lovem encontró una habitación vacía y se la adjudicó. Se tumbó en la cama. No creyó que pudiera dormir, la cabeza le iba a mil por hora. Se limpió los surcos que las lágrimas secas le habían dejado en las mejillas. Sacaría a Eric de la situación de mierda en la que se había metido sin merecerlo y todo volvería a la normalidad. Sí. Eso haría.

Llamaron a la puerta y Lovem no se molestó en preguntar quién era, siguió con la mirada perdida en el techo.

—Hola —la saludó Eric con la voz de Josh—, ¿puedo pasar?

Lovem suspiró y dio unas palmadas en el colchón para que se tumbara junto a ella.

—A partir de este momento no vas a separarte de mí ni un solo segundo. Ni para ir al baño. No pienso permitir que te pase nada.

—Vale —respondió Eric.

Y se tumbó junto a ella, estaba asustado, necesitaba sentir a su mejor amiga a su lado y a la mierda lo que pensaran los demás.

Una semana más tarde. Cuando Fiji y Diana avisaron a los gigantes de que atacaran la base de la Resistencia

—¡No! —gritaba Magnus.

Y Lovem lo vio. El cuerpo delgado y la cabeza de cabello castaño claro de Josh. «Eric». Estaba tres pisos más abajo, rodeado de cuatro gigantes con aspecto humano y tres escorpiones. Lo tenían. Lo habían apresado. Lucas, Magnus y Tristan intentaban llegar a él, pero habían destruido las escaleras con granadas y solo había un agujero en su lugar. Si saltaban, caerían sobre las garras de los escorpiones. Lucas intentaba utilizar el agua de las tuberías contra ellos, pero no era suficiente. Y no podía crear más. Lucas no podía crear agua de la nada, solo manejar la que ya existía. Tristan tampoco podía convertirse en dragón. El espacio era demasiado pequeño y podría matarlos a todos en el proceso. Uno de los gigantes intentaba abrir otro boquete en la pared y estaba a punto de conseguirlo. Iban a escapar. Era cuestión de segundos. A Lovem no le daba tiempo a saltar y matar a los escorpiones. No le daba tiempo.

Tristan vio a Lovem y la llamó, pero ella ya no escuchaba. Ni a él. Ni los gritos a su alrededor. Ni el siseo de los monstruos. Y apenas veía, a pesar de que hasta el humo se había disipado. Se acercó al borde de las escaleras y subió los escudos de Égida a su alrededor. Sintió el peso de la pistola en la mano, lo sintió más intenso que nunca, como si los gramos se hubieran

multiplicado por mil. Parecía albergar una bomba en lugar de una bala. Lovem notó que incluso el cuerpo se le inclinaba hacia la derecha. Temió que se le resbalara la pistola; le sudaban las manos. O no. Deseó que se le resbalara y se le escurriera de los dedos. Eso podría evitarlo todo.

Eric miró hacia arriba y la vio. Asintió con la cabeza. Lucas y Magnus, alertados por el gesto de Josh, advirtieron a Lovem.

—¡Lovem! —la llamó Lucas—. ¡Lovem! ¡Lovemmm! ¡Escúchame! ¡No lo hagas! ¡No puedes hacerlo! ¡Juramos protegernos! ¡Juraste protegerlo con tu vida!

Lovem no lo escuchó. No lo miró. Sus ojos y todos sus sentidos estaban puestos en Eric. Comenzó a llorar. Y a gritar.

—¡Nooo! ¡Nooooo!

Era desgarrador. No. Las cosas no podían acabar de esa manera. ¡No!

«Vamos, Lovem —le suplicó Eric—, hazlo».

—¡Nooo! —gritó aún con más fuerza.

Magnus se unió a Lucas. Y Tristan. Los tres golpeaban a Égida en un intento de llegar a Lovem. Tenían que llegar a ella y hacerla entender.

—¡Lovem, por favor! ¡No lo hagas! ¡¡Lovem!!

Creían que Lovem no era consciente de lo que estaba a punto de hacer, matar a una de las personas más importantes de su vida. Pero se equivocaban. Ella era muy consciente. Muy consciente de que estaba a punto de matar a Eric. Y por eso lloraba. Y por eso se negaba a hacerlo.

Lovem, con un movimiento lento, subió el brazo y apuntó a la cabeza de Eric. La mano le temblaba. Le temblaba como nunca. Afianzó el agarre. La pistola le palpitaba en la mano. La situación se hizo insostenible. Los gigantes estaban a punto de llevarse a Eric. Lucas le rogaba que no lo hiciera. Magnus había caído de rodillas al suelo, pero no dejaba de golpear el escudo con las manos. Era entonces o nunca. Lovem recordó el juramento de sangre y la promesa que le había hecho a su mejor amigo. Todo sucedió en pocos segundos. Lovem había fallado a su promesa. Había

permitido que lo atraparan. No había podido protegerlo. Y ya no había vuelta atrás. No podían llevárselo.

—Lo siento. Lo siento —repitió sin cesar, sin apenas poder hablar. La congoja no se lo permitía—. Perdóname, por favor.

«Hazlo ya», le suplicó Eric.

—Te quiero.

«Te quiero».

Las lágrimas le nublaban la vista y la pistola cada vez pesaba más. Así que cerró los ojos. Y disparó. Sintió la bala de plata salir del arma. Rápida. Mortal. Fue un disparo certero. El más certero. Sintió el cuerpo de su mejor amigo desplomarse en el suelo. Muerto.

Y ella también cayó.

Ya estaba hecho.

Tristan recorría los pasillos en busca de Lovem; no podía haber ido demasiado lejos. Tristan temblaba. Le temblaba todo el cuerpo. El pulso. La respiración. Josh estaba muerto. Muerto. Y Lovem lo había matado sin saber que era una de las personas que más amaba en la vida.

Tristan, desde el primer instante en que se encontró con Lovem en la Resistencia después de dos años sin verla y descubrió que le habían borrado los recuerdos, solo deseaba que los recuperara. Hasta ese momento. Porque entonces Tristan solo podía rogarles a los dioses que no lo hiciera. Si Lovem descubría que había matado a Josh... Tristan no podía ni pensarlo.

Se asomó en la siguiente estancia y ahí estaba ella, sobre el cuerpo sin vida de... Eric. Tristan abrió mucho los ojos.

—Lovem.

Ella levantó la cabeza y vio a Tristan, que miraba el cuerpo de Eric horrorizado.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó, atónito.

Lovem, asustada, se llevó el dedo índice a los labios.

—Chiss...

«Por favor», le suplicaron sus ojos.

Tristan vio que Lovem colocaba las manos encima del cuerpo y que de ellas comenzaban a salir chispas, pero entonces cerró los puños y dos lágrimas más se le deslizaron por sus mejillas.

—¿Tienes que hacerlo? —le preguntó Tristan.

—Sí —le aseguró ella.

Tristan no entendía nada, ¿y dónde estaba Josh?, pero ayudaría a Lovem sin hacer preguntas.

—Entonces, yo te ayudaré.

Colocó las manos encima de las de ella y las apretó. Lovem sintió la cercanía y el calor de Tristan. De *su* Tristan. Cerró los ojos, abrió las palmas y dos bolas de fuego emanaron de ellas y cayeron sobre el rostro de Eric, que comenzó a arder. Tuvo que aguantar las lágrimas con todas sus fuerzas mientras el cuerpo ardía.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Tanto Tristan como Lovem se sobresaltaron. Levantaron la mirada y vieron a Hades, que entraba en la sala como si le perteneciera. No se le había movido un solo pelo de la cabeza ni aparecido una sola arruga en el traje desde que Lovem lo viera en el Partenón.

—Quemar su cuerpo —respondió Lovem con la voz fría. Aunque también tragó saliva. Llegaba el momento de la verdad. El momento en que podrían seguir adelante o no. Y solo dependía de Hades.

Hades contempló el cuerpo sin vida de Eric Fiscela y entornó los ojos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no puedo permitir que accedáis a su sangre.

Los ojos de Hades y Lovem se encontraron y ambos se mantuvieron la mirada. El primero sonrió.

—Muy bien, sobrina —aceptó, y Lovem soltó el aire que contenía—. Lo haremos a tu manera.

—¡Nooo! ¡Nooo! —gritaba Hefesto, fuera de sí.

Volaban árboles por todas partes y Hades se temió que alguno acabara dándolo a él en la cabeza. Poco le importaba; estaba de un humor excelente. Pero tenía que fingir que no estaba de humor. Tenía que fingir que acababa de perder a su querido hijo. Después de todo lo que había hecho por él...

—¿Cómo? —se preguntaba Hefesto—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? Lo teníamos. ¡Ya lo teníamos!

Otto negaba con la cabeza; aún no podía creérselo.

—No contasteis con que Lovem se cargaría a su mejor amigo —dijo Hades, y eso no tuvo que fingirlo. Había matado a Eric—. Vaya con la chica. Como para llevarse mal con ella...

—Tú ¿de qué parte estás, Hades?

—De la mía. Ya os dije que yo no era de la primera persona del plural.

Otto bufó. Hades, cuando se lo proponía, conseguía crisparlo.

—Te veo de muy buen humor para haber perdido a tu hijo.

Hades se acercó tan rápido a Otto que este ni lo vio venir.

—No he perdido un hijo. Vosotros me lo habéis arrebatado. En lugar de pedir a Escila por las buenas, habéis tenido que hacerlo por las malas. Y, créeme, no es algo que vaya a olvidar fácilmente.

—No nos lo querías dar.

—No lo pediste «por favor». Y no me cabrees más, Otto. Me estoy conteniendo y no quiero liarla. A partir de ahora, voy por mi cuenta.

Hades giró sobre sus talones y sonrió. Las cosas por fin empezaban a ir bien. «Y espero que, estés donde estés, te mantengas a salvo, hijo».

—¿Oís eso? ¿Josh? —Lucas se levantó del suelo y dio vueltas sobre sí mismo—. ¡Josh! —gritó.

—¿Josh? —Magnus también se levantó y siguió a Lucas.

El resto lo miraban confundidos. Excepto Tristan, que a pesar de que solo tenía ojos y oídos para Lovem, levantó la mirada en cuanto escuchó el nombre de Josh.

«¿Josh? ¡Joder, Josh!». Tristan no tenía ni idea de dónde estaba escondido Josh, pero sí sabía que estaba vivo en alguna parte.

—¡Habla con él! —le gritó a Lucas.

Lucas se giró hacia Tristan.

—¿Qué...? Pero... Pero Josh está muert...

«No. No lo está».

—Tris... —susurró su hermano.

—¡HABLA CON ÉL! ESCÚCHALO —insistió Tristan.

Si Lucas era capaz de escuchar la voz de Josh, significaba que estaba con Lovem en el Inframundo en ese momento. Había ido a salvarla y a Tristan le brilló una pizca de esperanza en el corazón.

«Sálvala, Josh. Por favor».

49

—Joder —exclamó Lucas desde el sofá de Lovem. Se habían movido todos allí—. No me lo puedo creer. ¿Y Hades lo ha sabido siempre? Pero... pero estabas en el Inframundo con Lovem —le dijo a Josh—. Me gritaste y me dijiste que la salvara. Di por hecho que estabas allí porq...

—Porque soy el hijo de Hades —le interrumpió Josh—. No porque estuviera muerto. No he dejado de seguiros ni un segundo desde que me recluí aquí. Vi que Lovem se moría y...

—Yo sentí que Lovem se moría —dijo Lucas—. Y contigo no me pasó. Joder, contigo no me pasó. ¿Cómo no me di cuenta?

—Y a mí casi me da un infarto cuando te vi allí —le dijo Lovem, y lo miró al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Casi me rematas. Podría haberte visto alguien. Estabas al otro lado del río, Josh. En el lado de los vivos.

—Tenía que ir. No podía quedarme aquí sin hacer nada. Me hice un corte en la mano y abrí la puerta hacia el Inframundo desde tu habitación. Pensé que aparecería como siempre en casa de mi padre, pero las escaleras me llevaron directas a la orilla del Aqueronte. Tú estabas a punto de morir y las Moiras nos concedieron tres minutos. Intenté hablar contigo —le dijo a Lucas—, sabía que estabas con ella, y lo conseguí. Salvasteis a Lovem y

yo... crucé un par de miradas con mi padre, le susurré un «gracias» y regresé aquí. Seguí esperando a que acabara todo y vinierais a buscarme.

—¿No has hablado con tu padre? —le preguntó Lucas.

—No. No podíamos. Ya había arriesgado demasiado viajando al Inframundo.

—Joder, qué fuerte todo. Estoy flipando. Tenemos muchísimas cosas que contarte, pecoso.

Lucas abrazó a Josh de nuevo, no pudo resistirse, y Josh miró a Magnus, sentado enfrente de él. No había abierto la boca y seguía mirándolo como si no se lo creyera. Josh tenía tantas cosas que decirle. No veía el momento. Le apetecía saltarle encima y besarlo hasta desgastarle los labios, pero entendía que Lucas tuviera preguntas.

—Por cierto, Eric dejó tres cartas en ese cajón —le dijo Josh a Lovem, y señaló el buró cerca de la ventana.

—¿Eric? —susurró Lovem.

Oh, Eric.

—Sí. Una para mí, otra para ti y una última para Easton.

—¿Has leído la tuya?

—No. En los sobres pone: NO LEER HASTA QUE TODA ESTA MIERDA ACABE.

Lovem sonrió con tristeza. Era una frase tan típica de Eric. Josh se levantó, fue al cajón y le acercó su carta a Lovem.

—Voy... —ella intentó aguantar las lágrimas sin éxito—. Voy a leerla a mi habitación. ¿Os importa?

—No, claro que no. Ve.

Lovem suspiró y subió las escaleras, pero no se dirigió a su dormitorio, sino al de Eric. Entró y se sentó en la cama, como tantas veces había hecho a lo largo de su vida. O a lo largo de los recuerdos de la vida que Zeus creó para ella. Lo observó todo. Estaba lleno de detalles de Eric, de detalles de los dos últimos años, no de la parte que creó su padre. Había fotos de ellos dos juntos, entradas de conciertos, libros que había leído delante de ella,

regalos de Lovem. Disparar a Eric a sangre fría fue lo más duro que le había tocado hacer en la vida. Ella lo quería. Incluso ahora que sabía toda la verdad, lo quería. Había aprendido a quererlo en la vida que Zeus había construido para ella. Y qué razón había tenido Eric. Si Lovem hubiera matado a Josh... No quería ni pensarlo. Ojalá pudiera darle las gracias. Ojalá.

Tomó aire y comenzó a leer.

Querida, Lovem:

Si estás leyendo esto, es porque estoy muerto, pero también porque todo ha acabado, así que habrá merecido la pena. Si nunca lo lees, pues estamos jodidos. No sé con qué Lovem estoy hablando. No sé si eres la mía, la de ellos...

Si eres la de ellos, me alegro. Lovem, me alegro de corazón y espero que puedas perdonarme algún día. Si sirve de algo, mis sentimientos hacia ti son reales. Siempre han sido reales. En eso jamás te he mentido. Te quiero. Te quiero con toda mi alma.

Y si aún eres mi Lovem, pues pasa de mí y no me hagas caso (me he tomado un par de whiskys). Y confía en Tristan, Josh y Lucas; son buena gente y jamás te harían daño. Y a Tristan le gustas, por cierto. Le gustas mucho, en plan de querer meterte la lengua hasta el fondo de la garganta durante el resto de su vida. Es guapete, ¿eh? Mucho más guapete que Juan. Tienes todo mi apoyo.

En fin, volviendo a lo que nos ocupa, y en cualquier caso..., enhorabuena. Has acabado con los malos. Descansa y disfruta de la vida. Sin duda, te lo has ganado. Eres grande, Lovem. La mejor. Y tienes un corazón de oro. Yo te perdono, aunque en realidad no hay nada que perdonar. Sé que me protegiste con todo lo que tenías. Sé que fue inevitable. Sé que me quieres. Y sé que lo estarás pasando mal, siendo la Lovem que seas. Para mí fue un regalo compartir la vida contigo y me

quedo con eso. ¿Sabes lo que más voy a echar de menos? Nuestras noches de cine en el sofá con la bolsa de pipas en medio. Eran mis noches favoritas.

Adiós, Lovem.

Te quiero,

ERIC

Pd1: Sé feliz.

Pd2: Cuida de Easton por mí, por favor. Es un buen chico, a pesar de la armadura de impertinencia con la que se viste a diario. Es un poco yo, ¿verdad?

Lovem dejó caer la carta al suelo y se tumbó en la cama en posición fetal. Rompió a llorar.

Collingwood:

Si estás leyendo esto es porque estoy muerto. Mierda, es la tercera vez que lo escribo, pero supongo que es lo que hay.

Tú y yo nunca hemos sido amigos, así que no voy a ponerme moñas e iré directo al grano. Sitúate, ¿vale? Sitúate en el momento en que Tristan y Lovem volvieron del centro de la Tierra y llevamos a Lovem a su dormitorio. Zeus os echó a todos y pasó lo que pasó. Bien. Pues la sangre de Tristan mató a Escila. Cuando Lovem salió del laberinto, ya estaba libre de ella. De hecho, por eso salió con vida. Si no llega a tener sangre de dragón, habría muerto. Vuestra teoría de que Escila reacciona y brilla ante el lumikanol es cierta, pero es aún más cierto que la sangre de Tristan acabó con Escila. No entiendo demasiado de química, equilibrio, reacciones o cantidades, pero sospecho que, con una buena

trasfusión de sangre de tu querido dragón (Magnus), Escila morirá. Estudiadlo y probadlo.

Perdonad que no os lo contara la primera vez que nos encontramos en la Resistencia; soy un cabrón sin corazón. O lo era, supongo. En cuanto a no decíroslo una vez supimos que tú eras Escila... Verás, no es ningún secreto que uno de mis mayores deseos es que Lovem viva feliz durante muchos años. Y para eso es necesario encontrar la cura para Escila. Usad tu sangre para hacerlo, Josh. Es la única manera que tenemos de asegurarnos de que no vuelvan a utilizarla contra nosotros. Ni en el presente ni en el pasado ni en el jodido futuro. Si os lo hubiera dicho antes..., tu dragón te la habría quitado de un plumazo; está loco por ti y no ve más allá de sus narices, y mira que es listo. Todo sucedía muy rápido y Escila es lo bastante importante como para tratarla con cariño. Sin decisiones precipitadas. Además, estaba todo el asunto de que te atraparan los malos... Había que actuar con urgencia.

En fin, ahora tenéis tiempo, supongo, así que usadlo bien.

Suerte.

ERIC

—Josh, ¿estás bien?

Josh levantó los ojos de la carta y vio que Magnus se había sentado a su lado en el sofá. Estaban solos.

—¿Lucas? —preguntó.

—Ha ido arriba con Lovem. Ha dicho algo de que su «intuición masculina» le decía que tenía que ir con ella, no sé, ya sabes que no le sigo mucho el ritmo. ¿Estás bien?

—Sí. Eric..., joder, lee esto. —Josh le ofreció la carta a Magnus—. Eric dice que Lovem llegó al Olimpo libre de Escila. Dice que la sangre de Tris acabó con ella. Que vuestra sangre, con la suficiente cantidad, acaba con ella. Mag...

—¡¿Qué?!

Magnus le arrebató la carta a Josh y la leyó con apremio y calma al mismo tiempo. Fue a toda velocidad, pero línea por línea. Necesitaba saber lo que decía con urgencia, pero no podía perderse ningún detalle. Se le subieron los colores cuando llegó a la parte de «está loco por ti y no ve más allá de sus narices, y mira que es listo». Mierda. Magnus creía que Eric era un héroe y lo admiraba por ello, pero, joder, qué mala leche se gastaba. También tenía razón, claro. Mierda otra vez.

—Joder —exclamó cuando terminó de leer, y se levantó del sofá a todo correr.

Josh se levantó detrás de él.

—¿Adónde vas tan rápido?

—A mi reino. A mi cuarto. Joder, Josh, ¿lo has leído? —le preguntó, excitado—. Eh, sí, vale, claro que lo has leído, pero... ¿te das cuenta de lo que significa? Si lo que dice es cierto..., joder, tengo que hacer más pruebas. ¡Muchas más pruebas! Necesito café. Mucho café. Toneladas de café. —Magnus no podía estarse quieto, caminaba por la estancia de un lado para el otro—. Buscaré un antídoto para Escila, por supuesto, pero sobre todo te la sacaré de dentro. Te daré toda mi sangre y ¡estarás libre! ¡Libre, Josh! ¿Crees que Lovem me dejará que le saque un poco de la suya? La voy a necesitar. ¿Y tú? ¿Tú...?

Josh puso las manos sobre los hombros de Magnus y lo inmovilizó. También le cortó la diatriba. Se quedaron muy cerca el uno del otro. La verdad era que su entusiasmo era contagioso, pero Josh tenía algo más en mente. Y nada tenía que ver con Escila. Ya habría tiempo para eso. Lo había echado tanto de menos. Y solo habían pasado un mes separados, pero había sido un mes muy largo y parecía toda una vida. En su relato, había omitido la parte en la que Eric le pidió que enturbiara las cosas con Lucas y con él, y había llegado el momento de contárselo. Josh no se aguantaba las ganas, llevaba semanas soñando con cómo se lo diría.

—Yo ¿qué?

—¿Dejarás que te saque sangre?

Josh se acercó un poco más a Magnus. Sonrió.

—Toda la que quieras.

—Bien. G...gracias. —Magnus tragó saliva. Quizá también empezaba a hiperventilar.

Josh estaba muy cerca y él seguía enamorado hasta las trancas. Puto amor. ¿Y estaba más guapo que antes? Sí, lo estaba. Tenía el pelo un tono más claro, sería por el sol, y los ojos le brillaban un montón. Oh, y la sonrisa. No nos olvidemos de la sonrisa. Era tan bonita. Qué injusto era todo. Que no es que Magnus quisiera que Josh afeara, pero... qué injusto era todo.

—Has estado muy callado mientras Lovem y yo os lo contábamos todo —le dijo Josh—. Inusualmente callado. ¿No tenías preguntas?

—Eh...no. Lucas las formulaba todas.

—¿Sí? ¿Todas? ¿Tú crees?

—Sí. Yo también las pensaba, pero él ha sido más rápido.

Josh chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Más rápido que tú? Lo dudo. Y no es por menospreciar a Luc, pero...

—Pero ¿qué?

Magnus estaba al borde del desmayo. Ya era cuestión de segundos. Josh lo miraba de una manera que... Magnus, o se desmayaba o tenía un orgasmo. Ahí mismo. De pie. Y sin que le tocara la entrepierna.

—Él es más rápido que cualquiera en la lucha, en los reflejos y en respuestas mordaces, pero tú... —Josh llevó una de las manos al cabello de Magnus y lo acarició. Arrastró las yemas hasta sus sienes—. Tú aquí eres más rápido que cualquiera.

Magnus gimió.

—Josh...

—¿Qué?

«Joder, me estás matando».

—¿Me perdonas? —susurró entonces Josh.

Magnus frunció el ceño.

—¿Por qué? —susurró de vuelta.

—Yo también te he mentido. Eric iba a hacerse pasar por mí y que tú y él tuvierais contacto físico no era una opción, así que... te dije que quería a Lucas. Te dije que elegía a Lucas. No era verdad. Yo lo quiero, pero no como pensaba que lo quería. Estoy enamorado de ti. De tu manera de ver el mundo. De tu manera de querer salvarlo. De tu inteligencia. De tus ojos. De tu mirada. De tu cuerpo. De tu humor. De la cara de concentración que pones cuando trabajas. De tu pelo rubio desordenado. De la forma en que me haces el amor. De tus besos. De tu sonrisa en mis labios. De tus cordones desabrochados. De cómo me dejas siempre sin almohada en la cama. De tu manera de hablarme. Te quiero, Mag. —Josh soltó el aire que estaba conteniendo—. Joder, te quiero.

Magnus ya no sabía si caer redondo al suelo, hiperventilar o gritarle al viento. Quizá así despertara del sueño.

—¿Esto es real?

—Sí.

—Pellízcame.

Josh negó con la cabeza.

—Mejor hago otra cosa.

Josh acercó los labios a los suyos y lo besó. El contacto fue electrizante. Y mágico. Fue como si volaran de pronto. Josh no sentía los pies en el suelo y Magnus mucho menos. Estaba pasadísimo. Josh gimoteó y empujó a Magnus hacia el sofá mientras le metía la lengua en la boca. Cayeron, con Magnus debajo de él, y se tocaron por todas partes. Les sobraba la ropa y les faltaba el aliento. Josh hundió la cabeza en el cuello de Magnus y lo lamió y besó. Se lo comería entero, de pies a cabeza, y vuelta a empezar. Magnus le rodeó la cintura con las piernas y alzó la barbilla para darle

mejor acceso. Se apretó contra él y comenzaron a moverse. Acabarían haciendo el amor ahí mismo si nadie lo impedía. Fue Magnus el que tuvo un momento de lucidez.

—Vamos a casa —le susurró a Josh al oído.

—Sí. Joder, sí. —Josh se dio cuenta de que estaban magreándose en el sofá de Zeus. Mierda—. Antes de que nos caiga un rayo encima.

Magnus soltó una carcajada y Josh le acarició la mejilla. Lo miró embobado. Y se puso serio.

—Te quiero. Y siento mucho lo de tu padre, Mag. No te imaginas lo que me costó quedarme aquí quieto y no ir a por ti.

Magnus lo besó de nuevo en los labios, hinchados de tanto contacto, y le acarició el cabello.

—A él le encantabas —le dijo—. Le encantabas para mí.

—¿Sí?

—Sí. Me lo confesó una mañana. Fue algo así como: «¿Te crees que permito que duerma aquí tres noches a la semana por su cara bonita?».

—¿No eran cuatro?

Magnus sonrió y miró a Josh a los ojos.

—Te quiero, Josh Collingwood.

FINAL
El Reino Rojo

50

Hola, East:

Si estás leyendo esto, es porque estoy muerto. Supongo que Lovem o Josh te habrán puesto al día de todo, y si no lo han hecho, dales un capón de mi parte, ¿vale? ¿Sabes lo que es un capón? Sí, seguro que sí. Eres muy humano.

No vayas a crecer que soy un héroe ni nada por el estilo, que no te engañen mis actos. He hecho lo que he hecho por Lovem. Porque la quiero y porque ella merece todos los sacrificios del mundo. No lo habría hecho por nadie más. Soy un cabrón egoísta la mayor parte del tiempo.

¿Sabes qué es lo que más me jode de estar muerto? Tú. Tú y el poco tiempo que tuvimos. Llevo toda la vida anhelándote, y cuando te encuentro, estamos rodeados de mierda hasta el cuello. No es justo. Ojalá hubiéramos tenido más tiempo. Me habría encantado pasar tiempo contigo, entrenarte y darte un par de patadas en el trasero. Me habría encantado ser tu hermano. Pero tienes un carácter de mierda, East. Contrólalo, ¿vale? Y no te separes de los dragones (incluyo aquí a Tocapelotas Varela y Haymiradasquematan Collingwood). Y si en algún

momento tienes la necesidad de conocer datos sobre mí, habla con Lovem. Ella te va a contar las mejores anécdotas.

Te voy a dar también un par de consejos de hermano mayor.

El primero. Eres fuerte, East. Y listo. Rápido. Poderoso. No dejes de entrenar, obedece a Lovem en todo y te convertirás en uno de los grandes. En un líder.

El segundo. Confía en tu instinto. No suele fallar.

En fin, tengo que irme. Me ha encantado conocerte. Aunque solo hayan sido unos instantes, me los llevo en el corazón. Te llevo en el corazón, hermano.

Un abrazo fuerte,

ERIC

Easton sintió el abrazo de Crew y levantó la mirada. Acababan de enterrar a Eric. Bueno, no exactamente a Eric. Lovem había llevado un par de recuerdos de su dormitorio, una foto y un peluche con forma de elefante que ganó en una apuesta, y los habían enterrado en un rincón de los jardines del castillo, a la sombra de un árbol. Se habían reunido todos alrededor y habían dicho unas palabras. Habían salpicado pétalos de rosa encima y plantado un árbol nuevo. De momento, no era más que una ramita, pero crecería. Había sido muy bonito y había ido muchísima gente. Easton no había echado en falta ni una sola cara conocida. Lovem. Tristan. Pólux. Lucas. Josh. Alicia. Magnus. Peter. Phil. Rafe. Crew. Cameron. El resto de los semidioses. Y un montón de dragones. Incluso había habido dioses. Zeus. Hades. Y su padre, Ares. En carne y hueso, aunque en forma humana.

Lovem seguía arrodillada en la tierra, llorando. Se lo había guardado durante demasiado tiempo, y por fin había explotado. Tristan la abrazaba y Zeus seguía a su lado. Easton comprendía ahora tantas cosas que... él también lloraba. Eric tenía razón en que no era justo. Pero se equivocaba de

principio a fin en lo de no ser un héroe. Claro que lo era. Y Easton se juró a sí mismo que se esforzaría al máximo para que su hermano, estuviera donde estuviera, se sintiera orgulloso de él. Obedecería a Lovem. Entrenaría. Y se convertiría en un gran semidiós. Estaba deseando empezar. Y se quedaría con los dragones. Aunque los semidioses vivían en la Ciudad del Olimpo, ahora en ruinas, Tristan les había ofrecido a ellos un lugar en su reino y en su casa. Todos habían aceptado. La Resistencia Exterior la había creado Poseidón para encontrar a Lovem, pero ahora serviría para unir a los semidioses del Mundo Exterior con el Olimpo. Easton se encargaría de ello.

—No se está mal aquí del todo —le confesó Zeus a su hija, refiriéndose al Reino Rojo.

Se habían quedado solos tras el emotivo acto que habían organizado en conmemoración de Eric, la brisa era suave y olía a flores y a recuerdos bonitos. Lovem seguía de pie frente a la ramita que habían plantado y Zeus estaba a su lado.

—No te acostumbres, papá.

—Ya veremos... Quizá me pase algún que otro día.

—No cabrees a Tristan.

—¿Y dónde está entonces la diversión?

Zeus abrazó a Lovem y le dio un beso en la cabeza. Ellos dos habían hablado. Durante horas. Y la conversación había acabado con otro abrazo y alguna que otra lágrima. Lovem amaba a su padre. Y Zeus a Lovem. Pero también era el rey de los dioses y hacía las cosas a su manera, jamás pedía permiso ni consultaba, y eso nunca cambiaría. Más les valía a los dragones irse acostumbrando... Sobre todo al dragón superior cuyo nombre empieza por *t*.

—¿Puedo preguntarte algo, papá?

—Adelante.

—¿Por qué hiciste que estudiara química cuando me llevaste al Mundo Exterior? ¿Por qué creaste en mi cabeza ese deseo?

—Por si acaso.

—¿Por Escila?

—Sí.

—Pensaste en todo.

—Lo intenté.

—Tristan me ha contado que los guardianes del Monte Olimpo los dejaron pasar el día del juicio. Fingieron que se colaban, pero en realidad los dejaron pasar. ¿Fuiste tú?

—Sí. Sabía que Poseidón no se había rendido. Pensé que sería más seguro que dejaras el Olimpo respaldada por los dragones. No creí que se atreviera a hacerte algo tan cerca de mi presencia. Lo subestimé.

—Todos lo subestimamos —susurró Lovem.

—¿Eres feliz, hija?

—Echo de menos a Eric. ¿Y tú?

Zeus lo pensó unos instantes.

—Sí. Era un buen chico y te quería mucho. Por eso confié siempre en él.

Lovem se limpió las lágrimas y sonrió.

—Pero soy feliz, papá. Y es gracias a él.

Lovem, Josh y Lucas se sentaron en las escaleras que llevaban al Monte Olimpo y observaron el desastre que tenían debajo. La capital de los cinco reinos trabajaba a destajo para restaurar la ciudad, pero eran tantos los destrozos que llevaría su tiempo.

—Vaya liada —dijo Josh—. No os puedo dejar solos.

—Fue él —se defendió Lovem, señalando a Lucas.

Lucas le dio un golpe en el hombro con el suyo.

—Eh. Yo solo montaba a tu marido.

Los tres rompieron en una carcajada.

—Joder, qué mal ha sonado eso —dijo Lucas, y se puso serio de nuevo. Llevaba un buen rato serio.

—Lucky Luc —Lovem le devolvió el empujoncito en el hombro—, ¿estás bien?

Lucas suspiró.

—A ratos.

—¿Has hablado con él? —le preguntó Josh, refiriéndose a su padre, claro.

—No. Ahora mismo no puedo. Necesito tiempo. Y pediros perdón, a los dos.

—No —le dijo Lovem—. Tú no has hecho nada. Aparte de salvarnos la vida.

—Me habría jugado la mía por él —confesó Lucas—. Nuestra relación no era la más idílica y tenía sus altibajos, pero, joder, me habría jugado la vida por él. ¿En qué coño estaba pensando? Vuestros padres a su lado son unos putos santos. Mierda, joder.

Lucas escondió la cabeza entre las rodillas y rompió a llorar. Lovem y Josh lo abrazaron, uno por cada lado.

—Te queremos de aquí al infinito, Lucas, y eso no va a cambiar.

Lucas se aferró a ellos con fuerza, y así no caería. Sujeto a ellos nunca caería. Lovem era la reina de los dragones y Josh en breve se convertiría en el consorte del príncipe de los dragones (Lucas estaba seguro), pero su relación jamás cambiaría. Ellos siempre serían Lovem, Josh y Lucas. Solo eso. Solo Lovem, Josh y Lucas. Tres amigos que se habían jurado lealtad y protección cuando solo eran unos críos. Para siempre.

—¿Todo bien ahí? —le preguntó Magnus a Josh, y se inclinó hacia la cama para darle un beso suave en los labios.

Josh asintió con la cabeza.

—¿Te duele?

—No.

—¿Estás cómodo?

—Sí.

—¿Frío?

—Estoy bien.

—¿Calor? Puedo cerrar las cortinas. Hay un sol abrasador fuera y...

—Mag. Vale ya.

—Está bien. —Magnus le dio otro beso a Josh—. Va a salir bien. Va a salir genial. Pero si sientes dolor, o que algo no anda bien, grita.

—Sí.

Magnus adoptó un gesto serio.

—Lo digo en serio. A la mínima molestia, me avisas.

—Te lo prometo.

Quizá a Magnus también le habría gustado que le preguntaran a él si estaba bien porque no lo estaba. O que le aseguraran que todo iba a ir como la seda porque no las tenía todas consigo. Y la vida de Josh estaba en juego. Había trabajado durante toda la semana, día y noche, y lo había calculado todo al milímetro, desde la compatibilidad sanguínea hasta la cantidad máxima que se podía introducir en cada momento, pero... la vida de Josh estaba en juego. Tenía los nervios a flor de piel y miedo. Mucho miedo.

Josh estaba tumbado en la cama con una vía en cada brazo. Con una le extraerían su sangre, que se introduciría en una máquina de flujo continuo donde se mezclaría con la de Magnus. Una vez limpia de Escila, volvería al cuerpo de Josh. Pólux estaba con ellos, ayudaba a Magnus a controlar los signos vitales de Josh.

«Por favor —les rogó Magnus a los dioses—, que vaya todo bien».

—Bueno —dijo—. Allá vamos.

Josh no sintió nada al principio, aparte de la molestia de tener dos vías clavadas en la piel, una en cada brazo. Magnus encendió el escáner de luz y Escila brilló. A Josh todavía se le revolvía el estómago al pensar que la tenía dentro. De pronto sintió dolor, un dolor punzante y agudo que se instaló en cada fibra de su ser.

—¿Qué pasa? —le preguntó Magnus al instante.

Josh arrugó la cara.

—Duele.

—¿Cuánto?

«Como si me estuvieran clavando millones de agujas en la piel, todas a la vez».

—Algo.

—¿Tanto como para dejarlo? —añadió Pólux.

Josh negó con la cabeza.

—No. Continuad.

—Josh... —Magnus lo miró con preocupación—, ¿seguro?

—Seguro.

Magnus suspiró y se sentó a su lado. Le apartó el pelo de la frente y le acarició la cabeza sin dejar de controlar sus signos vitales. Josh intentó removerse lo menos posible y controló la respiración. Cerró los ojos. Las caricias de Magnus le hacían sentirse bien. Y se sentía seguro.

—Escila está desapareciendo —dijo Pólux unos minutos después.

—¿Qué?

Magnus se incorporó y observó las venas de Josh. ¡Era cierto! Escila comenzaba a perder brillo. Magnus sonrió y cogió la mano de Josh.

—Está funcionando —le dijo.

Josh no respondió. No podía. Dolía. Pero enseguida acabaría.

Magnus dejó a Josh con Pólux una vez le quitaron las vías y salió al pasillo. Allí lo esperaban Tristan, Lovem, Lucas y Alicia. Lucas se separó al instante de la pared.

—¿Qué ha pasado?

—Está funcionando. Escila está desapareciendo —les explico Magnus a todos, rebosante de felicidad.

—¿Y Josh? —preguntó Lovem.

—Bien. Agotado y un poco débil, pero bien.

—¿Se la has sacado toda?

—No. Tenemos que ir poco a poco. Lo haré en unas cuantas sesiones. Es demasiado peligroso para Josh.

Tristan fue el primero en llegar a la sala del Consejo. Entró y se sintió cohibido durante unos instantes. Se acercó al ventanal y esperó a que llegaran los demás con los brazos a la espalda.

Lovem fue la segunda. Se acercó a su marido y lo abrazó por detrás. Tristan sonrió y se acordó de que aún tenían una bronca pendiente. La morenita no iba a irse de rositas. Después llegaron Magnus y Alicia. Pólux. Phil y Rafe. Por último, Pluton. Ellos ocho formaban el nuevo Consejo de los dragones.

Tristan tomó asiento en el lugar de su padre y Lovem lo hizo a su derecha. Pólux a su izquierda. Unas sillas más allá, Magnus y Alicia; a su lado, Phil y Rafe; y Pluton ocupó su sitio de siempre.

—Bien —Pluton carraspeó—. Comencemos, a ver si no nos dan las uvas, como de costumbre. Primer asunto del día: los dioses y sus demandas.

Pluton comenzó a parlotear, Magnus con él, y Tristan se inclinó hacia la derecha. Le susurró a su mujer al oído:

—Tú y yo tenemos una bronca pendiente. Prepárate.

Lovem sonrió y le dio una patada suave en el pie. Tristan se puso serio, o lo fingió.

—No te rías, voy superenserio.

—Majestad —lo llamó Pluton—, ¿me estás escuchando?

Tristan carraspeó.

—Por supuesto.

Pluton negó con la cabeza y a Lovem se le escapó una sonrisa. Tristan tuvo que ocultar la suya.

Magnus, Alicia, Phil y Rafe cruzaron una mirada cómplice. Conque así eran las reuniones del Consejo, ¿eh? Iba a ser divertido.

—¿Y qué pasa con Alicia? —le preguntó Josh a Lucas mientras los otros estaban en el Consejo.

Habían salido a pasear y rodeaban el lago. Lucas se pasaba horas contemplando el agua. Más horas que antaño.

—¿Qué pasa con ella, pecoso? —preguntó, sin perder de vista la orilla.

—Eso te estoy preguntando.

—Nos hemos acostado un par de veces, quién lo diría, ¿eh?, si no nos aguantamos..., pero ya está.

—¿No vais a volver a hacerlo?

—No creo. Yo... puede que le haya cogido aprecio a la dragona y puede, solo puede, que me pusiera en medio si una bala se dirigiera hacia ella, pero...

—¿Pero? ¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

—Oh, cállate. También lo haría por Tristan y Magnus. Pero no se lo digas. El primero bastante ego tiene ya con lo de «soy un dragón, soy un dragón», y el segundo se ha venido muy arriba últimamente. No le repitas todo el rato lo listo que es, pecoso, se lo tiene muy creído. —Josh soltó una risita—. Me encanta veros felices, a Lovem y a ti —continuó Lucas—, pero

a mí aún me queda mucho por vivir, espero, y no estoy listo para atarme. Al menos, sentimentalmente hablando.

—Caerás.

—Ni loco.

—¿Quieres apostar?

—Dale.

Lucas empujó a Josh con la intención de lanzarlo a la orilla del lago y que con un poco de suerte trastabillara y se cayera, pero Josh apenas se inmutó. Lucas frunció el ceño. «Mmm, interesante».

El Reino Rojo estaba de fiesta. Había mucho que celebrar. Y que recordar. Tristan, Magnus y Alicia habían organizado una celebración preciosa en honor a Megalo y el reino entero estaba invitado. Venían tiempos nuevos y todos querían participar.

El mercado se había trasladado a los jardines del castillo y un montón de casetas se apelotonaban alrededor del lago. Había dragones a rebosar, todos vestidos con sus mejores galas, de tantos colores que, si alguien los viera desde el cielo, pensaría que era un colorido cuadro de algún pintor famoso. Hablaban, reían, bromeaban, cantaban, bailaban y se inclinaban con una sonrisa hacia Lovem y Tristan.

Y allí estaba Winter, la sobrina de Pólux, que se disculpó ante Lovem y Tristan porque ella había sido la que le dijo a Norton lo de la amenaza de la reina del laberinto. No lo hizo con maldad. Solo pensó que estaba ayudando al Consejo. Winter estaba enamorada de Tristan, ¿quién no?, pero sabía que no era para ella. Y lo aceptaba. Serviría a Lovem como lo haría con cualquier otra reina.

Lovem reconoció el puestecito de las espadas donde Tristan le compró la suya y se acercó a saludar al herrero. Cruzaron unas frases divertidas, recordaron con cariño el inolvidable duelo de aquel día y Lovem siguió

paseando de la mano de Tristan. Entonces vio el tenderete del licor de «piel de salamandra».

—Tienes que probar esto de una vez por todas —le dijo a Lucas, y lo cogió de la mano para arrastrarlo hacia allí—. Es lo mejor que vas a tomar en mucho tiempo.

—Lo dudo...

El amable señor de siempre y su hija les ofrecieron las bebidas a Lovem y Lucas, que se las bebieron de un sorbo. Lucas sacudió la cabeza cuando tragó el suyo. Lovem sabía que el fuego puro y candente le había quemado la boca, la garganta, la laringe, la faringe y el estómago, y que se le había cortado hasta la respiración (incluso tenía los ojos humedecidos por las lágrimas), pero jamás lo reconocería.

—Guau. —Lucas dejó el vaso en el mostrador—. Otro.

—Cuidado, Luquitas —le dijo Tristan divertido—. Se te sube rápido a la cabeza.

—¿A que te tumbo? —lo retó Lucas.

Tristan soltó una carcajada. Una de las fuertes. Una que murió más pronto que tarde en cuanto se dio cuenta de que Lucas iba en serio.

—A que no —se envalentonó.

—Dos más —le pidió Lucas al tendero.

Alicia y Lovem elevaron los ojos al cielo y Rafe...

—Voy con Luquitas —dijo—. Apuesto diez galones de oro.

Tristan se giró y lo miró, ofendidísimo.

—¿Perdona?

—Te he visto beber, Tris, digo, Majestad. No tienes el mayor aguante del mundo.

Tristan bufó.

—Pues yo voy con Tris —dijo Phil.

—Pelota... —masculló Rafe—. No me extraña que Tristan te haya nombrado capitán de la Guardia Real...

—¡Eh!

Rafe le guiñó un ojo. No estaba orgulloso de su amigo ni nada.

—Yo también voy con Tris —dijo Alicia.

—Qué fuerte, rubia —exclamó Lucas.

Alicia le sacó la lengua y Lucas le respondió con un gesto muuuy obsceno. Alicia elevó los ojos al cielo por segunda vez y Lucas rio.

Easton, Peter y Crew se acercaron al puesto de los licores al ver tantas caras conocidas apelotonadas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Peter.

—¿No te lo hueles, Pet? —bromeó Lucas—. Estás perdiendo facultades.

Peter olfateó el ambiente. No. No había tensión sexual, oye, ni rastro. Lo que era raro, teniendo en cuenta que estaba rodeado de toda esa gente. Bueno, gente. Para Peter eran su familia.

—No huelo a nada —dijo.

Easton y Crew sonrieron y apoyaron las manos en los hombros de Lucas.

—Vamos, Luc, a por él.

Tristan estaba indignadísimo.

—Yo voy contigo, morenito —le susurró Lovem al oído.

A Tristan lo recorrió un escalofrío, y eso que aún no había comenzado a beber.

—Buuu —abucheó el resto—. Eso es favoritismo.

—No. Es amor —dijo Peter. Que eso sí lo había olido.

—¿Empezamos o qué? —preguntó Lucas—. Me muero por darle una paliza a vuestro rey.

—¡Ey! —gritó alguien entonces—. ¿Qué pasa aquí?

Eran Magnus y Josh, que por fin se habían unido a la fiesta. Habían estado desaparecidos.

—Por fin —exclamó Lucas—. ¿Qué andabais haciendo? No, mejor no me lo digáis.

—Sí —afirmó Peter—. Ha habido un montón de sex...

—¡Cállate! —le dijo Magnus, divertido.

—Tenemos algo que deciros —anunció Josh.

—¿Ya os vais a casar? —respondió Lucas.

—¡No! —negó Josh.

—Eh —Magnus le dio un golpe en el brazo—, ¿por qué suenas tan ofendido? Puede que algún día te lo pida.

—¿No me digas? O puede que te lo pida yo a ti.

—¿No me digas?

—Ey, ey, ey —los interrumpió Lucas—. El puesto de algodones de azúcar está por allí. —Señaló un tenderete al otro lado del lago.

Alicia le dio una patada en el pie.

—Déjales hablar, pececito.

Lucas hizo un gesto con la mano de «adelante».

—Hoy hemos tenido la última sesión —dijo Magnus con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya no queda nada de Escila en mi cuerpo —añadió Josh.

—¡Oh!

Tanto Lovem como Lucas se lanzaron a los brazos de Josh. Y Alicia. Tristan. Phil. Rafe. Peter. Easton. Crew. Todos se fundieron en un abrazo.

—¡Esto hay que celebrarlo!

—Y dejadle respirar al pobre. Lo vais a ahogar.

—Lo dudo —dijo Magnus.

Josh se desembarazó del abrazo y se acercó al lago. Todos lo miraban con atención. Levantó el brazo izquierdo y una gigantesca ola se elevó con él. La mantuvo ahí durante unos segundos.

—¡Guau!

—¡Oh!

—Joder...

Josh la dejó caer.

Resultó que, gracias a Lucas, el agua también estaba enamorada de él de manera platónica, como de Lovem, pero Escila no permitía que los poderes de Josh se desarrollaran. Entonces sí lo hicieron. Y no solo el agua lo obedecería de por vida, también tenía fuerza, resistencia, velocidad... Josh Collingwood era el semidiós todopoderoso, hijo de Hades, que debió haber sido desde el día en que nació.

—¡Voy con Josh con lo del licor! —gritó Peter.

Y todos rieron.

—Por cierto —añadió—, me ha chivado un pajarito que ¡Magnus y Alicia en realidad se llaman Phoenix y Anastasia!

—¿¿Perdona?? —exclamó Lucas—. ¿Anastasia? —Miró a Alicia y soltó una carcajada.

—¡Te voy a cerrar esa bocaza que tienes, Lucas!

—¿Phoenix? —preguntó Josh—. Guau.

—Guau, ¿qué? —respondió Magnus.

—Guau, qué nombre más sexi. Me gusta.

—¡Buscaos un hotel!

Pólux los observaba a todos desde la distancia. Sonreía. Todo iba bien. Las negociaciones con los dioses iban viento en popa, Magnus y él estaban creando el antídoto para Escila y sus queridos Lovem y Tristan estaban juntos. Y sanos. Y vivos. Pólux pensó en Aiden y sintió dos pinchazos en el corazón. Uno por Katia. Oh, Katia. Pólux ni siquiera estaba decepcionado, solo triste. El segundo pinchazo fue por el propio Aiden, el niño de cabellos dorados y ojos del color de los cielos que le había robado el corazón. Su niño. Tuvo esperanzas. Quizá no estuviera todo perdido. Quizá Aiden estuviera allí con ellos en unos años. Ojalá. Habría que esperar para verlo.

Y... vivieron felices y comieron perdices.

No, esperad, que aún no ha acabado.

Josh cogió a Magnus del brazo y se alejaron juntos del festejo, allí dejaron entre risas a Tristan, Lucas y su batalla de licores.

—¿Adónde vamos?

—A ver a mi padre.

—¿Vas a ver a tu padre ahora?

—*Vamos* a ver a mi padre ahora.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

—Pero yo no pued...

—Mi padre te ha invitado a su casa. ¿No querrás hacerle un feo?

—¿Tu padre me ha invitado a su casa?

—Sí. Vamos. —Josh llevó sus labios junto a los de Magnus—. Hazlo.

Magnus estaba atónito. Que vale, sí, era normal que el padre de su novio lo invitara a su casa, pero es que el padre de su novio era Hades, el rey de los muertos, y su casa estaba en el Inframundo.

—¿Me dejará salir luego? —susurró Magnus sobre los labios de Josh.

Josh rio.

—Claro que te dejará salir.

—Josh, es el Inframundo.

—Confía en mí.

Y Magnus confió. Siempre. Mordió a Josh en el labio, le hizo sangre y la saboreó en la lengua. Después dejó que cayera al suelo. La brecha inmensa se abrió una vez más entre ellos y las majestuosas e interminables escaleras de mármol negro que llegaban hasta el Inframundo resurgieron de la nada frente a sus ojos. Seguían brillando como si nadie las hubiera pisado jamás.

Magnus se asomó, como siempre, y se estremeció, como siempre. Pero en esa ocasión no se despidió de Josh con la mano y lo vio bajar el primer escalón. Bajaron juntos. Magnus temblaba un poco, para qué negarlo. Y una vez llegaron abajo... Todo era tal y como se lo había contado Josh. El suelo de mármol negro, como las escaleras, y cálido al tacto, como si el fuego del

río Flegetonte pasara justo por debajo. La alfombra roja de bordes dorados que lo revestía y se abría camino por el pasillo que llevaba al reluciente y minimalista estudio de Hades. Las paredes rojas llenas de antorchas parpadeantes que le conferían al lugar ese tono anaranjado que rivalizaba con el verde del exterior, que se vislumbraba desde las ventanas. La chimenea estaba encendida y la voz inconfundible de Taylor Swift sonaba en el tocadiscos. E incluso el olor a anís. Magnus juraría que olía a anís.

—¿En algún momento vais a dejar de enrollaros a la puerta de mi humilde morada? —preguntó entonces Hades.

Magnus se sobresaltó.

—L...lo siento, señor —tartamudeó.

—Papá...

—¿Qué? —preguntó Hades con cara de inocencia.

—No lo intimides.

Hades sonrió con picardía.

—Nunca. Vamos, venid.

Hades cogió su copa ancha de vino tinto sobre el escritorio y los guio al balcón gigante y ovalado que daba al río Estigia y al resto del Inframundo.

—¿Cómo vas en historia, mi querido Magnus? —le preguntó Hades una vez estuvieron los tres asomados.

—¿Señor?

Magnus apenas había escuchado la pregunta, estaba demasiado ensimismado. Estaba en el Inframundo. Estaba observando el Inframundo desde la casa de Hades. «Joder, qué fuerte».

—Que qué tal se te da la historia.

Magnus miró a Hades.

—Muy bien.

—Muy bien, ¿eh? Veamos... ¿Adónde van los muertos? ¿A qué parte del Inframundo?

—Depende.

—¿De qué?

—«Los malos» —Magnus entrecomilló las palabras con los dedos y Hades tuvo que reír; el chico era una monada— van al Tártaro. «Los regulares» a la Llanura de los Asfódelos y «los buenos» a los Campos Elíseos.

—Humm. —Hades asintió. Y señaló con el dedo un lugar al fondo—. Allí, donde acaba el río, se encuentra el Tártaro y esto —Señaló lo que tenían justo debajo— son los Asfódelos.

—¿Y los Campos Elíseos?

Hades sonrió.

—Esos no se ven desde aquí. Ven, vamos.

El dios se alejó del balcón y Magnus fue detrás de él sin rechistar. Josh los siguió con el ceño fruncido. Recorrieron en silencio gran parte de la mansión y llegaron al dormitorio de Hades. Magnus estaba intimidado. Superintimidado, en realidad. A ver, que estaba en el dormitorio del rey de los muertos, pero a él no parecía importarle, así que continuó siguiéndolo. Llegaron a otro balcón, el que daba a los Campos Elíseos, donde moraban los héroes. Magnus apoyó las manos en la barandilla y se asomó todo lo que pudo. Era... Guau. Era una pasada. Una llanura verde, extensísima, llena de flores de colores y lagos de aguas cristalinas por doquier. Se respiraba paz y tranquilidad. Felicidad.

—Mira allí —le susurró Hades al oído.

Magnus aguzó la vista y... y rompió a llorar. Porque allí estaban sus padres. ¡Allí estaban sus padres! Se acercaron todo lo que pudieron y levantaron la mano que tenían libre para saludarlo. Megalo iba vestido como en la boda de Tristan, con su jubón blanco y los pantalones verde musgo, sonreía y entrelazaba la otra mano, con la que no saludaba a Magnus, con la de su madre. Su madre. Por todos los dragones, su madre. No la veía desde que tenía once años. Estaba igual de guapa que como

Magnus la recordaba. Con el cabello rubio y largo, como Alicia, y una sonrisa ancha y profunda. Ambos lo miraban felices.

—Mamá...

«Te quiero», gesticuló ella con los labios.

«Ves como sí te quería? —le dijo Megalo, señalando a Josh—. Sé muy feliz, hijo. Te quiero».

Magnus no podía dejar de llorar. Y no quería irse de allí jamás. Establecería su residencia en el Inframundo sin pensarlo un segundo.

Josh también lloraba. Y su padre se le acercó al oído.

—No os metáis en líos durante los próximos doscientos años, ¿vale? No te imaginas la de favores que he tenido que pedir.

Josh sonrió en medio del llanto y Hades... Hades lo abrazó. Lo abrazó con mucha fuerza. Lo abrazó como hacía tiempo que no podía abrazarlo.

—Gracias —le susurró Josh al oído.

Epílogo

Una semana después, en cierta hamburguesería del Mundo Exterior, en un lugar de Connecticut...

Hades abrió con cortesía la puerta del minúsculo establecimiento enladrillado en las afueras de Bridgeport, Connecticut, Estados Unidos, y cedió el paso a sus tres acompañantes con una reverencia, feliz de haber recuperado su mano por fin. De la manilla colgaba el característico cartel de SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN.

—Adelante —les dijo.

Lovem, Josh y Lucas compartieron una mirada de extrañeza. ¿Adónde los había llevado Hades? Con lo excéntrico que era, a saber... Entraron y un tintineo resonó sobre sus cabezas. Hades sonrió, le encantaban las campanas de viento.

Lucas observó la vieja y sucia hamburguesería con ojo crítico y una pizca de desagrado. Estaba todo hecho una mierda. Ordenado, pero hecho una mierda al mismo tiempo. Las paredes de ladrillo estaban sucísimas, el techo desvencijado y las ventanas no parecían ventanas. Lucas no había visto nunca tanta grasa junta. Oh, y sonaba *Under pressure*.

Dum bum ba be. Doo buh dum ba beh

Lovem buscó los altavoces, pero no los encontró.

Josh se sentía a gusto. Inusualmente a gusto.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Lucas.

Hades no se molestó en responder, como de costumbre. Se acercó a la barra y saludó al hombre barbudo y decrépito que se escondía detrás, tras unos vasos de cristal a los que les sacaba brillo.

—¡Louis! —exclamó con entusiasmo, estaba de un humor excelente, y señaló a Lovem, Josh y Lucas—, mira, te presento a mis tres criaturas. Mi hijo y mis sobrinos.

Louis los saludó con un suave movimiento de barbilla y Lovem observó al hombrecillo con atención. El caso es que le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Se encogió de hombros.

—Louis y yo hemos hecho mejoras —continuó Hades—. Teníais que haber visto este sitio hace unos años. Daba pena. Había una bombilla a punto de agonizar y el zumbido me volvía loco. ¿Te acuerdas, Louis? Qué locura.

Louis no respondió. Y era una locura que Hades pensara que el antro ya no daba pena, en opinión de Lucas.

—Bien, sentémonos, chicos. —Hades se dirigió a una mesa cerca de la ventana y materializó su pañuelo blanco de seda favorito con un movimiento de muñeca. Lo acomodó encima de la silla, alineándolo por los cuatro costados, y se sentó. A ver, que el lugar había mejorado, pero seguía sin querer echar a perder el espléndido traje de chaqueta y la corbata que había elegido para la ocasión—. A mí ponme lo de siempre, Louis, y unos refrescos de naranja para los chicos.

Lucas le arqueó una ceja.

—¿Qué? —le preguntó Hades con otro arqueo de ceja—. ¿Prefieres de limón?

—Prefiero un ron con cola.

—¿Un ron con cola? Pero tú ¿cuántos años tienes, niño?

Lucas elevó los ojos al cielo.

—Soy mayor de edad.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace ocho años. Tengo veintiséis.

—¿En serio? Por todos los dioses, cómo pasa el tiempo.

En ese momento se les acercó Louis, bandeja en mano, y les sirvió el vino y los refrescos. Miró a Hades antes de ofrecerle el suyo a Lucas, y él le hizo un gesto de aceptación con la mano.

—Ponle, ponle.

Lucas puso los ojos en blanco y, como tenía sed, dio un sorbo al refresco de limón; sí, al final se lo había puesto de limón. Louis se retiró y Hades cogió la copa de vino, la removió un poco para airear el líquido carmesí y bebió un sorbo. Lo saboreó.

—Mmm —exclamó con deleite—. Me encanta que los planes salgan bien. Vaya aventura, ¿eh, chicos?

Y tanto...

—¿Hasta qué punto lo tenías todo controlado? —le preguntó Lucas.

—Hasta el último punto.

—Podían haber salido un montón de cosas mal.

—¿Como qué?

—Pues, para empezar, que el mar no hubiera salvado a Lovem en la playa.

—Yo estaba en esa playa. Escondido detrás de un muro.

—¿Qué? —preguntó Lovem.

—Yo te vi luchar con Anfisbena. Vi cómo Escila te arrebataba los poderes. Si el mar no te hubiera salvado, lo habría hecho yo. De ninguna manera iba a permitir que las cosas acabaran tan pronto.

—Joder..., sí que lo tenías todo controlado.

—Ni te lo imaginas, sobrino. Aunque reconozco que me exasperé un poco con el tema de los libros. ¡Les di la respuesta a Josh y Magnus! —Hades le dio un capón en la cabeza a su hijo.

—Au —se quejó Josh.

—Eso por no escucharme. Te dije que el dragón abre todas las puertas y ¡vosotros estabais buscando la manera de entrar en el Reino Hielo!

—Creímos que te referías a la puerta de mi corazón.

Hades bufó.

—Esa ya estaba abierta.

—Ya lo creo —lo apoyó Lucas.

—En fin... Os preguntareis por qué os he traído aquí.

—Espero que no haya sido para beber refrescos —se quejó Lucas.

—Pues no. Tengo dos cosas que deciros. Dos cosas importantes. —Hades adoptó un gesto serio—. La primera, quería enseñaros este lugar y deciros que no hay sitio más seguro en el Olimpo o el Mundo Exterior. Podéis venir siempre que queráis y *debéis* venir siempre que lo necesitéis. Aquí no existen ni el tiempo ni el espacio. Aquí no pueden engañaros ni haceros olvidar. Si en algún momento os metéis en un lío, entráis aquí inmediatamente. Louis cuidará de vosotros hasta que yo llegue. ¿Entendido los tres?

Todos asintieron. También fruncieron el ceño. ¿Qué lugar era ese?

—¿Qué lugar es este? —preguntó Lucas.

—Un lugar... protegido.

—¿Protegido?

—Invisible —aclaró Hades.

—¿Y lo segundo? —le preguntó Lovem.

Hades sonrió.

—Preguntas, querida sobrina, preguntas.

—¿Preguntas?

—Soy todo vuestro, al menos durante las próximas tres horas, luego tengo cosas que hacer. Podéis preguntarme lo que queráis. Menos por mi vida sexual. Eso sería incómodo.

Lucas elevó los ojos al cielo por enésima vez.

—¿Y por qué no nos lo cuentas tú todo desde el principio? —le pidió Josh.

—Vale —aceptó—. Pero primero vamos a pedir algo de comer. Tengo hambre. ¡Chicas! —gritó Hades, y dirigió la mirada a la puerta que había al fondo y que daba a la cocina—. Sacadnos unas patatas fritas o algo.

Al instante se asomaron tres señoras. Parecían trillizas y juntas formaban un triángulo perfecto. Una pelaba la piel de las patatas, otra las cortaba en rectángulos perfectos con unas tijeras doradas y la tercera echaba la sal por encima. La de las tijeras en la mano le guiñó un ojo a Lovem antes de meterse de nuevo en la cocina y ella echó la cabeza hacia atrás, confundida. En serio, ¿de qué le sonaba esa gente? Frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —le preguntó Josh.

—¿No te suenan de nada? —Lovem señaló al camarero, el tal Louis, que esbozó la segunda sonrisa de su vida, y la puerta por donde habían desaparecido las señoras.

—La verdad es que sí, pero bah —Josh hizo un gesto con la mano, restándole importancia—, si fuera trascendental, nos acordaríamos.

Lovem volvió a encogerse de hombros y Hades comenzó su historia.

—Aunque no os lo creáis, todo comenzó en este mismo sitio, y yo vestía un traje muy parecido al que llevo hoy. Ya sabéis lo que me gusta vestir de traje y corbata. —Josh y Lovem asintieron y Lucas elevó los ojos al cielo una vez más—. En fin, el caso es que Otto, el rey de los gigantes, me convocó en su hamburguesería favorita para una reunión y yo, que no me fio un pelo de nadie, digamos que..., hice mío el lugar... —Hades sonrió y le guiñó un ojo a Louis.

A Josh lo recorrió un escalofrío y... lo comprendió todo. Reconoció a Caronte en Louis y a las Moiras en las cocineras. Comprendió por qué el lugar era invisible.

—Estamos protegidos por tu casco de invisibilidad —susurró— en una especie de parte del Inframundo.

—¡¿Qué?! —exclamó Lucas.

Hades sonrió.

—Estamos dentro de mi casco de invisibilidad dentro del Inframundo. Y aquí nadie puede vernos. Y no solo eso: todo lo que sucede fuera de aquí no nos afecta.

—Ni siquiera si alguien retrocede el tiempo —comprendió Lovem.

—Exacto. —Hades sonrió de nuevo.

—¿Tú siempre has recordado la otra línea temporal? —le preguntó Lucas.

—Más o menos. Yo siempre he recordado todo lo que sucedía dentro de esta hamburguesería. Esa parte no me la arrebataron, y por lo tanto, siempre he recordado lo que el Hades que se encontraba dentro de esta hamburguesería recordaba.

Era un trabalenguas que Lucas no entendía, pero...

—Joder..., es alucinante —dijo.

—Gracias, sobrino. Y, ahora, ¿puedo continuar?

—Por supuesto. —Lucas le hizo un gesto con la mano.

—Bien. Aunque no os lo creáis, todo comenzó en este mismo sitio y yo vestía un traje muy parecido al que llevo hoy. Ya sabéis lo que me gusta vestir de traje y corbata...

Quince años después

Esa noche todo estaba oscuro, había luna nueva, y el silencio reinaba en el castillo del Reino Rojo, como de costumbre a esas horas. O quizá no tanto como de costumbre a esas horas, lo que, sin duda, debió hacer sospechar a Aiden Drake, que era listo como él solo, pero estaba ocupado con otros menesteres mucho más importantes. Había quedado con sus dos mejores amigos en su dormitorio, a medianoche, ni un minuto arriba ni uno abajo, para hacer un juramento de sangre. Ya eran lo bastante mayores. Tenían diez años.

Cuando las manecillas del reloj de pared de su dormitorio marcaron las doce, llamaron a la puerta.

Toc, toc, toc.

Fueron tres toques muy suaves, pero Aiden tenía buen oído. Se acercó y puso la oreja en la madera.

—¿Sí? —susurró.

—Somos nosotros —susurró de vuelta una voz masculina e infantil.

—Contraseña —exigió Aiden.

—Rayos y centellas —dijo otra voz, femenina e infantil.

Sí, eran ellos.

Aiden abrió la puerta y los empujó dentro sin demasiado cuidado; el tiempo apremiaba. Se asomó al pasillo y miró a izquierda y derecha para comprobar que no los había seguido nadie. Cerró y se reunió con sus primos en medio del dormitorio.

—¿Tienes la daga? —le preguntó Jason.

—Sí.

—Bien. Ve a por ella y procedamos.

Helena puso los ojos en blanco. Era tan típico de Jason decir «procedamos». Su padre tenía toda la razón del mundo cuando afirmaba que «de tal palo tal astilla». Jason era una réplica exacta de él.

Aiden cogió la daga de donde la había escondido (debajo de la almohada) y regresó al círculo. O al triángulo. Sus primos y él más bien

habían formado un triángulo. Aiden sujetó la daga con fuerza y se la clavó en la palma de la mano. La deslizó por toda la superficie haciendo florecer al instante un hilo de sangre. Se la pasó a Helena, que repitió la misma operación. Y Helena a Jason. Cuando los tres se hubieron cortado, entrelazaron las manos heridas y comenzaron a recitar el conjuro de protección.

—Yo, Aiden Drake Kennedy, hijo de Tristan, rey de los dragones, y de Lovem, reina de los dragones e hija de Zeus.

—Yo, Jason Drake Collingwood, hijo de Magnus, príncipe de los dragones, y de Josh, príncipe del Inframundo.

—Yo, Helena Drake Varela, hija de Alicia, princesa de los dragones, y de Lucas, hijo de Poseidón.

Y entonces, solo entonces, después de sonreír, recitaron los tres al mismo tiempo:

—Prometo protegeros por el resto de mis días. Ante todo y ante todos.

Y así quedaron los tres jóvenes unidos para siempre. Ese sería su secreto mejor guardado. O eso pensaron ellos. Porque lo cierto era que al otro lado del pasillo estaban sus padres. Tristan y Lovem. Magnus y Josh. Alicia y Lucas. Y Pólux. Llevaban quince años esperando ese momento. Josh tuvo que darle un par de golpes a Lucas en el pie porque no dejaba de reírse. Al final iban a pillarlos. Jason tenía un oído superfino, si lo sabría él...

—Como no te calles, te voy a hacer tragar esa lengua que tienes —le amenazó Alicia a Lucas.

—Ah, ¿sí? ¿Tú y cuántos más, rubia?

Alicia chasqueó la lengua. Cualquier día, se lo cargaba. Había tenido una hija preciosa con él, sí, tenía sus ojos y manejaba el mar a su antojo, y Lucas vivía en el castillo y dormía en su cama trescientas sesenta noches al año, sí, pero, según Lucas, aún no estaban juntos. Eran amigos con derecho a roce... Alicia se había ganado un lugar en los Campos Elíseos solo por aguantarlo. Pero qué bonita era Helena y qué feliz era.

—Chis —los mandó callar Tristan—, no oigo el juramento con tanto alboroto. No os tenía que haber dejado venir.

Lucas, incrédulo, miró a Tristan.

—¿En serio lo escuchas desde aquí o te estás haciendo *más* el interesante?

—Majestad.

—¿Qué?

—¿En serio lo escuchas desde aquí o te estás haciendo más el interesante, Majestad? —repitió Tristan.

Pólux rio y Lucas bufó. Se negaba a tratar de «Majestad» al pedante de Tristan Drake. ¿En qué momento empezaron a estar tan de dragones hasta el cuello? Su propia hija había estado a punto de echar fuego por la boca en varias ocasiones, por todos los dioses. Pero qué bonita era y cómo la quería. Lucas se dio cuenta de que estaba sonriendo y carraspeó. Cruzó una mirada con Pólux. Eh, sí, lo había pillado sonriendo. Al hombre no se le escapaba una.

—No aguanto a tu marido —le dijo Lucas a Lovem.

—Majestad.

—¿Qué?

—No aguanto a tu marido, Majestad.

—Joder...

Josh soltó una risita y Lucas le devolvió el golpe en el pie.

—Y tú ¿de qué te ríes, pecoso?

—De ti.

Entonces fue Magnus el que rio.

—No os riais tanto y vigilad más al trasto que tenéis por hijo —les dijo Lucas a Magnus y Josh—. Muchas palabras rimbombantes y mucho pelo rubio y pinta de no haber roto un plato, pero luego es un pieza de mucho cuidado. El otro día lo pillé bajando al Inframundo.

—Lo sabemos —le dijo Magnus.

—Cómo no...

—Ya han acabado —dijo Tristan, y cortó de golpe la conversación.

Los siete se mantuvieran a la espera y, unos segundos después, Jason y Helena abandonaron el dormitorio de Aiden y regresaron a hurtadillas a sus dormitorios. Lucas fue detrás de ellos en cuanto desaparecieron por el pasillo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Alicia.

—¿Adónde crees? A echarle la bronca a tu hija por pronunciar juramentos prohibidos.

—Vas a darle un beso de buenas noches, ¿verdad?

—Sí —reconoció Lucas—. Lo del juramento prohibido tampoco es tan grave. ¿Vienes?

Alicia sonrió y cogió la mano de Lucas. Unos segundos después, también desaparecieron por el pasillo.

—Pues yo sí le voy a echar la bronca a Jason —dijo Magnus.

—Eso me gustaría verlo —respondió Josh.

—Eh, que cuando me pongo serio, me pongo serio.

—¿Con Jason?

—Mira, ven. —Magnus cogió la mano de Josh—. Observa y aprende. Mano dura, Collingwood. Mano dura.

—Ilústrame, Drake.

Magnus hizo un mohín y Josh le dio un beso rápido en los labios. Pocos segundos después, también desaparecieron por el pasillo.

Se quedaron solos Tristan, Lovem y Pólux. El último se acercó a Lovem y le dio un beso en la frente. Y lo mismo hizo con Tristan.

—Buenas noches, Majestades.

—Buenas noches, Pólux.

Tristan y Lovem cruzaron una mirada y sonrieron. Él abrió la puerta del dormitorio de Aiden, que se sobresaltó al verlos.

—Papá, mamá. No estaba haciendo nada malo.

Tristan negó con la cabeza, pero no pudo evitar soltar una risita. ¿Cuántas veces le dijo él eso mismo a su padre? Tristan no podía ni contarlas. Y sin dejar de mirar a su hijo, pronunció en silencio las palabras que un día su mujer le aseguró que pronunciaría: «Vale, papá. Ya lo he entendido. Te quiero». Porque él también daría la vida por su hijo sin importar que Aiden creyera que tenía la situación controlada.

—Seguro que no —respondió en voz alta.

Lovem se acercó a su hijo y le limpió la sangre de la palma con un paño húmedo que ya tenía preparado. No dejó ni rastro. Y quemó el paño con su propio fuego. Vio como ardía en su palma hasta que solo quedaron cenizas.

—Vamos, a la cama —le dijo a su hijo.

—¿Os quedáis un rato conmigo?

—Claro.

Lovem y Tristan se metieron en la cama con su hijo. Aiden en medio. Se taparon solo con la sábana, era una noche cálida, y el niño cogió postura bocarriba, feliz. Las noches en que sus padres dormían con él en su cama, o cuando él se escabullía a la suya, eran sus favoritas. Le encantaba que le contaran historias de dioses y dragones. Y esa noche no se quedó atrás. Hablaron de viajes en el tiempo. Hablaron del poder de la sangre. Hablaron hasta que a Aiden le empezaron a pesar los párpados, pero antes de que se durmiera, le hicieron prometer que jamás viajaría en el tiempo sin su autorización. Aiden ya sabía que podía hacerlo. Conocía sus poderes y empezaba a controlarlos.

—Promételo, hijo.

—Lo prometo, papá.

Y se durmió con la promesa en los labios. Jamás viajaría en el tiempo sin la autorización de sus padres. Claro que... las promesas están para romperse, ¿verdad?

Agradecimientos

Gracias, Lovem, Lucas, Josh, Tristan, Magnus, Alicia y compañía. Gracias por seguir en mi cabeza a pesar del caos que reinaba. Gracias por esperarme. Os voy a querer toda la vida.

Gracias, Alberto, por... todo. Por ser como eres y por estar como estás. Ah, y por decirme que cierto Dios era el malo maloso, jeje. Haces que encajen las cosas sin pretenderlo. Es como si me leyeras el pensamiento o estuvieras en mi cabeza. *Asko maite zaitut*.

Gracias, Daniel y Ariane, por existir y porque sin daros cuenta hacéis que me sienta feliz de lo que hago.

Gracias, Raquel, por vivir tan intensamente conmigo todo esto que estamos viviendo. Gracias por leerme día a día y hacer que nunca me sienta sola en la escritura. Eres mi mayor apoyo.

Gracias, Vanessa, por acompañarme en esta aventura una vez más. ¡Por fin el mundo sabe dónde está Escila! ¿Cuántos años me has guardado el secreto? ¿Cinco? Jajaja...

Gracias a mi química favorita, Diana, por la parte técnica de Escila. Habría sido imposible sin ti. Me encanta cómo ha quedado.

Gracias a todo el equipo de Planeta por el cariño, el buen hacer y por cuidar hasta el mínimo detalle del desenlace de esta aventura que iniciamos juntos.

Gracias, Andrés, por las ganas, las ideas, el entusiasmo y la profesionalidad. A ti te debemos el mapa del Inframundo, mi lugar favorito de la novela.

Y gracias a ti, lector, por haber llegado hasta aquí. Ojalá la fantasía no se acabe nunca.

Se esconde el poder
Susanna Herrero

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Vero Navarro

© del texto: Susanna Herrero, 2024

© Editorial Planeta, S.A., 2024
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-270-5228-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta